



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

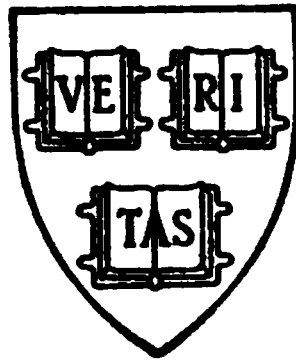
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

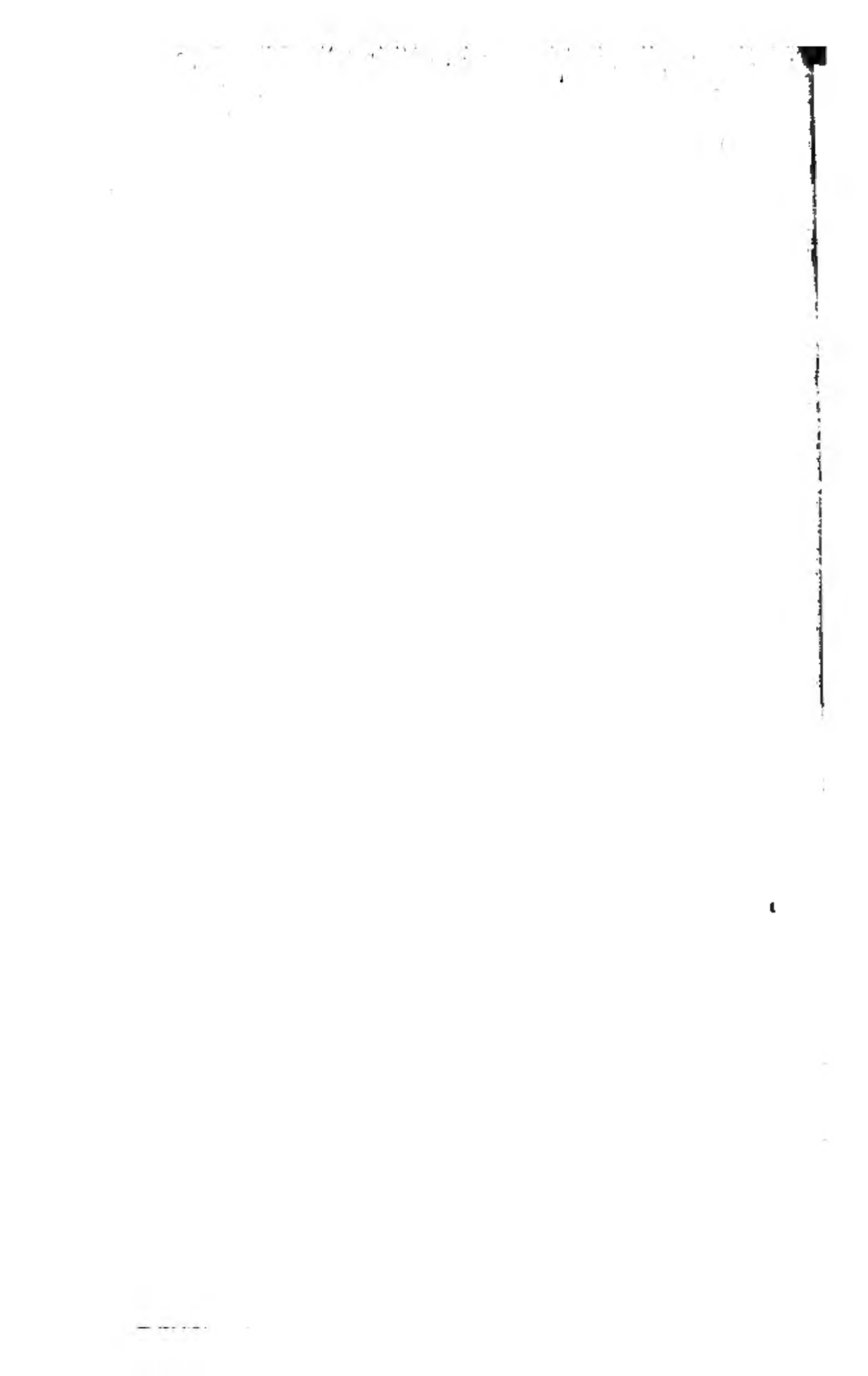
Span 5808.93



HARVARD
COLLEGE
LIBRARY

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA

PARIS. -- IMP. DE GARNIER HERMANOS.



EL INGENUO EDAVA...

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

COMEDIA EN CINCO ACTOS

DE CERVANTES

CON UN PROLOGO Y UN EPILOGO DE DON QUIJOTE

DE DON MANUEL GARCIA

Y UN PROLOGO Y UN EPILOGO DE DON QUIJOTE

PARIS

LIBRERIA DE GARNIER HERMANOS

RUE DES SAINTS-PERES, N° 6

1892

de caballeria....

0

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EDICION CONFORME A LA ÚLTIMA CORREGIDA POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA
CON LA VIDA DEL AUTOR

y notas para la buena inteligencia del texto

PARIS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

RUE DES SAINTS-PÈRES, N° 6

1893

Span 5008.93

*Received by 12.17.17
Librarian June 11.17*

HARVARD COLLEGE LIBRARY
THE GIFT OF
MRS. GEORGE E. RICHARDS
NOV. 1, 1918.

4778
11.17.17
30

VIDA DE CERVANTES

Había transcurrido mas de un siglo desde la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, y estaba excitando la admiracion del mundo tan insignie español, cuando todavía yacia su nombre casi olvidado en su propia patria, donde por lo ménos apénas eran conocidos los sucesos mas importantes de su vida. Sensible es decirlo; pero un eminente personaje inglés, lord Carteret, fué quien, á la par que hacia un obsequio á la reina Carolina, esposa de Jorge II de Inglaterra, quiso recordar á los españoles la obligacion de honrar el mérito de uno de sus mas

ilustres patricios, encargando á D. Gregorio Mayans la biografía de Cervantes. Si reprehensible habia sido el olvido, mayor fué quizás el empeño que desde entónces mostraron los mas afamados literatos, como Sarmiento, Iriarte, Montiano, Pingarron, Nasarre, Cano, Flóres, Pellicer y otros de ménos nombradía, todos los cuales procuraron como á porfía esclarecer la verdad. Pero el que mas se ha distinguido en la dilucidacion de las principales vicisitudes de aquella existencia inquieta y atribulada, ha sido D. Martin Fernández de Navarrete. En su *Vida de Cervantes* encuentra uno tanta copia de datos, tanta finura de crítica, tanta pureza de diction, que para dar una noticia cabal de la vida y obras del inmortal autor del *Quijote*, nada nos parece mas acertado que seguir á tan seguro guia, procurando por nuestra parte, al reducir tan prolijas investigaciones á los estrechos límites que nos hemos trazado, no omitir ninguno de aquellos hechos que ofrezcan verdadera interes.

La noble familia de los Cervantes, oriunda de Galicia, se trasladó á Castilla, donde se extendió é ilustró su origen, mereciendo por sus proezas y virtudes el favor y estimacion de sus soberanos. Hijos de esta generosa prosapia fueron algunos de los campeones que acompañaron al santo rey D. Fernando á la conquista de Baeza y Sevilla; y descendientes de estos é imitadores de sus altos hechos fueron despues varios de los conquistadores del Nuevo Mundo, en el cual se arraigó y propagó tambien este noble linaje, miéntras que por una línea transversal procedia de él Juan de Cervantes, corregidor de Osuna, quien dejó buena memoria de su gobierno, y tuvo por hijo á Rodrigo de Cervantes, que casó con doña Leonor de Cortinas, señora ilustre, natural, segun parecia del lugar de Barájas. Fruto de este matrimonio fueron Andrea, Luis, Rodrigo y Miguel de Cervantes, el menor de tan honrada familia, muy decaida ya de su antiguo esplendor, á causa de sus escasos bienes de fortuna. Nació Miguel de Cervantes Saavedra en Alcalá de Henares, fué bautizado en su parroquia de Santa María la Mayor el dia 9 de octubre de 1547, verdad que hallándose comprobada y demostrada de modo mas auténtico y convincente, deja por consecuencia desvanecida y sin valor alguno las pretensiones de Madrid, Sevilla, Lucena, Toledo, Esquivias, Alcázar de San Juan y Consuegra, que aspiraron algun tiempo á la gloria de haber sido cuna de un hijo tan ilustre. La tradicion señala todavia los restos de la casa en que dicen se crió, enclavada hoy en la huerta de los Capuchinos y reducidos á una pared y puerta tapiada con indicios de la pobreza de sus antiguos huéspedes.

Se ignoran las circunstancias que fijaron en Alcalá la residencia de esta familia, y tampoco se tienen otras noticias de los primeros años de Cervantes que las que algun fugaz y casual recuerdo expresa en sus escritos. Parece muy regular que hiciese los primeros estudios en su pueblo natal y al lado de sus padres, sobre todo en época tan señalada para Alcalá, emporio en aquel tiempo de las ciencias y las letras, pero nada de esto consta con certeza, si bien sabemos, por lo que él mismo declara, que desde sus tiernos años manifestó decidida inclinacion á la poesia, así como una aplicacion y curiosidad extremada que le inducia á leer aun los papeles rotos que hallaba en las calles.

Con mayor seguridad sabemos que Cervantes estudió dos años en Salamanca, matriculado en su famosa universidad y viviendo en la calle de Móros, lo cual explica el conocimiento exacto con que pinta las costumbres y circunstancias peculiares de aquella ciudad y de sus estudios generales, especialmente en la segunda parte del *Quijote* y en las novelas del *Licenciado Vidriera*, y de la *Tia fingida*. Por entonces, sin duda, ó acaso ántes tuvo por maestro de gramática y humanidades al presbítero Juan López de Hóyos, varon piadoso y grande humanista, que despues fué nombrado catedrático de gramática latina en el estudio de la villa de Madrid. Es de presumir que Cervantes aprenderia con singular aprovechamiento, si se atiende al cariño que le mostró su maestro años despues. En efecto, hallábase Cervantes en Madrid, cuando en 24 de octubre de 1568 celebraba la villa en la iglesia de las Descalzas Reales las solemnes exequias de la reina Isabel de Valois, esposa de Felipe II. Encargado el maestro López de Hóyos por el ayuntamiento de componer las historias, alegorías, jeroglíficos y letras que se habian de colocar en la iglesia, procuró que se ejercitasen tambien sus discípulos en estas composiciones, que se escribieron unas en latin y otras en castellano, siendo Cervantes de los mas aventajados, segun lo manifestó el mismo Hóyos en la historia y relacion que publicó de la enfermedad, muerte y funerales de aquella princesa, colmándole de elogios y llamándole repetidamente *su caro y amado discípulo*, que debió serlo sin duda anteriormente, supuesto que á la sazón contaba ya veintiun años.

Estas muestras de estimacion que ahora pasarian por desmedidas, no deben extrañarse en aquella época en que aun no estaba formado el gusto y apenas corrian en las manos de la juventud mas libros que las primitivas ediciones de los cancioneros; pues todavía no se vendian las obras de Boscan y Garcilaso *por dos reales*, como decia Quevedo mas de treinta años despues; se hallaban inéditas las buenas composiciones de la primera mitad del siglo XVI: los mayores ingenios de aquel tiempo, fray Luis de Leon, Herrera y otros borroneaban á sus solas los preciosos ensayos de su juventud; Ercilla, recién venido de Chile, arreglaba los borradores de su *Araucana*, y en aquel mismo año y mes nacia Valbuena.

Por entonces llegó tambien á Madrid de Roma y hubo de conocer y cobrar afecto á Cervantes monseñor Julio Aquaviva y Aragon, hijo del duque de Atri y muy estimado de la Santidad de Pio V, que le habia enviado con el encargo de dar el pésame á Felipe II por la muerte del príncipe D. Carlos, y acaso con instrucciones secretas para arreglar ciertas competencias de jurisdiccion eclesiástica ocurridas en el estado de Milan. Ambos encargos debian ser entonces de muy difícil desempeño, aun para persona tan distinguida como el nuncio, el cual no tardó en ser advertido de la prevencion hecha por el rey de que nadie le diese el pésame por la prematura muerte del príncipe en su prision, cuyo suceso daba pábulo á la malignidad y á las hablillas del vulgo y habia subido de punto el humor sombrío del monarca. Si se agrega á esto la extrema entereza con que siempre sostuvo Felipe II sus regallas, en los estados españoles de Italia, no se extrañará que el

legado fuese recibido con desabrimiento, ni que se le entregasen, con fecha 3 de diciembre del mismo año 1568, sus pasaportes, señalándosele el término perentorio de sesenta dias para que regresase á Italia por via determinada. Al avisar el embajador de España en Roma la misión de Aquaviva decia de él que era mozo muy virtuoso y de muchas letras, y sin duda se referia tambien al mismo prelado Mateo Aleman, cuando afirmaba que vió en la corte á cierto monseñor enviado por Pio V para tratar con Felipe II negocios de la Iglesia, añadiendo que este legado gustó mucho de algunos cortesanos de ingenio, y se complacia en obsequiarlos magníficamente y en tratar con ellos de varias cuestiones curiosas de política, ciencias, erudicion y literatura. Tenia entónces Aquaviva poco mas de veinte años, y á los veinticuatro recibió el capelo.

Como asegura el mismo Cervantes haberle servido en Roma de camarero, es de presumir que prendado de su ingenio y penetracion, y acaso compadecido de su escasa suerte, le admitió en su familia y comitiva al regresar á Italia, cuyo viaje emprendia entónces con suma facilidad y frecuencia la noble juventud española, sin desdenarse de servir familiarmente á los papas y cardenales, como lo hicieron D. Diego Hurtado de Mendoza, D. Francisco Pacheco, y otros muchos para continuar sus estudios en las famosas universidades y colegios de aquella península, entre los cuales descollaba el que habia fundado en Bolonia sus compatriotas el cardenal Alborno.

Las tambien siguió Cervantes el ejemplo de los que dejaban su incitados del deseo de ver mundo y de probar ventura en el uso de las armas, que si no brindaba con riquezas, atraía grande gloria y esclarecido nombre en época tan gloriosa y memorable al imperio español. Por las descripciones de países y costumbres que en numerosos pasajes de sus obras, se puede casi trazar la que llevó, por Valencia, Cataluña, el mediodía de la Francia, monte, el Milanesado y la Toscana, hasta la capital del orbe, demostrando en ellas el sumo provecho que supo sacar de este su genio observador.

Un tiempo pudo permanecer Cervantes en su nuevo servicio doméstico que sin género de desagrado dejó el año siguiente (1569) para de la cual conservó siempre gratos recuerdos y sentó plaza de soldado en las tropas españolas residentes en Italia, abrazando desde entonces una profesion que, según sus mismas expresiones, aunque *y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los nobles y de ilustre sangre.*

Se tardó mucho en proporcionársele teatro en que acreditar su habilidad; porque faltando el gran Turco Selin II á la fe de los tratados de paz hechos con la república de Venecia, invadió en plena paz la isla de Chipre que aquella poseía. Los venecianos imploraron entonces alio del papa y de los principes cristianos, y aunque por zelos y por intereses no todos ellos respondieron al llamamiento, el rey Felipe II, alio por el pontífice, acudió presuroso al peligro comun, uniendo las fuerzas y tropas de España á las naves pontificias y venecianas, que se dirigieron en el verano de 1570, bajo el mando de Marco An-

tonio Colona, duque de Paliano, á los mares de Levante para atajar los progresos del enemigo; mas suscitáronse disensiones entre los generales confederados, y aprovechándose de ellas los turcos, tomaron por asalto á Nicosia, adelantaron sus conquistas, se fortalecieron en Chipre y dieron lugar á que las tempestades disminuyesen las fuerzas navales, precisándolas á retirarse á sus respectivos puertos. Entre las cuarenta y nueve galeras de España que á cargo de Juan Andrea Doria se unieron en Otranto con Colona, se comprendian veinte de la escuadra de Nápoles que mandaba el marqués de Santa Cruz, reforzadas con cinco mil soldados españoles y dos mil italianos. Hallábase entre ellos la compañía del valerosísimo capitán Diego de Urbina, dependiente del tercio de D. Miguel de Moncada, no ménos famoso por sus hazañas, y en ella servia de soldado raso Miguel de Cervantes. En esta calidad hizo la campaña de aquel verano á las órdenes superiores de Colona, embarcado probablemente en una de las galeras españolas de la escuadra de Nápoles, en cuya ciudad quedó de invernada á su regreso, mientras se aprestaba y mejoraba el armamento de las naves para la empresa del año siguiente.

El zelo y eficacia de la corte de Roma, que no desmayó por las desgracias anteriores, logró concluir el 20 de mayo de 1571 la famosa liga contra el Turco, entre su santidad, el rey de España y la señoría de Venecia; se nombró ademas por el mismo tratado generalísimo de todas las fuerzas reunidas de mar y tierra á D. Juan de Austria, y se pusieron por obra cuantos medios dictó el zelo de la religion, el amor de la patria y el espíritu de gloria militar para el buen éxito de tan grandiosa empresa.

Apénas se hizo saber á D. Juan de Austria su nombramiento, reunió en Barcelona los famosos tercios de D. Lope de Figueroa y de D. Miguel de Moncada, que acababan de darle insignes pruebas de valor y pericia militar en la guerra contra los moriscos de Granada, y dió con ellos la vela de aquella rada para Génova, adonde fondeó el 26 de julio con cuarenta y siete galeras, mientras se comisionaba á Moncada para excitar á la república de Venecia á que cooperase á la empresa que habia provocado. Entretanto, se completaban en Nápoles los dos mencionados tercios con los soldados nuevos que ya servian en la armada, y así fué como la compañía de Urbina quedó incorporada al tercio á que correspondia. Reuniéronse sin tardanza en Mesina las fuerzas marítimas y terrestres de las naciones aliadas, y en la distribucion de tropas en las diferentes escuadras y bajeles cupo á Cervantes ser destinado con su capitán y compañía á la galera *Marquesa* de Juan Andrea Doria, que mandaba Francisco Sancto Pietro. La armada de los coligados estaba dividida en tres escuadras de combate y dos de descubierta y reserva, y se asignó á la galera *Marquesa* su puesto en la tercera escuadra que mandaba Agustin Barbarigo y formaba el ala izquierda. Despues de haber socorrido á Corfú y perseguido á la armada enemiga, se descubrió esta en la mañana del 7 de octubre hácia las bocas de Lepanto, y forzada á batirse por su situacion, empezó el ataque por el ala de Barbarigo poco despues del mediodía, y haciéndose general la batalla con gran empeño y obstinacion de los coligados, ter-

minó al anochecer con la victoria mas gloriosa de las armas cristianas que cuentan los anales de los tiempos modernos.

Hallábase á la sazón Cervantes enfermo de calenturas, por cuya razon quisieron disuadirle su capitan y otros compañeros de armas de que tomase parte en la accion, instándole para que se estuviese quieto en la cámara de la galera; pero él, lleno de valor y de espíritu militar, les replicó: « Señores, ¿ qué se diria de Miguel de Cervantes? En todas las ocasiones que hasta hoy en dia se han ofrecido de guerra á su Majestad y se ha mandado, he servido muy bien y como buen soldado; y así ahora no haré ménos, aunque esté enfermo é con calentura: mas vale pelear en servicio de Dios é de su Majestad é morir por ellos que no bajarme so cubierta. » Pidió entónces con las mayores instancias á su capitan que le destinase al paraje de mayor peligro; y condescendiendo Urbina con tan nobles deseos, le colocó junto al esquife con doce soldados, donde peleó con tanto heroísmo, que solos los de su galera mataron quinientos turcos y al comandante de la capitana de Alejandría, tomando el estandarte real de Egipto. Rechazando hasta el fin las arremetidas de los enemigos, recibió Cervantes en tan gloriosa batalla tres arcabuzazos, dos en el pecho y uno

uno izquierda que le quedó manca y estropeada, de lo cual hizo co alarde el resto de su vida, mostrando en testimonio de su n señaladas heridas y cicatrices, como recibidas, dice, *en la a ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni ver los venideros, y como estrellas que guian á los demas al la honra y al de desear la justa alabanza; prefiriendo en fin hallado en tan insigne jornada á tanta costa al estar sano erme encontrado en ella, porque el soldado, añade, mas bien muerto en la batalla que libre en la fuga.*

El estado de salud en que se hallaba Cervantes debió influir amente en la gravedad de sus heridas; pero en medio de este tuvo entónces la honorífica satisfaccion de que, visitando el iente D. Juan de Austria á los soldados heridos en el puerto a, adonde se habia retirado la escuadra victoriosa para reparar as, fué atendido por su ilustre general el príncipe D. Juan de

ates permaneció curándose en el hospital de Mesina, donde mandó socorrerle D. Juan de Austria en cuatro ocasiones e, ya por la pagadería de la armada, ya de gastos secretos y iuarias; y cuando el 29 de abril de 1572 se halló en el caso r al servicio, se ordenó á los oficiales de cuenta y razon que n en sus libros de cargo á Miguel de Cervantes tres escudos ja al mes en el tercio de D. Lope de Figueroa, que fué á las galeras del marqués de Santa Cruz y se halló en la jor- Levante bajo el mando de Colona, así como en la malograda de Navarino, dirigida por Alejandro Farnesio, á quien ya se ido el príncipe generalísimo. Así lo hace constar en su memo- o confirman algunos testigos en las informaciones, y por lo undo referir con tanta prolijidad y exactitud en su novela del los sucesos de aquella campaña, y asegurar con propiedad

en la dedicatoria de la *Galatea* que habia seguido algunos años las banderas de Marco Antonio Colona.

Frustrado este plan que tal vez hubiera anticipado mas de doscientos cincuenta años la independencia de la Grecia, se resolvió despues de muchas vacilaciones y consultas emplear aquellas fuerzas contra los estados berberiscos, que tan cómodo asilo ofrecian en sus puertos á los corsarios. Veinte mil soldados, entre los cuales se incluían los del tercio en que militaba Cervantes, salieron de Palermo el 24 de setiembre, y esta expedicion se posesionó de la Goleta y de la ciudad de Túnez. Para guarnecer esta plaza y su alcazaba dispuso D. Juan de Austria que el marqués de Santa Cruz se apoderase de una y otra con la prudencia y cautela á que obligaban las circunstancias, y al efecto sacó de la Goleta dos mil quinientos veteranos, entre los cuales se contaban cuatro compañías del tercio de Figueroa, *que hacian temblar la tierra con sus mosquetes*, segun la expresion de Vanderhamen ¹. Es mas que verosímil que Cervantes fué uno de estos veteranos, pues no solo afirmó en su citado memorial haberse hallado en esta expedicion de Túnez, sino que resulta la misma conviccion de la exactitud y conocimiento con que refirió en la expresada novela los sucesos y circunstancias mas individuales de aquella jornada.

En seguida destinó D. Juan á Cerdeña las catorce compañías mandadas por Figueroa, para que atendiendo á la custodia de aquella isla, se hallasen al mismo tiempo en mayor proporcion de auxiliar á las plazas de África si fuese necesario.

Desde fines de 1573 hasta principios de mayo del año siguiente estuvo Cervantes con su tercio de guarnicion é invernada en la isla de Cerdeña, y de allí fué trasportado al Genovesado en las galeras de Marcelo Doria, para quedar en Lombardía á las órdenes de D. Juan de Austria. A principios de agosto llevó este consigo aquel tercio á Nápoles y Mesina, y con sus mejores soldados reforzó las naves con que emprendió, aunque en vano, el socorro de la Goleta. Despues de este suceso quedó Cervantes con su mismo tercio en Sicilia á las órdenes del duque de Sesa. Restituido á Nápoles el príncipe D. Juan en 18 de junio de 1575, concedió poco despues á Cervantes licencia para volver á su patria despues de tantos y tan señalados merecimientos.

En estas peregrinaciones acabó Cervantes de visitar las principales ciudades de Italia, de las cuales dejó tan bellas y exactas descripciones en muchas de sus obras.

En aquel suelo clásico, emporio entónces de las ciencias y del buen gusto en las artes y las letras, fué donde Miguel de Cervantes, aplicado á la lectura de los poetas y escritores italianos, y á su trato y comunicacion por mas de seis años, adquirió aquel caudal de doctrina y erudicion que le hacen tan admirable en sus escritos.

Tales fueron las empresas en que se halló Cervantes durante aquellos años *militando*, como decia él mismo, *debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra Carlos V, de felice memoria*. Pero viendo que tan distinguidos servicios no habian sido remunerados

cual correspondia, y hallándose estropeado de resultas de sus heridas y trabajos, obtuvo, como se ha dicho, licencia del señor D. Juan de Austria para venir á España á solicitar el premio que tan justamente merecia; á cuyo fin le franqueó aquel príncipe las mas expresivas cartas de recomendacion para el rey, suplicando á S. M. le confiriese una compañía de las que se formasen en España para Italia, por ser hombre de valor y de muy señalados méritos y servicios. D. Carlos de Aragon, duque de Sesa y de Terranova, virey de Sicilia, escribió tambien á S. M. y á los ministros con encarecida recomendacion á favor de un soldado tan digno como desgraciado, que se habia captado por su noble virtud y apacible condicion, por su valor y subordinacion el aprecio de sus jefes y camaradas.

Dispuesto todo en esta forma, y con las mas lisonjeras esperanzas, se embarcó Cervantes en Nápoles en la galera de España llamada el *Sol*, en compañía de su hermano Rodrigo, valeroso soldado tambien, de Pero Diez Carrillo de Quesada, gobernador que fué de la Goleta y despues general de artilleria, y de otras personas de cuenta que se restituían á su patria; pero habiendo encontrado en la mar el dia 26 de setiembre de 1575 una escuadra de galeotas que mandaba Arnaute Mamí, capitan de la mar de Argel, fué combatida la galera española por tres de aquellos bajeles enemigos, especialmente por uno de veinte y dos bancos que gobernaba el arraez Dalí Mamí, renegado griego, á quien llamaban el Cojo; y despues de sostener un combate tan obstinado como desigual, en que se distinguió Cervantes por su valor, hubo de rendirse á fuerzas tan superiores, y ser llevada á Argel como en trofeo, quedando cautivos cuantos venian en ella, y tocando á Cervantes tener por amo en el repartimiento al mismo arraez Dalí Mamí. Es muy probable que en el libro V de la *Galatea* aludiese á las circunstancias de este combate, cuando pintó el que sostuvo la nave en que venia Timbrio á España desde Italia con el mismo Arnaute Mamí, que fué el caudillo principal de la escuadra que le cautivó.

Se estremece el ánimo á la relacion del indigno trato que hacian sufrir á los infelices cristianos aquellos desalmados, dentro de aquella madriguera de piratas que con mengua de la Europa civilizada subsistió por espacio de dos siglos mas, hasta que en 1830 tuvo la Francia la gloria de vengar de tamaño ultraje á la humanidad. Los cautivos eran adjudicados por tasacion á los partícipes en el atentado, y estos quedaban dueños absolutos de sus personas, con plena potestad de vida y muerte. Destinábanlos á los trabajos mas penosos, los encerraban en baños pestiferos, cargados de cadenas; los vendian ó trocaban á su antojo, exigian cuantiosas sumas por su rescate, hasta dejar arruinadas á sus familias, y á la menor falta ó desman los ahorcaban con la mas fria indiferencia, ó les imponian castigos todavía mas atroces. No por eso descuidaban inducirles á renegar de su fe, valiéndose de halagos, de promesas y de la perspectiva de una holgada fortuna.

Cupo en suerte nuestro Cervantes al arraez Dalí Mamí, que le habia apresado. El agradable aspecto de su cautivo, el señorío de sus maneras, su bravura en el combate, el respeto que no obstante sus juveniles años le manifestaban sus compañeros de desgracia, y sobre todo

las encarecidas cartas de recomendacion que le encontró de sus ilustres caudillos, le hicieron creer al arraez que este cautivo era persona principal de quien podria obtener un gran rescate. Tratóle pues con todo el rigor compatible con la conservacion de su misera existencia, teniéndole muy guardado y sujeto, y valiéndose de los padecimientos de un desdichado para la satisfaccion de su codicia; de suerte que las mismas prendas exteriores y morales con que habia dotado el cielo á Cervantes, los testimonios de aprecio que en una ocasion singular habia recibido, sirvieron solo para su mayor tormento.

Situacion era esta capaz de abatir al mas esforzado; pero el alma de Cervantes era inflexible: desde que se vió privado de su libertad, no pensó ya mas que en recobrar este bien inestimable. Esta es la parte mas interesante de toda la vida de Cervantes: en ella se engrandeció su alma altiva, se aguzó su ingenio y subieron de punto su heroísmo y generosidad. Parece una novela lo que vamos á referir; pero ningun suceso de cuantos le atañen se halla mas plenamente justificado que esta serie de tentativas arriesgadas en que á cada paso comprometió su cabeza para alcanzar su libertad, y cuando no, para salvar la vida de sus cómplices y clientes en causa tan gloriosa.

A pesar de tanta vigilancia no tardó en presentársele oportunidad de fugarse de la casa de su amo; y buscando un moro que le sirviese de guia, le indujo á que le acompañase por tierra hasta Oran, plaza de la costa que ocupaban los Españoles. Reuniéronse para esta empresa varios cautivos de su predileccion, con quienes, á costa de aumentar su riesgo, quiso compartir el beneficio, siendo el alma y caudillo de esta expedicion, como lo fué siempre de todas las demas tentativas, que trazó y dispuso su fecundo ingenio, estimulado por el deseo de la libertad. Pero despues de haber andado alguna jornada el moro abandonó á los fugitivos, quienes tuvieron que volver á Argel á recibir severos castigos de sus patrones. El de Cervantes, que segun noticias no era de los ménos duros, redobló sus cadenas y estrechó mas y mas su triste encerramiento para asegurar la esperanza de un buen rescate.

Tan pronto como la familia de Cervantes tuvo noticia de la desgracia, no perdonó medio para el recobro de tan caras prendas: malvendió su corto patrimonio, empeñó los dotes de las dos hijas solteras, recurrió á los amigos, y sujetándose á toda clase de privaciones quedó reducida á la mayor estrechez. Este caudal de lágrimas llegó á Argel mas de dos años despues del apresamiento; pero no pudo satisfacer por su cortedad las exigencias de Dalí Mami, que no quiso soltar á su cautivo; y así fué aplicado al rescate de su hermano Rodrigo, quedando Miguel sin mas esperanzas de salvacion que las que Dios quisiere depararle. En tan amarga situacion, encargó á su hermano que al llegar á las costas de las Baleares ó de Valencia procurase enviarle una embarcacion armada, que atracando en punto determinado pudiese libertar y conducir á España al mismo Cervantes y otros cautivos que se hallarian prevenidos para el caso. El punto de la recalada se designó junto á una casa de campo distante como á tres millas de Argel, propia del alcaide Azan, renegado griego, y cultivada por un esclavo suyo natural de Navarra, llamado Juan el Jardinero. Habia en el jardin

una cueva muy oculta, donde con mucha anticipacion fueron guardándose los cautivos á medida que se fugaban de las casas de sus amos. Juan velaba por su seguridad, mientras Cervantes dirigia aquella maquinacion proveyendo á todo y ofreciendo este medio de salvacion á los cautivos de su confianza. Pero la depositó muy sobrada en uno que llamaban el Dorador, natural de Melilla, que despues de haber renegado de su fe en su juventud, se habia vuelto á reconciliar con la Iglesia, y habia sido posteriormente cautivado. Este cuidaba de comprar los viveres y conducirlos á la cueva con el recato que es de suponer, y debia ser uno de los prófugos. Todo estaba dispuesto: la noche aunque incierta de la libertad se iba acercando, y Cervantes se ocupaba en recoger á sus amigos mas rezagados, con el disgusto de no haber podido atraer al doctor Antonio de Sosa, su amigo y confidente, eclesiástico de estóica virtud, que lleno de achaques y guardado con especial vigilancia por su amo no pudo acompañarle. Por fin llegó la fragata que, manteniéndose lejos de la costa todo el día 21 de setiembre, se arrimó ya de noche, y su tripulacion verificaba el desembarco, cuando atemorizada por los gritos de unos moros que acertaron á pasar por allí tuvo que hacerse á la mar. En seguida repitió la tentativa de acercarse á la costa, pero esta vez con mas desgracia aun, pues alar-

ente de aquel campo, no solo frustró el plan sino que apresó tripulacion del bajel. Quedaron en consecuencia los de la ados de toda esperanza y socorro, y para colmo de infortunador, que era un taimado hipócrita, descubrió al rey Azan de los cautivos escondidos y los medios con que Cervantes esto y manejado aquel asunto. Hallábanse reducidos á la esperacion, cuando se presentó el comandante de la guardia ulado por el delator, con veinte y cuatro infantes armados, lanzas y escopetas, y algunos turcos de á caballo. Solo npo á Cervantes para advertir á sus compañeros que desobre él toda la culpa, y encarándose con el comandante, le il solo habia fraguado aquel proyecto y seducido á los que sobre él solo debia recaer cualquier castigo. Asombradores, tanto como los capturados, de tanta generosidad y de ánimo, despacharon un propio al rey, quien mandó que infelices fuesen encerrados en su baño, y que solo á Cervántesen á su presencia. Para esto le mantuvieron y así tuvo que nimoso jóven en Argel, á pié y perseguido por los insultos árbaro populacho.

rey Azan hombre muy diferente de su antecesor Uchali en nocian los cautivos ciertos rasgos de hidalguía que honran a. La ferocidad de aquel era sin límites: trataba á sus cor que á las bestias teniéndolos en la mayor desnudez y se deleñaba en atormentar á sus semejantes y á veces ejes sus propias manos los suplicios á que caprichosamente los. Cervantes le caracterizó perfectamente con un magnífico, diciendo que era *natural condicion suya el ser homicida género humano*. El infame Dorador que, renegando por az, vendió á sus compañeros, poco tiempo pudo gozar la

recompensa, pues murió miserablemente tres años despues en el mismo dia 30 de setiembre, aniversario de su infame traicion.

Es de advertir que por costumbre de aquella república eran propiedad del rey los esclavos perdidos ó fugados que prendian sus esbirros, y así es que valiéndose de este derecho tenia Azan cerca de dos mil encerrados en su baño, nombre que allí daban á los depósitos de tan lastimosa mercadería.

Presentado Cervantes ante este monstruo, tuvo que sufrir un capcioso interrogatorio, acompañado de terribles amenazas. La codicia de Azan le indujo á querer complicar en este asunto al padre Jorge Olivar, de la órden de la Merced, comendador de Valencia, que á la sazón se hallaba de redentor en Argel. Avisado del intento, tomó sus precauciones y trató de salvar en manos del doctor Sosa los ornamentos y vasos sagrados de la profanacion de los infieles, por si llegaba el caso de prendérsele. Mas á pesar de todos los medios que se usaron para vencer la firmeza de Cervantes, siempre se mantuvo en las mismas declaraciones dadas en el acto de su prision : que él solo era el autor de todo, y que todos eran víctimas de su seduccion. Cansado el rey de su constancia, y sin poder sacar otra respuesta ni noticia, se contentó con apropiarse todos aquellos cautivos, y entre ellos á Cervantes, á quien mandó encerrar en su baño, cargándole de cadenas y hierros, con intencion todavía de castigarle.

El otro Azan, el alcaide, dueño de la posesion donde se hallaba la cueva, reclamó á su cautivo Juan el hortelano, á quien ahorcó por sus propias manos. Dalí Mamí, usando de su valimiento, recobró tambien á Cervantes, pero muy poco tiempo despues lo vendió por el precio de quinientos escudos al rey, quien creyó haber hecho un buen negocio, pues no podia creer que hombre tan extraordinario no valiese mucho en su patria. Entre los dos mil cautivos encerrados en el baño del rey, gemian otros tres caballeros, relacionados con el gobernador español de Oran, donde tenia tambien Cervantes algunos amigos. Cinco meses despues, juntando las recomendaciones de todos, consiguió ganar á un moro que se ofreció á llevar las cartas, dirigidas á que se les enviase algunos espías y personas de confianza con quienes pudiesen realizar la fuga. El moro salió para cumplir su encargo; pero tuvo la desgracia de que á la entrada en Oran le interceptasen otros moros las cartas que llevaba, conduciéndole preso á Argel, donde viendo Azan la firma y nombre de Cervantes, mandó empalar al moro, que murió sin declarar cosa alguna, y que á Cervantes le diesen dos mil palos, echándole de entre sus cristianos. Pero alguna gracia como suya debió de decir Cervantes en aquel conflicto, supuesto que el rey, desarmada su cólera, revocó la órden del castigo, suerte que no tuvieron otros á quienes en distintas ocasiones se imputaron iguales conatos.

Tantos peligros corridos y milagrosamente esquivados hicieron mas precavido á Cervantes, pero sin extinguir aquella sed de libertad que le abrasaba. Vino á trabar amistad con un renegado natural de Granada, llamado Giron, que habia tomado el nombre de Abderramen y deseaba volver á su primitiva creencia y á su patria. Persuadióle á que adquiriese y armase una fragata bajo el pretexto de hacer el corso,

y que en ella se huyese de Argel llevando consigo una porcion de cautivos de lo mas florido. Para los fondos, se acudió á un mercader valenciano establecido en aquella plaza, por nombre Onofre Exarque, el cual aprontó mas de mil trescientas doblas, y con esto y otros recursos se acudió á lo mas necesario.

Todo lo tenían preparado y sesenta cristianos iban á romper sus grillos; pero aun entre ellos hubo un Júdas. Cierta Juan Blanco de Paz, que se titulaba doctor y habia sido religioso dominico, mal sacerdote y hombre perverso, revoltoso y malquisto de todos, supo el proyecto y cometió la vibanía de ir á delatarlo al rey Azan, de quien recibió por todo premio un escudo de oro y una jarra de manteca. El rey disimuló por el pronto, para hacer extensiva su venganza á muchos conjurados, y al efecto dió sus disposiciones para sorprenderlos en el mismo acto. Cuando supieron que se hallaban descubiertos, el terror

se apoderó de todos. Viendo Onofre Exarque comprometida no solo su a, propuso á Cervantes que él daría la suma multiplicándola encarecidamente que aceptase el par- sí mismo le librase de aquella angustiosa situa- , que penetró toda su desconfianza y cuán inde- peligro dejando en tanto riesgo á sus compañeros, aptar la oferta, sino que procuró tranquilizarle an tormento, ni aun la muerte misma, bastaria lese á ninguno de sus compañeros, ántes bien se para salvarlos á todos.

to que tomaban las cosas, huyó del baño, aco- aro de un antiguo camarada, el alférez Diego Cas- ocos dias despues se mandó con público pregon imponiendo pena de la vida á quien le tuviese ar algun daño á su amigo, ó á algun otro cris- ientarse espontáneamente, fiándose para ello de o llamado Morato Ruez, por sobrenombre Maltra- el rey, por cuyo medio esperaba salir mejor del ó muy irritado cuando le vió, mandó que le pu- garganta y le atasen las manos atras, como para esaba; pero Cervantes, siempre impávido, echó y sobre otros cuatro caballeros que estaban ya : cansado Azan de la inutilidad de sus pesquisas, adora influencia de un esclavo cuya superioridad econocer, mandó que encerrasen á Cervantes en , que estaba en su mismo palacio, donde le tuvo lo con grillos y cadenas, y desterró á Giron al ninó esta tentativa desgraciada, que hubiera po- na misteriosa disposicion de la Providencia. Por *cobró Cervantes, segun la expresion del alférez i fama, loa y honra y corona entre los cris-*

designios de Cervantes á recohrar su libertad y de infortunio. Alentado por el ejemplo de dos m le habian precedido en empresa tan ardua y

temeraria, y el considerable número de mas de veinte y cinco mil cautivos con quienes podia contar para su ejecucion, concibió el plan de alzarse con Argel para entregarlo á Felipe II y destruir aquel asilo de los piratas del Mediterráneo. Hubiéralo conseguido, segun las atinadas disposiciones que habia tomado, si la ingratitud y malevolencia de algunos conjurados no descubriera sus intentos, frustrándolos para siempre, y exponiendo su vida á ser víctima de tan abominable perfidia. El mismo Cervantes decia que estas empresas quedarian por muchos años en la memoria de aquellas gentes, y aseguraba el P. Haedo que con ellas se pudiera hacer una particular historia. No era por consiguiente la opresion y custodia en que tenia á Cervantes el rey Azan un mero efecto de su condicion severa y destemplada, sino una medida de precaucion por su propia seguridad y la de su república; y por eso solia decir que *como tuviese bien guardado al estropeado español, tendria segura su capital, sus cautivos y sus bajeles.*

Mientras ideaba medios tan arriesgados para obtener su libertad, sus desvalidos padres, arruinados ya con el rescate de su hermano mayor, hacian en Madrid las mas activas diligencias con el objeto de conseguir el de Miguel. Para hacer constar sus servicios, solicitaron una informacion judicial. D. Juan de Austria, que de ellos habia sido testigo y justo apreciador, habia muerto ya; el duque de Sesa expidió una certificacion muy expresiva citando sumariamente los méritos de Cervantes, y otros muchos testigos de sus hazañas en el ejército y en el cautiverio los declararon ante la autoridad. Entre estos pasos vino á fallecer agobiado por tantas pesadumbres su padre Rodrigo, cuya viuda Doña Leonor de Cortinas los continuó sin descanso con todo el amor de una madre, hasta que ayudada de su hija Doña Andrea pudo entregar á los religiosos de la órden de la Trinidad trescientos ducados. Una persona piadosa, Francisco Caramanchel, doméstico de un consejero, dió cincuenta doblas, y otras cincuenta se le aplicaron de la limosna general de la órden Redentora.

Para acrecentar esta cantidad dirigió al rey Doña Leonor de Cortinas una súplica, apoyada con la informacion judicial y la certificacion del duque de Sesa, para que S. M. en consideracion á los méritos de su hijo y á la pobreza en que ella estaba, le concediese alguna gracia para rescatarle. Atendió el rey á esta instancia, concediendo á Doña Leonor en 17 de enero de 1580 permiso para que del reino de Valencia se pudiesen llevar á Argel dos mil ducados de mercaderías no prohibidas, con tal que su beneficio é interes sirviese para el rescate de su hijo; pero fué tal la mala suerte de esta familia, que no llegó á tener efecto esta gracia, porque tratando de beneficiarla, no daban por ella sino sesenta ducados.

Entre tanto los padres de la santísima Trinidad, cuya gloriosa expedicion dirigia el padre fray Juan Gil, acompañado del padre fray Antonio de la Bella, ministro del convento de Baeza, emprendieron su viaje á Argel, adonde llegaron el 29 de mayo de 1580 y empezaron á tratar desde luego del rescate de los cautivos. La dificultad que tuvieron en el de Cervantes le retardó algun tiempo, porque Azan pedia por él mil escudos para doblar el precio en que le habia comprado, y ame-

nazaba que si no le aprontaban esta cantidad le llevaria consigo á Constantinopla. Habia Azan finalizado su gobierno, que por orden del Gran Turco entregó á Jafer-bajá, é iba á partir para aquella capital con cuatro bajeles suyos y de su mayordomo, armados todos con esclavos y renegados propios, llevando ademas la escolta de otros siete buques que regresaban á Turquía, y ya tenia á bordo á Cervántes, asegurado con grillos y cadenas. Compadecido el P. Gil de su situacion, y temiendo se perdiese para siempre la ocasion de lograr su libertad, rogó é instó con la mayor eficacia hasta conseguir rescatarlo en quinientos escudos de oro en oro de España, buscando para ello dinero prestado entre los mercaderes, y aplicán lole várias cantidades de la redencion y de las limosnas particulares hasta completar aquella suma. Concluido este concierto, y gratificados con nueve debias los oficiales de la galera por sus derechos, fué desembarcado Cervántes el 19 de setiembre, en el momento mismo en que dió la vela Azan Agá para su destino.

Recobrada su libertad, todavía permaneció Cervántes en Argel hasta fines de aquel año, agasajado de cuantos conocian sus bellas prendas. Solo su delator, el mencionado Juan Blanco de Paz, que como todos los perversos aborrecia preferentemente á los que mas habia agravado, puso en juego cuanto pudo sugerirle su infernal ingenio para desacreditar y perder á quien no habia podido asesinar. Temia tal vez que de regreso á España Cervántes descubriese su infame proceder, y así es que trató de formarle secretamente una causa criminal sobre su conducta, seduciendo á unos testigos con dádivas y promesas de su liberacion, y sorprendiendo la sencillez de otros con aparatos de gran autovalimiento.

En dañado propósito fingió y divulgó ser comisario del santo on cédula y comision del rey para ejercer allí sus funciones, y trevió á requerir á los padres redentores de España y de Portugal, respetable doctor Sosa y á otros eclesiásticos que le reconocieran tal y le prestasen obediencia: pero exigiéndole estos sumas, vieron que no los tenta, y reprendieron severamente tan union y tan enorme delito.

Estos antecedentes fundaba Cervántes la necesidad de acrisolar su vida para acreditarla en España ante el rey y sus tribunales de justicia, que desvaneciase toda sugestion maligna de sus émulos. Nada que desear en esta parte, porque la informacion que recibió, y que por fortuna existe original en el archivo general de establecido en Sevilla, es la apología mas completa, donde reommo en la pintura las luces entre las sombras, las nobles prentu rta les de su corazon al traves de los vicios y viles maquinaciones de sus calumniadores.

Este precioso documento dieron sus declaraciones los cautivos morizados que existian entónces en Argel, exponiendo los hechos os referido y alabando su ocupacion virtuosa y cristiana en su vida con los pobres cautivos, y en distribuir entre ellos lo poco que podia allegar para mantenerlos y satisfacer sus jornales, por este medio que los maltratasen sus patronos. Aparece

ademas y consta en la informacion por testimonio uniforme de tantas personas calificadas y veraces, que Cervantes fué siempre exacto en todas las obligaciones y prácticas de un cristiano; que su zelo fervoroso y su instruccion sólida en los fundamentos de la fe, le empeñó muchas veces en defenderla entre los mismos infieles con grave riesgo de su vida; que con el mismo espíritu animaba para que no renegasen á los que veía tibios y desalentados; que su nobleza de ánimo, sus buenas costumbres, la franqueza de su trato, y su ingenio y discrecion le granjeaban muchos amigos, complaciéndose todos en reconocerle por tal; que su popularidad y beneficencia le captaban igual concepto y aprecio entre la muchedumbre; que sin embargo de esto conservó aun en su esclavitud todo el decoro propio de sus circunstancias, tratando y conversando familiar y amigablemente con los sugetos mas distinguidos por su estado y condicion; y que los mismos padres redentores, conociendo su talento y buenas prendas, no solo le trataron con singular aprecio, sino que consultaban y comunicaban con él los asuntos y negocios mas arduos de sus encargos y comisiones.

En vista de todo esto no es de admirar que Cervantes diese, durante su vida, tanta importancia á los acontecimientos que promovió en Argel y á los trabajos y persecuciones que padeció por esta causa; ni ménos debe extrañarse que conservara tan viva su gratitud á los padres redentores y á su caritativo instituto, del cual hizo un digno elogio en la novela de *La Española inglesa*. El padre Haedo confiesa que el cautiverio de Cervantes fué de los peores que hubo en Argel, y tambien él decia muchos años despues que en aquella escuela *aprendió á tener paciencia en las adversidades*. Estas no pudieron con todo marchitar la lozanía de su ingenio, ni sofocar su amor y su pasion á las letras. Consta que allí escribió versos, algunos de ellos sobre asuntos de piedad, y acaso deben referirse á esta época los romances infinitos de que habla él mismo en su *Viaje al Parnaso*.

Concluidas las diligencias que le habian detenido en Argel, recogió testimonio de ellas, y partió para España lleno de las mas halagüeñas esperanzas á fines del mismo año 1580, logrando segun él mismo dice, *uno de los mayores contentos que en esta vida se puede tener, cual es el de llegar despues de largo cautiverio, salvo y sano á su patria: porque no hay en la tierra, añade, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida*.

Al tiempo de su llegada estaba Felipe II ocupado enteramente en la conquista de Portugal, y el ejército castellano permanecia en aquel reino, tanto para conservar la tranquilidad pública como para preparar la reduccion de las islas Terceras. Continuando Rodrigo Cervantes su carrera militar, se hallaba en aquel ejército, ya en clase de alférez, y su hermano Miguel conoció que las circunstancias no le proporcionaban medio mas oportuno de conseguir sus pretensiones que el de volver á servir en las tropas que estaban en Portugal, donde esperaba nuevas ocasiones de distinguirse. Reunióse pues á su antiguo tercio que subsistia á cargo de D. Lope de Figueroa, y se componia de soldados veteranos ejercitados en las guerras de Levante y de Flándes. Por entonces las córtes de Francia é Inglaterra que disimuladamente apoya-

ban las pretensiones de D. Antonio, prior de Ocrato, á la corona de Portugal, sostenian la rebeldía de las Terceras é intentaban apoderarse de los tesoros que de las colonias españolas conducian las flotas, con cuyas miras recorria los mares una poderosa escuadra francesa. Para combatirla fué puesto al frente de la española D. Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, quien embarcó en sus naves los aguerridos tercios de Figueroa y Bobadilla, por lo cual se cree que Cervantes concurrió á la batalla naval ganada el 23 de julio 1582 en la aguas de la isla de San Miguel, así como al sangriento desembarco verificado en la isla Tercera, en 15 de setiembre del año siguiente; pero no hay noticias positivas de sus aventuras y hechos de armas durante sus tres campañas de 1581 á 1583 : solo sabemos que por aquel tiempo estuvo en Mostagan de donde fué enviado con cartas y avisos del alcaide de aquella plaza para Felipe II, quien le mandó pasar á Oran sin duda por hallarse allí de guarnicion el tercio ó la compañía en que todavia militaba. En alabanza del inclito marqués de Santa Cruz compuso un buen soneto que publicó algunos años despues el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa en sus *Comentarios de la jornada de las islas Azores*.

Tambien con esta época debieron coincidir ciertos amores de Cervantes con una dama portuguesa, de quien tuvo una hija natural llamada Doña Isabel de Saavedra, la cual siguió á su padre en sus varios destinos y vivió en su compañía y en la de su mujer, formando parte de su familia.

Concluida la guerra con la completa reduccion de las posesiones portuguesas, se retiró Cervantes del servicio militar, despues de quince años de vicisitudes y adversidades. En medio de una vida tan agitada y de tan varios viajes y destinos habia compuesto y concluido para fines de 1583 *la Galatea*, novela pastoral, que fué la primera obra suya que publicó, y en que satisfaciendo su inclinacion á la poesia y al cultivo de su lengua propia, quiso acreditar la fecundidad de su genio, dar á conocer algunas de sus aventuras ó sucesos particulares y alabar á los poetas que entónces florecian. Dióse á luz esta obra á principios del año inmediato, y como al mismo tiempo que Cervantes publicaba estas aventuras, galanteaba con fines honestos á una dama principal, no puede quedar duda de que esta fué la verdadera heroina de su novela. Poco tiempo despues de publicada, es decir en 12 de diciembre de 1584 contrajo Cervantes matrimonio con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, de una ilustre familia de Esquivias. Debian de ser de tiempo atras muy estrechas las relaciones entre las familias de los desposados, por cuanto el padre de Cervantes habia nombrado por albacea en su testamento á la madre de la que vino á ser despues su nuera. Cervantes estableció el domicilio conyugal en la misma villa de Esquivias, al parecer muy modestamente, pues no daban para mas ni la dote de su mujer ni los bienes del marido. Como la carrera de las armas le habia reportado mas gloria que provecho, fuéle preciso aguzar el ingenio para atender á sus nuevas obligaciones; sea por esto ó porque su genio franco y sociable no se acomodase á la vida de un hacendado lugareño, la proximidad á Madrid le proporcionó residir á temporadas en la corte adonde iba á activar sus pre-

ensiones y cultivar sus amistades. Túvolas muy estrechas con los mas afamados ingenios de aquel tiempo, cuya benevolencia se habia granjeado ya por los elogios que acababa de prodigarles en el *Canto de Caliope* inserto en el libro sexto de su *Galatea*.

Entónces fué quando Cervantes vió representar con general aplauso en los teatros de la corte los *Tratos de Argel*, la *Numancia*, la *Batalla naval*, y otros dramas que habia compuesto; pero sus triunfos no podian ser permanentes, porque como él mismo dice, inmediatamente entró á dominar el teatro el monstruo de naturaleza, el gran *Lope de Vega*, y se alzó con la monarquía cómica, y avasalló y puso debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes, llenando el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y eclipsó por consiguiente no solo las que Cervantes habia visto celebradas, sino las de los demas escritores que le precedieron. De casi todas estas comedias ignoramos hasta los títulos, pues únicamente han llegado á nosotros el *Trato de Argel* y la *Numancia*, habiéndose perdido todas las demas, inclusa la *Confusa*, que él tenia por la mejor. No hay para qué analizar estas producciones; basta que digamos que en ellas erró su vocacion por segunda vez.

Otro género de ocupaciones alejaron á Cervantes de la escena literaria por espacio de cerca de veinte años. Pasemos rápidamente y como sobre ascuas por este período desagradable. La situacion en que se hallaba iba empeorando cada dia: veíase agobiado con las obligaciones que trae consigo el matrimonio, y la manutencion de sus hermanas é hija; advertia desatendidos sus méritos y servicios sin haber obtenido la menor recompensa, y se miraba con mas de cuarenta años de edad y estropeado de la mano izquierda, pareciéndole dificultoso en tales circunstancias emprender otra carrera, ó aspirar á un empleo que le sostuviese con la decencia que correspondia. Para lograrlo aceptó el encargo de temporal comisario ó factor de provisiones para la armada; se trasladó con este motivo á Sevilla en 1588, allí prestó sus fianzas, desempeñó este cargo hasta 1592 y rindió sus cuentas. Miraba naturalmente esta ocupacion nada mas que como escala para mayores ascensos, y no descuidaba por lo tanto sus pretensiones. En efecto, el año 1590 solicitó de S. M. un oficio de los que se hallaban vacantes en Indias, señalando particularmente la contaduría del nuevo reino de Granada, la de las galeras de Cartagena, el gobierno de la provincia de Soconusco en Goatemala, y el corregimiento de la ciudad de la Paz. Esta resolucion manifiesta bien cuál era la situacion de Cervantes quando se acogia, como él mismo decia, *al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad (Sevilla) se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España*. Este recurso lo pasó el rey en 21 del mismo mes al presidente del consejo de Indias; y por decreto fecho en Madrid á 6 de junio se contestó que buscasse Cervantes por acá en que se le hiciese merced.

Fiado tal vez en esta promesa, volvió Cervantes á Madrid en 1594; pero solo pudo conseguir otra comision del consejo de contaduría mayor para la cobranza de ciertas cantidades que procedentes de tercias y alcabalas reales debian varios pueblos del reino de Granada. En estas y

otras comisiones semejantes visitó la mayor parte de los pueblos de Andalucía, cuyos caminos, costumbres y las mas menudas circunstancias describió en sus obras como testigo ocular, particularmente en sus Novelas, que casi todas las escribió en esta época, aunque no las publicó hasta mucho despues. De aquel estado, ya que no prospero, algo tranquilo al ménos, le sacó la desgracia ó mala fe de un mercader llamado Simon Freire de Lima, á quien habia entregado, para su giro á Madrid, siete mil cuatrocientos reales procedentes de lo recaudado en Velezmátaga y su partido. Con motivo de haber vuelto protestada esta letra tuvo que pasar Cervantes en 1595 á Sevilla; Freire se habia declarado en quiebra y se habia fugado de España, y de aquí se originaron para Cervantes una serie de disgustos y calumnias, como tambien una larga prision. En 1597, segun las cuentas formadas por las oficinas, resultó contra él un descubierto de dos mil seiscientos cuarenta y un reales, y por real provision se dió orden á un juez de Sevilla para que le prendiese y á su costa le enviase preso á la corte, á disposicion del tribunal de contaduría mayor; pero el encarcelado representó y se le puso en libertad bajo la fianza de presentarse dentro en Madrid á rendir cuentas y pagar el alcance.

La segunda comision, todavfa residió en Sevilla, donde unas agencias de particulares, y el año 1598 compuso to sobre el túmulo erigido en aquella catedral con ocasion de Felipe II. A pesar de su posicion subalterna, ente con las personas mas distinguidas por su clase y istian en Sevilla, ciudad culta y poderosa y patria enimos ingenica. Allí vió morir al divino Herrera, cuya con un soneto, y fué uno de los mas asiduos concurrenciones tenidas en el estudio del amable pintor y poeta eco, quien sacó su retrato entre los muchos de personas tuvo la laudable curiosidad de recoger.

entos para saber los sucesos de Cervantes desde fines principios de 1603, y es esto tanto mas de sentir cuanto seria conocer las circunstancias que le diéron ocasion escribir su libro inmortal : *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote*. Todos convienen en que por aquellos años escha, de lo cual se conserva allí una tradicion constante lo cierto que tenia enlaces y conexiones de parentesco nillas ilustres establecidas en aquella provincia. Unos comisionado para ejecutar á les vecinos morosos de Arpagasen los diezmos que debian á la dignidad del gran Juan, lo atropellaron y pusieron en la cárcel, otros la prision dimanó del encargo que se le habia confiado rica de salitres y pólvora en la misma villa, para cuyas mpleó las aguas del Guadiana en perjuicio de los veciovechaban para beneficiar sus campos con el riego; y quien crea que este atropellamiento acaeció en el Todicho Cervantes á una mujer algun chiste picante, de on sus parientes é interesados. La fama de linajudos de que gozaban los pueblos de aquel distrito, la tradi-

cion que todavía subsiste en Argamasilla de que en la casa llamada de Medrano estuvo el encierro donde permaneció Cervantes padeciendo largos trabajos, y sus mismas expresiones de que su libro fué *engendrado en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento*, dan lugar á multitud de conjeturas que en vano se ha pretendido apurar. Que la prision que sufrió en Argamasilla debió ser injusta, se infiere ademas de que Cervantes no solo no se recató, sino que hizo gala de ella. Como quiera debemos deponer todo resentimiento por aquella dicha prision, que tanto gusto y entretenimiento ha dado y dará aun al género humano.

La corte se hallaba establecida en Valladolid hacia dos años, cuando Cervantes tuvo que trasladarse en 1603 á aquella ciudad, segun se cree para responder á las nuevas notificaciones que todavía le hizo la contaduría mayor, pues aun andaba á vueltas el fastidioso expediente del antiguo descubierto. Sin duda debieron ser satisfactorios sus descargos, puesto que continuó residiendo en la corte el resto de su vida, á vista del mismo tribunal que tanto le habia molestado por un débito tan corto. Como quiera, no debió ser nada ignominioso el delito de Cervantes, cuando vemos la tranquilidad de ánimo que manifestó siempre, apoyada en el testimonio indudable de su conciencia y honrado proceder, y comprueba esta conjetura el silencio que guardaron en este punto sus enemigos y rivales, aun mencionando aquel suceso con la dañada intencion de zaherirle.

El famoso duque de Lerma, gran valido de Felipe III, era entónces el árbitro dispensador de los empleos y de la fortuna ó desgracia de los españoles : halagüeño y mañero mas que bien entendido, segun decia Quevedo, usó de su privanza en provecho propio mas que en el comun. De aquí nació que el mérito, el talento y la virtud fueron desatendidos, no sin censura y sentimiento de los buenos. El P. Sepúlveda, que escribia entónces en el Escorial cuanto ocurría y observaba, se lamentaba con patriótico zelo y santa indignacion de ver arrinconados y sin premio alguno tantos y tan famosos capitanes y valerosos soldados, mientras que á su vista eran colmados de mercedes hombres sin servicios ni méritos, por solo el favor que accidentalmente gozaban de los ministros ó cortesanos, ó por estar colocados en ocupaciones sedentarias de pocos dias. Si Cervantes, como es de presumir, tuvo entónces necesidad de presentarse á aquel inepto valido para exponerle sus servicios, sus méritos y sus desgracias, no es extraño que le recibiese con desden y le tratase con menosprecio, segun refieren algunos escritores de aquel siglo. Con tan amargo desengaño halló Cervantes cerrada la puerta á sus esperanzas, de modo que, abandonando sus solicitudes de recompensa, se vió obligado á buscar otros medios de subsistir, ya ocupándose en varias agencias y negocios, ya trazando y escribiendo algunas obras de ingenio, ó ya finalmente limando y perfeccionando las que tenia para dar al público. Con tan mezquinos arbitrios, y el favor que despues pudo granjearse por medio de sus amigos de otros protectores mas justos é ilustrados, señaladamente del conde de Lemos y del arzobispo de Toledo, Sandoval, vivió Cervantes el resto de su vida, aunque pobre y oscuramente, siendo admirable la cordura y mo-

deracion que distinguió su conducta en este último período. Si alguna vez depositó en el seno y confianza de la amistad las quejas y resentimientos que tenia con el duque, siempre habló en sus obras públicas con el decoro y miramiento que la prudencia tributa á los que tienen en sus manos la suerte de los pueblos y la prosperidad ó miseria de muchas generaciones.

Tal vez la situacion apurada en que le pusieron estos desvíos y engaños hicieron á Cervantes acelerar la publicacion del *Quijote* para que los lectores juiciosos é imparciales, midiendo por esta obra la elevacion y amenidad de su ingenio, y recordando por la novela del *Cáu-* tivo los méritos de su juventud, compadeciesen su mala suerte, y este sentimiento excitase su indignacion contra la indiferencia é injusticia de los que la causaban. La primera parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* salió á luz publicada en Madrid á principios de 1605. ¿Cómo es posible que elogiemos debidamente este esfuerzo del ingenio, este libro asombroso, el mas festivo que ha producido el espíritu humano, la admiracion del mundo durante mas de dos siglos, la envidia de las naciones extranjeras, el recreo del vulgo, la medicina de los mal humorados, y el repertorio inmenso de todas las gracias de la conversacion? La posteridad lo contempla atónita, sin atreverse á decidir cuál sea mas admirable en él, si la fuerza de la fantasía que lo inventó, el gusto con que se ejecutó ó la diction con que se expresó. Las prensas no cesan de reproducirle en todas partes, los doctos y los indoctos no se cansan de leerle, los eruditos lo comentan y analizan, ya entusiasmándose con sus perfecciones hasta la idolatria, ya haciendo notar algunos de sus defectos, que parecen puestos allí para abonar sus bellezas.

Supónese no obstante que el público recibió el *Quijote* con indiferencia, y que conociendo Cervantes que su obra era leida por los que no la entendian, procuró excitar la curiosidad valiéndose de las ingeniosas y discretas revelaciones del *Buscapié*, obra anónima en que aparentando hacer una crítica del *Quijote*, se indicaba que era este una sátira llena de instruccion, y que los interlocutores, aunque de mera invencion, no dejaban de tener alguna semejanza con ciertos personajes ó vivos ó recientes que habian tenido á su cargo el gobierno de la monarquía. Como ignoramos si el *Buscapié* salió á luz al mismo tiempo que el *Quijote* ó si fué muy posterior, no podemos graduar el influjo que tuvo para que esta obra fuese recibida desde luego con tan general aplauso de las gentes, como manifestó su autor en la segunda parte. Consecuencia de esta aceptacion fué el haberse hecho á lo ménos cuatro ediciones en el mismo año de 1605 en que se publicó la primera, y haberse multiplicado en los inmediatos por Francia, Italia, Portugal y Flándes.

Del entusiasmo público no participaron algunos escritores, entre los cuales es de lamentar los hubiese de verdadero mérito, como Espinel, Villégas y Góngora, que cediendo á la mala tentacion de censurar hasta las obras mas acabadas, manifestaron que muy léjos de ser el zelo de corregir y mejorar los hombres el que les dictaba, obedecian á las inspiraciones de la vanidad, á los estímulos de su amor propio y al

agudo pesar con que miraban las glorias ajenas. Del mismo Lope de Vega hay indicios de resentimiento, que algunos han procurado negar; pero por lastimoso que sea ver á dos hombres tan eminentes descender de su altura al campo de las vulgares miserias, preciso es confesar que si no hubo rompimiento, hubo por lo ménos cierto desvío. Verdad es que quisieron recíprocamente invadir el patrimonio que la naturaleza les habia señalado. Se empeñó Cervantes en escribir comedias y cayó en un punto mas abajo de la medianía; quiso Lope escribir novelas y apestó.

Un acontecimiento funesto é imprevisto vino á turbar la tranquilidad de Cervantes y su familia pocos meses despues de publicado el *Don Quijote*. No parece sino que una tenaz fatalidad le perseguia por todas partes. Residia en la corte un caballero navarro de la órden de Santiago, llamado D. Gaspar de Ezpeleta, aficionado segun la costumbre del tiempo á justas, torneos y galanteos, el cual en la noche del 27 de junio de 1605 se encontró á la orilla del Esgueva con un hombre armado, que se empeñó en alejarlo de allí, por cuya razon despues de algunas contestaciones sacaron las espadas y se dieron de cuchilladas, quedando mal herido D. Gaspar, que comenzó á pedir socorro y pudo refugiarse con trabajo á una de las casas que estaban mas próximas. Cabalmente vivia en uno de sus dos cuartos principales Doña Luisa de Montoya, viuda del célebre cronista Estéban de Garibay, con dos hijos suyos, y en el otro Miguel de Cervantes con toda su familia. Á las voces de D. Gaspar acudió uno de los hijos de Garibay, y viendo que entraba un hombre en el portal derramando sangre, con la espada desenvainada en la una mano y en la otra el broquel, llamó á Cervantes, que estaba ya recogido. Entre ambos le subieron al cuarto de Doña Luisa de Montoya, donde falleció en la mañana del 29.

Para la averiguacion del caso se procedió á las diligencias judiciales, y si bien no pudo descubrirse el matador, hubo algunos indicios de que las heridas y muerte de D. Gaspar habian provenido por competencia de obsequios y galanteos dirigidos bien á la hija ó á la sobrina de Cervantes, ó bien á otras señoras de las várias que habitaban los dos cuartos segundos y otro tercero de la misma casa; por lo que fueron puestas en la cárcel diferentes personas, y entre ellas Miguel de Cervantes, su hija, su sobrina y su hermana viuda; pues es de advertir que de las declaraciones tomadas á los testigos en aquella circunstancia, resulta que tenia entónces en su compañía á su mujer Doña Catalina de Palacios Salazar, á su hija natural Doña Isabel de Saavedra, soltera, de mas de 20 años, á Doña Andrea de Cervantes, su hermana, viuda, con una hija soltera llamada Doña Constanza de Ovando, de 28 años, y á Doña Magdalena de Sotomayor, que tambien se llama su hermana, y era beata, de mas de 40 años de edad. Tambien resulta de las mismas declaraciones que Cervantes se empleó en Valladolid, segun lo habia hecho durante su mansion en Sevilla, en agencias particulares, como un arbitro para mantener su numerosa familia. Poco despues de recibidas las confesiones salieron de la prision bajo fianza Cervantes, su hija, hermana y sobrina.

En el año siguiente de 1606 se restituyó la corte á Madrid, y es muy

regular que la siguiese Cervantes, fijando su residencia en esta villa, no solo para continuar sus agencias, ó proporcionarse otros medios de subsistir, sino para estar mas inmediato á Esquivias y á Alcalá, donde tenia sus parientes. Así lo testifican cuantas memorias se han conservado, de las cuales consta que á mediados de 1608 se reimprimió á su vista la primera parte del *Quijote*, corregida de algunos defectos y errores, suprimiendo unas cosas y añadiendo otras, con lo que mejoró conocidamente esta edicion, que por lo mismo es la mas apreciada de los literatos y bibliógrafos; que en junio de 1609 vivia en la calle de la Magdalena, á espaldas de la duquesa de Pastrana; que poco despues se mudó á otra casa que estaba detras del colegio de Nuestra Señora de Loreto; que en junio de 1610 moraba en la calle del Leon, casa número 9, manzana 226; que en 1614 residia en la calle de las Huertas; que tambien vivió en la calle del Duque de Alba, próximo á la esquina de la del Estudio de S. Isidro, de la cual le desalojaron judicialmente, y por último, que en 1616 habitaba otra vez en la calle del Leon, esquina á la de Fráncos, número 20, manzana 228.

Cervantes, anciano ya, reunido á toda su familia, escaso de medios para mantenerla, perseguido de sus émulos, desatendido á pesar de sus servicios y de sus talentos, y colmado de desengaños por su experiencia del mundo y conocimiento de la corte y de los cortesanos, abrazó desde esta época una vida retirada y filosófica, cual convenia á su situacion; y *volviendo*, como decia él, *á su antigua ociosidad*, se dedicó enteramente al comercio y trato de las musas para ofrecer despues al público nuevos y mas copiosos frutos de su ingenio y aplicacion, dando campo al mismo tiempo á la práctica de aquellas nobles virtudes á que le inducia su religioso corazon, y que sostenidas en su juventud con heróico denuedo entre infieles bárbaros y sanguinarios, debian brillar mas y mas en el ocaso de sus dias para ejemplo y confusion de sus émulos y detractores.

Estos principios le condujeron á alistarse en algunas congregaciones piadosas, especialmente en la que todavia subsiste en el oratorio de la calle del Olivar. Se cree que entónces se incorporó tambien Cervantes, como lo hizo Lope de Vega, en la congregacion del oratorio del Caballero de Gracia, miéntras que su mujer y su hermana Doña Andrea se dedicaban á semejantes ejercicios de piedad en la Orden Tercera de San Francisco, cuyo hábito recibieron en 8 de junio del mismo año. No debe omitirse el singular y muy constante cariño fraternal que recíprocamente se conservaron siempre Cervantes y Doña Andrea. Á los testimonios de desprendimiento y afecto que esta le demostró en várias ocasiones, correspondió él con el aprecio y consideracion con que la trató, hasta que falleció en su misma casa á 9 de octubre de 1609, de edad de 63 años, y se enterró en la parroquia de San Sebastian á expensas de su hermano.

Entre tanto iba Cervantes disponiendo y perfeccionando algunas de sus obras para darlas á luz; y así es que pudo publicar en agosto de 1613 la coleccion de *Novelas ejemplares* que dedicó al conde de Lémos por medio de una carta digna del mayor aprecio por la urbanidad, gratitud y moderacion con que está escrita.

Cervantes había visto el aplauso con que corría esta clase de composiciones en Italia, principalmente las del Bocacio; pero advirtió que sin embargo de su estilo encantador, y de la elegancia, pureza y singulares gracias del lenguaje, eran en gran manera nocivas y perjudiciales á las costumbres por la indecencia, obscenidad y libertinaje de las ideas y argumentos. Procuró pues corregir este abuso y adoptar en su plan aquellas acciones que sin ofender el pudor fuesen características del genio de su nación, y prestasen materia para la corrección de los vicios mas comunes en la sociedad. Un año despues dió á luz su *Viaje al Parnaso*, imitando al que había publicado en Italia César Caporali, natural de Perugia, poeta parecido á él, no ménos en su agudo y festivo ingenio, que en su triste y desdichada suerte. Alabó en esta obra á los poetas dignos de este nombre, dándoles el lugar eminente que merecian en el Parnaso español, y desterró de él á la muchedumbre de copleros corruptores de la noble poesía y del idioma castellano, de aquellos que hablaban unos latin y otros algarabía, y eran *la idiotez y la arrogancia del mundo*, segun sus propias expresiones.

Signió á esta obra la *Adjunta al Parnaso*, diálogo en prosa, en que pintó con sumo donaire el encuentro y conversacion que tuvo con un poeta novel que le traía una carta del dios Apolo. En esta obra anunció Cervantes su propósito de dar al público sus comedias, las cuales ni los cómicos las querian representar, ni los libreros comprárselas para imprimir. A fuerza de instancias, acabó por tomárselas el librero Juan de Villaroel, el cual se las pagó razonablemente, pero no sin haberle manifestado con franqueza que un autor de título le había dicho que de su prosa podia esperarse mucho, mas de su verso nada, declaracion que le llegó al alma, aunque sin convencerle. Todas estas curiosas circunstancias las refiere el mismo Cervantes en un discreto prólogo que embelesa por su ingenuidad y es tan erudito como importante para la historia del teatro y de la comedia española.

Ya porque Lope de Vega había inundado el teatro con sus maravillosas composiciones, y otros muchos escritores muy apreciables é ingeniosos le ayudaban á sostener esta gran máquina con suma aceptación y aplauso de las gentes, ya porque realmente era escaso el mérito de las comedias de Cervantes, lo cierto es que el público las miró con suma indiferencia. Mayor aprecio merecieron respectivamente los entremeses, diálogos breves, jocosos y burlescos, que para dilatar y hacer mas várias y agradables las representaciones teatrales, se intercalaban entre los actos ó jornadas de las comedias. En estos entremeses repitió algunos asuntos ya tocados en sus novelas, y dejó de publicar otros no ménos graciosos y discretos, como el de *los Habladores*, que salió á luz en Sevilla el año de 1624. Algunos han creído que escribió tambien *autos sacramentales*, y aun le atribuyen el titulado *las Cortes de la muerte* de que habla en el capítulo xi de la parte II del *Quijote*; pero hasta ahora no se ha hallado fundamento que acredite estas presunciones.

Entre las costumbres dignas de alabanza que entónces se conservaban para estimular los talentos en todas las ocasiones de celebridad pú-

blica, deben contarse aquellas concurrencias llamadas *justas poéticas*, en cuyos certámenes hallaban los ingenios un medio de darse á conocer con honrosa emulacion. Así sucedió en las que se celebraron en Madrid el año 1614, con motivo de haber beatificado el papa Paulo V á Santa Teresa de Jesus, y en las cuales compitieron los mas floridos ingenios de España. Ocho eran los certámenes que se anunciaron al público, y en el tercero se proponian tres premios á los que con mas gracia, erudicion y elegante estilo, guardando el rigor lirico, compusiesen una *cancion castellana á los divinos éxtasis de la Santa*, en la medida de aquella de Garcilaso, *El dulce lamentar de los pastores*, con tal que no excediese de siete estancias. Uno de los jueces del certámen era Lope de Vega, el cual abrió la sesion ante un auditorio tan numeroso como distinguido, recitando un discurso en alabanza de Santa Teresa, que causó sumo placer y mocion en el ánimo de los circunstantes. Miguel de Cervantes compitió al citado argumento, y aunque no se llevó ningun premio, mereció que se publicase su cancion, entre las mas selectas, en la relacion que de las fiestas hechas en toda España publicó fray Diego de San José, y se imprimió en Madrid en el año de 1615.

Estos ligeros desahogos de su aficion á la poesia no le impedian atender á la composicion de otras obras mas vastas, instructivas y deleitables. La que principalmente tenia comprometida en gran manera su reputacion, era la segunda parte del *Quijote*, ofrecida desde 1604, anunciada como próxima á publicarse en 1613, y precedida sin embargo por otra segunda parte de un autor desconocido é inepto, que intentó desacreditar de un golpe el ingenio y las costumbres de Cervantes. Nos referimos al *Quijote* de Avellaneda, publicado cuando aquel estaba finalizando su obra, y que fué un poderoso estímulo para que la concluyese con mayor celeridad y la presentase á la censura á principios de 1615, solicitando el permiso para su impresion

Es digna de la mayor alabanza la generosidad y circunspeccion con que procedió Cervantes en aquella ocasion. Á los necios ultrajes é insolentes calumnias de su rival, al conjunto de improprios de una obra insípida, vulgar y obscena, él opuso la templanza y urbanidad de su prólogo, que puede ser modelo de contestaciones literarias, y las ingeniosas y festivas invectivas que entretejió con las aventuras de su héroe, alusivas á la flamante historia del disfrazado aragones. Pero ninguna mas oportuna y discreta que la apología que hizo de sí y de su *Quijote* en la dedicatoria al mismo conde de Lémos, donde, tratando de cuán deseado era su libro, se explica en estos términos: « Es » mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envíe, para » quitar el ámago y la náusea que ha causado otro D. Quijote, que con » nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe: y el » que mas ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la » China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una » carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome » se le enviase, porque queria fundar un colegio donde se leyese la » lengua castellana, y queria que el libro que se leyese fuese el de la » historia de D. Quijote: juntamente con esto me decia que fuese yo

» á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador, si su majestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podéis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venís despachado, porque y no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; ademas que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lémos, que sin tantos titulillos de colegios, ni rectorías me sustenta, me ampara, y me hace mas merced que la que yo acierto á desear. »

El objeto de esta ficcion fué no solo renovar la memoria de su pobreza, tributando su gratitud á su bienhechor y Mecénas, sino encarecer particularmente su obra y vindicarla de las atroces é injustas censuras de sus émulos. Lo mas notable que le achacó Avellaneda recayó sobre que su estilo ó *idioma era humilde*, y que *hacia ostension de sinónimos voluntarios*; y Cervantes, á quien no le era decoroso contestar abiertamente á este reparo, quiso contraponer la elegancia y pureza de su estilo á la incultura y vulgaridad del de Avellaneda, suponiendo que de los países mas remotos le pedian ansiosamente su obra, para que por ella *se leyese la lengua castellana*, como el texto mas propio y conveniente para aprenderla: opinion calificada en el discurso de cerca de tres siglos por el voto unanime de los mayores sabios de la nacion.

Fué en efecto constante el conato de Cervantes en cultivar y mejorar la lengua castellana, lo cual comenzaba por este tiempo á decaer de aquella dignidad y elegancia que habia adquirido y conservado en el siglo anterior.

La segunda parte del *Quijote*, si bien adolece de los defectos propios de la precipitacion en el componer y de la pureza en el corregir, lleva indudablemente grandes ventajas á la primera. El héroe es consecuente en su locura, y Sancho Panza de cada vez mas gracioso; un nuevo personaje de carácter admirablemente descrito, el bachiller Sanson Carrasco, contribuye del modo mas decisivo al desenlace. Aquí se ve que el talento de Cervantes se engrandecía con los años y que su ardiente imaginacion en nada se resentia de los hielos de la vejez.

Censuró esta obra el licenciado Francisco Márquez de Tórres, capellan y maestro de pajes del arzobispo de Toledo, quien nos ha conservado un testimonio que vamos á transcribir del extraordinario aprecio que tributaban á Cervantes fuera de su patria, en tanto que en ella recibia desaires y desengaños y sus émulos le perseguian con tanto encono. « Certifico con verdad, dice el censor, que en 25 de febrero de este año de 1615, habiendo ido el ilustrísimo señor D. Bernardo de Sandoval y Rójas, cardenal, arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á su ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al embajador, tan corteses como entendidos, y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban mas vali-

dos; y tocando acaso en este, que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que así en Francia como en los reinos sus confinantes se tenían sus obras, *la Galatea*, que alguno dellos tiene casi de memoria, la primera parte desta y las novelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir, que era viejo, soldado, hidalgo y pobre : á que uno respondió estas formales palabras : *¿pues á tal hombre no le tiene España muy rico, y sustentado del erario público ?* Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo : *si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.* »

En la citada dedicatoria al conde de Lémos escrita en 31 de octubre de 1615, manifestándole ya la suma decadencia de su salud le ofrecia in embargo los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*; libro que, segun dice, tendria concluido dentro de cuatro meses. Habíale anunciado al público desde el año de 1613, poniéndole en competencia con el de Heliodoro, á quien se propuso imitar, haciendo émulos de los castos amores de Teágenes y Cariclea los de Periandro y Auristela.

Ademas de las obras mencionadas, escribia al tiempo de su muerte *las Semanas del jardin*, la *segunda parte de la Galatea*, el *Bernardo* y la comedia *el Engaño á los ojos*; pero con él acabaron estos frutos prometidos de su ingenio, sin que se haya conservado mas que sus títulos.

La única obra suya que puede llamarse póstuma por haberse publicado despues de su fallecimiento fueron los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*. Su viuda Doña Catalina de Salazar solicitó y obtuvo privilegio para imprimirlos y darlos á luz en Madrid, como lo verificó en 1617, y en el mismo año se repitieron las ediciones en Valencia, Barcelona, Pamplona y Brusélas.

Cervantes tuvo en grande estimacion esta reciente obra como al último parto de su entendimiento; pero su juicio no ha sido confirmado por la posteridad, si se exceptúan algunos pocos que la han preferido al *Don Quijote*, fundándose en consideraciones de orden secundario, como la belleza de estilo y la gallardía en la narracion.

Segun su promesa tenia concluida esta obra para la primavera de 1616, cuando ya la gravedad de sus males no le permitió componer la dedicatoria ni el prólogo. Tal era su situacion el sábado santo 2 de abril, que por no poder salir de su casa hubieron de darle en ella la profesion de la Orden Tercera de San Francisco, cuyo hábito habia tomado en Alcalá en 1613. Pero como al mismo tiempo la naturaleza de su enfermedad le dejaba algunos intervalos de alivio creyó conseguirle mas radical y permanente con la variacion de aires y alimentos y resolvió pasar en la semana inmediata de pascua al lugar de Esquivias, donde estaban avecindados los parientes de su mujer. Desengañado despues de algunos dias de la ineficacia de este arbitro, y de-

seoso de morir en su casa, ó con mas esperanza de aliviarse en ella regresó á Madrid con dos amigos que pudiesen cuidarle y servirle por el camino. En él tuvo un encuentro que le prestó materia para escribir su prólogo, y para darnos la única noticia circunstanciada que tenemos de su enfermedad.

Volviendo pues de Esquivias sintieron que por la espalda venia uno picando con gran prisa y dando voces para que se detuviesen. Esperáronle en efecto, y llegó sobre una horrica un estudiante quejándose de que caminaban tanto que no podia alcanzarlos para ir en su compañía : á lo que contestó uno de los acompañantes, que la culpa tenia el caballo del señor Miguel de Cervantes por ser algo pasilargo. Apenas oyó el estudiante el nombre de Cervantes, de quien era apasionado, aunque no le conocia, cuando apeándose de su cabalgadura arremetió á él, y asiéndole de la mano izquierda le dijo : *si, si, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas.* Cervantes que tan impensadamente se vió colmado de tales alabanzas, correspondió con su natural modestia y cortesía, abrazándole y pidiéndole volviese á montar en su burra para seguir juntos y en amigable conversacion lo poco que restaba del camino. Hízolo así el comedido estudiante, con quien pasó el coloquio que nos da idea de la enfermedad de Cervantes, y que refiere él mismo en estos términos : « Tuvimos algun tanto mas las riendas, y » con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de » mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento diciendo : esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el » agua del mar Océano que dulcemente se bebiese : vuesa merced, » señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que » con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, » respondí yo; pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, » como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se va acabando, y al » paso de las efemérides de mis pulsos, que á mas tardar acabarán » su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto » ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio » para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha » mostrado : en esto llegamos á la puente de Toledo, y yo entré por » ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de » mi suceso tendrá la fama cuidado, mis amigos, gana de decillo, y yo » mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, volvióseme á ofrecer : » picó á su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero » en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, » quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y » lo que sé convenia. Á Dios, gracias : á Dios, donaires : á Dios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto » contentos en la otra vida. »

Todo el contexto de este prólogo, su desaliño, sus interrupciones y su conclusion están manifestando cuán deplorable era la situacion de Cervantes cuando le escribia. Fluctuaba entónces entre el temor y la esperanza; pero sin desmentir por esto su genio festivo y donoso, como

lo prueba la pintura que hizo del traje, mon'ura y ademanes del estudiante. Por una parte anunciaba el termino de su vida para el domingo próximo, que era el 17 de abril, y se despedía para siempre de sus amigos, de sus gracias y de sus donaires; y por otra confiaba con-
er este di-curso en mejor ocasion para decir lo que en lo conveniente y oportuno. La enfermedad disipó todas que agravándose considerablemente, y no quedando medio, se administró á Cervantes la extremauncion el 17 del mes.

ervaba al dia inmediato serenidad de espíritu, firme y inacion, y tiernamente impresa en el corazon la memoria del conde de Lemos, cuya venida de Nápoles á ser consejo de Italia estaba muy próxima. Ansiaba Cervantes de ofrecerte personalmente los respetos de su padre, que no era posible conseguirlo, le dirigió como último trabajo de *Persiles y Sigismunda*, con una carta digna, llos, de que la tuviesen presente todos los grandes y nobles del mundo, para aprender los unos á ser magníficos, y los otros á ser modestos. « Aquellas coplas antiguas, le dice Cervantes, fueron en su tiempo celebradas, que comienzan : *Puesto al estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi carta, que casi con las mismas puedo comenzar diciendo :

- » Puesto ya el pié en al estribo,
- » Con las ansias de la muerte,
- » Gran señor, esta te escribo.

En la extremauncion, y hoy escribo esta : el tiempo es breve, los dias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle fin á los pies á V. E., que podria ser fuese tanto el con-
a V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida, está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo ménos sepa V. E. este mi deseo, y que en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso irse allá de la muerte mostrando su intencion. Con todo esto la profecía me alegro de la llegada de V. E., regocijome en verla salir con el dedo, y realégrome de que salieron verdades, dilatadas en la fama de las bondades de V. E. quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de *las flores del jardín* y del famoso *Bernardo*, si á dicha, por buena suerte que ya no sería ventura sino milagro, me diese el cielo fin y con ellas fin de *la Galatea*, de quien se está aficionando y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios lo que quiere. De Madrid á diez y nueve de abril de mil y seiscientos y seis años.

» Criado de Vuesa Excelencia,

» MIGUEL DE CERVANTES »

La situacion de Cervántes al escribir ó dictar tan tiernas y nobles expresiones les da tal energía y sub'limidad, que las hace dignas de la misma veneracion y respeto con que se escucharon en Grecia y Roma los últimos discursos de Sócrates y de Séneca.

Con igual serenidad de ánimo otorgó su testamento, dejando por albaceas á su mujer Doña Catalina de Salazar y al licenciado Francisco Núñez, convecino en la misma casa de la calle del Leon. Mandóse enterrar en las monjas trinitarias, que se habian fundado cuatro años ántes en la del Humilladero, ya por la predileccion que siempre tuvo á esta sagrada órden, ya porque se hallaba de religiosa profesa su hija Doña Isabel, y acaso alguna otra persona de su particular consideracion. Despues de haber hecho estas disposiciones y otras sobre los sufragios para su alma, terminó su vida, con la tranquilidad que inspiran la religion y la cristiana filosofía, el sábado 23 del mencionado mes de abril y año de 1616.

El cuerpo de Cervántes fué conducido humildemente á su ultima morada por cuatro hermanos de la Órden Tercera, con la cara descubierta, segun era la costumbre. Cuando en el año de 1633 se establecieron las religiosas trinitarias en el nuevo convento de la calle de Cantaranas, exhumaron y trasladaron á él los huesos de las religiosas que habian fallecido desde su fundacion, y los de aquellos parientes suyos que por costumbre ó devocion se habian enterrado en la iglesia de su primitiva residencia. Es natural que los restos de Cervántes tuviesen igual suerte y paradero.

Por igual deplorable negligencia han perecido los retratos que hicieron D. Juan de Jáuregui y Francisco Pacheco, que nos mostrarian al natural la fisonomía y talle de Cervántes. Solo una copia ha llegado á nuestros dias, que siendo indudablemente del reinado de Felipe IV, se atribuye por unos á Alonso del Arco, creyendo otros descubrir en ella el estilo de las escuelas de Vicencio Carducho ó de Eugenio Caxes. Pero de cualquiera mano que sea, es cierto que conforma en todo con la pintura que Cervántes hizo de sí mismo en el prólogo de las Novelas diciendo : « Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello » castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz » corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no há » veinte años que fueron de oro. los bigotes grandes, la boca pequeña, » los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acon- » dicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los » unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pe- » queño, la color viva, ántes blanca que morena, algo cargado de » espaldas, y no muy ligero de piés : este digo que es el rostro de » autor de la *Galatea* y de *D. Quijote de la Mancha*, y del que hizo » el *Viaje del Parnaso* á imitacion del de César Caporali, perusino, y » otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre » de su dueño : llámase comunmente Miguel de Cervántes Saavedra. » Confiesa ademas que era tartamudo, y es preciso apreciar esta descripcion por el candor é ingenuidad que la dictó, y por la gracia inimitable con que está escrita.

Las altas prendas y virtudes que tan digno le hacen del aprecio y

de la memoria de la posteridad se encuentran en sus escritos y en sus acciones. Como verdadero filósofo cristiano, supo ser religioso sin superstición, zeloso de sus creencias sin fanatismo, amante de su patria sin preocupacion, valerosísimo soldado sin temeridad, generoso sin jactancia, agradecido sin adulacion, ingenuo y sencillo hasta apreciar

le advirtiesen sus errores como que le alabasen sus aciertos, e con sus émulos hasta el punto de contestar á sus sátiras ó sin descubrirlos ni herir á sus personas; en suma hombre pureza y honradez, tipo perfecto del antiguo caballero español. No supieron sus contemporáneos apreciarle como merecia, sino miraron con lamentable indiferencia; pero ¿qué nacion no tiene orse de injusticias semejantes ó mayores? En cambio la pos- ha dado una compensacion justa, aunque tardía. En una de de la capital de España se le ha erigido una magnífica estatua; los soberanos han honrado á porfia su memoria, los amantes de las letras y los sabios le han levantado monumentos colmados de elogios, las artes todas, nacionales y extranjeras, reproducido su efigie y las creaciones de su fantasía bajo mil formas; la imprenta multiplica las ediciones de sus escritos y los difunde en el ámbito del mundo civilizado, y el pueblo venera su nombre como una especie de culto, contemplándole como á uno de aquellos privilegiados que el cielo concede de cuando en cuando á los mortales para consolarlos de su miseria y pequeñez, y á quienes reserva la exclusiva prerogativa de ilustrar á sus semejantes, influyendo en la reforma de sus opiniones y costumbres.

AL DUQUE DE BÉJAR

MARQUÉS DE GIBRALEON, CONDE DE BENALCÁZAR Y BAÑARES,
VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS
VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUÍLLOS.

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros como Príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz al *Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha* al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor y ménos justicia los trabajos ajenos : que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PRÓLOGO

Desocupado lector : sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿ qué podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno : bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion ? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas mas estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, ántes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre soy padraastro de D. Quijote, no quieroirme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres : y pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el mas pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al Rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres della.

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los

libros suelen ponerse. Porque te sé decir que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribirla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiria; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio gracioso y bien entendido, el cual viéndome tan imaginativo me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de D. Quijote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni ménos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años á cuestras con una leyenda seca como un esparto, ajena de invencion, menguada de estilo, pobre de concelos, y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elocuentes? ¡Pues qué cuando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oírle ó leerle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen. ni qué anotar en el fin, ni ménos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo ménos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celeberrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor D. Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes : bastante causa para ponerme en ella la que de mi habéis oido. Oyendo

lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y desapareciendo en una larga risa, me dijo : por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que há que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estáis tan léjos de serlo como lo está el cielo de la tierra.

¿Cómo que es posible, que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? Á la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso D. Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusion? Á lo cual él dijo : lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algun trabajo en hacerlos, y despues los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas : y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detras os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay mas sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepáis de memoria, ó á lo ménos que os cuesten poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio :

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego en el margen citar á Horacio, ó á quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con :

Palida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina,

que lo podéis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo ménos del mismo Dios : *Ego autem dico vobis : diligite inimicos vestros*. Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio : *De corde exeunt cogitationes malæ*. Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Gatón que os dará su dístico :

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer desta manera. Si nombráis algun gigante en vuestro libro, hacedle que sea el gigante Golias, y con solo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotacion, pues podéis poner : *El gigante Golias ó Goliath fué un filisteo á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Teberinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.*

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion, poniendo : *El río Tajo fué así dicho por un Rey de las Españas : tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro, etc.* Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro. Si de mujeres ramera, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crucles, Ovidio os entregará á Medea. Si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe. Si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus comentarios, y Plutarco os dará mil Alejandro. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana, toparáis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis á Fonseca *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion no hay mas sino que vos procuréis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa

que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta lo Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro : que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos de ellos, no importa nada : y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo ménos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto mas que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada S. Basilio, ni alcanzó Ciceron : ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología : ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica : ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á mas que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oracion y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y escurecerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas : que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo : en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso D. Quijote de la Mancha, de quien hay opinion

PRÓLOGO.

ladores del distrito del campo de Montiel, te enamorado y el mas valiente caballero de esta parte se vió en aquellos contornos ofrecerte el servicio que te hago en darte ble y tan honrado caballero; pero quiero el conocimiento que tendrás del famoso escudero, en quien á mi parecer te doy gracias escuderiles que en la caterva de los aballerías están esparcidas. Y con esto, á mí no olvide. VALE.



AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte á los bue-
libro, fueres con letu-
no te dirá el boquirru-
que no pones bien los de-
Mas si el pan no se te cue-
por ir á manos de idio-
verás de manos á bo-
aun no dar una en el cla-
si bien se comen las ma-
por mostrar que son curio-
Y pues la experiencia ense-
que el que á buen árbol se arri-
buena sombra le cobi-
en Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
que da Príncipes por fru-
en el cual florece un Du-
que es nuevo Alejandro Ma-
llega á su sombra, que á osa-
favorece la fortu-
De un noble hidalgo Manche-
cantarás las aventu-
á quien ociosas letu-
trastornaron la cabe-
Damas, armas, caballe-
le provocaron de mo-
que cual Orlando furio-
templado á lo enamora-
alcanzó á fuerza de bra-
á Dulcinea del Tobo-
No indiscretos hierogli-
estampes en el escu-
que, cuando es todo figu-
con ruines puntos se embi-

Si en la direccion te lumi-
 no dirá mofoante algu-
 que D. Álvaro de Lu
 que Anibal el de Carta-
 que el Rey Francisco en Espa-
 se queja de la fortu-
 Pues al Cielo no lo plu
 que salieses tan ladi-
 como el negro Juan Latí-
 hablar latines relui-
 No me despuntes de agu-
 ní me alegues con filo
 porque torciendo la bo-
 dirá el que entiende la lo-
 no un palmo de las ore-
 para qué conmigo flo-
 No te metas en dibu-
 ni en saber vidas aje-
 que en lo que no va ni vie-
 pasar de largo es cordu-
 Que suelen en caperu-
 darles á los que graca-
 mas tú quémate las ce-
 solo en cobrar buena fa-
 que el que imprime neceda-
 dalas á censo perpe-
 Advierte que es desati-
 siendo de vidrio el teja-
 tomar piedras en la ma-
 para tirar al veci-
 Deja que el hombre de jui-
 en las obras que compo-
 se vaya con piés de plo-
 que el que saca á luz pape-
 para entretener donce-
 escribe á tontas y á lo-

IADIS DE GAULA Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida,
 Que tuve ausente y desdeñado sobre
 El gran ribazo de la Peña Pobre,
 De alegre á penitencia reducida :

Tú, á quien los ojos dieron la bebida
 De abundante licor, aunque salobre,
 Y alzándote la plata, estatio y cobre,
 Te dió la tierra en tierra la comida :
 Vive seguro de que eternamente,
 En tanto al ménos que en la cuarta esfera
 Sus caballos aguije el rubio Apolo,
 Tendrás claro renombre de valiente,
 Tu patria será en todas la primera,
 Tu sabio autor al mundo único y solo.

D. BELIANIS DE GRECIA Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice
 Mas que en el orbe caballero andante;
 Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante;
 Mil agravios vengué, cien mil deshico.
 Lazañas di á la fama que eternice;
 Fuí comedido y regalado amante;
 Fué enano para mí todo gigante;
 Y al duelo en cualquier punto satisface.
 Fué á mis piés postrada la fortuna
 Y trajo del copete mi cordura
 Á la calva ocasion al estricote.
 Mas aunque sobre el cuerno de la luna
 Siempre se vió encumbrada mi ventura,
 Tus proezas envidio, ó gran Quijote.

LA SEÑORA ORIANA Á DULCINEA DEL TOBOSO.

SONETO.

¡Ó quién tuviera, hermosa Dulcinea,
 Por mas comodidad y mas reposo,
 Á Miraflores puesto en el Toboso,
 Y trocara su Lóndres con tu aldea!
 ¡Ó quién de tus deseos y librea
 Alma y cuerpo adornara, y del famoso
 Caballero, que hiciste venturoso,
 Mirara alguna desigual pelea!
 ¡Ó quien tan castamente se escapara
 Del señor Amadis, como tú heciste
 Del comedido hidalgo D. Quijote!
 Que así envidiada fuera, y no envidiara,
 Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
 Y gozara los gustos sin escote.

**ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA Á SANCHE PANZA
ESCUDERO DE D. JUMOTE.**

SONETO.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdaamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada ó la hoz poco repuna
Al andante ejercicio, ya está en uso
La llaneza escudera con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ó Sancho, tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro español Ovidio
Con buzcrona te hace reverencia.

**NOSO POETA ENTREVERADO Á SANCHE PANZA Y
ROCINANTE.**

Soy Sancho Panza escude-
del Manchego D. Quijo-
puse piés en polvo-
por vivir á lo discre-
Que el tácto Villadie-
toda su razon de esta-
cúró en una relira-
segun siente Celesti-
libro en mi opinion divi-
si encubriera mas lo huma-

Á ROCINANTE.

Soy Rocinante el famo-
bisnieta del gran Babie-
por pecados de flaque-
fui á poder de un D. Quijo-
Parejas corré á lo flo-
mas por uña de caba-
no se me escapó caba-
que esto saqué á Lazari-
cuando para hurtar el vi-
el cielo le di la pa-

ORLANDO FURIOSO Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Si no eres Par, tampoco le has tenido,
 Que Par pudieras ser entre mil Pares,
 Ni puede haberle donde tú te hallares,
 Invicto vencedor, jamas vencido.
 Orlando soy, Quijote, que perdido
 Por Angélica vi remotos mares,
 Ofreciendo á la fama en sus altares
 Aquel valor que respetó el olvido.
 No puedo ser tu igual, que este decoro
 Se debe á tus proezas y á tu fama,
 Puesto que como yo perdiste el seso.
 Mas serlo has mio, si al soberbio Moro,
 Y Cita fiero domas, que hoy nos llama
 Iguales en amor con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

A vuestra espada no igualó la mia,
 Febo español, curioso cortesano,
 Ni á la alta gloria de valor mi mano,
 Que rayo fué do nace y muere el dia.
 Imperios desprecié, y la monarquía,
 Que me ofreció el Oriente rojo en vano,
 Dejé, por ver el rostro soberano
 De Claridiana, aurora hermosa mia.
 Améla por milagro único y raro,
 Y ausente en su desgracia, el propio infierno
 Temió mil brazo, que domó su rabia.
 Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
 Por Dulcinea sois al mundo eterno.
 Y ella por vos famosa, honesta y sábia.

DE SOLISDAN Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Magüer, señor Quijote, que sandeces
 Vos tengan el cerbelo derrumbado,
 Nunca seréis de alguno reprochado
 Por hombre de obras viles y soeces.

Serán vuestas fazañas los joece,
 Pues luertos desfaciendo hubéis andado,
 Siendo vegadas mil apaleado
 Por follones cautivos y rahoces.
 Y si la vuesa linda Dulcinea
 Desaguizado contra vos comete,
 Ni á vuestas cuitas muestra buen talante,
 En tal desman vueso conorte sea,
 Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
 Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIALOGO ENTRE BADIECA Y ROCINANTE

SONETO.

B. ¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. ¿Pues qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Anda, señor, que estáis muy mal criado,
 Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno sé es de la cuna á la mertaja.
 ¿Queréislo ver? miraldo esamorado.
B. ¿Es necedad amar? *R.* No es gran prudencia.
B. Metafisico estáis. *R.* Es que no como.
B. Quejaos del escudero. *R.* No es bastante.
 ¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
 Si el amo y escudero, ó majordomo,
 Son tan rocines como Rocinante?

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

CAPÍTULO I.

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme ¹, no há mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos ² los sábados, lantejas los viérnes, algun palomino de añadidura los domingos consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de lo mas fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro

¹ Cervántes no nombró este lugar, pero no se duda que es Argamasilla de Alba, pueblo del priorato de San Juan en la Mancha.

² Se acostumbraba en la Mancha, cuando se morian ó desgraciaban por cualquier accidente las ovejas, acecinar la carne para los usos domésticos, y aprovechar las extremidades y aun los huesos quebrantados, de lo cual hacian olla, llamándola segun Pellicer *duelos y quebrantos*; *duelos* por el que indicaban del dueño del ganado, y *quebrantos* por el de los huesos de las reses.

Esta clase de olla, como ménos sustanciosa y agradable, se permitia comer los sábados en España, á pesar del voto de abstinencia de carnes en este dia hecho con motivo de la victoria de las Navas. Esta costumbre existió hasta mediados del siglo xviii.

hidalgo con los cincuenta años : era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto nuestro cuento : basta que en la narracion se vea el punto de la verdad. Es pues de saber que este hidalgo los ratos que estaba ocioso (que eran muchos) se daba á leer libros de caballerías con tanta diligencia que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la agricultura y administracion de su hacienda; y llegó á tanto y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de sembradura para comprar libros de caballerías en que se iba leyendo, y así llevó á su casa todos cuantos pudo conseguir. Y todos ningunos le parecian tan bien como el famoso Feliciano de Silva; porque la lectura de esas y aquellas enricadas razones suyas le daba mucho gusto : y mas cuando llegaba á leer aquellos reles de desafíos, donde en muchas partes hallaba *de la sinrazon que á mi razon se hace, de donde se enflaquece, que con razon me quejo de mi ira*. Y tambien cuando leía : *los altos cielos que de tu divinidad divinamente con las estrellas os formaron, merecedora del merecimiento que merecades*. Con estas razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarlas lo que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Sancho Panza, si resucitara para solo ello. No estaba satisfecho de las heridas que D. Belianis daba y recibia, ni de las aventuras que por grandes maestros que le hubieran descubierto de tener el rostro y todo el cuerpo cubierto de señales. Pero con todo alababa en su amigo el que en un libro con la promesa de aquella inacabable historia, muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y al pie de la letra como allí se promete : y si pudiera, lo hiciera y aun saliera con ello, si otros negocios no le pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo competencia con el cura de su lugar (que era un hidalgo de Sigüenza) sobre cuál habia sido el palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula : el cura, barbero del mismo pueblo, decia que el palmerin era el caballero del Febo, y que si alguno se le preguntaba de D. Galaor, hermano de Amadis de Gaula, le contara una acomodada condicion para todo; que no era tan loco, ni tan lloron como su hermano, y que en su vida no le iba en zaga. En resolucion él se daba á leer su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio : y

así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un reves habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesválles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó á Anteon el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reináldos de Montalban, y mas cuando le veía salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuanto en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia y aun á su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el mas extraño pensamiento que jamas dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo ménos del imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habian sido de sus bisagüelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de média celada, que encajada con el morrion hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse

QUIJOTE DE LA MANCHA.

á hacer de nuevo poniéndole unas bardas dentro, de tal manera que él quedó sazo y sin querer hacer nueva experiencia por celada finísima de encaje. Fué n, y aunque tenía mas cuartos ¹ que un el caballo de Gonela, que *tantum pellis* ó que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni él se igualaban. Cuatro dias se le p^o á nombre le pondria; porque (segun se no era razon que caballo de caballero no él por sí, estuviese sin nombre co- ba acomodársele de manera que decla- ántes que fuese de caballero andante, : pues estaba muy puesto en razon que ado, mudase él tambien el nombre, y le estruendo, como convenia á la nueva cicio que ya profesaba: y así despues ue formó, borró y quitó, añadió, des- en su memoria é imaginacion, al fin le te ², nombre á su parecer alto, sonoro e habia sido cuando fué rocin, ántes de era ántes y primero de todos los roci- o nombre y tan á su gusto á su caballo, ismo, y en este pensamiento duró otros : vino á llamar *D. Quijote*: de donde, maron ocasion los autores desta tan e sin duda se debia llamar Quijada, y os quisieron decir. Pero acordándose s no solo se habia contentado con lla- sino que añadió el nombre de su reino mosa, y se llamó Amadis de Gaula, así lero añadir al suyo el nombre de la *jote de la Mancha*, con que á su pare- vivo su linaje y patria, y la honraha mbre della. Limpias pues sus armas, da, puesto nombre á su rocin, y con- , se dió á entender que no le faltaba na dama de quien enamorarse; por- : sin amores era árbol sin hojas y sin : por malos de mis pecados, ó por mi

ada pequeña de cobre, y tambien una enfer- cer las caballerias en los cascos de pies y cion nace el equívoco y la gracia del presente

re de *Rocinante*, puesto por D. Quijote á su sido *Rocin-ante*, y que continuaba siendo el rocin de todos los rocines del mundo. Ya se publica comunmente un caballo flaco de mala

buena suerte me encuentre por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre y se hinue de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida : yo soy el gigante Caraculiambro, señor de la insula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero D. Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡O cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque segun se entiende, ella jamas lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos : y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso : nombre á su parecer músico y peregrino. y significativo como todos los demas que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPÍTULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso D. Quijote.

Hechas pues estas prevenciones no quiso aguardar mas tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana ántes del dia (pues era uno de los calurosos del mes de julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo cuando le asaltó un pensamiento terrible y tal que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fué que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á ley de caballería ni podia ni debia tomar armas con ningun

caballero : y puesto que si fuera habia de llevar armas blancas como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura razon alguna, propuso de hacerse armar caballero ero que lo pasase á imitacion de otros muchos que están, segun él habia leído en los libros que tal le tenían de las armas blancas pensaba limpiarlas de manchiendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño : y se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que el su caballo queria, creyendo que en aquello consistia de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro aventurero iba hablando consigo mismo y diciendo : ¿Queda sino que en los venideros tiempos, cuando salga verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, cuando llegue a contar esta mi salida tan de mañana, desta manera? Apénas habiendo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas habian saludado con dulce y meliflua armonia la vespertina rosada aurora, que dejando la blanda cama del cenit por las puertas y balcones del manchego horizonte morales se mostraba, cuando el famoso caballero de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre el famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el conocido campo de Montiel (y era la verdad que minaba); y añadió diciendo : dichosa edad y siglo aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, que en bronce, en bronce, esculpirse en mármoles, y en tablas para memoria en lo futuro. ¡O tú, sabio historiador, quenquiera que esas, á quien ha de tocar el ser de esta peregrina historia! ruégote que no te olvides en Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado : ¡ó princesa Dulcinea, señora de mi corazon! mucho agravio me habedes fecho en no me y reprocharme con el riguroso afinamiento de no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, me acordaros deste vuestro sujeto corazon, que tan por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando parates, todos al modo de los que sus libros le habíanido, imitando en cuanto podia su lenguaje : y con tanta tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque no oia luego luego con quien hacer experiencia del su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la pri-

mera aventura que le avino fué la del puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes por ver si descubriría algún castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no léjos del camino por donde iba una venta, que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse prisa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecía. Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía ó imaginaba le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leído, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba prisa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraídas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á D. Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacia señal de su venida; y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero D. Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro con gentil talante y voz reposada les dijo: non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguizado alguno, ca á la órden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria, mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera que D. Quijote vino á correrse, y á decirles: bien parece la mesura en las fermosas,

andez ademas la risa que de leve causa procede; lo digo porque os acuitades ni mostredes mal al mio non es de al¹ que de serviros. El len- dido de las señoras y el mal talle de nuestro xentaba en ellas la risa y en él el enojo, y pa- sante si á aquel punto no saliera el ventero, por ser muy gordo era muy pacífico, el cual a figura contrahecha, armada de armas tan des- eran la brida, lanza, adarga y coselete, no es- en acompañar á las doncellas en las muestras). Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos aterminó de hablarle comedidamente, y así le ra merced, señor caballero, busca posada, amen orque en esta venta no hay ninguno) todo lo ará en ella en mucha abundancia. Viendo D. Qui- lad del alcaide de la fortaleza (que tal le pare- entero y la venta) respondió : para mí, señor alquiera cosa basta, porque mis arreos son las scanso el pelear, etc. Pensó el huésped que el do castellano habia sido por haberle parecido le Castilla², aunque él era andaluz y de los de inlúcar, no ménos ladron que Caco, ni ménos estudiante ó paje. Y así le respondió : segun s de vuestra merced serán duras peñas, y su re velar : y siendo así, bien se puede apearse con hallar en esta choza ocasion y ocasiones para todo un año, cuanto mas en una noche. Y di- jó á tener del estribo á D. Quijote, el cual se ha dificultad y trabajo, como aquel que en todo se habia desayunado. Dijo luego al huésped que cho cuidado de su caballo, porque era la mejor na pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le ueno como D. Quijote decia, ni aun la mitad : y en la caballeriza volvió á ver lo que su hués- al cual estaban desarmando las doncellas (que reconciliado con él), las cuales, aunque le habian to y el espaldar, jamas supieron ni pudieron la gola ni quitarle la contrahecha celada, que n unas cintas verdes, y era menester cortarlas, se quitar los ñudos; mas él no lo quiso consen- a manera; y así se quedó toda aquella noche puesta, que era la mas graciosa y extraña figura a pensar : y al desarmarle (como él se imagi- llas traídas y llevadas que le desarmaban eran

¹ latino (otro).

²io : quiso decir fuera ó á excepcion del lecho.

nifica el natural de Castilla, y tambien el alcaide ó gober- . Mas para entender el texto, es menester saber que, en mania, como de Castilla significa ladron durmiendo.

algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo con mucho donaire :

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera D. Quijote
cuando de su aldea vino;
doncellas curaban dél,
princesas de su rocino,

Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y D. Quijote de la Mancha el mio : que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre ántes de toda sazón : pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos. Las mozas, que no estaban hechas á oír semejantes retóricas, no respondian palabra ; solo le preguntaron si queria comer alguna cosa. Cualquiera yantaria yo, respondió Don Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. Á dicha acertó á ser viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió D. Quijote, podrán servir de una trucha ; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Cuanto mas que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas : pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y así una de aquellas señoras servia deste menester ; mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino : y todo esto lo recebia en paciencia á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar D. Quijote que estaba en algun famoso castillo y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candial, y las rameras damas

y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recebir la orden de caballería.

CAPÍTULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo D. Quijote en armarse caballero.

Y así fatigado deste pensamiento abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza se hincó de rodillas ante él diciéndole: no me levantaré jamas de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El ventero que vió á su huésped á sus piés, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantara, y jamas quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo ménos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió D. Quijote; y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana como tengo dicho se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho era un poco socarron y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oir semejantes razones, y por tener que reir aquella noche determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia y como su gallarda presencia mostraba, y que él asimismo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso ejercicio andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riaran, Compas de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo ¹, y

¹ Especie de mapa picaresco de España, donde se marcan los principales parajes á que solia concurrir la gente perdida y vagabunda.

otras diversas partes donde habia ejercitado la ligereza de sus piés y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España ; y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Dijole tambien que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo ; pero que en caso de necesidad él sabia que se podian velar donde quicra, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser mas en el mundo. Preguntóle si traia dineros : respondió D. Quijote que no traia blanca, porque él nunca habia leído en las historias, de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. Á esto dijo el ventero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trajeron ; y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas ¹ por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatian y salian heridos habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas como si mal alguno no hubiesen tenido : mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse : y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia : porque no siendo por ocasion semejante,

¹ Bien Aerradas es bien provistas de dinero.

avar alforjas no fue muy admitido entre los cabalantes : y por esto le daba por consejo (pues aun a mandar como á su ahijado que tan presto lo habia le no caminase de allí adelante sin dineros y sin las nes recibidas, y que veria cuán bien se hallaba con do ménos se pensase. Prometióle D. Quijote de ue se le aconsejaba con toda puntualidad ; y así se órden como velase las armas en un corral grande lado de la venta estaba, y recogiénolas D. Quijote puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y do su adarga asió de su lanza, y con gentil conti-xomenzó á pasear delante de la pila, y cuando co-paseo comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero antos estaban en la venta la locura de su huésped, e las armas, y la armazon de caballería que espe-irándose de tan extraño género de locura fuéronsele esde léjos, y vieron que con sossegado ademán unas aseaba, otras arrimado á su lanza ponía los ojos mas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas.

errar la noche con tanta claridad de la luna, que apelir con el que se la prestaba, de manera que novel caballero hacia era bien visto de todos. An-esto á uno de los arrieros que estaban en la venta gua á su recua, y fué menester quitar las armas de s, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, le dijo : ó tú quienquiera que seas, atrevido can-e llegas á tocar las armas del mas valeroso andante i se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, res dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No

arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, era curarse en salud), ántes trabando de las correas

gran trecho de sí. Lo cual visto por D. Quijote, os al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pare-señora Dulcinea, dijo : acorredme, señora mía, en ra afrenta que á este vuestro avasallado pecho se : no me desfallezca en este primero trance vuestro npero : y diciendo estas y otras semejantes razones, la adarga alzó la lanza á dos manos, y dió con ella golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en n mal trecho, que si segundara con otro no tuviera de maestro que le curara. Hecho esto recogió sus ornó á pasearse con el mismo reposo que primero.

á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque a aturdido el arriero) llegó otro con la misma in- dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las e desembarazar la pila, sin hablar D. Quijote para- pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y vez la lanza, y sin hacerla pedazos hizo mas de tron el segundo arriero, porque se la abrió por cuatro.

Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto D. Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada dijo : ó señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo no volviera el pié atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde léjos á llover piedras sobre D. Quijote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria aunque los matase á todos. Tambien D. Quijote les daba mayores llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía ; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno : tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian : y así por esto como por las persuasiones del ventero le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, ántes que otra desgracia sucediese : y así llegándose á él se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna ; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le habia dicho que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria : que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer ; y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto mas que él habia estado mas de cuatro. Todo se lo creyó D. Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese ; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaria. Advertido y medroso desto el castellano trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas se vino adonde D. Quijote

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

al mandó hincar de rodillas, y leyendo en su mano que decia alguna devota oracion, en mitad de la mano, y dióle sobre el cuello un gran golpe, y su misma espada un gentil espaldarazo, siempre o entre dientes como que rezaba. Hecho esto a de aquellas damas que le ciñese la espada, la con mucha desenvoltura y discrecion, porque no r poca para no reventar de risa á cada punto de risa; pero las proezas que ya habian visto del ero les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada a señora: Dios haga á vuestra merced muy ventallero y le dé ventura en lides. D. Quijote le prese llamaba, porque él supiese de allí adelante á ba obligado por la merced recebida, porque penalguna parte de la honra que alcanzase por el brazo. Ella respondió con mucha humildad, que a Tolosa, y que era hija de un remendon natural que vivía á las tendillas de Sancho Bienaya, y que a que ella estuviese le serviria y la tendria por rrijote le replicó, que por su amor le hiciese meralli adelante se pusiese Don, y se llamase Doña. se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, le pasó casi el mismo coloquio que con la de la guntóle su nombre, y dijo que se llamaba la que era hija de un honrado molinero de Antea cual tambien rogó D. Quijote que se pusiese amase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos sercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta ristas ceremonias, no vió la hora D. Quijote de illo, y salir buscando las aventuras; y ensillando amante subió en él, y abrazando á su huésped le m extrañas, agradeciéndole la merced de haberle allero, que no es posible acertar á referirlas. El r verle ya fuera de la venta, con no ménos retóe con mas breves palabras respondió á las suyas, e la costa de la posada le dejó ir á la buena hora.

CAPÍTULO IV.

se ofreció á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La seria cuando D. Quijote salió de la venta tan n gallardo, tan alborozado por verse ya armado ue el gozo le reventaba por las cinchas del caviñiéndole á la memoria los consejos de su huésede las prevenciones tan necesarias que habia de go, especial la de los dineros y camisas, detera á su casa y acomodarse de todo y de un escu-

dero, haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con esto pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponía los piés en el suelo. No habia andado mucho cuando le pareció que á su diestra mano de la espesura de un bosque que allí estaba salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba; y apénas las hubo oido, cuando dijo: gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda: y volviendo las riendas encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una repension y consejo, porque decia: la lengua queda y los ojos listos. Y el muchacho respondia: no lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el hato. Y viendo D. Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: descortes caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo. El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuido ó bellaquería dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente delante de mí, ruin villano? dijo D. Quijote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatadlo luego. El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó D. Quijote que cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta D. Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase si no queria morir por

ello. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos ; porque se le habian de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrias que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó D. Quijote, pero quédense los zapatos y las sangrias por los azotes que sin culpa le habéis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habéis rotpido el de su cuerpo ; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado : así que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros : véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿ Irme yo con él, dijo el muchacho, mas ? ¡ mal año ! no señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desollará como á un S. Bartolomé. No hará tal, replicó D. Quijote, basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recebido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recebido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió D. Quijote, que Haldudos puede haber caballeros, cuanto mas que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dijo Andres ; pero este mi amo ¿ de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo ? No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo de pagaros como tengo dicho un real sobre otro y aun sahumados ¹. Del sahumero os hago gracia, dijo D. Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento ; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado : si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondáis mas que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con mas véras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso D. Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones ; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto del bosque y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres, y díjole : venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. Eso juro yo, dijo Andres, y como que andará vuestra merced

¹ Es decir, perfumados, en demostracion de que se dan con alegría y buena voluntad.

acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga. que vuelva y ejecute lo que dijo. Tambien lo juro yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes que le dejó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora, decia el labrador, al desface¹lor de agravios, veréis como no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades; pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino jurando de ir á buscar al valeroso D. Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas¹; pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso D. Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea diciendo á média voz: bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra, ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será D. Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la órden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo; y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas descubrió D. Quijote un grande tropel de gente, que como despues se supo eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pié. Apénas los divisó D. Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leído en sus libros, le pareció venir allí de molde

¹ *Setena* significa el siete tantos. Pagar con las setenas, expresion metafórica tomada de lo judicial, significa pagar superabundantemente el perjuicio ó agravio que se hizo

hacer ; y así con gentil continente y denuedo a los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga lo en la mitad del camino estuvo esperando valerosos andantes llegasen (que ya él por tales aba), y cuando llegaron á trecho que se pudo levantó D. Quijote la voz, y con ademán todo el mundo se tenga, si todo el mundo no hay en el mundo toda doncella mas hermosa iz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Tólos los mercaderes al son de estas razones y á gura del que las decia ; y por la figura y por ron de ver la locura de su dueño ; mas quia en qué paraba aquella confesion que se o de ellos, que era un poco burlon y muy le dijo : señor caballero, nosotros no conoc esa buena señora que decís, mostrádnosla, re de tanta hermosura como significáis, de sin apremio alguno confesaremos la verdad uestra nos es pedida. Si os la mostrara, re, ¿ qué hiciérades vosotros en confesar una ria ? La importancia está en que sin verla lo , confesar, afirmar, jurar y defender : donde is en batalla, gente descomunal y soberbia : páis uno á uno como pide la orden de caballe- untos como es costumbre y mala usanza de alea, aquí os aguardo y espero confiado en la i parte tengo. Señor caballero, replicó el mer- á vuestra merced en nombre de todos estos aquí estamos que, porque no encarguemos ncias confesando una cosa por nosotros jamas mas siendo tan en perjuicio de las empera- s del Alcarria y Extremadura, que vuestra vido de mostrarnos algun retrato de esa se- ea tamaño como un grano de trigo, que por el el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y tra merced quedará contento y pagado ; y aun os ya tan de su parte, que aunque su retrato e es tuerta de un ojo y que del otro le mana iedra azufre, con todo eso por complacer á l diremos en su favor todo lo que quisiere. No la infame, respondió D. Quijote encendido en ana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia s, y no es tuerta ni corcovada, sino mas dere- so de Guadarrama ; pero vosotros pagaréis la nia que habéis dicho contra tamaña beldad mi señora. Y en diciendo esto arremetió con la tra el que lo habia dicho con tanta furia y a buena suerte no hiciera que en la mitad del tra y cayera Rocinante, lo pasara mal el atre-

vido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar jamas pudo : tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo : non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva ; atended, que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro D. Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto y que le dejase ; pero estaba ya el mozo picado y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera, y acudiendo por los demas trozos de la lanza los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él via no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando qué contar en todo él del pobre apaleado, el cual despues que se vió solo tornó á probar si podia levantarse ; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿ cómo lo haria molido y casi deshecho ? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía á la falta de su caballo ; y no era posible levantarse segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

Viendo pues que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trújole su locura á la memoria aquel de Baldovinos y del marqués de Mantua cuando Carloto le dejó herido en la montaña : historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esío no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba ; y así con muestras de grande sentimiento se comenzó á volcar por la tierra y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del bosque :

¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.

anera fué prosiguiendo el romance hasta aquellos
s dicen :

Ó noble marqués de Mantua,
mi tío y señor carnal.

La suerte que cuando llegó á este verso acertó á
allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo,
de llevar una carga de trigo al molino; el cual
del hombre allí tendido se llegó á él, y le preguntó
era, y qué mal sentia que tan tristemente se que-
ruijote creyó sin duda que aquel era el marqués de
tío, y así no le respondió otra cosa sino fué pro-
su romance, donde le daba cuenta de su desgracia
nores del hijo del emperante con su esposa, todo
na manera que el romance lo canta. El labrador es-
rado oyendo aquellos disparates; y quitándole la
e ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el
e lo tenia lleno de polvo: y apenas le hubo lim-
indo le conoció, y le dijo: señor Quijada (que así
le llamar cuando él tenia juicio y no habia pasado
sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto
merced desta suerte? pero él seguia con su romance
le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo
pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia
rida, pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró
del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su
por parecerle caballería mas aseogada. Recogió las
sta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante,
mó de la rienda y del cabestro al asno, y se enca-
ia su pueblo bien pensativo de oir los disparates
ijote decia; y no ménos iba D. Quijote, que de puro
quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y
en cuando daba unos suspiros que los ponía en el
modo que de nuevo obligó á que el labrador le
e, le dijese qué mal sentia: y no parece sino que
e traía á la memoria los cuentos acomodados á sus
porque en aquel punto olvidándose de Baldovinos
del moro Abindarráez cuando el alcaide de Ante-
drigo de Narváez le prendió y llevó preso á su
de suerte que cuando el labrador le volvió á pre-
e cómo estaba y qué sentia, le respondió las mis-
ras y razones que el cautivo Abencerraje respondia

á Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él habia leído la historia en la Diana de Jorge de Montemayor donde se escribe; aprovechándose della tan de propósito que el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necedades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale prisa á llegar al pueblo por excusar el enfado que D. Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo: sepa vuestra merced, señor D. Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo. Á esto respondió el labrador: mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mí! que yo no soy D. Rodrigo de Narváez ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino, ni vuestra merced es Baldovinos ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijada. Yo sé quién soy, respondió D. Quijote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochece; pero el labrador aguardó á que fuese algo mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció entró en el pueblo y en casa de D. Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de D. Quijote, que estaba diciéndoles su ama á voces: ¿qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez (que así se llamaba el cura), de la desgracia de mi señor? Seis dias há que no parecen él ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio: que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces hablando entre sí que queria hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que así han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo, y aun decia mas: sepa, señor maese Nicolas (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decia que era sangre de las heridas que habia recebido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fria y que-

to y sosogado, diciendo que aquella agua era una
 ima bebida que le habia traído el sabio Esquife¹,
 de encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la
 todo, que no avisé a vuestras mercedes de los dia-
 o mi señor tio para que lo remediaran antes de llegar
 ha llegado, y quemarian todos estos descomulgados
 ue tiene muchos), que bien merecen ser abrasados
 fuesen de herejes. Esto digo yo tambien, dijo el
 i fe que no se pase el dia de mañana sin que dellos
 ga acto publico, y sean condenados al fuego, porque
 ocasion a quien los leyere de hacer lo que mi buen
 ebe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el
 y D. Quijote, con que acabó de entender el labrador
 nedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces :
 estras mercedes al señor Baldovinos y al señor mar-
 Mantua que viene mal ferido², y al señor moro Abin-
 que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez,
 le Antequera. A estas voces salieron todos, y como
 on los unos á su amigo, las otras a su amo y tio, que
 se habia apreado del jumento porque no podia, cor-
 abrazarlo. El dijo : lénganse todos, que vengo mal
 or la culpa de mi caballo. Lévenme á mi lecho, y
 si fuere posible á la sabia Urganda que cure y cate-
 eridas. Mira en hora mala, dijo á este punto el ama,
 eora á mi bien mi corazon del pié que cojeaba mi
 iba vuestra merced en buen hora, que sin que venga
 anda le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean
 y otras ciento estos libros de caballerias que tal han
 vuestra merced. Lleváronle luego á la cama, y ca-
 as heridas no le hallaron ninguna, y él dijo que todo
 nimiento por haber dado una gran caída con Rocinante
 lo combatiéndase con diez jayanes, los mas desafo-
 atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la
 a, te, dijo el cura : ¿ jayanes hay en la danza ? Para
 guada que yo los queme mañana ántes que llegue la
 hicieronle á D. Quijote mil preguntas, y a ninguna
 sponder otra cosa sino que le diesen de comer y le
 dormir, que era lo que mas le importaba. Hizose así,
 se informó muy á la larga del labrador del modo
 ia hallado á D. Quijote. El se lo contó todo con los
 as que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué
 as deseo en el licenciado de hacer lo que otro dia
 fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolas,
 al se vino á casa de D. Quijote.

ina equivocó el nombre de este encantador, diciendo *Esquife* en
Esquife.

ador Pedro Alonso equivoca la historia y los personajes, porque
 do no fué el marqués, sino su sobrino Baldovinos. Quizas Cer-
 maria así de intento.

CAPÍTULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aun todavía dormia. Pidió las llaves á la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana : entraron dentro todos y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños; y así como el ama los vió volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo : tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores : mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero de ellos y pegarlos fuego, y si no llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama : tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolas le dió en las manos fué los cuatro de *Amadis de Gaula*, y dijo el cura : parece cosa de misterio esta, porque, segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste, y así me parece que como á dogmatizador de una seta tan mala le debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar. Así es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está juntó á él. Es, dijo el barbero, *las Sergas de Esplandian*, hijo legítimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre : tomad, señora ama, abrid esa ventana y echalde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hizolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dijo el cura. Este que viene, dijo el barbero, es *Amadis de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mismo linaje de Ama-

ryan todos al corral, dijo el cura, que á traseco
 á la reina Pintiquiniestra y al pastor Darinel,
 gas y á las endiabladas y revueltas razones de
 emara con ellos al padre que me engendró si
 n figura de caballero andante. De ese parecer
 el barbero; y aun yo, añadió la sobrina. Pues
 el ama, vengán y al corral con ellos. Diéron-
 ran muchos, y ella ahorró la escalera y dió con
 ventana abajo. ¿Quién es ese tonel? dijo el cura.
 pondió el barbero, *D. Olivante de Laura*. El au-
 to, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jar-*
ri, y en verdad que no sepa determinar cuál de los
 mas verdadero ó por decir mejor ménos menti-
 ó decir que este irá al corral por disparatado y
 Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*,
 pero. ¿Ahi esta el señor Florismarte? replicó el
 i fe que ha de parar presto en el corral á pesar
 lo nacimiento y soñadas aventuras, que no da lu-
 osa la dureza y sequedad de su estilo: al corral
 esotro, señora ama. Que me place, señor mio,
 lla, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era
 ste es el *Caballero Platir*, dijo el barbero. Anti-
 ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que me-
 ; acompañe á los demas sin réplica, y así fué
 óse otro libro, y vieron que tenia por título *el*
e la Cruz. Por nombre tan santo como este libro
 lia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele
 : cauz está el diablo: vaya al fuego. Tomando el
 o libro dijo: este es *Espejo de Caballertas*. Ya
 u merced, dijo el cura: ahi anda el señor Roinál-
 talban con sus amigos y compañeros, mas ladro-
 co, y los doce Pares con el verdadero historia-
 y en verdad que estoy por condenarlos no mas
 rro perpetuo siquiera porque tienen parte de la
 el famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió
 istiano poeta Ludovico Ariosto, al cual si aqui le
 habla en otra lengua que la suya, no lo guardaré
 uno; pero si habla en su idioma le pondré sobre
 Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas
 do. Ni aun fuera bien que vos le entenderádes,
 l cura, y aquí le perdonaremos al señor capitán
 biera traído á España y hecho castellano; que le
 de su natural valor, y lo mismo harán todos
 e los libros de verso quisieron volver en otra
 por mucho cuidado que pongan y habilidad que
 mas llegaran al punto que ellos tienen en su pri-
 nto. Digo en efecto que este libro y todos los que
 que tratan destas cosas de Francia se echen y de-
 en pozo seco hasta que con mas acuerdo se vea lo

que se ha de hacer dellas, escetuyendo á un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesválles*, que estos en llegando á mis manos han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por causa muy acertada por entender que era el cura tan buen cristiano, y tan amigo de la verdad que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vió que era *Palmerin de Oliva* y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerin de Inglaterra*, lo cual visto por el licenciado dijo : esa oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas : la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonisimas y de grande artificio las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolas, que este y Amadis de Gaula queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado *D. Belianis*, Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren así se usará con ellos de misericordia ó de just.cia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejéis leer á ninguno. Que me place, respondió el barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos se le cayó uno á los piés del barbero que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decia : *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. Várame Dios, dijo el cura dando una gran voz, ¡ que aquí esté Tirante el Blanco ! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está D. Quirieleison de Montalban valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalban y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los

amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo : aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento ántes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevalde á casa y leelde, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho. Así será, respondió el barbero; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan? Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballería sino de poesía : y abriendo uno vió que era *la Diana de Jorge de Montemayor*, y dijo (creyendo que todos los demas eran del mismo género) : estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero. ¡Ay señor! dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas; porque no seria mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor hacerse poeta, que segun dicen es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropezio y ocasion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sábia Felicia y de la agua encantada, casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el barbero, es *la Diana*, llamada *Segunda del Salmantino*; y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es, *Gil Polo*. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo : y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el barbero abriendo otro, *los Diez Libros de fortuna de Amor* compuestos por *Antonio de Lofraso*, poeta sardo. Por las órdenes que recibí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamas cosa de gusto. Dádmelo acá, compadre, que precio mas haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo : estos que se siguen son *el Pastor de Iberia*. *Ninfas de Henáres*, y *Desen-*

gaño de zelos. Pues no hay mas que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que seria nunca acabar. Este que viene es *el Pastor de Filida*. No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano, guárdese como joya preciosa. Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero, *Tesoro de várias poesías*. Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran mas estimadas : menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene : guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heróicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero, *el Cancionero de López Maldonado*. Tambien el autor desde libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta : algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fué mucho; guárdese con los escogidos. ¿ Pero qué libro es ese que está junto á él ? *la Galatea de Miguel de Cervántes*, dijo el barbero. Muchos años há que es grande amigo mio ese Cervántes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada : es menester esperar la segunda parte que promete, quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanto que esto se ve tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el barbero, y aquí vienen tres todos juntos : *la Araucana de don Alonso de Ercilla*, *la Austriada de Juan Rufo*, *jurado de Córdoba*, y *el Monserrat de Cristóbal de Virues*, poeta valenciano. Todos estos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia; guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el cura de ver mas libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen; pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba *las Lágrimas de Angélica*. Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

CAPÍTULO VII.

salida de nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha.

esto comenzó á dar voces D. Quijote diciendo .
erosos caballeros, aqui es menester mostrar la
tros valerosos brazos, que los cortesanos lle-
el torneo. Por acudir á este ruido y estruendo
lante con el escrutinio de los demas libros que
asi se cree que fueron al fuego sin ser vistos
Carolea y *Leon de España*, con los hechos del
mpuestos por D. Luis de Avila, que sin duda
r entre los que quedaban, y quizá si el cura los
ran por tan rigurosa sentencia. Cuando lle-
ijote ya él estaba levantado de la cama, y pro-
voces y en sus desatinos dando cuchilladas y
as partes, estando tan despierto como si nunca
do. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron
pues que hubo sosegado un poco, volviéndose
el cura le dijo : por cierto, señor arzobispo
s gran mengua de los que nos llamamos doce
n sin mas ni mas llevar la vitoria deste torneo
os cortesanos, habiendo nosotros los aventu-
el prez en los tres dias antecedentes. Calle
d, señor compadre, dijo el cura, que Dios será
suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se
; y atienda vuestra merced á su salud por
e parece que debe de estar demasidamente
a no es que está mal ferido. Ferido no, dijo
ro molido y quebrantado no hay duda en ello,
bastardo de D. Roldan me ha molido á palos
de una encina, y todo de envidia porque ve
y el opuesto de sus valentias; mas no me lla-
áldos de Montalban si en levantándome deste
o pagara á pesar de todos sus encantamientos :
ráiganme de yantar, que sé que es lo que mas
aso, y quédese lo del vengarme á mi cargo.
i; diéronle de comer, y quedóse otra vez dor-
admirados de su locura. Aquella noche quemó
na cuantos libros habia en el corral y en toda
as debieron de arder que merecian guardarse
archivos; mas no lo permitió su suerto y la
crutiñador, y así se cumplió el refran en ellos
á las veces justos por pecadores. Uno de los
el cura y el barbero dieron por entónces para
amigo fué que le murasen y tapiasen el apo-

sento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaria el efecto), y que dijese que un encantador se los habia llevado y el aposento y todo, y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó D. Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su ama que hacía qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo : ¿qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordámos á mirar lo que dejaba hecho no vimos libro ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria : dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dijo D. Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo sé que acabó en ton su nombre. Así es, dijo D. Quijote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede : y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado. ¿Quién duda de eso? dijo la sobrina; ¿pero quién le mete á vuestra merced, señor tio, en esas penden-
cias? ¿no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados? ¡O sobrina mia! respondió D. Quijote, y cuán mal que estás en la cuenta : primero que á mí me trasquilen tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la cólera. Es puez el caso que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero sobre que él decia que la

na necesidad tenia el mundo era de caballeros e que en él se resucitase la caballeria andan- algunas veces le contradecia, y otras concedia, guardaba este artificio no habia poder averi- . En este tiempo solicitó D. Quijote á un labra- uyo, hombre de bien (si es que este titulo se ue es pobre), pero de muy poca sal en la mo- lucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y pro- pobre villano se determinó de salirse con él y scudero. Decíale entre otras cosas D. Quijote iese á ir con él de buena gana, porque tal vez der aventura que ganase en quitame allá esas insula, y le dejase á él por gobernador della. omesas y otras tales Sancho Panza (que así se brador) dejó su mujer y hijos y asentó por u vecino. Dió luego D. Quijote orden en buscar ndiendo una cosa y empeñando otra y malbara- s llegó una razonable cantidad. Acomodóse na rodela que pidió prestada á un su amigo, o su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su cho del dia y la hora que pensaba ponerse en que él se acomodase de lo que viese que mas le : sobre todo le encargó que llevase alforjas. á llevaria, y que ansimismo pensaba llevar un ia muy bueno, porque él no estaba ducho á á pié. En lo del asno reparó un poco D. Qui- do si se le acordaba si algun caballero andante escudero caballero asnalmente, pero nunca le la memoria; mas con todo esto determinó que n presupuesto de acomodarle de mas honrada habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo scortes caballero que topase. Proveyóse de ca- s demas cosas que él pudo conforme al consejo o le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, e Panza de sus hijos y mujer ni D. Quijote de rina, una noche se salieron del lugar sin que viese, en la cual caminaron tanto que al ama- ron por seguros de que no los hallarian aunque iba Sancho Panza sobre su jumento como un a sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de ernador de la insula que su amo le habia pro- ó D. Quijote á tomar la misma derrota y camino habia tomado en su primer viaje que fué por Montiel, por el cual caminaba con menos pesa- a vez pasada, porque por ser la hora de la irles á soslayo los rayos del sol no les fatiga- esto Sancho Panza á su amo: mire vuestra caballero andante, que no se le olvide lo que ne tiene prometido, que yo la sabré gobernar

por grande que sea. Á lo cual le respondió D. Quijote : has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos de las insulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, ántes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches les daban algun título de conde, ó por lo ménos de marqués de algun valle ó provincia de poco mas ó ménos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que ántes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. Desá manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo ménos Juana Gutiérrez mi oislo vendria á ser reina y mis hijos infantiles. ¿Pues quién lo duda? respondió D. Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió D. Quijote, que él le dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con ménos que con ser adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tun principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

CAPÍTULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso D. Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como D. Quijote los vió dijo á su escudero : la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer : que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo,

de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes sino molinos de

que en ellos parecen brazos son las aspas que el viento hacen andar la piedra del molino. Bien respondió D. Quijote, que no estás cursado en estas cosas: ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate y ponte en oración en el espacio que yo voy á entrar en esta fiera y desigual batalla. Y diciendo esto dió á su caballo Rocinante sin atender á las voces que le Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda aquellos no eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba

Pero el iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía la voz de su escudero Sancho, ni echaba de ver lo que iba ya bien cerca lo que eran, ántes iba diciendo á Sancho: no fuyades, cobardes y viles criaturas, que el primero que os acomete. Levantóse en esto un viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo que por D. Quijote dijo: pues aunque movais mas viento que el del gigante Briareo¹ me lo habéis de pagar. Dijo esto y encomendándose de todo corazón á su buena suerte, pidiéndole que en tal trance le socorriese, se arrojó de su rodela con la lanza en el ristre, arremetió al viento de Rocinante, y embistió con el primero molinillo que se le presentó, y dándole una lanzada en el aspa, la quebró con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle, todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no podía menear: tal fué el golpe que dió con él. ¡Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinillos, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tantos en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió D. Quijote: las cosas de la guerra mas que otras están sujetas á mudanza: cuanto mas que yo pienso, y es así, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la vida: tal es la enemistad que me tiene, que á todo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede. Sancho Panza, y ayudándole á levantar, torció á su caballo Rocinante que medio despaldado estaba, y habiendo pasado aquella aventura siguieron el camino del puerto

¹ Briareo, que segun la fábula tenía cien brazos y cincuenta cabezas. Uno de los Titanes que combatieron contra los dioses, y con sus compañeros debajo del monte Etna, cuyas explosiones son los gemidos de los gigantes que allí yacian.

Lápice, porque allí decia D. Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero le dijo: yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Várgas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos moros que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Várgas y Machuca. Hete dicho esto porque de la primera encina ó roble que se me depare pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída. Así es la verdad, respondió D. Quijote; y si no me quejo del dolor es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir D. Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podia muy bien quejarse cómo y cuándo quisiese sin gana ó con ella, que hasta entónces no habia leído cosa en contrario en la órden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entónces no le hacia menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto iba caminando y comiendo detras de su amo muy de espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo sino por mucho descanso andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dallos desgajó D. Quijote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió D. Quijote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leído en sus libros cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados entré-

tenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas gozajadamente la venida del nuevo día saludaban. Arre dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que antes, y afligiósele el corazón por parecerle que en camino de remediar tan presto su falta. No quiso irse D. Quijote, porque, como está dicho, dió en susde sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado al puerto Lápice, y á obra de las tres del día le despidió. Aquí, dijo en viéndole D. Quijote, podemos, herico Panza, meter las manos hasta los codos en esto de aventuras; mas advierte que aunque me veas en tales peligros del mundo no has de poner mano á tu ira defendermé, si ya no vieres que los que me ofenden son gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme si fueren caballeros, en ninguna manera te es concedido por las leyes de caballería que me ayudes á ser armado caballero. Por cierto, señor, respondo, que vuestra merced sea muy bien obedecido en las que yo de mí me soy pacífico y enemigo de mercedos ni pendencias: bien es verdad que en lo que defender mi persona no tendré mucha cuenta con las leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo más, respondió D. Quijote; pero en esto de ayudarme contra los que has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto bien como el día del domingo. Estando en estas cosas asomaron por el camino dos frailes de la orden de los caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas que dos mulas en que venian. Traian sus autojos de oro y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con cinco de á caballo que le acompañaban, y dos moscos á pié. Venia en el coche, como despues se supo, una vizcaina que iba á Sevilla donde estaba su marido, iba á las Indias con un muy honroso cargo. No vieron los frailes con ella aunque iban el mismo camino; mas se lo avisó D. Quijote cuando dijo á su escudero: ó yo sé, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se oye, porque aquellos bultos negros que allí parecen ser y son sin duda algunos encantadores, que llevan en el coche alguna princesa en aquel coche, y es menester que yo use de este tuerto á todo mi poderio. Peor será esto que me ha pasado de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos bultos de S. Benito, y el coche debe de ser de alguna señora: mire que digo que mire bien lo que hace, se

sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió D. Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras : lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo : gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas ; si no, aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados así de la figura de D. Quijote como de sus razones, á las cuales respondieron : señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de S. Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo D. Quijote : y sin esperar mas respuesta picó á Rocinante, y la lanza baja arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legitimamente como despojos de la batalla que su señor D. Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya D. Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido, y sin detenerse un punto tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro ; y cuando se vió á caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso siguieron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. D. Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche diciéndole : la vuestra hermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo : y porque no pedéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo D. Quijote de la Mancha, caballero andante, y cautivo de la sin par y hermosa Doña

l Toboso : y en pago del beneficio que de mí halo no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que vuestra libertad he fecho. Todo esto que D. Quijote decía un escudero de los que el coche acompañaban, zaino; el cual viendo que no quería dejar pasar el ante, sino que decía que luego había de dar la oboso, se fué para D. Quijote, y asiéndole de la o en mala lengua castellana y peor vizcaina destada, caballero, que mal andes; por el Dios que si no dejas coche, así te matas como estás ahí ntendióle muy bien D. Quijote, y con mucho spondió : si fueras caballero como no lo eres, ya castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva crial replicó el vizcaino : ¿yo no caballero? juro á nientes como cristiano : si lanza arrojas y espada ua cuán presto verás que al gato llevas : vizcaino idalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, otra dices cosa. Ahora lo veredes, dijo Agrages ¹, D. Quijote; y arrojando la lanza en el suelo sacó y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaino con on de quitarle la vida. El vizcaino, que así le vió ue quisiera apearse de la mula, que por ser de e alquiler no había que fiar en ella, no pudo hacer no sacar su espada; pero avinole bien que se halló he, de donde pudo tomar una almohada que le scudo, y luego se fueron el uno para el otro como os mortales enemigos. La demás gente quisiera a paz; mas no pudo, porque decía el vizcaino en badas razones, que si no le dejaban acabar su bamismo había de matar á su ama y á toda la gente storbase. La señora del coche, admirada y temeque veía, hizo al cochero que se desviase de allí, y desde léjos se puso á mirar la rigurosa conl discurso de la cual dió el vizcaino una gran cu). Quijote encima de un hombro por encima de la á dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. ue sintió la pesadumbro de aquel desafortado na gran voz diciendo : ó señora de mi alma Dul le la fermosura, socorred á este vuestro caballero, isfacer á la vuestra mucha bondad en este rigu se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y bien de su rodela, y el arremeter al vizcaino todo empo, llevando determinacion de aventurarlo todo solo golpe. El vizcaino, que así le vio venir contra

¹ Amenaza, que era comun entónces en España. Agrages fué reina Elisena, madre de Amadis de Gaula, en cuya historia se ven de sus hazañas.

él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que D. Quijote, y así le aguardó bien cubierto de su almohada sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías no podía dar un paso. Venia pues, como se ha dicho, D. Quijote contra el cauto vizcaíno con la espada en alto con determinacion de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimismo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló mas escrito destas hazañas de D. Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen : y así con esta imaginacion no se desesperó de hallar el fin de esta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

CAPÍTULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.

Dejámos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso D. Quijote con las espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban por lo ménos se dividirían de arriba abajo y abrirían como una granada, y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas; cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno

uno ó dos sabios como de molde, que no solaban sus hechos, sino que pintaban sus mas mimamientos y niñerías por mas escondidas que fue-habia de ser tan desdichado tan buen caballero e á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. No podía inclinarme á creer que tan gallarda historia dado manca y estropeada, y echaba la culpa á la edad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte decía que pues entre sus libros se habian hallado otros como *Desengaño de zelos*, y *Ninfas y Pastores de la Mancha*, y tambien su historia debia de ser moderna, y que si estuviese escrita estaria en la memoria de la gente de la Mancha, y de las á ella circunvecinas. Esta imaginación confuso y deseoso de saber real y verdadera la vida y milagros de nuestro famoso español de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, primero que en nuestra edad y en estos tan calambres se puso al trabajo y exercio de las andantes de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar aquellas que andaban con sus azotes y palafreos, y toda su virginidad á cuestras, de monte en monte y en valle; que si no era que algun follon ó algun achaca y capellina, ó algun descomunel gigante las molestaba, hubo en los pasados tiempos que al cabo de años, que en todos ellos no durmió un dia debajo, se fué tan entera á la sepultura como la madre parido. Digo pues que por estos y otros muchos motivos digno nuestro gallardo Quijote de continuas y alabanzas, y aun á mi no se me deben negar el celo y diligencia que puse en buscar el fin de esta historia: aunque bien sé que si el cielo, el caso y el tiempo me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el gusto que bien casi dos horas podrá tener el lector la leyere. Pasó pues el hallarla en esta

Por un dia en el Alcázar de Toledo llegó un muchacho con unos cartapacios y papeles viejos á un señor. Soy aficionado á leer aunque sean los papeles de las calles, llevado desta mi natural inclinacion tomé uno de los que el muchacho vendia, y vile con caracteres que conocí ser arábigos, y puesto que aunque los conocia leer anduve mirando si parecia por allí algun nombre que los leyese; y no fué muy dificultoso

voz derivada del hebreo, y significa feria ó mercado. Algun morisco que se explicase en castellano y pudiese servir, porque *aljamis* era el castellano chapurrado que hablaban como *algeravis* era el arábigo que hablaban los Cristianos.

hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara. En fin la suerte me depa-
 ró uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las
 manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él se co-
 menzó á reir: preguntéle que de qué se reía y respondiome que
 de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anota-
 cion: díjele que me la dijese, y él sin dejar la risa dijo: está, como
 he dicho, aquí en el márgen escrito: *esta Dulcinea del Toboso,*
tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor
mano par salar puercos que otra mujer de toda la Mancha.
 Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso quedé atónito y suspen-
 so, porque luego se me representó que aquellos cartapacios con-
 tenian la historia de D. Quijote. Con esta imaginacion le di
 priesa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de
 improviso el arábigo en castellano dijo que decia: *Historia*
de D. Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Be-
*negeli, historiador arábigo*¹. Mucha discrecion fué menes-
 ter para disimular el contento que recibí cuando llegó á
 mis oídos el título del libro, y salteándosele al sedero com-
 pré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio
 real: que si él tuviera discrecion y supiera lo que yo los de-
 seaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales
 de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro
 de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos carta-
 pacios, todos los que trataban de D. Quijote, en lengua cas-
 tellana sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga
 que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos
 fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente
 y con mucha brevedad; pero yo por facilitar mas el negocio,
 y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi
 casa, donde en poco mas de mes y medio la tradujo toda del
 mismo modo que aquí se refiere. Estaba en el primero carta-
 pacio pintada muy al natural la batalla de D. Quijote con el
 vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta,
 levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro
 de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo que estaba
 mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta: tenia á los piés
 escrito el vizcaíno un título que decia: *D. Sancho de Azpeitia*
 que sin duda debia de ser su nombre, y á los piés de Rocin-
 ante estaba otro que decia: *D. Quijote*: estaba Rocinante
 maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado
 y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado que mostra-
 ba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se
 le habia puesto el nombre de Rocinante: junto á él estaba

¹ *Cide*, tratamiento de honor, equivale á *señor*: *Hamete* es nombre comun entre Moros, y *Benengeli* quiere decir *hijo del Ciervo*, *Cervat* ó *Cerranteño*, y así se designó á sí mismo Cervantes, que habiendo resi-
 dido cinco años en Argel no pudo ménos de adquirir algunos conocimientos
 del idioma comun del país.

Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los piés estaba otro rótulo que decia . *Sancho Zancas*, y decir que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barrile, el tallo corto y las zancas largas, y por esto se le poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos nombres le llama algunas veces la historia. Otras menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, si es otra sino haber sido su autor arabigo, siendo pio de los de aquella nacion ser mentirosos, aunque á nuestros enemigos ántes se puede entender haber faltado en ella que demasiado; y así me parece á mí, siendo pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las calla en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo de ser los historiadores puntuales, verdaderos y no interesados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la envidia no les haga torcer del camino de la verdad, cuya es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, registro de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se quiere saber de lo que se desea en la mas espaciosa; y si algo bueno faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de Sancho Panza, ántes que por falta del sujeto. En fin su segunda vez, leyendo la traduccion, comenzaba desta manera. Y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos reos y enojados combatientes, no parecia sino que amenazaban al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el ruido y continente que tenian. Y el primero que fué á dar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérselo la espada al contrario, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á esta contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le está reservado, torció la espada de su contrario, de modo que le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro sino desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal. Válame Dios, y quién será aquel que buenamente podrá contener ahora la rabia que entró en el corazón de manchego viéndose parar de aquella manera! No se sabe sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los brazos, y apretando mas la espada en las dos manos volvió á descargar sobre el vizcaíno acertándole de lleno en la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan blanda, como si cayera sobre él una montaña, co-

menzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los piés de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando D. Quijote, y como lo vió caer saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dijo que se rindiese, si no que le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado que no podía responder palabra, y él lo pasara mal segun estaba ciego D. Quijote si las señoras del coche, que hasta entónces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual D. Quijote respondió con mucho entono y gravedad: por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin por Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras. sin entrar en cuenta de lo que D. Quijote pedia y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fe de esa palabra yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

CAPÍTULO X.

De los graciosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero.

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor D. Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y ántes que subiese se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano se la besó y le dijo: sea vuestra merced servido, señor D. Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado in

sulas en el mundo. Á lo cual respondió D. Quijote : advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á esta semejantes no son aventuras de insulas sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja ménos : tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino mas adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguiale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así D. Quijote teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo : paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que segun quedó maltrecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que den noticia del caso á la santa Hermandad ¹ y nos prendan, y á fe que si lo hacen que primero que salgamos de la cárcel que nos ha de sudar el hopo. Calla, dijo D. Quijote; ¿y dónde has visto tú ó leído jamas que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno, solo sé que la santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió D. Quijote, que yo te sacaré de la manos de los Caldeos, cuanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿has leído en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamas, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es que mas atrevido amo que vuestra merced yo no lo he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho : lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien excusado, respondió D. Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras, que con sola una gota se

¹ Tribunal severísimo, establecido por los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel el año de 1476 para perseguir, juzgar y castigar los delitos cometidos fuera de poblado, y que subsistia, aunque con notables variaciones, en tiempo de Cervántes.

ahorrarán tiempo y medicinas. ¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió D. Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna: y así cuando yo le haga y te le dé no tienes mas que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza ántes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encajallo igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle. Con ménos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió D. Quijote. Pecador de mí, replicó Sancho, ¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñármelo? ¡Calla, amigo, respondió D. Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento; mas cuando D. Quijote llegó á ver rota su celada pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo dijo: yo hago juramento al criador de todas las cosas y á los santos cuatro evangelios, donde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldo vinos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguizado me fizo. Oyendo esto Sancho le dijo: advierta vuestra merced, señor D. Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió D. Quijote, y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza: pero hágole y confirmole de nuevo de hacer la vida que he dicho hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero; y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mismo pasó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le

costó á Sacripante ¹. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia : si no, dígame ahora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada ¿qué hemos de hacer? ¿hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en eso, dijo D. Quijote, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la bella ². Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aquí trayo una cebolla y un poco de queso y no sé cuántos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. Qué mal lo entiendes, respondió D. Quijote : hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman sea de aquello que hallaren mas á mano : y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias, como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando

¹ Segun cuenta Ariosto, el desgraciado fué Dardinel de Almonte, que murió peleando con Reináldos de Montalban, á quien habia dado inútilmente en el yelmo que llevaba y habia ganado al rey Mambrino.

² Agrican, rey de Tartaria, puso sitio, con un ejército de dos millones de soldados de diferentes naciones, á Albraca, castillo fortísimo en las partes mas remotas del Asia en el imperio del Catai (la China), con el intento de apoderarse de Angélica, que se habia encerrado en él.

lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces : así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesion caballeresca ; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó D. Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos que ellos conocian y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dijo que traía comieron los dos en buena paz y compañía. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida : subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado ántes que anochebiese ; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí : que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormir al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI

De lo que le sucedió á D. Quijote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tascos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban ; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á D. Quijote que se sentase sobre un dor-

najo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse D. Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo : porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pié y á mis solas como sentado á par de un emperador. Yaun si va á decir verdad mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho : que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza; y asiéndole por el brazo le forzó á que junto á él se sentase. No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo ya lleno ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que D. Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones. Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes : á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de la

robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interes alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia : aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entónces la poseían. Entónces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra ; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entónces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interes, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje ¹ aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entónces no habia qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta ; porque allí por los resquicios ó por el aire con el zelo de la maldita solitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con

¹ La que no está escrita, sino que se pone al juez en la cabeza, y sin haber texto ni doctor á quien arrimarse, la ejecuta. Así dice Covarúbias en el artículo *Encajar*. (Tesoro de la lengua castellana.)

gimiento al traste. Para cuya seguridad, andando
 apos y creciendo mas la malicia, se instituyó la
 caballeros andantes para defender las doncellas,
 viudas, y socorrer á los huérfanos y á los me-
 De esta orden soy yo, hermanos cabreros, á
 zco el agasajo y buen acogimiento que hacéis á
 cadero : que aunque por ley natural están todos
 obligados á favorecer á los caballeros andantes,
 saber que sin saber vosotros esta obligacion me
 regalastes, es razon que con la voluntad á mí
 gradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que
 muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque
 que le dieron le trujeron á la memoria la edad
 tojósele hacer aquel inútil razonaminoto á los
 sin respondelle palabra embobados y suspensos
 escuchando. Sancho asimismo callaba y comia
 visitaba muy á menudo el segundo zaque, que
 nfriase el vino le tenian colgado de un alcor-
 tardó en hablar D. Quijote que en acabarse la
 e la cual uno de los cabreros dijo : para que con
 ueda vuestra merced decir, señor caballero an-
 agasajamos con pronta y buena voluntad, que
 solaz y contento con hacer que cante un compa-
 que no tardará mucho en estar aquí, el cual es
 y entendido y muy enamorado, y que sobre todo
 escribir, y es músico de un rabel, que no hay
 sear. Apenas habia el cabrero acabado de decir
 llegó á sus oídos el son del rabel, y de allí á
 que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y
 muy buena gracia. Preguntáronle sus compa-
 ia cenado, y respondiendo que sí, el que habia
 frecimientos le dijo : de esa manera, Antonio,
 hacernos placer de cantar un poco, porque vea
 tésped que tenemos, que tambien por los montes
 quien sepa de música : hémole dicho tus buenas
 y deseamos que las muestres y nos saques ver-
 si te ruego por tu vida que te sientes y cantes el
 ne amores que te compuso el beneficiado tu tio,
 eablo ha parecido muy bien. Que me place, res-
 zo ; y sin hacerse mas de rogar se sentó en el
 ia desmochada encina, y templando su rabel, de
 n muy buena gracia comenzó á cantar diciendo

:

ANTONIO.

Yo sé, Otalla, que me adoras,
 puesto que no me lo has dicho
 ni aun con los ojos siquiera,
 mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,
y que me quieres me afirmo;
que nunca fué desdichado
amor que fué conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma,
y el blanco pecho de risco.

Mas allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido
ni menguar por no llamado,
ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.

Porque si has mirado en ello,
mas de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala
andan un mismo camino,
en todo tiempo á tus ojos
quise mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto,
que has escuchado á deshoras
y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas
que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dijo :
tal piensa que adora un ángel,
y viene á adorar á un gimio :

Merced á los muchos dijes
y á los cabellos postizos,
y á hipócritas hermosuras,
que engañan al amor mismo.

Desmentíla, y enojóse ;
volvió por ella su primo :
desafióme, y ya sabes
lo que yo hice, y él hizo.

No te quiero yo á monton,
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barraganía,
que mas bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,
que son lazadas de sirgo;
pon tu cuello en la gamella,
verás como pongo el mio.

Donde no, desde aquí juro
por el santo mas bendito,
de no salir destas sierras
sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque D. Quijote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oir canciones. Y así dijo á su amo : bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió D. Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó D. Quijote, pero acómodate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo ; pero con todo eso seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba ; y viendo uno de los cabreros la herida le dijo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase, y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

CAPÍTULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con D. Quijote.

Estando en esto llegó otro mozo de los que les traían de aldea el bastimento, y dijo : ¿ sabéis lo que pasa en el lugar compañeros ? ¿ Cómo lo podemos saber ? respondió uno de ellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dijo uno. Por esa digo, respondió el cabrero ; es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrase en el campo como si fuera moro, y que sea al pié de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque segun es fam

(y él dicen que lo dijo) aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo ¹ dicen que no se han de cumplir ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas á lo que se dice en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; á lo ménos yo no dejaré de ir á verla si supiese no volver mañana al lugar. Todos haremos lo mismo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el gar-rancho que el otro dia me pasó este pié. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedró. Y D. Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquel, y qué pastora aquella. A lo cual Pedro respondió, que lo que sabia era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo D. Quijote. Mas Pedro no reparando en niñerías prosiguió su cuento diciendo: asimesmo adivinaba cuándo habia de ser el año abundante ó estil. Estéril queréis decir, amigo, dijo D. Quijote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decia se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo; en este podéis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite, los tres siguientes no se cogerá gota. Esa ciencia se llama *Astrologia*, dijo D. Quijote. No sé yo cómo se llama, replicó Pedro, mas sé que todo esto sabia y aun mas. Finalmente no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, cuando un dia remaneció vestido de pastor con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Am-

¹ Se daba antiguamente el nombre de *abades* á los curas, y todavia se les da en algunas partes de España. señaladamente en Galicia.

brocio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos iios, que los representaban los mozos de todos decian que eran por el cabo. Cuando on tan de improviso vestidos de pastores á quedaron admirados, y no podian adivinar habia movido á hacer aquella tan extraña este tiempo era muerto el padre de nuestro quedó heredado en mucha cantidad de ha-nuebles como en raíces, y en no pequeña do mayor y menor, y en gran cantidad de lo cual quedó el mozo señor desoluto; y en o merecia, que era muy buen compañero y de los buenos, y tenia una cara como una es se vino á entender que el haberse mu-habia sido por otra cosa que por andarse ados en pos de aquella pastora Marcela que nbro denántes, de la cual se habia enamo-into de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, ue lo sepáis, quién es esta rapaza; quizá y r habréis oido semejante cosa en todos los vida, aunque viváis mas años que Sarna. slicitó D. Quijote, no pudiendo sufrir el trocar el cabrero. Harto vive la sarna, respondió ñor, que me habéis de andar zaheriendo á ablos, no acabaremos en un año. Perdonad Quijote, que por haber tanta diferencia de lo dije; pero vos respondistes muy bien, sarna que Sarra; y proseguí vuestra his-eplicaré mas en nada. Digo pues, señor mio el cabrero, que en nuestra aldea hubo un s rico que el padre de Grisóstomo, el cual rmo, y al cual dió Dios, amen de las muchas, una hija de cuyo parto murió su madre, onrada mujer que hubo en todos estos con- e sino que ahora la veo con aquella cari- tenia el sol y del otro la luna, y sobre tod- iga de los pobres, por lo que creo que deb- a á la hora de hora gozando de Dios en e pesar de la muerte de tan buena mujer m- illermo, dejando á su hija Marcela muchach- de un tio suyo sacerdote y beneficiado e

la Sarna á la mujer de Abraham, y D. Quijote le co- como ya le habia corregido otros. En el dia se dió- cual vivió ciento y diez años, y fué madre en oda

nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija : y así fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años nadie la miraba que no bendecia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento ; pero con todo esto la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por mujer. Mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la via de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y granjería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza dilatando su casamiento. Y á fe que se dijo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura : y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas. Así es la verdad, dijo D. Quijote, y proseguí adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contáis con muy buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demas sabréis que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por mujer la pedian, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa sino que por entónces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas dejaba el tio de importunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora : y sin ser parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del lugar, y dió en guardar su mismo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó de ningun recogimiento, que

por eso ha dado indicio ni por semejas, que venga en menos cabo de su honestidad y recato ; ántes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquivo de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco ¹. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y á amarla ; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y así no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan : y si aquí estuviédeses, señor, algun dia, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy léjos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mismo árbol, como si mas claramente dijera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pié de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos embebecido y trasportado en sus pensamientos le halló el sol á la mañana ; y cuál hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo : y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es la que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde manda enterrarse média legua. En cuidado me lo tengo ², dijo D. Quijote, y

¹ Se llamaba entónces *trabuco* una máquina militar con que se lanzaban piedras en defensa y ofensa de las fortalezas. En el dia *trabuco* es una escopeta corta de mucho calibre.

² Es decir, *ya estoy en ello, así pienso hacer*.

Agradézcoos el gusto que me habéis dado con la narracion de tan sabroso cuento. ¡Ó! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podría ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dijese: y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podría dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo mas de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.

CAPÍTULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

Mas apenas comenzó á descubrirse el dia por los halcones del oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á D. Quijote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. D. Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimismo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pié que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo hablando con su compañero le dijo: paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles D. Quijote qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

ada habian encontrado con aquellos pastores
les visto en aquel tan triste traje les habian
casion por qué iban de aquella manera : que
contó, contando la extrañeza y hermosura de
mada Marcela, y los amores de muchos que
con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo
Finalmente él contó todo lo que Pedro á
ia contado. Cesó esta plática, y comenzóse
do el que se llamaba Vivaldo á D. Quijote,
ion que le movia á andar armado de aquella
ra tan pacífica. Á lo cual respondió D. Qui-
on de mi ejercicio no consiente ni permite
e otra manera : el buen paso, el regalo y el
nventó para los blandos cortesanos ; mas el
ietud y las armas solo se inventaron é hicie-
os que el mundo llama caballeros andantes,
o, aunque indigno, soy el menor de todos.
n esto cuando todos le tuvieron por loco ; y
mas, y ver qué género de locura era el suyo,
untar Vivaldo que qué queria decir caballeros
han vuestras mercedes leído, respondió
anales é historias de Inglaterra donde se
as fazañas del rey Arturo, que continuamente
ance castellano llamamos el rey Artus, de
on antigua y comun en todo aquel reino de
i, que este rey no murió, sino que por arte de
se convirtió en cuervo, y que andando los
volver á reinar y á cobrar su reino y cetro ;
o se probará que desde aquel tiempo á este
glés muerto cuervo alguno ? Pues en tiempo
y fué instituida aquella famosa orden de ca-
caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron
nto los amores que allí se cuentan de D. Lan-
con la reina Ginebra, siendo medianera dellos
lla tan honrada dueña Quintañona, de donde
sabido romance, y tan decantado en nues-

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino,

eso tan dulce y tan suave de sus amorosos y
Pues desde entónces de mano en mano fué
e caballeria extendiendose y dilatándose por
las partes del mundo ; y en ella fueron famo-
por sus fechos el valiente Amadis de Gaula
ijos y nietos hasta la quinta generacion, y el

valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias vimos y comunicámos y oímos al invencible y valeroso caballero D. Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la órden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador he hecho profesion, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos profeso yo y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa que la suerte me deparare en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era D. Quijote falto de juicio y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiracion que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates. Y así le dijo : paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro D. Quijote; pero tan neesaria en el mundo no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad no hace ménos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, que el mismo capitan que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas; no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir ni me pasa por pensamiento que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por-

qué¹ de su sangre y de su sudor : y que si á los que á tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura en que se ve manifesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; ántes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion como si ellas fueran su dios : cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió D. Quijote, eso no puede ser ménos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese : que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante, que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete : y aun si nadie le oye está obligado á decir algunas palabras entre dientes en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacello en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo; y luego sin mas ni mas á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien, que á no tenerse á las crines del suyo no pudiera dejar de venir al suelo; y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra : mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano : cuanto mas que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió D. Quijote : digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y á buen seguro que no se haya visto histo-

¹ Buen porqué es gran cantidad ó gran porcion.

ria donde se halle caballero andante sin amores, y por el mismo caso que estuviese sin ellos no seria tenido por legitimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas como salteador y ladron. Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que D. Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero. A lo cual respondió nuestro D. Quijote : señor, una golondrina sola no hace verano, cuanto mas que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado, fuera que aquello de querer á todas bien cuantas bien le parecian era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Però en resolution, averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion ; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como D. Galaor, con las véras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro D. Quijote y dijo : yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo ; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo ménos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas ; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas. El linaje, prosapia y alcurnia querriamos saber, replicó Vivaldo. A lo cual respondió D. Quijote : no es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni ménos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafojes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragon : Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla : Alencastros, Pallas

de Portugal; pero es de los del Toboso de la linaje aunque moderno tal, que puede dar generoso á las mas ilustres familias de los venideros siglos; le replique en esto si no fuere con las condiciones Cervino⁴ al pié del trofeo de las armas de Orlando, : *Nadie las mueva que estar no pueda con Roldan á* aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, rescamillante, no le osaré yo poner con el del Toboso ncha, puesto que para decir verdad semejante apenas ahora no ha llegado á mis oidos. Como eso no ha-lo, replicó D. Quijote. Con gran atencion iban escuchados los demas la plática de los dos, y aun hasta los abreros y pastores conocieron la demasiada falta de nuestro D. Quijote. Solo Sancho Panza pensaba lo su amo decia era verdad, sabiendo él quien era lole conocido desde su nacimiento; y en lo que du- era en creer aquello de la linda Dulcinea del To- que nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado u noticia aunque vivia tan cerca del Toboso. En es- as iban cuando vieron que por la quiebra que dos tañas hacian bajaban hasta veinte pastores, todos os de negra lana vestidos, y coronados con guir- e á lo que despues pareció eran cuál de tajo y cuál . Entre seis dellos traian unas andas cubiertas de versidad de flores y de ramos. Lo cual visto por s cabreros dijo : aquellos que allí vienen son los el cuerpo de Grisóstomo, y el pié de aquella mon- lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto priesa á llegar, y fué á tiempo que ya los que ve- an puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con icos estaban cavando la sepultura á un lado de una i. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y Quijote y los que con él venian se pusieron á mirar , y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo vestido como pastor, de edad al parecer de treinta aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rmoso y de disposicion gallarda. Al rededor dél te- mismas andas algunos libros y muchos papeles cerrados; y asi los que esto miraban como los que sepultura, y todos los demas que allí habia, guar- maravilloso silencio, hasta que uno de los que al ujeron dijo á otro : mira bien, Ambrosio, si es este ue Grisóstomo dijo, ya que queréis que tan pun- se cumpla lo que dejó mandado en su testamento. spondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó hado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo

rey de Escocia, capitan de la gente de guerra enviada por su orro de Paris, cercado por el rey Agramante.

él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida; y aquí en memoria de tantas desdichas quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á D. Quijote y á los caminantes prosiguió diciendo: ese cuerpo, señores que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza; y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido, adoró, fué desdeñado, rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiere que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mántuano¹, dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumpláis como indiscreto; ántes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestre enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia se puede sacar cuanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así

¹ Virgilio al morir mandó que se quemase su Eneida, porque no habia acabado de limarla; pero sus testamentarios y amigos Tuca y Vario, apoyados en la voluntad de Augusto, no lo consintieron.

N QUIJOTE DE LA MANCHA.

lástima dejamos nuestro derecho viaje, y á ver con los ojos lo que tanto nos habia y en pago desta lástima, y del deseo que le remedialla si pudiéramos, te rogamos, á lo ménos yo te lo suplico de mi parte, pasar estos papeles, me dejes llevar algunos dar que el pastor respondiese alargó la los de los que mas cerca estaban : viendo jo : por cortesía consentiré que os que- que ya habéis tomado ; pero pensar que os que quedan, es pensamiento vano. Vi- ver lo que los papeles decian, abrió luego que tenia por título : *Cancion desesperada*. dijo : ese es el último papel que escribió porque veáis, señor, en el término que le aras, leelde de modo que seáis oído, que á ello el que se tardare en abrir la sepul- le muy buena gana, dijo Vivaldo ; y como ntes tenian el mismo deseo, se le pusieron eyendo en voz clara vió que así decia.

CAPÍTULO XIV.

ersos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE CRISÓSTOMO.

ieres, cruel, que se publique
n lengua y de una en otra gente
rigor tuyo la fuerza,
el mismo infierno comunique
cho mio un son doliente,
comun de mi voz tuerza.
de mi deseo, que se esfuerza
dolor y tus hazañas,
able voz irá el acento,
clados por mayor tormento
las miseras entrañas.
nes, y presta atento oído
tado son, sino al ruido
ondo de mi amargo pecho,
in forzoso desvarío,
io sale y tu despecho.
l leon, del lobo fiero
aullido, el silbo horrendo
serpiente, el espantable
algun monstruo, el agorero
a corneja, y el estruendo
ontrastado en mar instable ;

Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
Del envidiado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contarla pide nuevos modos.

De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas :

Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas ;

Ó ya en oscuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
Ó adonde el sol jamas mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el Nilo llano :

Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos rancos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desden, atierra la paciencia
Ó verdadera ó falsa una sospecha :
Matan los zelos con rigor mas fuerte ;

Desconcierta la vida larga ausencia ;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.

En todo hay cierta inevitable muerte .
Mas yo ¡milagro nunca visto ! vivo
Zeloso, ausente, desdeñado y cierto
De las sospechas que me tienen muerto :
Y en el olvido en quien mi fuego avivo,

Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza :
Ni yo desesperado la procuro ;
Antes por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacedlo,
Siendo las causas del temor mas ciertas ?

¿Tengo, si el duro zelo está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas ?

¿Quién no abrirá de par en par las puertas
A la desconfianza, cuando mira

Descubierto el desden, y las sospechas,
¡Ó amarga conversion ! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira ?

¡Ó en el reino de amor fieros tiranos
Zelos ! ponedme un hierro en estas manos,
Dáme, desden, una torcida sega :

¡Mas ay de mí! que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin; y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.

Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
Á la de amor antigua tiranía.

Diré que la enemiga siempre mia
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que en fe de los males que nos hace
Amor su imperio en justa paz mantiene.

Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo,
Á que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza á que la haga
Á la cansada vida que aborrezco:

Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De como alegre á tu rigor me ofrezco:

Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.

Antes con risa en la ocasion funesta
Descubre que el fin mio fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto,

Ticio traiga su buitre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.

Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.

Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil monstruos
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.

Cancion desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela : á lo cual respondió Ambrosio, como á aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo : para que, señor, os satisfagáis desaduda es bien que sepáis que cuando este desdichado escribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela; la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdoñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entónces no la habian visto la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedaron ménos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio cuando con muestras de ánimo indignado le dijo : ¿vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dínos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dejaron de obedecerte en vida, haré que aun él muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así ruego á todos los que aquí estáis me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decís, hermosa, y de tal manera que sin ser poderosos á otra cosa á que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis decís y aun queréis que esté yo

obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama; y mas que podria acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido cae muy mal el decir: quíerote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria en andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál habrian de parar; porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos; y segun yo he oido decir el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decís que me queréis bien? Si no, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto mas que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es el cielo me la dió de gracia sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso; pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermocean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destas arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta léjos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, el fin de ninguno dellos bien se puede decir, que ántes le mató su porfia que mi crueldad: y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpétua soledad, y de que sola la tierra gozase el

.... Por cima de la peña..... pareció la pastora Marcela.

fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura :
 y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la espe-
 ranza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase
 en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera,
 fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mí mejor inten-
 cion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser
 aborrecido : mirad ahora si será razon que de su pena se me
 dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á
 quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que
 yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame
 cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño,
 llamo ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que
 yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por elec-
 cion es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno
 de los que me solicitan de su particular provecho; y entién-
 dase, de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no
 muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere
 á ninguno debe dar zelos, que los desengaños no se han de
 tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basi-
 lisco déjeme como cosa perjudicial y mala, el que me llama
 ingrata no me sirva, el que desconocida no me conozca, quien
 cruel no me siga : que esta fiera, este basilisco, esta ingrata,
 esta cruel y esta desconocida ni los buscará, servirá, cono-
 cerá ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo
 mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de
 culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi lim-
 pieza con la compañía de los árboles, por qué ha de querer
 que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres?
 Yo, como sabéis, tengo riquezas propias, y no codicio las
 ajenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme : ni
 quiero ni aborrezco á nadie : no engaño á este, ni solicito
 aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La
 conversacion honesta de las zagalas destas aldeas y el cui-
 dado de mis cabras me entretiene : tienen mis deseos por
 término estas montañas, y si de aquí salen es á contemplar
 la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su
 morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta
 alguna, volvió las espaldas y se entró por lo mas cerrado de
 un monte que allí cerca estaba, dejando admirados tanto de su
 discrecion como de su hermosura á todos los que allí estaban.
 Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa
 flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de
 quererla seguir, sin que habian oido. Lo cual visto por D. Quijote, pareciéndole
 que allí venia bien usar de su caballería socorriendo á las
 damas, puesta la mano en el puño de su es-
 pada en las espaldas, y con altísimas y entele-
 gibles voces dijo : ninguna persona de
 mala condicion que sea se atreva á seguir á la
 hermosa Dama del Cielo, pena de caer en la furiosa indignacion

mostrado con claras razones la poca ó ninguna
tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena
descender con los deseos de ninguno de sus aman-
causa es justo que en lugar de ser seguida y per-
honrada y estimada de todos los buenos del
muestra que en él ella es sola la que con tan
ción vive. O ya que fuese por las amenazas de
porque Ambrosio les dijo que concluyesen con
buen amigo debían, ninguno de los pastores se
partió de allí, hasta que acabada la sepultura, y
los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en
muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron
con una gruesa peña en tanto que se acababa
según Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer
lo que había de decir desta manera :

Yace aquí de un amador
el misero cuerpo helado,
que fué pastor de ganado,
perdido por desamor.

Murió á manos del rigor
de una esquivá hermosa ingrata,
con quien su imperio dilata
la tiranía de amor.

hicieron por cima de la sepultura muchas flores y
dando todos el pésame á su amigo Ambrosio se
dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero,
se despidió de sus huéspedes y de los caminan-
es le rogaron se viniese con ellos á Sevilla por
un acomodado á hallar aventuras, que en cada
cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno.
Se agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de
sed, y dijo que por entónces no quería ni debía ir
sta que hubiese despojado todas aquellas sierras
malandrines, de quien era fama que todas esta-
Viendo su buena determinacion no quisieron lo
importunarle mas, sino tornándose á despedir de
aron y prosiguieron su camino, en el cual no le
tratar así de la historia de Marcela y Grisóstomo
locuras de D. Quijote, el cual determinó de ir á
pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podi-
ría. Mas no le avino como él pensaba, según se
discurso desta verdadera historia, dando aquí fin
parte.

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó D. Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que así como D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijo, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses ¹, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse D. Quijote era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo así como las olió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció debian de tener mas gana de pacer que de ál, recibieronle con las herraduras y con los dientes de tal manera que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron que le dirribaron malparado en el suelo. Ya en esto D. Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dijo D. Quijote á Sancho : á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros sino gente soez y de baja ralea : di-

¹ Hacas galicianas es lo mismo que *jacas gallegas*, de poca alza, pero de muchas fuerzas y á propósito para la arriería, por cuya razon se servian de ellas los yangüeses, naturales del pueblo de Yánguas en la provincia de Segovia

¿me puedes ayudar á tomar la debida venganza que delante de nuestros ojos se le ha hecho á diablos de venganza hemos de tomar, ressi estos son mas de veinte, y nosotros no un quizá nosotros sino uno y medio? Yo replicó D. Quijote, y sin hacer mas discursos espada y arremetió á los yangüeses, y lo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de las primeras dió D. Quijote una cuchillada á uno de los yangüeses de cuero de que venia vestido con grande. Los yangüeses, que se vieron maltratar á los hombres solos siendo ellos tantos, acudieron cogiendo á los dos en medio comenzaron á golpearlos con grande ahinco y vehemencia: vergundando los dos dieron con Sancho en el suelo, y con D. Quijote, sin que le valiese su deseno, y quiso su ventura que viniese á caer á la vez, que aun no se habia levantado; donde con furia con que machacan estacas puestas en el suelo enojadas. Viendo pues los yangüeses el mal que se les habia hecho, con la mayor presteza que pudieron recua y siguieron su camino, dejando á los dos en mala traza y de peor talante. El primero de Sancho Panza, y hallándose junto á su hermana y lastimada dijo: señor D. Quijote, ¿jote. ¿Que quieres, Sancho hermano? respondió con el mismo tono afeminado y doliente Sancho Panza, si fuese posible, respondió Sancho Panza, ¿ad me diese dos tragos de aquella bebida del que la tiene vuestra merced ahí á mano, quizá para los quebrantamientos de huesos como estas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿? respondió D. Quijote; mas yo te juro, fe de caballero andante, que ántes que pases á fortuna no ordena otra cosa, la tengo de dar, ó mal me han de andar las manos. ¿Pues ¿ce á vuestra merced que podremos mover á Sancho Panza. De mí sé decir, dijo el mo- Quijote, que no sabré poner término á eso: tengo la culpa de todo, que no habia de pelear contra hombres que no fuesen armados yo, y así creo que en pena de haber de la caballeria ha permitido el Dios de las que diese este castigo; por lo cual, hermano, que estéis advertido en esto que ahora le pasa, que me da mucha pena á la salud de entrambos; y es que semejante canalla nos hace algun agravio, á que yo ponga mano á la espada para lo hare en ninguna manera, sino pon tú

mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adonde se extiende el valor de este mi fuerte brazo : tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaíno. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo : señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar : así que seale á vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condicion alguna. Lo cual oído por su amo le respondió : quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿qué seria de ti si ganándola yo te hiciese señor della ? Pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío : porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura ; y así es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera no tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice ; mas yo le juro á fe de pobre hombre que mas estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento : jamas tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas ? Aun las tuyas, Sancho, replicó

D. Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán mas el dolor desta desgracia, y si no fuese por ~~me imagino~~ ^{qué digo imagino?} sé muy cierto que todas son muy anejas al ejercicio de las armas, y á morir de puro enojo. A esto replicó el a que estas desgracias son de la cosecha áme vuestra merced si suceden muy á malos tiempos limitados en que acaescan; por lo que á dos cosechas quedaremos inútiles. Dios por su infinita misericordia no nos digo Sancho, respondió D. Quijote, que la vos andantes está sujeta á mil peligros y mas ni ménos está en potencia propinqua á andantes reyes y emperadores, como lo experiencia en muchos y diversos caballeros. Yo tengo entera noticia; y pudiérate contar te diera lugar, de algunos que solo por el han subido á los altos grados que he conocido se vieron ántes y despues en diversas rias, porque el valeroso Amadis de Gaula su mortal enemigo Arcalaus el encantado le por averiguado que le dió teniéndole tantos azotes con las riendas de su caballo de un patio, y aun hay un autor secreto lo que dice que habiendo cogido al caballo una cierta trampa que se le hundi6 debajo cierto castillo, y al caer se halló en una de tierra atado de piés y manos, y allí le que llaman melecinas de agua de nieve y ag6 muy al cabo, y si no fuera socorrido ita de un sabio grande amigo suyo, lo pobre caballero; así que bien puedo yo pasar gente, que mayores afrentas son las que no las que ahora nosotros pasamos, por sabidor, Sancho, que no afrentan las hezon los instrumentos que acaso se hallan esto está en la ley del duelo escrito por parte si el zapatero da á otro con la horma que puesto que verdaderamente es de palo, no queda apaleado aquel á quien dió con ella. No pienses que puesto que quedamos destos, quedamos afrentados, porque las armas traían con que nos machacaron en estacas, y ninguno dellos, á lo que se me que, espada ni puñal. No me dieron á mí Sancho, á que ~~mirase~~ ^{mirase} en tanto, porque o á mí tizona cuando me santiguaron los pinos, de manera que me quitaron la vista

de los ojos y la fuerza de los piés, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, cómo me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó D. Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déjate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió D. Quijote, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que á lo que ~~que~~ me parece no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas. Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo D. Quijote: dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo donde sea curado de mis heridas. Y mas que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será que él debia de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura. A lo cual respondió D. Quijote: las heridas que se reciben en las batallas ántes dan honra que la quitan; así que, Panza amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí ántes que la noche venga y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oído decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dijo D. Quijote, cuando no pueden mas, ó cuando están enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno destos fué Amadis cuando llamándose Beltenébros se alojó en la peña pobre ni sé si ocho años ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta; basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana; pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba ántes que suceda otra

al jumento como á Rocinante. Aun ahí sería el o Sancho; y despidiendo treinta ayes y sesenta y ciento y veinte póseles y reniegos de quien allí le lo, se levantó quedandose agobiado en la mitad del mo arco turquesco sin poder acabar de endere- on todo este trabajo aparejó su asno, que tambien ido algo distraído con la demasiada libertad de aquel to luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con se á buen seguro que Sancho ni su amo no le fue- a. En resolucion Sancho acomodó á D. Quijote so- o, y puso de reata á Rocinante y llevando al asno o se encaminó poco mas á ménos hácia donde le e podia estar el camino real; y la suerte que sus ien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una igua cuando le deparó el camino, en el cual descu- enta, que á pesar suyo y gusto de D. Quijote habia allo: porfiaba Sancho que era venta, y su amo que stillo y tanto duró la porfia, que tuvieron lugar sin e llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin mas on con toda su recua.

CAPÍTULO XVI.

Sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imagina- ba ser castillo.

ro, que vió á D. Quijote atravesado en el asno, i Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no sino que habia dado una caída de una peña abajo, a algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por ia no de la condicion que suelen tener las de se- ato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia midades de sus prójimos; y así acudió luego á cur- mijote, y hizo que una hija suya doncella, mucha- muy buen paracer, la ayudase á curar á su huésped. la venta asimismo una moza asturiana, ancha de de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del y sana: verdad es que la gallardia del cuerpo su- mas faltas: no tenia siete palmos de los pies á la as espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian ielo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza á la doncella, y las dos hicieron una muy mala Quijote en un camaranchon que en otros tiempos iestos indicios que habia servido de pajar muchos qual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama oco mas allá de la de nuestro D. Quijote, y aunque mujalinas y mantas de sus machos, hacia mucha ven- i D. Quijote, que solo contenia cuatro mal lisas ta-

blas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó D. Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo alumbrándoles Maritórnes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á D. Quijote, dijo que aquello mas parecian golpes que caída. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la Peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dijo: haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo que me parece que me han dado mil palos. Bien podria ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos ménos cardenales que mi señor D. Quijote. ¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritórnes. D. Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. ¿Pues cómo vos siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no tenéis á lo que parece si quiera algun condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no há sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es, que si mi señor D. Quijote sana de esta herida ó caída, y yo no quedo contrechado della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento D. Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando le la mano á la ventera le dijo: creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo

ne suele decirse, que la alabanza pro-
 scudero os dirá quién soy : solo os digo
 escrito en mi memoria el servicio que
 agradecéroslo miéntas la vida me du-
 illos cielos que el amor no me tuviera
 to á sus leyes, y los ojos de aquella
 ligo entre mis dientes, que los desta
 i señores de mi libertad. Confusas es-
 ija y la buena de Maritórnes oyendo
 caballero, que así las entendian como
 unque bien alcanzaron que todas se
 iento y requiebros; y como no usadas
 urábanle y admirábanse, y pareciales
 se usaban, y agradeciéndole con ven-
 ecimientos, le dejaron, y la asturiana
 ho, que no ménos lo habia menester
 rriero concertado con ella que aquella
 ntos, y ella le habia dado su palabra
 gados los huéspedes y durmiendo sus
 y satisfacerle el gusto en cuanto le
 esta buena moza que jamas dió seme-
 las cumpliese aunque las diese en un
 mo, porque presumia muy de hidalga,
 star en aquel ejercicio de servir en la
 a que desgracias y malos sucesos la
 istado. El duro, estrecho, apocado y
 ijo le estaba primero en mitad de aquel
 go junto á él hizo el suyo Sancho, que
 de enea y un manta que ántes mos-
 ido que de lana : sucedia á estos dos
 bricado, como se ha dicho, de las en-
 no de los dos mejores mulos que traía,
 s, gordos y famosos, porque era uno
 Arevalo, segun lo dice el autor desta
 ro hace particular mencion, porque
 aun quieren decir que era algo pa-
 ue Cide Hamete Benengeli fuó histo-
 muy puntual en todas las cosas; y
 es las que quedan referidas, con ser
 s, no las quiso pasar en silencio, de
 mple los historiadores graves que nos
 an corta y sucintamente, que apénas
 , dejándose en el tintero ya por des-
 orancia lo mas sustancial de la obra.
 autor de *Tablante*, de *Ricamonte*, y
 de se cuentan los hechos del *Conde*
 puntualidad lo describen todo! Digo
 iber vistado el arriero á su recua, y
 o se tendió en sus enjalmas, y se dió

á esperar á su puntualísima Maritórnes. Ya estaba Sancho bismado y acostado, y aunque procuraba dormir no lo consentia el dolor de sus costillas, y D. Quijote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera que él se habia fabricado por firme y valledera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso aunque la misma reina Ginebra con su dueña Quintañona se le pusiesen delante. Pensando pues en estos disparates se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual en camisa y dezcalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con táticos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta cuando D. Quijote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su hermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido: topó con los brazos de D. Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirádola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidro, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en algun manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecia, y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo habia leído en sus libros de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores con todos los adornos que aquí van puestos; y era tanta la ceguedad del pobre higaldo, que el tacto ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, as cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero;

cia que tenia entre sus brazos á la diosa de la
 r teniéndola bien asida con voz amorosa y baja
 decir: quisiera hallarme en términos, hermosa
 , de poder pagar tamaña merced como la que
 le vuestra gran hermosura me habedes fecho;
 do la fortuna, que no se cansa de perseguir á los
 rme en este lecho, donde yago tan molido y que-
 : aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la
 i imposible; y mas que se añade á esta imposi-
 mayor, que es la prometida fe que tengo dada á
 leinea del Toboso, unica señora de mis mas es-
 samientos; que si esto no hubiera de por medio
 an sandio caballero que dejara pasar en blanco
 ocasion en que vuestra gran bondad me ha pues-
 s estaba congojadisima y trasudando de verse
 D. Quijote, y sin entender ni estar atenta á las
 e decia procuraba sin hablar palabra desasirse.
 arriero, a quien tenian despierto sus malos de-
 punto que entró su coima por la puerta la sintio,
 mente escuchando todo lo que D. Quijote decia,
 te la asturiana le hubiese faltado á la palabra
 ué llegando mas al lecho de D. Quijote, y estu-
 ista ver en qué paraban aquellas razones que él
 nder; pero como vió que la moza forcejaba por
 D. Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole
 marboló el brazo en alto y descargó tan terrible
 las estrechas quijadas del enamorado caballero,
 da la boca en sangre, y no contento con esto
 cima de las costillas, y con los piés mas que de
 useó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un
 y de no firmes fundamentos, no pudiendo su-
 tra del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo
 spentó el ventero, y luego imaginó que debian
 cias de Maritórnes, porque habiéndola llamado
 spondia. Con esta sospecha se levantó, y encen-
 dil se fué hacia donde habia sentido la pelaza.
 ido que su amo venia, y que era de condicion
 medrosica y alborotada se acogió á la cama de
 , que aun dormia, y allí se acorrucó y se hizo
 ventero entró diciendo: ¿adónde estás, puta? á
 ue son tus cosas estas. En esto deperió Sancho,
 uel bulto casi encima de sí pensó que tenia la
 menzó á dar puñaladas á una y otra parte, y en-
 zó con no sé cuantas á Maritórnes, la cual sen-
 echando á rodar la honestidad dió el retorno á
 ntas, que á su despecho le quitó el sueño, el
 tralar de aquella manera y sin saber de quién,
 o pudo se abrazó con Maritórnes, y comenza-
 los la mas reñida y graciosa escaramuza del

mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero cuál andaba su dama, dejando á D. Quijote acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á escuras dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquel noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la santa Hermandad vieja ¹ de Toledo, el cual oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su média vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento diciendo: ténganse á la justicia, ténganse á la santa Hermandad; y el primero con quien topó fué con el apuñeado de D. Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tienta mano á las barbas no cesaba de decir: favor á la justicia; pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados D. Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de D. Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

CAPÍTULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo D. Quijote, y con el mismo tono de voz con que el dia ántes habia llamado á su escudero cuando estaba tendido en el val de las

¹ Se llamaba así para distinguirla de la nueva, que fué la que fundaron los Reyes Católicos á fines del siglo XV: la vieja existia ya en el XIII.

comenzó á llamar diciendo : ¿Sancho amigo, duermes, amigo Sancho? ¿Qué tengo de dormir, pesadumbre me pesa? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho; eoe sino que todos los diablos han andado connoche. Puédeslo creer así sin duda, respondió porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, ó de saber..... mas esto que ahora quiero decirte juro que lo tendrás secreto hasta despues de mí juro, respondió Sancho. Dígolo, replicó D. Quijote soy enemigo de que se quite la honra á nadie. ¿juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo cubrir mañana. ¿Tan malas obras te hago, Sancho, D. Quijote, que me querrias ver muerto con tanta No es por eso, respondió Sancho, sino porque no se de guardar mucho las cosas, y no querria que riesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dijo que mas flo de tu amor y de tu cortesía; y así ha que esta noche me ha sucedido una de las mas venturas que yo sabré encarecer, y por contártela dirás que poco há que á mí vino la hija del señor llo, que es la mas apuesta y hermosa doncella que rde de la tierra se puede hallar. ¿Qué te podria de no de su personal? ¿qué de su gallardo entendí de otras cosas ocultas, que por guardar la fe mi señora Dulcinea del Toboso dejaré pasar in silencio! Solo te quiero decir que envidioso el to bien como la ventura me habia puesto en las quiza (y esto es lo mas cierto) que como tengo encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con cisimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la apiese por donde venia, vino una mano pegada á o de algun descomunal gigante, y asentóme una las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en despues me molió de tal suerte que estoy peor que o los arrieros por demasías de Rocinante nos hi gravio que sabes : por donde conjeturo que el la fermosura desta doncella le debe de guardar ntado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí respondió Sancho, porque mas de cuatrocientos han aporreado, de manera que el molimiento de fué tortas y an pintado; pero dígame, señor, na á esta buena y rara aventura habiendo quedado quedamos? Aun vuestra merced ménos mal, pues is manos aquella incomparable fermosura que ha o yo ¿que tuve sino los mayores porrazos que ebir en toda mi vida? Desdichado de mí y de la me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte.

¿Luego tambien estás tú aporreado? respondió D. Quijote. ¿No le he dicho que sí, pese á mi linaje? dijo Sancho. No tengas pena, amigo, dijo D. Quijote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: señor ¿si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar si se dejó algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió D. Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver déjanse sentir, dijo Sancho: si no díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió D. Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion quedó suspenso. Bien es verdad que aun D. Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero y díjole: pues ¿cómo va buen hombre? Hablara yo mas bien eriado, respondió D. Quijote, si fuera que vos: ¿úsase en esta tierra hablar desá suerte á los caballeros andantes, majadero? El cuadrillero que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite dió á D. Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó á oscuras salióse luego, y Sancho Panza dijo: sin duda, señor, que este es el moro escantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Así es, respondió D. Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamientos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas no hallaremos de quien vengarnos aunque mas lo procuremos; levántate Sancho si puedes, y llama al alcaíde desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á oscuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el caudrillero tal oyó túvole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba á amanecer abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dijo lo que aquel buen hombre que-

se proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo
 e, que estaba con las manos en la cabeza
 dolor del candelazo, que no le habia hecho
 antarle dos chichones algo crecidos, y lo que
 ra sangre no era sino sudor que sudaba con
 pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus
 ales hizo un compuesto mezclándolos todos
 buen espacio hasta que le pareció que esta-
 . Pidió luego alguna redoma para echallo, y
 en la venta se resolvió de ponello en una
 de hoja de lata, de quien el ventero le hizo
 y luego dijo sobre la alcuza mas de ochenta
 tras tantas ave-marias, salves y credos, y á
 ompañaba una cruz á modo de bendicion; á
 allaron presentes Sancho, el ventero y cua-
 llerero sosegadamente andaba entendiendo
 le sus machos. Hecho esto quiso él mismo
 experiencia de la virtud de aquel precioso
 e imaginaba, y así se bebió de lo que no pudo
 a y quedaba en la olla donde se habia cocido
 bre, y apénas lo acabó de beber cuando co-
 de manera que no le quedó cosa en el estó-
 nsias y agitacion del vómito le dió un sudor
 lo cual mando que le arropasen y le deixasen
 así, y quedóse dormido mas de tres horas,
 uales despertó y se sintió aliviadisimo del
 nanera mejor de su quebrantamiento que se
 verdaderamente creyó que habia acertado
 e Fierabras, y que con aquel remedio podia
 illi adelante sin temor alguno cualesquiera
 y pendencias por peligrosas que fuesen.
 ie tambien tuvo á milagro la mejoría de su
 le diese á él lo que quedaba en la olla, que
 tidad. Concedióselo D. Quijote, y él tomán-
 a con buena fe y mejor talante se la echó á
 bien poco ménos que su amo. Es pues el
 rago del pobre Sancho no debia de ser tan
 de su amo, y así primero que vomitase le
 sias y bascas con tantos trasudores y des-
 nsó bien y verdaderamente que era llegada
 viéndose tan afligido y congojado maldecia
 ladron que se lo habia dado. Viéndole así
 yo creo, Sancho, que todo este mal te viene
 o caballero, porque tengo para mí que este
 aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia
 replicó Sancho, mal haya yo y toda mi pa-
 é consintió que lo gustase? En esto hizo su
 baje, y comenzó el pobre escudero á des-
 mbas canales con tanta priesa, que la estera

de enea sobre quien se habia vuelto á echar ni la manta de angeo con que se cubria fueron mas de provecho : sudaba y trasudaba con tales parasisms y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida : duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener; pero D. Quijote, que como se ha dicho se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo; y así forzado deste deseo él mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno : púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que pasaban de mas de veinte personas; mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecia que lo arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser de dolor que sentia en las costillas, á lo ménos pensábanlo aquellos que la noche ántes le habian visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo : muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradeceróslas todos los dias de mi vida : si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuerlos, y castigar alevosías : recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recibí de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego : señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen : solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. ¿Luego venta es esta? replicó D. Quijote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió D. Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contráριο) que jamas pagaron posada ni

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

ta donde estuviesen, porque se les debe de
cho cualquier buen acogimiento que se les
del insufrible trabajo que padecen buscando
noche y de día, en invierno y en verano, á
con sed y con hambre, con calor y con frío,
is inclemencias del cielo y á todos los incó-
a. Poco tengo yo que ver en eso, respondió
eseme lo que se me debe, y dejémonos de
ballerías, que yo no tengo cuenta con otra
rar mi hacienda. Vos sois un sandio y mal
idió D. Quijote, y poniendo piernas á Roci-
o su lanzon se salió de la venta sin que nadie
sin mirar si le seguía su escudero se alongó
El ventero, que le vió ir y que no le pagaba
de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su
querido pagar, que tampoco él pagaría, por-
seudero de caballero andante como era, la
razon corría por el como por su amo en no
ia en los mesones y ventas. Amohinóse mu-
tero, y amenazóle que si no le pagaba que lo
que le pesase. A lo cual Sancho respondió,
caballería que su amo había recibido no pa-
ornado aunque le costase la vida, porque no
por él la buena y antigua usanza de los ca-
as, ni se habían de quejar dél los escuderos
estaban por venir al mundo, reprochándole
nto de tan justo fuero. Quiso la mala suerte
Sancho que entre la gente que estaba en la
cuatro perales de Segovia, tres agujeros
rdoba, y dos vecinos de la hería de Sevilla ¹,
en intencionada, maleante y juguetona, los
instigados y movidos de un mismo espíritu
ncho, y apeándole del asno, uno dellos entró
la cama del huésped, y echándole en ella
y vieron que el techo era algo mas bajo de
enester para su obra, y determinaron salirse
ia por límite el cielo, y allí puesto Sancho
manta comenzaron á levantarle en alto, y á
como con perro por carnestolendas. Las
sero manteado daba fueron tantas que llega-
le su amo, el cual deteniéndose á escuchar
zó que alguna nueva aventura le venía, hasta
conoció que el que gritaba era su escudero;
iendas, con un penado galope llegó á la venta,
rada la rodeó por ver si hallaba por donde

¹ Sevilla, pronunciación propia del país por *feria*. Se-
bles y trastos, unos nuevos y otros viejos, todos los
s era la feria de aquella ciudad.

entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vóle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado que aun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritórnes viéndole tan fatigado le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le trujo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dijo con otras mayores: ¿por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí: y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritórnes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice della que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y léjos de cristiana. Así como bebió Sancho dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia, mas Sancho no las echó ménos segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque D. Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPÍTULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Cuando así le vió D. Quijote le dijo : ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿qué podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia no me fué posible subir por ellas, ni ménos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado; que te juro por la fe de quier soy que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea si no fuere en defensa de su propia vida, persona en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, segun los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo : así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo en esto estuvo que en encantamientos, y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando al cabo ~~al cabo~~ nos han de traer á tantas desventuras que no sepamos cuál es nuestro pié derecho; y lo que seria mejor mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y entender en la hacienda, dejándonos de andar de zeca en meca y de zoca en colodra¹, como dicen. ¿Qué poco sabe Sancho, respondió D. Quijote, de achaque de caballero? calla y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio : si me dime ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó que

¹ La expresion de *andar de ceca en meca* sirve para denotar la vagancia de los que andan de una parte á otra sin objeto preciso y determinado; y *andar de zocas en colodros* significa salir de un peligro y entrar en otro mayor.

gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fué la dél vizcaíno, y aun de aquella salió vuestra merced con média oreja y média celada ménos; que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el menteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió D. Quijote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamientos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis cuando se llamaba *El caballero de la ardiente espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha cortaba como una navaja, y no habia armadura por fuerte y encantada que fuese que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos¹. No temas eso, Sancho, dijo D. Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban D. Quijote y su escudero cuando vió D. Quijote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho y le dijo: este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contrária se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo D. Quijote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas

¹ *Duelos* son aflicciones, pesadumbres, trabajos, calamidades. *Papar*, hablando familiarmente es *tragar*, *engullir*. *Que se las papen duelos*, expresion en los que hacen poco caso de los males ajenos.

mentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos de caballerías se cuentan; y todo cuanto á él hacia era encaminado á cosas semejantes; que habia visto la levantaban dos grandes jas y carneros que por aquel mismo camino es parles venian, las cuales con el polvo no ver hasta que llegaron cerca; y con tanto á D. Quijote que eran ejércitos, que Sancho á decirle: señor ¿pues qué hemos de hacer? dijo D. Quijote, favorecer y ayudar á los desvalidos: y has de saber, Sancho, que este nuestra frente le conduce y guía el grande emron, señor de la grande isla Trapobana; este espaldas marcha es el de su enemigo el rey as Pentapolin del arremangado brazo, porque a las batallas con el brazo derecho desnudo. se quieren tan mal estos dos señores? pre- quiérense mal, respondió D. Quijote, porque es un furibundo pagano y está enamorado ntapolin, que es una muy hermosa y ademas a, y es cristiana, y su padre no se la quiere pagano si no deja primero la ley de su falso y se vuelve a la suya. Para mis barbas, dijo hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de o pudiere. En eso harás lo que debes, San- ijote, porque para entrar en batallas seme- quiere ser armado caballero. Bien se me al- ndió Sancho; ¿pero dónde pondremos á este os ciertos de hallarle despues de pasada la el entrar en ella en semejante caballería tá en uso hasta ahora? Así es verdad, dijo ue puedes hacer dél es dejarle á sus aven- pierda ó no, porque serán tantos los caballos despues que salgamos vencedores, que aun oinante no lo trueque por otro; pero estáme que te quiero dar cuenta de los caballeros que en estos dos ejércitos vienen; y para veas y notes, retirémonos á aquel altillo que onde se deben de descubrir los dos ejércitos. pusieronse sobre una loma, desde la cual se dos manadas, que á D. Quijote se le hicieron nubes del polvo que levantaban no les turbara ta; pero con todo esto, viendo en su imagi- o veía ni habia, con voz levantada comenzó á ballero que allí ves de las armas jaldes, que o un leon coronado rendido á los piés de una valeroso Laurcalco, señor de la puente de le las armas de las flores de oro, que trae en coronas de plata en campo azul, es el temido

Micocolembro, gran duque de Quirocia : el otro de los miembros gigantes que está á su derecha mano es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice : *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miulina hija del duque Alfeñiquen del Algarbe : el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion frances, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique : el otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así : *Rastrea mi suerte*. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo : á este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones : aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los Númidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos que pelean huyendo, los Arabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Bétis, los que tersan y pulen sus rostros en el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los lartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los eliseos jerezanos prados los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas

del tortuoso Guadiana, celebra lo por su escondido
 e que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con
 los copos del levantado Apennino : finalmente cuantos
 Europa en sí contiene y encierra. ¡Valame Dios, y
 provincias dijo, cuantas naciones nombró, dándole
 la con maravillosa prestesa los atributos que le per-
 todo absorto y empapado en lo que había leído en
 e mentirosos ! Estaba Sancho Panza colgado de sus
 sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía
 á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo
 a, y como no descubría á ninguno le dijo : señor,
 ido al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de
 vuestra merced dice parece por todo esto : á lo
) no los veo, quizá todo debe de ser encantamento,
 fantasmas de anoche. ¿Cómo dices eso? respondió
 le : ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar
 larines, el ruido de los atambores? No oigo otro
 pondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y
 ; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los
 ños. El miedo que tienes, dijo D. Quijote, te hace,
 que ni veas ni oyes á derechas, porque uno de los
 el miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas
 can lo que son; y si es que tanto temes, retírate á
 e y déjame solo, que solo basto á dar la vitoria á la
 uien yo diere mi ayuda; y diciendo esto puso las
 á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre bajó de
 dela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole :
 vuestra merced, señor D. Quijote, que voto á Dios
 carneros y ovejas las que va á embestir : vuélvase,
 do del padre que me engendró ; ¡ que locura es esta !
 ; no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni
 i escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni
 los; ¿qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios.
 sas volvió D. Quijote, ántes en altas voces iba di-
 ea caballeros, los que seguís y militáis debajo de
 eras del valeroso emperador Pentapolin del arre-
 , brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le
 ganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana.
 endo se entró por medio del escuadron de las ovejas,
 ró de alanceallas con tanto coraje y denuedo como
 as alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores
 ros que con la manada venían dábanle voces que no
 quello ; pero viendo que no aprovechaban, descin-
 s hondas y comenzaron á saludarle los oídos con
 como el puño. D. Quijote no se curaba de las piedras,
 curriendo á todas partes decía : ¿adónde estás, so-
 lifanfaron? Vente á mí, que un caballero solo soy
 a de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida
 de la que das al valeroso Pentapolin Garzamanta.

Llegó en esto una peladilla de arroyo; y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas ántes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante llegó otra almendra, y dióle en la mano y en la alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer: viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: ¿no le decia yo, señor D. Quijote, que se valviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo: sábetelo, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algun poco se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda; llégate á mí, y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de D. Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca arrojó de sí mas recio que una escopeta cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago vomita las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho

sacar de las alforjas con qué limpiarse, y con amo, y como no las halló estuvo á punto de : maldijose de nuevo, y propuso en su corazon amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese servido y las esperanzas del gobierno de la ida. Levantóse en esto D. Quijote, y puesta la en la boca porque no se le acabasen de salir ó con la otra las riendas de Rocinante, que movido de junto á su amo (tal era de leal y rudo), y fuése adonde su escudero estaba de su asno con la mano en la mejilla en guisa de vivo ademas; y viendolo D. Quijote de aquellas vestras de tanta tristeza le dijo : sábete, San- un hombre mas que otro si no hace mas que as borrascas que nos suceden son señales de de serenar el tiempo, y han de sucedernos , porque no es posible que el mal y el bien y de aquí se sigue que habiendo durado el bien está ya cerca : así que no debes con- s desgracias que á mí me suceden, pues á ti le dellas. ¿Cómo no? respondió Sancho; ¿por ayer mantearon era otro que el hijo de mi alforjas que hoy me faltan con todas mis alha- o que del mismo? ¿Qué, te faltan las alforjas, D. Quijote. Sí que me faltan, respondió Sancho.

tenemos qué comer hoy, replicó D. Quijote. spondió Sancho, cuando faltaran por estos bas que vuestra merced dice que conoce, con lir semejantes faltas los tan mal aventurados antes como vuestra merced es. Con todo eso, Quijote, tomara yo ahora mas aína un cuartal hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, erbas describe Dioscórides, aunque fuera el el doctor Laguna; mas con todo esto sube en ncho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que le todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas n su servicio como andamos, pues no falta á del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á del agua, y es tan piadoso que hace salir su buenos y malos, y llueve sobre los injustos y ueno era vuestra merced, dijo Sancho, para para caballero andante. De todo sabian y han caballeros andantes, Sancho, dijo D. Quijote, ro andante hubo en los pasados siglos que así cer un sermón ó plática en mitad de un campo fuera graduado por la universidad de París; infiere que nunca la lanza embotó la pluma, a lanza. Ahora bien, sea así, como vuestra espondió Sancho, vamos ahora de aquí y pre

curemos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay daré al diablo el ható y el garabato. Pídeselo tú á Dios. hijo, dijo D. Quijote, y guía tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu elección el alojarnos; pero dáme acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando le dijo: ¿cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió D. Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo cuatro, si no eran cinco, respondió D. Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguion ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y média; y en la de arriba ni média ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dijo don Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha órden de la caballería: sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hizolo así Sancho; y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quijadas de D. Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino ó como se llama el moro, que no

bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo D. Qui-
 ra decirte verdad, ello se me habia pasado de la
 ambien puedes tener por cierto que por la culpa
 nelo tú acordado en tiempo te sucedió aquello de
 ro yo hare la enmienda, que modos hay de com-
 a órden de la caballeria para todo. ¿Pues juré yo
 ia? respondió Sancho. No importa que no hayas
). Quijote : basta que yo entiendo que de partici-
 pás muy seguro, y por si ó por no no será malo
 le remedio. Pues si ello es así, dijo Sancho, mire
 ed no se le torne á olvidar esto como lo del ju-
 zá les volverá la gana a las fantasmas de solazarse
 imigo, y aun con vuestra merced si le ven tan
 estas y otras platicas les tomó la noche en mitad
 in tener ni descubrir dónde aquella noche se re-
 lo que no habia de bueno en ello era que perecian
 que con la falta de las alforjas les faltó toda la
 natalotaje; y para acabar de confirmar esta des-
 cedió una aventura, que sin artificio alguno ver-
 lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna
 ero con todo esto caminaban, creyendo Sancho
 el camino era real, á una ó dos leguas de buena
 a en él alguna venta. Yendo pues desta manera,
 ura, el escudero hambriento, y el amo con gana
 eron que por el mismo camino que iban venian
 ran multitud de lumbres, que no parecian sino es-
 : movian. Pasmóse Sancho en viendolas, y D. Qui-
 vo todas consigo : tiró el uno del cabestro á su-
 ró de las riendas a su rocino, y estuvieron quedos
 itamentó lo que podia ser aquello, y vieron que
 se iban acercando á ellos, y mientras mas se lle-
 ves parecian, a cuya vista Sancho comenzó á tem-
 : azogado, y los cabellos de la cabeza se le eriza-
 jote, el cual animándose un poco dijo : esta sin-
 o, debe de ser grandisima y peligrosissima aven-
 será necesario que yo muestre todo ni valor y es-
 dichado de mí ! respondió Sancho, si acaso esta
 ese de fantasmas como me lo va pareciendo,
 rá costillas que la sufran? Por mas fantasmas
 jo D. Quijote, no consentiré yo que te toquen en
 ropa, que si la otra vez se burlaron contigo fué
 ude yo saltar las paredes del corral; pero ahora
 xampo raso, donde podré yo como quisiere esgri-
 la. Y si le encantan y entomecen, como la otra
 on, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo
 ? Con todo eso, replicó D. Quijote, te ruego, San-
 gas buen ánimo, que la experiencia te dará á en-
 : yo tengo. Si tendré, si á Dios place, respondió
 artandose los dos á un lado del camino tornaron

á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de quartana, y creció mas el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los piés de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban : iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho y aun en el de su amo, y así fuera en cuanto á D. Quijote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo : lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros : figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada ; y sin hacer otro discurso enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar ; y cuando los vió cerca alzó la voz y dijo : deteneos, caballeros, quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis, que segun las muestras, ó vosotros habéis fecho, ó vos han fecho algun desaguizado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos hicieron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta léjos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís ; y picando la mula pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente D. Quijote, y trabando del freno dijo : deteneos y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los piés dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pié, viendo caer el encamisado comenzó á denostar á D. Quijote, el cual ya encelerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demas era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras que en

noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo envueltos y revueltos en sus faldamentos y lobs no se podían mover, así que muy á su salvo D. Quijote los apaleó, á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno que les salía á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí : sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver D. Quijote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro diciéndole que se rindiese, si no que le mataría, á lo cual respondió el caído : harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada : suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quién diablos os ha traído aquí, dijo D. Quijote, siendo hombre de Iglesia? ¿Quién, señor? replicó el caído, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dijo D. Quijote, si no me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y así sabrá vuestra merced, que aunque denantes dije, que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López, soy natural de Alcovéndas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quién le mató? preguntó D. Quijote. Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. Desafortunadamente, dijo D. Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto ; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si á mí mismo me matara : y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado D. Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habéis vuelto tuerto dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida, y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que va buscando aventuras. No todas las cosas, respondió D. Quijote, suceden de un mismo modo : el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veníades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices con las hachas encendidas, rezando, c

biertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo. y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andaza me ha dado me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dijo D. Quijote, ¿y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afán? Dio luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores bien hassecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della le dió la hacha, y D. Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales lo puso, dírales vuestra merced que es el famoso D. Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El Caballero de la Triste Figura*. Con esto se fué el bachiller, y D. Quijote preguntó á Sancho qué le habia movido á llamarle *El Caballero de la Triste Figura* mas entónces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá que jamas he visto: y débelo de haber causado ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió D. Quijote, sino que el sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *El de la Ardiente Espada*, cuál *El del Unicornio*, aquel de las *Doncellas*, aqueste *El del Ave Fénix*, el otro *El Caballero del Grifo*, estotro *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llames *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre determino de hacer pintar cuando haya lugar en mi escudo una muy triste figura. No hay para qué, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas y sin otra imágen ni escudo le

llamarán *El de la Triste Figura*; y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse D. Quijote del donaire de Sancho; pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela como habia imaginando, y díjole: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *juxta illud: si quis suadente diabolo*, etc.¹, aunque sé bien que no puse, las manos, sino este lanzon; cuanto mas que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestigios del otro mundo; y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su santidad el papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller se fué, como queda dicho sin replicarle palabra. Quisiera D. Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho diciéndole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en que entender: el jumento está como conviene, la montaña es cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de piés, y como dicen váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza; y antecogiendo su asno rogó á su señor que le siguiese, el cual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió: y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambarrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traían; mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

¹ Cervántes aludiria al decreto, que empieza así, del Concilio de Trento relativo á cosas sagradas, sino á personas sagradas.

CAPÍTULO XX

De la jamas vi-ta ni oida aventura que con ~~mas~~ poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha. 71 7.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparemos dónde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á D. Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos cuando llegó á sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba : alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo : digo que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de D. Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido , de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban ; pero D. Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzon y dijo : Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada como suele llamarse : yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos : yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan

aras que ellos hicieron : bien notas, escudero fiel y tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo estruendo destos árboles, el temeroso ruido de rúa en cuya busca venimos, que parece que se desrumba desde los altos montes de la luna, y aquel golpear que nos hiere y lastima los oídos ; las as todas juntas y cada una por sí son bastantes á miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, as en aquel que no está acostumbrado á semejantes ientos y aventuras ; pues todo esto que yo te pinto vivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que me reviente en el pecho con el deseo que tiene de esta aventura por mas dificultosa que se muestra : orieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á pérame aquí hasta tres dias no mas, en los cuales riere puedes tú volverle á nuestra aldea, y desde acerme merced y buena obra irás al Toboso, donde incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo murió por acometer cosas que le hiciesen digno de narse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su nzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á ñor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acot tan emerosa aventura : ahora es de noche, aquí nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos), aunque no bebamos en tres dias ; y pues no hay vea, ménos habrá quien nos note de cobardes : s que yo he oido muchas veces predicar al cura de igar, que vuestra merced muy bien conoce, que za el peligro perece en él : así que no es bien tentar metiendo tan desaforado hecho, donde no se puede no por milagro ; y basta los que ha hecho el cielo a merced en librarle de ser manteado como yo lo acarle vencedor, libre y salvo de entre tantos eno io acompañaban al difunto : y cuando todo esto no blande ese duro corazon, muévale el pensar y creer s se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando do dé mi ánima á quien quisiere llevarla : yo salí a y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra eyendo valer mas y no ménos ; pero como la cupe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, lo mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y Insula que tantas veces vuestra merced me ha , veo que en pago y trueco della me quiere ahora in lugar tan apartado del trato humano : por un señor mio, que non se me haga tal desaguizado ; el todo no quiera vuestra merced desistir de acofecho, dilatelo á lo ménos hasta la mañana, que á i me muestra la ciencia que aprendí cuando ora debe de haber desde aquí al alba tres horas, por-

que la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la média noche en la línea del brazo izquierdo. ¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo D. Quijote, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltare, respondió D. Quijote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningún tiempo que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero: y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese, y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos piés á Rocinante; de manera que cuando D. Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste dijo: ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos queréis porfiar y espolear y daller, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto D. Quijote, y por mas que ponía las piernas al caballo, ménos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura tuvo por bien de sosegar y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo lllore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿A qué llamas apear, ó á qué dormir? dijo D. Quijote; ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él puso la una mano en el

arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo sin osarse apartarlo : tal era el miedo que tenía á los golpes que erráticamente sonaban. Dijole D. Quijote que cuento para entretenerle como se lo habia prolo que Sancho dijo que si hiciera si le dejara el o que oía; pero con todo esd yo me esforzaré á historia, que si la acierto á contar y no me van, es la mejor de las historias, y estéme vuestra tanto que ya comienzo : érase que se era, el bien para todos sea, y el mal para quien lo fuere á advierta vuestra merced, señor mio, que el príncipes antiguos dieron á sus consejas no fué así como fué una sentencia de Catón Zonzorino romano, *y el mal para quien le fuere á buscar*, que viene anillo al dedo, para que vuestra merced se esté o vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que ste donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu ncho, dijo D. Quijote, y del camino que hemos de me á mi el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, ir, que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope a enamorado de una pastora que se llamaba Torralva pastora llamada Torralva era hija de un ganay este ganadero rico... Si desá manera cuentas tu ncho, dijo D. Quijote, repitiendo dos veces lo que do, no acabaras en dos dias : dilo seguidamente, como hombre de entendimiento, y si no, no digas la misma manera que yo lo cuento, respondió cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no de otra, ni es bien que vuestra merced me pida sos nuevos. Di como quisieres, respondió D. Quiques la suerte quiere que no pueda dejar de escusigue. Así que, señor mio de mi anima, prosiguió te como ya tengo dicho, este pastor andaba ena- Torralva la pastora, que era una moza rolliza, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos ie parece que ahora la veo. ¿ Luego conocistela . Quijote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero contó este cuento me dijo que era tan cierto y ver e podia bien cuando lo contase á otro afirmar y o habia visto todo : así que yendo dias y viniendo blo que no duerme, y que todo lo añasca, hizo de ie el amor que el pastor tenia á la pastora se vol- romecillo y mala voluntad, y la causa fué segun unas una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué

tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesén jamas : la Torralva que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mujeres, dijo D. Quijote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece : pasa adelante, Sancho. Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiéndole sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal : la Torralva que lo supo se fué tras él, y seguiale á pié y descalza desde léjos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no se qué botecillo de mudas para la cara ; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas ; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba : entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra : tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél : sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver : con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dijo D. Quijote, no andes yendo y viniendo desá manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿ Cuántas han pasado hasta ahora ? dijo Sancho. Yo qué diablos sé, respondió D. Quijote. Hé ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta ; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿ Cómo puede ser eso ? respondió D. Quijote ; ¿ tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia ? No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento. ¿ De modo, dijo D. Quijote, que ya la historia es acabada ? Tan acabada es como mi ma-

o Sancho. Dígame de verdad, respondió D. Quijote, has contado una de las mas nuevas consejas, cuento una que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo arla ni dejarla jamas se podrá ver ni habrá visto en vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen o; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que en te deben de tener turbado el entendimiento. Todo ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi no hay mas que decir, que allí se acaba de comenzar de la cuenta del pasaje de las cabras. Acabe donde quisiere, dijo D. Quijote, y veamos si se puede Rocinante: tornóle á poner las piernas, y él tornó á los y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado. En parece ser, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó mucho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que cosa natural (que es lo que mas se debe creer), á él le voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera por él, mas era tanto el miedo que habia entrado en su o, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era, y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano que tenia asida al arzon trasero, con la cual bonifaces y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en losela dieron luego abajo, y se le quedaron como: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas: esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á r los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, cado al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo D. Quijote: ¿qué rumor es ese, Sancho? No sé, señor, dijo él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras nunca comienzan por poco: tornó otra probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas alboroto que el pasado se halló libre de la carga pesadumbre le habia dado: mas como D. Quijote el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y estaba tan junto y cosido con él, que casi por lineas iban los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que unos no llegasen á sus narices, y apenas hubieron cuando él fué al socorro apretandolas entre los dos y con tono algo gangoso dijo: pareceme, Sancho, nes mucho miedo. Si tengo, respondió Sancho: ¿mas lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca?

En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió D. Quijote. Bien podrá ser, dijo Sancho ; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo D. Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apos-
taré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es menearlo, amigo Sancho, respondió D. Quijote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo ; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo pues D. Quijote que ya Rocinante se movia lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió D. Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura : sintió tambien que el golpear no cesaba ; pero no vió quién lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante ; y tornando á despedirse de Sancho le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias : tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento ántes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario rata por cantidad del tiempo que hubiese servido ; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido y por lo ménos cristiano viejo : cuyo sentimiento enterneció algo á su amo ; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, ántes disimulando lo mejor que pudo comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguiale Sancho á pié, llevando como tenia de costumbre del cabestro á su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas ya diversas fortunas ; y habiendo

na buena pieza por entre aquellos castaños y árboles, dieron en un pradecillo que al pié de unas as se hacia, de las cuales se precipitaba un grandípe de agua : al pié de las peñas estaban unas casas as, que mas parecian ruinas de edificios que casas, las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante siruendo del agua y de los golpes, y sosegándole le se fué llegando poco á poco á las casas, encomende todo corazon á su señora, suplicándole que en temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. n pasos serian los que anduvieron cuando al doblar unta pareció descubierta y patente la misma causa, pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos le ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche a tenido, y eran (si no lo has, ó lector, per pesa- y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternalpes aquel estruendo formaban. Cuando D. Quijote se era enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho stras de estar corrido. Miró tambien D. Quijote á y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca risa con evidentes señales de querer reventar con o pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de pudiese dejar de reirse : y como vió Sancho que su a comenzado, soltó la presa de manera que tuvo d de apretarse las ijadas con los puños por no re- endo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se diablo D. Quijote, y mas cuando le oyó decir como o de fisga : has de saber, ó Sancho amigo, que yo querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para en ella la dorada ó de oro : yo soy aquel para quien ardados los peligros, las hazañas grandes, los vale- hos ; y por aquí fué repitiendo todas ó las mas ue D. Quijote dijo la vez primera que oyeron los a golpes. Viendo pues D. Quijote que Sancho hacia , se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el le asentó dos palos tales, que si como los recibió en las los recibiera en la cabeza, quedara libre de pa- salario si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho a tan malas véras de sus burlas, con temor de que o pasase adelante en ellas, con mucha humildad le iéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. uo os burláis no me burlo yo, respondió D. Quijote.

Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos que si como estos fueron mazos de batan fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batanes ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar el gran miedo que hemos tenido? á lo ménos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto. No niego yo, respondió D. Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. A lo ménos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar; y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos insulas ó reinos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dijo D. Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre: y está advertido de aquí adelante en una cosa para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que io tengo á gran falta tuya y mia: tuya en que me estimas en poco; mia en que no me dejo estimar en mas: sí que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fué de la insula firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more turquesco*. ¿Pues qué diremos de Gasabal, escudero de D. Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir,

es menester hacer diferencia de amo á mozo, de do, y de caballero á escudero : así que desde ante nos hemos de tratar con mas respeto, sin lejo, porque de cualquiera manera que yo me s, ha de ser mal para el cántaro : las mercedes que yo os he prometido llegarán á su tiempo, y el salario á lo ménos no se ha de perder, como ho. Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo querria yo saber (por si acaso no llegase el is mercedes, y fuese necesario acudir al de los lo ganaba un escudero de un caballero andante iempos, y si se concertaban por meses ó por ones de albañir. No creo yo, respondió D. Quias los tales escuderos estuvieron á salario, sino si yo ahora te le he señalado á ti en el testalo que dejé en mi casa, fué por lo que podria aun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tros la caballería, y no querria que por pocas mi ánima en el otro mundo ; porque quiero que o, que en él no hay estado mas peligroso que ntureros. Así es verdad, dijo Sencho, pues solo os mazos de un batan pudo alborotar y desason de un tan valeroso andante aventurero como arced ; mas bien puede estar seguro que de aquí espliegue mis labios para hacer donaire de las tra merced, si no fuere para honrarle como á ior natural. Desá manera, replicó D. Quijote, la haz de la tierra, porque despues de á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPÍTULO XXI.

alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

nenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que n el molino de los batanes ; mas habiales cobraimiento D. Quijote por la pasada burla, que en era quiso entrar dentro, y así torciendo el camino nano dieron en otro como el que habian llevado s. De allí á poco descubrió D. Quijote un hornque traía en la cabeza una cosa que relumbraba de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando mocho y le dijo : paréceme, Sancho, que no hay sea verdadero, porque todos son sentencias saisma experiencia, madre de las ciencias todas, aquel que dice : donde una puerta se cierra

otra se abre : dígoles porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche : digo esto porque, si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino ¹ sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Válate el diablo por hombre, replicó D. Quijote, ¿qué va de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. ¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, trasdor escrupuloso? dijo D. Quijote : dime, ¿no ves aquel caballero que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo D. Quijote : apártate á una parte, y déjame con él á solas, verás cuan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis ni por pienso mas eso de los batanes, dijo D. Quijote, que voto... y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso que el yelmo y el caballo y caballero que D. Quijote veía, era esto : que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él sí, y así el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero, y traía una bacía de azófar, y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde média legua relumbraba : venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasion que á D. Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero y yelmo de oro : que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos : y cuando

¹ Yelmo encantado que ganó Reináldos de Montalban matando al rey Mambrino que lo llevaba, y que usó despues en varios combates.

él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le euristró con el lanzon bajo, llevando intencion de pasarle de parte á parte: mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dijo: desíéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo cuando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento: dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó D. Quijote, y dijo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido: mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos dijo: por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí; y dándosela á su amo se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje, y como no se le hallaba dijo: sin duda que el pagano á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada no pudo tener la risa, mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. ¿De qué te ries, Sancho? dijo D. Quijote. Riome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. ¿Sabes qué imagino, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, cuanto mas que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos cuando le santiguaron á vuestra merced las muclas, y le rompieron la alcuza donde venia aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo D. Quijote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le

hiciere ni le probare mas en mi vida, aquí sea mi hora : cuanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie : de lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto D. Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho : pues sábele que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías : ¿qué pié sacaste cojo? ¿qué costilla quebrada? ¿qué cabeza rola, para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo, que á no entenderlo yo así ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena : la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene ; aquí dió un suspiro y le puso en las nubes ; y dijo Sancho : pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en véras ; pero yo sé de qué calidad fueron las véras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas ; pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los piés en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dijo D. Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pié : si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita : así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo ménos trocalle con esto mio, que no me parece tan bueno : verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió D. Quijote, y en caso de duda hasta estar mejor informado digo que los trueques si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mí mesma persona no los hubiera menester mas ; y luego habilitado con aquella licencia hizo *mutatio caparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron ; bebieron del agua del arroyo de los

volver la cara á mirallos, tal era el aborrecimiento que tenian por el miedo en que les habian puesto; la cólera y aun la malencolia subieron á caballo, determinado camino (por ser muy de caballeros no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar á voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba su amo y aun la del asno, que siempre le seguia tiera que guiaba en buen amor y compañía: con salieron al camino real, y siguieron por él á la otro designio alguno. Yendo pues así caminando á su amo señor, ¿quiere vuestra merced darme deparia un poco con él? que despues que me áspero mandamiento del silencio se me han poe cuatro cosas en el estómago, y una sola que en el pico de la lengua no querria que se malodijo D. Quijote, y sé breve en tus razonamientos hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, incho, que de algunos dias á esta parte he con poco se gana y granjea de andar buscando ras que vuestra merced busca por estos desiercijadas de caminos, donde ya que se venzan y mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y e quedar en perpétuo silencio y en perjuicio de de vuestra merced y de lo que ellas merecen; y e que seria mejor (salvo el mejor parecer de ved) que nos fuesemos á servir á algun emperaprincede grande que tenga alguna guerra, en o vuestra merced muestre el valor de su perandes fuerzas y mayor entendimiento: que visto or á quien serviremos, por fuerza nos ha de reada cual segun sus méritos; y allí no faltará en escrito las hazañas de vuestra merced para moria: de las mias no digo nada, pues no han os límites escuderillos; aunque sé decir que si caballería escribir hazañas de escuderos, que no se han de quedar las mias entre renglones. No ancho, respondió D. Quijote; mas ántes que se término es menester andar por el mundo como on buscando las aventuras, para que acabando sobre nombre y fama, tal que cuando se fuere á gun gran monarca, ya sea el caballero conocido s, y que apénas le hayan visto entrar los mucherueria de la ciudad, cuando todos le sigan y rovoques diciendo: este es el Caballero del Sol ó nte, ó de otra insignia alguna debajo de la cual bado grandes hazañas: este es, dirán, el que ngular batalla al gigantazo Brocabruno de la el que desencantó al gran mameluco de Persi cantamiento en que habia estado casi novecien-

tos años : así que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino ; y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir : ea sus, salgan mis caballeros cuantos en mi corte están á recebir á la flor de la caballería que allí viene, á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar : sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa mas divina que humana, y sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos : desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas le traerán un rico manto de escarlata con que se cubra ; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto : venida la noche cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella : levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una hermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo : mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte : y lo bueno es que este rey ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha : darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face : y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardin que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la habia hablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fia : suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho

porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora : finalmente la infanta volver en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, la cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas : quedará concertado entre los dos del modo que se ha de saber sus buenos ó malos sucesos, y rogará le la princesa que se detenga lo ménos que pudiere : prometérselo ha con muchos juramentos : tórna le á besar las manos y despidese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida : vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase á despedir del rey y de la reina y de la infanta diciéndole, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita : piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásase el corazon, y falta poco de no dar indicio manifesto de su pena : está la doncella medianera delante, hálo de notar todo váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes ó no : asegura la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto real grave : consuélase con esto la cuitada, y procura consolars por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero ; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas : vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer en pago de sus servicios, no se la quiere dar el rey, porque no sabe quién es ; pero con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran aventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa : muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado : casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho ; á eso me atengo, porque todo al pié de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *el Caballero de la Triste Figura*. No lo dudes, Sancho, replicó D. Quijote, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores : solo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa ; pero tiempo habrá para pensar esto, pues, como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por

otras partes, que se acuda á la corte : tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo cómo se podia hallar que yo sea de linaje de reyes, ó por lo ménos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar á su hija por mujer si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos : asi que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido : bien es verdad que yo soy hijo-dalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de deven-gar quinielos sueldos ¹; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey : porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo, unos que traen y derivan su descendencia de principes y monarcas, á quien poco á poco ~~al~~ tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores : de manera que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron, y podria ser yo destos que despues de averiguado hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el rey mi suegro que hubiere de ser : y cuando no, la infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo : y si no, aquí entra el roballa y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen : no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza, aunque mejor cuadra decir : mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos : dígolo porque si el señor rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella, pero está el daño que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársele su señor por legítima esposa. Eso no hay quien lo quite, dijo D. Quijote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la

¹ Las leyes del Fuero Juzgo, que rigieron en España desde su establecimiento en el período de la dominacion goda hasta entrado el siglo XIII, y se repitieron en Fueros posteriores, imponian 500 sueldos de pena á los que hacian perjuicio ú ofensa grave á personas nobles, las cuales percibian esta multa en indemnizacion del agravio.

ir donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió Sancho, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y quien por ruin se tiene. Sea por Dios, dijo Sancho, cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y obra, dijo D. Quijote, y cuando no lo fueras no hacia caso, porque siendo yo el rey bien te puedo dar noque la compres ni me sirvas con nada, porque en te conde cádate ahí caballero, y digan lo que dijeren, ena fe que te han de llamar señoría mal que les pese. ¿Que no sabria yo autorizar el litado, dijo Sancho. Mas de decir, que no litado, dijo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza: digo que le sabria bien acomodar, por vida mia que un tiempo fui muñidor de una cofradia, y asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian que tenia presencia para poder ser prioste de la misma. ¿Pues qué será cuando me ponga un ropon ducal, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde ex-? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien bien parecerás, dijo D. Quijote; pero será menester apes las barbas á menudo, que segun las tienes de aborascadas y mal puestas, si no te las rapas á na- dos dias por lo ménos, á tiro de escopeta se echará que eres. ¿Qué hay mas, dijo Sancho, sino tomar ro, y tenerle asalariado en casa? y aun si fuere me- haré que ande tras mí como caballero de grande. ¿Como sabes tú, preguntó D. Quijote, que los grandes tras de sí á sus caballeros? Yo se lo diré, respondió: los años pasados estuve un mes en la corte, y le paseándose un señor muy pequeño, que decian que grande, un hombre le seguia á caballo á todas las ue daba, que no parecia sino que era su rabo: pre- cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre, siempre andaba tras dél: respondiéronme que era su zo, y que era uso de grandes llevar trassi á los tales: tónces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. ¿tienes razon, dijo D. Quijote, y que así puedes tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos: aron á una, y puedes ser tú el primero conde que si su barbero; y aun es de mas confianza el hacer que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el pro- ir á ser rey, y el hacerme conde. Así será, respondió Sancho, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el capítulo.

CAPÍTULO XXII.

De la libertad que dió D. Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso D. Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas raciones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que D. Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaba venian hasta doce hombres á pié ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pié : los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pié con dardos y espadas, y que así como Sancho Panza los vido dijo : esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras. ¿Cómo gente forzada ? preguntó D. Quijote : ¿ es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente ? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó D. Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad. Así es, dijo Sancho. Pues desá manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecución de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y D. Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por que llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su majestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó D. Quijote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia : añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dijessen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo : aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenernos á sacarlas ni á leerlas : vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia que D. Quijote se tomara aunque no se la dieran,

se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. El respondió que por enamorado. ¿Por eso no mas? replicó D. Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, dias há que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los míos fueron que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad : fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra. ¿Qué son gurapas? preguntó D. Quijote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó D. Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico : mas respondió por él el primero, y dijo : este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor. ¿Pues cómo? repitió D. Quijote, ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Sí, señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. An'es he oido decir, dijo D. Quijote, que quien canta sus males espanta. Acá es al reves, dijo el galeote, que quien canta una vez llora toda la vida. No lo entiendo, dijo D. Quijote ; mas una de las guardas le dijo : señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento : á este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas ; y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones : porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas ; y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió D. Quijote, el cual pasando al tercero preguntó lo que á los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo : yo voy por cinco años á las señoras gurapas por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dijo D. Quijote, por libraros de sa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester : dígoles porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zoco-

dover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo ; pero Dios es grande, paciencia, y basta. Pasó D. Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual oyéndose preguntar la causa por que allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra ; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo : este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dijo Sancho Paña, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Así es, replicó el galeote, y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo : en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo D. Quijote, por solamente el alcahuete limpio no merecia el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sino gente muy bien nacida, y aun habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja ; y desta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco mas á ménos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que á la mas necesaria ocasion, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha : quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello ; algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar : solo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan ; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce : lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad, Así es, dijo el buen viejo ; y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar ; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencies ni penas ; pero no me aprovechó nada este buen desco para

dejar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato : y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante D. Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no ménos sino con mucha mas gallardía que el pasado : yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias : finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay sumista que la declare : probóseme todo, faitó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobres, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro ; un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traía una cadena al pié tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo, ó pié de amigo, de la cual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó D. Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda : porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir. ¿ Qué delitos puede tener, dijo D. Quijote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras ? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil : no se quiera saber mas sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dijo entónces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres : Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con ménos tono, replicó el comisario, señor ladrón de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le

pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido.; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. ¿Pues no te llaman así, embustero? dijo la guarda. Sí llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dijo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso quitar, dijo Gines, si quedara en docientos ducados. ¿Tan bueno es? dijo D. Quijote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tórmes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren: lo que le sé decir á voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. ¿Y cómo se intitula el libro? preguntó D. Quijote. *La Vida de Gines de Pasamonte*, respondió él mismo. ¿Y está acabado? preguntó D. Quijote. ¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habéis estado en ellas? dijo D. Quijote. Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil pareces, dijo D. Quijote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dijo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su majestad manda: si no, por vida de... basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta¹, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas D. Quijote se puso en medio, y le rogó

¹ Alusion á algun incidente ocurrido los dias anteriores durante el viaje de los galeotes en alguna venta, y en que era culpable el comisario. Hé aquí muchas hechas en la venta, con cuya manifestacion podia amenazar un galeote al comisario.

que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algun tanto suelta la lengua ; y volviéndose á todos los de la cadena dijo : de todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades : todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y oprimidos de los mayores ; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres : cuanto mas, señores guardas, añadió D. Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros ; allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello : pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros ; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagáis por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario : bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato : los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo : váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese esa bacía que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato. Vos sois el gato y el rato y el bellaco, respondió D. Quijote ; y diciendo y haciendo arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa dió con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento ; pero volviendo sobre sí pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á D. Quijote que con mucho sosiego los aguardaba ; y sin duda lo pasara mal si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran procurando

romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á D. Quijote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caído le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristeciósese mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la santa Hermandad, la cual á campana herida saldria á buscar los delincuentes, y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dijo D. Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga, y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende es la ingratitud: dígoles porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habéis recibido, en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero el de la Triste Figura se le envia á encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad, y hecho esto os podréis ir dónde quisiéredes á la buena ventura. Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dijo: lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo. Pues voto á tal,

Quijote (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don de Paropillo, ó como os llamaís, que habéis de ir rabo entre piernas con toda la cadena á cuestras. nte, que no era nada bien sufrido (estando ya ente e D. Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate ometido como el de querer darles libertad) viéndose al y de aquella manera, hizo del ojo á los compañe- partándose aparte comenzaron á llover tantas y tantas sobre D. Quijote, que no se daba manos á cubrirse odela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras , y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre os llovía. No se pu'o escudar tan bien D. Quijote le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo con ierza, que dieron con él en el suelo; y apénas hubo ando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía beza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las s y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi : quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, rédias calzas le querian quitar si las grebas no lo an. A Sancho le quitaron el gaban, y dejándole en repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, n cada uno por su parte, con mas cuidado de esca- e la Hermandad que temian, que de cargarse de la é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. uedaron jumento y Rocinante, Sancho y D. Quijote, nto cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en las orejas, pensando que aun no habia cesado la a de las piedras que le perseguian los oídos; Roci- ndido junto á su amo, que tambien vino al suelo de lrada; Sancho en pelota, y temeroso de la santa Her- ; D. Quijote mohinisimo de verse tan malparado por nos á quien tanto bien habia hecho.

CAPÍTULO XXIII.

le le aconteció al famoso D. Quijote en Sierra Morena, que a de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia nan.

ose tan malparado D. Quijote dijo á su escudero: , Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villa- char agua en la mar: si yo hubiera creido lo que me yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Así ulará vuestra merced, respondió Sancho, como yo co; pero pues dice que si me hubiera creido se ha- cusado este daño, créame ahora, y excusará otro-

mayor; porque le hago saber que con la santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos¹. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo D. Quijote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres mentirás en ello, y desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo no solamente á la santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de los doce tribus de Israel, y á los siete mancebos, y á Cástor y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura quando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los piés que las manos. Subió D. Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos dias, á lo ménos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba,

¹ La muerte que las leyes de la santa Hermandad imponian á los malhechores, era de saeta, y la pena se ejecutaba en el campo, dejando allí los cadáveres atados al palo, para escarmiento de los que quisiesen imitarlos. El sonido de las saetas disparadas era el zumbido que á Sancho le parecia oír. La reina católica Doña Isabel dispuso, que ántes de asaetar á los reos, se les diese garrote para excusarles la prolongacion del tormento.

hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que según opinión de los que no lumbrera de la verdadera fe todo lo guía, guisa y comensura su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso tero y ladrón que de la cadena por virtud y locura de jote se había escapado, llevado del miedo de la santidad, de quien con justa razón temía, acordó de esconder en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á una parte donde había llevado á D. Quijote y á Sancho á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que ó dormir: y como siempre los malos son desagradados y la necesidad sea ocasión de acudir á lo que no se / el remedio presente vengza á lo por venir, Gines, que ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar á Sancho Panza, no curándose de Rocinante por ser tan mala para empeñada como para vendida. Dormido Panza, hurtóle su jumento, y ántes que amaneciese ó bien lejos de poder ser hallado. Salíó el aurora alor la tierra y entristociendo á Sancho Panza, porque véanos su rucio, el cual viniéndose sin él comenzó á hacer un triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decía: de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de los, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi vida, porque con veinte y seis maravedís que ganaba me mediaba yo mi despensa. D. Quijote, que vió el llanto y la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de una cédula de cambio para que le diesen tres en su lugar cinco que había dejado en ella. Consolóse Sancho un poco, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á D. Quijote la merced que le hacía, el cual como entró en aquellas montañas se le alegró el corazón, pareciéndole que en aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba, le enseñaba á la memoria los maravillosos acontecimientos que semejantes soledades y asperezas habían sucedido á otros andantes: iba pensando en estas cosas tan emborrazado y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Sancho llevaba otro cuidado (después que le pareció que no había por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habían quedado: así iba tras su amo cargado con todo aquello que había de servir al rucio, sacando de un costal y embaulando en su alforja y no se le diera por hallar otra aventura, entretanto que de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y

vió á ser yo de los nuestros, cuyo jornal ganaba entonces el

vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto que estaba caído en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle si fuese menester, y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, qué fué necesario que Sancho se apease á tomarlos ¹, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no ménos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dijo: bendito sea todo el cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho; y buscando mas halló un librillo de memoria ricamente guarnecido; este le pidió D. Quijote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por D. Quijote dijo: paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole malandrines le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones no se dejaran aquí este dinero. Verdad dices, dijo D. Quijote, y así no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto, porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

Ó le falta al amor conocimiento,
 Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena
 Igual á la ocasion que me condena
 Al género mas duro de tormento.
 Pero si amor es dios, es argumento
 Que nada ignora, y es razon muy buena
 Que un dios no sea cruel: ¿pues quién ordena
 El terrible dolor que adoro y siento?
 Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
 Que tanto mal en tanto bien no cabe,
 Ni me viene del cielo esta ruina.
 Presto habré de morir, que es lo mas cierto,
 Que al mal de quien la causa no se sabe
 Milagro es acertar la medicina.

¹ Cervántes se olvidó aquí del robo del rucio.

va, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿aquí? dijo D. Quijote. Paréceme, dijo Sancho, erced nombró ahí hilo. No dije sino Fili, res-jote, y este sin duda es el nombre de la dama usaja el autor deste soneto; y á fe que debe de poeta, ó yo sé poco del arte. ¿Luego tambien, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y tú piensas, respondió D. Quijote, y veráslo una carta escrita en verso de arriba abajo á mi ea del Toboso: porque quiero que sepas, San- ó los mas caballeros andantes de la edad pandes trovadores y grandes musicos; que estas es, ó gracias por mejor decir, son anejas á los ndantes: verdad es que las coplas de los pasa- tienen mas de espíritu que de primor. Lea mas l, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos sa- la hoja D. Quijote, y dijo: esto es prosa, y Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el parece sino de amores, respondió D. Quijote. ra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho de amores. Que me place, dijo D. Quijote, y como Sancho se lo habia rogado, vió que de- ra:

romesa y mi cierta desventura me llevan á parte volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte, nes de mis quejas. Desechásteme jó ingrata! éne mas, no por quien vale mas que yo; mas uera riqueza que se estimara, no envidiara yo s ni llorara desdichas propias. Lo que levantó a han derribado tus obras: por ella entendí gel, y por ellas conozco que eres mujer. Qué- causadora de mi guerra, y haga el cielo que de tu esposo estén siempre encubiertos, porque arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome ven- que no deseo. »

Leer la carta dijo D. Quijote: ménos por esta rsos se puede sacar mas de que quien la escri- lesdeñado amante: y hojeando casi todo el li- ros versos y cartas, que algunos pudo leer, y lo que todos contenian eran quejas, lamentos, sabores y sinsabores, favores y desdenes, so- s unos, y llorados los otros. En tanto que iba el libro pasaba Sancho la maleta sin dejar ella ni en el cojin que no buscasse, escudriñase i costura que no deshiciese, ni vedija de lana enase, porque no se quedase nada por diligen- do: tal golosina habian despertado en él los os, que pasaban de ciento, y aunque no halla

mas de lo hallado dió por bien empleados los vuellos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo pues con este pensamiento vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los piés descalzos, y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrian unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes: traía la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pisacorto y flemático. Luego imaginó D. Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscallo aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle, y así mandó á Sancho que se apease del asno ¹, y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sirvale esto que digo de aviso para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar aunque te falte el ánima del cuerpo; y vente ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela, quizá toparemos con aquel hombre que

¹ Cervántes se olvidó tambien aquí del robo del rucio.

vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió : harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir ; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe hasta que por otra via ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entónces el rey me hacia franco. Engañaste en eso, Sancho, respondió D. Quijote, que ya que hemos caído en sospecha de quien es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos : y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese : así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mí se me quitará si le hallo ; y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pié y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte : y habiendo rodeado parte de la montaña hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces D. Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. El respondió á gritos, que quién les habia traído por aquel lugar pocas ó ningunas veces pisado, sino de piés de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde D. Quijote estaba dijo : apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada ; pues á buena fe que há ya seis meses que está en ese lugar : díganme ¿ han topado por ahí á su dueño ? No hemos topado á nadie, respondió D. Quijote, sino á un cojin y á una maletilla que no léjos deste lugar hallámos. Tambien la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desmán y de que no me la pidiesen por de hurto : que es el diablo sutil, y debajo de los piés se levanta allombre cosa donde tropiece y caya sin saber cómo ni cómo no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra : allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dijo D. Quijote, ¿ sabéis vos quién sea el dueño destas prendas ? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pié de seis meses poco mas á ménos que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula

que ahí está muerta, y con el mismo cojin y maleta que decís que hallastes y no tocastes : preguntónos que cuál parte desta sierra era la mas áspera y escondida : dijímosle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entráis média legua mas adentro quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine : digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalámos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra; y desde entónces nunca mas le vimos hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallámos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él : pedímosle tambien que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo ménos saliese á pedirlo y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos si en él no le acompañáramos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y cual le veíamos entónces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad : y estando en lo mejor de su plática paró y enmudecióse, clavó los ojos

en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido; mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia diciendo: ¡ha fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste, estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manjadas todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadía otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturámos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido: todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y cuando está en su seso lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinámos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quién es cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabredciros de lo que me habéis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mismo que viste pasar con tanta ligereza como desnudez (que ya le habia dicho D. Quijote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra); el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado de buscallo por toda la montaña, sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle; pero hizolo mejor la suerte

**El otro..... le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los
hombros de D. Quijote...**

de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto mas de léjos. Su traje era cual se ha pin'ado. solo que llegando cerca vió D. Quijote que un colete hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía no debia de ser de buena calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. D. Quijote le volvió las saludes con no ménos comedimiento, subiéndose de Rocinante con gentil continente y donaire le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. Detto, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á D. Quijote el de la *Triste*, despues de haberse dejado abrazar le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de D. Quijote le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, tallo y armas de D. Quijote, que D. Quijote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

En la historia que era grandísima la atencion con que D. Quijote escuchaba al astroso caballero de la *Sierra*, el cual prosiguiendo su plática dijo: por cierto, señor, quienquiera que seáis, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habéis usado, y quisiera yo hallarme en términos que con mas que la voluntad pudiera servir la que habéis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habéis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió D. Quijote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostráis tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible; y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á planirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas: y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os su-

plico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habéis amado ó amáis, que me digáis quién sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues moráis entre ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona; y juro, añadió D. Quijote, por la orden de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, de serviros con las véras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla como os lo he prometido. El caballero del *Bosque*, que de tal manera oyó hablar al de la *Triste Figura*, no hacia sino mirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y despues que le hubo bien mirado le dijo: si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido yo haré todo lo que se me manda en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia que tragaba, y en tanto que comia ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: si gustáis, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagáis, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trujeron á la memoria á D. Quijote el cuento que le habia contado su escudero cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto prosiguió diciendo: esta prevencion que hago es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y miéntras ménos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. D. Quijote se lo prometió en nombre de los demas y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores de esta Andalucía, mi linaje noble, mis padres, ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza, que por

remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme : tal es la hermosura de Luscinda, doucella tan noble y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia : á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veían que cuando pasaran adelante no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas : creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas, y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo ; porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado ; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡ Ay cielos, y cuántos billetes la escribí ! ¡ cuán regaladas y honestas respuestas tuve ! ¡ cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encondidos deseos, entretenia sus memórias, y recreaba su voluntad ! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice : á lo que él me respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dijese ; y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba : y al tiempo que entré en un aposento donde estaba le hallé con una carta abierta en la mano, la cual ántes que yo le dijese palabra me la dió, y me dijo : por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida que á mí mismo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde

él estaba, que queria que fuese compañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas cuando oí que mi padre me decia : de aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del duque; y dá gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces : añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria : él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba, fuí dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fué un hijo segundo del duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que D. Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con D. Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traía con un poco de desasosiego. Queria bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cuál de estas cosas tuviese mas excelencia, ni mas aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de D. Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; mas D. Fernando, como astuto y discreto, se rezeló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado en vez de buen criado á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venia, y así por divertirme y engañarme me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia que el ausentarse por algunos meses, y que queria que la ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al duque que venia á ver y á fer unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que

es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, cuando movido de mi afición, aunque su determinación no fuera tan buena, la aprobará yo por una de las más acertadas que se podían imaginar, por ver cuán buena ocasión y coyuntura se me ofrecía de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio á pesar de los más firmes pensamientos; y cuando él me vino á decir esto, según después se supo, había gozado á la labrodora con título de esposo, y esperaba ocasión de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el duque su padre haría cuando supiese su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que así como D. Fernando gozó á la labrodora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos, y si primero fingía quererle ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecución. Dióle el duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibióme mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habían estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta por mi mal á D. Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba no le debía encubrir nada: alabéle la hermosura, donaire y discreción de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos: vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura: y para encenderle más el deseo (que á mí me zelaba, y al cielo á solas descubría) quiso la fortuna que hallase un día un billete suyo pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora que puesto que yo veía con cuán justas causas D. Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razón á rezelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática aunque la trujese por los cabellos: cosa que despertaba en mí

un no sé qué de zelos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda, pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre D. Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acãeciò pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula.... No hubo bien oido D. Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo : conquese me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda : así que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta mujer del mundo ; y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de D. Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura, pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta ; y no dura mas en hacerse la enmienda, de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida ; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores : y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interrromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna : así que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que D. Quijote estaba diciendo lo que queda dicho se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dijo D. Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondia palabra ; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo : no se me puede quitar del pensamiento ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima. Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera D. Quijote (y arrojóle, como tenía de costumbre), y esa es una muy gran malicia, ó bella-

quería por mejor decir : la reina Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se habia de amancebar con un sacapótras; y quien lo contráριο entendiére, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pié ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábase mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco D. Quijote se la oyera segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡ Extraño caso ! que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora : tal le tenían sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á D. Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus piés, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro, y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos los dejó, y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabreró, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si D. Quijote, no los pusiera en paz se hicieran pedazos. Decia Sancho asido con el cabrero : déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado. Así es, dijo D. Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y D. Quijote volvió á preguntar al cabrero, si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle ó cuerdo ó loco.

CAPÍTULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebrós.

Despidióse del cabrero D. Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana ¹. Íbanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo : señor D. Quijote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia; que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida : si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete ², fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura : que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió D. Quijote, tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua : dále por alzado, y di lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvoconducto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ó ¿qué hacia al caso que aquel abad ³ fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis tornisconos. A fe, Sancho, respondió D. Quijote, que si tú supieras como yo lo sé cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé

¹ Cervántes no tuvo presente que Sancho no había hallado aun su rucio.

² Sancho llamó así al fabulista Esopo. Solia decirse *Isopete* ántes del siglo XVI.

³ Tambien trocó Sancho el nombre de *Madarima* en *Magimasa*, y el de *Elisabat* en *abad*.

que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda; pues montas que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres cualesquiera que sean, cuanto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuera de haber sido fermosa, ademas fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella éra su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras doscientas todos los que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente en su bolsa lo siente: cuanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; ¿mas quién puede poner puertas al campo? cuanto mas que de Dios dijeron. ¡Válame Dios, dijo D. Quijote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, el cual despues de hallado quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, aca-

bándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo D. Quijote, porque te hago saber que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpétuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dijo Sancho. Sí, dijo D. Quijote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfetos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno; fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para D. Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimismo que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitan, no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habian de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballeria militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballeria: y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdenado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebrós¹; nombre por cierto significativo y propio para la vida que

¹ *Beltenebrós* se compone de *bello* y *tenebroso*, como si dijéramos *hermoso* y *triste*: por eso le llama D. Quijote nombre significativo y propio para la vida que Amadis habia escogido.

él de su voluntad habia escogido : así que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas, y deshacer encantamientos : y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar ? ¿Ya no te he dicho, respondió D. Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente D. Roldan cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura ? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales ; y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necesidades y penitencias ; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco ? ¿qué dama le ha desdeñado ? ¿ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano ? Ahí está el punto, respondió D. Quijote, y esa es la fineza de mi negocio : que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias : el toque está en desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado ; cuanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso ; que como ya oiste decir á aquel pastor de márras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme : así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion : loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea : y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia ; y si fuere al contrario, seré loco de véras, y siéndolo no sentiré nada : así que de cualquiera manera que responda saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mam-

brino? que ya vi que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido lo quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. Á lo cual respondió Sancho: vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar insulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamáremos; porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de cuatro dias, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi mujer y hijos. Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste te juro, dijo D. Quijote, que tienes el mas oorto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: ¿qué, es posible que en cuanto há que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa: y fué rara providencia del sabio que es de mi parte hacer que parezca bacía á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que ántes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pié de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio, este es el

lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto : este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la continua las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. O vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados zelos han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. O vosotras, Napeas y Driadas, que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes, así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudéis á lamentar mi desventura, ó á lo ménos no os canséis de oilla. O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, así el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. O solitarios árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia. O tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello : y diciendo esto se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla; y dándole una palmada en las ancas le dijo : libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte; véte por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho dijo : bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios queria : y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de véras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pié no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió D. Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo

que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. ¿Pues qué mas tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió D. Quijote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de amidrar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia, y seria yo de parecer que ya que á vuestra merced parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió D. Quijote; mas quíerote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de véras, porque de otra manera seria contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relesos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofisticado: y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo, y ruégole á vuestra merced que no se acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oírle mentar se me revuelve el alma, cuanto y mas el estómago: y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dijo D. Quijote, mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio*¹, segun he oido decir. No entiendo qué quiere decir *retentio* dijo D. Quijote. *Retentio* respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale del, ni puede, lo cual será al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los piés si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el T

¹ La expresion latina que aquí se indica y que estropeaba Sancho, *in inferno nulla est redemptio*, que significa que en el infierno no medio ni esperanza de salir de él.

boso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura: ¿pero qué haremos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dijo D. Quijote; y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no cualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas. ¿Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firmaron, respondió D. Quijote. Está bien, respondió Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplirla; y en lo que toca á la carta de amores pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que há que la quiero mas que á la lumbré destes ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta, ta, dijo Sancho, ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dijo D. Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra como el mas forzado zagal de todo el pueblo: vive el dador que es moza de chapa, hecha y dere-

g. i. i. t.

cha, y de pelo en pecho, y puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviere por señora. ¡Ó hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! sé decir que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de média legua, así la oyeron como si estuvieran al pié de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahõra digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo, y querria ya verme en camino solo por vella que há muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire: y confieso á vuestra merced una verdad, señor D. Quijote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho ántes de ahora muchas veces, Sancho, dijo D. Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio bõto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un dia dijo á la buena viuda por via de fraternal reprehension: maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero; mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: vuestra merced, señor mio,

está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero tanta filosofía sabe y mas que Aristóteles : así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso tanto vale como la mas alta princesa de la tierra : sí que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Pienzas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron ? no por cierto, sino que las mas se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo ; y así bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta princesa del mundo ; porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan : y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada ; y píntola en mi imaginacion como la deseo así en la belleza como en la principalidad ; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina : y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la sogá en casa del ahorcado ; pero venga la carta, y á Dios, que me mudo. Sacó el libro de memoria D. Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho y le dijo que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo cual respondió Sancho : escribala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate, que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo ; pero con todo eso dígamela, que me holgaré mucho de oílla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dijo D. Quijote.

Carta de D. Quijote á Dulcinea del Toboso.

« SOBERANA Y ALTA SEÑORA :

« El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas
 » del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la sa-
 » lud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu va-
 » lor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento,
 » magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme
 » en esta cuita, que ademas de ser fuerte es muy duradera.
 » Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella
 » ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa
 » quedo : si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo
 » que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré sa-
 » tisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

» Tuyo hasta la muerte

» El Caballero de la Triste Figura. »

Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que
 es la mas alta cosa que jamas he oido : pesia á mí, y como
 que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien
 que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura*. Digo
 de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no
 hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió D. Qui-
 jote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dijo Sancho, ponga
 vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos,
 y fírmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola.
 Que me place, dijo D. Quijote, y habiéndola escrito se la leyó
 que decia así :

« Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos
 » señora sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres
 » los cinco que dejé en casa, y están á cargo de vuestra mer-
 » ced : los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar
 » por otros tantos aquí recibidos de contado, que con esta
 » con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entr-
 » ñas de Sierra Morena á veinte y siete de agosto deste pre-
 » sente año. »

Buena está, dijo Sancho, fírmela vuestra merced. No
 menester firmarla, dijo D. Quijote, sino solamente poner
 rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos y
 para trecientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra mer-
 ced, respondió Sancho : déjeme, iré á ensillar á Rocinante,
 aparéjese á echarme su bendicion, que luego pienso partir
 sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que
 diré que le vi hacer tantas, que no quiera mas. Por lo más
 quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo,
 me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras,

las haré en ménos de média hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros : y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento; cuanto mas que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece : y si no aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razón, voto hago solene á quien puedo que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones: porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué por una?... no me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce aunque nunca se venda : bonico soy yo para eso ; mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayunase. A fe, Sancho, dijo D. Quijote, que á lo que parece no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico; pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo ? ¿ ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondió D. Quijote, porque aunque tuviera no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas. A esto dijo Sancho : ¿ sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejó segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo D. Quijote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos por ver si te descubro cuando vuelvas, cuanto mas que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Teseo. Así lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél; y subiendo sobre Rocinante, á quien D. Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo habia aconsejado; y así se fué, aunque todavía le importunaba D. Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos cuando volvió

y dijo : digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. ¿ No te lo decia yo ? dijo D. Quijote : espérate, Sancho, que en un credo las haré : y desnudándose con toda prisa los calzones quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los piés en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco ; y así le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo D. Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura des pues que se vió solo, dice la historia que así como D. Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que cuál seria mejor y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las malencónicas ; y hablando entre sí mismo decia : si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pié, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro : aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio. que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesválles ; pero dejando en él lo de la valentía á una parte, ven- gamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente, y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados, y paje de Agramante : y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguizado, no hizo mucho en volverse loco ; pero yo ¿ cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas ? porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida noro alguno así como éles en su mismo traje, y que se está

hoy como la madre que la parió ¹; y haríale agravio manifiesto si imaginando otra cosa della me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso: por otra parte veo que Amadis de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas; por que lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdenado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad; y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de D. Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere: del cual se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdenado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y así lo haré yo: y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse, y así se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él allí le hallaron, no fueron mas que estos que aquí se siguen:

Árboles, yerbas y plantas,
que en aqueste sitio estáis
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas.

Mi dolor no os alborote,
aunque mas terrible sea;
pues por pagaros escote,
aquí lloró D. Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
El amador mas leal

¹ Parece que el texto está alterado aquí. Es de creer que en el original diria *se está hoy como su madre la parió*.

de su señora se esconde,
y ha venido á tanto mal,
sin saber cómo ó por dónde.

*1. 11 y
a / 112.*

Tráele amor al estricote,
que es de muy mala ralea ;
y así hasta henchir un pipote,
aquí lloró D. Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras.

*hard heart
? (i.e. be.)*

Hirióle amor con su azote,
no con su blanda correa,
y en tocándole al cogote,
aquí lloró D. Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar D. Quijote que si en nombrando á Dulcinea no decia tambien el *Toboso*, no se podria entender la copla : y así fué la verdad como él despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho no se pudieron sacar en limpio ni enteros mas destas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar á los Faunos, y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse, en tanto que Sancho volvía; que si como tardó tres dias tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no lo conociera la madre que lo parió : y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fué que en saliendo al camino real se puso en buſcar del *del Toboso*, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente que habia grandes dias que todo era siambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta todavia dudoso si entraria ó no; y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro : digame, señor licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza?

el que dijo el ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero? Sí es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro D. Quijote; y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros, los cuales así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de D. Quijote se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre diciéndole: amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y cómo su amo quedaba; y así les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dijo el barbero, Sancho Panza, si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venis encima de su caballo; en verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, ó sobre eso morena. No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su ventura ó Dios que le hizo; mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabian la locura de D. Quijote, y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo: pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librito; pero no le halló, ni lo podia hallar si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado D. Quijote con él y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedirsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro fuélele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni más se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero le dijeron que qué le habia sucedido que tan mal se paraba. ¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo? ¿Cómo es eso? replicó el barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venian la carta para Dulcinea, y una cedula firmada de

, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres de cuatro ó cinco que estaban en casa, y con esto les perdía el rucio. Consolóle el cura, y díjole que en á su señor él le haría revalidar la manda, y que torcer la libranza en papel, como era uso y costumbre, es que se hacían en libros de memoria jamás se acetamplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo que como uese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la Dulcinea, porque él la sabía casi de memoria, de podría trasladar dónde y cuando quisiesen. Decidla pues, dijo el barbero, que despues la trasladaremos. Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro; se miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de habido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensas que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grato : por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la que de la carta se me acuerda, aunque en el principio : *Alta y sobajada señora*. No dirá, dijo el barbero, sino sobrehumana, ó soberana señora. Así es, dijo luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no recuerdo, *el llegado y faltar de sueño, y el ferido besa á merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa* qué decía de salud y de enfermedad que le enviaba aquí iba escurriendo hasta que acababa en : *Vuesa- la muerta el Caballero de la Triste Figura*. No poco los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, consuela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras, para que ellos asimismo la tomasen de memoria aladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparas esto contó asimismo las cosas de su amo; pero palabra acerca del manteamiento que le había su- n aquella venta, en la cual rehusaba entrar : dijo como su señor, en trayendo que le trujese buen des- la señora Dulcinea del Toboso, se había de poner lo á procurar como ser emperador, ó por lo ménos, que así lo tenían concertado entre los dos, y era fácil venir á serlo segun era el valor de su persona de su brazo : y que en siéndolo le había de casar que ya sería viudo, que no podía ser ménos, y le dar por mujer á una doncella de la emperatriz, her- un rico y grande estado de tierra firme, sin insulas, que ya no las quería. Decía esto Sancho con tanta impiandose de cuando en cuando las narices, y con juicio que los dos se admiraron de nuevo considerando vehemente había sido la locura de D. Quijote la llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre se- ron cansarse en sacarle del error en que estaba.

pareciéndoles que pues que no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oír sus necesidades; y así le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decía, ó por lo ménos arzobispo ó otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos. Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amen del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para esto será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo ménos; y si esto es así, desdichado de yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C.; ¿qué será de mí si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengáis pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será mas fácil á causa de que él es mas valiente que estudiante. Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decís como discreto, dijo el cura, y lo haréis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaria allí fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimesmo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de D. Quijote, y para lo que ellos querian, y fué que dijo al barbero que lo que habia pensado era que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irian adonde D. Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa; y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase á desfacelle un agravio que un mal caballero

le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que D. Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de allí, y le llevarian á su lugar, donde procurarían ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXVII.

De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al barbero la invencion del cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedían aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de D. Quijote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolución, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver, púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen ¹, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura entre roja y blanca, como aquella que, como se ~~se~~ ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritónes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido; mas apenas hubo salido de la venta cuando le vino al cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo

¹ *Tocar*, adornar la cabeza.

barbero le rogó que trocasen trajes, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba ménos su dignidad, y que si no lo queria hacer determinaba de no pasar adelante aunque á D. Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje no pudo tener la risa. En efecto el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion el cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á D. Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que sin que se le diese lición él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entónces hasta que estuviesen junto de donde D. Quijote estaba, y así dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia, que magüer que tonto era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor, y en reconociéndole les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habian dicho ántes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer le habia respondido de palabra diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer él que luego se pusiese en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no habia de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenia para sí que para hacer mercedes á sus escuderos mas podian los emperadores que los arzobispos andantes: tambien les dijo que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra dejando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian

rabable y fresca otras peñas y algunos árboles que taban. El calor y el día que allí llegaron era de los agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor le, la hora la tres de la tarde, todo lo cual hacia al agradable, y que convidase á que en él esperasen la Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí y á la sombra llegó á sus oídos una voz, que sin ría son de algún otro instrumento, dulce y regalaba, de que no poco se admiraron, por parecerles no era lugar donde pudiese haber quien tan bien orque aunque suele decirse que por las selvas y hallan pastores de voces extremadas, mas son entos de poetas que verdades; y mas cuando advir- lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ga- ino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad los versos que oyeron estos :

¿Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes.

¿Y quién aumenta mis duelos?

Los zelos.

¿Y quién prueba mi paciencia?

Ausencia.

De ese modo en mi dolencia
ningun remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, zelos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?

Amor.

¿Y quién mi gloria repuna?

Fortuna.

¿Y quién consiente mi duelo?

El cielo.

De ese modo yo rezeló
morir deste mal extrañío,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor ¿quién le alcanza?

Mudanza.

Y sus males ¿quién los cura?

Locura.

De ese modo no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que usó admiracion y contento en los dos oyentes, los estuvieron quedos esperando si otra alguna cosa

oían ; pero viendo que duraba algun tanto el silencio determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efecto hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oídos cantando este soneto :

SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,
 Tu apariencia quedándose en el suelo,
 Entre benditas almas en el cielo
 Subiste alegre á las impíreas salas.
 Desde allá, cuando quieres, nos señalas
 La justa paz cubierta con un velo,
 Por quien á veces se trasluce el zelo
 De buenas obras, que á la fin son malas.
 Deja el cielo, ó amistad, ó no permitas
 Que el engaño se vista tu librea,
 Con que destruye á la intencion sincera :
 Que si tus apariencias no le quitas,
 Presto ha de verse el mundo en la pelea
 De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar si mas se cantaba ; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho cuando al volver de una punta de una peña vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado cuando les contó el cuento de Cardenio, el cual hombre cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido) se llegó á él, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entónces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo ; y así viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el cura le dijo así lo dieron á entender, y así respondió desta manera : bien veo yo, señores, quienquiera que seáis, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envía en estos tan remotos y apartados lu-

gares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y várias razones cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor sería por de ningún juicio; y no sería maravilla que así fuese, porque á mi se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa y puedo tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte, á estorbarlo vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oir la quieren; porque viendo los cuerdos cual es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dieren remedio, á lo ménos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venís con la misma intencion que otros han venido, ántes que paséis adelante en vuestras discretas persuasiones os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene de mis desventuras, porque quizá despues de entendido ahorraréis del trabajo que tomareis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pases que la habia contado á D. Quijote y al cabrero pocos dias atras, cuando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de D. Quijote en guardar el decoro á la caballeria, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de lo que le dió lugar de contarle hasta el fin: y así llegando al billete que habia hallado D. Fernando entre el madero de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en cuenta, y que decia desta manera:

LUCINDA Á CARDENIO.

¡Ah! descubro en vos valores que me obligan y fuerzan mas os estime; y así, si quisieredes sacarme de este mal, ejecutarne en la honra, lo podréis muy bien. Mas padre tengo que os conoce y que me quiere bien, que no puedo forzar mi voluntad cumplirá la que será justa.

» que vos tengáis, si es que me estimáis como decís y como yo creo. »

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de D. Fernando por una de las mas discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efectuase. Dijele yo á D. Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendia dél que deseaba què no me casase tan presto hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion le dije que no me aventuraba á decirselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecia que lo que yo desease jamas habia de tener efecto. Á todo esto me respondió D. Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡ Ó Mario ambicioso ! ¡ ó Catilina cruel ! ¡ ó Sila facineroso ! ¡ ó Galalon embustero ! ¡ ó Vellido traidor ! ¡ ó Julián vengativo ! ¡ ó Judas codicioso ! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿ qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contenidos de su corazon ? ¿ qué ofensa te hice ? ¿ qué palabras te dije, ó qué consejos te di que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho ? Mas ¿ de qué me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda ? ¡ Quién pudiera imaginar que D. Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseía ! Pero quédense estas consideraciones aparte como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á D. Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y solo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo dia que se ofreció á hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿ Pude yo prevenir esta traicion ? ¿ pude por ventura caer en imaginarla ? No por cierto, ántes con grandísimo

gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con D. Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura ¹ como yo de la traicion de D. Fernando, que procurase volver presto, porque creía que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fué que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamas en ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas ó temores : todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora : exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volvíame ella el recambio alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendia mi desenvoltura era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llevarla á mi boca, segun daba lugar la estrechez de una baja reja que nos dividia ; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda ; pero por no destruir mis esperanzas todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba : claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, di las cartas al hermano de D. Fernando, fui bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduría ² ; y todo fué invencion del falso D. Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado ; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veía que habia de ser á costa de mi salud ; pero á lo

¹ Tan segura quiere decir aquí tan ajena ó tan ignorante.
² decir, sin su conocimiento.

cuatro dias que allí llegué llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre ántes de leerla quién se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino : díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo : hermano, si sois cristiano como parecéis, por amor de Dios os ruego que encaminéis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio á nuestro Señor ; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo : y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado ; y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba ; y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosela, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dárosela, y en diez y seis horas que há que se me dió he hecho el camino que sabéis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera que apenas podia sostenerme. En efecto abrí la carta, y vi que contenia estas razones :

« La palabra que D. Fernando os dió de hablar á vuestro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mucho mas en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que D. Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cuál yo quedo, imaginaldo : si os cumple venir, veldo ; y si os quiero bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. A Dios plega que esta llegue á vuestras manos ántes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete. »

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros : que bien claro conocí entónces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia

movido á D. Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra D. Fernando concebí, junto con el temor de perder que con tantos años de servicios y deseos tenía, pusieron alas, pues casi como en vuelo oí en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á Luscinda. Entré secreto, y dejé una multa en que del buen hombre que me habia llevado la carta, te que entonces la tuviese tan buena, que hallé presta á la reja testigo de nuestros amores. Conocida luego, y conocíla yo; mas no como debia ella yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que ar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento mudable de una mujer? Ninguno por lo que, que así como Luscinda me vió me dijo: «boda estoy vestida, ya me están aguardando en cuando el traidor y mi padre el codicioso, con que ántes lo serán de mi muerte que de mi des- e turbes, amigo, sino procura hallarte presente cio, el cual si no pudiere ser estorbado de mi- daga llevo escondida, que podrá estorbar mis fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que oluntad que te he tenido y tengo. Yo te respon- ríes, temeroso no me faltase lugar para respon- .; señora, tus obras verdaderas tus palabras, que aga para acreditar, aquí llevo yo espada para on ella, ó para matarme si la suerte nos fuera » creo que pudo oír todas estas razones, porque lamaban apriesa porque el desposado aguardaba esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de uedé sin luz en los ojos y sin discurso en el eno. No acertaba á entrar en su casa ni podia mover alguna; pero considerando cuánto importaba me ra lo que suceder pudiese en aquel caso, me an- te pude y entré en su casa, y como ya sabia me- is entradas y salidas, y mas con el alboroto que ella andaba, nadie me echó de ver: así que sin e lugar de ponerme en el hueco que hacia un a misma sala, que con las puntas y remates de se cubria, por entre las cuales podia yo ver cu- o cuanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera de sobresaltos que me dió el corazon mientras e pensamientos que me ocurrieron! ¡las conside- hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueda es bien que se digan: basta que sepáis que tró en la sala sin otro adorno que los mismo- narios que solia. Traía por padrino á un primo Luscinda, y en toda la sala no habia persona s criados de casa. De allí á un poco salió de u- scinda acompañada de su madre y de dos donce-

llas tuyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bazarria cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡Ó memoria, enemiga mortal de mi descanso, de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entónces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio procure, ya que no la venganza, á lo ménos perder la vida? No os canséis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el cura, que no solo no se cansaban en oirle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir : *¿queréis, señora Luscinda, al señor D. Fernando, que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentosísimos oídos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡Ó quien se atreviera á salir entónces diciendo á voces : ¡ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte que el decir tú sí, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor D. Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y léjos del peligro digo que habia de hacer lo que no hice : ahora que dejé robar mi cara prenda me digo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera razon para ello, como le tengo para quejarme : en fin, pues en entónces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse ó

desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca : *si quiero*; y lo mismo dijo D. Fernando, y dándole el anillo quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo viendo en el *si* que habia oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que D. Fernando tomó luego y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion que si me viesen de hacer un desatino, tal que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso D. Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado; y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y ejecutar en mí la pena que ellos merecian; y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula: hice que me la ensillase sin despedirme dél subí en ella, y sali de la ciudad, sin osar como otro Lot volver el rostro á miralla; y cuando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de D. Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todo de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones

vituperios la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recibirle se podia pensar ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvía diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogermé tan mala eleccion que no la disculparan, pues ántes de ofrecérseles D. Fernando no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le había dado la mia; que yo viniera y condescendiera con todo cuanto ella acertara fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hacía dónde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que hacía esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entónces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme: mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan

poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así aunque entónces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo dende grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de D. Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: ¿decidme si es tal que pueda celebrarse con ménos sentimientos que los que en mí habéis visto? y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recebir no la quiere: yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser ajena siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yó querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será ejemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo le suspendió una voz que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la quarta parte desta narracion; que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

CAPÍTULO XXVIII ¹.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra.

Felicitísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero D. Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son ménos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia : la cual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo cuenta que así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, le impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decia desta manera :

¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y cuán mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos cuando detras de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entónces, y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los piés, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado v

¹ Cervántes subdividió la primera parte de su *Quijote* en otras cuatro. La primera comprende hasta el capítulo IX; la segunda hasta el XV; la tercera hasta el XXVIII, como se ha visto; y la cuarta hasta la conclusion en el capítulo LII. En la segunda parte del *Quijote* abandonó esta division, y no guardó otra que la de los capítulos desde el I hasta el LXXIV, que es el último.

los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así viendo que no habían sido sentidos, el cura, que iba delante, as á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen; unos pedazos de peña que allí había: así lo hicieron, mirando con atención lo que el mozo hacía, el puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido con una toalla blanca: traía ansimismo unos calzadillas de paño pardo, y en la cabeza una montera que las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna sin duda alguna de blanco alabastro parecía: acabando los hermosos pies, y luego con un paño de tosa sacó debajo de la montera, se los limpió; y al quererle alzó el rostro, y tuvieron lugar los que miraban de ver una hermosura incomparable, tal que dijo al cura con voz baja: esta, ya que no es Luscinda es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la toalla, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte se comendó á Dios, y desparecieron unos cabellos que pudieran los envidiosos envidia: con esto conocieron que el que parecía era mujer, y delicada, y aun la mas hermosa que jamás habían visto los ojos de los dos habían visto, y aun los de Luscinda, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que afirmó que sola la belleza de Luscinda podía contentar aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de la toalla: si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se veía: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine los pies, que si los pies en el agua habían parecido pedristas, las manos en los cabellos semejaban pedazos de nieve: todo lo cual en mas admiración y en mas deseo de saber quien era ponía á los tres que la miraban. Por fin terminaron de mostrarse, y al movimiento que hizo ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza y mostró los cabellos de delante de los ojos con entrambos ojos, miró los que el ruido hacían: y apenas los hubo oído se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse ni cubrir los cabellos asíó con mucha presteza un bulto de ropa que junto á sí tenía, y quiso ponerse en huida con turbación y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo: lo cual visto por los tres salieron á ella, y el cura fue el primero que le dijo: teneos, señora, quienquiera que seáis, que los que aquí estamos solo tienen intención de servirlos: no hay para ellos orgullo en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies podran sufrir ni nosotros consentir. A todo esto ella no decía palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y ella por la mano el cura prosiguió diciendo: lo que me trae, señora, nos niegu, vuestros cabellos nos

descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo ménos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos ó en cada uno hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el cura á decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro rompió el silencio y dijo: pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo ahora lo que si me creyese, seria mas por cortesía que por otra razon alguna: presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habéis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habéis pedido, puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre, porque no habéis de hallar remedio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas; pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discrecion que su hermosura; y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella sin hacerse mas de rogar calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman Grandes de España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los em-

e Galalon. Deste señor son vasallos mis padres, han linaje, pero tan ricos, que si los bienes de su nagingualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas ar, ni yo temiera verme en la desdicha en que me que quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son a que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que quiten la imaginacion que tengo de que de su hu viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente n mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele cristianos viejos ranciosos, pero tan rancios, que su y magnifico trato les va poco á poco adquiriendo de hidalgos y aun de caballeros, puesto que de la queza y nobleza que ellos se preciaban era de temí por hija; y así por no tener otra ni otro que los , como por ser padres y aficionados, yo era una de regaladas hijas que padres jamas regalaron: era el n que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto encaminaban, midiéndolos con el cielo todos sus de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no sa- junto, y del mismo modo que yo era señora de sus así lo era de su hacienda: por mí se recibían y des- os criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba pasaba por mi mano: los molinos de aceite, los la- l vino, el número del ganado mayor y menor, el de enas, finalmente de todo aquello que un tan rico la- como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta, mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con sto suyo, que buenamente no acertaré á encargarlo: que del dia me quedaban, despues de haber dado lo renia á los mayores ó capataces, y á otros jornale- entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan omo necesarios, como son los que ofrece la aguja y adilla, y la rueca muchas veces: y si alguna por re- ánimo estos ejercicios dejaba, me acogia al entrete- de leer algun libro devoto, ó á tocar una arpa, por- periencia me mostraba que la música compone los lescompuestos, y alivia los trabajos que nacen de. Esta pues era la vida que yo tenía en casa de mis a cual si tan particularmente he contado, no ha sido ntacion, ni por dar á entender que soy rica, sino por- dvierta cuán sin culpa me he venido de aquel buen ue he dicho al infelice en que ahora me hallo. En aso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y cerramiento tal, que al de un monasterio pudiera rse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona algu- e los criados de casa, porque los dias que iba á misa e mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras / yo tan cubierta y recatada, que apenas vian mis

ojos mas tierra de aquella donde ponía los piés; con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solicitud de D. Fernando, que es este el nombre del hijo menor del duque que os he contado. No hubo bien nombrado á D. Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de cuando en cuando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quién ella era; la cual sin advertir en los movimientos de Cardenio prosiguió su historia diciendo: y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores quanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que D. Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dávidas y mercedes á mis parientes, los dias eran todos de fiesta y regocijo en mi calle, las noches no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes, que sin saber cómo á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con ménos letras que promesas y juramentos: todo lo cual, no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efecto contrario; no porque á mí me pareciese mal la gentileza de D. Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas; que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de D. Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y D. Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustase, así de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me

decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder a D. Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy léjos, esperanza de alcanzar su deseos. Todos estos recatos que él debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraba, la cual, si ella fuera como debia, no la supierades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decíroslo. Finalmente D. Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo ménos porque yo tuviese mas guardas para guardarme; y esta nueva ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oiréis, y fué que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua; y así no fui poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada), comenzó á decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas; hacia el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobre-cilla, sola entre los míos, mal ejercitada en casos semejantes, comencé no sé en qué modo á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasion ménos que buena sus lágrimas y suspiros: y así pasándoseme aquel sobresalto primero torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener le dije: si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla como es posible dejar de haber sido lo que fué: así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos: tu vasalla soy, pero no tu esclava: ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshorrar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labradora como tú señor y caballero: conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi

voluntad de la suya no saliera : de modo que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras : todo esto he dicho, porque no es pensar que de mí alcánce cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellísima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dijo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes. Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion ; pero no quiso interrumpir el cuento, por ver en qué venia á parar lo que él ya casi sabia ; solo dijo : qué ¿ Dorotea es tu nombre, señora ? otra he oido yo decir del mismo, que quizá corre parejas con tus desdichas : pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabía se la dijese luego, porque si algo le habia dejado bueno la fortuna era el ánimo que tenia para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podia llegar que el que tenia acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y has'a ahora no se pierde coyuntura, ni á ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué, que tomando D. Fernando una imágen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio : con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que ántes que acabase de decirlas le dije que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recibir de verle casado con una villana vasalla suya, que no le cegase mi hermosura tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad pedia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gózan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo ; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento, bien así como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo á esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí misma : sí, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será D. Fernando el primero á quien hermosura ó ciega afición, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza : pues si no

hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios seré su esposa; y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonorada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere cuán sin ella he venido á este punto: porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué sin yo pensarlo mi perdicion, los juramentos de D. Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. llamé á mi criada para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo: tornó D. Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los cuales jamas me habia dejado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia se venia aun no tan apriesa como yo pienso que D. Fernando deseaba, porque después de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto porque D. Fernando dió prisa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traído, ántes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto él se fué, y yo quedé ni sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y cuando fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á D. Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba si era bien ó mal el que me habia sucedido. Díjele al partir á D. Fernando que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya en suya, hasta que cuando él quisiese aquel hecho se publicase pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en mas de un mes, que vano me cansé en sollicitallo, puesto que supe que estaba

la villa y que los mas dias iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de D. Fernando; y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras que en reprension de su atrevimiento ántes no habia oido; y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; però todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos: y esto fué porque de allí á pocos dias se dijo en el lugar como en una ciudad allí cerca se habia casado D. Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento diciendo: llegó esta triste nueva á mis oídos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosia y traicion que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entónces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. El despues que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo: luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer, y algunas joyas y dineros por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche sin dar cuenta á mi traidora doncella salí de mi casa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pié, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo ménos á decir á D. Fernando me dijese con qué alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta me respondió mas de lo que yo quisiera oir: díjome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública

en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella : díjome que la noche que D. Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el sí de ser su esposa le había tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de D. Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dijo era un caballero muy principal de la misma ciudad, y que si había dado el sí á D. Fernando fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender que ella había tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se había quitado la vida ; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por D. Fernando, pareciéndole que Luscinda le había burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella ántes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron mas, que luego se ausentó D. Fernando, y que Luscinda no había vuelto de su parasismo hasta otro día, que contó á sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le había hecho, y de como él se iba adonde gentes no lo viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad ; y todos hablaban dello, y mas hablaron cuando supieron que Luscinda había faltado de en casa de su padre y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio ~~se~~ tomar para hallarla. Esto que supe puso en bando ¹ mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á D. Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba mas obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvía en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á D. Fernando no hallaba,

Bando es parcialidad, partido, faccion : y *poner en bando* será poner en duda, y por consiguiente en duda.

llegó á mis oídos un público pregon donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo traje que traía, y oí decir que se decia que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino ; cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caída andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quién, siendo sugeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon me sali de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados ; pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí, porque mi buen criado hasta entónces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su misma bellaqueria ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y ménos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con feas y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza ; pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo, y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian me entré por estas montañas sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo há no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto ; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mismo mal pensamiento que en mi criado : y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despenar y despenar al amo como le hallé para el criado ; y así tuve por menor inconveniente dejalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas. Digo pues que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin

culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

CAPÍTULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto.

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salían ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia y considerada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo que con facilidad podréis y debéis hacer) que me aconsejéis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo ~~el~~ pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ajeno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida. Calló entonces diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostraba bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio diciendo : en fin, señora, ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así le dijo : ¿y quién sois vos, hermano, que así sabéis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habéis dicho, Luscinda dijo que era su esposo : soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que vos os ha puesto en el que estáis, me ha traído á que me veáis cuál me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no he tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de D. Fernando, y el que aguardó á oír el

que de ser su esposa pronunció Luscinda : yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y así dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pudiese, y vineme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia ; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros ; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habéis contado, aun podria ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suseso en nuestros desastres, que nosotros pensamos : porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con D. Fernando por ser mia, ni D. Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enajenado ni deshecho : y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplicoos, señora, que toméis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los míos, acomodándoos á esperar mejor fortuna ; que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano de no desampararos hasta veros en poder de D. Fernando, y que cuándo con razones no le pudiese atraer á que conozca lo que os debe, de usar entónces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos quiso tomarle los piés para besárselos, mas no lo consintió Cardenio ; y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daría orden cómo buscar á D. Fernando, ó cómo llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron y aceptaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el cura á todo aquello que fuese bueno para servirles : contó asimismo con brevedad la causa que allí los habia traído, con la extrañeza de la locura de D. Quijote, y como aguardaban á su escudero, que habia ido á buscallo. Vínosele á la memoria á Cardenio como por sueños la pendencia que con D. Quijote habia tenido, y

contóla á los demas; mas no supo decir por qué causa fué su cuestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó los llamaba á voces: salieronle al encuentro preguntándole por D. Quijote, les dijo como le habíadesnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de aspirando por su señora Dulcinea: y que puesto dicho que ella le mandaba que saliese de aquel paese al del Toboso donde le quedaba esperando, sabido que estaba determinado de no parecer ante ella hasta que hubiese fecho fazañas que le ficiesen gracia; y que si aquello pasaba adelante corría riesgo de venir á ser emperador como estaba obligado, al fin, que era lo ménos que podía ser: por eso, lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El respondió que no tuviese pena, que ellos le sabían mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á los que tenian pensado para remedio de D. Quijote, á como le llevarle á su casa: á lo cual dijo Dorotea, que doncella menesterosa mejor que el barbero, y para ir allí vestidos con que hacerlo al natural, y que con cargo de saber representar todo aquello que fuese necesario para llevar adelante su intento, porque ella habia muchos libros de caballerias, y sabia bien el estilo que las doncellas cuitadas quando pedian sus dones á los caballeros. Pues no es menester mas, dijo el cura, algo se ponga por obra, que sin duda la buena ventura en favor mio, pues tan sin pensarlo á vosotras, se os ha comenzado á abrir puerta para remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habíades. Sacó luego Dorotea de su almohada una cinta de cierta telilla rica, y una mantellina de otra verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con las que instante se adornó de manera, que una rica y gran dama. Todo aquello, y mas, dijo que habia sacado para lo que se ofreciese, y que hasta entónces no se ofrecido ocasion de habello menester. A todos agradeció su mucha gracia, donaire y hermosura, y á D. Fernando por de poco conocimiento, pues le desechaba; pero el que mas se admiró fué Sancho por parecerle (como era así verdad) que en todos los años de su vida habia visto tan hermosa criatura; y así el cura con grande ahinco le dijese quién era aquella señora, y qué era lo que buscaba por aquellos lugares. Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho como quien no dice nada, es la heredera por linea directa del gran reino de Micomicon, la cual viene en este año á pedirle un don, el cual es que le desquite ó agravio que un mal gigante le tiene fecho;

y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dijo á esta sazón Sancho Panza, y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto matando á ese hideputa dese gigante que vüestra merced dice, que sí matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recibir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos : que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, tēniendo como tengo mujer é hijos, sería nunca acabar : así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea tomar las reinas los nombres de sus reinos. Así debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderios : con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde D. Quijote estaba, al cual advirtieron que no dijese que conocia al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo, puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos porque no se le acordase á D. Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el cura porque no era menester por entónces su presencia, y así los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que habia de hacer Dorotea : á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrian andado cuando descubrieron á D. Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado,

y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era D. Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole al hian barhado barbero; y en llegando junto á él el escudero á mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, ose con grande desenvoltura se fué á hincar de as de D. Quijote, y aunque él pugnaba por le sin levantarse le fabló en esta guisa: de aquí ré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que ndad y cortesía me otorgue un don, el cual honra y prez de vuestra persona, y en pro de solada y agraviada doncella que el sol ha visto: valor de vuëstro fuerte brazo corresponde á la a inmortal fama, obligado estáis á favorecer á que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro ombre buscándoos para remedio de sus des-responderé palabra, hermosa señora, respondió oiré mas cosa de vuestra hacienda fasta que os orra. No me levantaré, señor, respondió la afi-si primero por la vuestra cortesía no me es on que pido. Yo vos le otorgo y concedo, res-jote, como no se haya de cumplir en daño á rey, de mi patria, y de aquella que de mi co-d tiene la llave. No será en daño ni en mengua ecís, mi buen señor, replicó la dolorosa don-lo en esto se llegó Sancho Panza al oído de uy pasito le dijo: bien puede vuestra merced, erle el don que pide, que no es cosa de nada, á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta miconá, reina del gran reino Micomicon de quien fuere, respondió D. Quijote, que yo haré igado y lo que me dicta mi conciencia conforme ando tengo: y volviéndose á la doncella dijo: an fermosura se levanta, que yo le otorgo el me quisiere. Pues el que pido es, dijo la don-vuestra magnánima persona se venga luego e yo le llevare, y me prometa que no se ha de otra aventura ni demanda alguna hasta darme n traidor que contra todo derecho divino y hu e usurpado mi reino. Digo que así lo otorgo Quijote; y así podéis, señora, desde hoy malancolia que os fatiga, y hacer que cobale y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que de Dios y la de mi brazo vos os veréis prest vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro de estado, á pesar y á despecho de los follones irlo quisieren: y manos á la labor, que en i que suele estar el peligro. La menester ó con mucha porfia por besarle las manos e, que en todo era comedido y cortés caballero

jamás lo consintió; antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado dijo: vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estábase el barbero aun de rodillas teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedarán todos sin conseguir su buena intención; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que D. Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió D. Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entonces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa, y ser por lo ménos rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habían de ser todos negros: á lo cual hizo luego en su imaginación un buen remedio, y dijose á sí mismo: ¿qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título ó algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida? No sino dormíos, y no tengáis ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: por Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabían qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harían para conseguir lo que deseaban, y fué que con unas tijeras que traía en un estuche quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traía, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que antes parecía Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habían pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedían que anduviesen tanto los de á caballo

como los de á pié. En efecto ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della D. Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando se fué á él abiertos los brazos y diciendo á voces: para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota D. Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes; y diciendo esto tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á D. Quijote, el cual, espantado de lo que veía y oía decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura nolo consintió, por lo cual D. Quijote decia: déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pié. Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destes señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caía yo en tanto, mi señor licenciado, respondió D. Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Si sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié pudiendo ir á caballo. Así es, respondió el barbero, y apeándose, en un punto convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fué el mal que al subir á las ancas el barbero, la mula que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto hasta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que le dio en el pecho de maese Nicolas ó en la cabeza, él dió al diablo la venida por D. Quijote. Con todo eso le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo con tan poca cuidado de las barbas, que se le cayeron, y como se vió sin ellas no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. D. Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sueltas y sin sangre léjos del rostro del escudero caído

dijo : vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro como si las quitaran á posta. El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuése con ellas donde yacia maese Nicolas dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de ántes, de que se admiró D. Quijote sobremanera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Así es, dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entónces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, D. Quijote, la princesa y el cura, y los tres á pié, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, D. Quijote dijo á la doncella : vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere; y ántes que ella respondiese dijo el licenciado : ¿hácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dijo : sí señor, hácia ese reino es mi camino. Si así es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo, Meólides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reino de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella, porque no há dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor D. Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oídos así como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazón D. Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas : lo que yo sé decir, señora mia, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado

la causa que le ha traído por estas partes tan riados, y tan á la ligera, que me pone espanto. Oíderé con brevèdad, respondió el cura, por otra merced, señor D. Quijote, que yo y maese ro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla os dineros que un pariente mío, que há muchos á Indias, me había enviado, y no tan pocos de sesenta mil pesos ensayados, que es otro ando ayer por estos lugares nos salieron al ro salteadores, y nos quitaron hasta las barbar s las quitaron, que le convino al barbero pozas, y aun á este mancebo que aquí va, senaio, le pusieron como de nuevo; y es lo bueno fama por todos estos contornos que los que son de unos galeotes, que dicen que libertó mismo sitio un hombre tan valiente, que misario y de las guardas los soltó á todos; zuna él debía de estar fuera de juicio, ó debe nde bellaco como ellos, ó algún hombre sin nciencia, pues quiso soltar al lobo entre las iposa entre las gallinas, á la mosca entre la efraudar la justicia, ir contra su rey y señor fué contra sus justos mandamientos: quiso, las galeras sus piés, poner en alboroto la santa ie había muchos años que reposaba: quiso er un hecho por donde se pierda su alma y no erpo. Habiales contado Sancho al cura y al entura de los galeotes, que acabó su amo con aya, y por esto cargaba la mano el cura refi- er lo que hacía ó decía D. Quijote, al cual se color á cada palabra, y no osaba decir que él bertador de aquella buena gente. Estos pues, aaron los que nos robaron, que Dios por su o lo perdone al que no los dejó llevar al debido

CAPÍTULO XXX.

Discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas
& mucho gusto y pasatiempo.

n acabado el cura cuando Sancho dijo: pues licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo. o no le dije ántes y le avisé que mirase lo que ra pecado darles libertad, porque todos iban simos bellacos. Majadero, dijo á esta sazón s caballeros andantes no les toca ni atañe averi-

guar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pidē, y lo demas allá se avenga; y á quien malle ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde mas largamente se contiene: y esto dijo afirmándose en los estribos y callándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de D. Quijote, y que todos hacian burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos, y viéndole tan enojado le dijo: señor caballero, miémbresele á vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puedo entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua ántes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Eso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mia, dijo D. Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digáis, si no se os hace de mal, cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oír lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió D. Quijote: á lo que respondió Dorotea: pues así es esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenidose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera:

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que á mí me llaman... y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: no es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser

tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismo nombres no se les acuerda conio han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarmenada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponía en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una grande insula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la fosca vista (porque es cosa averiguada que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reves como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira), digo que supo que este gigante en sabiendo mi horfandad habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese, pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiere casar con él; mas á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino si queria excusar la muerte y total destruccion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los míos me pusiese en camino de las Espanas, donde hallaria el remedio de mis males hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, D. Azote ó D. Gigote. D. Quijote diria, señora, dijo á esta sazón Sancho Panza, ó por otro nombre el Caballero de la Triste Figura. Así es la verdad, dijo Dorotea: dijo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En

oyendo esto D. Quijote dijo á su escudero : ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado. ¿Pues para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió D. Quijote. No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espinazo importa poco ; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne : y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor D. Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no solo en España, pero en toda la Mancha, pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar. ¿Pues cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó D. Quijote, si no es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese tomó el cura la mano y dijo : debe de querer decir la señora princesa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna. Eso quise decir, dijo Dorotea. Y esto lleva camino, dijo el cura; y prosiga vuestra majestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor D. Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado : que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre, el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía despues de haber degollado al gigante quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legitima esposa, y le diese la posesion de mi reino junto con la de mi persona. ¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto D. Quijote, ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar. Eso juro yo, dijo Sancho; para el puto que no se casare ~~abriendo~~ abriendo el gaznatico al señor Pandahilado : pues monta que es mala la reina, así se me vuelvan las pulgas de la cama; y diciendo esto dió dos zapaletas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener se hincó de rodillas ante ella suplicándole le diese

las manos para besárselas en señal que la recibia por su reina y señora. ¿Quién no habia de reir de los circunstantes viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino cuando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia: solo resta por deciros, que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habéis notado: y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitarán á mí, ó alta y valerosa señora, dijo D. Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena espada, merced á Gines de Pasamonte que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: y despues de habérsela tajado y puéstos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque miéntras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella... y no digo mas, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dijo: voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor D. Quijote, cabal juicio: pues cómo ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante: así noramala alcanzaré yo el condado que espero si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanás, y tome ese reino que se le viene á las manos de bóbis bóbis, y en siendo rey hágame marqués ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. D. Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca

es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. ¿Pensáis, le dijo á cabo de rato, villano ruir, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea; ¿y no sabéis vos, gañan, faquin, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperina, ¿y quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser, ¡O hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan maltrecho Sancho que no oyese todo cuanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza se fué á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo, cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como Novida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea. ¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? dijo D. Quijote, ¿pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmenté su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así á bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dijo D. Quijote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dijo D. Quijote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. No haya mas, dijo Dorotea; corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vues-

tras alabanzas y vituperios, y no digáis mal de aque-
sa señora Toboso, á quien yo no conozco sino es para servilla, y
tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado
donde viváis como un príncipe. Fué Sancho cabizbajo y pidió
la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y
despues que se la hubo besado le echó la bendicion, y dijo á
Sancho que se adelantase un poco, que tenia que preguntalle
y que departir con él cosas de mucha importancia. Hizolo así
Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole D. Qui-
jote: despues que veniste no he tenido lugar ni espacio para
preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la em-
bajada que llevaste, y de la respuesta que trujiste; y ahora,
pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me nie-
gues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.
Pregunta vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho,
que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero
suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí ade-

vengativo. ¿Por qué lo dices, Sancho? dijo D. Qui-
jote, respondió, porque estos palos de agora mas
por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la
he, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á
yo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella
ya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes á
licas, Sancho, por tu vida, dijo D. Quijote, que me
dumbre: ya te perdoné entónces, y bien sabes tú que
sirse, á pecado nuevo penitencia nueva.

Así como esto pasaba vieron venir por el camino donde
estaban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando
le vio Sancho le pareció que era gitano; pero Sancho Panza,
que adivinaba que via asnos se le iban los ojos y el alma,
hubo visto al hombre cuando conoció que era Gines
de Montemayor, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su
hilo, y como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasa-
do era: el cual por no ser conocido y por vender el
habia puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras
sabia muy bien hablar como si fueran naturales.
Díjole Sancho y conocióle, y apenas le hubo visto y
cuando á grandes voces le dijo: ah ladrón Ginesillo,
prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi des-
ja mi asno, deja mi regalo, huye puto, auséntate ladrón,
para lo que no es tuyo. No fueron menester tantas pa-
labas baldones, porque á la primera saltó Gines, y to-
nó el trote que parecia carrera, en un punto se ausentó
de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole le
dijo cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, com-
pañero? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera
un animal: el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de
sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y
el parabien del hallazgo del rucio, especialmente

D. Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas dijo el cura á Dorotea que habia andado muy discreta así en el cuento como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella dónde eran las provincias ni puertos de mar, y que así habia dicho á tienta que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendí así, dijo el cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. ¿Pero no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras solo porque llevan el estilo y modo de las necesidades de sus libros? Si es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion prosiguió D. Quijote con la suya, y dijo á Sancho: echemos, Panza amigo, pellilos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿dónde, cómo, y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿qué hacia? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dijo D. Quijote, porque el librito de memoria donde yo la escribí le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo cual me causó grandísima pena por no saber lo que habias tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras ménos. Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristan que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, qué dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leído muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leído tan linda carta como aquella. ¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo D. Quijote. No, señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no habia de ser de mas provecho, di en olvidalla: y si algo se me acuerda es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro*

hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura : y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas y vidas y ojos mios.

CAPÍTULO XXXI.

De los razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero con otros sucesos.

eso no me descontenta, prosigue adelante, dijo D. Quijote, ¿y que hacia aquella reina de la hermosura? seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando empresa con oro de cañutillo para este su cautivo o. No la hallé, respondió Sancho, sino aechando dos de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos tocados de sus manos : y si miraste, amigo, ¿el candéal ó trechel? No era sino rubion, respondió. Pues yo te aseguro, dijo D. Quijote, que aechado manos hizo pan candéal sin duda alguna ; pero pasa : cuando le diste mi carta ¿ besóla ? ¿ pusosela sobre la ? ¿ hizo alguna ceremonia digna de tal carta ? ¿ o no ? Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que en la criba, y díjome : poned, amigo, esa carta sobre esta, que no la puedo leer hasta que acabe de scribar que aquí está. Discreta señora, dijo D. Quijote, eso es ser por leella despacio y recrearse con ella : adelante, ; y en tanto que estaba en su menester ¿ qué coloquios contigo ? ¿ qué te preguntó de mí ? ¿ y tú qué le respondías, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero nunca. Ella no me preguntó nada, dijo Sancho ; mas je de la manera que vuestra merced por su servicio haciendo penitencia desnudo de la cintura arriba, entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo desnudo, sin comer pan á manteles, ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldiciendo fortuna dijiste mal, dijo D. Quijote, porque antes la bendecí todos los dias de mi vida, por haberme digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea hermosa. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe lleva á mí mas de un coto. Pues cómo, Sancho, dijo Quijote, ¿ haste medido tú con ella ? Medíme en esta mano, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un puñado de trigo sobre un jumento, llegámos tan juntos que me daba á ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es replicó D. Quijote, que no acompaña esa grandexa y

la adorna con mil millones de gracias del alma ¹. Pero no me negarás, Sancho, una cosa : cuando llegaste junto á ella ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que yo no acierto á darte nombre, digo un tufo ó tufo como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero ? Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. No seria eso, respondió D. Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á ti mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor que entónces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea ; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió D. Quijote, hé aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviarlo al molino, ¿qué hizo cuando leyó la carta ? La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir, ántes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo ; y finalmente me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle ; y que así le suplicaba y mandaba, que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced : rióse mucho cuando le dije como se llamaba vuestra merced el *Caballero de la Triste Figura* : preguntéle si habia ido allá el Vizcaíno de márras ; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien : tambien le pregunté por los galeotes ; mas díjome que no habia visto hasta entónces alguno. Todo va bien hasta agora, dijo D. Quijote ; pero dime ¿qué joya fué la que te dió al despedirte por las nuevas que de mí te llevaste ? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas y enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas y á sus andantes, alguna rica joya en albricias en agradecimiento de su recado. Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza ; pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí ; y un por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en

¹ Habla en tono irónico

extremo, dijo D. Quijote, y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua, yo la veré y satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? de que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues pocas mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas; por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza lo hay y le ha de haber, so pena que yo no seria buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar si que tú lo sintieses: que hay sabio destos que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo en qué manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció; y si no fuese por esto no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, dónde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte, y cuando no os me cae asoma por acullá encima de una nube ó sobre un carro de fuego otro caballero amigo suyo que poco ántes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas, y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros, así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho algun sabio amigo me debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. A lo que seria, dijo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos. Y cómo si llevaba azogue, dijo D. Quijote, y aun una legión de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja; pero dejando eso aparte, ¿qué te parece á ti que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérmame la ley de caballero á cumplir mi palabra ántes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que me sentidos alumbra; á la cual daré tales disculpas, que el

venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo ; Ay ! dijo Sancho, ¡ y cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos ! Pues dígame, señor, ¿ piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oído decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos ? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura, y si no ahí está nuestro licenciado que lo hará de perlas : y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale pájaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja no se venga ¹. Mira Sancho, respondió D. Quijote, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerle mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala ántes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar á quien yo quisiere ; y en dándomela, ¿ á quién quieres tú que la dé sino á ti ? Eso está claro, respondió Sancho ; pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque si no me contentare la vivienda pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho ; y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote, Sancho, dijo D. Quijote, que estás en lo cierto, y que labré de tomar tu consejo en cuanto el ir ántes con la princesa que á ver á Dulcinea : y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿ cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firmar de su nombre, que la quiere

¹ Expresion estropeada á lo vizcaíno. El refran es, *quien bien tiene y mal rescoge por mal que le venga no se enoje*. Acaso Cervántes lo trastrocó e propósito para hacer reir.

bien, y que es su enamorado? y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? ¡O qué necio y qué simple que eres! dijo D. Quijote; ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redundaba en su mayor ensalzamiento? porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan más sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oído yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena, aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dijo D. Quijote, ¡y qué de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fe mía que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces maese Nicolas, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentequilla que allí estaba. Detúvose D. Quijote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta satisficieron aunque poco la mucha hambre que todos traían. Estando en esto acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual poniéndose á mirar con mucha atención á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á D. Quijote, y abrazándole por las piernas comenzó á llorar muy de propósito diciendo: ¡ay señor mío! ¿no me conocéis vuestra merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andres que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle D. Quijote, y asiéndole por la mano se volvió á los que allí estaban, y dijo: porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados pasando yo por un bosque oí unos gritos y unas voces muy lastimosas como de persona afligida y menesterosa: acudí luego llevado de mi obligacion hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo el alma, porque será testigo que no me dejará mentir.

nada. Digo que estaba atado á la encina desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y así como yo le vide pregunté la causa de tan atroz vapuleamiento : respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacian mas de ladrón que de simple; á lo cual este niño dijo : señor, no me azota sino porque le pido mi salario : el amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales aunque de mí fueron oídas no fueron admitidas : en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados, ¿No es verdad todo esto, hijo Andres? ¿no notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, dí lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina. ¿Cómo al revés? replicó D. Quijote, ¿luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced trapuso del bosque y quedámos solos, me volvió á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba me decía un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor me riera de lo que decía. En efecto él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo. de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía; mas como vuestra merced le deshonoró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dijo D. Quijote, enirme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado; porque bien debia yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que si no te pagaba que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dijo Andres; pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dijo D. Quijote; y haciendo esto se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho

que enfrenase á Rocinante, que estaba paciende en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea qué era lo que quería. Él le respondió que quería ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino. Así es verdad, respondió D. Quijote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos juramentos, dijo Andres, mas quisiera tener agora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: dème, si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo le dijo: toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á D. Quijote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encantrare, aunque vea que me hacen pedazos no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Íbase á levantar D. Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo D. Quijote del cuento de Andres, y fué menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse por no acaballe de correr del todo.

CAPÍTULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote.

Acabóse la buena comida, onsillaron luego, y sin que los sucediese cosa digna de contar llegaron otro día á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritónes, que vieron venir á D. Quijote y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y dijoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda, que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipes. D. Quijote dijo que sí haría, y así le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchon de márras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba dijo: para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza, digo el peine que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma y dijese á D. Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de D. Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped con esperanza de mejor paga con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia D. Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entónces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritónes y todos los pasajeros, de la extraña locura de D. Quijote y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le

tó todo lo de su mantecamiento, de que no poco gusten : y como el cura dijese que los libros de caballería. Quijote habia leído le habian vuelto el juicio, dijo : no sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que yo entiendo no hay mejor lectura en el mundo, y ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros porque cuando es tiempo de la siega se recogen aquí muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe qual coge uno destos libros en las manos, y rodeándole mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto que nos quita mil canas : á lo ménos de mí sé decir que yo decir aquellos furibundos y terribles golpes que ellos pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y ya estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni ménos la ventera porque nunca tengo buen rato en mi casa, aquel que vos estáis escuchando leer, que estáis hablando que no os acordáis de reñir por entónces. Así lo dijo Maritórnes; y á buena fe que yo tambien he oído de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y yo cuento que se está la otra señora debajo de un árbol abrazada con su caballero, y que les está una criada ciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho dolor : digo que tolo esto es cosa de mieles. Y á vos parece, señora doncella ? dijo el cura hablando con el ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió bien yo lo escucho, y en verdad aunque no lo entiendo recibo gusto en oírlo ; pero no gusto yo de los sermones que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que ellos hacen cuando están ausentes de sus señoras, y verdad que algunas veces me hacen llorar de compasión. ¿ Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran ? No sé lo que quisiera, respondió la moza, solo sé que algunas veces he oído aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros desdones y otras mil inmundicias : y ¡ Jesus ! yo no sé cómo es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que le dejar á un hombre honra lo le dejan que se muera ó se vuelva loco : yo no sé para qué es tanto malindre ; pero en de honradas, cásense con ellos ; que ellos no desdoran nada. Calla, niña, dijo la ventera, que parece que has oído destas cosas, y no está bien á las doncellas saber hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondí, no pude dejar de respondelle. Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquellos libros, que los he oído decir. Que me place, respondió él ; y entrando en su casa sacó dél una malehilla vieja cerrada con una cadenilla, abrióla halló en ella tres libros grandes y unos otros muy buena letra escritos de mano. El primer libro

que abrió vió que era D. Cirongilio de Tracia, y el otro de Félix Marte de Hircania, y el otro la historia del Gran Capitan Gonzalo Hernández de Córdoba con la vida de Diego García de Parédes. Así como el cura leyó los dos títulos primeros volvió el rostro al barbero y dijo : falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen, respondió el barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero. No mas dijo el cura, que estos dos, el de D. Cirongilio y el de Félix Marte. ¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos, queréis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero ; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan y dese Diego García, que ántes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparetes y devaneos ; y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido : y este Diego García de Parédes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia : y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes. Tomaos con mi padre, dijo el dicho ventero, mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino : por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Hircania, que de un reves solo partió cinco gigantes por la cintura como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños ; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, dónde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de D. Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso como se verá en el libro donde cuenta que navegando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del río, llevándose tras sí al

caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas que no hay mas que oír. Calle, señor, que si oyese esto se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea dijo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de D. Quijote. Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas ni ménos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad, hermanos, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Hircania, ni D. Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es cumpostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como le entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque

lmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. A otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco¹: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encatamientos, que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros: y si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avengid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pié que cojea vuestro huésped D. Quijote. Eso no, respondió el ventero, que no

¹ Añade el ventero que no es nada blanco, porque blanco es bobo ó necio. El Vocabulario de Germania compuesto por Juan Hidalgo.

seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el cura le dijo: esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un título grande que decia: *Novela del Curioso impertinente*. Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas véras; mas yo no se la he querido dar pensado volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero todavía soy cristiano. Vos tenéis mucha razon, amigo, dijo el cura; mas con todo eso si la novela me contenta me la habéis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Miétras los dos esto decian habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Si leyera, dijo el cura si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado que me conceda dormir cuando fuera razon. Pues desa manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolas á rogarle lo mismo y Sancho tambien: lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recibiria dijo: pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera.

CAPITULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente.

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que por excelencia y antonomasia de todos los que los conocian *los dos amigos* eran llamados; eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras si los de la caza; pero cuando se ofrecia dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades que no habia concertado reloj que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en ejecucion, y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos cuanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras él fué soltero habian alcanzado tan dulce nombre como el ser

llamados *los dos amigos*, que no permitiese por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese ; y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de ántes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con cuántas véras los dos se amaban estaba confusa de ver en él tanta esquivanza. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadirle volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana y las fiestas fuese Lotario á comer con él ; y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito le estaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado á quien el cielo habia concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa como en mirar con qué amigas su mujer conversaba, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte ó no le dice por no enojalla que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no le seria de honra ó de vituperio ; de lo cual siendo del amigo advertido fácilmente pondria remedio en todo. ¿ Pero dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide ? No lo sé yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar y acortar los dias del concierto del ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhomme y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila : que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables : así que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues que uno que los dos se andaban paseando

por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones :

¿ Pensabas, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los míos, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido y sobre al que me hizo en darme á ti por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo si no en el grado que debo, en el que puedo ? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo ; porque no sé de qué dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrirlo de mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto como si de industria procurara decillo á todo el mundo ; y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libred de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenían á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo : y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy léjos del blanco de la verdad ; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspencion le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél ó ya consejos para entretenerlos, ó ya remedio para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad sino es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad como el fuego muestra los del oro : porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una mujer mas buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las continuas importunidades de los solícitos amantes : porque ¿ qué hay que agradecer, decia él, que una mujer sea buena si nadie le dice que sea mala ? ¿ qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura la ha de quitar la vida ? Así que la que es buena por temor por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima

en que tendré á la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento; de modo que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos : y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura; podré yo decir que está colmo el vacío de mis deseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice que ¿quién la hallará? Y cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia : y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada; y muéveme entre otras cosas á fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto, y así no quedaré ya ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocara ha de ser eterno como el de la muerte; así que si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto que le causara admiracion y espanto, le dijo : no me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de véras las decias no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga : sin duda imagino ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario : el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser : porque las cosas que me has dicho ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos como

dijo un poeta *usque ad aras*, que quiso decir, que no se habían de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? y cuando el amigo tirase tanto la barra que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo, ¿cuál destas dos cosas tienes en peligro para que yo me aventure á complacerte y á hacer una cosa tan detestable como me pides? ninguna por cierto; ántes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente; porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea de tanto mal tuyo, yo vengo á quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente sin vida. Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dijo Anselmo, dí lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo : paréceme, ó Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, intelegibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen : *si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales* : y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de nuestra sacra religion : y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo malgastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino en pena de tu mal deseo; mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte : y porque claro lo veas, dime, Anselmo, ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? ¿persuadir á una honesta? ¿ofrecer á una desinteresada? ¿servir á una prudente? sí que me lo has dicho : pues si tú sabes que tienes mujer retirada,

honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle despues que los que ahora tiene? ¿ó qué será mas despues de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides : si no la tienes por la que dices ¿para qué quieres probarla, sino como á mala hacer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que es razon concluyente que el intentar las cosas, de las cuales ántes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy léjos traen descubierto que el intentarlas es manifesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios ó por el mundo, ó por entrambos á dos : las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos : las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apénas ven en el contrario muro abierto tanto espacio quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con ella como desees, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entónces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido; porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mismo. Y para confirmacion desta verdad te quiero decir una estarcia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo en el fin de su primera parte de las Lágrimas de S. Pedro, que dice así :

Crece el dolor, y crece la vergüenza
En Pedro, cuando el dia se ha mostrado,
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo por ver que habia pecado :

un magnánimo pecho, á haber vergüenza,
 o ha de moverle el ser mirado,
 si se avergüenza cuando yerra,
 o otro no ve que cielo y tierra.

cusarás con el secreto tu dolor, ántes tandrás
 tino, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de
 razon, como las lloraba aquel simple doctor que
 nos cuenta que hizo la prueba del vaso ¹, que
 irso se excusó de hacerla el prudente Reinál-
 do, que aquello sea ficcion poética, tiene en sí
 velos morales dignos de ser advertidos y en-
 tendidos: cuanto mas, que con el que ahora pienso
 es de venir en conocimiento del grande error
 meter. Dime Anselmo, si el cielo ó la suerte
 ha hecho señor y legitimo poseedor de un finí-
 simo cuya bondad y quilates estuviesen satis-
 lapidarios le vieses, que todos á una voz y de
 dijesen que llegaba en quilates, bondad y
 se podia extender la naturaleza de tal piedra,
 creyese así sin saber otra cosa en contrario,
 e te viniese en deseo de tomar aquel diamante,
 un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza
 azos probar si es tan duro y tan fino como
 si lo pusieses por obra, que puesto caso que
 se resistencia á tan necia prueba, no por eso
 mas valor ni mas fama; y si se rompiese, cosa
 ¿no se perdía todo? Si por cierto, dejando á
 imacion de que todos le tengan por simple.
 a, Anselmo amigo, que Camila es finísimo dia-
 u estimacion como en la ajena, y que no es
 en contingencia de que se quiebre, pues aun-
 on su entereza, no puede subir á mas valor
 tiene; y si faltase y no resistiese, considera
 ál quedaria sin ella, y con cuánta razon te
 de ti mismo por haber sido causa de su per-
 a. Mira que no hay joya en el mundo que tanto
 mujer casta y honrada, y que todo el honor
 consiste en la opinion buena que dellas se
 a de tu esposa es tal que llega al extremo de
 ibes, ¿para qué quieres poner esta verdad en
 igo, que la mujer es animal imperfecto, y que
 poner embarazos donde tropiece y caiga, sino
 spejalle el camino de cualquier inconveniente,
 sádumbra corra ligera á alcanzar la perfeccion

¹ La propiedad de indicar á los maridos si sus mujeres
 en cuyo caso al que iba á beber del vino se le derra-

que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle los cazadores usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir las atajan con lodo, y despues ojeándolo le encaminan hácia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo se está quedo, y se deja prender y cautivar á trueco de no pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, ántes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimismo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde léjos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase; y entre otras razones le dijo estas:

Es de vidrio la mujer;
pero no se ha de probar
si se puede ó no quebrar,
porque todo podria ser.

Y es mas fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
á peligro de romperse
lo que no puede soldarse.

Y en esta opinion es en
todos, y en razon la fundo,
que si hay Dánaes en el mundo,
hay pluvias de oro tambien.

Cuanto hasta aquí te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene; y si fuere largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado y de donde quieres

que yo te saque. Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á ti. Que me la quieres quitar á mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á ti no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonorada te toca á ti como á cosa suya su misma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion para que su mujer nó sea la que debe, ni haya sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran los que la maldad de su mujer saben con ojos de menosprecio en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quíerote decir la causa por que con justa razon es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea; y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva, y así como Adan despertó y la miró dijo: esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dijo: por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma; y entónces fué instituido el divino sacramento del matrimonio con tales lazos que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas no tienen mas de una voluntad; y de aquí viene que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño: porque así como el dolor del pié ó de cualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer por ser una misma carne con ella; y como las honras y deshonoras del mundo se sacan todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala se sacan

deste género, es forzoso que al marido le queda parte dellas y sea tenido por deshonorado sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive : mira por cuán vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa : advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonor y desventura, que yo no pienso serlo aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo que por un buen espacio no le pudo responder palabra ; pero en fin le dijo : con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas ; y asimismo veo y confieso que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto mas para comerse : así que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences aunque tibia y fingidamente á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra ; y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra ; y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda ; y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero ; y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues, como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas ejemplos traerle, ni qué mas razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daria á otro cuenta de su mal

deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila quedase Anselmo satisfecho; y así le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaria cuando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimismo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos él mismo los haria. A todo se ofreció Lotario bien con diferente intencion que Anselmo pensaba; y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero áquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila; y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recibido de Camila, la cual le recibia y regalaba con mucha voluntad por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y média volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, ántes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo tambien á Camila que no dejase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efecto él supo tan bien fingir la necesidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de caballeros armados. Mirad si era razon que le temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual como halló á Camila en su aposento y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado

tanto ya habrían tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad ne se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se trasforma en ángel de luz siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es, y sale con su intencion si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues que se pasaron muchos dias que sin decir Lotario palabra á Camila respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; ántes decia que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dijo Anselmo, hasta aquí ha resistido Camila á las palabras, es menester ver cómo resiste á las obras : yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcáis y aun se los déis, y otros tantos para que compréis joyas con que cebarla, que las mujeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste á esta tentacion yo quedaré satisfecho y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia qué decirse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para qué cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de média hora Lotario no habló palabra á Camila ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su

abia dicho de las respuestas de Camila todo era entira; y para ver si esto era así salió del apomando á Lotario aparte le preguntó qué nuevas qué temple estaba Camila. Lotario respondió que no le daría puntada en aquel negocio, porque respondiera y desabridamente que no tendría ánimo para decirle cosa alguna. ¡ Ah, dijo Anselmo, Lotario, cuán mal correspondest á lo que me debes y á lo de ti confío! Ahora te he estado mirando por el oncede la entrada desta llave, y he visto que no alabrá á Camila, por donde me doy á entender primeras le tienes por decir; y si esto es así, como es, ¿ para qué me engañas, ó por qué quieres en tu industria los medios que se podría hallar para mi deseo? No dijo mas Anselmo; pero bastó lo dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el como tomando por punto de honra el haber sido mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tan á su cargo el contentalle y no mentilla, y á si con curiosidad lo espiaba: cuanto mas que á nester usar de ninguna diligencia, porque la que poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Anselmo, y para darle comodidad mas segura y ménos determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias á la de un amigo suyo que estaba en una aldea de la ciudad; con el cual amigo concertó que le enseñara con muchas véras para tener ocasion con su partida. Desdichado y mal advertido de ti, ¿ qué es lo que haces? ¿ qué es lo que trazas? ¿ qué ordenas? Mira que haces contra ti mismo, trazando y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa y sosesadamente la posees, nadie sobresalta tus pensamientos no salen de las paredes de su su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos contento de sus gustos, y la medida por donde mide ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo, y en la de su honor, hermosura, honestidad y riqueza sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene de desear, ¿ para qué quieres ahondar la tierra? ¿ por qué las vetas de nuevo y nunca vistó tesoro, poniendo ro que toda venga abajo, pues en fin se sustentan biles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que lo imposible es justo que lo posible se le niegue, mejor un poeta diciendo:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prision libertad,
en lo cerrado salida,
y en el traidor lealtad.

Pero mi suerte, de quien
jamás espero algún bien,
con el cielo ha estatuido,
que pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den.

Fuése otro día Anselmo á la aldea dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente vendría Lotario á mirar por su casa y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona. Afligióse Camila como mujer discreta y honrada de la orden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que así lo haria aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro día vino á su casa Lotario, donde fué recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trujo consigo. En los tres días primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila; y aun tenia orden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, ántes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado, mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta que ponía freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no un corazon de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada, y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamás Anselmo le viese á él ni á

viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenía el
 gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba con-
 sigo mismo por desechar y no sentir el contento que le lle-
 vaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino,
 llamábase mal amigo y aun mal cristiano: hacia discursos
 y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en de-
 cir que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo que
 su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios
 como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no
 temiera pena por su culpa. En efecto la hermosura y la bon-
 dad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante
 marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de
 Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que
 su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de
 Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por re-
 sistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta
 turbacion y con tan amorosas razones que Camila quedó sus-
 pensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y
 entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna: mas
 no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza
 que siempre nace juntamente con el amor, ántes tuvo en mira
 á Camila; la cual habiendo visto en Lotario lo que jamas pen-
 sara no sabia qué hacerse; y pareciéndole no ser cosa segura
 ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase,
 determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un
 criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas
 razones.

CAPÍTULO XXXIV.

Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente.

« Así como suele decirse que parece mal el ejército sin
 general y el castillo sin su castellano, digo yo que pare-
 muy peor la mujer casada y moza sin su marido cuando
 justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal
 sin vos y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausen-
 cia, que si presto no venís me habré de ir á entretener en
 casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra
 porque la que me dejastes, si es que quedó con tal título
 creo que mira mas por su gusto que por lo que á vos
 toca; y pues sois discreto, no tengo mas que deciros,
 aun es bien que mas os diga. »

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario
 habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber
 respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tanta
 nuevas respondió á Camila de palabra que no hiciese mudanza.

miento de su casa en modo ninguno porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa ni ménos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario por no dar qué decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido por no ponerle en alguna pendencia y trabájo; y aun andaba buscando manera cómo disculpar á Lotario con Anselmo cuando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto qué hacer en acudir á los ojos para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo apretar el cerco á aquella fortaleza, y así acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que ménos se pensaba y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; ¿pero qué mucho si la amistad de Lotario no quedó en pié? Ejemplo claro que nos muestra que solo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no le la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en ménos su amor, y pensase que si acaso y sin pensar y no de propósito la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de

ver lo que faltaba en ella, que era lo que en ménos tenía y mas estimaba. Fuése luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa; abrazaronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas: las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolución, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas; y pues á pié enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dió en suerte para que en él pasases la mar deste mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo eso le rogó que no dejase la empresa aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entónces; y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debajo del nombre de Clori porque él le daria á entender á Camila que andaba enamorado de una dama á quien le habia puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas que algunos ratos del año no me visiten: dile tú á Camila que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré si no tan buenos como el sugeto merece, será por lo ménos los mejores que yo pudiere. Quedaron des-
acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y vuelto Anselmo á su casa preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijese la ocasion por que le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que cuando él estaba en casa; pe-

que ya estaba desengañada y creía que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huía de vella y de estar con ella á solas. Dijole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera no habia qué temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos; y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estar ya advertida pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia estando los tres sobre mesa rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su buen crédito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice así:

SONETO.

En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando.
Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envía,
El llanto crece y doblo los gemidos.
Vuelve la noche y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia
Al cielo sordo, á Clori sin oídos.

Bien le pareció el soneto á Camila; pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. A lo que dijo Camila: ¿luego todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad? En cuanto poetas no la dicen, respondió Lotario, mas en cuanto enamorados siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario; y así con el gusto que de sus cosas tenia, y mas

teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clóri, le rogó que si otro soneto ó otros versos sabia los dijese. Si sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir ménos malo, y podréislo bien juzgar pues es este:

SONETO.

Yo sé que muero; y si no soy creído,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus piés, ó bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Como tu rostro hermoso esta esculpido.

Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfía,
Que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo como habia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues cuando mas Lotario le deshonoraba entónces le decia que estaba mas honrado; y con esto todos los escalones que Camila bajaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella le dijo: corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuán poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para poder resistirle. No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta ni es causa para menguar la estimacion darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno y ello por sí digno de estimarse: y aun suele decirse que el que luego da da dos veces. Tambien se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco se estima en ménos. No corre por ti esta razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela y otras anda; con este corre, y con aquel va despacio, á unos entibia y á otros abrasa, á unos hiere y á otros mata: en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye; por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la

tiene rendida porque no hay fuerza que le resista ; y siendo así ¿ de qué te espantas ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo lo tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra, porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea que es la ocasion : de la ocasion se sirve en todos sus hechos principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oídas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza : cuanto mas, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es así, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfaccion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima ; y que no solo tiene las cuatro SS que dicen que han de tener los buenos enamorados¹, sino todo un A. B. C. entero : sino escúchame, y verás como te le digo de coro. El es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico*, y las SS que dicen, y luego *tácito, verdadero* : la X no le cuadra, porque es letra áspera : la Y ya está dicha : la Z *zelador* de tu honra. Rióse Camila del A. B. C. de su doncella, y túvola por mas plática en las cosas de amor que ella decia ; y así lo confesó ella descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad, de lo cual se turbó Camila temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si pasaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió que sí pasaban :

¹ Parece que Cervántes en este pasaje aludió á un dicho proverbial de su tiempo, que explicó Luis Barahona en las *Lágrimas de Angelica*, donde hablando de los efectos que el amor de esta causaba en el Orco, decia (Canto 4º)

Ciego ha de ser el fiel enamorado
No se dice en su ley que sea discreto.
De cuatro *eses* dicen que esta armado,
Sabio, solo, solícito y secreto :
Sabio en servir y nunca descuidado,
Solo en amar y á otra alma no sujeto,
Solícito en buscar sus desengaños,
Secreto en sus favores y sus daños.

porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales cuando ven á las amas echar traspiés no se les da nada á ellas de co-
jear ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rōgar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria; mas cumpliólo de manera que hizo cierto el temor de Camila de que por ella habia de perder su crédito: porque la deshonesto y atrevida Leonela despues que vio que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viese no habia de osar descubrille; que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de su mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el cual sin conocer quién era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, emborzarse, y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otros: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga; y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer alguno que bueno fuese ni aun razonable, sin mas ni mas antes que Anselmo se levantara, impaciente y ciego de la zelosia que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo y le dijo: sábele, Anselmo, que há muchos dias que andandole peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que mas te encubra: sábele que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia co-

ya he comenzado : creí ansimisino que ella, si fuera la que
 había y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado
 cuenta de mi solicitud ; pero habiendo visto que se tarda, co-
 nusco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que
 cuando otra vez hagas ausencia de tu casa me hablará en la
 cámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la ver-
 dad que allí le solia hablar Camila) : y no quiero que precipi-
 tamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun
 cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que
 hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de
 Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento : y así ya
 en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, si-
 me y guarda uno que ahora te daré para que sin engaño y
 sin medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas
 quieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres
 dias como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes
 escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay y
 otras cosas con que te puedas encubrir te ofrecen mucha
 comodidad, y entónces verás por tus mismos ojos y yo por los
 tuyos lo que Camila quiere ; y si fuere la maldad, que se
 puede temer ántes que esperar, con silencio, sagacidad y dis-
 crecion podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, sus-
 cuso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario,
 porque le cogieron en tiempo donde ménos las esperaba oír,
 porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asal-
 tos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento.
 Callando estuvo por un buen espacio mirando al suelo sin
 mover pestaña, y al cabo dijo : tú lo has hecho, Lotario,
 como yo esperaba de tu amistad ; en todo he de seguir tu con-
 sejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que
 conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en
 partándose dél se arrepintió totalmente de cuanto le habia
 hecho, viendo cuán neciamente habia andado, pues pudiera él
 engañarse de Camila y no por camino tan cruel y tan deshon-
 rado. Maldecia su entendimiento, acababa su ligera determi-
 nación, y no sabia qué medio tomarse para deshacer lo hecho
 para darme alguna razonable salida. Al fin acordó de dar
 cuenta de todo á Camila ; y como no faltaba lugar para poderlo
 hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella así como vió que
 podia hablar le dijo : sabed, amigo Lotario, que tengo una
 pena en el corazon que me le aprieta de suerte que parece
 que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no
 lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto,
 que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se
 está con él hasta el dia tan á costa de mi crédito, cuanto le
 quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á
 horas tan inusitadas de mi casa ; y lo que me fatiga es que no
 puedo castigar ni reñir, que el ser ella secretario de nues-
 tros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los

*Si -
simb.*

suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaría remedio para atajar la insolencia de Leonela: díjole así mismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recámara para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oír lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinacion que habia tenido pero como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal mas que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dijo á Lotario que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento le advirtió que tuviese cuidado, que en estando Anselmo escondido él viniese cuando Leonela le llamase, y que á cuanto ella le dijese le respondiese como respondiera aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viesse ser necesario. Digo, dijo Camila, que no hay mas que guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare, no queriendo Camila darle ántes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros que no podian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se le dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer notomia de las entrañas de su honra, íbase á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido entraron en la recámara, y apenas hubo puesto los piés en olla Camila cuando dando un grande suspiro dijo: ¡ay Leonela amiga! ¿no será mejor que ántes que llegase á poner en ejecucion lo que quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomas

la daga de Anselmo que te he pedido y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo como es el que me ha descubierdo en desprecio de su amigo y en deshonor mia. Ponte, Leonela, á esa ventana y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle esperando poner en efecto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia. ¡Ay señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, ¿y qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿quieres por ventura quitarte la vida ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas; mira, señora, que somos flacas mujeres, y éles hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá ántes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo que tanta mano ha querido dar á este desuellacáras en su casa; y ya señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer dél despues de muerto? ¿Qué, amiga? respondió Camila: dejáremosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario quiso salir y descubrirse porque tal cosa no se hiciese; pero detúvolo el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ¡ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dijo: ¿por qué no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar pri-

mero esa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Vé segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrécia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia; yo moriré, si muero, pero há de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela ántes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entretanto que volvía quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: váleme Dios, ¿no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto que me tenga por deshonesto y mala siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con todo creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo; pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas si su insolencia no llegara á tanto que las manifestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues traidores, aquí venganzas: éntre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y cuando mucho saldré bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo; y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas; y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso; y

estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo porque vió que Leonela volvía con Lotario de la mano; y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della le dijo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar esta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y ántes que á esto me respondas palabra quiero que otras algunas me escuches, que después responderás lo que mas te agradare. Lo primero quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad; y así respondió á Camila desta manera: no pensé yo, hermosa Camila, que me llamas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatar me la prometida merced, desde mas léjos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado cuanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad por no haberme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene; que á no ser así, por menos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar para que vieras con cuán poca ocasión le agravias? Pero ya digo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho no tener tan poca con lo que á ti mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no díme: ¿cuándo, ó traidor, respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos?

¿cuándo tus amorosas palabras no fueron desnechas y repredidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creidas admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero castigarme darme la pena que tu culpā merece: y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana no era posible dejar de ser contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agredido de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te di, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró en ti tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro vez dugo quizá seria mas pública mi culpa; pero ántes que esto haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me ayude de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo viendo allá donde quiera que fuere la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla al que en términos tan desperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increíble fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valer de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no diese; la cual tan vivamente fingia aquel extraño embuste de falsedad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podia herir á Lotario ó fingiendo que no podia, dijo: pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo ménos no será poderosa que en parte me quite que no le satisfaga; y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudo herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la islilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonel y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entónces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre

cuerpo de Camila como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo á él sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término: y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera le tuviera mucha mas lástima que á Camila aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase; pediale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora si acaso viese antes que estuviese sana. El respondió que dijese lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese: solo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le vieses; y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veía no cesaba de hacerse cruces maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuán enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por mujer á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó como se ha dicho la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella si diria ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida que él no podia dejar de ver: á lo que Leonela respondia que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo, hermana, replió Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré que le digamos, y quizá que por ser la herida donde es se podrá encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mía, y

sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle
 lada; y lo demas déjalo á mi cargo y al de Dios,
 ipre acude á los buenos. Atentísimo habia estado
 á escuchar y á ver representar la tragedia de la
 e su honra; la cual con tan extraños y eficaces afe-
 presentaron los personajes della, que pareció quese
 rasformado en la misma verdad de lo que fingian.
 mucho la noche, y el tener lugar para salir de su
 á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose
 la margarita preciosa que habia hallado en el desen-
 la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos
 lugar y comodidad á que saliese, y él sin perdella
 uego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se
 uenamente contar los abrazos que le dió, las cosas
 su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila:
 ual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna
 porque se le representaba á la memoria cuán enga-
 aba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba;
 e Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía ya
 esa por haber dejado á Camila herida y haber él sido
 ; y así entre otras razones le dijo que no tuviese pena
 o de Camila, porque sin duda la herida era ligera,
 daban de concierto de encubrirsela á él, y que segun-
 tabia de qué temer, sino que de allí adelante se go-
 egrase con él, pues por su industria y medio él se
 untado á la mas alta felicidad que acertara desearse,
 que no fuesen otros sus entretenimientos que es-
 rsos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna
 emoria de los siglos venideros. Lotario alabó su
 terminacion, y dijo que él por su parte ayudaria á
 tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hom-
 abrosamente engañado que pudo haber en el mundo:
 llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba
 mento de su gloria, toda la perdicion de su fama:
 Camila con rostro al parecer torcido aunque con
 ueña. Duró este engaño algunos dias hasta que al
 pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plan-
 i con tanto artificio hasta allí encubierta, y á Ansel-
 stó la vida sin impertinente curiosidad.

CAPÍTULO XXXV.

de la brava y descomunal batalla que D. Quijote tuvo con
 eros de vino tinto, y se da fin á la novela del Caricac-
 ente.

ras quedaba por leer de la novela cuando del cama-
 donde reposaba D. Quijote salió Sancho Panza todo
 lo diciendo á voces: acudid, señores, presto, y so



Hallaron á D. Quijote en el mas extraño traje del mundo.

corred á mi señor, que anda envuelto en las mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dadó una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. ¿Qué dices, hermano? dijo el cura dejando de leer lo que de la novela quedaba, ¿estáis en vos, Sancho? ¿cómo diablos puede ser eso que decís estando el gigante dos leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que D. Quijote decia á voces: tente, ladron, malandrín, follon, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes; y dijo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque será menester, porque sin duda alguna el gigante está muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada puesta á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. ¿No maten, dijo á esta sazón el ventero, si D. Quijote ó el diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el derramado debe de ser lo que parece sangre á este buen hombre; y con esto entró en el aposento y todos tras él, y vieron á D. Quijote en el mas extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos ménos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias; tenia en la cabeza un bonetillo colorado, y grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza, y él se sabia bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante: y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la victoria que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros de vino tinto que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino, lo cual visto por el ventero tomó tanto miedo que arremetió con D. Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se quitaban, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero hasta que el barbero trujo una gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó D. Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su

contrário. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba dijo: ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento, que la otra vez en este mismo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero; ¿no ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el curá de las manos á D. Quijote, el cual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta y hermosa señora, vivir de hoy mas segura sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os di, pues con ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. ¿No le dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí, que no estaba yo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi condado está de molde. ¿Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían sino el ventero que se daba á Satanas; pero en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con un poco trabajo dieron con D. Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejaronle dormir y salieronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menaguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala aventura

dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora por su respeto vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con mas de dos cuartillos de daño toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo romperse mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritórnes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sosegó todo prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole, que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia en viéndose pacífica en su reino de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogaron la acabase: él, que á todos quiso dar gusto y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento que así decia:

Sucedió pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al revés de la voluntad que le tenia; y para mas confirmacion de su hecho pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonor, creyendo que lo era de su gusto. En esto el gozo que tenia Leonela de verse calificada en sus amores llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudiese ponerle en ejecucion. En fin una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quién los daba sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y

hacel
figura
tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él diciéndole: sosiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, ántes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no que la mataría. Ella con el miedo, sin saber lo que se decía, le dijo: no me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Días luego, dijo Anselmo, si no muerta eres. Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada, déjame hasta mañana, que entónces sabrás de mí lo que te ha de admirar; y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo de esta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y así se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldría hasta que le dijese lo que tenía que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo, porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa ó no; y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormía, juntó las mejores joyas que tenía y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fué tal que no le sabia responder palabra, ni ménos sabia resolverse en lo que haría. En fin acordó de llevar á Camila á un monasterio en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él ansimismo se ausentó luego de la ciudad sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenía de saber lo que Leonela quería decirle, se levantó y fué adonde la habia dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama ni en toda la casa quedó asombrado. Pre-

guntó á los criados de casa por ella; pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio; y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabia qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin á cabo de una gran pieza de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad cuando acosado de sus pensamientos le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta casi que anochece, y aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la ciudad, y después de haberle saludado le preguntó qué nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: las mas extrañas que muchos dias há se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto no sé puntualmente cómo pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta que los llamaban *los dos amigos*. ¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vais, señor, dijo Anselmo. Con él quedéis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen ade-

pena? 7

rezos de escribir. Hízose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció por las pñemisas mortales que en sí sentia, que se le iba acabando la vida, y así ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte : y comenzando á escribir, ántes que acabase de poner todo lo que queria le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida, y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones :

« Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese ; y pues yo fui el fabricante de mi deshonor, no hay para que... »

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto sin poder acabar la razon se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, nō por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que aunque se vió viuda no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernández de Córdoba en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo : lo cual sabido por Camila hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dijo el cura, me parece esta novela ; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad : y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama

pudiérase llevar, pero entre marido y mujer algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle no me descontenta.

CAPÍTULO XXXVI

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

Estando en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo : esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes : si ellos paran aquí gaudeamus tenemos. ¿Qué gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la jineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié. ¿Vienen muy cerca? preguntó el cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorothea se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de D. Quijote, y casi no habian tenido lugar para esto cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho : y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apearse la mujer que en el sillón venia; y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna; solo que al sentarse la mujer en la silla dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada : los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió : pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta, solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habéis visto : y esto dígo porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. ¿Y la señora quién es? preguntó el cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro : suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma : y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no há más de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habéis oido nombrar á al-

guno dellos? preguntó el cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima, y sin duda tenemos creído que ella va forzada donde quiera que va; y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quizá porque no lo debe de

pluntad el monjio va triste como parece. Tode dijo el cura; y dejándolos se volvió adonde es-
la cual como habia oido suspirar á la embozada, natural compasion se llegó á ella y le dijo: ¿qué señora mia? mirad si es alguno de quien las mu- tener uso y experiencia de curarle, que de mi zco una buena voluntad de serviros. A todo esto astimada señora; y aunque Dorotea tornó con ecimientos, todavia se estaba en su silencio hasta caballero embozado, que dijo el mozo que los de- an, y dijo á Dorotea: no os canséis, señora, en á esa mujer, porque tiene por costumbre de no osa que por ella se hace, ni procuréis que os no queréis oir alguna mentira de su boca. Ja-

dijo á esta sazón la que hasta allí habia estado les por ser tan verdadera y tan sin trazas men- eo ahora en tanta desventura, y desta vos mismo seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace á o y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien ntamente, como quien estaba tan junto de quien ue sola la puerta del aposento de D. Quijote edio; y así como las oyó, dando una gran voz ame Dios! ¿qué es esto que oigo? ¿qué vos

ha llegado á mis oídos? Volvió la cabeza á aquella señora toda sobresaltada, y no viendo ba se levantó en pié y fuése á entrar en el apo- il visto por el caballero la detuvo sin dejarla mo- . A ella con la turbacion y desasosiego se le cayó on que traía cubierto el rostro y descubrió una ncomparable y un rostro milagroso aunque des- sombrado, porque con los ojos andaba rodeando igares donde alcanzaba con la vista, con tant arecia persona fuera de juicio, cuyas señales, si ió las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea n miraban. Teníala el caballero fuertemente asid lidas, y por estar tan ocupado en tenerla no pud arse el embozo que se le caía, como en efecto a do; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada co aba, vió que el que abrazada ansimismo la tení o D. Fernando, y apénas le hubo conocido cuand o lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristisim aer de espaldas desmayada; y á no hallarse al

junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió la conoció D. Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fué á D. Fernando, que tenía abrazada á Luscinda. Tambien D. Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos y mirábanse todos, Dorotea á D. Fernando, D. Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á D. Fernando desta manera: dejadme, señor D. Fernando, por lo que debéis á ser quien soís, ya que por otro respeto no lo hagáis; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrímo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas: notad como el cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabéis por mil costosas experiencias que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte tan claros desengaños para que volváis (ya que no podáis hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que D. Fernando aun no la dejaba de sus brazos ni respondia á sus razones, esforzándose lo mas que pudo se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus piés, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir:

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus piés está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quién tú por tu bondad ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad vivió vida contenta hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad:

dádiva de ti tan mal agradecida cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á ti de la manera que te veo. Pero con todo esto no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traído solo los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dejas la incomparable voluntad que te tengo; tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitastē mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacermē venturosa en los fines, como me hicistē en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quíereme á lo ménos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas con dejarme y desemparrarme que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho; y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto mas, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á ti te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que quieras ó no quieras yo soy tu esposa; testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias: testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias; y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar en dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á D. Fernando y cuantos presentes estaban la acompañaron en ellas. Escuchóla D. Fernando sin replicalle palabra hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser

corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneceria. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de D. Fernando que apretada la tenian; el cual lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda dijo: venciste, hermosa Dorotea, venciste porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dejó D. Fernando iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de D. Fernando se habia puesto porque no lo conociese, pospuesto todo temor y aventurado á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos le dijo: si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio le dijo: vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para D. Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que D. Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y poniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decia: ¿qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus piés á tu esposa, y la que quierés que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igualar á ti mismo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la ge-

nerosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Lusinda, no quitaba los ojos de D. Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida; pero á esta sazón acudieron los amigos de D. Fernando, y el cura y el barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á D. Fernando suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creían que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecia, sino con particular providencia del cielo se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Lusinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciendo á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimismo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas ó ninguna se le podian igualar, cuanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo; y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de D. Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto fué abajarse y abrazar á Dorotea diciéndole: levantaos, señora mía, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amáis, os sepa estimar en lo que merecéis: lo que os ruego es que no me reprendáis mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasión y fuerza que me movió para

acataros por mia, esta misma me impelió para procurar no
er vuestro ; y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos
de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de
todos mis yerros ; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba,
yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y
contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de
rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea ;
diciendo esto la tornó á abrazar y juntar su rostro con el
suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener
gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar
indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hi-
cieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos
los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar
tantas los unos de contento propio, y los otros del ajeno, que no
parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia suce-
dido : hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que
no lloraba él sino por ver que Dorotea no era como él pen-
saba la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes espe-
raba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion
de todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de
rodillas ante D. Fernando, dándole gracias de la merced que
les habia hecho, con tan corteses razones, que D. Fernando
no sabia qué responderles, y así los levantó y abrazó con
muestras de mucho amor y de mucha cortesía. Preguntó
uego á Dorotea le dijese cómo habia venido á aquel lugar
tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó
todo lo que ántes habia contado á Cardenio : de lo cual gustó
tanto D. Fernando y los que con él venian, que quisieran que
durara el cuento mas tiempo : tanta era la gracia con que Doro-
tea contaba sus desventuras ; y así como hubo acabado dijo
D. Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues
que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba
ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya : dijo que la
quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido,
que así se salió de su casa despechado y corrido, con de-
terminacion de vengarse con mas comodidad ; y que otro dia
supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres,
sin que nadie supiese decir dónde se habia ido, y que en re-
olucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba
en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida
si no la pudiese pasar con Cardenio, y que así como lo supo,
acogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino
al lugar donde estaba, á la cual no habia querido hablar te-
meroso que en sabiendo que él estaba allí habia de haber
mas guarda en el monasterio ; y así aguardando un dia á que
la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la
puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio bus-
cando á Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando
con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa.

se habian venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella : todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vió en su poder perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar sin hablar palabra alguna ; y que así acompañado de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánimo viendo que se le desaparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en D. Fernando, y su amo estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía, Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. D. Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder crédito y el alma ; y finalmente cuantos en la venta estaban estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el cura como discreto, y á cada uno daba el parabién del bien alcanzado ; pero quien mas jubilaba y se contentaba era la ventera por la promesa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños é intereses que por cuenta de D. Quijote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, así con malencónico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo : bien puede vuestra merced señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió D. Quijote, porque he tenido con el gigante la más descomunal y desafortada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida : y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fuera de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho ; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que me

sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la san-
te seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la
cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanas.
¿Qué es lo que dices loco? replicó D. Quijote, ¿estás en tus sesos?
Avántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado
que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina
convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros
sucesos, que si cae en ellos le han de admirar. No me mara-
villaria de nada de eso, replicó D. Quijote, porque si bien te
 acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo
tanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no seria
mucho que ahora fuese lo mismo. Todo lo creyera yo, res-
pondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese-
able, mas no lo fué sino real y verdaderamente: y vi yo que
el ventero que aquí está hoy dia tenia del un cabo de la
manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio,
y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse
á las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que
no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mu-
cha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dijo D. Qui-
jote, dame de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero
ver los sucesos y trasformaciones que dices. Dióle de vestir
Sancho, y en el entretanto que se vestia contó el cura á
D. Fernando y á los demas que alli estaban las locuras de
D. Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la
Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su
señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que San-
cho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron.
Por parecerles lo que á todos parecia ser el mas extraño gé-
nero de locura que podia caber en pensamiento disparatado.
Dijo mas el cura, que pues ya el buen suceso de la señora
Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era me-
jor inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra.
Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Lus-
tina haria y representaria suficientemente la persona de Do-
rotea. No, dijo D. Fernando, no ha de ser así, que yo quiero
que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy lé-
jos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que
se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aquí
Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco
de hacer tan buena obra. Salió en esto D. Quijote armado de
brino en la cabeza, con el yelmo aunque abollado de Mambrino
ó lanzon. Suspendió á D. Fernando y á los demas la
extraña presencia de D. Quijote, viendo su rostro de médi-
legua de andadura seco y amarillo, la desigualdad de sus ar-
mas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta
ver lo que él decia, el qual con mucha gravedad y reposo
puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se deshace, porque de reina y gran señora que solíades ser habéis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso que no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo saber de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leído y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y le hallara á cada paso como otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndole mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no há muchas horas que yo me vi con él, y.... quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando ménos lo pensemos. Vistosos vos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á esta sazón el ventero, al cual mandó D. Fernando que callase, no interrumpiese la plática de D. Quijote en ninguna manera, y D. Quijote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo más D. Quijote, y esperó á que la princesa le respondiese; la cual como ya sabia la determinacion de D. Fernando de que prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra, D. Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: quienquiera que os dijo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no me dijo lo cierto, porque la misma que ayer fui me soy hoy. La verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acontecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser lo que antes, y de tener los mismos pensamientos de valermos del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que están presentes: lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esta dijo la discreta Dorotea, y en oyéndole D. Quijote se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: ahora te

digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirósos escuderos hubiere de caballerós andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo ménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas de que la señora reina se esté cómo se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte como á cada hijo de vecino. Ahora yo digo, Sancho, dijo D. Quijote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dijo D. Fernando, y nõ se hable mas en esto; y pues la señora princesa dice que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor D. Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de servirlos y acompañaros, respondió D. Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre D. Quijoté y D. Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazón entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con médias mangas y sin cuello, los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traía unos borceguies batilados y un alfanje morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza; traía un bonetillo de brocado, y vestidá una almálafa que desde los hombros á los piés la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la

fu.

x. p. ...

f. 15. barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su
 119) apostura que si estuviera bien vestido le juzgaran por per-
 120) sona de calidad y bien nacida. Pidió en entrando un aposento,
 y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recibir
 y llegándose á la que en el traje parecia mora
 sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija
 s, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto
 ron á la mora; y Dorotea, que siempre fué agra-
 lida y discreta, pareciéndole que así ella como el que
 ongojaban por la falta del aposento, le dijo: no
 ha pena, señora mia, la incomodidad de regalo
 lta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas;
 todo esto, si gustáredes de posar con nosotras,
 Luscinda, quizá en el discurso deste camino
 lado otros no tan buenos acogimientos. No res-
 a á esto la embozada, ni hizo otra cosa que leván-
 nde sentado se habia, y puestas entrambas manos
 bre el pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo
 que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que
 guna debia de ser mora, y que no sabia hablar
 legó en esto el cautivo, que entendiendo en otro
 entónces habia estado, y viendo que todas tenian
 a que con él venia, y que ella á cuanto le decian
 o: señoras mias, esta doncella apenas entiende
 ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su
 r esto no debe de haber respondido ni responde
 e ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ni
 ondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche
 npañia y parte del lugar donde nos acomodaremos,
 hará el regalo que la comodidad ofreciere con
 ue obliga á servir á todos los extranjeros que de
 ecesidad, especialmente siendo mujer á quien
 ella y por mi, respondió el cautivo, os beso, os
 as manos, y estimo mucho y en lo que es razon
 ecida, que en tal ocasion, y de tales personas con-
 recer muestra, bien se echa de ver que ha de e-
 le. Decidme, señor, dijo Dorotea, ¿esta señora
 mora? porque el traje y el silencio nos hace pe-
 lo que no queríamos que fuese. Mora es en el tra-
 erpo, pero en el alma es muy grande cristian
 e grandisimos deseos de serlo. ¿Luego no es ba-
 lio Luscinda. No ha habido lugar para ello, re-
 autivo, despues que salió de Argel su patria y tierra
 ora no se ha visto en peligro de muerte tan cerca
 se á bautizalla, sin que supiese primero todas
 que nuestra madre la santa Iglesia manda; por
 servido que presto se bautice con la decencia q-
 le su persona merece, que es mas de lo que me-
 to y el mio. Con estas razones puso gana en toda

los que escuchándole estaban de saber quién fuese la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces por ver que aquella sazón era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian y lo que ella haria. El en lengua arábica le dijo que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese, y así se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podia igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariar á la hermosa mora. Preguntó D. Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió, que Lela Zoraida, y así cómo esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con mucha priesa, llena de vergüenza y donaire: *no, no Zoraida: María, María*, dando á entender que se llamaba María, y no Zoraida. Estas palabras y el grande afecto con que la mora las dijo hicieron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor diciéndole: *si, María, María*: á lo cual respondió la mora: *si, si, María: Zoraida macange*, que quiere decir *no*. Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los que venian con D. Fernando habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á D. Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas D. Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero; y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas viendo que dejando de comer D. Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel caballero de la Triste Figura que ando por ahí

en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que esta
 arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hom-
 bres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto
 á mas peligros está sujeto. Quitenseme delante los que dijeren
 que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean
 quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la ra-
 zon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen,
 es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que
 las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejer-
 cicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de
 buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los
 que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza,
 los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento; ó
 como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su
 cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con
 el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcan-
 za con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento de
 enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, á
 prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son
 acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el
 cuerpo. Siendo pues así que las armas requieren espíritu
 como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el
 del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendrá
 á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina,
 porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene
 por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las let-
 ras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco
 llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin
 como este ninguno otro se le puede igualar), hablo de las
 letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia
 distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender,
 hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto gene-
 roso, y alto y digno de grande alabanza; pero no de tan
 alto como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen
 por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres
 pueden desear en esta vida: y así las primeras buenas nue-
 vas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que
 dieron los ángeles la noche que fué nuestro día cuando ca-
 taron en los aires: *gloria sea en las alturas, y paz en la*
tierra á los hombres de buena voluntad; y la salutacion que
 el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus al-
 gados y favorecidos fué decirles, que cuando entrasen en
 alguna casa dijiesen: *paz sea en esta casa*; y otras muchas
 veces les dijo: *mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con*
vosotros; bien como joya y prenda dada y dejada de tal man-
 era que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien
 alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que
 mismo es decir armas que guerra. Presupuesta pues esta
 verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto ha-

ventaja al fin las letras, vengamos ahora á los trabajos de cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática D. Quijote, que obligó á que por entónces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco; ántes como todos los mas eran caballeros á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no habia que decir mas de su malaventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma aunque sea un poco mas tarde lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ajeno brasero ó chimenea que si no calienta, al menos entibie su frio, y en fin la noche duermen muy bien debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto que habiendo pasado por estas sirtes y por estas escilas y caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

CAPÍTULO XXXVIII.

Se trata del curioso discurso que hizo D. Quijote de las armas y las letras.

Prosiguiendo D. Quijote dijo: pues comenzámos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la

misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare¹ por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar² de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla³ en la cabeza hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habéis mirado en ello, ¿cuán menores son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que no podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo⁴. Todo esto es al revés en los letrados, porque de falsas, que no quiero decir de mangas⁴, todos tienen en que entretenerse; así que aunque es mayor el trabajo del soldado es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es mas fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy difícil salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas.

¹ Garbear significa lo que militarmente se llama ahora *merodear*.

² Se alude á la borla, insignia de los graduados de doctores y maestros en las universidades.

³ Quiere decir, que no llegan á mil.

⁴ Esto es, *de un modo ú otro*. *Mangas* suele significar lo mismo que regalos, adehalas, emolumentos que se agregan al sueldo de algun empleado. Por oposicion á estos provechos eventuales, denotados por *mangas*, *faldas* significa el estipendio señalado, los derechos corrientes y fijos. Uno y otros juntos forman la dotacion del oficio de letrado, así como las mangas y faldas pertenecen á un mismo vestido.

ultra las letras : materia que hasta ahora está por averiguar según son las razones que cada una de su parte alega ; y en las que he dicho dicen las letras, que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios ¹, y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y á la consension que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas ; y es razón averiguada que aquello que mas cuesta se estima y debe estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas ; mas llegar no por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que á el estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparación, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿ Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni atigir al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza ², y estando de posta ó guarda en algún rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza ? Solo lo que puede hacer es dar noticia á la capitan de lo que pasa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuando improvísamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeas por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enavijadas y trabadas no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de parte contrária, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés irá á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido valor, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabuceria, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario ; y lo que mas es de admirar, que apé-

¹ Cuando vivía Cervántes la voz *corsario* era sinónima de *pirata*.
² *Fuerza* significa plaza murada y guarnecida de gente para defensa ; pero esta acepción de la palabra *fuerza* no está en uso en la actualidad.

nas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin de mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los frances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa que un infame y cobardo brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone rezelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dijo D. Quijote en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le había dicho Sancho Panza que cenase, que después habría lugar para decir todo lo que quisiese. En lo que escuchado le habían sobrevino nueva lástima de ver que un hombre que al parecer tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienda caballería¹. El cura le dijo que tenía mucha razón en todo cuanto había dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija Maritórnes aderezaban el camanranchon de D. Quijote de la Mancha, donde habían determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, D. Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podría ser sino que fuese peregrino y gustoso, según las muestras que había comenzado á dar viniendo en compañía de Zoraida: á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haría lo que se le mandaba, y que solo temía que el cuento no habi-

¹ Es decir, de su malhadada caballería.

de ser tal que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso por no faltar en obedecellé le contaria. El cura y todos los demas se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron, y al viéndose rogar de tantos dijo que no eran menester ruegos donde el mandar tenia tanta fuerza; y así estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ar que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.

En un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi viaje, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza de la fortuna, aunque en la estrechez de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente fuera si así se diera maña á conservar su hacienda como la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables son como monstruos, que se ven pocas veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y vivaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenia eran todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que, segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho; así llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento me dijo unas razones semejantes á las que ahora diré. Hijos, para deciros que os quiero bien basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal basta saber que yo me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendáis desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como parastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que há muchas que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estáis ya en edad de tomar estado, ó á lo ménos de elegir ejercicio tal que cuando mayores os honre y proveche, y lo que he pensado es hacer de mi hacienda

cuatro partes : las tres os daré a vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedará yo para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida ; pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo dice : *Iglesia, ó mar, ó casa real*, como si mas claramente dijera : quien quisiere valer y ser rico, siga ó la Iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancia, ó éntre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen : *mas vale migaja de rey que merced de señor*. Digo esto porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancia, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servir en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo veréis por la obra. Decidme ahora si queréis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto : y mandándome á mí por ser el mayor que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo én él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y á lo que yo creo el mas discreto, dijo que quería seguir la Iglesia, irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabámos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo por obra cuanto nos habia prometido ; y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa, en un mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil ducados en dineros, y mas tres mil que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender sino quedarse con ella en raíces. Digo en fin que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándo-

nos que les hiciésemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometimoselo, y abrazándonos y echándonos su bendición, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Génova, fui desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alejándria de la Palla tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flándes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Eguemon y de Hórnos, alcancé á ser alferez de un famoso capitan de Guadalajara llamado Diego de Urbina, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flándes se tuvo nuevas de la liga que la santidad del papa Pio Quinto de felice recordacion habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el cual en aquel mismo tiempo habia ganando con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de Venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por general desta liga el Serenísimo D. Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey D. Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos y casi premisas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese sería promovido á capitan, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte que el señor D. Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Messina. Digo en fin que yo me hallé en aquella felicísima jornada ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos; y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron) yo solo fui él desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso dia con cadenas á los piés y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchalí rey de

Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrerla, en la cual yo iba con mi compañía, y haciendo lo que debia en ocasion semejante salté en la galera contrária, la cual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos; en fin me rindieron lleno de heridas, y como ya habéis, señores, oído decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fui el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo general de la mar á mi amo porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino bogando en la capitana de los tres fanales ¹. Vi y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los levantes y genizaros ² que en ella venian tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regía sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor D. Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba la *Presa*, de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la *Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido capitán D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la *Presa*. Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y tratába tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos

¹ Buque comandante general de la armada, cuya insignia eran tres fanales.

² Los levantes eran soldados de marina, y los genizaros de tierra; pero estos solian embarcarse tambien en los casos de necesidad, y aun pretendian muchas veces como medio de enriquecerse con las presas hechas en el corso.

á un tiempo los remos, y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco mas que pasó del árbol ya habia pasadó su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvimos á Constanti-nopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella como el señor D. Juan habia ganado á Túnez y quitado aquel reino á los Turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor D. Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo ménos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la Africa mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenuta hasta entónces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los Turcos no la hallaron á dos varas, y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero¹, ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fué comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen hablan de léjos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apénas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España en permitir que se aso-

¹ Es decir, de un sitio mas alto.

lase aquella oficina y capa de maldades, y aquella goma é esponja y pollila de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse también el fuerte; pero fuéronle ganando los Turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendían pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estãño á cargo de D. Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á D. Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto le fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimismo al general del fuerte que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de S. Juan, de condición generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que más hizo lastimosa su muerte fué haber muerto á mano de unos alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginevses que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refrán castellano: que *aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece*; y así se dice que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente porque no se le habían traído vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron fué uno llamado D. Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucía el cual había sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenía particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo porque su suerte le trujo á mi galera y mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patron; y ántes que nos partiésemos de aquel puerto hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á D. Pedro de Aguilar, D. Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos dijo el uno

antes que vuestra merced pase adelante le suplico me diga qué se hizo ese D. Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla se huyó en traje de arnaute con un griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año vi yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje. Pues así fué, respondió el caballero, porque ese D. Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Dígalos pues vuesa merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia así:

CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
A lo mas alto y lo mejor del cielo,
Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
Que en propia y sangre ajena colorastes
El mar vecino, y arenoso suelo:
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria:
Y esta vuestra mortal triste caída,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

Desa misma manera le sé yo, dijo el cautivo. Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así:

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada;

Siendo primero en vano ejercitada
 La fuerza de sus brazos esforzados,
 Hasta que al fin, de pocos y cansados,
 Dieron la vida al filo de la espada.
 Y este es el suelo, que continuo ha sido
 De mil memorias lamentables lleno
 En los pasados siglos y presentes :
 Mas no mas justas de su doro sono
 Habrán al claro cielo almas sabido,
 Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se ale
 nuevas que de su camarada le dieron, y prosi
 cuento dijo : rendidos pues la Goleta y el fuerte
 dieron orden en dismantelar la Goleta, porque el f
 tal, que no hubo que poner por tierra, y para hace
 brevedad y ménos trabajo la minaron por tres p
 con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos
 eran las murallas viejas ; y todo aquello que ha
 en pié de la fortificacion nueva que habia hech
 con mucha facilidad vino á tierra. En resolucio
 volvió á Constantinopla triunfante y vencedora,
 pocos meses murió mi amo el Uchali, al cual llam
Fortax, que quiere decir en lengua turquesca
tiñoso, porque lo era, y es costumbre entre los
 nérse nombres de alguna falta que tengan ó de al
 que en ellos haya : y esto es porque no hay ent
 cuatro apellidos de linajes que decienden de la cas
 y los demás, como tengo dicho, toman nombre y
 de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del
 este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del Gran Se
 ños, y á mas de los treinta y cuatro de su edad
 despecho de que un Turco, estando al remo, le dió
 y por poderse vengar dejó su fe : y fué tanto su
 sin subir por los torpes medios y caminos que lo
 vados del Gran Turco suben, vino á ser rey de Ar
 pues á ser general de la mar, que es el tercero
 hay en aquel señorío. Era calabres de nacion, y u
 fué hombre de bien, y trataba con mucha human
 cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales de
 muerte se repartieron como él lo dejó en su testa
 el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cr
 en, y entra á la parte con los mas hijos que deja
 entre sus renegados ; y yo cupe á un renegado
 que siendo grumete de una nãve le cautivó el U
 miso tanto que fué uno de los mas regalados
 tuyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que
 la visto. Llamábase Azan Agá *, y llegó á ser mu

* Es errata por Azan Bafá.

ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida encerrado en una prision ó casa que los Turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacen, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma sino es cuando se tarda su rescate, que entónces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues era uno de los de rescate, que como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusieronme una cadena, mas por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver á cada paso las jamas vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los Turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, él cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar,

yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caían las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrían con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues que un dia estándô en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros haciendo pruebas de saltar con las cadenas para entretener el tiempo, estando solos (porque todos los años habian salido á trabajar) alcé acaso los ojos, y vi aquellas cerradas ventanillas que he dicho paradas, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña iba blandeando y moviéndose casi como si hiciera legásemos á tomarla. Mirámos en ello, y uno de mis compañeros fué á ponerse debajo de la caña para ver lo que hacian; pero así como llegó alza la caña y la movieron á los dos lados como si dijieran no se puede. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Como esto no quise dejar de probar la suerte, y así como me puse debajo de la caña la dejaron caer, y dió á caer dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, y caí en un nudo, y dentro dél venian diez cianis, que son unas bolas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale mas de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no sé á qué decirlo, pues fué tanto el contento como el de pensar de dónde podia venirnos aquel bien. Como me acordé á mí, pues las muestras de no haber querido la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia el beneficio, y como me acordé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme á mirar la ventana, y vi que por ella salia una mujer, y como que la abria y cerraba muy apriesa. Con esto me vino á la imaginación que alguna mujer que en aquella casa nos debía de haber hecho aquel beneficio, y como lo agradecíamos hicimos zalemas á uso de moros, y le dimos la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo la mano sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la misma puerta una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á tirar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana de estar cautiva en aquella casa, y era la que nos habia hecho el beneficio; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que nos dimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que sabemos que debia de ser cristiana renegada, á quien suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos compañeros, y no lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que á su nacion. En todos nuestros discursos dimos

muy léjos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna; y aunque en este tiempo procurámos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamas hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcáide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas quando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas cianis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido, y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba yendo cada uno primero que yo de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todas nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedámos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En esto yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puestoriendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intención de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á volver á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se cumplirá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los Turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y quando ven la suya se vuelven á Berbería á ser lo que ántes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles

le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo sino escribirlo; pero ántes que del todo me declarase con él le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióla, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: díjome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué trauciendo, y en acabando dijo: todo lo que va aquí es romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y has de advertir que adonde dice: *Lela Márien*, quiere decir: *nuestra Señora la Virgen María*. Leímos el papel, y decia así:

• Cuando yo era niña tenia mi padre una esclava, la cual
 • en mi lengua me mostró la zalá cristianesca, y me dijo mu-
 • chas cosas de Lela Márien. La cristiana murió, y yo sé que
 • no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la vi dos veces,
 • y me dijo que me fuese á tierra de cristianos á ver á Lela
 • Márien, que me queria mucho. No sé yo cómo vaya: muchos
 • cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha
 • ballero sino tú. Yo soy muy hermosa y mucha-
 • ro muchos dineros que llevar conmigo: mira te
 • hacer cómo nos vamos, y serás allá mi marido
 • y si no quisieres no se me dará nada, que Lela
 • dará con quien me case. Yo escribí esto, mira
 • s á leer, no te fies de ningun moro, porque son
 • uces. Desto tengo mucha pena, que quisiera que
 • ibrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe me
 • go en un pozo y me cubrirá de piedras. En la
 • é un hilo, ata allí la respuesta, y si no tienes
 • criba arábigo dimelo por señas, que Lela Márien
 • entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz que
 • ichas veces, que así me lo mandó la cautiva.
 • ores, si era razon que las razones deste papel
 • n y alegrasen; y así lo uno y lo otro fué de me
 • enegado entendió que no acaso se habia hallado
 • sino que realmente á alguno de nosotros se habia
 • í nos rogó que si era verdad lo que sospechabamos
 • mos dél, y se lo dijésemos, que él aventurara
 • nuestra libertad; y diciendo esto, sacó del pecho
 • de metal, y con muchas lágrimas juró por
 • ella imagen representaba, en quien él, aunque
 • ilo, bien y fielmente creía, de guardarnos lealtad
 • todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque
 • i adivinaba que por medio de aquella que aque-
 • llo habia él y todos nosotros de tener libertad

re decir en oraba salado, falso, perdido, y de confu-

verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gregio de la santa Iglesia su madre, de quien como miembro hedrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mismo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y así le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordámos ansimismo que seria bien responder al billete de la mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto lo que a la mora se le respondió fué esto :

« El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Márien, que es la verdadera madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender cómo podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte y de la de todos estos cristianos que están conmigo te ofrezco de hacer por ti todo lo que pudiéremos hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre : que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que sin tener miedo nos puedes avisar todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres á tierra de cristianos que has de ser mi mujer, yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Márien su madre sean en tu guarda, señora mia. »

Escrito y cerrado este papel aguardé dos dias á que estubiese el baño solo como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podia ver quién la ponía, mostré el papel como dando á entender que pusiesen el hilo ; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejéronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mismo moro que á nosotros nos habian dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el

cual tenía una sola hija heredera de toda su hacienda, que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa mujer de la Berberia, y que muchos de los vireyes li venian la habian pedido por mujer, y que ella nunca queria casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual conoció lo que venia en el papel. Entrámos luego en consejo renegado en qué orden se tendria para sacar á la moros todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por lo que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que

llamaba la que ahora quiere llamarse Maria: porquimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él por la vida ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en ir la caña, al cabo de los cuales en la acostumbrada hora del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un feo parto prometia. Incluyóse á mí la caña y el lienzo en el otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentro en el rancho, el cual dijo que así decia:

Yo no sé, mi señor, cómo dar orden que nos vengamos á la caña, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por cada ventana muchísimos dineros de oro; rescataos vos con ellos y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristianos y compre allá una barca, y vuelva por los demás. Yo me hallaré en el jardin de mi padre, que está al lado de Babazon junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de noche me podréis sacar sin miedo, y llevarme á la caña. Y mira que has de ser mi marido, porque si no yo le diré á Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que me traiga por la barca, rescátale tú y ve, que yo sé que volverás con el otro, pues eres caballero y cristiano. Procura ir al jardin, y cuando te pasees por ahí sabre que estás en el baño, y te daré mucho dinero. Ala te guarde, señor.

Despues de leer el primer papel, el cual decia y contenia el segundo papel, lo cual visto por cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y por lo que se le dio á entender que se le permitia ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me le permitia lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado diciendo que en ninguna manera consentiria que ninguno de ellos se libre sin la libertad hasta que fuesen todos juntos, porque habian mostrado cuán mal cumplian los libertados las promesas que les habian hecho, y que muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales de la ciudad, escapando á uno que fuere, á Valencia ó Mallorca.

dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia nos contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Cuanto mas si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilisima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, sino es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osámos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decia nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todas las nuestras; y así determinámos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconseja, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella solo estaba dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer jumá, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que antes que se fuese nos daria mas dinero; que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos haria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos que no echaria ménos, cuanto mas que ella tenia las llaves de todo. Damos luego quinientos escudos al renagado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté y dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el qual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dán-

el primer bajel que viniese de Valencia para, porque si luego diera el dinero fuera de, que habia muchos dias que mi rescate estaba el mercader por sus granjerias lo habia cae, mi amo era tan caviloso que en ningun vi á que luego se desembolsase el dinero. El viérnes que la hermosa Zoraida se habia dió otros mil escudos y nos avisó de su partida si me rescatare supiese luego el jardin de si todo caso buscarse ocasion de ir allá y verla reves palabras que así lo haria y que tuviese mandarnos á Lela Márien, con todas aquellas cautiva le habia enseñado. Hecho esto dieron tres compañeros nuestros se rescatasen por a del baño, y porque viéndome á mi rescate no habia dinero, no se alborotasen, y les pedí lo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de esto que el ser ellos quien eran me podía temer, con todo eso no quise poner el na, y así los hice rescatar por la misma órden até, entregando todo el dinero al mercader. Ateza y seguridad pudiese hacer la fianza, abrimos nuestro trato y secreto por el peligro

CAPÍTULO XLI.

todavía prosigue el cautivo su suceso.

n quince dias cuando ya nuestro renegado una muy buena barca capaz de mas de ; y para asegurar su hecho y dalle color quise, un viaje á un lugar que se llama Sarguaguas de Argel hácia la parte de Oran, en contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces en compañía del tagarinó que habia dicho. En Berbería á los moros de Aragon, y á los éjares; y en el reino de Fez llaman á los, los cuales son la gente de quien aquel reino la guerra. Digo pues, que cada vez que para daba fondo en una caleta que estaba en esta del jardin donde Zoraida esperaba, y así se ponía el renegado con los morillos que ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayar se pensaba hacer de véras, y así se iba y le pedia fruta, y su padre se la daba si que él quisiera hablar á Zoraida, como

Despues me dijo, y decille que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, sino es que su marido ó su padre se lo manden : de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun mas de aquello que seria razonable ; y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara viendo que su negocio andaba en boca de renegados ; pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia, el cual viendo cuán seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuando y como y adonde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles queria traer conmigo fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad ; y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero : á los cuales no les dije otra cosa sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen á la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno di este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijessen sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos ántes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver ; y así determiné de ir al jardin y ver si podria hablarla ; y con ocasion de coger algunas yerbas un dia ántes de mi partida fui allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos : digo pues que en esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondíle que era esclavo de Arnaute Mamí¹, y

¹ Mamí era el comandante de los corsarios que, apresando la galera española *el Sol*, hicieron cautivos á Miguel de Cervántes y á su hermano Rodrigo, que volvian en ella de Nápoles á España.

esto porque sabia yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas salió de la casa del jardín la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba, ántes luego cuando su padre vió que venia y de espacio la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos: solo diré que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los piés, que descubiertas á su usanza traía, traía dos carcajes (que así se llaman las manillas ó ajorcas de los piés en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traía en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar; y así hay mas perlas y aljófar entre moros que entre todas las demas naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimismo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entónces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones de ánimo la levanten ó bajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin que entónces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó á lo ménos á mí me pareció serlo la mas que hasta entónces habia visto; y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó le dijo su padre en su lengua como yo era cautivo de mi amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada. El tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltanis: á lo cual ella respondió: en verdad que si tú fueras de mi padre que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, por

que vosotros cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os hacéis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuántas personas hay en el mundo. ¿Y cuándo te vas? dijo Zoraida. Mañana creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si, como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dejará esperar otra comodidad, si no tarda, por mejor que sea. ¿Debes de ser sin dudā casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer? No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á ti mucho. Desto se rió muy de véras su padre, y dijo: gualá¹, cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino: si no, mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zoraida como mas latino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como se dicho allí se usa, mas declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas y paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo y lo mismo hizo Zoraida, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues, que dijo su padre á Zoraida: hija, retírate á la casa, y enciértrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas, y véte en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre le habia mandado; pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: ¿tamejí, cristiano, tamejí? que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? Yo la respondí: señora, sí, pero no en ninguna manera sin ti: el primer juma me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos

¹ Juramento arábigo: por Alá, por Dios.

uth.
may.
cler
vine.
indic-
ation.
trig.
am.
Guf.
?)
wret.
ritept.
m.
st.
oy.
del.

veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasámos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre, que ya volvía de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos había visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, ántes se llegó más á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo di á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera le preguntó que qué tenía; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada destos canes se ha desmayado, y quitándola del mio la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: *amej!*, cristiano, *amej!*: véte, cristiano, véte. A lo que su padre respondió: no importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas de este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las que quisieres podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto me vine y di cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el orden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin

el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos dudámos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta dudá llegó á nosotros nuestro renegado diciéndonos, que en qué nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados y los mas dellos durmiendo. Dijimosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegámos al bajel, y saltando él dentro primero metió mano á un alfanje y dijo en morisco: ninguno de vosotros se mueva de aquí si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron sin hablar alguna palabra maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte que llegando á abrir la puerta se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio llegámos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente preguntó con voz baja si éramos *nizarani*, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi le tomé una mano, y la comencé á besar,

y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demás que el caso no sabían hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecía sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en ella respondió que sí, y que dormía. Pues será despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con y todo aquello que tiene de valor en este hermoso, dijo ella, á mi padre no se ha de tocar en ninguna esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, esto que bien habrá para que todos quedéis ricos y y esperaos un poco y lo veréis; y diciendo esto á entrar diciendo que muy presto volvería, que nosotros quedos sin hacer ningún ruido. Preguntéle á lo que con ella había pasado, el cual me lo contó, o dije que en ninguna cosa se había de hacer mas Zoraida quisiese, la cual ya volvía cargada con un lleno de escudos de oro, tantos que apenas lo podía. Quiso la mala suerte que su padre despertase en y sintiese el ruido que andaba en el jardín; y asomada la ventana, luego conoció que todos los que en él eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas comenzó á decir en arábigo: cristianos, cristianos, ladrones, por los cuales gritos nos vimos todos en grandísima y temerosa confusión; pero el viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho otaba salir con aquella empresa ántes de ser sorprendida presta subió donde Agimorato estaba, y con él fueron algunos de nosotros, que yo no paré á Zoraida, que como desmayada se había en mis brazos. En resolución los que subieron tan buena maña, que en un momento bajaron con trayéndole atadas las manos y puesto un paño á la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole el hablarla le había de costar la vida. Cuando vio se cubrió los ojos por no verle, y su padre atado, ignorando cuán de su voluntad se había nuestras manos; mas entónces siendo mas necesarios, con diligencia y presta nos pusimos en la á los que en ella habían quedado nos esperaban, y algún mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas de la noche cuando ya estábamos todos en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de y el paño de la boca; pero tornóle á decir que no hablase palabra, que le quitarían la vida. Y allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimas cuando vio que yo estrechamente la tenía que ella sin defenderse, ni quejarse, ni esquivarse quedaba; pero con todo esto callaba, porque

pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque ántes se arrojaría en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento; pero él respondió que no convenia á causa que si allí los dejaban apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscarlos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podría hacer era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos; y Zoraida, á quien se le dió cuenta con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo; y luego con regocijado silencio y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzámos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fué nos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no mas que sesenta millas de Argel, y asimismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada uno por sí y por todos juntos presumiamos de que si se encontraba galeota de mercancia, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida en tanto que se navegaba puesta la cabeza entre mis manos por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas dióse orden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose así, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Oran por no ser posible

poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegámos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro t  mor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros bagarinos, y el renegado les consoló diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió : cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término,    cristianos ; mas el darme libertad no me tengáis por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo, y el interese que se os puede seguir de d  rmela ; el cual interese si le quer  is poner nombre desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia,    si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis piés y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que all   ibamos le acompañamos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua :    qué es esto, hija, que ayer al anocheecer, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solemnizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventura mas favorable ? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no tra  dole al jardin, qued   mas confuso, y pregunt  le que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió : no te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfar   á todas, y así quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio : ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria.    Es verdad lo que este dice, hija ? dijo el moro. Así es, respondió Zoraida.    Que en efecto, replicó el viejo tú eres cristiana,

y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo cual respondió Zoraida : la que es cristiana yo soy ; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte ni á hacerte mal, sino á hacerme á mí bien. Y qué bien es el que te has hecho, hija? Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que yo. Apénas hubo oído esto el moro, cuando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara si el vestido largo y embarazoso que traía no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraida que le sacasen, y así acudimos luego todos, y asiéndole de la almalafa ¹ le sacámos medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvimosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales habiéndose trocado el viento nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella ; mas quiso nuestra buena suerte que llegámos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado *el de la cava rumia*, que en nuestra lengua quiere decir *la mala mujer cristiana* ; y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir *mujer mala*, y *rumia*, *cristiana* ; y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejámos jamas los remos de la mano : comimos de lo que el renegado habia proveído, y rogámos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse orden á suplicacion de Zoraida como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas ver delante de sus ojos atado á su padre y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto desatámos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados ; pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su

¹ Traje moruno, especie de capa ó sobretodo, comun á ambos sexos.

¿ por qué pensáis, cristianos, que esta mala de que me deis libertad? ¿ pensáis que es por mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por dar á mi presencia cuando quiera poner en malos deseos; ni penséis que la ha movido á entender ella que la vuestra á la nuestra se el saber que en vuestra tierra se usa la des- libremente que en la nuestra; y volviéndose- éndole yo y otro cristiano de en. ambos brazos, algún desatino no hiciese, le dijo: ó infame onsejada muchacha, ¿ adónde vas ciega y des- der destos perros, naturales enemigos nues- sea la hora en que yo te engendré, y malditos os y deleites en que te he criado. Pero viendo término de no acabar tan presto, di prisa á ra, y desde allí á voces prosiguió en sus mal- entos rogando á Mahoma rogase á Alá que nos confundiese y acabase; y cuando por habernos la no podimos oír sus palabras, vimos sus n arrancarse las barbas, mesarse los cabellos por el suelo: mas una vez esforzó la voz de tal podimos entender que decía: vuelve, amada tierra, que todo te lo perdono, entrega á esos mero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á re tuyo, que en esta desierta arena dejará la lejas. Todo lo cual escuchaba Zoraida, y tode aba, y no supo decirle ni respondelle palabra Alá, padre mio, que Lela Marien, que ha sido yo sea cristiana, ella te consuele en tu tri- bien que no pude hacer otra cosa de la que he- estos cristianos no deben nada á mi voluntad, quisiera no venir con ellos y quedarme en mi imposible segun la prisa que me daba mi por obra esta que á mí me parece tan buena, amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo e la oía, ni nosotros ya le veíamos; y así con- oraida atendimos todos á nuestro viaje, el cual a el propio viento, de tal manera que bien tu- to de vernos otro dia al amanecer en las riber- mas como pocas veces ó nunca viene el bien sin ser acompañado ó seguido de algun mal sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quiza fue e el moro á su hija habia echado, que siempre de cualquier padre que sean, quiso digo, que olfados, y siendo ya casi pasadas tres horas ndo con la vela tendida de alto abajo, freni- s, porque el próspero viento nos quitaba del rlos menester, con la luz de la luna que cla- decia, vimos cerca de nosotros un bajel re-

dondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos, y de dónde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa dijo nuestro renegado: ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropá. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo comenzámos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegáramos. Amainaron entónces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro; y viendo cuán pocos éramos, y como el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasámos con los franceses, los cuales despues de habérse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo cuanto teníamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traía en los piés; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me le daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su cordicia, la cual entónces llegó á tanto que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algun provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados siendo descubierto su hurto; mas el capitán, que era el que habia despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino irse luego al camino y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como se pudiese, hasta la Rochela, de donde habia salido; y así toma-

hole circ? "All's it's... .."

ron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la cual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobreza se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de mediodía podria ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho; y el capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel, dimosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche; pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse oscuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razon se debía tener que por allí anduviesen bajeles de corsarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería, amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fué que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese desembarcásemos donde pudiésemos. Hizose así, y poco ántes de la média noche seria cuando llegamos al pié de una deformísima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, y besamos el suelo, y con lágrimas de muy alegrísimo contento dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viaje: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tirámoslos en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde á mi parecer de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser ménos sino que presto descubriésemos quien

nos diese noticia della; pero lo que á mí mas me fatigaba era el ver ir á pié á Zoraida por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas la cansaba á ella mi cansacio que la reposaba su reposo, y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco ménos de un cuarto de legua debíamos de haber andado cuando llegó á nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado; y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pié de un alcoraque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pié, y á lo que despues supimos los primeros que á la vista se ofrecieron fueron el renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante comenzó á dar los mayores gritos del mundo diciendo: moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas de turco y se vistiese un gileco ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa; y así encomendándonos á Dios fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y así como los vimos nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los moros que buscaban tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion por que un pastor habia apellidado arma. Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de dónde veníamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian conoció al jinete que nos habia hecho la pregunta, y dijo sin dejarme á mí decir mas palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga: si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntáis quién somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo diciéndole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya

le conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana
 tu madre, y todos los tuyos, que aun viven, y Dios ha sido
 servido de darte vida para que gocen el placer de verte: ya
 sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras
 de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprende
 que habéis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el
 mozo, tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que
 los jinetes entendieron que éramos cristianos cautivos se
 apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el
 suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua
 y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la
 barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dejado, otros
 nos subieron á las ancas, y Zoraida fue en las del caballo del
 tío del cristiano. Salíónos á recibir todo el pueblo, que ya de
 alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra
 venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros
 cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á
 ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermo-
 sura de Zoraida, la cual en aquel instante y season estaba en
 su punto, así con el cansancio del camino, como con la ale-
 gría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de
 perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores
 si no es que la aflicción entónces me engañaba, osara
 que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo que
 yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la iglesia
 gracias á Dios por la merced recibida, y así como se
 entró Zoraida, dijo que allí habia rostros que se parecían
 los de Lela Márien. Dijimosle que eran imágenes suyas
 como mejor se pudo le dió el renegado á entender lo
 significaban, para que ella las adorase como si verdaderas
 fueran cada una de ellas la misma Lela Márien que la
 hablado. Ella que tiene buen entendimiento y un natural
 y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes
 dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en dife-
 rentes casas del pueblo; pero al renegado, Zoraida y á mi
 llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus pa-
 dres que medianamente eran acomodados de los bienes de
 fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo
 hijo. Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el
 renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se
 fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la
 Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia; los demás
 cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pa-
 reció, quedámonos Zoraida y yo con solo los escudos que le
 dio el francés le dió á Zoraida, de los cuales compré
 un animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta ahora
 padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de
 ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha to-
 mado mas próspera ventura que la mia, puesto que por ha-

berme hechó el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincón donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir que quisiera habérsela contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPÍTULO XLII.

Se trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

Calló en diciendo esto el cautivo, á quien D. Fernando dijo por cierto, señor capitán, el modo con que habéis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la verdad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle, que aunque nos hallara el día de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara; y en diciendo esto, D. Antonio¹ y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció D. Fernando que si queria volverse con él, que él haria que el marqués su hermano fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él por su parte le acomodaria de manera que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En

¹ Podria leerse *Cardenio* en lugar de *D. Antonio*, porque no habia ninguno que se llamase así entre todos los concurrentes; pues aunque venian con D. Fernando tres caballeros, no se habia dicho el nombre de ninguno de ellos.

--- "gaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, la ventera respondió que no habia en toda la venta lo desocupado. Pues aunque eso sea, dijo uno de los ballo que habian entrado, no ha de faltar para el idor que aquí viene. A este nombre se turbó la huésped: dijo: señor, lo que en ello hay es que no tengo si es que su merced del señor oidor la trae, que si traer, éntre en buen hora, que yo y mi marido nos os de nuestro aposento por acomodar á su merced. En buen hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya alido del coche un hombre, que en el traje mostró el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con ligas arrocadas que vestia mostraron ser oidor como lo habia dicho. Traia de la mano á una doncella al de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en lion su vista: de suerte que á no haber visto á Dorotea á Lusinda y Zoraida, que en la venta estaban, crease otra tal hermosura como la desta doncella difícilmente hallarse. Hallóse D. Quijote al entrar del oidor la doncella, y así como le vió dijo: seguramente vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que es estrecho y mal acomodado, no hay estrechamiento en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid como la traen las letras de vuestra merced, hermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y derribarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividir las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced digo en este paraíso, que aquí hallará estrellas que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo hallará las armas en su punto, y la hermosura en su punto. Admirado quedó el oidor del razonamiento de D. Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no se admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar con que respondelle se tornó á admirar de nuevo vió delante de sí á Lusinda, Dorotea y á Zoraida, y á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera habia dado de la hermosura de la doncella, habia de verla y á recibirla; pero D. Fernando, Cardenio y Sancho Panza hicieron mas llanos y mas cortesianos ofrecimientos, y el señor oidor entró confuso así de lo que veia como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron lugar á la hermosa doncella. En resolucion, bien visto el oidor que era gente principal toda la que allí estaba, pero el talle, viaje y la postura de D. Quijote le pareció tan bizarro, y habiendo pasado entró todos corteses ofrecimientos, y tanteando la comodidad de la venta, se ordenó la

que ántes estaba ordenado, que todas las mujeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera como en su guarda : y así fué contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traía se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al oidor le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, cómo se llamaba, y si sabia de qué tierra era. El criado le respondió, que se llamaba el licenciado Juan Pérez de Viedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado y contento, llamando aparte á D. Fernando, á Cardenio y al cura les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado como iba proveido por oidor á las Indias en la audiencia de Méjico : supo tambien como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaria, ó le recibiria con buenas entrañas. Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el cura; cuanto mas que no hay pensar sino que vos, señor capitan, seréis muy bien recebido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dijo el capitan, yo querria no de improviso sino por rodeos dármele á conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dijo el cura : del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infanteria española; pero tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso tenia de desdichado. ¿Y cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el oidor. Llamábase, respondió el cura, Rui Pérez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dijo que su

padre había dividido su hacienda entre tres hijos que tenía, y les había dado ciertos consejos mejores que los de Catón; y sé yo decir que el que él escogió de venir á la guerra le había sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitán de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser

rey de campo; pero fuéle la fortuna contraria, á pudiera esperar y tener buena, allí la perdió la libertad en la felicísima jornada donde tantos que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en despues por diferentes sucesos nos hallámos en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde oíó uno de los mas extraños casos que en él sucedido. De aquí fué prosiguiendo el cura, y cuando sintió lo que con Zoraida á su hermano lo. A todo lo cual estaba tan atento el oidor, que había sido tan oidor como entónces. Solo llegó tanto de cuando los franceses despojaron á los reyes en la barca venían, y la pobreza y necesidad marada y la hermosa mora habían quedado: de lo que había sabido en qué habían parado, ni si habían á España, ó llevádoslos los franceses á Francia. El cura decía estaba escuchando algo de allí destan, y notaba todos los movimientos que su hermano el cual viendo que ya el cura había llegado al fin, dando un grande suspiro, y llenándose de pena, dijo: ¡ó señor, si supiédes las nuevas que me contado, y como me tocan tan en parte que me hacen muestras dello con estas lágrimas que contrahección y recato me salen por los ojos! Ese caleroso que decís es mi mayor hermano, el cual por arte y de mas altos pensamientos que yo ni otro por mí, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra fué uno de los tres caminos que nuestro padre, segun os dijo vuestra camarada, en la conseja me pareció le oistes. Yo seguí el de las letras, en las que por mi diligencia me han puesto en el grado que mi menor hermano está en el Perú, tan rico que con el viado á mi padre y á mí ha satisfecho bien la parte que me dió, y aun dado á las manos de mi padre con que yo por su liberalidad natural; y yo ansimismo he podido por mi decencia y autoridad tratarme en mis estudios, como me veo. Vive aun mi padre muy con deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios que sus oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que vea la vida á los de su hijo; del cual me maravillo, discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones y sucesos se haya desuidado de dar noticia de sí, que si él lo supiera ó alguno de nosotros,

no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo a ora me temo es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡O buen hermano mio, y quién supiera ahora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos aunque fuera á costa de los míos! ¡O quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡O Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el oidor lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el cura que tan bien habia salido con su intención y con lo que deseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el oidor y los demas caballeros estaban, y dijo: cesen, señor oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues tenéis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis es el capitan Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije los pusieron en la estrechez que veis para que vos mostréis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso las manos en los pechos por mirarle algo mas apartado; mas cuando le acabó de conocer le abrazó tan estrechamente derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron apenas creo que pueden pensarse, cuando mas escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí abrazó el oidor á Zoraida, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí D. Quijote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitan y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre

de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser a oidor posible dejar el camino que llevaba á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolución todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. D. Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de D. Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodándose como ménos mal pudieron, D. Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba llegó á los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oído, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma que ánsi se llamaba la hija del oidor. Nadie podia imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusión muy atentas llegó á la puerta del aposento Cardenio y dijo: quien no duerme escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta. Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea, y con esto se fué Cardenio. y Dorotea poniendo toda la atencion posible entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPÍTULO XLIII

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella,
que desde lejos desazubro,

mas bella y resplandeciente,
que cuantas vió Palinũro 1.

Yo no sé adónde me guia,
y así navego confuso,
el alma á mirarla atenta,
envidadosa y con descuido.

Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
cuando mas verla procuro.

¡O clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras
será de mi muerte el punto.

Quando el que cantaba á este punto le pareció á Dorotea que no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz, así moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque guste de oir la mejor voz que quizá habrás oido en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar, ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño como si de algun grave accidente de cuartaña estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea le dijo: ¡ay señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertastes? Me el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora era verme cerrados los ojos y los oídos para no ver ni oir á ese dichado músico. ¿Qué es lo que dices, niña? mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. No es sino señor de lugares, respondió Clara, y del que él tiene en mi alma tanta seguridad, que si él no quiere dejalle no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así dijo: habláis de modo, señora Clara, que no puedo entenderos; declaraos mas y decidme ¿qué es lo que decís de mi alma y de lugares, y deste músico cuya voz tan iquieta os tiene? Pero no me digáis nada por ahora, que no quiero perder por acudir á vuestro sobresalto el gusto que recibo de al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oirle se tapó con las manos entrambos lados, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

1. Palinũro: fué el piloto mayor de la flota de Encas.

Dulce esperanza mia,
 Que rompiendo imposibles y malezas
 Sigues firme la via
 Que tú misma te finges y aderezas;
 No te desmaye el verte
 A cada pãso junto al de tu muerte.
 No alcanzan perezosos
 Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
 Ni pueden ser dichosos
 Los que no contrastando á la fortuna,
 Entregan desvalidos
 Al ocio blandõ todos los sentidos.
 Quẽ amor sus glorias venda
 Caras, es gran razon, y es trato justo,
 Pues no hay mas rica prenda
 Que la que se quilata pör su gusto;
 Y es cosa manifiesta
 Que no es de estima lo que poco cuesta.
 Amorosas porñas
 Tal vez alcanzãn imposibles cosas;
 Y ansi, aunque con las mias
 Sigo de amor las mas dificultosas,
 No por eso rezelo
 De no alcanzär desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar qué era lo que le queria decir denantes. Entónces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea puso su boca tan junto al oído de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otra sentida, y así le dijo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragon, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte, y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzo en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fue ni lo que no, que esté caballero, que andaba al estudio, me vió ni sé si en la iglesia ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aun querer sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia era una de juntarse la uña mano con la otra dándome á entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que ansi fuera, como sola y sin madre no sabia con quién comunicallo, y así lo dejé estar sin darme otro favor sino era cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pudo decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo de pesadumbre, y así

El dia que nos partimos nunca pude verle para despedirme
él siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminába-
mos, al entrar de una posada en un lugar una jornada de aquí,
vi á la puerta del mesón puesto en hábito de mozo de mu-
las, tan al natural que si yo no le trujera tan retratado en mi
alma, fuera imposible conocelle. Conócile, admiréme y ale-
gréme : él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre
se esconde cuando atrávesa por delante de mí en los caminos
y en las posadas do llegamos : y como yo sé quién es, y
considero que por amor de mí viene á pié y con tanto traba-
jo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los piés pongo
yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha po-
dido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamen-
te, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece,
como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y mas le sé decir,
que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oido
decir que es muy grande estudiante y poeta : y hay mas, que
cada vez que le veo ó le oigo cantar, tiemblo toda, y me sobre-
salto temerosa de que mi padre le cõnozca y venga en co-
nocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado pala-
bra, y con todo eso le quiero de manera que no he de poder
vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste
músico cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echa-
réis bien de ver que no es mozo de mulas como decís, sino se-
ñor de almas y lugares como ya os he dicho. No digáis mas,
señora Doña Clara, dijo á esta sazón Dorotea, y esto besándola
mil veces : no digáis mas, digo y esperad que venga el nuevo
dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros
negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios
merecen. ¡Ay señora! dijo Doña Clara, ¿qué fin se puede espe-
rar si su padre es tan principal y tan rico que le parecerá que
yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto mas esposa? Pues
casarme yo á hurto de mi padre no lo haré por cuanto hay en el
mundo : no querria sino que éste mozo se volviese y me dejase,
quizá con no velle y con la gran distancia del camino que lleva-
mos se me alviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir que
este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco :
no sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este
amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan mucha-
cho, que en verdad que creo que somos de una edad misma,
y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el
dia de S. Miguel que vendrá dice mi padre que los cumplo.
No pudo dejar de reirse Dorotea oyendo cuán como niña ha-
blaba Doña Clara, á quien dijo : reposemos, señora, lo poco
que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrare-
mos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y
en toda la venta se guardaba un grande silencio : solamente
no dormian la hija de la ventera y Maritónes su criada, las
cuales, como ya sabian el humor de que pecaba D. Quijote, y

¿estranz propiamente?

aba fuera de la venta armado y á caballo haciendo lo
 , determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo
 de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparatos.
 nes el caso que en toda la venta no había ventana
 liase al campo sino un agujero de un pajar por donde
 n la paja por defuera. A este agujero se pusieron las
 midoncellas, y vieron que D. Quijote estaba á caballe
 do sobre su lanson dando de cuando en cuando tan
 es y profundos suspiros, que parecia que con cada uno
 rrancaba el alma; y asimismo oyeron que decia con
 anda, regalada y amorosa: ó mi señora Dulcinea del
 , extrenio de toda hermosura, fin y remate de la dis-
 , archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad,
 adamente idea de todo lo provechoso, honesto y deli-
 ue hay en el mundo; ¿y qué hará agora la tu merced?
 drás por ventura las mientes en tu cautivo caballero,
 antos peligros por solo servirte de su voluntad ha que-
 nerse? Dame tú nuevas della, ó luminaria de las tres
 : quiza con envidia de la suya la estas ahora mirando
 paseándose por alguna galeria de sus suntuosos pa-
) ya puesta de pechos sobre algun balcom, está consi-
 o cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de aman-
 ormenta que por ella este mi cuitado corazon padeca,
 oria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado,
 ente qué vida á mi muerte y qué premio á mis servicios,
 ol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos
 drugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplí-
 se de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla
 erla no le des pas en el rostro que tendré mas selas
 e tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te
 dar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riber-
 Peneo, que no me acuerdo bien por dónde corriste
 es zeloso y enamorado. A este punto llegaba entónce
 jote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija
 ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mío,
 e acá la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas
 volvió D. Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna
 tónce estaba en toda su claridad, como le llamaban
 jero, que á él le pareció ventana, y aun con rejillas
 como conviene que las tengan tan ricos castillos
 si se imaginaba que era aquella venta; y luego en él
 o se le representó en su loca imaginacion que otra vez
 a pasada la doncella hermosa hija de la señora de
 castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarla, y
 e pensamiento por no mostrarse descoorta y desagre-

llama D. Quijote á la luna por las tres caras que tiene en sus
 idos de llena, creciente y menguante, ó por las tres formas que
 sucesivamente, redonda, semicircular y puntiaguda.

J. A. P. Fernández.

Decido volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas dijo: lástima os tengo, hermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en partes donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debí dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tien amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la vieron la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queráis con significarme más vuestros deseos que yo me muestre mas desagradecido; y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia de dárosela en continente, si bien me pidiédes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritórnes. ¿Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió D. Quijote. Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído tan á peligro de su honor que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada de ella fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió D. Quijote; pero él se guardará bien deso, si ya no quiere haber el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritórnes que sin duda D. Quijote daría la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que D. Quijote se habia puesto de piés sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano dijo: tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus veñas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dijo Maritórnes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. D. Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la tratéis

tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que ni voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengáis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de D. Quijote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritórnes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fue imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y estado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandísimo amor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro había de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero. En resolución, viéndose D. Quijote atado ya las damas se habían ido, se dió á imaginar que aquello se hacia por vía de encantamiento como la vez cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro el lado del arriero, y maldecía entre sí su poca discreción en curso, pues habiendo salido tan mal la vez primera al castillo se había aventurado á entrar en él la segunda, advertimiento de caballeros andantes que cuando he bado una aventura, y no salido bien con ella, es menester no esta para ellos guardada, sino para otros, y así menester necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto de su brazo por ver si podía soltarse, mas él estaba asido que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es que tiraba con tanto porque Rocinante no se moviera que él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no poder estar en pié ó arrancarse la mano. Allí fué el descomparto de Amadís, contra quien no tenía fuerza argumento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna el exagerar la falta que haría en el mundo su el tiempo que allí estuviese encantado que sin duda se había creído que lo estaba; allí el acordarse de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño sobre el albarda de su jumento no se acordaba en tanto de la madre que lo había parido; allí los sabios Lirgandeo y Alquife que le ayudasen; allí la buena amiga Urganda que le socorriese; y finalmente tomó la mañana tan desesperado y confuso que como un toro, porque no esperaba él que con el encantado; y haciéndole creer esto ver que ni mucho se movía y creía que de aquella si ni beber ni dormir habían de estar él y su caballo aquel mal influjo de las estrellas se pasase, y el sabio encantador le desencantase; pero en su creencia porque apenas comenzó

do llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta que aun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por D. Quijote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: caballeros ó escuderos, ó quienquiera que seáis, no tenéis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que aclare el día, entónces veremos si será justo ó no que os abran. ¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Pareceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió D. Quijote. No sé de qué tenéis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó D. Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabéis poco del mundo, replicó D. Quijote, pues ignoráis los casos que suelen acontecer en la caballeria andante. Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con D. Quijote pasaba, y así tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó y aun todos cuantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias: y así no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de D. Quijote, y resbalando de la silla dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio; porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al

[illegible]

CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta

[Faint handwritten notes, possibly "nick" and "ly."]

bresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. D. Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballeria que tícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquéllos caminantes: uno de los cuales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni ménos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo y le dijo: por cierto, señor D. Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que tenéis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre de que recibió tal sobresalto que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió diciendo: aquí no hay que hacer otra cosa, señor D. Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues cómo supo mi padre, dijo D. Luis, que yo venia este camino y en este traje? Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó ménos, y así despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede por el buen despacho con que tornaremos llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere, ó como el cielo ordenare, respondió D. Luis. ¿Qué habéis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban oyó el mozo de mulas junto á quien D. Luis estaba, y levantándose de allí fué á decir lo que pasaba á D. Fernando y á Cardenio, y á los demas que ya vestido se habian, á los cuales dijo como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quién era, y aun de ayudarle si al-

Antes.

guna fuerza le quisiesen hacer: y así se fueron hacia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando que lo dejase de oír Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á D. Luis dentro de la venta y rodeados dél persuadiéndole que luego sin detenerse un punto volviese á consolar á su padre. El respondió que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entónces los criados diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian quisiese ó no quisiese. Esto no haréis vosotros, replicó D. Luis, sino es llevándome muerto, aunque de cualquiera manera que me llevéis sería llevarme sin vida. Ya á esta sazón habian acudido á la porfia todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, D. Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y D. Quijote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian que ¿qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. A esto dijo D. Luis: no hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas, yo soy libre y volveré si me diera gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Hárásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre; y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados. Sepamos qué es esto de raíz, dijo á este tiempo el oidor; pero el hombre, que le conoció como vecino de su casa, respondió: ¿no conocé vuestra merced, señor oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entónces el oidor mas atentamente y conocióle, y abrazándole dijo: ¿qué niñerías son estas, señor D. Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir de esta manera, y en este traje que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al oidor, el cual dijo á los cuatro que se sosegasen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á D. Luis le apartó á una parte, y le preguntó qué venida

habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado irse sin pagar lo que debian, mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los ajenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños; y así le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle que á D. Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. A lo cual respondió D. Quijote muy de espacio y con mucha flema: hermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra petition, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré: corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della; Pecadora de mí! dijo á esto Maritórnes que estaba delante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió D. Quijote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo ménos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedéis mas que medianamente satisfechas: y sin decir mas se fué á poner de hinojos ante Dorotea pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave menzura. La princesa se la dió de buen talante, y él luego empuñando su adarga y poniendo mano á su espada acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traían los dos huéspedes á maltraer al ventero; pero así como llegó embazó y se estuvo quedo, aunque Maritórnes y la ventera le decian que en qué se detenía, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dijo D. Quijote, porque no me es licito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera y su hija, que se

fin?
(face- (le...)
Still

desesperaban de ver la cobardía de D. Quijote y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aquí que no faltará quien le socorra, ó si no, sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atras cincuenta pasos á ver qué fué lo que D. Luis respondió al oidor, que le dejámos aparte preguntándole la causa de su venida á pie y de tan vil traje vestido: á lo cual el mozo, asiendo fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo y facilitó nuestra vecindad que yo viese á mi señora Doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no le impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabéis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero; si os parece que estas son partes para que os aventuréis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oírle suspenso, confuso y admirado, de haber oido el modo y la discrecion con que D. Luis habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el qué poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y así no respondió otra cosa sino que se sosegase por entónces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza D. Luis, y aun se las bañó con lágrimas, como que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo al oidor, que como discreto ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que si fuese posible lo quisiera efectuar con voluntad del padre de D. Luis, del cual sabia que pretendia hacer de título á su hijo. Ya en esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero, por persuasion y buenas razones de D. Quijote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de D. Luis aguardaban el fin de la plática del oidor y la resolution de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien D. Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo.

El cual barbero llevando su jumento á la caballeriza vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda, así como la vió la conoció, y se alrevió á arremeter á Sancho diciendo: ah don ladron, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me robaron. Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mojicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, ántes alzó la voz de tal manera que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: aquí del rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron saltador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy saltador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor D. Quijote estos despojos. Ya estaba D. Quijote delante con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero, y tuvole desde allí adelante por hombre de juro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la orden de la caballeria. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia vino á decir: señores, así esta albarda es como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no se dejará mentir; si no pruebansela, y si no le viniere pintada, yo quedaré por infame; y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó me quitaron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudero. Aquí no se pudo contener D. Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el qual se le quitó yo en buena guerra, y me hice señor dél con legitima y licita posesion: en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaces del caballo deste vendido cobarde, y con ellos adornar el suyo; y se la di, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda no sabré dar otra razon sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballeria: para confirmacion de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó D. Quijote, que no todas las cosas deste

castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué adonde estaba la bacía y la trujo, y así como D. Quijote la vió la tomó en las manos y dijo: miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la orden de caballería que, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin añadido en él ni quitado cosa alguna. En eso no hay jo á esta sazón Sancho, porque desde que mi señor hasta ahora no ha hecho con él mas de una batalla, libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera el bacíyelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque az de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV.

Se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

les parece á vuestras mercedes, señores dijo el cura de lo que afirman estos gentiles hombres, pues ¿fian que esta no es bacía sino yelmo? Y quien lo o dijere, dijo D. Quijote, le hare yo conocer que si fuere caballero, y si escudero que remiente mi nuestro barbero, que á todo estaba presente, como bien conocido el humor de D. Quijote, quiso esforzarse, y llevar adelante la burla para que todo y dijo hablando con el otro barbero: señor barbero, ois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y mas há de veinte años carta de exámen, y conozco de todos los instrumentos de la barbería sin quimo, y ni mas ni ménos fui un tiempo en mi mocedad, y sé tambien qué es yelmo, y qué es morion y cascaca, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á la de armas de los soldados, y digo salvo mejor partiéndome siempre al mejor entendimiento, que este está aquí delante, y que este buen señor tiene los ojos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan lejos como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad entira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es entero. No por cierto, dijo D. Quijote, porque la mitad, que es la babera. Así es, dijo el cura, que ha entendido la intención de su amigo el barbero como confirmó Cardenio, D. Fernando y sus camaradas, un el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de D. Luis, ayudara por su parte á la burla; pero lo que pensaba le tenían tan suspenso, que poco atendia á aquellos donaires. ¡Válame Dios! dijo

fin.

á esta sazón el barbero burlado, que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía sino yelmo; cosa parece esta que puede poner en admiración á toda una universidad por discreta que sea. Bastá, si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. A mí albarda me parece, dijo D. Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en más de decirlo el señor D. Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores míos, dijo D. Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamiento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo no vine á caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo ahora en cosa de tanta confusión á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamientos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecían. No hay duda, respondió á esto D. Fernando, sino que el señor D. Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la definición deste caso; y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos destes señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenían del humor de D. Quijote era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban les parecía el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de D. Luis, y á D. Luis ni más ni menos, y á otros tres pasajeros que acaso habían llegado á la venta, que tenían parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le había vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le había de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver como andaba D. Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oído para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado; y después que hubo tomado los votos de aquellos que á D. Quijote conocían, dijo en alta voz: el caso es, buen

hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno este es jaez y no albarda, y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yō en el cielo, dijo el pobre barbero, si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes... y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No ménos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de D. Quijote, el cual á esta sazón dijo: aquí no hay mas que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contrária de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia, porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mando, al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda dé asno. Bien podria ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso nō consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado dijo: tan albarda es como mi padre, y que otra cosa ha dicho ó dijere debe de estar hecho uva. Mentis como bellaco villano, respondió D. Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de D. Luis rodearon á D. Luis porque con el alboroto no se les fuese: el barbero viendo la casa revuelta tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: D. Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros. D. Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á D. Quijote y á Cardenio y á D. Fernando, que todos favorecian á D. Quijote: el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritónes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y doña Clara desmayada. El

barbero aporreaba á Sancho: Sancho molia al barbero: D. Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre: el oidor le defendia: D. Fernando tenia debajo de sus piés á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor: el ventero tornó á reforzar la voz pidiendo favor á la santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusion de sangre: y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á D. Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: tengánse todos, todos envainen, todos se sōsieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿no os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual quiero que veáis por vuestros ojos como se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante, y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; porque por Dios todoporoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendian el frásis de D. Quijote, y se veían malparados de D. Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegar: el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y el albarda: Sancho á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los cuatro criados de D. Luis tambien se estuvieron quedos viendo cuán poco les iba en no estarlo; solo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entónces, la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de D. Quijote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del oidor y del cura, volvieron los criados de D. Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenia, el oidor comunicó con D. Fernando, Cardenio y el cura qué debia hacer en aquel caso, contándoselo con las razones que D. Luis le habia dicho. En fin fué acordado que D. Fernando dijese á los criados de D. Luis quién él era, y como era su gusto que D. Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marqués seria estimado como el valor de D. Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de D. Luis que

no volviera por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los cuatro la calidad de D. Fernando y la intencion de D. Luis, determinaron entre ellos que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á D. Luis, y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz ménospreciado y burlado, y el poco fruto que habia granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por D. Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delicuentes, traia uno contra D. Quijote, á quien la santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de D. Quijote traia venian bien, y sacando del seno un pergamino topó con el que buscaba, y poniéndose á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leía ponía los ojos en D. Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de D. Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba; y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á D. Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: favor á la santa Hermandad; y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y como convenia con las señas con D. Quijote, el cual viéndose tratar mal de aque villano malandrín, puesta la colera en su punto, y crujiéndole los huesos de su cuerpo como mejor pudo él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros allí dejara la vida ántes que D. Quijote la presa. El ventero que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritónes y su hija pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo viendo lo que pasaba: vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud.

en él. D. Fernando despartió al cuadrillero y á D. Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta de otro bien asidas tenían; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del rey y de la santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oír decir estas razones D. Quijote, y con mucho sosiego dijo: venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamáis al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto mas la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa Hermandad, decidme ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? ¿quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo ni barça? ¿qué sastré le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿qué rey no le asentó á su mesa? ¿qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

Don Quijote 2.ª edición
CAPÍTULO XLVI.

De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero D. Quijote.

En tanto que D. Quijote esto decia estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros como D. Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y que no tenían para qué lle-

var aquel negocio adelantasen, luego lo habian de pagar por el, y así lo respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de D. Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no lo habéis de llevar, ni aun él dejará llevarse á lo que yo entiendo. En efecto tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo D. Quijote hacer, que mas locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la falta de D. Quijote, y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Pánza, que todavíá asistían con gran rencor á su pendencia. Finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y fueron arbitros della, de tal modo que ambas partes quedaron si no del todo contentas, á lo ménos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura á socapa, y sin que D. Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llorar á engaño por entónces ni por siempre jamas amen. Siguieron pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas to no, restaba que los criados de D. Luis intentasen de volver los tres, y que el uno quedase para pañarle donde D. Fernando le quería llevar: y como buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romperse, y á facilitar dificultades en favor de los amantes, la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo todo felice suceso, porque los criados se contentaron cuanto D. Luis quería, de que recibió tanto contento Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro no conociera el regocijo de su alma Zoraida, aunque entendia bien todos los sucesos que habia visto, se alegraba y alegraba á bullo conforme veia y notaba los semáforos á cada uno, especialmente de su español, en quien siempre puestos los ojos y traía colgado el alma. Él y á quien no se le pasó por alto la dadora y recompensa el cura habia hecho al barbero, pidió el escote de D. Quijote con el menguado de sus cueros y falta de vino, jurando no saldria de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho, que se le pagase primero hasta el ultimo ardite. Todo lo cedió el cura, y lo pagó D. Fernando puesto que el oír muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y mantención quedaron todos en paz y sosiego que ya no quedaba la discordia del campo de Agramante, como D. Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de viano: de todo lo cual fue comun opinion que se debían dar gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del cura, y á la incomparable liberalidad de D. Fer-

Viéndose pues D. Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y así con resoluta determinacion se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pié y le dijo: es comun proverbio, hermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso, pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la victoria ántes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿quién sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruille, y dándole lugar el tiempo se fortificase en algun inexpugnable castillo ó fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza como deesa, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dijo mas D. Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la hermosa infanta, la cual con ademan señoril y acomodado al estilo de D. Quijote le respondió desta manera: yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veáis que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra; disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dijo D. Quijote; pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba pre-

... sente, dijo meneando
... señor, señor, y como
... suen; con perdon e
... mal puede haber en

lo que pueda
a merced se
decir lo que
se un buen c
plicó D. Qui
nerme miedo
yo no le ten
ui yo á Dios
y por averi
gran reino l
ser lo que e
los que es
puesta. Paró
porque era v
á hurto de c
premio que
cho, y parecí
cortesana que
responder pe
tica, y él fue
haber anda
peores dias
jos el que s
darne pries
y aderece el
os, y cada p
ande que fue
mpuestas pa
con voz atr
o por los oje
esto é ignora
dor y maldic
sencia y en
des y atrevi
on? Véte de
o de mentira
nventor de n
decoro que s
delante de mí
s cejas, hinc
l pié derecho
a ira que enc
ribundos ad
que se holg
sus piés la

hacerse sino volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de D. Quijote, dijo para templarle la ira: no os despechéis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamiento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazón D. Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Así es y así será, dijo D. Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor D. Quijote, perdonalle y reducirle al gremio de su gracia *sicut erat in principio* antes que las tales visiones le sacasen de juicio. D. Quijote respondió que él le perdonaba, y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar le echó la bendicion diciendo: ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamiento. Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió D. Quijote, que si así fuera yo te vengara entónces y aun ahora; pero ni entónces ni ahora pude ni vi en quién tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volateria de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no ménos se corriera Sancho si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamiento, puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creía y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse dieron orden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y D. Fernando con D. Quijote á su aldea con la inversion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué que se con-

un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar,
 que lo llevase en esta forma: hicieron una
 palos enrejados, capaz que pudiese en ella
 meterse D. Quijote y luego D. Fernando y sus
 criados de D. Luis y los cuadrilleros jun-
 ventero, todos por orden y parecer del cura
 los rostros y se disfrazaron, quiza de una ma-
 o otra de modo que á D. Quijote le pareciese
 de la que en aquel castillo habia visto. Hecho
 silencio se entraron adonde él estaba
 descansando de las pasadas refriegas. Llegó-
 a libre y seguro de tal acontecimiento dormia,
 rtemente le alaron muy bien las manos y los
 que cuando él despertó con sobresalto no pudo
 ver otra cosa mas que admirarse y suspen-
 elante de sí tan extraños visajes, y luego dió
 lo que su continua y desvariada imaginacion
 a, y se creyó que todas aquellas figuras eran
 aquel encantado castillo, y que sin duda alguna
 ntado, pues no se podia menear ni defender,
 omo habia pensado que sucederia el cura tra-
 aquina. Solo Sancho de todos los presentes
 mismo juicio y en su misma figura; el cual,
 iba bien poco para tener la misma enfermedad
 o dejó de conocer quien eran todas aquellas
 guras; mas no osó descoser su boca hasta
 cuba a quel asalto y prisión de su amo, el cual
 ba palabra atendiendo á ver el paradero de su
 : fué que trayendo allí la jaula le encerraron
 avaron los maderos tan fuertemente que no
 mper a dos tirones. Tomáronle luego en hom-
 r del aposento se oyó una voz temerosa, todo
 o formar el barbero, no el del albarda sino el
 1: « O Caballero de la Triste Figura, no te dé
 la prision en que vas, porque así conviene
 mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo
 cual se acabara cuando el furibundo leon man-
 . blanca paloma tobosina yacieren en uno, ya
 humiladas las altas cervices al blando yugo
 o: de cuyo maldito consorcio saldrán á la luz
 bravos cachorros que imitaran las rapanles
 aleroso padre, y esto será antes que el segun-
 gativa Ninfa haga dos veces la visita de las
 agnes con su rápido y natural curso. Y tú,
 e y obediente escudero que tuvo espada en
 : en rostro y olfato en las narices, no te des-
 contente ver llevar así delante de tus ojos mis-
 r de la caballeria andante; que presto, si al
 el mundo lo place, te verás tan alto y tan su-

• blimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las
 • promesas que te ha fecho tu buen señor; y asegúrote de
 • parte de la sábia Mentironiana, que tu salario te sea pa-
 • gado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del
 • valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas
 • donde paréis entrambos; y porque no me es lícito decir
 • otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me
 • sé; » y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y
 • disminuyóla despues con tan tierno acento que aun los sabi-
 • dores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que
 • oían. Quedó D. Quijote consolado con la escuchada profecía,
 • porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella,
 • y vió que le prometían el verse ayuntado en santo y debido
 • matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo
 • felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos,
 • para gloria perpétua de la Mancha; y creyendo esto bien y
 • firmemente alzó la voz, y dando un gran suspiro dijo: ó tú,
 • quienquiera que seas, que tanto bien me has pronosticado,
 • ruegote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis
 • cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision
 • donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é
 • incomparables promesas como son las que aquí se me han
 • hecho: que como esto sea tendré por gloria las penas de mi
 • cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por
 • duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino
 • por cama blanda y tálamo dichoso; y en lo que toca á la
 • consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confio de su
 • bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en
 • mala suerte, porque cuando no suceda por la suya ó por mi
 • corta ventura el poderle yo dar la ínsula ó otra cosa equi-
 • valente que le tengo prometida, por lo ménos su salario no
 • podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho,
 • dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus
 • muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. San-
 • cho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó
 • entrambas las manos, porque la una ño pudiera por estar
 • atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aque-
 • llas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado D. Quijote de la Mancha
 con otros famosos sucesos.

Cuando D. Quijote se vió de aquella manera enjaulado y
 encima del carro dijo: muchas y muy graves historias he yo
 leído de caballeros andantes; pero jamas he leído ni visto ni

oído que á los caballeros encantados los lleven desta manera y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion; pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos: y tambien podria ser que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas. ¡Católicas, mi padre! respondió D. Quijote: ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de aire, y como no consisten mas de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído decir que tienen los demonios; porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero este huele á ámbar de media legua. Decia esto Sancho por D. Fernando, que como tan señor debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió D. Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos donde quiera que están traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo de D. Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero le ordenaron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el yumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar dándoles un tanto cada dia. Colgó

Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno. y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus escopetas; pero ántes que se moviese el carro salió la ventera, su hija y Maritónes á despedirse de D. Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quién D. Quijote dijo: no lloréis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroástrés, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo como la da el sol en el cielo. Perdonadme, hermosas damas, si algun desaguizado por descuido mío os he fecho, que de voluntad y á sabiendas jamas le di á nadie; y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con D. Quijote, el cura y el barbero se despidieron de D. Fernando y sus camaradas, y del capitán y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo D. Fernando al cura dónde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba D. Quijote, asegurándole que no habria cosa que mas gusto le diese que saberlo; y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoraida, y suceso de D. Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del Curioso impertinente, y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer, no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos luego vió que al principio del escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna novela, y coligió que pues la del Curioso impertinente habia

sido buena, que tambien lo ser
 fuesen todas de un mismo autor
 puesto de leerla cuando tuviese
 y tambien su amigo el barbero
 fuesen luego conocidos de D. Qui-
 tras el carro; y la orden que lle-
 el carro guiándole su dueño, á lo-
 ros, como se ha dicho, con su
 Sancho Panza sobre su asno llev-
 detras de todo esto iban el cura
 derosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, con
 grave y reposado continente, no caminando mas de lo que
 permitia el paso tardó de los bueyes. D. Quijote iba a
 en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arru-
 las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si n
 hombre de carne, sino estatua de piedra; y así con aq-
 pacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que lleg-
 un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acon-
 para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicándole
 el cura, fué de parecer el barbero que caminasen a
 mas, porque él sabia que detras de un recuesto que al-
 allí se mostraba habia un valle de mas yerba y mucho
 que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer de
 bero, y así tornaron á proseguir su camino. En esto
 el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian has-
 ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados
 los cuales fueron presto alcanzados, porque camina-
 con la fiema y reposo de los bueyes, sino como quien
 bre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto
 tear á la venta que menos de una legua de allí se p-
 Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludaron
 tesmente, y uno de los que venían, que en resolución
 nómico de Toledo y señor de los demás que le acompa-
 viendo la concertada procesion del carro, cuadrillero
 cho, Rocinante, cura y barbero, y mas á D. Quijote e-
 do y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué signi-
 llevar aquel hombre de aquella manera, aunque ya se
 dado á entender, viendo las insignias de los cuadr-
 que debia de ser algun facinoroso saltador ó otro delin-
 cuyo castigo tocasse á la Santa Hermandad. Uno de los
 drilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así:
 lo que significa ir este caballero desta manera, dig-
 porque nosotros no lo sabemos. Oyó D. Quijote la pl-
 dijo: ¿por dicha vuestras mercedes, señores caballeros
 versados y peritos en esto de la caballeria andante?
 si lo son comunicaré con ellos mis desgracias, y si no,
 hay para que me canse en decirlas; y á este tiempo habian
 llegado el cura y el barbero, viendo que los caminantes
 ban en pláticas con D. Quijote de la Mancha, pi-

de modo que no fuese descubierto su artificio. El canónigo á lo que D. Quijote dijo respondió: en verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías, que de las sùmulas de Villalpando; así que si no está mas que en esto, seguramente podéis comunicar conmigo lo que quisiéredes. A la mano de Dios, replicó D. Quijote: pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamas la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor D. Quijote de la Mancha, que esta sazon el cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intención de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Este señor, *el Caballero de la Triste Figura*, si ya le oistes contar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronce duros y en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Cuando el canónigo oyó hablar al preso y libre en semejante estilo estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo dijo: ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es, que así va encantado mi señor D. Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacia ayer antes que le enjaulasen. Siendo esto así ¿cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo si no le van á la mano hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al cura prosiguió diciendo: ¡ah señor cura, señor cura! ¿pensará vuestra merced que no le conozco? ¿pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamientos? pues sepa que le conozco por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por mas que disimule sus embustes. En fin donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escasez la liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo ménos,

pues no se podia esperar otra casa así de la bondad de mi
 señor *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis ser-
 vicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que
 la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de mo-
 lino, y que los que ayer estaban en pinganitos hoy están por
 el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa, pues cuando
 podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas
 hecho gobernador ó visorey de alguna insula ó reino, le verán
 entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor
 cura, no es mas de por encarecer á su paternidad haga con-
 ciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire
 bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo,
 y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que
 mi señor D. Quijote deja de hacer en este tiempo que está
 preso. Adóbame esos candiles¹, dijo á este punto el barbero;
 ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradia de vuestro amo?
 vive el Señor que voy viendo que le habéis de tener compa-
 ñia en la jaula, y que habéis de quedar tan encantado como
 él por lo que os toca de su humor y de su caballeria. En mal
 punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os
 entró en los cascos la insula que tanto deseáis. Yo no estoy
 preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me
 dejaria empreñar del rey que fuese; y aunque pobre, soy
 cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si insulas deseo,
 otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus
 obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto
 mas gobernador de una insula, y mas pudiendo ganar tantas
 mi señor, que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire
 cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y
 algo va de Pedro á Pedro. Digolo porque todos nos conoce-
 mos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del
 encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quedese aquí,
 porque es peor menearlo. No quiso responder el barbero á
 Sancho porque no descubriese con sus simplicidades lo que él
 y el cura tanto procuraban encubrir, y por este mismo temor
 habia el cura dicho al canónigo que caminase un poco delante,
 que él le diria el misterio del enjaulado con otras cosas que
 le diesen gusto. Hizolo así el canónigo, y adelantóse con sus
 criados y con él: estuvo atento á todo aquello que decirle
 quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de D. Quijote,
 contándole brevemente el principio y causa de su desvario,
 y todo el progreso de sus sucesos hasta haberlo puesto en
 aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra
 para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura.
 Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oir la pe-

¹ La expresion de *adóbame esos candiles* es como la de *alájame esos pa-
 nos*, y otras semejantes, con que se moteja en esta familiar al que habla,
 indicando que lo que dice es un despropósito

regрина historia de D. Quijote, y en acabándola de oír dijo: verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías: y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que háy impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cuál mas, cuál ménos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro; y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desafortados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fabulá donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes? Como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anóchece en Lombardia, y mañana amanece en tierras del preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si a esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así no estan obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, cuanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que lás leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huýere de la versimilitud y de la imitacion,

ien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No ha
ningun libro de caballerias que haga un cuerpo de fá-
ntero con todos sus miembros, de manera que el medio
ponda al principio, y el fin al principio y al medio,
que los componen con tantos miembros, que mas parecen
evan intencion á formar una quimera ó un monstruo,
hacer una figura proporcionada. Fuera desto son en
lo duros, en las hazañas increíbles, en los amores las-
en las cortesías mal mirados, largos en las batallas,
en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente
de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser des-
os de la república cristiana como gente inútil. El cura
ivo escuchando con grande atencion, y parecióle hom-
a buen entendimiento, y que tenia razon en cuanto
y así le dijo, que por ser el de su misma opinion, y
ojeriza á los libros de caballerias, habia quemado todos
D. Quijote, que eran muchos: y contóle el escrutinio
illos habia hecho, y los que habia condenado al fuego
do con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo
n todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba
is una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian, por
i buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, por
iban largo y espacioso campo por donde sin empaque
pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tor-
s, reencuentros y batallas, pintando un capitan valeroso
das las partes que para ser tal se requieren, mostrán-
rudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y
nte orador persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados
o en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente
esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable
ico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento
a hermosísima dama, honesta, discreta y recatada, aque-
jellero cristiano, valiente y comedido; acá un de-
do bárbaro fanfarron; acá un principe cortés, valen-
bien mirado; representando bondad y lealtad de vas-
randezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse
go, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente
materias de estado, y tal vez le vendrá ocasion de mo-
nigromante si quisiere: puede mostrar las astucias de
la piedad de Enéas, la valentia de Aquiles, las des-
s de Hector, las traiciones de Sinon, la amistad de E-
la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la cle-
y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la pro-
de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que
hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas
o solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto
con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invencion,
e lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda com-
i una tela de varios y hermosos lazos tejida, que des-

es de acabada tal perfeccion y hermosura muestre, que asiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho, porque escritura desatada destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradablesicias de la poesía y de la oratoria, que la épica tambien puede escrebirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XLVIII

En libro

de prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

Así es como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el canónigo, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde se debieran guiar y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina. Yo á lo ménos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentacion de escribir un libro de caballerías guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si respondian á mi estimacion las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros curiosos que solo atienden al gusto de oír disparates, y de ellos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, así por parecerme que hago una afrenta á mi profesion, como por ver que es mas el número de los simples que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que mas me le quitó de las manos y me apartó del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice á mi amigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan así las imaginas como las de historia, todas ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo esto el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas estando tan léjos de serlo; y los autores que las componen, y los autores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y para los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y

que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos que no opinion con los pocos ; deste modo vendrá á ser un libro al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del Cantillo ; aunque algunas veces he procurado persuadir á los autores que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán y mas fama cobrarán representando comedias que sigan el arte que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdomé que un dia dije á uno de estos pertinaces : decidme, ¿no os acordáis que há poco años que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta de estos reinos, las cuales fueron tales que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros á los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que despues acá se ha hecho ? Sin duda, respondió el autor que digo, que debe decir vuestra merced por *la Isabela, la Filis y la Alejandra*. Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo : así que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fué disparate *Ingratitud vengada*, ni le tuvo *la Numancia*, ni se le halló en la del *Mercader amante*, ni ménos en la *Enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado ; y otras cosas añadí á esto con que á mi parecer le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. En esta materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo esta sazón el cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías ; porque habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imágen de verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades, é imágenes de lascivia : porque ¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado. Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán, y una princesa fregona ? ¿Qué diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aun si fuera de cuat-

ruadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho
todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitacion
lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible
que satisfaga á ningun mediano entendimiento que fingiendo
la accion que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno,
el mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan
que fué el emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Je-
rusalen, y el que ganó la Casa santa como Godofre de Bullon,
abiendo infinitos años de lo uno á lo otro; y fundándose la
comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia,
mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas
tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes
errores de todo punto inexcusables? Y es lo malo, que hay
ignorantes que digan que esto es lo perfeto, y que lo demas
sea buscar gullerias. ¿Pues qué si venimos á las comedias
divinas? ¿Qué de milagros fingen en ellas, qué de cosas apó-
crifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros
de otro! y aun en las humanas se atreven á hacer milagros
sin mas respeto ni consideracion que parecerles que allí es-
tará bien el tal milagro y apariencia como ellos llaman, para
que gente ignorante se admire y venga á la comedia: que
esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las
historias, y aun en oprobrio de los ingenios españoles; por-
que los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las
leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes
viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no
habria bastante disculpa desto decir que el principal intento
de las repúblicas bien ordenadas tienen permitiendo que se
hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad
en alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los
malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues
de se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no
hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las compo-
nen y representan á que las hagan como debian hacerse, pues
como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas
se pretende. A lo cual responderia yo, que este fin se conse-
guiria mucho mejor, sin comparacion alguna, con las comedias
buenas que con las no tales, porque de haber oido la comedia
beneficiosa y bien ordenada saldria el oyente alegre con las
veras, enseñado con las véras, admirado de los sucesos,
advertido con las razones, advertido con los embustes, sagaz
por los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la
virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena
comedia en el ánimo del que la escuchare por rústico y torpe
que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de ale-
trar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas
las partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere
de ellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordi-
nario ahora se representan. Y no tienen la culpa desto los

J. la Haza.
Atm.

poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez; y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos¹ con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linajes; y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, cōn que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias ántes que se representasen; no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna; y desta manera los comediantes tendrían cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende: y desta manera se harían buenas comedias, y se conseguiría felicísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos: y si se diese cargo á otro ó á este mismo que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escurriesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. A este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura cuando adelantándose el barbero llegó

¹ Parece que se hace aquí alusion á Lope de Vega

28 de 1943

á ellos, y dijo al cura : aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que sesteando nosotros tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Así me lo parece á mí, respondió el cura, y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia; y así por gozar dél como de la conversacion del cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de D. Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no léjos de allí estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestar en aquel lugar aquella tarde : á lo cual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traía recado bastante para no obligar á tomar de la venta mas que cebada. Pues así es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua asistencia del cura y el barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo : señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaído y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado, sino trastornado el juicio. Preguntó lo que quisieres, hijo Sancho, respondió D. Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad : y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros son el cura y el barbero nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que no sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera : lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte á ti ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél aunque tuvieses la sogá de Teseo¹; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa

¹ Es lo que se llama comunmente el *hilo de Ariadna*, que esta dió, segun refiere la fábula, á Teseo para que, atándole á la entrada del laberinto de Creta, pudiese volver á salir.

atinar de dónde me viene este daño; porque si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que yo té responderé aunque me preguntes de aquí á mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho dando una gran voz; ¿y es posible que sea vuestra merced tan duro de cerebro y tan falto de meollo¹ que no seche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: si no dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando ménos piense. Acaba de conjurarme, dijo D. Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas como vuestra merced las profesa debajo de título de caballero andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió D. Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy sêguro de la bondad y verdad de mi amo, y así porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso después que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclárate mas si quieres que te responda directamente. ¿Es posible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa? Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun ahora la tengo, me viene deste peligro, que no anda todo limpio.

¹ Meollo significa aquí juicio.

CAPÍTULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor D. Quijote.

1. Ah! dijo Sancho, cogido le tengo : esto es lo que yo deseaba saber como al alma y como á la vida. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad, no sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? de donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió D. Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque ántes no lo hacian; de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecüencias : yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto mē basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados que de mí ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfaccion seria bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malencólico y triste; y hecho esto probáremos otra vez la suerte de buscar mas aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula : en la cual prometo á la ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierle á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó D. Quijote, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero hasta

que llegaron donde ya apeados los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desuñció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejolos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como D. Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero; el cual rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir no iria tan limpia aquella prision como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia si no temiera que en viéndose su señor en libertad habia de hacer de las suyas, y irse donde jamas gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todo, dijo el canónigo, y mas si él me da la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió D. Quijote, que todo lo estaba escuchando; cuanto mas que el que está encantado como yo no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huido le hará volver en volandas; y que pues esto era así bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle les protestaba que no podia dejar de fatigarles el olfato si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula: y lo primero que hizo fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: aun espero en Dios y en bendita madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuerdas, y yo encima de ti ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo; y diciendo esto D. Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Miró balo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondia mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venia á perder los estribos¹, como otras veces se ha dicho, en tratándose de caballerías; y así movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el respuesta del canónigo, le dijo: ¿es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías que le hayan vuelto el juicio de modo que venga á creer que va encantado, con otras co-

¹ Perder los estribos es perder el equilibrio de la razon ó el juicio metáfora tomada del jinete que impelido por alguna causa violenta y extraordinaria abandona los estribos, y pierde con ellos el apoyo que necesita para tenerse con seguridad y firmeza á caballo.

sas de este jaez, tan léjos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turba-
 multa de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trápi-
 sonda, tanto Félixmarie de Hircania, tanto palafren, tanta
 doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos
 gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encan-
 tamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros,
 tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos
 escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete,
 tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente tantas
 y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías con-
 tienen? Dé mi sé decir que cuando los leo, en tanto que no
 pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y li-
 viandad, me dan algun contento; pero cuando caigo en la
 cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y
 aun diera con él en el fuego si cerca ó presente le tuviera,
 bien como á merecedores de tal pena por ser falsos y em-
 busteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y
 como inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida,
 como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á
 creer y tener por verdaderas tantas necedades como contie-
 nen: y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á tur-
 bar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos,
 como se hecha bien de ver por lo que con vuestra merced
 han hecho, pues le han traído á términos que sea forzoso en-
 terrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes
 como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en
 lugar para ganar con él dejando que le vean. Ea, señor
 D. Quijote, duélase de sí mismo, y redúzcase al gremio de la
 discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido
 de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en
 otra letura que redunde en aprovechamiento de su conciencia
 y en aumento de su honra; y si todavía llevado de su natural
 inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerías,
 sea en la sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará
 verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes.
 Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Car-
 tago, un Alejandro Grecia, un conde Fernan González Cas-
 tilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernández Andalucía, un
 Diego García de Parédes Extremadura, un Garci Pérez de
 Vargas Jerez, un Garcilaso Toledo, un D. Manuel de Leon
 Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos puede entrete-
 ner, enseñar, deleitar y admirar á los mas altos ingenios que
 los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento
 de vuestra merced, señor D. Quijote mio, de la cual saldrá
 rudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en
 la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeri-

ido sin cobardía, y todo esto para honra de Dios y suyo y fama de la Mancha, do según he sabido trae merced su principio y origen. Atentísimamente escuchó Quijote escuchando las razones del canónigo; y vió que ya había puesto fin á ellas, después de haber estado un buen espacio mirando le dijo: pareceme idalgo, que la plática de vuestra merced se ha encasado á querer darme á entender que no ha habido caballos andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles para la pública, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir una profesión de la caballería andante que ellos niegan, negándome que no ha habido en el mundo Amadís de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros que las escrituras están llenas. Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dijo á este el canónigo. A lo cual respondió D. Quijote: añada vuestra merced diciendo que me habían hecho mucho mal de tales libros, pues me habían vuelto el juicio y puesto en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda de mi vida leyendo otros mas verdaderos y que mejor me enseñan. Así es, dijo el canónigo. Pues yo, respondió Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el engaño es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas cosas contra una cosa tan recibida en el mundo y tan cierta y tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena que vuestra merced pone á los libros cuando los lee y le enfadan: por querer dar á entender á nadie que Amadís no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están plenas las historias, será querer persuadir que el sol no ilumina, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta: por qué ingenio puede haber en el mundo que pueda pensar que otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes de Borgoña, y lo de Fierabras con la puente de Mantiblanca, ¿medió en el tiempo de Carlo Magno? que voto á Dios por tanta verdad como es ahora de día; y si es mentira, lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni el Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Arturo de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo en su reino por momentos, y tambien se atreve á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mesmer, la de la demanda del santo Grial, y que son apócrifos los libros de D. Tristán y la reina Isao, como los de Ginebra y el arcabrote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escudera de vino que tuvo la Gran Bretaña; y es esto tan acordado y tan acordado yo que me decia una mi agüela de parte de

mi padre cuando veía alguna dueña con tocas reverendas : aquella, nieta, se parece á la dueña Quinfañona ; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo ménos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¿ Pues quién podrá negar no ser verdadera la historia de Piérres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ve en la armería de los reyes la clavija con que volvía el caballo de madera sobre quien iba el valiente Piérres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta ? y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncasválles está el cuerpo de Roldan tamaño como una grande viga : de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Piérres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charni, llamado Mosen Piérres, y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama ; y las aventuras y desafíos que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba, y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varon) venciendo á los hijos del conde de san Poló. Niéguenme asimismo que no fué á buscar las aventuras á Alemania. D. Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñónes, del Paso ; las empresas de Mosen Luis de Falces contra D. Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negase careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el canónigo de oír la mezcla que D. Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y así le respondió : no puedo yo negar, señor D. Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles : y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia ; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos describe : porque la verdad de dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentia : á lo ménos si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos ; y como ahora dicen caballero de S. Juan ó de Alcántara,

Refinamiento: HSt.

decian en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni ménos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del conde Piérres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó D. Quijote, y por mas señas dicen que está metida en una funda de vaqueta porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el canónigo, pero por las órdenes que recibí, que no me acuerdo haberla visto; mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulla de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que D. Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.

Bueno está eso, respondió D. Quijote, los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y dia por dia que el tal caballero hizo ó caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame, ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice:

« Tú, caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago
 « estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas
 « negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho,
 « y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si
 « así no lo haces no serás digno de ver las altas maravillas
 « que en sí encierran y contienen los siete castillos de las
 « siete Fadas que debajo desta negregura yacen? » ¿y que
 apenas el caballero no ha acahado de oír la voz temerosa,
 cuando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á con-
 siderar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la
 pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y
 á su señora se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no
 se cata ni sabe dónde ha de parar se halla entre unos flori-
 dos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en nin-
 guna cosa? Allí le parece que el cielo es mas trasparente, y
 que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécese á los ojos
 una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles com-
 puesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oídos
 el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pin-
 tados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando.
 Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líqui-
 dos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas
 pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá
 ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol
 compuesta; acá ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las
 menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blan-
 cas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada,
 mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contra-
 hechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que
 el arte imitando á la naturaleza parece que allí la vence.
 Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso
 alcázar, cuyas murallas son de mofizo oro, las almenas de
 diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan
 admirable compostura, que con ser la materia de que está
 formado no ménos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes,
 de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su
 hechura; y ¿hay mas que ver despues de haber visto esto,
 que ver salir por la puerta del castillo un buen número
 de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pu-
 siese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan seria
 nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas
 por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente
 lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar
 ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y ba-
 ñarle con templadas aguas, y luego untar todo con olorosos
 ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda
 olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un man-
 ton sobre los hombros, que por lo ménos dicen que suele
 valer una ciudad, y aun mas? ¿qué es ver pues, cuando nos

cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde hallan puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso; admirado? ¿qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar, y de olorosas flores destilada? ¿qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿qué verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? ¿qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano? ¿cuál será oír la música que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta ni adónde suena? ¿y después de la comida acabada y las mesas alzadas quedarse el caballero recostado sobre la silla y quizá mondándose los dientes como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho lea estos libros, y verá como le destierren la melancolia que tuviere, y le mejoran la condicion si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque há tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna en pocos dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que me fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que solo consiste en el deseo es como muerta como es muerta la fe sin obras. Por esto quiero que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion donde me hiciese emperador por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria dar un condado que le tengo muchos dias há prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: trabaje vuestra merced, señor D. Quijote, en darme el condado tan prometido de vuestra merced como de mi escudero, que yo le prometo que no me falte á mi habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oído decir que los hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna te-

dida gozando de la renta que le dan sin curarse de otra cosa,
 y así haré yo, y no repararé en tanto mas cuanto, sino que
 luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un
 duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dijo el
 conónigo, entendiéndose en cuanto al gozar la renta; empero al
 administrar justicia ha de entender el señor del estado, y aquí
 entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena
 intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siem-
 pre irán errados los medios y los fines; y así suele Dios ayu-
 dar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del
 discreto. No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas
 solo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabria
 regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuer-
 po como el que mas, y tan rey seria yo de mi estado como
 cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiese, y ha-
 ciendo lo que quisiese haria mi gusto, y haciendo mi gusto
 estaria contento, y en estando uno contento no tiene mas que
 desear, y no teniendo mas que desear acabóse, y el estado
 venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro. No
 son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, pero con
 todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de conda-
 dos. A lo cual replicó D. Quijote: yo no sé que haya mas que
 decir, solo me guio por el ejemplo que me da el grande Ama-
 dis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la Insula
 Firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer
 conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos
 que cabalero andante ha tenido. Admirado quedó el canóni-
 go de lo concertados disparates (si disparates sufren con-
 cierto) que D. Quijote habia dicho, del modo con que habia
 contado la aventura del caballero del lago, de la impresion
 que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros
 que habia leído, y finalmente le admiraba la necedad de San-
 cho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que
 su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados
 del canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del
 repuesto, y habiendo mesa de una alhombra y de la verde
 yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron,
 y comieron allí porque el boyero no perdiese la comodidad de
 aquel sitio, como queda dicho; y estando comiendo, á deshora
 oyeron un recio estruendo y un son de esquila, que por entre
 unas zarzas y espesuras salieron saliendo de entre aquellas malezas una
 y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una
 hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y par-
 do: tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole pala-
 bras á su uso para que se detuviese ó al rebaño volviese. La
 fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente
 como á favorecerse de ella, y allí se detuvo. Llegó el cabrero,
 y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y
 entendimiento le dijo: ha cerrera, cerrera, manchada, man-

rufosa.

y cómo andáis vos estos días de pié cojo? ¿qué lobeo tan, hija? ¿no me direis qué es esto, hermosa? Mas le ser sino que sois hembra, y no podéis estar soso: e mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas ántais. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, os estareis segura en vuestro aprisco ó con vuestras rras: que si vos que las habéis de guardar y encamais tan sin guia y tan descaminada, ¿en qué podráis las? Contento dieron las palabras del cabrero á los oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: por esta, hermano, que os soseguéis un poco, y no os en volver tan presto esa cabra á su rebaño; que pues ombra, como vos decís, ha de seguir su natural di- mas que vos os pongáis á estorbarlo. Tomad esta y bebed una vez, con que templaréis la cólera, y en cansará la cabra; y el decir esto y el darle con la el cuchillo los lomos de un conejo hambra, todo fué mólo y agradeciolo el cabrero, bebió y sosegóse, y jo: no querria que por haber yo hablado con esta tan en seso me tuviesen vuestras mercedes por hom- ile, que en verdad que no carecan de misterio las que le dije. Rústico soy, pero no tanto que no sé cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias, o yo muy bien, dijo el cura, que ya yo sé de expo- que los montes crían letrados, y las cabañas de los encierran filósofos. A lo ménos, señor, replicó al acogen hombres escarmentados; y para que creáis dad, y la toquís con la mano, aunque parezca que rogado me convido, si no os enfadaís dello, y queréis un breve espacio prestarme oído atento, os contaré ad que acredite lo que ese señor (señalando al cura), y la mia. A esto respondió D. Quijote: por ver que le caso un no sé qué de sombra de aventura de ca- yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena así lo harán todos estos señores por lo mucho que discretos, y de ser amigos de curiosas novedades vendan, alegren y entretengan los sentidos, como si- nso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzó igo, que todos escucharemos. Saco la mia, dijo San- yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde artarme por tres días, porque he oído decir á mi Quijote que el escudero de caballero andante ha de uando se le ofreciere hasta no poder mas, a causa is suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intri- no aciertan á salir della en seis días, y si el hombre rto ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, chas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás rto, Sancho, dijo D. Quijote; véte adonde quisieres, o que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo

le falta dar al alma su refaccion, como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre. Así la daremos todos á las bestias, dijo el canónigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos paladas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera.

CAPÍTULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á D. Quijote.

Tres leguas deste valle está una aldea, que aunque pequeña es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, la cual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anejo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba se admiraba de ver como las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas; ¿qué digo yo por las circunvecinas no mas, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes y por los oídos de todo género de gente, que como á cosa rara ó como á origen de milagros de todas partes á verla venian? Guardábala su padre y guardábase ella, que no hay candados, ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron á muchos así del pueblo como forasteros que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso sin saber determinarse á quién la entregaria de los infinitos que le importunaban, y entre los muchos que tan buen deseo tenian fui yo el primero, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no ménos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro

del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir desta confusion determinó decirselo á Leandre (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto) advirtiéndole que pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y males, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llamase mi competidor Anselmo y yo Eugenio, porque vasa con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazón vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Indias y de otras diversas partes de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar siendo muchacho de hasta doce años un capitan que con su compañía por allí acortó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se pone una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y ménos tomo. La gente labradora, que de suya es maliciosa y dándole el ocio lugar es la misma malicia, notó y contó punto por punto sus galas y prescas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores con caligas y medias; pero el hacia tantos guisados é invenciones dellas, que si no se los contareu hubiera quien jurara que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos y de mas de veinte plumas: y no parezca impertinencia y demasiada esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentabase en un poquito debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y á nos tenía á todos la boca abierta pendientes de las hazas que iba contando. No habia tierra en todo el orbe visto, ni batalla donde no se hubiese hallado, o mas moros que tiene Marruecos y Túnez, mas singulares desafíos, segun él decia, que el de don Diego García de Paredes y otros mil, y de todos habia salido con vitoria sin que se derramado una sola gota de sangre. Por otra parte señalaba de heridas, que aunque no se divisaba entender que eran arcabuzazos dados en diferentes y fecciones. Finalmente con una no vista arrogancia se iba á sus iguales y á los mismos que le conocian

X 72.100 (abriendo)

decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que debajo de ser soldado al mismo rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y así de cada niñería que pasaba en el pueblo componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galan, este músico, este poeta fué visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes, encantáronla sus romances que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegaron á sus oídos las hazañas que él de sí mismo habia referido; y finalmente, que así el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél antes que en él naciese presuncion de solicitarla : y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teniale cumplido habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentándose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron : yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los cuadrilleros listos : tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres días hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Roca la habia engañado, y debajo de palabra de ser su esposo la persuadió que dejase la casa de su padre, que ella llevaria á la mas rica y mas viciosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella mal advertida y peor engañada le habia creído, y robando á su padre se le entregó la misma noche que habia saltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien como el soldado, sin quitarle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva, y se fué : suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Dificil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dejado á su hija con la joya que si una vez se pierde no

ranza de que jamas se cobre. El mismo dia que
 Leandra la desapareció su padre de nuestros ojos, y
 á encerrar en un monasterio de una villa que está
 ca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de
 opinion en que su hija se puso. Los pocos años de
 sirvieron de disculpa de su culpa, á lo ménos con
 que no les iba algun interes en que ella fuese
 buena; pero los que conocian su disreccion y mucho
 niente no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino
 envoltura y á la natural inclinacion de las mujeres,
 la mayor parte suele ser desatinada y mal com-
 encerrala Leandra quedaron los ojos de Anselmo
 á lo ménos sin tener cosa que mirar que conteso
 ; los mios en tinieblas sin luz, que á ninguna cosa
 les encaminase con la ausencia de Leandra : crecia
 tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldeciamos
 al soldado, y abominabamos del poco recato del
 Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertá-
 tejar el aldea, y venimos á este valle, donde él apa-
 una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo
 roso rebaño de cabras tambien mias, pasamos la
 de los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó
 juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Lean-
 aspirando solos y á solas comunicando con el cielo
 querellas. A imitacion nuestra otros muchos de los
 antes de Leandra se han venido á estos ásperos
 usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos que
 ue este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia,
 itá colmado de pastores y de apriscos, y no hay parte
 ide no se oiga el nombre de la hermosa Leandra.
 maldice y la llama antojadiza, varia y deshonesta;
 condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona,
 nstifica y vitupera : uno celebra su hermosura, otro
 de su condiccion, y en fin todos la deshonan, y todos
 n, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay
 queje de desden sin haborla jamas hablado, y aun
 lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los solos,
 jamas dió á nadie, porque, como ya tengo dicho,
 supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña,
 n de arroyo, ni sombra de arbol que no esté ocu-
 algun pastor que sus desventuras á los aires cuente :
 spite el nombre de Leandra donde quiera que pueda
 : Leandra resuenan los montes, Leandra murmura
 ros, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encan-
 perando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué
 . Entre estos disparatados, el que muestra que mé-
 as juicio tiene es mi competidor Anselmo, el cual ta-
 ntas otras cosas de que quejarse, solo se queja de
 , y al son de un rabel que admirablemente toca, con

versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja : yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones ; y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué, que por ser henbra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros : si he sido en el contarla prolijo, no seré en servirlos corto : cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras várias y sazonadas frutas no ménos á la vista que al gusto agradables.

CAPITULO LII.

De la pendencia que D. Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano ; y así dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto fué D. Quijote, que le dijo : por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna ventura, que luego luego me pusiera en camino porque vos la tuviéades buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciéades della á toda vuestra voluntad y talante ; guardando pero las leyes de caballería, que mandan que á ninguna doncella se le sea fecho desaguizado alguno : aunque yo espero en Dios nuestro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la dé otro encantador mejor intencionado, y para entónces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á D. Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al barbero que cerca de sí tenia : señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla ? Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso D. Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, endereza-

dor de tuerlos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo ó que vuestra merced se burla, ó que este gentilhomme debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazón D. Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió: y diciendo y haciendo arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuantas véras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre D. Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos no dudara de ahogarle si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. D. Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza, pero estorbáronselo el canónigo y el cura; mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á D. Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados: solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del canónigo que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oírle fué D. Quijote, el cual aunque estaba del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo: hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos tréguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oídos llega me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y D. Quijote se puso en pié volviendo asimismo el rostro adonde el son se oía, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres

A deshora significa aquí de improviso ó de repente

vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas pidiendo á Dios abriese las manos de sñ misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. D. Quijote, que vió los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba como á caballero andante el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imágen que traían cubierta de luto fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines: y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciéndose andaba, quitándole del arzón el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada subió sobre Rocinante y abrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: ahora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: ahora digo, que veredes en lá libertad de aquella buena señora que allí va cautiva si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los disciplinantes: bien que fueron el cura y el canónigo y barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni ménos le detuvieron las voces que Sancho le daba diciendo: ¿adónde va, señor D. Quijote? ¿qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imágen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera si el rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanias, viendo la extraña catadura de D. Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstanCIAS de risa que notó y descubrió en D. Quijote, le respondió diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, por

que se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó D. Quijote, y es esta, que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad, y que algun notorio desaguizado le habedes fecho: y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron que D. Quijote debia de ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de D. Quijote, porque sin decir mas palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros salió al encuentro de D. Quijote enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró D. Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano dió tal golpe á D. Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre D. Quijote vino al suelo muy malparado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido dió voces á su moledor que no le diése otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que D. Quijote no bullia pié ni mano, y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la compañía como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de D. Quijote adonde él estaba; mas los de la procesion que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imagen, y alzados los capirotos, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarle sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo creyendo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era D. Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡ó flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gasta-

dos años ! ¡ ó honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorías ! ¡ ó liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor insula que el mar ciñe y rodea ! ¡ ó humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todo lo que decir se puede ! Con las voces y gemidos de Sancho revivió D. Quijote, y la primera palabra que dijo fué : el que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea en compañía destos señores que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama. Bien dices, Sancho, respondió D. Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre. El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia; y así habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á D. Quijote en el carro como ántes venia; la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debia: el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de D. Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, D. Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á D. Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de D. Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de D. Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carró venia, y cuando conocieron á su compatriota quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina de que su tio y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de iástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerias, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á D. Quijote por sus puertas.

A las nuevas de esta venida de D. Quijote acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que había ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho lo primero que le preguntó fué que si venia bueno el asno; Sancho respondió que venia mejor que su año. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habéis sacado de vuestras escudерías? ¿qué saboyana me traéis á mí? ¿qué zapatícos á vuestros hijos? No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion ¹. Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza, y por ahora estad contenta que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me veréis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse. Quiéralo así el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oírte llamar señoría de todos tus vasallos. ¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? respondió Juana Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos. No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad, y cose la boca: solo te sabré decir así de paso, que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos atrevesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda la discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el maravé. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su mujer en tanto que el ama y sobrina de D. Quijote le recibieron, y le desnudaron y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atrevesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El curá encargó á

¹ Aludia Sancho á los cien escudos hallados en la maleta de Cardenio, que eran las cosas de *mas momento y consideracion* que las saboyanas y patícos de que su mujer le preguntaba.

la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tío, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente ellas quedaron confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que D. Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos á lo ménos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que D. Quijote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que segun él dijo se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo D. Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo ménos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo eran estas:

orat.
me f.

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA,
EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO D. QUIJOTE DE LA MAN-
CHA HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, Á LA
SEPULTURA DE D. QUIJOTE.

EPITAFIO.

El calvatrúeno que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta :
El juicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha :
El brazo que su fuerza tanto ensancha
Que llegó del Catay hasta Gaeta :
La Musa mas horrenda y mas discreta
Que grabó versos en broncea plancha .
El que á cola dejó los Amadiseñ,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizzarria :
El que hizo callar los Belianises :
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fria.

DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, IN LAU-
DEM DULCINEÆ DEL TOBOSO.

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brñoso,
Es Dulcinea, reina del Tobosõ,
De quien fué el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pié y cañsado :
Culpa de Rocinante. ¡O dura estrella!
Que esta manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años
Ella dejó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,
EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE D. QUIJOTE DE LA
MANCHA.

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frelético el manchego sū estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino :

—Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte :
¡Nuevas proezas! però inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.

Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces y su fama ensancha,

Hoy á Quijote le corona el aula
Do Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.

Nunca sus glorias el olvido máncha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESICO, Á SANCHO PANZA.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico,
Pero grande en valor. ¡Milagro extraño!
Escudero el mas simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico :

De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
—Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante, y tras su dueño.

¡O vanas esperanzas de la gente,
Cómo pasáis con prometer descanso,
Y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA
SEPULTURA DE D. QUIJOTE.

EPITAFIO.

Aquí yace el caballero
bien molido y mal andante,
á quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
yace tambien junto á él,
escudero el mas fiel,
que vó el trato de escudero.

DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPUL-
TURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
y aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea :
Fué de castiza ralea,
y tuvo asomos de dama;
del gran Quijote fué llama,
y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demas por estar caromida la letra, se entregaron á un académico para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigiliass y mucho trabajo. y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de D. Quijote.

²
Forsi altró canterà con miglior plectro.

PARTE SEGUNDA

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

DEDICATORIA

AL

CONDE DE LÉMOS

Enviando á V. E. los dias pasados mis comedias, ántes impresas que representadas. si bien me acuerdo dije, que D. Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir á besar las manos á V. E.; y ahora digo, que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega me parece que habré hecho algun servicio á V. E., porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envíe, para quitar el ámago y la náusea que ha causado otro D. Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe : y el que mas ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque queria fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y queria que el libro que se leyese fuese el de la historia de D. Quijote: juntamente con esto me decia que fuese yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador, si su majestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podéis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; ademas que sobre estar enfermo, estoy

muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lémos, que sin tantos titulillos de colegios, ni rectorías me sustenta, me ampara y hacē mas merced que la que yo acierto á desear. Con ésto le despedí, y con ésto me despido, ofreciendo á V. E. los trabajos de Persiles y Sigismunda, libro á quien daré fin dentro de cuatro meses *Deo volente*; el cual ha de ser, ó el mas malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento: y digo que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga V. E. con la salud que es deseado, que ya estará Persiles para besarle las manos, y yo los piés, como criado que soy de V. E. De Madrid último de octubre de mil seiscientos y quince. = Criado de V. E.

Miguel de Cervántes Saavedra.

PROLÓGO AL LECTOR

Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *D. Quijote*: digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona ¹. Pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros ². Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo ménos en la estimacion de los que saben donde se cobraron: que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga: y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas

¹ En 1614, nueve años despues de haber publicado Cervántes la primera parte del *D. Quijote*, salió á luz en Tarragona otro *D. Quijote* con nombre de segunda parte, compuesta por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural, se decia, de Tordesillas. El autor, que quiso ocultarse bajo este nombre, fué aragonés segun Cervántes.

² Alude á la batalla naval de Lepanto, en la cual le dieron tres arcabuzazos, dos en el pecho y uno en la mano izquierda de la que quedó manco

son que guian á los demas al cielo de la honra, y al de dese-
la justa alabanza : y hase de advertir, que no se escribe con
las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse
con los años. He sentido tambien que me llame invidioso, y
que como á ignorante me describa qué cosa sea la invidia,
que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco
sino á la santa, á la noble y bien intencionada : y siendo esto
así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote,
y mas si tiene por añadidura ser familiar del santo oficio; y
si él lo dijo por quien parece que lo dijo ¹, engañóse de todo
en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la
ocupacion continua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco
á este señor autor el decir que mis novelas son mas satíricas
que ejemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser
si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices que ando muy
limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi
modestia, sabiendo que no se ha de añadir afliccion al afli-
gido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande,
pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encu-
briendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera
hecho alguna traicion de lesa majestad. Si por ventura lle-
gares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por
agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio,
y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el en-
tendimiento que puede componer y imprimir un libro con que
gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama,
y para confirmacion desto quiero que en tu buen donaire y
gracia le cuentes este cuento :

Habia en Sevilla un loco, que dió en el mas gracioso dis-
parate y tema que dió loco en el mundo. Y fué, que hizo un
cañuto de caña puntiagudo en el fin; y en cogiendo algun
perro en la calle, ó en cualquiera otra parte, con el un pié le
cogia el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor
podia le acomodaba el cañuto en la parte que soplándole, le
ponia redondo como una pelota, y en teniéndolo desta suerte
le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba diciendo á
los circunstantes (que siempre eran muchos): pensarán vuesas
mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro. Pen-
sará Vmd. ahora que es poco trabajo hacer un libro. Y si
este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, este, que
tambien es de loco y de perro :

Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de
traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, ó un
canto no muy liviano, y en topando algun perro descuidado
se le ponía junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso.
Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba
en tres calles. Sucedió pues, que entre los perros que des-

¹ Parece alusion á Lope de Vega.

cargó la carga fué uno un perro de un bonetero, á quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo : asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y á cada palo que le daba decia : perro ladrón ¿á mi podenco? ¿no viste, cruel, que era podenco mi perro? y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con mas carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decia : este es podenco, guarda! En efecto todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decia que eran podencos, y así no soltó mas el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer á este historiador, que no se atreverá á soltar mas la presa de su ingenio en libros, que en siendo malos son mas duros que las peñas. Dile tambien que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremes famoso de la Perendenga, le respondo, que me viva el Veinticuatro mi señor, y Cristo con todos : viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pié : y vivame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mi mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que los solicite adulacion mia, ni otro género de aplauso, por sola su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por mas dichoso y mas rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso : la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no escurecerla del todo ; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida : y no le digas mas, ni yo quiero decirte mas á ti, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de D. Quijote que te ofrezco, es cortada del mismo paño que la primera, y que en ella te doy á D. Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta tambien que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas : que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte, que esperes el Persiles, que ya estoy acabando, y la segunda parte de Galatea.

CAPÍTULO I.

De lo que el cura y el barbero pasaron con D. Quijote cerca de su enfermedad.

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia, y tercera salida de D. Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar á su sobrina y á su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el cerebro, de doñde procedia segun buen discurso toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo hácian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo cual recibieron los dos gran contento por parecerles que habian acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia en su último capítulo; y así determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante caballería por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban. Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne mómia. Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un Solon flamante; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló D. Quijote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en toda experiencia si la sanidad de D. Quijote era falsa ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que ha-

bian venido de la corte, y entre otras dijo que se tenia por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio ni adonde habia de descargarse tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristianidad, y su Majestad habia hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió D. Quijote: su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejarale yo que usara de una prevencion, de la cual su Majestad la hora de ahora debe estar muy ajeno de pensar en ella. Apenas oyó esto el cura cuando dijo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre D. Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el barbero, que ya habia dado en el mismo pensamiento que el cura, preguntó á D. Quijote cuál era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese: quizá podria ser tal que se pudiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes. El mio, señor rapsador, dijo D. Quijote, no será impertinente sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los mas arbitrios que se dan á su Majestad, ó son imposibles ó disparatados, ó en daño del rey ó del reino. Pues el mio, respondió D. Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el mas fácil, el mas justo y mas mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitranté alguno. Ya tarda en decirle vuesa merced, señor D. Quijote, dijo el cura. No querría, dijo D. Quijote, que le dijese yo aquí ahora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. Por mí, dijo el barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que vuesa merced dijere á rey ni á Roque, ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladron que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega. No sé historias, dijo D. Quijote; pero sé que es bueno ese juramento en fe de que sé que es hombre de bien el señor barbero. Cuando no lo fuera, dijo el cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. ¿Y á vuesa merced quién lo fía, señor cura? dijo D. Quijote. Mi profesion, respondió el cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dijo á esta sazón D. Quijote, ¿hay más sino mandar su Majestad por público pregon que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco? Es-

ténme vuestras mercedes alentos, y vayan conmigo. Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante en un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Si no diganme. ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? Había, enhoramala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso D. Belianis, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadus de Gaula; que si alguno de estos hoy viviera, y con el Turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo ménos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entienda, y no digo mas. ¡Ay! dijo á este punto la sobrina, que me maten si no quiero mi señor volver á ser caballero andante. A lo que dijo D. Quijote: caballero andante he de morir, y baje ó suba el Turco cuando él quisiere, y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entienda. A esta razon dijo el barbero: suplico á vuestras mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle. Dió la licencia D. Quijote, y el cura y los demas le prestaron atencion, y él comenzó desta manera:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habian puesto allí por falta de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recogimiento se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al arzobispo suplicandole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes por gozar de la parte de su hacienda le tenían allí, y á pesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribia, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareció á juicio le sacase y pusiese en libertad. Hizolo, y el retor le dijo que aquel hombre aun se le puesto que hablaba muchas veces como por entendimiento, al cabo disparaba con tantas y en muchas y en grandes igualaban á sus prisiones, como se podia hacer la experiencia haciendo hacerla el capellan, y poniéndole con el loco una hora y mas, y en todo aquel tiempo jamas razon torcida ni disparatada, ántes habló tan, que el capellan fué forzado á creer que el loco y entre cosas que el loco le dijo fué que el

retor le tenia ojeriza por no perder los regalos que sus rientes le hacían porque dijese que aun estaba loco y con cidos intervalos, y que el mayor contrario que en su des- cia tenia era su mucha hacienda, pues por gozar della enemigos ponian dolo y dudaban de la merced que nue Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Fi- mente él habló de manera que hizo sospechoso al retor, diciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discr- que el capellan se determinó á llevársele consigo á qu- arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de a- negocio. Con esta buena fe el buen capellan pidió al r- mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el li- ciado: volvió á decir el retor que mirase lo que hacia, por- sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sir- on de nada para con el capellan las prevenciones y adv- mientos del retor para que dejase de llevárle: obedeci- retor viendo ser órden del arzobispo, pusieron al licenci- sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se- vestido de cuerdo y desnudo de loco¹, suplicó al cape- que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de- compañeros los locos. El capellan dijo que él le queria ac- pañar y ver los locos que en la casa habia. Subieron en efe- y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegad- licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aun- entónces sosegado y quieto, le dijo: hermano mio, mir- me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha- servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo m- cerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: te- grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me- vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él si e- confia: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos- coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imag- como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras- ceden de tener los estómagos vacíos y los celebros lleno- aire: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los- fortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas r- nes del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra j- frontero de la del furioso, y levantándose de una estera v- donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á gran- voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenci- respondió: yo soy, hermano, el que me voy, que ya no te- necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gra- á los cielos, que tan grande merced me han hecho. Mira- que decís, licenciado, no os engañe el diablo, replicó el l-

¹ *Vestido de cuerdo y desnudo de loco* quiere decir, sin aquellos l- pos, ó sin aquellos trajes que durante su curacion suelen llevar los- en los hospitales.

sosegad el pié, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta. Yo sé que e-stoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones. ¿Vos bueno? dijo el loco: ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcar me. A las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellan y asiéndole de las manos, le dijo: no tengáis vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Jupiter, y no quisiere llover, yo que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. A lo que respondió el capellan: con todo eso, señor Neptuno, no sea bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro dia, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volveremos por vuesa merced. Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan: desnudaron al licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento. ¿Pues este es el cuento, señor barbero, dijo D. Quijote, que por venir aquí como de molde no podia dejar de contarle? ¡Ah señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que vive por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe qué las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros que ahora se usan, ántes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla

que se arman : ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los piés á la cabeza; y ya no hay quien sin sacar los piés de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño como lo haciau los caballeros andantes : ya no hay ninguno que saliendo deste bosque éntre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallandō en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil, ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando ménos se cata se halla tres mil y mas leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces; mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si no díganme, ¿quién mas honesto y mas valiente que el famoso Amadis de Gaula? ¿quién mas discreto que Palmerin de Inglaterra? ¿quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién mas galan que Lisuarte de Grecia? ¿quién mas acuchillado ni acuchillador que D. Belianis? ¿quién mas intrépido que Perion de Gaula? ó ¿quién mas acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ó ¿quién mas sincero que Esplandian? ¿quién mas arrojado que D. Cirongilio de Tracia? ¿quién mas bravo que Rodamonte? ¿quién mas prudente que el rey Sobrino? ¿quién mas atrevido que Reináldos? ¿quién mas invencible que Roldan? ¿y quién mas gallardo y mas cortés que Rugero, de quien decienden hoy los duques de Ferrera, segun Turpin en su cosmografía? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellan de ella; y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare : digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo. En verdad, señor D. Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por futo, y así me ayude Dios como fué buena mi intencion, y que no debe vuesa merced sentirse. Si puedo sentirme ó no, respondió D. Quijote, yo me lo sé. A esto dijo el cura : aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el

señor D. Quijote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió D. Quijote, tiene licencia el señor cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito, respondió el cura, digo que mi escrúpulo es, que ño me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes, que vuesa merced, señor D. Quijote, ha referido, hayan sido ~~si~~ real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; ántes imagino que todo es ficcion, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir medio dormidos. Ese es otro error, respondió D. Quijote, en que han caído muchos que ño creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí sustentándola sobre los hombros de la verdad: la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadis pudiera á mi parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprension que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron se pueden sacar por buena filosofia sus facciones, sus colores, y estaturas. ¿Qué, tan grande le parece á vuesa merced, mi señor D. Quijote, preguntó el barbero, debia de ser el gigante Morgante? En eso de gigantes, respondió D. Quijote, hay diferentes opiniones si los ha habido ó no en el mundo; pero la santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golias, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la ista de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la geometría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto: y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dijo el cura, el cual gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentia acerca de los rostros de Reináldos de Montauban y de D. Roldan, y de los demas doce Pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes. De Reináldos, respondió D. Quijote, me atrevo á decir que era ancho de

rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Rotolando, ó Orlando, (que con todos estos nombres le nombran las historias) soy de parecer y me afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. Si no fué Roldan mas gentilhombre que vuesa merced ha dicho, replicó el cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella le desdenase y dejase por la gala, brio y donaire que debia tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adámar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angélica, respondió D. Quijote, señor cura, fué una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasadamente honestas, la dejó donde dijo.

Y como del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda que esto fué como profecía, que los poetas tambien se llaman vates, que quiere decir adivinos. Véase esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura¹.

Dígame, señor D. Quijote, dijo á esta sazón el barbero, ¿no ha habido algun poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió D. Quijote, que si Sacripante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdenados y no admitidos de sus damas fingidas, ó no fingidas, en efeto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica que trujo reyuelto un mundo. Milagro, dijo el cura: y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian de-

¹ El poeta andaluz fué Luis Barahona de Soto, natural de Lucena, y el castellano Lope de Vega, madrileño.

jado la conversacion, daban grandes voces en el patio y acudieron todos al ruido.

CAPÍTULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de D. Quijote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia que las voces que oyeron D. Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y ama que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á D. Quijote, y ellas le defendian la puerta : ¿ qué quiere este mostrenco en esta casa? idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. A lo que Sancho respondió : ama de Satanas, el sonsacado y el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo : él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio : él me sacó de mi casa con engañosas prometiéndome una insula que hasta ahora la espero. Malas insulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito ; ¿ y qué son insulas? ¿ es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de corte. Con todo eso, dijo el ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias : id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender insulas ni insulos. Grande gusto recibian el cura y el barbero de oír el coloquio de los tres ; pero D. Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de D. Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías y así dijo el cura al barbero : vos veréis, compadre, como cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el barbero ; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la insula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dijo el cura, y estemos á la mira, veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una misma turquesa, y que

las locuras del señor sin las necesidades del criado no valian un ardite. Así es, dijo el barbero, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos. Yo aseguro, respondió el cura, que la sobrina ó el ama nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dejarán de escucharlo. En tanto D. Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dijo : mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos : una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos : si á ti te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque, segun vuesa merced dice, mas anejas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos. Engañaste, Sancho, dijo D. Quijote, segun aquello : *quando caput dolet*, etc. No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dijo D. Quijote, que cuando la cabeza duele todos los miembros duelen : y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado ; y por esta razon el mal que á mí me toca ó tocara, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo. Así habia de ser, dijo Sancho ; pero cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detras de las bardas mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno ; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dellos. ¿ Querrás tú decir ahora, Sancho, respondió D. Quijote, que no me dolia yo cuando á ti te manteaban ? y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entónces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto : y dime, Sancho amigo, ¿ qué es lo que dicen de mí por ese lugar ? ¿ en qué opinion me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros ? ¿ Qué dicen de mi valentía ? ¿ qué de mis hazañas ? ¿ y qué de mi cortesía ? ¿ Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca ? Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos : y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna ; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya : y quiero que sepas, Sancho, que si á los oidos de los príncipes llegase la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada. Sirvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.

Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió Sancho, con condición que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestigio de otras ropas de aquellas con que llegasen á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió D. Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no ménos mentecato.

Los dicen, que no contentiéndose vuesa merced en la de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arreabillero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, trazo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros, errían que los hidalgos se opusiesen á ellos, espe-aquellos hidalgos escuderiles, que dan humo á los toman los puntos de las medias negras con seda o, dijo D. Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ipre bien vestido y j-mas remendado: roto bien; y el roto mas de las armas que del tiempo. En lo prosiguó Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas le vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos o, pero gracioso: otros, valiente, pero desgra-os, cortés, pero impertinente; y por aquí van di-en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos eso sano. Mira, Sancho, dijo D. Quijote, donde e está la virtud en eminente grado es perseguida; ninguno de los famosos varones que pasaron dejó tumnado de la malicia. Julio César, animosísimo, mo y valentísimo capitan, fué notado de ambicioso ante no limpio, ni en sus vestidos ni en sus cos-Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el re-e Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de

De Hercules el de los muchos trabajos se cuenta, acivo y muelle. D. Galaor, hermano de Amadis de murmura que fué mas que demasidamente rijo, hermano que fué lloron. Así que, ó Sancho, entre las umnias de buenos bien pueden pasar las mias, sean mas de las que has dicho. Ahí está el toque, i mi padre, replicó Sancho. ¿Pues hay mas? pre-Quijote. Aun la cola falta por desollar, dijo San-e hasta aquí son torlas y pan pintado, mas si vuesa iere saber todo lo que hay acerca de las calañas nen, yo le traeré aquí luego al momento quien se odas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó

Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Sa-hecho bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida le andaba ya en libros la *historia* de vuesa merced, re del *Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*: me mientan á mí en ella con mi mismo nombre Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con

1786

otras cosas que pasámos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dijo D. Quijote, que debe de ser algun sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador, pues segun dice el bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de moro, respondió D. Quijote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir que los moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dijo D. Quijote, errarte en el sobrenombre de ese Cide. que en arábigo quiere decir señor. Bien podria ser, replicó Sancho, mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por el en volándas. Harásme mucho placer, amigo, dijo D. Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho; y dejando á su señor se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III.

Del ridículo razonamiento que pasó entre D. Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sanson Carrasco.

Pensativo ademas quedó D. Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo puestas en libro, como habia dicho Sancho, y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la enchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó que algun sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las mas viles que de algun vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, segun aquel nombre de Cide, y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quiméristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna

indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los impetus de los naturales movimientos, y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien D. Quijote recibió con mucha cortesía. Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinte y cuatro años, carrerondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa, y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró viendo á D. Quijote, poniéndose delante del de rodillas, diciéndole: déme vuestra grandeza las manos, señor D. Quijote de la Mancha, que por el hábito de S. Pedro que vistó, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuestra merced uno de los mas famosos caballeros andantes que ha habido ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arabigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar D. Quijote, y dijo: desa manera ¿verdad es que hay historia mia, y que fué moro y sabio el que la compuso? Es tan verdad, señor, dijo Sansón, que tengo para mí que el día de hoy estan impresos mas de doce mil libros de la tal historia: si no digalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se esta imprimiendo en Ambéres, y á mí se me traslució que se ha de haber nacion ni lengua donde no se traduzca. Una de las cosas, dijo á esta sazón D. Quijote, que mas debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viudar con buen nombre por las lenguas de la impreso y en estampa: dije con buen nombre, dando al contrario, ninguna muerte se le igualará. Buena fama y si por buen nombre va, dijo el bachiller, vuestra merced lleva la palma á todos los caballeros, porque el moro en su lengua y el cristiano tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la vuestra merced, el animo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, las desgracias, como en las heridas; la honestidad y la en los amores tan platónicos de vuestra merced y de Doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dijo á este mozo Panza, he oido llamar con Don á mi señora sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y anda errada la historia. No es objecion de importancia. Respondió Carrasco. No por cierto, respondió

D. Quijote; pero dígame vuesa merced, señor bachiller, ¿qué hazañas mías son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el bachiller, hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa merced le parecieron briareos y gigantes; otros á la de los batanes; este á la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes: otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno. Dígame, señor bachiller, dijo á esta sazón Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangueses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo? No se le quedó nada, respondió Sansón, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dijo D. Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgaran se les hubiera olvidado á los autores della alguno de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor D. Quijote. Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho. También pudieran callarlos por equidad, dijo D. Quijote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fué tan piadoso Enéas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. Así es, replicó Sansón; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades ese señor mero, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarrón sois, Sancho, respondió D. Quijote, á fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla. Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun se están frescos en las costillas. Callad, Sancho, dijo D. Quijote, y no interrumpáis al señor bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme

lo que se dice de mí en la referida historia, Sancho, que también dicen que soy yo i personajes della. Personajes, que no amigo, dijo Sansón. ¿Otro reprochador de vogueables tenemos? dijo Sancho; pues andense á eso, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precisa mas oírse hablar á vos, que al mas pintado de toda ella, puesto que también hay quien diga que anduvistes demasadamente de crédulo en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella insula ofrecida por el señor D. Quijote, que está presente. Aun hay sol en las bardas, dijo D. Quijote; y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará mas idóneo y mas hábil para ser gobernador, que no está ahora. Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalén: cuando esta en que la dicha insula se entretiene no sé dónde no en faltarme á mí el cal tro para gobernarla. Encomendad á Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que todo se hará bien quizá mejor de lo que vos pensáis, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dijo Sansón, que si Dios quiere no le faltarán á Sancho mil islas para gobernar, cuanto mas una. Gobernadores he visto por ahí, dijo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de zapato, y con todo eso los llaman señoría, y se sirven de plata. Esos no son gobernadores de insulas, replicó Sansón, sino de otros gobiernos mas manuales; que los que gobernan insulas por lo ménos han de saber gramática. Con gramática bien me avendría yo, dijo Sancho, pero con la tica me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejaré esto del gobierno en las manos de Dios que me eche á partes donde mas de mí se sirva, digo, señor bachiller Sansón Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfacas las cosas que de mí se cuentan: que á fe de buen escude que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habian de oír los sordos. ¿Y fuera hacer milagros, respondió Sansón. Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mira cómo habla ó cómo escribe de la personas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magín. Una de las tachas que ponen á la historia, dijo el bachiller, es qué su autor puso en ella una novela intitulada *el Curioso impertinente*, no por mala ni mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene ver con la historia de su merced del señor D. Quijote. ¿Apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro her con caparros. Ahora digo, dijo D. Quijote, que no ha sido el autor de mi historia, sino algun ignorante hablen

que á punto y sin algun discurso se puso á escribirla salga lo que saliere, como hacia Orbaneja el pintor de Ubedá, al cual preguntándole qué pintaba, respondió : lo que saliere ; tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él *este es gallo* ; y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla. Eso no, respondió Sanson, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella : los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran ; y finalmente es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algun rocin flaco cuando dicen allí va Rocinante : y los que mas se han dado á su letura son los pajes : no hay antecámara de señor donde no se halle un D. Quijote : unos le toman si otros le dejan ; estos le embisten, y aquellos le piden. Finalmente la tal historia es del mas gustoso y ménos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semeja una palabra deshonestas, ni un pensamiento ménos que católico. A escribir de otra suerte, dijo D. Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habian de ser quemados como los que hacen moneda falsa ; y no sé yo qué le movió al autor á valerse de novelas y cuentos ajenos habiendo tanto que escribir en los míos ; sin duda se debió de atener al refran : de paja y de heno etc. Pues en verdad que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor ó tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado ¹. En efecto lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros de cualquier suerte que sean es menester un gran juicio y un maduro entendimiento : decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad ; pero no obstante esto hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos. No hay libro tan malo, dijo el bachiller, que no tenga algo bueno. No hay duda en eso, replicó D. Quijote ; pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo. La causa deso es, dijo

Le 1152.

¹ El Tostado es el nombre que se da comunmente á D. Alonso de Magrigo, obispo de Avila, que floreció en el reinado de D. Juan II de Castilla con fama del hombre mas docto y el escritor mas laborioso entre los españoles de su siglo.

Sanson, que como las obras impresas fácilmente se ven sus faltas, y tanto mas es mayor la fama del que las compuso. I por sus ingenios, los grandes poetas, los grandes historiadores siempre ó las mas veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dijo D. Quijote, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonisimos para conocer las faltas ó sobras de los que predicán. Todo esto es así, señor D. Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos y ménos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que *si altuando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho estuvo despierto por dar la luz de su obra con la ménos obra que pudiese; y quizá podría ser que lo que á ellos parece mal fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga contento á todos los que le leyeren. El que de mí trata, D. Quijote, á pocos habrá contentado. Antes es al reves, como de *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta en la memoria del autor, pues se le olvida de contar el ladrón que hurtó el rucio á Sancho, que allí, y solo se infiere de lo escrito que se le hurtó poco le vamos á caballo sobre el mismo jumento parecido: también dicen que se le olvidó poner lo hizo de aquellos cien escudos que halló en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y se desean saber qué hizo dellos, ó en qué los gastó de los puntos sustanciales que faltan en la obra respondió: yo, señor Sanson, no estoy ahora en cuentas ni cuentos, que me ha tomado un estómago, que si no le reparo con dos tragos de pondrá en la espina de santa Lucia: en casa lo tengo aguarda, en acabando de comer daré la vuelta á vuestra merced y á todo el mundo de lo que quisieren, así de la pérdida del jumento, como de los cien escudos; y sin esperar respuesta ni decir se fué á su casa. D. Quijote pidió y rogó al quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el bachiller quedoso, añadióse al ordinario un par de picho

El autor no tuvo razon para decir esto, puesto que en el primer tomo de la primera parte, donde se cuenta el hurto del rucio, se le llama de Pasamonte.

tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

CAPÍTULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

Volvió Sancho á casa de D. Quijote, y volviendo al pasado razonamiento dijo: á lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber quién ó cómo ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiéndome digo, que la noche misma que huyendo de la santa Hermandad nos entrámos en sierra Morena, después de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma: especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quienquiera que fué tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio sin que yo lo sintiese. Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le sucedió á Sacripante cuando estando en el cerco de Albraca con la misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido cuando faltando las estacas di conmigo en el suelo una gran caída, miré por el momento, y no le vi: acudieronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo no sé cuántos dias, viniendo con la señora princesa Micomicona conocí mi asno, y que venia sobre él en hábito de tanto aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitámos mi señor y yo de la cadena. No está en eso el yerro, replicó Sanson, sino en que ántes de haber parecido el jumento dice el autor, que iba á caballo Sancho en el mismo rucio. A eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor. Así es sin duda, dijo Sanson; pero ¿qué se hicieron los cien escudos? Deshicieronse, respondió Sancho: yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he an-

mu. dado sirviendo á mi señor D. Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay mas que saber de mí, mu. aquí estoy, que responderé al mismo rey en persona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedís cada uno, en otros cien escúdos no habia da. para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiller? preguntó D. Quijote. Si debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. ¿Y por ventura, Dijo D. Quijote, promete el autor segunda parte? Si promete, respondió Sanson; pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no: y así por esto, como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas; y otros, de las cosas de D. Quijote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: vengan mas quijotadas, embista D. Quijote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. ¿Y á qué se atiene el autor? dijo D. Quijote. ¿A qué? respondió Sanson: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias la dará luego á la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho: ¿al dinero y al interes mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar como sastre en visperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto rípio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos el pié al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo ya habiamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros. No habia bien acabado de decir estas razones Sancho cuando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó D. Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro

dias otra salida, y declarando su intento al bachiller le pidió consejo por qué parte comenzaria su jornada, el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde de allí á pocos dias se habian de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de S. Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras. Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dijo á este punto Sancho, que así acometo mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor bachiller: sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y mas que yo he oido decir, y creo que á mi señor mismo si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentia; y si esto es así no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante¹; pero pensar que tengo de poner mano á la espada aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sanson, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante: y si mi señor D. Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna insula de las muchas que su merced dice que se ha de tomar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro², sino de Dios; y mas que tan bien y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las ruedas? Sancho nació, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna insula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que tambien se dice: cuando te diercn la vaquilla, corre con la soguilla³; y cuando viene el bien, métele

¹ Es decir, le serviré con esmero y diligencia.

² En hoto, expresion antigua, es lo mismo que *en confianza*.

³ Quiere decir, que se aprovechen las ocasiones y se obre segun ellas.

en tu casa. Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habéis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor D. Quijote, que os ha de dar un reino, no que una insula. Tanto es lo de mas como lo de ménos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echara mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo cén salud para regir reinos y gobernar insulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad, Sancho, dijo Sansón, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoos goberñador no conociédeses á la madre que os parió. Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de envidia de cristianos viejos, como yo los tengo: nó, sino llegaos á mi condicion, que sabrá usar de desagrdecimiento con alguno. Dios lo haga, dijo D. Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le traía entre los ojos. Dicho esto rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras se leyese Dulcinea del Toboso. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dejaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete; y que si hacia cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llaman décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dijo D. Quijote, que si allí no va el nombre patente y de manifesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto y en que la partida seria de allí á ocho dias. Encargó D. Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolas, y á su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion. Todo le prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á D. Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en órden lo necesario para su jornada.

27. May 1723.

CAPÍTULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

Llegando á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que á su oficio debia, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: ¿qué traéis, Sancho amigo, que tan alegre venís? A lo que él respondió: mujer mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo. D. Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pié enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podia hacer á poca costa y no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza de dejarle: así que dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicistes miembro de caballero andante habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oír silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aún todo esto fuera flores de cantueso si no tuviéramos que entender con

yangüeses y con moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedará rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, mujer, respondió Sancho, que si no pensase ántes de mucho tiempo verme gobernador de una insula, aquí me caería muerto. Eso no, marido mío, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su papita: vivid vos, y llévase el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salistas del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis ó os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad tambien que Marisancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis véros con gobierno; y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada. A buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mñjer mia, á Marisancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría. Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado, que si de los suecos, la sacáis á chapines, y de sayá parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú á una doña tal y señoría, no se ha de hallar ha, y á cada paso ha de caer en mil faltas de la hilaza de su tela basta y grossera. Calla, boba, o, que todo será usarlo dos ó tres años, que desdndrá el señorío y la gravedad como de molde; y, ¿qué importa? sésese ella señoría, y venga lo que edios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa queráis alzar á mayores, y advertid al refran que ijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en or cierto que sería gentil cosa casar á nuestra un condazo ó con un caballero, que cuando se o la pútesse como nueva, llamándola de villana, stripaterrónes y de la pelarúecas: no en mis dias, irá eso por cierto he criado yo á mi hija: traed is, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ope Tocho el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y o le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la ; y con este, que es nuestro igual, estará bien le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos

excellent. (7/1/1911)
recount.
transcription.

todos unos padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas córtés y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y mujer de Barrabas, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora sin qué ni para qué estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oído decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no seria bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémosnos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abajo dice Sancho dijo el traductor desta historia que tenia por apócrifo este capítulo). ¿No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pié del lodo, y casase á Marisancha con quien yo quisiere, y verás cómo te llaman á ti Doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambales á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No, sino estaos siempre en un ser sin crecer ni menguar como figura de paramento; y en esto no hablemos más, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú mas me digas. ¿Veis cuanto decís, marido? respondió Teresa, pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento sin que me le pongan un don encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar qué decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: mirad qué entonada va la pazpuerca; ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa cubiertá la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó insulo, y entonaos á vuestro gusto: que mi hija ni yo por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro D. Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á

just. Duffin.
life.

nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quién le puso á él el don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos. Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los brochos, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta Doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en ménos de un abrir y cerrar de te la chanto á un don y una señoría á cuestras, y te la de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en estrado de mas almohadas de velludo que tuvieron en su linaje los Almohades de Marruécos, ¿por qué es de consénir y querer lo que yo quiero? ¿Sabéis por marido? respondió Teresa, por el refran que dice: quien bre te descubre: por el pobre todos pasan los ojos como rrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un o pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor verar de los maldicientes, que los hay por esas calles á ones como enjambres de abejas. Mira, Teresa, responcho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizá no brás oído en todos los dias de tu vida; y yo ahora no o de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con mas vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aqui va diciendo Sancho son las segundas por quíen dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo:) De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna baja en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó no es, y solo es lo que vemos presente: y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su baja (que por estas mismas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad fuere bién criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde

¿Caeñer, voz familiar anticuada, es lo mismo que poner

de lo que fué, sino que reverencien lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisiéredes, y no me quebréis mas la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estáis revuelto en hacer lo que decís... resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto. No os pongáis á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos; y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde ahora le enseñéis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen; y vístete de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito. En efecto quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija. El día que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de véras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á D. Quijote para dar orden en su partida.

CAPÍTULO VI.

De lo que le pasó á D. Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de D. Quijote, que por mil señales iban cogiendo que su tio y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron le dijo el ama: en verdad, señor mio, que si vuestra merced no afirma el pié llano y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de que-

Tras de la...

jar en voz y en grito á Dios y al rey, que ponga remedio en
ello. A lo que respondió D. Quijote : ama, lo que Dios res-
ponderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su
Majestad tampoco ; y solo sé que si yo fuera rey me excusara
de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes
como cada día le dan ; que uno de los mayores trabajos que
los reyes tienen entre otros muchos es el estar obligados á
escuchar á todos, y á responder á todos, y así no querría yo
que cosas mías le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama :
diganos, señor, ¿ en la corte de su Majestad no hay caballe-
ros ? Si, respondió D. Quijote, y muchos ; y es razón que los
haya para adorno de la grandesa de los principes, y para co-
ntentacion de la majestad real. ¿ Pues no sería vuesa merced,
replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su rey y
señor estándose en la corte ? Mira, amiga, respondió D. Qui-
jote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos
los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes : de
todos ha de haber en el mundo ; y aunque todos seamos ca-
balleros, va mucha diferencia de los unos á los otros ;
porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los
umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando
un mapa sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, ham-
bre ni sed ; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos,
al sol, al frío, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche
y de día, á pie y á caballo medimos toda la tierra con nuestros
mismos pies ; y no solamente conocemos los enemigos pinta-
do en su mismo ser, y en todo trance y en toda oca-
sion acometemos sin mirar en niñerías, ni en las leyes de
afios, si lleva ó no lleva mas corta la lanza ó la espada,
sobre si reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha
tir y hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias
que se usán en los desafíos particulares de persona
ma, que tu no sabes, y yo si ; y has de saber mas que el
caballero andante, aunque vea diez gigantes que con
esas no solo tocan sino pasan las nubes, y que á cada
sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los
semejan árboles de gruesos y poderosos navios, y
o como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que
no de vidrio, no le han de espantar en manera alguna
en gentil continente y con intrépido corazon los ha de
er y embestir, y si fuere posible vencerlos y desbar-
en un pequeño instante, aunque viniesen armados de
muchas de cierto pescado que dicen que son mas duras
fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen
de tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas
ntas asimismo de acero, como yo las he visto más de
ces. Todo esto he dicho, ama mia, porque veas la dife-
rencia que hay de unos caballeros á otros ; y sería razón que
este principio que no estimase en mas esta segunda,

por mejor decir primera especie de caballeros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no solo de un reino, sino de muchos. ¡ Ah, señor mio! dijo á esta sazón la sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dijo D. Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿ Cómo qué? ¿ es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿ Qué dijera el señor Amadis si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el mas humilde y cortés caballero de su tiempo, y demas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido que no te fuera bien dello, que no todos son corteses ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay que reventan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan ó con la ambicion ó con la virtud; estos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio: y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. ¡ Válame Dios! dijo la sobrina, ¿ qué sepa vuesa merced tanto, señor tio, que si fuese menester en una necesidad podria subir en un púlpito é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres? Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondió D. Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas: á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros que aunque tuvieron principios

grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo disminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como es la punta de la pirámide, que respeto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y estos son los mas, que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron á la grandeza que ahora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni disminuirla, contentándose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar ahora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos seria en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mías, que es grande la confusion que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca deje de juzgarle y tenerle por de buena casta: y el no serlo seria milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, segun me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él

tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajoso acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro¹, que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

¡Ay desdichada de mí! dijo la sobrina, que tambien mi señor es poeta; todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, sobrina, respondió D. Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria cosa que yo no hiciese, curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes. A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era, y apenas le hubo conocido el ama, cuando corrió á esconderse por no verle: tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina, salió á recibirle con los brazos abiertos su señor D. Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio que no le hace ventaja el pasado.

CAPÍTULO VII.

De lo que pasó D. Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

Apénas vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolucíon de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre se fué á buscar al bachiller Sansón Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor, le podria persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y viéndole

¹ Garcilaso de la Vega en su *Elegía á la muerte de D. Bernardino de Toledo*.
hermano del gran duque de Alba D. Fernando.

se dejó caer ante sus piés trasudando y congojosa. Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobregaltadas le dijo: ¿qué es esto, señora ama? ¿qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale, sálese sin duda. ¿Y por dónde se sale, señora? preguntó Sanson; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado; y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchonés del cerebro, que para haberle de volver algun tantó en sí gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir. Eso creo yo muy bien, respondió el bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra si reventasen. En efecto, señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor D. Quijote? No, señor, respondió ella. Pues no tenga pena, respondió el bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. ¡Cuitada de mí! replicó el ama; ¿la oracion de santa Apolonia dice vuesa merced que rece? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sino de los cascós. Yo sé lo que digo, señora ama: váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay mas que bachillear, respondió Carrasco y con esto se fué el ama, y el bachiller fué luego á buscar al cura á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados D. Quijote y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad y veracidad relacion cuenta la historia. Dijo Sancho á su amo: señor, yo tengo relucida á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sancho, dijo D. Quijote, que no relucida. Una ó dos veces, respondió si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiere decir en ellos, y que cuando no los entienda diga: Sancho, diablo, no te entiendo; y si yo no me declarare, entónces pondrá enmendarme, que yo soy tan fácil. No te entiendo, Sancho, digo luego D. Quijote, pues no sé qué quiere decir se-

tan f6cil. Tan f6cil quiere decir, respondi6 Sancho, soy tan asi. M6nos te entiendo ahora, replic6 D. Quijote. Pues si no me puede entender, respondi6 Sancho, no s6 c6mo lo diga, no s6 mas, y Dios sea conmigo. Ya, ya caigo, respondi6 D. Quijote, en ello : t6 quieres decir que eres tan d6cil, blando y ma6ero, que tomar6s lo que yo te dijere, y pasar6s por lo que te enseñare. Apostar6 yo, dijo Sancho, que desde el principio me cal6 y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme decir otras doscientas patochadas. Podr6 ser, replic6 D. Quijote; y en efecto ¿qu6 dice Teresa? Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues m6s vale un toma que dos te dar6 : y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondi6 D. Quijote. Decid, Sancho amigo; pasad adelante, que habl6is hoy de perlas. Es el caso, replic6 Sancho, que como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos 6 la muerte, y que hoy somos y ma6ana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en 6ste mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega 6 llamar 6 las puertas de nuestra vida siempre va de priesa, y no la har6n detener ni ruegos, ni fuerzas, ni celtr6s, ni mitras, segun es p6blica voz y fama, y segun nos lo dicen por esos p6lpitos. Todo eso es verdad, dijo D. Quijote; pero no s6 d6nde vas 6 parar. Voy 6 parar, dijo Sancho, y si vuesa merced me se6ale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar 6 mercedes, que llegan tarde 6 mal 6 nunca; con lo mio me ayude Dios. En fin yo quiero saber lo que gano, poco 6 mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mi6ntas se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que vuesa merced me diese la 6nsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querr6 que se aprecie lo que montare la renta del la tal 6nsula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondi6 D. Quijote, 6 las veces tan buena suele ser una gata como una rata. Ya entiendo, dijo Sancho : yo apostar6 que habia de decir rata y no gata; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido. Y tan entendido, respondi6 D. Quijote, que he penetrado lo 6ltimo de tus pensamientos, y s6 al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sa66ho, yo bien te se6alar6 salario si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algun peque6o resquicio qu6 es lo que solian ganar cada mes 6 cada a6o; pero yo he leído todas 6 las mas

de sus historias, y no me acuerdo haber leído que ningún caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero, solo sé que todos servían á merced; y que cuando ménos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una insula ó con otra cosa equivalente, y por lo ménos quedaban con título y señoría: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustais de volver á servirme, sea en buena hora, que pensar qué yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado: así que, Sancho mío, volved á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intencion; y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem*, y si no, tan amigos como de antes, que si al palomar no le falta cebo no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posesion, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tambien como vos sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente quiero decir, y os digo, que si no queréis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mí no me faltarán escuderos mas obedientes, mas sollicitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos. Cuando Sancho oyó la firme resolución de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creído que su señor no se iria sin el por todos los haberes del mundo; y así estando suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco y el ama y la sobrina, deseosas de oír con qué razones persuadia á su señor que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sansón, rron famoso, y abrazándolo como la vez primera y con levantada, le dijo: ¡ó flor de la andante caballería! ¡é resplandeciente de las armas! ¡ó honor y espejo de la oñ española! plega á Dios todopoderoso, donde mas lamente se contiene, que la persona ó personas que pusieron edimiento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen el laberinto de sus deseos, ni jamas se les cumpla lo que desearan; y volviéndose al ama le dijo: bien puede la ra ama no rezar mas la oracion de santa Apolonia, que é que es determinacion precisa de las esferas que el se- D. Quijote vuelva á ejecutar sus altos y nuevos pensamientos; y yo encargaría mucho mi conciencia si no intimase persuadiese á este caballero que no tenga mas tiempo en- da y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad u ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el obo de los tñertos, el amparo de los huérfanos, la honra as doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las ca- us, y otras cosas deste jaes, que tocan, *añen*, dependen n anejas á la órden de la caballería andante. Ea, señor Quijote mío, hermoso y bravo, ántes hoy que mañana es

ponga vuesa merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. A esta sazón dijo D. Quijote volviéndose á Sancho: no te dije yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? Mira quien se ofrece á serlo, sino el inaudito bachiller Sanson Carrasco, perpétuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la columna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola honra juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondió Sancho enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: no se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha; si que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y alabado por muchas buenas obras y por mas buenas palabras el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto mas cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre y la mujer mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare; y así no hay mas que hacer sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revocar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revocar, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél habia leído, y confirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dijo entre sí, que

tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo. Finalmente D. Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos, y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo D. Quijote, que la habia de llevar. Ofrecióse la Sansón, porque sabia no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba mas oscura por el orin y el moño, que clara y limpia por el terso áceró. Las maldiciones que las dos, ama y sobrina echaron al bachiller no tuvieron cuento: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las enñechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sansón para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él ántes lo habia comunicado. En resolución, en aquellos tres dias D. Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y D. Quijote á su sobrina y á su ama, al anoecer, sin que nadie lo viese sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso. D. Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió D. Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sansón, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo D. Quijote; dió Sansón la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPÍTULO VIII

se acuerda lo que le sucedió á D. Quijote yendo á ver á la señora Dulcinea del Toboso.

... dito sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli en el octavo capítulo: bendito sea Alá, repito todo y dice que da estas bendiciones por ver que tiene España á D. Quijote y á Sancho, y que los lectores de esta historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de D. Quijote y de su escudero. persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías y que pongan los ojos en las que están por venir. que desde ahora en el camino del Toboso comienzan las otras comenzaron en los campos de Montiel; y

es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo :

Solos quedaron D. Quijote y Sancho, y apénas se hubo apartado Sansón cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fueron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrología judiciaria que él se sabia, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caía se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas; y aunque tonto no andaba en esto muy fuera de camino. Dijole D. Quijote : Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas andar, y con mas escuridad de la que habíamos menester para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir ántes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace mas valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella en parte á lo ménos que pueda recebir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra Morena. ¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo D. Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamas bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debian de ser sino galerías ó corredores ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, sino es que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó D. Quijote, que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, ó por resquicios ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazon de modo que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentía. Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; debió de ser que como su merced estaba ahechando aquel rigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció. ¿Qué, todavía das, Sancho, dijo D. Quijote, en decir, en pensar, en creer y en

porfiar que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo eso un menester¹ y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad. Mas se te acuerdan á ti, ó Sancho, aquellos versos de nuestro poeta², donde nos pinta las labores que hacian allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contextas y tejidas: y desta manera debia de ser el de mi señora cuando tú la viste, sino que la envidia que algun mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen: y así temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algun sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. ¡O envidia, raíz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias. Eso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho, y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros habia visto, debe de andar mi honra á coche acá cinchado, y como dicen, al estricote aquí y allí barriendo las calles: pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado: bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mia, siempre natural y nunca artificiosa: y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos debian los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano á mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren. Eso me pareció, Sancho, dijo D. Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta de estos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas no puso ni nombró en ella á una dama que se podia dudar si lo era ó no, la cual viendo que no estaba en la lista de las

¹ Menester significa aquí oficio, arte ó empleo.

² Garcilaso.

damas, se quejó al poeta diciéndole que qué habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche, si no, que mirase para lo que habia nacido. Hizolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. Tambien alude á esto lo que sucedió al grande emperador Cárlos Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor vocacion se llama de todos los santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una média naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda que está en su cima, desde la cual mirando el emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya dijo al emperador: mil veces, sacra majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra majestad, y arrojar me de aquella claraboya abajo por dejar de mi fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasion que volváis á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamas me habléis ni estéis donde yo estuviere; y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo armado de todas armas en la profundidad del Tíbre? ¿quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿quién, contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á César? Y con ejemplos mas modernos ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros mas habemos

de atender á la gloria de los siglos venidores, que es eterna en las regiones eternas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado. así, ó Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiano que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho volar que volamos, á la luxuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama. Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo eso querría que vuesa merced me sorbiese una duda que ahora en este punto me ha venido á la memoria. Así, viese, quieres decir, Sancho, dijo D. Quijote: di en buen hora, que yo responderé lo que supiere. Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazanosos que ha dicho que ya son muertos, ¿dónde están ahora? Los gentiles, respondió D. Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo. Está bien, dijo Sancho: pero sepamos ahora; esas sepulturas donde están los cuerpos de esas señoras tienen delante de sí lamparas de plata, ó lofnadas las paredes de sus capillas de muletas, de s, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? y si ¿de qué están adornadas? A lo que respondió D. Quijote: sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se cobie sobre una pirámide de piedra de desmesurada gran uien hoy llaman en Roma la Aguja de san Pedro. rador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan como una buena aldea, á quien llamaron *Molar* que ahora es el castillo de Santángel en Roma. La emisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro ivo por una de las siete maravillas del mundo; pero de estas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y ue mostrasen ser santos los que en ellas estaban is. A eso voy, replicó Sancho; y dígame ahora, ¿cúal resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? La está en la mano, respondió D. Quijote; mas es á un muerto. Cogido le tengo, dijo Sancho; luego el que resucita muertos, da vista á los ciegos, en-

reza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. Tambien confieso esa verdad, respondió D. Quijote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobacion y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion, y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus mas preciados altares. ¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo D. Quijote. Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer ó ántes de ayer (que segun há poco se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñian y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en mas veneracion que está, segun dije, la espada de Roldan en la armeria del rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, mas vale ser humilde frailecito de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero: mas alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos. Todo eso es así, respondió D. Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religion es la caballeria, caballeros santos hay en la gloria. Sí, respondió Sancho; pero yo he oido decir que hay mas frailes en el cielo que caballeros andantes. Eso es, respondió D. Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros. Muchos son los andantes, dijo Sancho. Muchos, respondió D. Quijote, pero pocos los que merecen nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el dia siguiente sin aconfezerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á D. Quijote. En fin otro dia al anocheecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á D. Quijote, y se le entristecieron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente ordenó D. Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba

se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.

CAPÍTULO IX.

Donde se cuenta lo que en él se verá.

Mé^odia noche era, por filo poco mas ^o ménos, cuando D. Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y rep^osaban á pierna tendida como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de D. Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. ¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo vi á su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debía de estar retirada ent^onces, respondió D. Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas. Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman, y entran á cualquier hora por tarde que sea? Hallemos primero una por una el alcázar, replicó D. Quijote, que ent^onces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos; y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guíe vuesa merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de día. Guió D. Quijote, y habiendo andado como docientos pasos dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: con la iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no demos

con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimiterios á tales horas, y mas habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dijo D. Quijote : ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificadas en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso ; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes ; y así suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podria ser que en algun rincon topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosás de mi señora, dijo D. Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho ; ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á média noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces? Tú me harás desesperar, Sancho, dijo D. Quijote : ven acá, hereje, ¿no te he dicho mil veces que en todos los dias de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco. Eso no puede ser, replicó D. Quijote, que por lo ménos ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta quē le envié contigo. No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber que tambien fué de oídas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió D. Quijote, tiempōs hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas : no porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien que ni la has hablado ni visto siendo tan al revés como sabes. Estando los dos en estas pláticas vieron que venia á pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo juzgaron que debia de sēr labrador, que habria madrugado ántes del dia á ir á su labranza ; y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquēl romance que dice :

Chanc Mala la hubistes, franceses,
la caza de Roncesválles.

Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole D. Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene

un poco de = infuella =

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

¿es villano? Si oigo, respondió Sancho, ¿pero qué otro propósito la casa de Roncesvalles? Así pues el romance de Calainos, que todo fuera uno, para bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el quien D. Quijote preguntó: sabréisme decir, que buena ventura os de Dios, ¿dónde son por acios de la sin par princesa Doña Dulcinea del flor, respondió el mozo, yo soy forastero, y háme estoy en este pueblo sirviendo á un labrador branza del campo; en esa casa frontera viven el cristian del lugar, entrambos ó cualquier dellos vuesa merced raxon de esa señora princesa, por lista de todos los vecinos del Toboso, aunque o que en todo él no vive princesa alguna, muchas rincipales, que cada una en su casa puede ser es entre esas, dijo D. Quijote, debe de estar, por quien te pregunto. Podria ser, respondió el os, que ya viene el alba; y dando á sus mulas mas preguntas. Sancho, que vió suspenso á su mal contento, le dijo: señor, ya se viene á mas y no será acertado dejar que nos halle el sol en or será que nos salgamos fuera de la ciudad, y erced se embosque en alguna floresta aqui cerolveré de día, y no dejaré ostugo en todo éste no busque la casa, alcazar ó palacio de mi se-neria de desdichado si no le hallase, y hallándole u merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa undo que le dé orden y traza para verla sin me-honra y fama. Has dicho, Sancho, dijo D. Qui-ncias encerradas en el círculo de breves pala-yo que ahora me has dado le apetezco y recibo ana: ven, hijo, y vamos á buscar donde me ó tú volverás como dices á buscar, á ver y ñora, de cuya discrecion y cortesía espero mas i favores. Había Sancho por sacar á su amo que no averiguase la mentira de la respuesta e Dulcinea le habia llevado á Sierra Morena, á la salida, que fué luego, y á dos millas del una floresta ó bosque donde D. Quijote se to que Sancho volvía á la ciudad á hablar ya embajada le sucedieron cosas que piden y nuevo crédito.

— 150 —

Donde se cuenta la industria que Sancho
señora Dulcinea, y de otros sucesos t

Llegando el autor desta grande historia de este capítulo de cuenta, dice que quisiera temeroso de que no habia de ser creida D. Quijote llegaron aquí al término de las mayores. Finalmente, a zelo, de imaginarse, y aun pasaron a mirar ni las escribió de la misma manera para quitar á la historia un átomo de razon, porque la verdad adelantaba, prosiguiendo sobre la mentira como el boscó en la floresta, encinar ó su mandó á Sancho volver á la casa, en presencia sin haber primeramente caballero, y se dignase de echarse á esperar por ella felicísimos como se le mandaba, y como no le trujo la vez primera, como te turbes cuando te viene a la memoria, y Ten memoria, y muda las colores e ajada, si se desasosiega en la almohada, rico de su autor, a sobre el uno, al que te diere la copa, de aceda e a componerle a hijo, mira todas me los relatara tiene escondido al fecho de no lo sabes, con exteriores certisimos lo interior del tura que la

mejor exceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mío, ese corazóncillo, que le debe tener ahora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir, que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas, y también se dice donde no se piensa salta la liebre: digolo porque si esta noche no hallámos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de día los pienso hallar cuando ménos lo piense, y hallados déjenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dijo D. Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y D. Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos yéndonos con Sancho Panza, que no ménos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viéndole que D. Quijote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol comenzó á hablar consigo mismo y á decirse: sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues que va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero D. Quijote de la Mancha, que desfaze los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, á unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algun día por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamas. ¿Y pareceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus princesas, y á desazonarles sus damas, viéscen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razon quando no considerasen que soy mandado, y que *mesajero sois, amigo, no merecéis culpa, non*. No os fiéis en eso, Sancho, porque la enchebra es tan colérica como honrada, y no consiente us de nadie. Vive Dios, que si os huelo, que os mando Ventura. Oye, puto, allá darás rayo: no si no ándeme ando tres pies al gato por el gusto ajeno; y mas que buscar á Dulcinea por el Toboso como á Marica por ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me lo á mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó Sancho, y lo que sacó del fué que volvió á decirse:

ahora bien, todas las cosas tienen remedio sino es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice : dime con quién andas, decirte he quién eres ; y el otro de : no con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea ; y cuando él no lo crea, juraré yo ; y si él jurare, tornaré yo á jurar ; y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere : quizá con esta porfia acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías viendo cuán malrecado le traigo dellas ; ó quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de estos que él dice que le quieren mal, le habrá mudado la figura por hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde por dar lugar á que D. Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso ; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso hacía donde él estaba venian tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas ; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor D. Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como D. Quijote le vió le dijo : ¿ qué hay, Sancho amigo ? ¿ podré señalar este dia con piedra blanca ó con negra ? Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como fétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo, replicó D. Quijote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuesa merced. Santo Dios ! ¿ Qué es lo que dices, Sancho amigo ? dijo D. Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿ Qué sacaria yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad ? Pique, señor, y venga y

verá venir á la princesa nuestra ama vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas Telas de brocado de mas de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mas que ver. Hacaneas, querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió D. Quijote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas te mandó el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió D. Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las habia dejado fuera de la ciudad. ¿Cómo fuera de la ciudad? respondió: ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á mediodía? Yo no veo, Sancho, dijo D. Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho: ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuesa merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo D. Quijote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy D. Quijote, y tú Sancho Panza: á lo ménos á mí tales me parecen. Calle, señor, dijo Sancho, no diga tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ámbas rodillas en el suelo, dijo: reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el asendereado caballero D. Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *el Caballero de la Triste Figura*. A esta sazón ya se habia puesto D. Quijote de hinojos junto á

Sancho, y miraba con ojos desenchajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: apártense nora en tal del camino, y déjenmōs pasar, que vāmos de priesa. A lo que respondió Sancho: ó princesa y señora universal del Toboso, cómo vuestro magnánimo corazon no se entiernece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la columna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo cual otra de las dos dijo: mas jo que te estrego, burra de mi suegro: mirad con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos: vayan su camino, é dejemos hacer el nueſo, y serles ha sano. Levántate, Sancho, dijo á este punto D. Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ó extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy yo de oír resquebrajos. Apártense y déjenmōs ir, y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho y dejola ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un aguijon que en un palo traía, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba mas de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra: lo cual visto por D. Quijote acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo D. Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora levantándose del suelo le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algun tanto atras tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina dió con su cuerpo mas ligero que un

halcon sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre, y entonces dijo Sancho: vive Roque, que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotan, y que pueda enseñar á subir á la jineta al mas diestro cordobes ó mejillon trasero de la silla pasó de un salto, y sin es-
 5 correr la hacanea como una cebra, y no le van is doncellas, que todas corren como el viento: y verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, on tras ella y dispararon á correr, sin volver la is por espacio de mas de media legua. Siguíolas con la vista, y cuando vió que no parecian, vol-
 Sancho le dijo: Sancho, ¿qué te parece, cuán soy de encantadores? Y mira hasta dónde se malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han var del contento que pudiera darme ver en su señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdi-
 para ser blanco y terrero donde tomen la mira y flechas de la mala fortuna: y has tambien de ad-
 cho, que no se contentaron estos traidores de o y transformado á mi Dulcinea, sino que la tras-
 volvieron en una figura tan baja y tan fea como a aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan s principales señoras, que es el buen olor por ore entre ambares y entre flores: porque te hago ho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre
 (segun tú dices, que á mí me pareció borrica) olor de ajos crudos, que me encalabrino y atosigó
 canalla! gritó á esta sazón Sancho: ¡ó enca-
 agos y mal intencionados, y quién os viera á rtados por las agallas, como sardinas en larchal
 is, mucho podéis, y mucho mas hacéis. Bastaros llacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi
 agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro puerdās de colā de buey bermejo, y finalmente todas
 is de buenas en malas sin que le tocárades en el or el siquiera sacáramos lo que estaba cubierto
 aquella fea corteza, aunque para decir verdad vi su fealdad, sino su hermosura, á la cual subia
 quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho le bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como
 oro y largos de mas de un palmo. A ese lunar, ijote, segun la correspondencia que tienen entre
 vtro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulci-
 tabla del muslo, que corresponde al lado donde rostro; pero muy luengos para lunares son pelos
 eza que has significado. Pues yo sé decir á vuesa
 pondió Sancho, que le parecian allí como na-
) creo, amigo, replicó D. Quijote, porque ninguna a naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y

bien acatada; y así si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, ¿aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, era silla rasa ó sillón? No era, respondió Sancho, sino silla á la jineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino segun es de rica. ¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! dijo D. Quijote: ahora torno á decir y diré mil veces que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa oyendo las sandeces de su amo tan delicadamente engañado. Finalmente despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero ántes que allá llegasen les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.

CAPÍTULO XI.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.

Pensativo ademas iba D. Quijote por su camino adelante considerando la mala burla que le habian hecho los encantadores volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendria para volverla á su ser primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas á Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenía á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embesamamiento le volvió Sancho Panza diciéndole: señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: vuesa merced se reporte, y vuelva en sí y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿qué descaecimiento es este? ¿estamos aquí ó en Francia? Mas que se lleve Satanás á cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y trasformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió D. Quijote con voz no muy desmayada; calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la

ap. *Está en el*

vido y la ve ahora ¿cuál es el corazón que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó D. Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se extendió á turbarte la vista ni á encubrirte su belleza: contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto he caído, Sancho, en una cosa, y es que pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas ántes son de besugo que de dama; y á lo que yo creo los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas; y esas perlas quítalas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque también me turbó á mí su hermosura como á vuesa merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mío, mas que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algún gigante ó otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y misero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes, buscando á mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán mas que á mi padre. Quizá, Sancho, respondió D. Quijote, no se extenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envíe, haremos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relación de lo que acerca desto les hubiere sucedido. Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced me ha dicho, y que con ese artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos, y si es que ella á solo vuesa merced se encubre, la desgracia mas será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades. Responder quería D. Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta que salió al traves del camino cargada de los mas diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de D. Quijote fué la de la misma muerte con rostro humano; junto á

ella venia un ángel con unas grandes y pintadas alas, al un lado estaba un emperador con una corona al parecer de oro en la cabeza; á los piés de la muerte estaba el dios que llaman Cupido sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venia también un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traía morrion ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó á D. Quijote creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, adó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo cual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el malo; hemos hecho en un lugar que está detras aquella loma esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de las Cortes de la muerte y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel, aquella mujer, que es la del autor, va de reina, el otro de soldado, aquel de emperador, y yo de demonio; y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles: si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, preguntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio todo se me alcanza. Por la fe de caballero andante respondió D. Quijote, que así como vi este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula. Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venia vestido de bogiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas, el cual moharracho llegando á D. Quijote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle D. Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con mas ligereza que jamas prometieron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado.

(X ill-user.)
saltó del rucio, y á toda priesa fué á valerle, pero cuando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo : ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apénas hubo dejado su caballería Sancho por acudir á D. Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre al rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido mas que el dolor de los golpes le hizo volar por la campaña hácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caída de su amo, y no sabia á cuál de las dos necesidades acudiria primero ; pero en efecto como buen escudero y como buen criado pudo mas con él el amor de su señor que el cariño de su jumento ; puesto que cada vez que veia levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y ántes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulacion llegó donde estaba D. Quijote harto mas maltrechó de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante le dijo : señor, el diablo se ha llevado al rucio. ¿ Qué diablo ? preguntó D. Quijote. El de las vejigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó D. Quijote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y oscuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio ; y con las mulas della satisfaceré la pérdida del rucio. No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho ; vuesa merced temple su cólera, que segun me parece ya el diablo ha dejado el rucio, y vuelve á la querencia ; y así era la verdad, porque habiendo caido el diablo con el rucio por imitar á D. Quijote y á Rocinante, el diablo se fue á pié al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dijo D. Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo emperador. Quítesele á vuesa merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida : recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas : sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los mas en sus trajes y compostura parecen unos príncipes. Pues con todo, respondió D. Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano ; y diciendo esto volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces, diciendo : deteneos, espera, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de D. Quijote, que los oyeron y entendieron

los de la carreta ; y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el emperador, el diabló carretero y el ángel, sin que darse la reina ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recibir á D. Quijote en las puntas de sus guijarros. D. Quijote, que los vió puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometeria con ménos peligro de su persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadron le dijo : asaz de locura seria intentar tal empresa ; considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo sino es embutirse y encerrarse en una campana de bronce ; y tambien se ha de considerar que es mas temeridad que valentia acometer un hombre solo á un ejército donde está la muerte, y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles : y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante. Ahora sí, dijo D. Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero : á ti, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto mas que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó D. Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, y Sancho sincero, dejemos estas fántasmas, y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su escuadron volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte : gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no ménos suspension que la pasada.

CAPÍTULO XII.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quijote con el bravo caballero de los Espejos.

La noche que siguió al día del rencuentro de la muerte la pasaron D. Quijote y su escudero debajo de unos altos y som-
brosos árboles, habiendo á persuasión de Sancho comido D. Quijote de lo que venia en el repuesto del rucio, y entre la cena dijo Sancho á su señor: señor, qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, ántes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto mas vale pájaro en mano que buitre volando. Todavía respondió D. Quijote, si tú Sancho, me dejaras acometer como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo ménos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel ó hoja de lata. Así es verdad, replicó D. Quijote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes como lo es la misma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes. Si no dime, ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Si he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dijo D. Quijote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparacion! dijo Sancho, aunque no tan nueva que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio.

y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada día, Sancho, dijo D. Quijote, te vas haciendo ménos simple y mas discreto. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuesa merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído, la cultivacion el tiempo que há que le sirvió y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuēsa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse D. Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia: y en lo que él se mostraba mas elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decia cuando queria dormir, y desaliñando al rucio le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradicion de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heróica historia se debe, no lo puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudian á rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte mas de media vara, y mirando los dos atentamente al suelo se solian estar de aquella manera tres días, á lo ménos todo el tiempo que les dejaba ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Digo que dicen, que dejó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Eurialo, y Píadas y Oréstes: y si esto es así se podia echar de ver para universal admiracion cuán firme debió ser la amistad destes

dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo :

No hay amigo para amigo :
Las cañas se vuelven lanzas ;

y el otro que cantó :

De amigo á amigo la chinche, etc.

Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destos animales á la de los hombres, que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüenas el cristel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque, y D. Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto se puso á mirar y á escuchar de dónde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno dejándose derribar de la silla dijo al otro: apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venia armado; manifiesta señal por donde conoció D. Quijote que debia de ser caballero andante: y llegándose á Sancho, que dormia, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho; ¿y adónde está, señor mio, su merced desa señora aventura? ¿Adónde, Sancho? replicó D. Quijote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas. ¿Pues en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió D. Quijote, que esta sea aventura del todo; sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo que parece templando está un laúd ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. A buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe ser caballero enamorado. No hay ninguno de los andantes que no

lo sea, dijo D. Quijote, y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos si es que canta, que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho á su amo, pero la voz del caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atentos oyeron que lo que cantó fué este

SONETO.

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia así estimado,
Que por jamas un punto dél desdiga.

Si gustáis que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado :
Si queréis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mesmo amor la diga.

A prueba de contrarios estoy hecho
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.

Blando cual es, ó fuerte ofrezco el pecho :
Entallad, ó imprimid lo que os dé gusto,
Qué de guardarlo eternamente juro

Con un ay, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto el caballero del Bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dijo : ¡ O la mas hermosa y la mas ingrata mujer del orbe ! Cómo que ¿ será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero ? ¿ No basta ya que he hecho que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha ? Eso no, dijo á esta sazón D. Quijote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podía ni debia confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora : y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos, quizá se declarará mas. Si hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo. Pero no fué así, porque habiendo entreoído el caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion se puso en pié, y dijo con voz sonora y comedida : ¿ quién va allá ? ¿ qué gente ? ¿ es por ventura de la del número de los contentos, ó la del de los afligidos ? De los afligidos, respondió D. Quijote. Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la misma tristeza y á la aflicion mesma. D. Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni ménos. El caballero lamentador asió á D. Quijote del brazo diciendo : sentaos aquí, señor caballero, que para entender

que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias es!ancias de los caballeros andantes. A lo que respondió D.^o Quijote : caballero soy de la profesion que decís ; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las deventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las ajenas dasdichas : de lo que cantaste poco há colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir del amor que tenéis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya cuando esto pasaba estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del dia no se hubieran de romper las cabezas. Por ventura, señor cahallero, preguntó el del Bosque á D. Quijote, ¿ sois enamorado ? Por desventura lo soy, respondió D. Quijote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos ántes se deben tener por gracias que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razon y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió D. Quijote. No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. ¿ Es vuestro escudero este ? preguntó el del Bosque. Sí es, respondió D. Quijote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor : á lo ménos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun... quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho diciéndole : vámonos los dos donde podamos hablar escuderialmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á esos señores amos nuestros que se den de las astas contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de haber acabado. Se en buena hora, dijo Sancho, y yo le diré á vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartarón los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPITULO XIII.

—Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

Francisco

Divididos estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho: trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes: en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. Tambien se puede decir añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos, porque ¿quién mas calor y mas frío que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun, ménos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son ménos; pero tal vez hay que se nos pasa un dia y dos sin desayunarnos, sino es el viento que sopla. Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo ménos á pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de cualquier ínsula, ó con un condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula; y él es tan noble y tan liberal que me le ha prometido muchas y diversas veces. Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. ¿Y qué tal? debe de ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente leño, aunque yo me acuerdo cuando le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella; porque le hago saber á vuesa merced, que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencólicos, y finalmente él mas erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirá-

semos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios mas suaves, como si dijésemos cazando ó pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo á quien le falte un rocin y un par de galgos y una caña de pescar con que entrêtenerse en su aldea? A mí no me falta nada deso, respondió Sancho; verdad es que no tengo rocin, pero tengo un asno que vale dos veces mas que el caballo de mi amo: mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima: á burla tendrá vuesa merced el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento: pues galgos no me habian de faltar habiéndolos sobrados en mi pueblo, y mas que entónces es la caza mas gustosa cuando se hace á costa ajena. Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías de estos caballeros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas. Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crió para condesa si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre. ¿Y qué edad tiene esa señora que se cria para condesa? preguntó el del Bosque. Quince años, dos mas á ménos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son esas, respondió el del Bosque, no solo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡O hideputa puta, y qué rejo debe de tener la bellaca! A lo que respondió Sancho algo mohino: ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere y hállese mas comedidamente, que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la misma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. O qué mal se le entiende á vuesa merced, replicó el del Bosque, de acha- que de alabanzas, señor escudero. Cómo, ¿y no sabe que cuando algun caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: ó hideputa puto, y qué bien que lo ha hecho? y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable; y renegad vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les den á sus padres loores semejantes. Si reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa misma razon podia echar vuesa merced á mí y á mis hijos y á mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverlos á ver ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peli-groso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que

me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá un talego lleno de doblones, que me parece que á cada páso le tocó con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco que de caballero. Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco; y si va á tratar dellos no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: cuidados ajenos matan al asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir á los hocicos. ¿Y es enamorado por dicha? Sí, dijo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda y la mas asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no cōjea del pié de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirá ántes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon ó barranco: en otras casas cuecen habas, y en la mía á calderadas: mas acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y mas bellaco que tonto y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho; digo que no tiene nada de bellaco; ántes liene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazon, y no me amaño á dejarle por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de piés, y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras ne siempre las hallan buenas. Escupia Sancho á menudo al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo: paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno, y levantándose volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de média vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo cual visto por Sancho, dijo: ¿y esto trae vuesa merced consigo, señor? Pues qué se pensaba, respondió el otro, ¿soy

yo por ventura algun escu
 puesto traigo yo en las anc
 si go cuando va de camifio
 hacerse de rogar, y tragab.
 suelta, y dijo: vuesa merce
 moliente y corriente, magn
 este banquete, que si no ha
 tamento, parécelo á lo mé
 malaventurado, que solo tri
 queso tan duro, que puede
 gante, á quien hacen compa
 y otras tantas de avellanas y
 de mi dueño, y á la opinion. que neno, y vuesa que gueten
 de que los caballeros andantes no se han de mantener y
 sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo.
 Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo
 hecho el estómago á tagarninas ni á piruélanos, ni á raíces
 de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes
 caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren;
 flambreras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla
 por si ó por no, y es tan devota mia, y quiérola tanto, que
 pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil ab
 y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, e
 empuñándola puesta á la boca estuvo mirando las es
 un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer
 beza á un lado, y dando un gran suspiro dijo: ¡ó hu
 bellaco, y cómo es católico! ¿Veis ahí, dijo el del E
 en oyendo el hideputa de Sancho, como habéis alabad
 vino llamándole hideputa? Digo, respondió Sancho
 confieso que conozco que no es deshonor llamar hijo d
 á nadie cuando cae de bajo del entendimiento de ala
 Pero dígame, señor, por el siglo de lo que mas quiere,
 vino es de Ciudad Real? ¡Bravo mojon! respondió
 Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tie
 gunos años de ancianidad. A mí con eso, dijo Sanch
 toméis ménos sino que se me fuera á mí por alto dar a
 á su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero
 tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto
 nocer vinos, que en dándome á oler cualquiera acie
 patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que
 dar, con todas las circunstancias al vino atañederas?
 no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje por
 de mi padre los dos mas excelentes mojonos que en lu
 años conoció la Mancha: para prueba de lo cual les m
 lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del v
 una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, b
 ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de l
 gua, el otro no hizo mas de llevarlo á las narices. El pi
 dijo que aquel vino sabia á hierro, el segundo dijo qu

sabia á cordoban. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordoban. Con todo eso los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordoban : porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas. Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozās, que allí nos hallará Dios si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderemos.

Finalmente tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible ; y así asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPITULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasaron D. Quijote y el caballero de la Selva¹, dice la historia que el del Bosque dijo á D. Quijote finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, ó por mejor decir mi eleccion, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia : llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina² á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza ; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa gigantea de Sevilla llamada la

¹ Tres nombres se le dieron á este caballero en la relacion de la presente aventura : del Bosque, de la Selva, y de los Espejos. Durante la oscuridad de la noche se le dieron los dos primeros, que vienen á ser uno mismo ; pero desde que amaneció, y pudo verse su sobrevesta, solo se le llama ya caballero de los Espejos.

² *Madrina* significa aqui *madrastra*.

Giralda ¹, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, víla, y vencíla, y hícela estar queda y á raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando ²: empresa mas para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitáse y sumiese en la sima de Cabra ³: ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relacion de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas inueltas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo mas me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero D. Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal D. Quijote que digo los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona, y

Tanto el vencedor es mas honrado,
Cuanto mas el vencido es reputado:

así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido D. Quijote. Admirado quedó D. Quijote de oír al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el *mentís* en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar

¹ Llaman en Sevilla la *Giralda* á una gallarda estatua de bronce dorada sobre un globo del mismo metal, que termina la torre de la catedral. Representa la Fe, y la llaman vulgarmente *Giralda* porque gira alrededor sobre un perno de hierro, movida del viento, que bate en el gran lábaro que tiene en la mano derecha, sirviendo de veleta y de gobierno á toda la ciudad. Se ha extendido despues el nombre de *Giralda* á la torre, por el que es muy conocida en España y fuera de ella. Tambien tiene la estatua una palma en la mano izquierda y un capacete en la cabeza, con vestido á la heroico. Pesa veinte y ocho quintales y tiene catorce piés de alto.

² Son cuatro bultos de piedra berroqueña, tan desfigurados que apenas se puede conocer si fueron toros ú otra clase de animales.

³ En la sierra de Cabra, villa de la provincia de Córdoba, como á media legua de la poblacion

por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo : de que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada ; pero de que haya vencido á D. Quijote de la Mancha, póngolo en duda : podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Cómo no? replicó el del Bosque ; por el cielo que nos cubre, que peleé con D. Quijote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corvâ, de bigotes grandes, negros y caidos : campea debajo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza : oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad. Sosegaos, señor caballero, dijo D. Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habéis de saber que ese D. Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habéis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido : por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra : y para confirmacion desto quiero tambien que sepáis, que los tales encantadores sus contrarios no há mas de dos dias que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado á D. Quijote : y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo D. Quijote, que la sustentará con sus armas á pié ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agradare : y diciendo esto se levantó en pié, y se empuñó en la espada esperando qué resolucion tomaria el caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió y dijo : al buen pagador no le duelen prendas ; el que una vez, señor D. Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser ; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á oscuras como los salteadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras ; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el ven-

e quedar á la volu-

lo que quisiere, con tal que sea de acuerdo con
le ordenare, Soy mas que contento desá condici-
encia, respondió D. Quijote; y en diciendo esto se
onde estaban sus escuderos, y los hullaron roncando
nisma forma que estaban cuando les saltó el sueño.
ronlos, y mandáronles que tuviesen á punto los
porque en saliendo el sol habian de hacer los dos
rrienta, singular y desigual batalla, á cuyas nuevas
ncho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su
las valentias que habia oido decir del suyo al escu-
Bosque; pero sin hablar palabra se fueron los dos
s á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y
se habian olido y estaban todos juntos. En el camino
del Bosque á Sancho: ha de saber, hermano, que
or co-tumbre los peleantes de la Andalucía, cuando
inos de alguna pendencia, no estarse ociosos man-
ano en tanto que sus ahijados riñen: digolo, porque
ertido que mientras nuestros dueños riñeren, nos-
nhien hemos de pelear y hacernos astillas. Esa cos-
señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr
con los rufianes y peleantes que dice; pero con los
is de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo
o no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y
memoria todas las ordenanzas de la andante caba-
uanto mas, que yo quiero que sea verdad y orde-
xpresa el pelear los escuderos en tanto que sus
pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la
e estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos,
seguro que no pase de dos libras de cera, y mas
agar las tales libras, que sé que me costaran menos,
ilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya
énto por partida y dividida en dos partes: hay mas,
nposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi
la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dijo el
e: yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo
tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos á
con armas iguales. Desá manera sea en buena hora,
Sancho, porque ántes servirá la tal pelea de des-
nos que de herirnos. No ha de ser así, replicó el
ue se han de echar dentro de las talegas, porque
lleve el aire, média docena de guijarros lindos y
ue pesen tanto los unos como los otros, y desta
os podremos atalegar sin hacernos mal ni daño.
erpo de mi padre! respondió Sancho, qué marías
ó qué copos de algodón cardado pone en las tale-
io quedar molidos los cascos, y hechos alheña los
ero aunque se llenaran de capullos de sedá, sepa,
, que no ha de pelear: peleen nuestros amos, y allá

Sancho Panza
= *Sancho*.

se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas sin que andemos buscando apetitos para que se acaben ántes de llegar su sazón y término, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera média nora. Eso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortes ni tan desagradecido que con quien he comido y he bebido trabe cuestion alguna por mínima que sea; cuanto mas que estando sin cólera y sin enojo ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas? Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que ántes que comencemos la pelea yo me llegaré honratamente á vuesa merced, y le daré tres ó cuatro bofetadas que dé con él á mis piés, con las cuales le haré despertar la cólera aunque esté con mas sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y ántes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte sino fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejen manosear el rostro de nadie; y cada uno mire por el virote, aunque lo mas acertado seria dejar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve tresquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Está bien, replicó el del Bosque: amanecerá Dios y medraremos. En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la nora buena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecía asimismo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófar, los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecianse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de color amoratado como de berengena; bajábale dos dedos mas abajo de la boca, cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pié y de mano como niño con alfileres, y propuso en su corazón de dejarse dar do-

Sancho Panza

botafadas ántes que despertar la colera por el vestigio. D. Quijote miró á su contendor, y hallóla alta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto. Sobre las armas traía una sobrevesta ó casaca de seda al parecer de oro finísimo, sembrada por ella muchas pequeñas de resplandecientes espejos, que le daban en grandísima manera galan y vistoso: volábase á la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y azules, la lanza que tenía arrimada á un árbol era gruesa y de un hierro acorinado de mas de un palmo. D. Quijote miró y todo lo notó D. Quijote, y juzgó de lo visto y de lo oído que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza; antes bien, muy denuedo dijo al caballero de los Espejos: si la gana de pelear, señor caballero, no os gasta la corteza de la visera, yo os pido que alcéis la visera un poco, porque yo á la gallardía de vuestro rostro respondo á la de vuestra victoria. O vencido ó vencedor que salgáis desta empresa, caballero, respondió el de los Espejos, os quedará mucho espacio demasiado para verme; y si ahora no satisface vuestro deseo es por parecerme que hago notable á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo en alzar la visera sin haceros confesar lo que yo pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo, D. Quijote, bien podeis decirme si soy yo aquel D. Quijote de la Mancha que dijistes haber vencido. A eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que parecéis, como se parece un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero segun vos decís, que sois un gigante encantador, no osaré afirmar si sois él ó no. Eso me basta á mí, respondió D. Quijote, si crea vuestro engaño: amparo para sacaros del peligro vengamos nuestros caballos, que en ménos tiempo se tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis el mío, si no soy yo el vencido D. Quijote que pensáis. Con estas razones subieron á caballo, y D. Quijote volvió á mirar á Rocinante para tomar lo que convenia del alforje, á volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado D. Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo camino, el de los Espejos le dijo: advertid, señor, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencedor de esta vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la sé, respondió D. Quijote, con tal que lo que me mandare al vencido han de ser cosas que no pasen de los limites de la caballeria. Así se entiende, dijo el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de D. Quijote las extrañas narices del escudero, y no

admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algún monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, seria acabada la pñendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuése tras su amo, asido á una acion de Rocinante, y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese le dijo: suplico á vuesa merced, señor mio, que ántes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuésa merced ha de hacer con este caballero. Antes creo, Sancho, dijo D. Quijote, que te quieres encaramar y subir en andámio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desafortadas narices de aquel escudero me tienen atónito y llenó de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dijo D. Quijote, que á no ser yo quien soy tambien me asombraran, y así ven, ayudarte he á subir donde dices. En lo que se detuvo D. Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habria hecho D. Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas ligero ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su amigo; pero viéndole ocupado en la subida de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo á causa que ya su amigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena razon y coyuntura halló D. Quijote á su contráριο, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. D. Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salva mano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto. Apenas le vió caido Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole le las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo,

vió, ¿quién podrá de
maravilla y espanto á

el rostro mismo, la misma figura, la misma fisonomía, la misma effigie, la perspectiva misma del bachiller Sansón Carrasco, y así como la vió en altas voces dijo: acude Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer aguja, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo eso no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á D. Quijote: soy de parecer, señor mío, que por sí ó por no, vuelva merced hínque y mola la espada por la boca á este rase porca el bachiller Sansón Carrasco, quizá matara en él á sus enemigos los encantadores. No dices mal, dijo porque de los enemigos los menos, y sacando la espada poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó al lado del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dijo: mire vueces merced lo que hace, señor D. Quijote, que ese que tiene á los pies es el bachiller Sansón Carrasco su amigo, y yo soy su escudero y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera le dijo: ¿las narices? A lo que él respondió: aquí las tengo en la faltriquera, y echando mano á la derecha sacó unas narices de la manufactura que quedan delineadas, y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande dijo: ¡Santa Maria, ¡valme! ¿Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre? Y cómo si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero. Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al caballero de los Espejos, que á sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el bachiller Sansón Carrasco nuestro compatriota. En esto volvió en sí el de los Espejos, el cual visto por D. Quijote le puso la punta de la espada encima del rostro, y le dijo: muerto soy, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y demás de esto con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas os voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo os servirá de guía que os traiga donde yo estuviere, y a desconfirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que de los términos de la andante caballería. Confieso, dijo el codo caballero, que vale mas el zapato descompañado y sucio de la señora

Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas aunque limpias de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís. También habéis de confesar y creer, añadió D. Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser D. Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo, que vos, aunque parecéis el bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgó y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene. Ayudóle á levantar D. Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas. cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y malandantes se apartaron de D. Quijote y Sancho con intencion de buscar algun lugar donde bizmarle y entablarle las costillas. D. Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta y da noticia de quién era el caballero de los Espejos y su escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba D. Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como el se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballería palabra esperaba saber si el encatamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba D. Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entónces no era otro su pensamiento. sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Lice pues la historia, que cuando el bachiller Sanson Carrasco aconsejó á D. Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo

con el cura y el barbero sobre que medio se podría tomar para reducir á D. Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á D. Quijote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson lo saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así vencido D. Quijote le habia de mandar el bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo cual era claro que D. Quijote vencido cumpliria indubitablemente por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podría ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y ue mascara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y así siguieron el mismo viaje que llevaba D. Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente dieron con ellos en el bosque donde le sucedió todo lo que el prudente ha leido; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de D. Quijote, que se dió á entender que el bachiller no era el bachiller, el bachiller quedara imposibilitado para siempre de se de licenciado por no haber hallado nidos donde allur pájaros. Tomé Cecial, que vió cuán mal habia sus deseos, y el mal paradero que habia tenido su dijo al bachiller: por cierto, señor Sanson Carrasco tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa comete una empresa, pero con dificultad las mas: sale della. D. Quijote loco, nosotros cuerdos, él no y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Pues ahora cual es mas loco ¿el que lo es por no poder, ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sanson: la diferencia que hay entre esos dos locos el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es por voluntad lo dejara de ser cuando quisiere. Pues así es, dijo Cecial, yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió porque pensar que yo he de volver á la mia hasta olido a palos á D. Quijote, es pensar en lo excusado, llevara ahora á buscarle el deseo de que cobre su no el de la venganza, que el dolor grande de mis

costillas no me deja hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo por no dejar de regocijarse ahora con D. Quijote.

CAPÍTULO XVI.

De lo que sucedió á D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y usanidad que se ha dicho, seguía D. Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria ser el caballero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante: tenia en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yan-güeses: finalmente decia entre sí, que si él hallara arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcinea, no envidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: no es bueno señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿Y crees tú, Sancho, por ventura que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé qué me diga á eso, respondió Sancho, solo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer y hijos no me las podria dar otro que él mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial. Como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estemos á razon, Sancho, replicó D. Quijote: ven acá, ¿en qué consideracion puede caber que el bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo? ¿he sido yo su enemigo por ventura? ¿hele dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? ¿soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi com-

padre? Y si ello es encanto
dicho, ¿no habia en el mun-
do? Todo es artificio y tra-
ma malignos magos que me p-

habia de quedar ve-
e que el caballero y
bachiller, porque le
filos de mi espad
justa ira de mi co-
el que con embele-
ara prueba de lo cu-
que no te dejará me-
ntadores mudar un
so feo y de lo feo he-
tus mismos ojos la
inea en toda su ente-
la fealdad y bajeza

los ojos y con mal oír en la boca; y mas que es
encantador que se atrevió á hacer una trasforma-
mala no es mucho que haya hecho la de
y la de tu compadre por quitarme la gloria d-
de las manos; pero con todo esto me coi-
n fin en cualquiera figura que haya sido he q-
de mi enemigo. Dios sabe la verdad de tod-
bancho; y como él sabia que la transformac-
habia sido traza y embeleco suyo, no le sati-
veras de su amo, pero no le quiso replicar
una palabra que descubriese su embuste. E-
estaban cuando los alcanzó un hombre que
or el mismo camino venia sobre una muy he-
rdilla, vestido un gaban de paño fino verde ju-
pelo leonado, con una montera del mismo
aderezo de la yegua era de campo y de la
de morado y verde; traia un alfanje morisc-
un ancho tahalí de verde y oro, y los bore-
la labor del tahalí; las espuelas no eran de
as con un barniz verde, tan tersas y bruñid-
r labor con todo el vestido parecían mejor
e oro puro. Cuando llegó á ellos el camina-
rtesmente, y picando á la yegua se pasaba de-
quijote le dijo: señor galan, si es que vuesa r-
camino que nosotros, y no importa el darse
ecubiria en que nos fuésemos juntos. En v-
el de la yegua, que no me pasara tan de la
por temor que con la compañía de mi yegua
a ese caballo. Bien puede, señor, respondió
ncho, bien puede tener las riendas á su
nuestro caballo es el mas honesto y bien mira-
amas en semejantes ocasiones ha hecho vil-

= *En el fin.*

una, y una vez que se desmandó á hacerla la lastámos mi señor y yo con las setenas : digo otra vez que puede vuesmerced detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostré. Detuvo la rienda el caminante admirándose de la apostura y rostro de D. Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio ; y ni mucho miraba el de lo vèrde á D. Quijote, mucho mas miraba D. Quijote al de lo verde pareciéndole hombre de chapa : la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave : finalmente en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de D. Quijote de la Mancha el de lo verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamas : admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra. Notó bien D. Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspension su deseo ; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, ántes que le preguntase nada se salió al camino diciéndole : esta figura que vuesa merced en mí há visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado ; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empené mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y há muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despenándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo caídas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes ; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy D. Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado *Caballero de la Triste Figura* ; y puesto que las propias habanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga : así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesion que hago. Calló en diciendo esto D. Quijote, y el

de lo verde segun se ta
no acertaba á hacerlo; p
acertastes, señor caballero
deseo; pero no habéis ac
en mi causa el haberos
señor, decís que el saber
no ha sido así, ántes aho
maravillado. Cómo ¿y es
dantes en el mundo, y qu
deras caballerías? No me
tierra quien favorezca vi
casadas, ni socorra huér

merced no lo hubiera visto con sus ojos, como se vi
cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que esta
impresa de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán
puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros
andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las
buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las
buenas historias. Hay mucho que decir, respondió D. Quijote, en razon de si son fingidas ó no las historias de andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo du
respondió D. Quijote, y quédese esto aquí, que si nue
jornada dura espero en Dios de dar á entender á vu
merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los

ven por cierto que no son verdaderas. Desta ultima r
D. Quijote tomó barruntos el caminante de que D. Qui
na de ser algun mētecato, y aguardaba que con otras
firmase; pero ántes que se divirtiesen en otros razo
entos, D. Quijote le rogó le dijese quién era, pues e
na dado parte de su condicion y de su vida. A lo que
dió el del Verde Gaban: yo, señor Caballero de la Tr
tura, soy un hidalgo natural de un lugar donde irem
ner hoy si Dios fuere servido: soy mas que medianame
o, y es mi nombre D. Diego de Miranda: paso la
i mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis e
os son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni hal
galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron
io: tengo hasta seis docenas de libros, cuales de roma
uáles de latin, de historia algunos, y de devocion otr
de caballerías aun no han entrado por los umbrales
s puertas: hojeo mas los que son profanos que los
tos, como sean de honesto entretenimiento, que dele
n el lenguaje, y admiren y suspendan con la invenc
esto que destos hay muy pocos en España. Alguna
mo con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convi
n mis convites limpios y aseados, y no nada escasos
sto de murmurar, ni consiento que delante de mí se n
ire: no escudriño las vidas ajenas, ni soy linco de los

Don Quijote

chos de los otros : oigo misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón mas recatado : procuró poner en paz los que sé que están desavenidos, soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los piés una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó : ¿qué hacéis, hermano? ¿qué besos son estos? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la jineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiracion á D. Diego. Preguntóle D. Quijote que cuántos hijos tenia, y díjole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor D. Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años : los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian áltamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Iliada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama, si se han de entender de una manera ó otra tales y tales versos de Virgilio : en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo cual respondió D. Qui-

*Madrigal
-auth.*

jote : los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer ó buenos ó malos que sean como se quieren las almas que nos dan vida : á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuándo grandes seau báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirlos no será dañoso : y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, seria yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que mas le vieren inclinado : y aunque la de la poesía es ménos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonnar á quien las posec. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer es como unadoncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio : hala de tener el que la tuviere á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos : no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas : no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo, y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta : el grande Homero no escribió en latin, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolucion, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos : y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaino que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber

otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque segun es opinion verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: *est Deus in nobis, etc.* Tambien digo, que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiere serlo. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficónala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta. Sea pues la conclusion de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque licito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres lo será también en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y cuando los reyes y principes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo¹, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes. Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de D. Quijote, y tanto, que fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordenando unas ovejas. y en esto ya volvía á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y bien dis-

¹ Si tiene algo de cierto esta propiedad que se atribuyó á las hojas del laurel, será porque abundan de resina, lo cual las hará como llaman *idíoe-létricas*.

curso de D. Quijote, cuando :
que por el camino por donde
de banderas reales; y creyendo
aventura, a grandes voces llamaba
la celada; el cual Sancho oyó
y a toda prisa picó al rucio,
quien sucedió una espantosa

CAPÍTULO

Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de D. Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.

Cuenta la historia, que cuando D. Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha prisa de su amo no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver que le quería, el cual en llegando le dijo: dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubres alguna que me ha de necesitar y me necesita á tomar mis armas. El del Verde Gabán, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hacia ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debia de traer moneda de su Majestad, y así se lo dijo á D. Quijote; pero él no le dió crédito creyendo y pensando que todo lo que le sucediese era de ser aventuras y mas aventuras, y así respondió: hombre apercebido medio combatido: no se pierda que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo que ver con los gigantes visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni á qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer, y volviéndose á Sancho le pidió la celada, el cual, como no tuvo que sacar los requesones, le fué forzoso dársela con ellos. Tomóla D. Quijote, y sin que echase de ver lo que hacia venia, con toda la prisa se la encajó en la cabeza; los requesones se apretaron y exprimieron comenzando á salir el suero por todo el rostro y barbas de D. Quijote, que recibió tal susto que dijo á Sancho: ¿qué será esto, que parece que se me allandan los cascos, ó se me caen en los sesos, ó que sudo de los pies á la cabeza? y siéndole dicho, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme: dame un paño con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho y dióle un paño, y dió con él gracias á

Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpióse D. Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada las llegó á las narices, y en oliéndolas dijo: por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero. A lo que con grau flema y disimulación respondió Sancho: si son requesones démelos vuesa merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? Halládole habéis el atrevido. A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á colera su paciencia, y hacer que me muela como suele las costillas: pues en verdad que esta vez hân dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, ántes la pusiera en mi estómago que en la celada. Todo puede ser, dijo D. Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando despues de haberse limpiado D. Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dijo: ahora venga lo que viniere, que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanas en persona. Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose D. Quijote delante y dijo: ¿adónde vais, hermanos? ¿qué carro es este? ¿qué lleváis en él? y ¿qué banderas son aquestas? A lo que respondió el carretero: el carro es mio, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Oran envia á la corte presentados á su Majestad, las banderas son del rey nuestro señor en señal que aquí va cosa suya. ¿Y son grandes los leones? preguntó D. Quijote. Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de Africa á España jamas, y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atras, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy, y así vuesa merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer. A lo que dijo D. Quijote sonriéndose un poco: ¿leoncitos á mí? ¿á mí leoncitos, y á tales horas? pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré á conocer quién es

fin.

D. Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envían. Ta, ta, dijo á esta sazón entre sí el hidalgo, dado ha señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en estó á él Sancho y díjole: señor, por quién Dios es que vuesa merced haga de manera que mi señor D. Quijote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. ¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo sea, replicó el hidalgo; y llegándose á D. Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan, porque la valentia que se entra en la jurisdiccion de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza; cuanto mas que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados á su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje. Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió D. Quijote á entender con su perdigon manso y con su huron atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mío, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones; y volviéndose al leonero le dijo: voto á tal don bellaco, que si no abris luego luego las jaulas, que con ésta lanza os he coser con el carro. El carretero, que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dijo: señor mio, vuesa merced sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas ántes que se desenvainen los leones, porque si me las matan quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. O hombre de poca fe, respondió D. Quijote: apeáte y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero y desnunció á gran priesa. y el leonero dijo á grandes voces: séanme testigos cuantos aquí están como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con mas mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pengan en cobro ántes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió D. Quijote que él sabia lo que hacía. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. Ahora, señor, replicó D. Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta, que á su parcer ha de ser tragedia, pique la tórdilla y póngase en salvo. Oido lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal

empresa, en cuya comparacion habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento. y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que habia acometido en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decia Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y saco por ella que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo á lo ménos, respondió D. Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y dejame, y si aquí muriere ya sabes nuestro antiguo concierto, acudirás á Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadió otras razones con que quitó las esperanzas de que no habia de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo habia parecido de todo punto D. Quijote, el cual volviendo á dar priesa al leonero, y á reiterar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiesen ántes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que áquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento de volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo pues el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á D. Quijote lo que ya le habia requerido é intimado, el cual respondió que lo oía, y que no se curase de mas intimaciones y requirimientos, que todo seria de poco fruto, y que se diese priesa. En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera estuvo considerando D. Quijote si seria bien hacer la batalla ántes á pié que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pié temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y abrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso con maravilloso denuedo y corazon valiente se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de corazon, y luego á su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera historia exclama y dice: ¡Ó fuerte y sobre todo encarecimiento animoso D. Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo D. Manuel de Leon, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creible á los siglos venideros? ó ¿qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipóboles sobre todos los hipóboles? Tú á pié, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cor-

tadoras, con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas¹. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos. Aquí cesó la referida exclamación del autor, y pasó adelante anudando el hilo de la historia diciendo, que habiendo visto el leonero ya puesto en postura á D. Quijote, y que no podía dejar de soltar al leon macho so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el leon, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venia echado y tender la garra, y desperezarse todo: abrió luego la boca y hostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoréo los ojos y se lavó el rostro: hecho esto sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Solo D. Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jama vista locura; pero el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, despues de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á D. Quijote y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula: viendo lo cual D. Quijote mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. Eso no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el primero á quien haré pedazos será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna: el leon tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia: la grandeza del corazon de vuesa merced ya está bien declarada: ningun bravo peleante, segun á mí se me alcanza, está obligado á mas que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, respondió D. Quijote: cierra, amigo, la puerta, y dáme por testimonio en la mejor forma que pudieres lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, como tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvió á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo

¹ Las espadas del perrillo se llamaban y llaman así, porque tienen por marca un perro pequeño grabado en la hoja. Fabricólas Julian del Rey armero de Toledo.

mas, y encantos afuera, y Dios ayude á la razon y á la verdad, y á la verdadera cōballería, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes para que sepan de tu boca esta bazaña. Hízolo así el leonero, y D. Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llāmar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño dijo: que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacia las señas era D. Quijote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de D. Quijote, que los llamaba. Finalmente volvieron al carro, y en llegando dijo D. Quijote al carretero: volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dále dos escudos de oro para él y para el leonero en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos? Entónces el leonero menudamente y por sus pausas contó el fin de la contienda, exāgerando, como él mejor pudo y supo, el valor de D. Quijote, de cuya vista el leon acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad habia permitido que la puerta se cerrase. ¿Que te parece desto, Sancho, dijo D. Quijote, hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á D. Quijote por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hāzaña al mismo rey cuando en la corte se viesse. Pues si acaso su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle, que el *Caballero de los Leones*: que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura*; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querian ó cuando les venia á cuento. Siguió su camino el carro, y D. Quijote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra D. Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de D. Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No habia aun llegado á su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leído cesara la admiracion en que lo ponian sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura;

pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacia disparatado, temerario y tonto; y decia entre sí: ¿qué mas locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿y qué mayor temeridad y disparate que querer pélear por fuerza con leones? Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó D. Quijote diciéndole: quién duda, señor D. Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco; y no seria mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa: pues con todo esto quiero que vuesa merced advierta, que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su rey en la mitad de una gran plaza dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, honran las cortes de sus principes; pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por la soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cortesano, autorice la corte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los mas intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemorizen endriágos, que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la jurisdiccion de mis ejercicios; y así el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero ménos mal será que el que es valiente toque y suba al

punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde: que así como es mas fácil venir el pródigo á ser liberal que el avaro, así es mas fácil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor D. Diego, que ántes se ha de perder por carta de mas que de ménos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: el tal caballero es temerario y atrevido, que no: el tal caballero es tímido y cobarde. Digo, señor D. Quijote, respondió D. Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo qui si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo; y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor D. Diego, respondió D. Quijote; y picando mas de lo que hasta entónces, serian como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de D. Diego, á quien D. Quijote llamaba *el Caballero del Verde Gaban*.

CAPÍTULO XVIII.

De lo que sucedió á D. Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes.

Halló D. Quijote ser la casa de D. Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Tobosó le renovaron las memorias de su encantada y trasformada Dulcinea; y sospirando y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dijo:

¡O dulces prendas, por mi mal halladas!
Dulces y alegres cuando Dios queria.

¡O tobosesca tinajas, que me habéis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de D. Diego, que con su madre habia salido á recebirle, y madre y hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de D. Quijote, el cual apeándose de Rocinante fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besarlas, y D. Diego dijo: recebid, señora, con vuestro sólito

renzo, pero grande, ni por pensamiento : verdad es que yo soy algun tanto aficionado á la poesia y á leer los buenos poetas: pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió D. Quijote, porque no hay poeta que no sea arrogante, y piense de sí que es el mayor poeta del mundo. No hay regla sin excepcion, respondió D. Lorenzo, y alguno hábra que lo sea y no lo piense. Pocos, respondió D. Quijote; pero dígame vuesa merced ¿qué versos son los que ahora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero con todo estó, gran personaje es el nombre de primero. Hasta ahora, dijo entre sí D. Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díjole : paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas; ¿qué ciencias ha oido? La de la caballería andante, respondió D. Quijote, que es tan buena como la de la poesia, y aun dos deditos mas. No sé qué ciencia sea esa, replicó D. Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia. Es una ciencia, replicó D. Quijote, que encierra en sí todas ó las mas ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: ha de ser teólogo, para saber dar razon de la cristiana ley que profesa clara y distintamente adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla: ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadabā el peje Nicolas ó Nicolao: ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno: y volviendo á lo de arriba, ha de guárdar la fe á Dios y á su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida el defen-

deria. De todas estas grande un buen caballero andante, | D. Lorenzo, si es ciencia mo que la estudia y la profesa, y en su punto aguija a las mas entiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan. Si eso en así, replicó D. Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. ¿Cómo si es así? respondió D. Quijote. Lo que yo quiero decir, dijo D. Lorenzo, es que dudo que haya habido ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió D. Quijote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mi que, si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar a vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es el rogar al cielo le saque dél, y le de á entender cuán provechosos y cuan necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. Escapado se nos ha nuestro huésped, dijo á esta sazón entre sí D. Lorenzo; pero con todo eso él es loco bizarro, y yo seria montecato flojo si así no lo creyese. Aquí dieron fin á su plática porque los llamaron á comer. Preguntó D. Diego á su hijo qué habia sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió: no le sacaran del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos. Fuéronse á comer, y la comida fue tal como D. Diego habia dicho en el camino que la solia dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que mas se contentó D. Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que semejava un monasterio de cartujos. Levantados pues los manteles, y dadas gracias á Dios y agua á las manos, D. Quijote pidió ahincadamente á D. Lorenzo dijese los versos de la justa literaria. A lo que él respondió: por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno, que solo por ejercitar el ingenio la he hecho. Un amigo y discreto, respondió D. Quijote, era de parecer que no se había de cansar nadie en glosar versos; y la razon, decia él, era, que jamas la glosa podia llegar al texto, y que muchas ó las mas veces iba la glosa fuera de la intencion y propósito de lo que pedia lo que se glosaba, y mas que las leyes de la glosa eran demasiado estrechas, que no sufrían interrogantes, ni

mbres de verbos, ni mudar el sen-
estrechezas con que van atados los
mérced debe de saber. Verdadera-

—*—*, como D. Quijote, dijo D. Lorenzo, que deseo coger á
vuesa merced en un mal latín continuado, y no puedo, porque
se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo.
respondió D. Quijote, lo que vuesa merced dice ni quiere
decir en eso del deslizarme. Yo me daré á entender, respon-
dió D. Lorenzo, y por ahora esté vuesa merced atento á los
versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera :

Si mi fué tornase á es,
sin esperar mas será,
ó viniese el tiempo ya
de lo que será despues.

GLOSA.

Al fin como todo pasa,
se pasó el bien que me dió
fortuna un tiempo no escasa,
y nunca me le volvió,
ni abundante, ni por tasa.
Siglos há ya que me ves,
fortuna, puesto á tus pies;
vuélveme á ser venturoso,
que será mi ser dichoso,
si mi fué tornase á es.

No quiero otro gusto ó gloria,
otra palma ó vencimiento,
otro triunfo, otra vitoria,
sino volver al contento,
que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
fortuna, templado está
todo el rigor de mi fuego,
y mas si este bien es luego,
sin esperar mas sera.

Cosas imposibles pido,
pues volver al tiempo á ser,
despues que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder,
que á tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
ligero, y no volverá,
y erraria el que pudiese,
ó que el tiempo ya se fuese,
ó viniese el tiempo ya.

Vivir en perpleja vida,
ya esperando, ya temiendo,
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo

buscar al dolor salida.
 A mí me fuera interés
 acabar; mas no lo es,
 pues con discurso mejor,
 me da la vida el temor
 de lo que será después.

En acabando de decir su glosa D. Lorenzo se levantó en pie D. Quijote; y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de D. Lorenzo dijo: viven los cielos donde mas altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de Paris, Bolonia y Salamanca. Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asasteen, y las Musas jamas atravesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio. ¿No es bueno que dicen que se holgó D. Lorenzo de verse alabar de D. Quijote, aunque le tenia por loco? ¡O fuerza de la adulacion, á cuánto te extiendes, y cuán dilatados limites son los de tu jurisdiccion agradable! Esta verdad acreditó D. Lorenzo, pues condescendió con la demanda y deseo de D. Quijote diciéndole este soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe:

SONETO.

El muro rompe la doncella hermosa,
 Que de Píramo abrió el gallardo pecho;
 Parte el amor de Chipre, y va derecho
 A ver la quiebra estrecha y prodigiosa.
 Habla el silencio allí, porque no osa
 La voz entrar por tan estrecho estrecho;
 Las almas sí, que amor suele de hecho
 Facilitar la mas difícil cosa.
 Salió el deseo de compas, y el paso
 De la imprudente virgen solicita
 Por su gusto su muerte: ved qué historia,
 Que á entrambos en un punto ¡ó extraño caso
 Los mata, los encubre y resucita
 Una espada, un sêpulcro, una memoria.

sea Dios dijo D. Quijote habiendo oido el soneto á Píramo, que entre los infinitos poetas consumidos que vio, visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, me da así me lo da á entender el artificio deste Cuatro dias estuvo D. Quijote regaladísimo en la casa de D. Lorenzo, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse,

diciéndole que le agradecía la merced y buen tratamiento que en su casa habia recibido ; pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscáudo las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el dia de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota ; y que primero habia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. D. Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirian con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el dia de su partida, tan alegre para D. Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de D. Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrechez de sus mal proveidas alforjas : con todo esto las llenó y colmó de lo mas necesario que le pareció, y al despedirse dijo D. Quijote á D. Lorenzo : no sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo á decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesía algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas. Con estas razones acabó D. Quijote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que anadió diciendo : sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor D. Lorenzo para enseñarle cómo se han de perdonar los sujetos, y supeditar y acoclear los soberbios, virtudes anejas á la profesion que yo prófeso ; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, solo me contento con advertirle á vuesa merced, que siendo poeta podrá ser famoso si se guia mas por el parecer ajeno que por el propio ; porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de D. Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo D. Quijote y Sancho sobre Rocinante y el rucio se partieron.

CAPÍTULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se habia alongado D. Quijote del lugar de D. Diego cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traía como en portamanteo en un lienzo de bocací verde envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traían otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande donde las habian comprado, y las llevaban á su aldea; y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiracion en que caían todos aquellos que la vez primera veían á D. Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles D. Quijote; y despues de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba de nombre propio D. Quijote de la Mancha, y por el apelativo *el Caballero de los Leones*. Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en jerigonza; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del cerebro de D. Quijote; pero con todo eso le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo: si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y mas ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle D. Quijote si eran de algun príncipe, que así las ponderaba. No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quitéria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos: ambos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el

mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo mahe-ridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer mas memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el cual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar rezeloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza: pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el mas ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota: corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento: canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo juega una espada como el mas pintado. Por esa sola gracia, dijo á esta sazón D. Quijote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Ginebra si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran. A mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entónces habia ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice: cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo D. Quijote, quitárase la eleccion y juridicion á los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben: y sí á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle á su

parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín : que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse : ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que una vez comprada se vuelve, ó se trueca ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida : es un lazo, que si una vez le echáis al cuello se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia si no lo estorbaba el deseo que tengo de saber si le queda mas que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado como le llamó D. Quijote : de todo no me queda mas que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca mas le han visto reir ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio. come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra como animal bruto : mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tememos todos los que le conocemos que el dar el sí mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios, que da la llaga, da la medicina : nadie sabe lo que está por venir : de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y aun en un momento se cae la casa ; y yo he visto llover y hacer sol, todo á un mismo punto : tal se acuesta sano la

ue no se puede mover otro día. Y diganme, ¿por ventura quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja tuna? No por cierto; y entre el sí y el no de la mujer traveria yo á poner una punta de afiler, porque no denme á mí que Quiteria quiera de buen corazón y á voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de entura; que el amor, segun yo he oido decir, mira á antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza, y á las laganas perlas. ¿Adónde vas á parar, que seas maldito, dijo D. Quijote, que cuando co-

mienzas á ensartar refranes y cuentos no te puede esperar sino el mismo Júdas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? ¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necesidades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, dijo D. Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda. No se apunte á vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca para saber si añadido ó quito alguna letra á mis vocabios. Si que, válgame Dios, no hay para qué obligar al sayagues á que hable como el toledano; y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido. Así es, dijo el licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las tenerías y en Zocodober, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas y significantes. Si no os picáades mas de saber mas mēear las negras² que lleváis que la lengua, dijo el otro estudiante, vos lleváades el primero en licencias, como llevastes cola³. Mirad, bachiller, respondió el licenciado, vos estáis en la mas errada opinion del mundo acerca de la destreza de la espada teniéndola por vana. Para mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si queréis que os lo muestre con la experiencia, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compas de piés, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciēcia, que yo espero de haceros ver estrellas á mediodía con mi destreza moderna y zafia, en quien espero despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra. En eso de volver ó no las

¹ Quiere decir, no se enfade.

² Las negras son las espadas de hierro sin lustre ni corte, con un boton en la punta, de las cuales se usa en el juego de la esgrima.

³ Llevar el primero, es llevar el primer lugar; llevar cola, llevar el último: frases usadas en las universidades quando concurren varios en las oposiciones á cátedras ó para recibir los grados: aquí se trataba del de licenciado, que era el del otro estudiante.

espaldas no me meto, replicó el diestro, aunque podría ser que en la parte donde la vez primera claváscdes el pié, allí os abriesen la sepultura : quiero decir, que allí quedáscdes muerto por la despreciada destreza. Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeándose con gran presteza de su jumento tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo. No ha de ser así, dijo á este instante D. Quijote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestion : y apeándose de Rocinante, y asiendo de su lanza se puso en la mitad del camino á tiempo que ya el licenciado con gentil donaire de cuerpo y compas de piés se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento sin apearse de sus pollinas sirvieron de aspetadores ¹ en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número, mas espesas que hígado, y mas menudas que granizo. Arremetia como un león irritado, pero saliale al encüentro un tapabocá de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente el licenciado le contó á estocadas todos los botones de una média sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los faldamentos como colas de púlpó : derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fué por ella, dió despues por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua, el cual testimonio sirvè y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad como la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho le dijo : mia fe, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros he oido decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad de quien tan lejos estaba : y levantándose abrazó al licenciado y quedaron mas amigos que de ántes, y no quisieron esperar al escribano, que habia ido por la espada, por parecerles que tardaria mucho, y así determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fué contando el licenciado las excelencias de la espada con tantas razones de-

¹ Aspetadores por espectadores.

mostrativas, y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anoche- cido, pero ántes que llegasen les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplan- decientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves so- nidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada, que á mano habian puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entónces no soplabá sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando, y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupa- dos en levantar andámios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habian de hacer en aquel lugar dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar D. Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas ántes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos, y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que habia tenido en el cas- tillo ó casa de D. Diego.

CAPÍTULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

Apénas la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugasé, cuando D. Quijote sacudiendo la pereza de sus miembros se puso en pié y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba: lo cual visto por D. Quijote, ántes que le despertase le dijo: ó tú bien- aventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra pues sin tener envidia ni ser envidiado duermes con sosegado es- píritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encan- tamentos. Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te des-

velen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á mas que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si D. Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin sonoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes dijo: de la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor hartos mas de torreznos asados, que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas. Acaba, gloton, dijo D. Quijote: ven, iremos á ver estos desposorios por ver lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay mas sino no tener un cuarto, y querer casarse por las nubes? A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dijo á esta sazón D. Quijote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarias en hablar. Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debírase acordar de los capítulos de nuestro concierto antes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me habia de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced, y hasta ahora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió D. Qui-

jote del tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fué espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que al rededor de la hoguera estaban no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un rastró de carne: así embebían y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número: los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun despues pareció, de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo como los suele haber de montones de trigo en las eras: los quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullian en otra caldera de preñada miel que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima servian de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante que podia sustentar á un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques; y últimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas; y así sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió: hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la chambre, merced al rico Camacho: apeaos y mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dijo el cocinero, ¡pecador de mí, y qué melindroso

y para poco debéis
y encajándole en u
gallinas y dos gans
desayunaos con est
del yantar. No tene
llevaos, dijo el coci
el contento de Cam
esto pasaba Sanch
una parte de la er
sobre doce hermos
de campo y con m
vestidos de regocij
corrieron no una, s
gocijada algazára
teria, el tan rico c
del mundo. Oyendo
parece que estos no
si la hubieran vist
baizas desta su Quitéria. De allí á poco comenzaron á entrar,
por diversas partes de la enramada muchas y diferentes
daizas, entre las cuales venia una de espadas de hasta veinte
y cuatro zagales de gallardo parecer y brio, todos vestidos
de delgado y blanquísimo lienzo con sus paños de tocar la-
brados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba,
que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las ye-
guas si se había herido alguno de los danzantes. Por ahora,
bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos;
y luego comenzó á enredarse con los demas compañeros, con
tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque D. Quijote
estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le había pa-
recido tan bien como aquella. También le pareció bien otra
que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas que al pa-
recer ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho
años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte
tranzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los
del sol podían tener competencia, sobre los cuales traían
guirnalldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva com-
puestas. Guábalas un venerable viejo y una anciana ma-
trona; pero mas ligeros y sueltos que sus años prometían.
Haciales el son una gaita zamorana, y ellas llevando en los
rostros y en los ojos á la honestidad y en los piés á la lige-
reza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo. Tras
esta entró otra danza de artificio y de las que llaman ha-
bladas. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la
una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interes;
aquel adornado de alas, arco, aljaba y saetas; este vestido de
ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al
Amor seguían traían á las espaldas en pergamino blanco y
lotras grandes escritos sus nombres. *Poesía* era el título de

la primera; el de la segunda *Discrecion*; el de la tercera *Buen linaje*; el de la cuarta *Valentía*. Del modo mismo venian señaladas las que al Interes seguian. Decia *Liberalidad* el titulo de la primera; *Dádiva* el de la segunda; *Tesoro* el de la tercera, y el de la cuarta *Posesion pacífica*. Delante de todos venia un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural que por poco espantarán á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traía escrito: *Castillo del buen recato*. Hacíanles el son cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo:

Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra,
y en el ancho mar undoso,
y en cuanto el abismo encierra
en su bátratro espantoso.

Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interes, y hizo otras dos mudanzas: callaron los tamborinos, y él dijo:

Soy quien puede mas que Amor,
y es Amor el que me guía;
soy de la estirpe mejor
que el cielo en la tierra cria
mas conocida y mayor.

Soy el Interes, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro;
y cual soy te me consagro
por siempre jamás amén.

Retiróse el Interes, y hizose adelante la Poesía, la cual despues de haber hecho sus mudanzas como los demas, puestos los ojos en la doncella del castillo dijo:

En dulcísimos concetos
la dulcísima Poesía,
altos, graves y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.

x ligados.

Si acaso no te importuna
mi porfia, tu fortuna
de otras muchas invidiada,
será por mí levantada
sobre el cerco de la luna.

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interes salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas dijo :

Llaman liberalidad
al dar que el extremo huye
de la prodigalidad,
y del contrario, que arguye
tibia y floja voluntad.

Mas yo por tē engrandecer,
de hoy mas pródiga he de ser;
que aunque vicio, es vicio honrado
y de pecho enamorado,
que en el dar se echa de ver.

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y solo tomó de memoria D. Quijote (que la tenia grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura; y cuando pasaba el Amor por delante del castillo disparaba por alto sus flechas, pero el Interes quebraba en él alcancías doradas. Finalmente despues de haber bailado un buen espacio, el Interes sacó un bolsón, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecía estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interes con las figuras de su valia, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla: lo cual visto por el Amor y sus valēdores, hicieron ademán de quitársela, y todas las demostraciones que hacian eran al son de los tambores, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales con mucha presleza volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban. Preguntó D. Quijote á una de las ninfas que quién la habia compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré, dijo D. Quijote, que debe de ser mas amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller ó beneficiado, y que debe de tener mas de satirico que de vísperas: bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo: el rey es mi gallo, á Camacho me atengo. En fin, dijo D. Quijote, bien se parece, Sancho

que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence. No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho, y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas; y asiendo de una comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dijo: á la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decia una agüela mia, que son el tener y el no tener, aunque ella al del tener se atenia; y el dia de hoy, mi señor D. Quijote, ántes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que vuelvo á decir, que á Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pié, aguachirle. ¿Has acabado tu arenga, Sancho? dijo D. Quijote. Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que vuesa merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra habia cortada para tres dias. Plega á Dios, Sancho, replicó D. Quijote, que yo te vea mudo ántes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, ántes que vuesa merced se muera estaré yo mascando barro, y entónces podrá ser que esté tan mudo que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo ménos hasta el dia del juicio. Aunque eso así suceda, ó Sancho, respondió D. Quijote, nunca llegará tu silencio adó ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y mas que está muy puesto en razon natural que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya; y así jamas pienso verte mudo, ni aun cuando estés bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero; y á nuestro cura he oido decir, que con igual pié pisaba las altas torres de los reyes, como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora mas de poder que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que á todas horas siega y corta así la seca como la verde yerba, y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria. No mas, Sancho, dijo á este punto D. Quijote: ponte en buenas ¹, y no te dejes caer, que en verdad que lo

¹ Esto es, mantente en las buenas palabras ó expresiones que acabas de decir.

que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías. Ni las has menester, dijo D. Quijote; pero yo no acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes mas á un lagarto que á él, sabes tanto. Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced despabilar esta espuma¹, que lo demas todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida: y diciendo esto comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos que despertó los D. Quijote, y sin duda le ayudara si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAPÍTULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

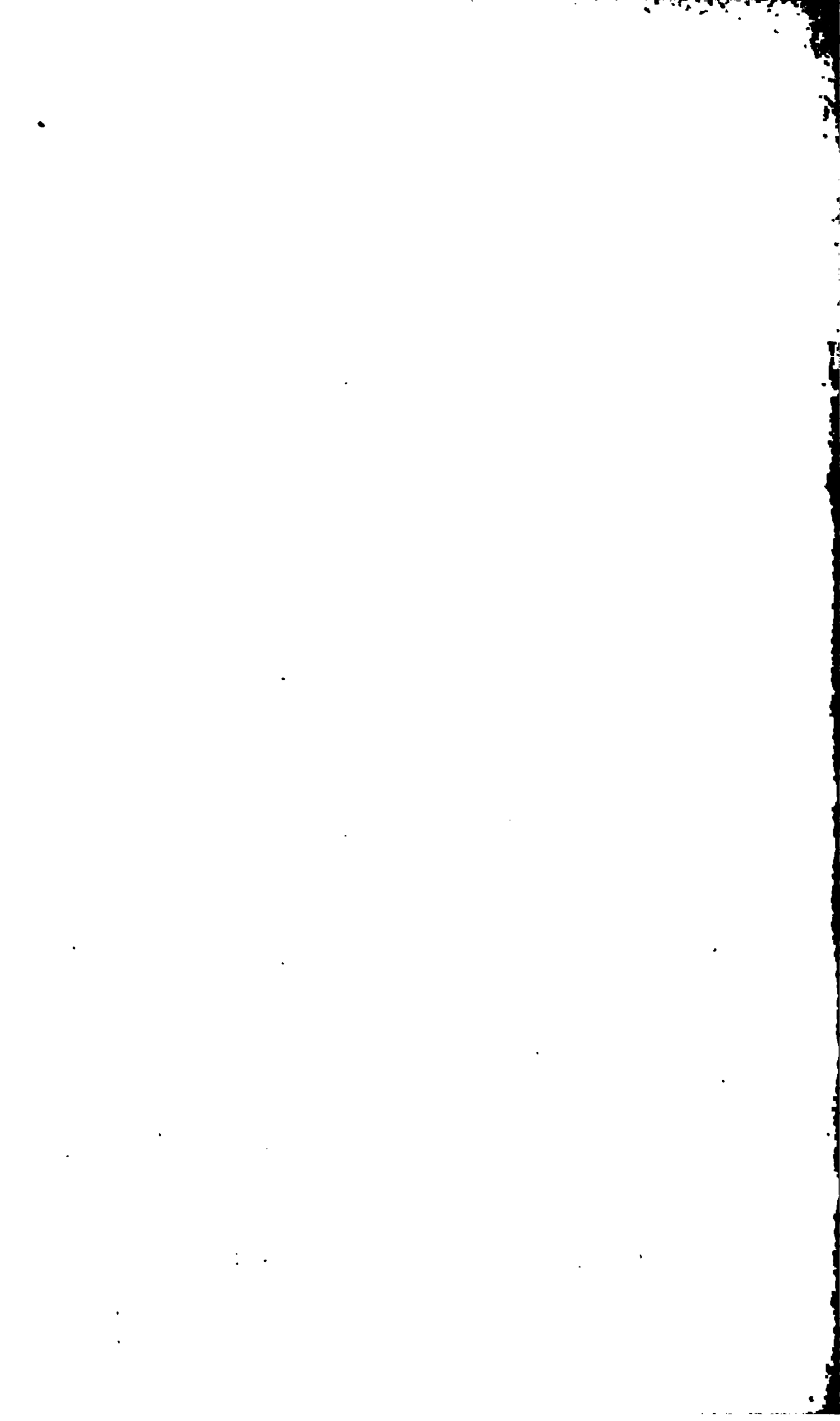
Cuando estaban D. Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes Voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grito iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venian acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia dijo: á buena se que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Par diez que segun diviso, que las patenas que habia de traer son ricos corales, y la palmilla verdé de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mi que es de raño. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro, y empedrados con pelras blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. O hidépota, y qué cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la comparéis

¹ *Despabilar es hacer desaparecer con brevedad, como se despabila una luz ó se quita el moco á un candil, que es en un momento: es metáfora usada por nuestros escritores. Sancho la aplicaba al caso de las gallinas y gansos de su espuma.*

á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flándes. Rióse D. Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no habia visto mujer mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decia, esperaos un poco gente tan inconsiderada como presurosa. A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro jironado de carmesí á llamas. Venia coronado (como se vió luego) con un corona de funesto cipres, en las manos traía un baston grande. En llegando mas cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habian de parar sus voces y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazón semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los deposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dijo: bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia: pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que puede estorbársela, quitándome á mi de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos; y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él; y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el

triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando D. Quijote á Rocinante acudió á favorecerle y le tomó en sus brazos, y halló que aun no habia espirado. Quisieronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen ántes de confesarle, por que el sacársele y el espirar seria todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: si quisieses, cruel Quiteria, darmé en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura oyendo lo cual le dijo que atendiese á la salud del alma ántes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de véras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaria si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad y le daria aliento para confesarse. En oyendo D. Quijote la peticion del herido, en altas voces dijo que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon, y ademas muy hacedera; y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber mas de esto, si, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el término de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oía Camacho, y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndele que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperado desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pero todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones la persuadian que diese la mano al pobre Basilio; y ella mas dura que un mármol, y mas sesga que una estatua, mostraba que ni sabia ni podia ni queria responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente le dijo: ¡ó Quiteria, que has venido á ser pia-

Llegó en fin Quiteria..... le pidió la mano por señas y no por palabras.



dosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermé por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra dé la muerte! Lo que te suplico es, ó fatal estrella mia, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legitima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Si doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este manco, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla; háganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asidos de la mano Basilio y Quiteria, el cura tierno y lloroso los echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el cual así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pié, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: milagro, milagro. Pero Basilio replicó: no milagro, milagro, sino industria, industria. El cura desatentado y atónito acudió con ámbas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bién acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente el cura y Camacho con todos los mas circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle dé la burla, ántes oyendo decir que aquel casamiento por haber sido engañoso no habia de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y des-

envainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo D. Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho á quien jamas pluguieron ni solazaron semejantes fechorias, se acogió á las tyanas donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole áquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. D. Quijote á grandes voces decia: teneos, señores, teneos, que no es razon tomar venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardid y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y mañanas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada. Quitéria era de Basilio, y Basilio de Quitéria por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza: y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian, y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el denden de Quitéria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, un varon prudente y bien intencionado, con las cuales Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sossegados: al de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culmas á la facilidad de Quitéria, que á la industria de , haciendo discurso Camacho, que si Quitéria queria Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que le dar gracias al cielo, mas por habérsela quitado, que bérsele dado. Consolado pues y pacífico Camacho y los mesnada, todos los de la de Basilio se sosgaron; y el macho por mostrar que no sentia la burla ni la estirada nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si nte se despoara, pero no quisieron asistir á ellas Basilio su esposa ni secueces, y así se fueron á la aldea de : que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen los aiga, honre y ampare, como los ricos tienen quien onjee y acompañe. Lleváronse consigo á D. Quijote, adole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo se le secureció el alma por verse imposibilitado de ar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que durante la noche, y así asenderado y triste siguió á su que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atraves de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya

casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.

CAPÍTULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso D. Quijote de la Mancha.

Grandes fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á D. Quijote obligados de las muestras que habia dado defendiendo su causa, y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se habia visto : bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion y abonasen su engaño. No se pueden ni deben llamar engaños; dijo D. Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia, advirtiéndole que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y mas cuando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decia con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama no le daban dineros, y que atendiese á granjear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaíeros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrechez, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió D. Quijote, opinion fué de no sé qué sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola

mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atrevería á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que había de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaría que mirase mas á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho mas dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa sería conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso. Oía todo esto Sancho y dijo entre sí: este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á qué quieres boca. Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima que solo podía saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada. Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyle su señor, y preguntóle: ¿qué murmuras, Sancho? No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa merced aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo ahora el buey suelto bien se lame. ¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo D. Quijote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena, á lo ménos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dijo D. Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está zelosa, que entónccs súfrala el mismo Satanas. Finalmente tres dias estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió D. Quijote al diestro licenciado le diese una guía que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decían por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daría á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría á la boca de la misma cueva, y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha y aun en toda España: y díjole que llevaría con él gustoso entretenimiento, á causa

que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á principes. Finalmente el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera. Ensilló Sancho á Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo asimismo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos. En el camino preguntó D. Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios. A lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no ménos entretenimiento para la república : que el uno se intitulaba *el de las Libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones : porque doy al zeloso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas que pecadoras. Otro libro tengo tambien, á quien he de llamar *Metamorfóseos*, ó *Ovidio español*, de invencion nueva y rara ; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el ángel de la Madalena, quién el caño de Venciguerra de Córdoba, quiénes los toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño dorado y de la Priora ; y esto con sus alegorias, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho, que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dijo : dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, ¿quién fué el primero que se rascó en la cabeza ? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adan. Sí seria, respondió el primo, porque Adan no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos ; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo, respondió Sancho ; pero dígame ahora, ¿quién fué el primer volteador

del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa, que el primer volteador del mundo fué Lucifer cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dijo el primo; y dijo D. Quijote: esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oído decir. Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fe que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo D. Quijote, que hay algunos que se cañsan en saber y averiguar cosas que despues de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria. En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á D. Quijote, que desde allí á la cueva de Montesinos no habia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. D. Quijote dijo, que aunque llegase al abismo habia de ver donde paraba, y así compraron casi cien brazas de sogá, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas, quẽ de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apearon el primo, Sancho y D. Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñian le dijo Sancho: mire vuesa merced, señor mío, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo: sí, que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra. Ata y calla, respondió D. Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada. Y entónces dijo la guia: suplico á vuesa merced, Señor D. Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis trasformaciones. En manos está el pandero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto y acabada la ligadura de D. Quijote (que no fué sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar), dijo D. Quijote: inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma sogá, con cuyo sonido se entendiera que todavia bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que guie, y luego se hincó de rodillas y hizo

una oracion en voz baja al cielo pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego : ó señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso, si es posible que lleguen á tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuchés, que no son otras que rogarte no me nieges tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo que si tu me favorecés no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe : y en diciendo esto se acercó á la sima, vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa que dieron con D. Quijote en el suelo : y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal, y excusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levantó, y viendo que no salían mas cuervos ni otras aves nocturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre las cuervos salieron, dándole sogas el primo y Sancho le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa : y al entrar, echándole Sancho su bendicion y haciendo sobre él mil cruces, dijo : Dios te guie y la peña de Francia junto con la trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce : Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba D. Quijote dando voces que le diesen sogas y mas sogas, y ellos se la daban poco á poco ; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oirse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de sogas. Fueron de parecer de volver á subir á D. Quijote, pues no le podían dar mas cuerda : con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron á recoger la sogas con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que D. Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse ; pero llegando á su parecer á poco mas de las ochenta brazas sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente á las diez vieron distintamente á D. Quijote, á quien dió voces Sancho diciéndole : sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta ; pero no respondia palabra D. Quijote, y sacándole del todo vieron que traía cerrados los ojos con muestras de estar dormido. Tendiéronle en

el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba, Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, despertándose bien como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y á otra parte como espantado, dijo : Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡O desdichado Montesinos! ¡O mal ferido Durandarte! ¡O sin ventura Belerma! ¡O lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atención escuchaban el primo y Sancho las palabras de D. Quijote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto. ¿Infierno le llamáis? dijo D. Quijote; pues no le llaméis así porque no lo merece, como luego veréis. Pidió que le diesen algo de comer, que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera dijo D. Quijote de la Mancha : no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CAPÍTULO XXIII.

De las admirables cosas que el extremado D. Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serian cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á D. Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos ¹ habia visto, y comenzó en el modo siguiente.

A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hacía una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que léjos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la soga caminar por aquella oscura region abajo sin llevar cierta

¹ Esta cueva está en el término de la Osa de Montiel.

ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella, y descansar un poco. Di voces pidiéndooos que no descolgásedes mas sogas hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fuí recogiendo la sogas que enviábades, y haciendo della una rosca ó rimero me senté sobre él, pensativo ademas, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me saltó un sueño profundísimo, y cuando ménos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no desperté dél y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos; limpiémelos, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia me certificaron que yo era allí entónces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego, á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de trasparente y claro cristal fabricados, del cual abriéndose dos grandes puertas vi que por ellas salia y hácia mí se venia un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba: céniale los hombros y los pechos una beca de colegial de raso verde: cubriale la cabeza una gorra milanese negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nueces, y los diezes asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, luego decirme: luengos tiempos há, valeroso caballero D. Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa, de quien yo soy alcáide y guarda mayor perpétua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decian verdad sino en la daga, porque no fué daga ni pequeña, sino un puñal

buido mas agudo que una lengua. Debía de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hóces el Sevillano. No sé, prosiguió D. Quijote; pero no seria dese puñalero, porque Ramon de Hóces fué ayer, y lo de Roncesaválles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia. Asi es, respondió el primo: prosigavuesa merced, señor D. Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió D. Quijote, y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquisima sobre modo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon, y ántes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspense, mirando al del sepulcro, me dijo: este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado como me tiene á mí y á otros muchos y muchas Merlin, aquel frances encantador, que dicen que fué hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y elle dirá andando los tiempos, que no están muy léjos segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos despues de muerto le saqué el corazon con mis manos; y en verdad que debia de pesar dos libras, segun los naturales, el que tiene mayor corazon es de mayor valentia del que le tiene pequeño. Puesto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo queja y suspira de cuando en cuando como si estovivo? Esto dicho, el misero Durandarte dando una gra

O mi primo Montesinos,
lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto,
y mi ánima arrancada,
que llevéis mi corazon
adonde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga.

lo cual el venerable Montesinos se puso de rodillas, como ástinado caballero, y con lágrimas en los ojos,

«dijo : ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciágo dia de nuestra pérdida; yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dejase una minima parte en el pecho, yo le limpié con un pañizuelo de puntas, yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoo primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas; y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesváles eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo ménos amojamado á la presencia de la señora Belerma, la cual con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin há muchos años, y aunque pasan de quinientos no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando por compasion que debió de tener Merlin dellas las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera; las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una órden santísima, que llaman de S. Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimismo vuestra desgracia fué convertido en un rio llamado de su mismo nombre, el cual cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean ¹. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado : y esto que agora os digo, ó primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondéis imagino que no me dais crédito ó no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le

¹ El rio Guadiana se forma de las aguas que arrojan de sí las faldas de la parte oriental de Sierra Morena ó sierra de Alcaraz, las cuales forman por espacio de legua y média lagos profundos que cayendo sucesivamente unos en otros, empiezan á correr por una madre seguida en el término de Osa de Montiel, dos leguas ántes de Argamasilla de Alba. Este rio, á poco de correr por su cauce, se oculta por espacio de siete ú ocho leguas desde Marroya, hasta que entre Villarrubia y Daimiel vuelve á fluir de dos lagunas llamadas los Ojos de Guadiana.

aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y vedadlo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel D. Quijote de la Mancha digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desocultados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas. Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, ó primo, digo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traía en las manos un lienzo delgado, y entre el, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco y amojamado. Dijome Montesinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte de Belerma, que allí con sus dos señores estaban entonces, y que la ultima, que traía el corazon entre el lienzo en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus dos cuatros dias en la semana hacian aquella procesion y en, ó por mejor decir lloraban endechas sobre el cuerpo del lastimado corazon de su primo: y que si me habia o algo feo, ó no tan hermosa como tenia la fama, era en las malas noches y peores dias que en aquel encan-pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y dolor quebradiza; y no toma ocasion su amarillez y sus e estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, há muchos meses y aun años que no le tiene ni agoma puertitas, sino del dolor que siente su corazon por el continuo tiene en las manos, que le renueva y trae á la la desgracia de su mal logrado amante: que si esto o, apenas la igualara en hermosura, donaire y brio la ilcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos con-aun en todo el mundo. Cepos quedos, dije yo entón-or D. Montesinos: cuente vuesa merced su historia, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y ay para qué comparar á nadie con nadie: la sin per

Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí. A lo que él me respondió : señor D. Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacción que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recibí en oír que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió D. Quijote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados : yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. A esta sazón dijo el primo : yo no sé, señor D. Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como há que está allá abajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. Cuánto há que bajé? preguntó D. Quijote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó D. Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y á amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, como todas las cosas que le han sucedido son por encantamiento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres dias con sus noches. Así será, respondió D. Quijote. ¿Y ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo. No me he desayunado de nada, respondió D. Quijote, ni aun he tenido hambre ni por ensuciamiento. ¿Y los encantados comen? dijo el primo. No comen, respondió D. Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los pelos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió D. Quijote, á lo menos en estos tres dias que yo he estado con ellos ninguno me ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaja bien el refrán, dijo Sancho, de dime con quién andas decirte he quién eres : dígame vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes, ¿qué le pasa si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos estuviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna. ¿Cómo no? dijo el primo, ¿pues habia de mentir el señor D. Quijote, que aun quisiera no ha tenido lugar para componer é imaginar

tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi señor mienta respondió Sancho. Si no ¿qué crees? le preguntó D. Quijote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en la imaginación la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó D. Quijote, pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo loqué con mis mismas manos. Pero ¿qué diras cuando te diga yo ahora como otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar) me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hubi visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hablámos á la salida del Toboso? Pregunté á Montesinos si las conocía: respondiéndome que no; pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habu parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cual conocía él á la reina Ginebra y su dueña Quintañona cuando el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino. Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo pensó perder el juicio ó morir de risa, que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: en mala coyuntura y en peor sazón y, aciago día bajó vuesa merced, caro patron mio, al otro mundo y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba de todo juicio, tal cual Dios se le había dado, hablabas encias y dando consejos á cada paso, y no ahora contando mayores disparates que pueden imaginarse. Como meco, Sancho, respondió D. Quijote, no hago caso de las bras. Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que me ha dicho ó por las que le pienso decir, si en las tuyas no me he de ir y enmienda. Pero dígame vuesa merced ahora cómo me en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora encantada? y si la habló ¿qué dijo, y qué le respondió? Conocióme D. Quijote, en que trae los mismos vestidos que me la mostraste. Háblela, pero no me des una palabra, antes me volvió las espaldas, y se fué huyendo tan presto que no la alcanzara una jara. Quise seguirle

y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque seria en balde, y mas porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Dijome asimismo que andando el tiempo se me daría aviso cómo habian de ser desencantados él y Belerma y Durandarte con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió de las que allí vi y noté, fué que estándome diciéndo Montesinos estas razones se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas con turbada y baja voz me dijo mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que por estar en una gran necesidad asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellín, que aquí traigo de colonia nuevo, média docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté: ¿es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: créame vuesa merced, señor D. Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa y por todo se extiende y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni ménos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna á los pobres que topase por los caminos) y le dije: decid, amiga mia, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos y que quisiera ser un Fúcar¹ para remedarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversacion, y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo fervor y asendereado caballero. Diréisle tambien que cuando áenos se lo piensa oirá decir como yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el marqués de Mantua de vengar á su sobrino Baldovinos, cuando le halló á espír en mitad de la montaña, qué fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar

¹ Los Fúcares eran una familia ilustre desde mediados del siglo XV, originaria de Suiza, y establecida en Ausburgo, donde poseían grandes riquezas; se decia en España *es un Fúcar* para significar que uno era persona rica y adinerada.

las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que ~~las~~ anduvo el infante D. Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso y mas debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire. ¡O santo Dios! dijo á este tiempo dando una gran voz Sancho: ¡es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! ¡O señor, señor, por quien Dios es que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido. Como me quiere bien, Sancho, habla de esa manera, dijo D. Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

Dice el que tradujo esta grande historia del original de ~~la~~ que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos en el margen del estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones:

« No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir que
 » al valeroso D. Quijote le pasase puntualmente todo lo que
 » en el antecedente capítulo queda escrito. La razon es, que
 » todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido conti-
 » gibles y verisímiles; pero esta desta cueva no le hallo en-
 » trada alguna para tenerla por verdadera por ir tan fuera
 » los términos razonables. Pues pensar yo que D. Quijote
 » mintiese, siendo el mas verdadero hidalgo y el mas noble
 » caballero de sus tiempos, no es posible; que no dijera
 » una mentira si le asaetearan. Por otra parte considero que
 » él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas,
 » que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina
 » de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo
 » tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa ó verdadera
 » la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que
 » pareciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto que »

» tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que
» se retrató della, y dijo que él la habia inventado por pare-
» cerle que convenia y cuadraba bien con las aventuras que
» habia leído en sus historias. » Y luego prosigue diciendo :
Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza
como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento
que tenia de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso,
aunque encantada, le nacia aquella condicion blandâ que en-
tonces mostraba ; porque si así no fuera, palabras y razones
le dijo Sancho, que merecian molerle á palos, porque real-
mente le pareció que habia andado atreviéndillo con su señor,
á quien le dijo : yo, señor D. Quijote de la Mancha, doy
por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced
he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas. La pri-
mera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran
felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en
esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y
de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio*
español, que traigo entre manos. La tercera, entender la an-
tigüedad de los naipes, que por lo ménos ya se usaban en
tiempo del emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de
las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte
cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando
con él Montesinos, él despertó diciendo : paciencia y barajar.
Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encan-
tado, sino cuando no lo estaba en Francia y en tiempo del
referido emperador Carlo Magno. Y esta averiguacion me
viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo,
que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las*
antigüedades ; y creo que en el suyo no se acordó de poner
de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mu-
cha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan ver-
dadero como es el señor Durandarte. La cuarta es haber sa-
bido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta
ahora ignorado de las gentes. Vuesa merced tiene razon, dijo
D. Quijote ; pero querria yo saber, ya que Dios le haga mer-
ced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros,
que lo dudo, á quién piensa dirigirlos. Señores y grandes
hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo. No
muchos, respondió D. Quijote ; y no porque no lo merezcan,
sino que no quieren admitirlos por no obligarse á la satisfa-
cion que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores.
En príncipe conozco yo ¹ que puede suplir la falta de los de-
mas con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá
despertara la invidia en mas de cuatro generosos pechos ;
pero quédese esto aquí para otro tiempo mas cómodo, y va-

¹ Alude aquí Cervántes á D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, protector del mismo y de todos los literatos de aquel tiempo.

mos á buscar adonde recogernos esta noche. No léjos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo ademas. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica es capaz de recibir huéspedes. ¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. Pocos ermitaños están sin ellas, respondió D. Quijote, porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian raíces de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrechez de entónces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dejan de ser todos buenos, á lo ménos yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, ménos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador. Estando en esto vieron que hacía donde ellos estaban venia un hombre á pié, caminando apriesa, y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos los saludó, y pasó de largo. D. Quijote le dijo: buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y á Dios. Pero si quisieredes saber para qué las llevo, en la venta que está mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que hacéis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas, y á Dios otra vez; y de tal manera aguijó el macho que no tuvo lugar D. Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita donde quisiera el primo que se quedaran. Hízose así, subieron á caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo á D. Quijote, que llegase á la ermita á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza cuando encaminó el rucio á ella, y lo mismo hicieron D. Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se le dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenia; pero que querian agua barata, que se la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho y abundancia de la casa de D. Diego, y cuántas veces os tengo de echar ménos! Con esto dejaron la ermita y picaron hacia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante

dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio al parecer de sus vestidos, que al parecer debían de ser los calzones ó gregüescos y herreruelo, y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de corte: la edad llegaría á diez y ocho ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros,
no fuera en verdad.

El primero que le habló fué D. Quijote diciéndole: muy á la ligera camina vuesa merced, señor galán: ¿y adónde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo. A lo que el mozo respondió: el caminar tan á la ligera lo causa el calor y la pobreza, y el adónde voy es á la guerra. ¿Cómo la pobreza? preguntó D. Quijote, que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla; si los gasto en el camino no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros: y así por esto como por orearme voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y mas quiero tener por amo y por señor al rey, y servirle en la guerra, que no á un pelón en la corte. ¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura? preguntó el primo. Si yo hubiera servido á algun grande de España, ó algun principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo muelen salir á ser alférez ó capitanes, ó con algun buen entretenimiento; pero yo, desventurado, serví siempre á catiberos, y á gente advenediza de ración y quitación tan miserable y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumía la mitad della, y sería tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura. Y dígame por su vida, amigo, preguntó D. Quijote, ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, respondió el paje; pero así como el que se ale de alguna religion, ántes de profesar le quitan el hábito le vuelven sus vestidos, así me volvian á mí los míos mis

amos, que acabados los negocios á qu
volvian á sus casas, y recogian las lib
tencion habian dado. Notable espilo
italiano, dijo D. Quijote: pero con la
ventura el haber salido de la corte cor
como lleva, porque no hay otra cosa e
ni de mas provecho que servir á Dios
á su rey y señor natural, especialment
armas, por las cuales se alcanzan, si
ménos mas honra que por las letras,
muchas veces; que puesto que han sur
las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué de los de
las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor
que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que
ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de
mucho provecho y alivio en sus trabajos, y es que aparte la
imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir,
que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el
mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aque
valeroso emperador romano, cual era la mejor muerte. Res
pondió que la impensada, la de repente y no prevista: y así
que respondió como gentil y ajeno del conocimiento del ver
dadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse el
sentimiento humano, que puesto caso que os maten en la
primera fagcion y refriega, ó ya de un tiro de artillería,
volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabar
la obra; y segun Terencio, mas bien parece el soldado muerto
en la batalla, que vivo y salvo en la huida; y tanto alcan
de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á su
capitanes y á los que mandar le pueden: y advertid, hijo, que
al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que
si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque
lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo ménos no os po
coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la
breza: cuanto mas que ya se va dando orden cómo se en
tengan y remedien los soldados viejos y estropeados, por
no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los
ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejo
no pueden servir, y echándolos de casa con título de lib
los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ah
rarse sino con la muerte: y por ahora no os quiero decir m
sino que subáis á las ancas deste mi caballo hasta la ven
y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el cami
que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos mereci
El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque si el
cenar con él en la venta, y á esta sazón dicen que dijo Sancho
entre sí: válate Dios por señor: y es posible que hombre
que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí
digo, diga que ha visto los disparates imposibles que cuen

de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá; y en esto llegaron á la venta á tiempo que anocheía, y no sin gusto de Sancho por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No hubieron bien entrado cuando D. Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

CAPÍTULO XXV.

Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino,

No se le cocia el pan á D. Quijote, como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas. Fuéle á buscar donde el ventero le habia dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le habia de decir despues acerca de lo que le habia preguntado en el camino. El hombre le respondió: mas despacio y no en pié se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren. No quede por eso, respondió D. Quijote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo aechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentándose en un poyo, y D. Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera: habrán vuestas mercedes que en un lugar, que está cuatro leguas y média desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdido, otro regidor del mismo pueblo le dijo: dadme libricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero señálenos dónde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, se vi esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan loco que era una compasion miralle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan humano, que cuando llegué á él se fué huyendo y se entró en el mas escondido del monte: si queréis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que

luego vuelvo. Mucho placer me haréis, dijo el del jumento, y yo procuraré pagároslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolución, los dos regidores á pié y mano á mano se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo pues que no parecía, dijo el regidor que le habia visto, al otro: mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decis, compadre? dijo el otro: por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos. Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser ménos sino que el asno nos oya, y nos responda si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio; y dividiéndose los dos segun el acuerdo, sucedió que casi á un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido, y en viéndose dijo el perdidoso: ¿es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? No fué sino yo, respondió el otro. Ahora, digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos, que á mi, compadre; que por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y mas perito rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compas, los dejos muchos y apresurados, y en resolución yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en mas de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís. Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no pueden servir en otros, y aun en este plega á Dios que no sean de provecho. Esto dicho se tornaron á dividir y á volver

á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadré, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y rancos se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadron han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana, ó esotro día han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercibidos llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y éstas son las maravillas que dije que os habia de contar; y si no os lo han parecido, no sé otras, y con esto dió fin á su plática el buen hombre: y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubon, y con voz levantada dijo: señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el refablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dijo el ventero, que aquí está el señor maese Pedro; buena noche se nos apareja. Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo, y el ventero prosiguió diciendo:

sea bien venido vuesa merced, señor maese Pedro : ¿ adónde está el mono y el retablo, que no los veo ? Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada. Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero : llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono. Sea en buen hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado, y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo ; y luego se volvió á salir de la venta. Preguntó luego D. Quijote al ventero qué maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traía. A lo que respondió el ventero : este es un famoso titerero, que há muchos dias que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de la libertad de Melisendra dada por el famoso D. Gaiféros, que es una de las mejores y mas bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reino se han visto : trae asimismo consigo un mono de la mas rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres ; porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándosele al oído le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho mas que de las que están por venir ; y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él despues de haberle hablado al oído ; y así se cree que el tal maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y bon compañero, y dase la mejor vida del mundo, habla mas que seis, y bebe mas que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo. En esto volvió el maese Pedro, y en una carreta venia el retablo, y el mono grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero de mala cara ; y apenas le vió D. Quijote cuando le preguntó : dígame vuesa merced, señor adivino, ¿ qué peje pillo llamo ? ¿ qué ha de ser de nosotros ? y vea aquí mis dos reales, y mandó á Sancho que se los diese á maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo : señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir ; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto arrus, dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mi ha pasado, porque ¿ quién lo puede saber mejor que yo mismo ? y pagar yo porque me digan lo que sé, seria una gran necedad ; pero pues sabe las cosas presentes, hé aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo ¿ qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene ? No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo : no quiero

recibir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído dába diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un crédo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fué maese Pedro á poner de rodillas ante D. Quijote, y abrazándole las piernas dijo: estas piernas abrazo bien así como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡ó resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡ó no jamas como se debe alabado caballero D. Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados! Quedó pasmado D. Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo: y tú, ó buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por más señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porqué de vino, con que se entrefiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser zelosa no la trocara yo por la gigante Andandona que, segun mi señor, fué una mujer muy capal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos. Ahora digo, dijo á esta sazón D. Quijote, que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto porque ¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? porque yo soy el mismo D. Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha extendido algun tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinacion que llevo. A lo que respondió maese Pedro (que ya se habia levantado de los piés de D. Quijote): ya he dicho que esta estezuela no responde á lo por venir, que si respondiera no importara no haber dineros, que por servicio del señor D. Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer á cuantos están en la venta sin paga alguna. Oyendo lo cual el ventero alegre sosemanera señaló el lugar donde se podia poner el retablo, y en un punto fué hecho. D. Quijote no estaba muy con-

tento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de por venir ni las pasadas cosas; y así en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo se retiró D. Quijote con Sancho á un rincón de la caballeriza, donde sin ser oídos de nadie le dijo: mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio. Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio: ¿pero de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios? No me entiendes, Sancho: no quiero decir, sino que debe de tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono con que gane de comer, y despues que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á mas: que las por venir no las sabe sino es por conjeturas, y no todas veces, que á solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni por venir, que todo es presente; y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla ni paje ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó á uno destos figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenia, si se empareñaría y pariría, y cuántos y de qué color serian los perrós que pariese. A lo que el señor judicial, despues de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empareñaría, y pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condicion que la tal perra se cubriese entre las once y doce del día ó de la noche, y que fuese en lunes ó en sábado; y lo que sucedió fué que de allí á dos dias se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judicial, como lo quedan todos ó los mas levantadores. Con todo eso querria, dijo Sancho, que vuesa merced dijese á maese Pedro, preguntase á su mono si es verdad lo que á vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdon de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo ménos cosas soñadas. Todo podria ser, respondió D. Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de es-

crúpulo. Estando en esto llegó maese Pedro á buscar á D. Quijote y decirle que ya estaba en órden el retablo, que su merced viniese á verle, porque lo merecia. D. Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dijese si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesinos habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. A lo que maese Pedro sin responder palabra volvió á traer el mono, y puesto delante de D. Quijote y de Sancho dijo: mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada Montesinos, si fueron falsas ó verdaderas; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oído dijo luego maese Pedro: el mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verisímiles: y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber mas, que el viérnes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viérnes, como dicho tiene. ¿No lo decia yo, dijo Sancho, que no se me podia asentar que todo lo que vuesa merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad? Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió D. Quijote, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra: y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad. ¿Cómo alguna? respondió maese Pedro, sesenta mil encierra en sí este mi retablo: dígoles á vuesa merced, mi señor D. Quijote, que es una de las cosas mas de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, et non verbis*, y manos á la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar. Obedeciéronle D. Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso y resplandeciente. En llegando se metió maese Pedro dentro dél, que era el que habia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenia una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salian. Puestos pues todos cuantos habia en la venta, y algunos en pié frontero del retablo, y acomodados D. Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujaman comenzó á decir lo que oirá y verá el que le oyere, ó viere el capítulo siguiente.

et.
(man)
(marta)

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero con otras cosas en verdad harto buenas.

Callaron todos Tirios y Troyanos : quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo : esta verdadera historia que aquí á vuestras mercedes se representa, es sacada al pié de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor D. Gaiféros á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza : y vean vuestras mercedes allí como está jugando á las tablas D. Gaiféros, segun aquello que se canta

Jugando está á las tablas Don Gaiféros,
Que y de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio descuido de su yerno, le sale á reñir : y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que quiere dar con el cetro média docena de coscorrónes, y así hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados : despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa dicen que le dijo :

Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuestras mercedes tambien como el emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á D. Gaiféros, el cual ya ven cómo arroja impaciente de la cólera lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á D. Roldan su primo pide prestada su espada Durindana, y cómo D. Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone ; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar ; ántes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de

la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljaferia, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida á lo moro es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris y en su esposo se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamas. ¿No ven aquel moro, que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y varamiento detras : y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apénas no habiendo sido puesta en ejecucion la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros. Niño, niño, no con voz alta á esta sazon D. Quijote, seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas ó trasversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. También dijo maese Pedro desde dentro : muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo mas acertado : sigue tu camino llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen obrar de sotiles. Yo lo haré así, respondió el muchacho, y siguió diciendo : esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la misma de D. Gaiféros, quien su esposa esperaba, y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice :

Caballero, si á Francia ides,
por Gaiféros preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la proijilidad se suele engendrar el fastidio : basta ver como D. Gaiféros se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da á entender que ella le ha conocido, y mas ahora que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas

del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura! que se lo ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo. Pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega D. Gaiféros, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase de ella, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis tambien como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz, ó par sin par de verdaderos amantes; lleguéis á salvamento á vuestra deseada patria sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo: llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el intérprete, ántes prosiguió diciendo: no faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan. Eso no, dijo á esta sazón D. Quijote; en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo cual oido por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: no mire vuesa merced en niñerías, señor D. Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol. Así es la verdad, replicó D. Quijote; y el muchacho dijo: miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que seria un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta morisma

y tanto estruendo D. Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían, y levantándose en pié, en voz alta dijo : no consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como D. Gaiféros : ~~deteneos~~, mal nacida canalla, no le sigáis ni persigáis ; si no, conmigo sois en la batalla, y dici-
ciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan. Daba voces maese Pedro diciendo : deténgase vuesa merced, señor D. Quijote ; y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta : mire ¡pecador de mí ! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda. Mas no por esto dejaba de menudear D. Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reverses como llovidos. Finalmente, en ménos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta : temió el primo, sacobardóse el paje y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo ; porque, como él juró despues de pasada la borrasca, jamas habia visto á su señor con tan desatinada cólera. Hecho pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco D. Quijote, y dijo : quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes : miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen D. Gaiféros y de la hermosa Melisendra ; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, viva la andante caballería sobre cuántas cosas hoy viven en la tierra. Viva en hora buena, dijo á esta sazón con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey D. Rodrigo :

Ayer fui señor de España,
Y hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mia.

No há média hora ni aun un mediano momento que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo,

etc.

y sobre todo sin mi mono, que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intencion generosa, que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen mas levantados sus asientos. En fin *el Caballero de la Triste Figura* habia de s̄er aquel que habia de desfigurar las mias. Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole : no llores, maese Pedro, ni te lamantes, que me quiebras el corazon, porque te hago saber que es mi señor D. Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor D. Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced áseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dijo D. Quijote ; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro. ¿ Cómo no ? respondió maese Pedro ; ¿ y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo ? ¿ y cuyos eran sus cuerpos, sino mios ? ¿ y con quién me sustentaba yo, sino con ellos ? Ahora acabo de creer, dijo á este punto D. Quijote, lo que otras muchas veces he creído, que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pié de la letra, que Melisendra era Melisendra, D. Gaiféros D. Gaiféros, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno : por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero andante quise dar ayuda y favor á los que huian, y con este buen propósito hice lo que habéis visto : si me ha salido al reves, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen ; y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas : vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclínósele maese Pedro diciéndole : no esperaba yo ménos de la inaudita cristiandad del valeroso D. Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos ; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dijeron que así lo harian, y luego maese Pedro alzó del suelo con la pza ménos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo : ya se ve

: á este rey á su ser primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me de por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio. Adelante, dijo D. Quijote. Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió maese Pedro, tomando en las manos el partido emperador Carlo Magno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo. No es poco, dijo Sancho. Ni mucho, replicó el venero, medíase la partida, y señalenselo cinco reales. Denselo todos cinco y cuartillo, dijo D. Quijote, que no está en un cuartillo mas á ménos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo ménos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís. Aun ahí sería el diablo, dijo D. Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia; porque el caballo en que iban á mí me pareció que ántes volaba que corria, y así no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo a pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pié llano y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que D. Quijote izquierdieba, y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dijo: esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian, y así con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado. Deste manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos jueces arbitros con satisfacion de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos: y ademas desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dijo D. Quijote, no para tomar el mono, sino la mona¹, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora Doña Melisendra y el señor D. Gaiseros estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podra decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro; pero no habra diablo que ahora le tome, aunque imagino que el carño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecera Dios y veremeros. En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía a costa de D. Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas; y ya despues

¹ Jugó D. Quijote con la doble significacion de la palabra mona, que ademas de la hembra del mono, suele significar tambien la que toman los borrachos, es decir embriaguera ó torrechera.

de amanecido se vinieron á despedir de D. Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió D. Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en mas dimes ni diretes con D. Quijote, á quien él conocia muy bien, y así madrugó ántes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué también á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á D. Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagó muy bien por orden de su señor; y despidiéndose del casi á las ocho del dia, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII.

Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que D. Quijote tuvo en la aventura del rebusano, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano*; á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sine que así como el católico cristiano cuando jura, jura ó debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decia como si jurara como cristiano católico, en lo que queria escribir de D. Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro, y quién el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice pues, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Gines de Pasamonte, á quien entre otros galeotes dió libertad D. Quijote en Sierra Morena, beneficio que despues le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Gines de Pasamonte, á quien D. Quijote llamaba Ginesillo de Paravilla fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que por no puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte por los impresores, ha dado en qué entender á muchos, ibuan á poca memoria del autor la falta de emprenta. En resolución Gines le hurtó estando sobre él durmiendo Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo estando Sacripante sobre Albraca le sacó el caballo e las piernas, y despues le cobró Sancho, como se ha. Este Gines pues, temeroso de no ser hallado de la, que le buscaba para castigarle de sus infinitas be-

llaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volumen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragon y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo sabia hacer por extremo. Sucedió pues, que de unos cristianos ya libres que venian de Berbería compró aquel mono, á quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro, y le murmurase, ó lo pareciese, al oído. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar mas cercano, ó de quien él mejor podia, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres, y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato, segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacia la seña al mono, y luego decia que le habia dicho tal y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese cómo adivinaba su mono, á todos hacia monas, y llenaba sus esqueros. Así como entró en la venta conoció á D. Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiracion á D. Quijote y á Sancho Panza, y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si D. Quijote bajara un poco mas la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo. Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono. Y volviendo á D. Quijote de la Mancha, digo, que despues de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas. Con esta intencion siguió su camino, por el cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero al subir de una loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algun tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó á Rocinante y subió la loma arriba, y cuando estuvo en la cumbre vió al pié della, á su parecer, mas de doscientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas

y picas, y algunos arcabuces y muchas rodela. Bajó del recuesto, y acercóse al escuadron, tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de las colores, y notó las empresas que en ellas traían, especialmente una que en un estandarte ó jiron de raso blanco venia, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua d^e fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando : al rededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos :

No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó D. Quijote que aquella gente debia de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venia escrito. Dijole tambien que el que les habia dado noticia de aquel caso se habia errado en decir que dos regidores habian sido l^{os} que rebuznaron, porque segun los versos del estandarte no habian sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza : señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entónces rebuznaron viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrábos títulos; cuanto mas que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado, porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor. Finalmente conocieron y supieron como el pueblo corrido salia á pelear con otro que le corría mas de lo justo y de lo que se debia á la buena vecindad. Fuése llegando á ellos D. Quijote no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. D. Quijote alzando la visera con gentil brió y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los mas principales del ejército por verle admirados con la admiracion acostumbrada en que caían todos aquellos que la vez primera le miraban. D. Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo ^{hizo} la voz y dijo :

Buenos señores, cuan encarecidamente ^{lo} puedo os suplico, que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que so^{is} disgusta y enfada; que si esto sucede, con la mas mínima señal que me hagáis pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharían. D. Quijote con esta licencia prosiguió diciendo : yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas,

y cuya profesion la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias há que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo segun las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, sino es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traicion por que le reta. Ejemplo desto tenemos en D. Diego Ordóñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que solo Vellido Dólfos habia cometido la traicion de matar á su rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor D. Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para qué retar á los muertos, á las águas, ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias que alli se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija. Siendo pues esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es: porque bueno seria que se matasen á cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gentes de poco mas á menos: bueno seria por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita ó quiera: los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y hacienda. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) tres en defensa de su patria. A estas cinco causas como capitales se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas que ántes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso: cuanto mas que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que aunque parece algo

dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu, porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro dijo, que su yugo era suave y su carga liviana; y así no nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestras mercedes estan obligados por leyes divinas y humanas á sossegaros. El diablo me lleve, dijo á esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es teólogo, y si no lo es, que lo parece como un huevo á otro. Tomó un poco de aliento D. Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual viendo que su amo se detenía, tomó la mano por el diciendo: mi señor D. Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el *Caballero de la Triste Figura*, y ahora se llama el *Caballero de los Leones*, es un hidalgo muy alento, que sabe latin y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y así no hay mas que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si
 : cuanto mas que ello se está dicho que es necedad por solo oír un rebuzno, que yo me acuerdo cuando que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, adie me fuese á la mano, y con tanta gracia y proie en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, honradísimos; y aunque por esta habilidad era inmas de cuatro de los estirados de mi pueblo, no a dos ardites; y porque se vea que digo verdad, escuchén, que esta ciencia es como la del nadar, que prendida nunca se olvida: luego puesta la mano en s comenzó á rebuznar tan rascadamente, que todos os valles retumbaron; pero uno de los que estaban, creyendo que hacia burla dellos, alzó un varapalo mano tenia, y dióle tal golpe con él, que sin ser á otra cosa dió con Sancho Panza en el suelo. , que vió tan malparado á Sancho, arremetió al que ado con la lanza sobre mano, pero fueron tantos pusieron en medio, que no fué posible vengarle; ido que llovía sobre él un nublado de piedras, y enazaban mil encaradas ballesas y no menos canreabuces, volvíó las riendas á Rocinante, y á todo galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose corazon á Dios, que de aquel peligro le librase, á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas al pecho, y á cada punto recogía el aliento le fallaba; pero los del escuadron se contentaron huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su

jumento apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle, pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado pues D. Quijote buen trecho volvió la cabeza y vió que Sancho venia, y atendióle viendo que ninguno le seguia. Los del escuadron se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantarán en aquel lugar y sitio un trofeo.

CAPÍTULO XXVIII.

De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.

Quando el valiente huye, la superchería está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en D. Quijote, el cual dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadron, puso piés en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguiale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rucio á los piés de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse D. Quijote para catarle las heridas; pero como le hallase sano de los piés á la cabeza, con asaz cólera le dijo: tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho; ¿y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la sogá en casa del ahorcado? A música de rebuznos ¿qué contrapunto se habia de llevar sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos, y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió D. Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario mas se atribuyen á la buena fortuna, que á su ánimo y así yo confieso que me he retirado, pero no huido; y en esto he imitado á muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales por no serte á ti de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero ahora.

En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de D. Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecía. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole D. Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la núa del cerebro le dolía de manera que le sacaba de sentido. La causa dése dolor debe de ser sin duda, dijo D. Quijote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos. Cuerpo de mí; ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolían; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga; y cada día voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de márras, y á otras muchacherías, que si ahora me han salido á las espaldas, después me saldrán á los ojos. Harto mejor haría yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida), harto mejor haría yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andar tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues tomadme el dormir: contad, hermano escudero, siete piés de tierra, y si quisiéredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á ménos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados: de los presentes no digo nada, que por ser vuesa merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto mas que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa. Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo D. Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseáis volveros á vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros tenéis míos; mirad cuánto

há que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podéis y debéis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sanson Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amen de la comida : con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve á un labrador ; que en resolucion los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido despues que há que sirvo á vuesa merced, sino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de D. Diego de Miranda, y la jira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio ; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas ya de arroyos ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. Confieso, dijo D. Quijote, que todo lo que dices, sea verdad : ¿cuánto parece que os debo dar mas de lo que os daba Tomé Carrasco ? A mi parecer, dijo Sancho, con dos reales mas que vuesa merced añadiese cada mes me tendria por bien pagado : esto es cuanto al salario de mi trabajo ; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una insula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Está muy bien, replicó D. Quijote, y conforme al salario que vos os habéis señalado, veinte y cinco dias há que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. ¡O cuerpo de mí ! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la insula se ha de contar desde el dia que vuesa merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos. ¿Pues qué tanto há, Sancho, que os la prometí ? dijo D. Quijote. Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber mas de veinte años, tres dias mas ó ménos. Dióse D. Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo : pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestros salidas, sino dos meses apénas, ¿y dices, Sancho, que há veinte años que te prometí la insula ? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio ; y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú ó leído que ningun escudero de caballero andante se haya

puesto con su señor en cuanto mas tanto me habeis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, éntrate, malandrin, follon y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate digō, por el *mare magnum* de sus historias; y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rucio, y vuélvete á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar mas adelante conmigo. ¡O pan mal conocido! ¡ó promesas mal colocadas! ¡ó hombre que tiene mas de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal que á pesar de tu mujer te llamaran señoría, te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venia con intención firme y valedera de hacerte señor de la mejor insula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que ántes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho á D. Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: señor mio, yo confieso que para sēr del todo asno no me falta mas de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tū coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió que sí haria aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y D. Quijote se acomodó al pié de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen piés y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. D. Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPÍTULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda llegaron D. Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á D. Quijote, porque contempló y miró él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus liquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo pues desta manera se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró D. Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin mas ni mas se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió D. Quijote: has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que éntre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican, cuando algun caballero está puesto en algún trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se éntre, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos le llevan ó por los áires ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda: así que, ó Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de dia, y ántes que este se pase ata juntos al rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios que nos guie, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frágiles descalzos. Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refran: haz lo que tu amo te manda, y siéntate

con él á la mesa; pero con tod
 cargo de mi conciencia, quiero
 á mi me parece que este tal bi
 sino de algunos pescadores de
 las mejores sabógas del mund
 las bestias Sáncho, dejandolas
 los encantadores con harto dol
 dijo que no tuviese pena del de
 que el que los llevaria á ellos
 regiones, tendria cuenta de s
 de logicuos, dijo Sancho, ni lo
 los días de mi vida. Longincuos, respondió D. Quijote, quiero
 decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que
 no estas tu obligado á saber latin, como algunos que presu-
 men que lo saben, y lo ignoran. Ya estan atados, replicó
 Sancho, ¿qué hemos de hacer ahora? ¿Que? respondió
 D. Quijote: santiguarnos y levar ferro, quiero decir embar-
 arnos y cortar la amarra con que este barco esta atado; y
 dando un salto en él, siguiendolo Sancho, cortó el cordel, y
 el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando
 Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio comenzó á
 temblar temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió
 mas pena que el oir rozar al rucio, y el ver que Rocinante
 pugnaba por desatarse; y díjole á su señor: el rucio, re-
 bunza condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura
 ponerse en libertad para arrojarle tras nosotros. O carisi-
 mos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta
 de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra
 presencia: y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que
 D. Quijote mohino y colérico le dijo: ¿de que temes, cobarde
 criatura? ¿de que lloras, corazon de mantequillas? ¿quién te
 persigue, ó quién te acosa, animo de raton casero? ¿ó qué
 te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abu-
 dancia? ¿por dicha vas caminando á pié y descalzo por las
 montañas rifeas, sino sentado en una tabla como un archi-
 duque por el sesgó curso de este agradable rio, de donde en
 breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos
 de haber salido y caminado por lo menos seiscientos ó ocho-
 cientos leguas, y si yo tuviera aqui un astrolabio con que tomar
 la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aun-
 que, o yo se poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto
 por la linea equinocial que divide y corta los dos contrapues-
 tos polos en igual distancia. Y cuando llegemos á esa línea
 que vuestra merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos
 caminado? Mucho, replicó D. Quijote, porque de trecientos
 y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra,
 segun el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo
 que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la linea
 he dicho. Por Dios, dijo Sancho, que vuestra merced me

trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, pudo y
gafó con la añadidura de meon, ó meo, ó no sé cómo. Rióse
D. Quijote de la interpretacion que Sancho habia dado al
nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y
dijole: sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se em-
barcan en Cádiz para ir á las Indias orientales, una de las
señales que tienen para entender que han pasado la línea
equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el
navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno,
ni en todo el bajel le halláran si le pesan á oro; y así puedes,
Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa
viva saldremos desta duda; y si no, pasado habemos. Yo no
creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que
vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay nece-
sidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mis-
mos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco
varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos
varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el propio
lugar do los dejámos; y tomada la mira, como yo la tomo
ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso
de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he
dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean
coluros, líneas, paralelos, zodíacos, eclípticas, polos, solsti-
cios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas de que se
compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas
cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de pa-
ralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imáge-
nes hemos dejado atras y vamos dejando ahora. Y tórnote
á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que
estás mas limpio que un pliego de papel liso y blanco. Ten-
tose Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con
tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró á su
ámo y dijo: ó la experiencia es falsa, ó no hemos llegado
adonde vuesa merced dice ni con muchas leguas. ¿Pues qué,
preguntó D. Quijote, has topado algo? Y aun algos, respon-
dió Sancho; y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano
en el rio, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco
por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteli-
gencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mis-
mo curso del agua blando entónces y suave. En esto descu-
brieron unas grandes aceñas que en la mīlād del rio estaban;
y apenas las hubo visto D. Quijote cuando con voz alta dijo
á Sancho: ves allí, ó amigo, se descubre la ciudad, castillo
ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó
alguna reina, infanta ó princesa malparada, para cuyo so-
corro soy aquí traído. ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó
castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho: ¿no echa de
ver que aquellas son aceñas, que están en el rio, donde se
muele el trigo? Calla, Sancho, dijo D. Quijote. que aunque

parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del río comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salían enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: demonios de hombres, ¿dónde vais? ¿venís desesperados? ¿qué, queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas? No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazón D. Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar adó llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuantos vestiglos se me oponen; mira cuántas feas cataduras nos hacen cocos: pues ahora lo veréis, bellacos; y puesto en pie en el barco con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros diciéndoles: canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prisión tenéis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy D. Quijote de la Mancha, llamado el *Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado por orden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano espada, y comenzó á esgrimirla en el aire contra los ros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sanse pusieron con sus varas á detener el barco, que ya rando en el raudal y canal de las ruedas. Pusose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librase de nifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presen los molineros, que oponiéndose con sus palos al le detuvieron, pero no de manera que dejasen de traspasar el barco, y dar con D. Quijote y con Sancho al travesagua; pero vino bien á D. Quijote, que sabía nadar in ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron á, y los sacaron como en peso á entrambos, allí había roya para los dos. Puestos pues en tierra mas mojados, ciertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pesados dueños del barco, á quien habían hecho pedazos las de las aceñas; y viendole roto acometieron á desnudarle y á pedir á D. Quijote se lo pagase: el cual con gran

mosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores, que él pagaria el b̄arco de bonísima gana con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. Qué personas ó qué castillo dices, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿quiereste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas? Basta, dijo entre sí D. Quijote, aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo más, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: amigos, cualesquiera que seáis, que en esta prision quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: á dos barcadas como estas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de enfender adó se encaminaban las razones y preguntas que D. Quijote les decía, y teniéndolos por locos les dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias D. Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPITULO XXX.

De lo que le avino á D. Quijote con una bella cazadora.

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso rio, D. Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estaba bien lejos de tenerle, porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las mas eran disparates, y buscaba ocasion de que sin entrar en cuentas ni en despedi-

mientos con su señor, un día se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temía. Sucedió pues, que otro día al poner del sol y al salir de una selva tendió D. Quijote la vista por un verde prado, y en lo último del vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren ó hacanea blanquísima adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde tan bizarra y ricamente, que la misma bizzarria venia trasformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió á entender á D. Quijote ser aquella alguna gran señora, que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y así dijo á Sancho: corre, hijo Sancho, y dí á aquella señora del palafren y del azor, que yo el *Caballero de los Leones* beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare: y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algun refran de los tuyos en tu embajada. Hallado os le habéis el encajador, respondió Sancho: á mi con eso, sí, que no es ésta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó D. Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo ménos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que á mi no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dijo D. Quijote; vé en buena hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos le dijo: hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el *Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal *Caballero de los Leones*, que no há mucho que se llamaba el *de la Triste Figura*, envía por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura, que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden: levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el *de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid á vuestro señor, que venga mucho en hora buena á servirse de m

y del Duque mi marido en una casa de placer que aqui tenemos. Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y mas de lo que le habia dicho, que tenía noticia de su señor el *Caballero de la Triste Figura*; y que si no le habia llamado *el de los Leones* debia de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa (cuyo título aun no se sabe ¹): decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del *Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, sino es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocáron en la estampá. De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decíd á vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donair y cortesía. D. Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa, la cual haciéndolo llamar al Duque su marido, le contó en tanto que D. Quijote llegaba toda la embajada suya; y los dos por haber leído la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de D. Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle, le atendian con propósito de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habian leído, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó D. Quijote alzada la visera, y dando muestras de apearse acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del rucio se le asió un pié en una soga del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, ántes quedó colgado dél con la boca y los pechos en suelo. D. Quijote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya San-

¹ D. Juan Antonio Pellicer, combinando con su acostumbrada erudicion las circunstancias de lugar y de tiempo que se expresan en el *Quijote* con otras noticias históricas, conjetura que Cervántes designó en estos sucesos á D. Carlos de Borja y Doña María de Aragon, Duques de Villahermosa, y que el castillo ó quinta, teatro de tantas aventuras como allí acaecieron, fué el palacio de Buénavía que edificó el Duque D. Juan de Aragon, primo del Rey Católico, en las inmediaciones de la Villa de Pedrola, residencia ordinaria de los señores de aquel estado.

cho habia llegado á tenérsele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rociñante, que debia de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenia el pié en la corma. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á D. Quijote maltrecho de la caída, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, ántes apeándose de su caballo fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole: á mi me pesa, señor *Caballero de la Triste Figura*, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió D. Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caído ó levantado, á pié ó á caballo, siempre estaré al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía. Pasito, mi señor D. Quijote de la Mancha, dijo el Duque, que adónde está mi señora Doña Dulcinea del Toboso no es razon que se alaben otras ferosuras. Ya estaba á esta sazón libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, ántes que su amo respondiese dijo: no se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Ducinea del Toboso, pero donde ménos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir que esto que llaman naturaleza es como un alcalller que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso, tambien puede hácer dos y tres y ciento: dígolo porque mi señora la Duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse D. Quijote á la Duquesa, y dijo: vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algúns dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí. A lo que respondió la Duquesa: de que Saicho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias y los donaires, señor D. Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes: y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, añadió D. Quijote. Tanto que mejor, dijo él Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras: y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran *Caballero de la Triste Figura*... De los Leones ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste

figura : él figuró ^{se} sea el de los Leones. Prosiguió el Duque : digo que venga el señor Caballero de los Leones á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan. Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante; y subiendo en él D. Quijoté, y el Duque en un hermoso caballo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversacion con gran gusto de la Duquesa y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal écudero andado.

CAPÍTULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de D. Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarle cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta pues la historia que ántes que á la casa de placer ó castillo llegasen se adelantó el Duque, y dió orden á todos sus criados del modo que habian de tratar á D. Quijote, el cual como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron dél los lacayos ó palafreneros vestidos hásta en piés de unas ropas que llaman de levantar de finísimo raso carmesí, y cogiendo á D. Quijote en brazos sin ser oido ni visto, le dijeron : vaya la vuestra grandeza á apearse á mi señora la Duquesa. D. Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfia de la Duquesa, y no quiso decender ó bajar del palafren sino en los brazos del Duque, diciéndo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros á D. Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces : bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes; y todos ó los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre D. Quijote y sobre los Duqueses, de todo lo cual se admiraba D. Quijote; y aquel fué el primer dia que de todo en todo conoció y creyó ser

caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos. Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la Duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo se llegó á una reverenda dueña que con otras á recibir á la Duquesa había salido, y con voz baja le dijo : señora González, ó como es su gracia de vuesa merced. Doña Rodríguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña, ¿qué es lo que mandáis, hermano ? A lo que respondió Sancho : querria que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio : vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo, tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oído decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *que damas curaban dél, y dueñas del su rocino* ; y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para dónde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llevar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quínola de sus años por punto ménos. Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos ; y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las había. Aquí las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que cuantas pudieran decirme ; y hablando con Sancho le dijo : advertid, Sancho amigo, que Doña Rodríguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto ; solo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podia encomendarle á persona mas caritativa que á la señora Doña Rodríguez. D. Quijote, que todo lo oía, le dijo : *pláticas son*

estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere : aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé dél, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara. A lo que dijo el Duque : Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada : al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará cómo á su misma persona. Con estos razonamientos gustosos á todos, sino á D. Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á D. Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado : seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habian de hacer, y de cómo habian de tratar á D. Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó D. Quijote despues de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado), revantarán riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa ; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes como la valentia. Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho, y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa ; y viéndose solo con Sancho le dijo : dime, truhan moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿tiempos eran aquellos para acordarte del rucio, ó señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, pecador de ti, que en tanto mas es teñido el señor, cuanto tiene mas honrados y bien nacidos criados ; y que una de las ventajas mayores que llevan los principes á los demas hombres es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de ti, y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algún echacuervos, ó algún caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo : huye, huye destos inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhan desgraciado : enfrena la lengua, considera y rumia las palabras ántes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca ó morderse la lengua ántes de hablar palabra

que no fuese muy á propósito y bien considerada como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quién ellos eran. Vistióse D. Quijote, puso su tahalí con su espada, echóse el manto de escarlata áuestas, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas, puestas en ala tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogieronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La Duquesa y el Duque salieron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los principes; destos que como no nacen principes no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, los hacen ser miserables. Destos tales digo que debía de ser el grave religioso, que con los Duques salió á recibir á D. Quijote. Hicieronse mil cortesos comedimientos, y finalmente cogiendo á D. Quijote en medio se fueron á sentar á la mesa. Convidó el Duque á D. Quijote con la enbecera de la mesa; y aunque el lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á

ados. A todo estaba presente Sancho, embobado y á ver la hora que á su señor aquellos principes le viendo las muchas ceremonias y ruegos que padece el Duque y D. Quijote para hacerle sentar á la mesa, dijo: si sus mercedes me dan licencia, contará un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de vos. Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando D. Quijote, creyendo sin duda alguna que había de decir verdad. Miróle Sancho, y entendióle, y dijo: una merced, señor mío, que yo me desmanda, ni que que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado consejos que poco ha vuestra merced me dió sobre mucho ó poco, ó bien ó mal. Yo no me acuerdo de mucho, respondió D. Quijote; di lo que quisieres, ligas presto. Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es la verdad, que mi señor D. Quijote, que está presente, no dejará mentir. Por mí, replicó D. Quijote, miente tú cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero que vas á decir. Tan mirado y remirado lo tenía, en salvo está el que replica, como se verá por lo que me dirás, dijo D. Quijote, que vuestras grandezas me echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas.

Por vida del Duque, dijo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto : quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Discretos dias, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este : convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencía de Quiñones, que fué hija de D. Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herreradura, por quién hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor D. Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador, que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad : pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer, ántes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazón el religioso, que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A ménos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por mas señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que volváis presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer mas exequias, acabéis vuestro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca... Gran gusto recibian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento, y D. Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo mohino, po-

niéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole : sentaos, majagrázias, que adónde quiera que yo me sienta será vuestra cabecera : y este es el cuento, y en verdad, que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito. Pusose D. Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se lo parecían. Los señores disimularon la risa porque D. Quijote no acabase de correrse habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa á D. Quijote, que qué nueva tenía de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos dias algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos. A lo que D. Quijote respondió : señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendran fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado ; pero adónde la habían de hallar, si está encantada y vuelta en los mas fea labradora que imaginarse puede ? No sé, dijo Sancho Panza á mi me parece la mas hermosa criatura del mundo ; a lo menos en la ligereza y en el brincar bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volador : á buena fe, señora Duquesa, así salta desde el suelo ~~sea~~ sobre una borrica, como si fuera un gato. Hubeisla visto vos encantada, Sancho ? preguntó al Duque. Y cómo si la he visto, respondió Sancho ; pues quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque al encantorio ? Tan encantada está como mi padre. El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, oyó en la cuenta de que aquel debia de ser D. Quijote de la Mancha, cuya historia leia el Duque de ordinario, y él se lo abia reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate ver tales disparates ; y enterandose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo : vuestra excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta a nuestro señor de lo que hace este buen hombre. Este D. Quijote, ó Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser inmentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dando ocasiones á la mano para que lleve adelante sus ansias y vaciedades. Y volviendo la plática a D. Quijote le dijo : y á vos, alma de cantaro, ¿quién os ha encajado en el deliro que sois caballero andante, y que vencéis gigantes, prendéis malandrines ? Andad enhorabuena y en tal se os ga : volvedos a vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los neis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vando por el mundo papando viento y dando que reir áantos os conocen y no conocen. ¿ En dónde nora tal habéis hallado que hubo ni hay ahora cabaleros andantes ? ¿ dónde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan ? Atento estuvo D. Quijote a las

razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los Duques, con semblante airado y alborotado rostro se puso en pié, y dijo... Pero esta respuesta capítulo por si merece.

CAPÍTULO XXXII.

De la respuesta que dió D. Quijote á su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos.

Levantado pues en pié D. Quijote, temblando de los piés á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo : el lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo ; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuesa merced, de quien se debia esperar ántes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden ; á lo ménos el haberme reprendido en público y tan áasperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza ; y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin mas ni mas mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced, ¿por cual de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo ? ¿No hay mas sino á trochemoche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algun pupilaje, sin haber visto mas mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la caballeria, y á juzgar de los caballeros andantes ? ¿Por ventura es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad ? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable ; pero de que me tengan por sándio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballeria, no se me da un ardite : caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo : unos van por el ancho campo de la ambicion so-

berbia, otros por el de la adulacion servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religion; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballeria andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes, y atropellado vestiglos. yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean: y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes. Bien por Dios, dijo Sancho, no diga mas vuesa merced, señor y amo mio, en su abono, porque no hay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dijo el eclesiástico, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una insula? Sí soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntrate á los buenos, y serás uno dellos; y soy yo de aquellos no con quien naces, sino con quien paces; y de los quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor, y há muchos meses que ando su en compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo: y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mi insulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazón el Duque, que yo en nombre del señor D. Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones de no pequeña calidad. Híncate de rodillas, Sancho, dijo D. Quijote, y besa los piés á su excelencia por la merced que te ha hecho. Hizolo así Sancho; lo cual visto por el eclesiástico se levantó de la mesa mohino ademas, diciendo: por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores: mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mia, y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar: y sin decir mas ni comer mas se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le habia causado. Acabó de reir, y dijo á D. Quijote: vuesa merced, señor *Caballero de los Leones*, ha respondido por sí tan altamente que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravan las mujeres, no agravan los eclesiás-

ucos, como vuesa merced mejor sabe. Así es, respondió D. Quijote, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada, y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intencion, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro, y dále de palos, y en dándoselos huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: este que recibió los palos recibió agravio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron á traicion; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que había hecho, sin volver las espaldas y á pié quedo: y así segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mismo los constituidos en la sacra religion; porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie y aunque poco há dije que yo podia estar agraviado, ahora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, ménos la puede dar; por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: solo quisiera que esperara algun poco para darle á entender en el error en que está en pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien á su merced. Eso juro yo bien, dijo Sancho; cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reináldos de Montalban hubiera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara mas en tres años: no sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos. Perecía de risa la Duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso y por mas loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo

parecer. Finalmente D. Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de D. Quijote; el cual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y entendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le habia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor D. Quijote esperaria. Hizolo así, y quedó D. Quijote con la mas extraña figura y mas para hacer reir que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veían con média vara de cuello mas que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenían los ojos bajos sin osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabian á qué acudir, ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibian de ver á D. Quijote de aquella suerte. Finalmente la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á D. Quijote, y luego la que traía las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque D. Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: venid y lavadme á mi, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al Duque como á D. Quijote, y dándose priesa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Despues se supo que habia jurado el Duque que si á él no le lavaran como á D. Quijote, habia de castigar su desenvoltura, la cual habian enmendado discretamente con haberle á él jabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: válame Dios, ¡si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros!

Y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil...

porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aunque si me las rapasen á navaja lo tendria á mas beneficio. ¿Qué decís entré vos, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros príncipes siempre he oido decir que en levantando los manteles dan agua á las manos, pero no lejía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque tambien dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos ántes es gusto que trabajo. No tengáis pena, amigo Sancho, dijo la Duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo ménos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será. Mirad, maestresala, dijo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pié de la letra. El maestresala respondió que en todo seria servido el señor Sancho; y con esto se fué á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques y D. Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballeria. La Duquesa rogó á D. Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la fama pregona de su belleza, tenia por entendido que debia de ser la mas bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha. Sospiró D. Quijote oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dijo: si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apénas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los mios, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timántes y de Apéles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina, para alabarla? ¿Qué quiere decir demostina, señor D. Quijote? preguntó la Duquesa, que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida. Retórica demostina, respondió D. Quijote, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores retóricos del mundo. Así es, dijo el Duque; y habéis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daria grañ gusto el señor D. Quijote si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal que la tengan invidia las mas hērmosas. Sí hiciera por cierto, respondió D. Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco há que le sucedió, que es tal, que mas estoy

para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los días pasados á besar las manos, y á recibir su bendición, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: Halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Tòboso en una villana de Sayago. ¡Válame Dios! dando una gran voz, dijo á este instante el Duque, ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba? ¿Quién? respondió D. Quijote, ¿quién puede ser sino algun maligno encantador de los muchos invidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Persegúidome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan y hieren donde ven que mas lo siento; porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No hay mas que decir, dijo la Duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor D. Quijote de pocos días á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea: y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso. En eso hay mucho que decir, respondió D. Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con mas grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas. Así es, dijo el Duque; pero dame de dar licencia el señor D. Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dul-

cinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madásimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias, que vuesa merced bien sabe. A eso puedo decir, respondió D. Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: cuanto mas, que Dulcinea tiene un jiron que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa á hacer mayores milagros se extiende; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor D. Quijote, dijo la Duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pié de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor D. Quijote la sirva, que es lo mas que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuestra merced le llevó una epistola, aechando un costal de trigo, y por mas señas dice que era rubion; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje. A lo que respondió D. Quijote: señora mia, sabrá la vuestra grandeza, que todas ó las mas cosas que á mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengán encaminadas por la malicia de algun encantador envidioso; y como es cosa ya averiguada que todos ó los mas caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los doce pares de Francia, de quien se cuenta que no podia ser herido sino por la planta del pié izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna: y así cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesváles, viendo que no le podia llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entónces de la muerte que dió Hércules á Anteon, aquel feroz gigante que decian ser hijo de la Tierra. Quiero inferir de lo dicho que podria ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser herido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he

visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme si no fuera á fuerzas de encantamentos. Pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca: y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, venganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo: y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana, y ocupada en bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas orientales: y para prueba desta verdad quiero decir á vuestras magnitudes, como viniendo poco há por el Toboso jamas pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro dia habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo: y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpétuas lágrimas hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte quiero que entiendan vuestras señorías, que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que jamas sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo, y créelo todo: cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente yo no le trocaria con otro escudero aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento se saldria con cualquiera gobierno como el rey con sus alcabalas: y mas que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues ha por ahí ciento que apónas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intencion y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje.

seje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernaré. A este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa y D. Quijote cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba quererélas lavar. ¿Qué es esto, hermanos? preguntó la Duquesa: ¿qué es esto? ¿qué queréis á ese buen hombre? ¿cómo? ¿y no consideráis que está electo gobernador? A lo que respondió el pícaro barbero: no quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque mi señor y el señor su amo. Si quiero, respondió Sancho con mucha cólera, pero querria que fuese con toallas mas limpias, con lejía mas clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles, y á mí con lejía de diablos: las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas quanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa peor es que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare á lavarme ni á tocarme á un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos; que estas tales cirimonias y jabonaduras mas parecén burlas que gasajos de huéspedes. Perécida de risa estaba la Duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto á D. Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entreténidos de cocina, y así haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: hola, señores caballeros, vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechas y penantes búcaros: tomen mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: no sino lléguese á hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almohácenme estas barbas, y si sacaren de ellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces.

A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la Duquesa : Sancho Panza tiene razón en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere : él es limpio, y como él dice no tiene necesidad de lavarse ; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma : cuanto mas que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores ; pero en fin sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojoriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venia con ellos, que la Duquesa hablaba de veras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fueron y le dejaron, el cual viéndose fuera de aquel á su parecer sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la Duquesa, y dijo : de grandes señoras grandes mercedes se esperan : esta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con ménos sino es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir á tan alta señora : labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo : si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, ménos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que habéis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma corte : bien parece, quiero decir, que os habéis criado á los pechos del señor D. Quijote, que debe de ser la nafa de los comedimientos y la flor de las ceremonias ó cirimonias como vos decís : bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escudénil fidelidad : levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque mi señor lo mas presto que pudiese os cumpla la merced prometida del gobierno. Con esto cesó la plática, y D. Quijote se fué á reposar la siesta, y la Duquesa pidió á Sancho que si no tenia mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente á su mandado, y fuése. El Duque dió nuevas órdenes como se tratase á D. Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

CAPÍTULO XXXIII.

De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta pues la historia que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la Duquesa, la cual con el gusto que tenia de oírle le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador¹. Encogió Sancho los hombros, obedió y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la Duquesa fué la que habló primero diciendo: ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran D. Quijote anda ya impresa: una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor D. Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, cómo se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló echando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos? A estas razones, sin responder con alguna se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar, y dijo: ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor D. Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanas no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo á hacerle creer lo

¹ Escaño precioso de marfil, ganado por el Cid, segun cuenta su crónica, entre otros despojos, cuando tomó á Valencia, el cual habia sido del rey moro Nieto de Alimaimon rey de Toledo.

que no lleva piés ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ó ocho dias, que aun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamiento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que había pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática dijo la Duquesa : de lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oídos que me dice : pues D. Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce y con todo eso le sirve y le sigue, y va atendido á las vanas promesas suyas; sin duda alguna debe de ser él mas loco y tonto que su amo : y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das insula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse á sí ¿ cómo sabrá gobernar á otros? Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígame vuesa merced que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias há que habia de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza : no puedo mas, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, díome sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon : y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de ménos me hizo Dios, y podria ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que magüera tonto se me entiende aquel refran de por su mal le nacieron alas á la hormiga; y aun podria ser que se fuese mas aína Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador : tan buen pan hacen aquí como en Francia : y de noche todos los gatos son pardos : y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado : y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno : y las avecitas del campo tienen á Dios por su provéedor y dispensero : y mas calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia : y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero : y no ocupa mas piés de tierra el cuerpo del papa que el del sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar y encoger mal que nos pese, y á buenas noches : y torno á decir, que si vuestra señoría no me quisiere dar la insula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto : y yo he oido decir, que detras de la cruz está el diablo, y que no es oro

todo lo que reluce, y que de entre los buyes, arados y co-
cyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de la
paña, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas
fren á Rodrigo para ser comido de culebras (si es q
trovas de los romances antiguos no mienten). Y con
no mienten, dijo á esta sazón Doña Rodriguez la
que era una de las escuchantes, que un romance hay qu
que metieron al rey Rodrigo vivo en una tumba ll
sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos dias dijo
desde dentro de la tumba con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen,
por do mas pecado habia.

Y segun esto mucha razon tiene este señor en de-
quiere ser mas labrador que rey si le han de comer
dijas. No pudo la Duquesa tener la risa oyendo la simp
de su dueña, ni dejó de admirarse en oir las razones
franes de Sancho, á quien dijo: ya sabe el buen tanc
lo que una vez promete un caballero, procura cumplir
que le cueste la vida. El Duque mi señor y marido,
no es de los andantes, no por eso deja de ser caba
así cumplirá la palabra de la prometida insula á pesa
invidia y de la malicia del mundo. Está Sancho de buen
que cuando menos lo piense se verá sentado en la
su insula y en la de su estado, y empuñará su gobiern
con otro de brocado de tres altos lo deseche: lo que
encargo es que mire cómo gobierna sus vasallos, advi
que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarl
respondió Sancho, no hay para qué encargármelo,
yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los po
a quien cuece y amasa no le hurtes hogaza: y para m
guada, que no me han de echar dado falso: soy perr
y entiendo todo tus tus, y sé despabilarme á sus tier
no consiento que me anden musarañas ante los ojos,
sé dónde me aprieta el zapato: digolo porque los
tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos n
entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiern
es comenzar; y podria ser que á quince dias de gobi
me comiese las manos tras el oficio, y supiese mas
de la labor del campo en que me he criado. Vos tenéis
Sancho, dijo la Duquesa, que nadie nace enseñado, y
hombres se hacen los obispos, que no de las piedra
volviedo á la plática que poco há tratábamos del enc
la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y mas que
guada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de l
su señor, y darle á entender que la labradora era D
y que si su señor no la conocia debia de ser por estar
tada, toda fué invencion de alguno de los encantado

al señor D. Quijote persiguen, porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso; y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado: y no hay poner mas duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos: y sepa el señor Sancho Panza que tambien tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente sin enredos ni máquinas; y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y cuando menos nos pensemos la habemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo ese, dijo Sancho Panza, y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mismo traje y hábito que yo dije que la habia visto cuando la encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al revés, como vuesa merced, señora mia, dice; porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que con tan flaca y magra persuacion como la mia creyese una cosa tan fuera de todo término; pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor D. Quijote, y no con intencion de ofenderle; y si ha salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad, dijo la Duquesa; pero dígame ahora Sancho qué es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaria saberlo. Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la Duquesa dijo: deste suceso se puede inferir que pues el gran D. Quijote dice que vió allí á la misma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos. Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos: verdad sea que la que yo vi fué una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué: y si aquella era Dulcinea no ha de estar á mi cuenta ni ha de correr por mí, ó sobre ello morena. No sino ándense á cada triquete conmigo á dime y dírete, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, y Sancho volvió, como si Sancho fuese algun quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza el que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dijo Sanson Carrasco, que por lo menos es persona bachille-

— nada por Salamanca, y los tales no pueden mentir sino es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento : así que no hay para qué nadie se tome conmigo ; y pues que tengo buena fama, y segun oí decir á mi señor, que mas vale el buen nombre que las muchas riquezas, encajenme ese gobierno, y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero, será buen gobernador. Toto cuanto aquí ha dicho el buen Sancho, dijo la Duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo ménos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, *florentibus occidit annis*¹. En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor. En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia ; con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita ; bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo, y cuando me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado, que á un brándis de un amigo ¿ qué corazón ha de haber tan de mármol que no haga la razon ? Pero aunque las calzo no las ensucio : cuanto mas que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino si dan por ella un ojo. Yo lo creo así, respondió la Duquesa ; y por ahora váyase Sancho á reposar, que despues hablaremos mas largo, y daremos órden como vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno. De nuevo le besó las manos Sancho á la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbré de sus ojos. ¿ Qué rucio es este ? preguntó la Duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio, y á esta señora dueña le rogué cuando entré en este castillo tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser mas propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡ O váleme Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar ! Seria algun villano, dijo Doña Rodríguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido él pusiera sobre el cuerno de la luna. Ahora bien, dijo la Duquesa, no haya mas, calle Doña Rodríguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre los niñas de los ojos de vuesa grandeza ni él ni o somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiria yo como darme de puñaladas : que aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de mas que de ménos, en las jumentiles y asininas se ha ir con el

¹ Hace alusion al dístico en que Angelo Policiano hizo ó compuso el epitafio de Micael Verino.

compas en la mano y con medido término. Llévelo, dijo la Duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuesa merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mio no seria cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento, y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al Duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla á D. Quijote, que fuese famosa, y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

CAPÍTULO XXXIV.

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.

Grande era el gusto que recibian el Duque y la Duquesa de la conversacion de D. Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmandose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que D. Quijote ya les habia contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que mas la Duquesa se admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio: y así habiendo dado orden á sus criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiese llevar un rey coronado. Diéronle á D. Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero D. Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas ni reposterias. Sancho si tomó el que le dieron, con intencion de venderlo en la primera ocasion que pudiese. Llegado pues el esperado dia armóse D. Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y D. Quijote de puro cortés y comedido tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente llegaron á un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, pa-

ranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos se comenzó la caza con grande estruendo, grito y vocería, de manera que unos á otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque y D. Quijote, y pusieronse á sus lados: Sancho se puso detras de todos sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar porque no le sucediese algun desmán; y apenas habían sentado el pié y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores vieron que hacía ellos venia un desmesurado jabalí crujendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle D. Quijote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa si el Duque no se lo estorbara. Solo Sancho en viendo al valiente animal desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; ántes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podía alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahínco, que todos los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza D. Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo y al rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. Llegó D. Quijote, y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto le llevaron como en señal de vitoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la Duquesa de su roto vestido, dijo: si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estu-

Cent. f. 11.
 Pref. 11. 11.

viera mi sayo de verse en este extremo, yo no sé qué gusto se recibí de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida : yo me acuerdo haber oido cantar un romance antiguo, que dice :

De los osos seas comido,
como Favila el nombrado.

Ese fué un rey godo, dijo D. Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso. Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros á trueco de un gusto, que parece que no le habia de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno. Antes os engañáis, Sancho, respondió el Duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el mas conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imágen de la guerra; hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo : padécense en ella frios grandisimos y calores intolerables : menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilitáanse los miembros del que la usa, y en resolucion es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volateria, que tambien es solo para reyes y grandes señores. Así que, ó Sancho, mudad de opinion, y cuando seáis gobernador ocupaos en la caza, y veréis como os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho, el buen gobernador la pierna quebrada y en casa : bueno seria que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose : así enhoramala andaria el gobierno. Mia fe, señor, la caza y los pasatiempos mas han de ser para los holgazanes que para los gobernadores : en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion ni hacen con mi conciencia. Plega á Dios, Sancho que así sea, porque del dicho al hecho hay gran trecho. Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y mas vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas llevan piés, que no piés á tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte : no sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no. Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito, dijo D. Quijote; y cuándo será el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente y concertada. Vuestras grandezas dejen á éste tonto, señores míos, que les molera las almas, no solo

puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traídos tan á sazón y tan á tiempo cuando le dé Dios á él la salud, ó á mí si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dijo la Duquesa, puesto que son mas que los del Comendador griego ¹, no por eso son ménos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan mas gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con mas sazón acomodados. Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día, y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedia, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro escuro que trujo consigo ayudó mucho á la intencion de los Duques, y así como comenzó á anochecer, un poco mas adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardía, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atornaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos leliés al uso de moros cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pifanos, casi todos á un tiempo, tan confín y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedará sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse D. Quijote, tembló Sancho Pánza, y finalmente hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillon que en traje de demonio les pasó por delante tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedía. Hola, hermano correo, dijo el Duque, ¿quién sois? ¿adónde vais? ¿y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? A lo que respondió el correo con voz horrisona y desenfadada: yo soy el diablo, voy á buscar á D. Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo frances Montesinos á dar orden á D. Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuérades diablo como decís, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero D. Quijote de la Mancha, pues le tenéis delante. En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venia se me olvidaba. Sin duda, dijo Sancho,

¹ Fernan Núñez de Guzman, el cual juntó una numerosa coleccion de refranes, que se imprimió despues de su muerte.

que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque á no serlo no jurara en Dios y en mi conciencia; ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente. Luego el demonio sin apearse, encaminando la vista á D. Quijote dijo: á ti el *Caballero de los Leones* (que entre las garras de ellos te vea yo) me envía el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman *Dulcinea del Toboso*, con orden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para mas mi venida, no ha de ser para mas mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores: y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fuése sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho y D. Quijote: en Sancho en ver que á despecho de la verdad querian que estuviese encantada *Dulcinea*; en D. Quijote por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesinos: y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo: ¿piensa vuesa merced esperar, señor D. Quijote? ¿Pues no? respondió él, aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flándes, dijo Sancho. En esto se cerró mas la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué que parecia verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, léjos se reiteraban los lelilies agareños. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que D. Quijote se valiese de todo su corazon para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle cuatro

perozosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros : en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el cual venia sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga que le pasaba de la cintura : su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces se podía bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros que Sancho habiéndolos visto una vez cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pié, dando una gran voz dijo : yo soy el sabio Lirgandeo, y pasó el carro adelante sin hablar mas palabra. Tras este pasó otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no ménos grave que el otro dijo : yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro ; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demas, sino hombre robusto y de mala catadura, el cual al llegar, levantándose en pié como los otros, dijo con voz mas ronca y mas en-diablada : yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas ; y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo fué á buena señal, y así dijo á la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba : señora, donde hay música no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la Duquesa. A lo que replicó Sancho : luz da el fuego, claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen ; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas. Ello dirá, dijo D. Quijote, que todo lo escuchaba, y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

Al compas de la agradable música vieron que hacia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un disciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados,

los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venia sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenteria de oro, que la hacian, si no rica, á lo ménos vistosamente vestida: traía el rostro cubierto con un trasparēte y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de dōncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete: junto á ella venia una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los piés, cubierta la cab^eza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de D. Quijote cesó la música de las chirimias, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pié la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de que D. Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pié esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta comenzó á decir desta manera:

Yo soy Merlin, aquel que las historias
 Dicen que tuve por mi padre al diablo,
 (Mentira autorizada de los tiempos),
 Príncipe de la mágica, y monarca,
 Y archivo de la ciencia zoroástrica,
 Emulo á las edades y á los siglos,
 Que solapar pretenden las hazañas
 De los andantes bravos caballeros,
 A quien yo tuve y tengo gran cariño.
 Y puesto que es de los encantadores,
 De los magos, ó mágicos, continuo
 Dura la condicion, áspera y fuerte,
 La mia es tierna, blanda y amorosa,
 Y amiga de hacer bien á todas gentes.
 En las cavernas lóbregas de Dite,
 Donde estaba mi alma entretenida
 En formar ciertos rombos y caracteres,
 Llegó la voz doliente de la bella
 Y sin par Dulcinea del Toboso.
 Supe su encantamento y su desgracia,
 Y su trasformacion de gentil dama
 En rústica aldeana; condolíme,
 Y encerrando mi espíritu en el hueco
 Desta espantosa y fiera notomia,
 Despues de haber revuelto cien mil libros
 Desta mi ciencia endemoniada y torpe,
 Vengo á dar el remedio que conviene
 A tamaño dolor, á mal tamaño.

O tú, gloria y honor de cuantos visten
 Las túnicas de acero y de diamante,
 Luz y farol, sendero, norte y guía
 De aquéllos que dejando el torpe sueño
 Y las ociosas plumas, se acomodan
 A usar el ejercicio intolerable
 De las sangrientas y pesadas armas;
 A ti digo, ó varon, como se debe,
 Por jamas alabado, á ti valiente
 Juntamente y discreto D. Quijote,
 De la Mancha esplendor, de España estrella,
 Que para recobrar su estado primo
 La sin par Dulcinea del Toboso,
 Es menester que Sancho, tu escudero,
 Se dé tres mil azotes y trecientos
 En ambas sus valientes posaderas,
 Al aire descubiertas, y de modo
 Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
 Y en esto se resuelven todos cuantos
 De su desgracia han sido los autores.
 Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazon Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas Válate el diablo por modo de desencantar : yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros he yo, dijo D. Quijote, don villano, harto de ajos, y amarraros he á un árbol desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados que no se os caigan á tres mil y trecientos tirones; y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo cual Merlin dijo : no ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada. Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho, á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abernuncio. Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pie la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que á todos pareció mas que demasiadamente hermoso, y con

un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza dijo: *ó* malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas, si te mandaran, ladrón, desuellacáras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras; si te persuadieran á que mataras á tu mujer y á tus hijos con algun truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon, *ó* miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos míos, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo, y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarrón y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mia, que aun se está todavía en el diez y... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego á veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodón los riscos, y los tigres en ovejas. Dáte, dáte en esas carnazas, bestion indómito, y saca de haron ese brio, que á solo comer y mas comer te inclina, y pón en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algun razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida *ó* blanda respuesta, *ó* para salirse por la boca, *ó* para volverse al estómago.

Tentóse oyendo esto la garganta D. Quijote, y dijo volviéndose al Duque: por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atrevesada en la garganta como una nuez de ballésta. ¿Qué decís vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abrenuncio. Abrenuncio, habéis de decir, Sancho, y no como decís, dijo el Duque. Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy ahora para mirar en sotilezas ni en letras mas *ó* ménos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar *ó* me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querria yo saber de la señora mi señora Doña

11. not devil.

parte que le esperase aquí, porque venian á dar óíden de que la señora Doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta ahora no hemos visto á Montesinos ni á sus semejas. A lo cual respondió Merlin : el diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se está en su cueva atendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar : si os debe algo, ó tenéis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos mas quisiéredes : y por ahora acabad de dar el sí desta diciplina ; y creedme, que os será de mucho provecho así para el alma como para el cuerpo : para el alma, por la caridad con que la haréis ; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangrē. Muchos médicos hay en el mundo ; hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho : pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condicion que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora Doña Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al reves de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran. De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que no hay de qué tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea pues, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y D. Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho : y ya en esto se venia á mas andar el alba alegre y risueña : las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de

Los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que los esperaban : la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifestas señales que el día que al aurora venia pisando las faldas habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia véras que mas gusto les diesen.

CAPÍTULO XXXVI.

Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, álias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza.

Tenia un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Finalmente con intervencion de sus señores ordenó otra del mas gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la Duquesa á Sancho otro día si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la Duquesa que con qué se los habia dado. Respondió que con la mano. Eso, replicó la Duquesa, mas es darse de palmadas, que de azotes : yo tengo para mí que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura : menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos ó de las de canelones, que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea por tan poco precio. A lo que respondió Sancho : déme vuestra señoría alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado ; porque hago saber á vuesa merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen mas de algodón que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el prorecho ajeno. Sea en buena hora, respondió la Duquesa ; yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dijo Sancho : sepa vuestra alteza, señora mia de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me aparté della : aquí la tengo en el seno, que no le falta mas de ponerle el sobrescrito : querria que vuestra discrecion la leyese, porque me parece que va conforme á lo de gobernador, digo al modo que deben

de escribir los gobernadores. ¿Y quién la notó? preguntó la Duquesa. ¿Quién la había de notar sino yo, pecador de mí? respondió Sancho. ¿Y escribísteisla vos? dijo la Duquesa. Ni por pienso, respondió Sancho: porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dijo la Duquesa, que á buen seguro que vos mostréis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa vió que decia desta manera:

CARTA DE SANCHE PANZA Á TERESA PANZA SU MUJER.

• Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba: si
• buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Este
• no lo entenderás tú, Teresa mia, por ahora, otra vez lo
• sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que
• andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo
• otro andar es andar á gatas. Mujer de un gobernador eres,
• mira si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envío un vestido
• verde de cazador, que me dió mi señora la Duquesa, aco-
• módale en modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra
• hija. D. Quijote mi amo, segun he oído decir en esta tierra,
• es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le
• voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el
• sabio Merlín ha echado mano de mí para el desencanto de
• Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lo-
• renzo. Con tres mil y treientos azotes ménos cinco, que
• me he de dar, quedará desencantada como la madre que la
• parió. No dirás desto nada á nadie, porque pon lo tuyo en
• concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro.
• Dé aquí á pocos dias me partiré al gobierno, adonde voy
• con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han
• dicho que todos los gobernadores nuevos van con esto
• mesmo deseo: tomaréle el pulso, y avisaréte si has de
• venir á estar conmigo, ó no. El rucio está bueno, y se te
• encomienda mucho, y no le pienso dejar aunque me lle-
• varán á ser gran turco. La Duquesa mi señora te besa mil
• veces las manos; vuélvele el retorno con dos mil, que no
• hay cosa que ménos cueste ni valga mas barata, segun
• dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido
• Dios servido de depararme otra maleta con otros cien es-
• cudos como la de marras; pero no te dé pena, Teresa mia,
• que en salvo está el que repica, y todo saldrá en la colada
• del gobierno, sino que me ha dado gran pena que me dices
• que si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos
• tras él, y si así fuese no me costaria muy barato, aunque
• los estropeados y mancos ya se tienen su calonja en la
• limosna que piden: así que por una via ó por otra tú has

de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé como puede, y á mí me guarde para servirte. Deste castillo á 20 de julio de 1614.

• Tu marido el gobernador
• Sancho Panza. •

En acabando la Duquesa de leer la carta dijo á Sancho : en dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador : la una en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que cuando el Duque mi señor se le prometió no se soñaba haber azotes en el mundo : la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que orégano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho ; y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla, y hacer otra nueva, y podría ser que fuese peor si me lo dejan á mi caletre. No, no, replicó la Duquesa, buena está esta, y quieró que el Duque la vea. Con esto se fueron á un jardín donde habian de comer aquel dia. Mostró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y despues de alzados los manteles, y despues de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, á deshora se oyó el son tristísimo de un pifaro y el de un rñco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente D. Quijote, que no cabia en su asiento de puro alborotado : de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado ó falda de la Duquesa, porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era tristísimo y malencólico. Y estando todos así suspensos vieron entrar por el jardín adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo : estos venian tocando dos grandes tambores asimismo cubiertos de negro. A su lado venia el pifaro negro y pizmiento como los demas. Seguia á los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desafogada de grande. Por encima de la loba le ceñia y atravesaba un ancho tahalí tambien negro, de quien pendia un desmesurado alfanje de guarniciones y vaina negra. Venia cubierto el rostro con un trasparente velo negro, por quien se entreparecia una longísima barba blanca como la nieve. Movía el paso al son de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó pues con el espacio y prosopopeya referida á hincarse de rodillas ante el Duque, que en pié

con los demas que alli estaban le atendia. Pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hizolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pie alzó el antifaz del rostro, y hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca y mas poblada barba que hasta entónce humanos ojos habian visto, y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el Duque dijo: altísimo y poderoso señor, á mi me llaman Trifaldin el de la barba blanca: soy escudero de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de darle facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las mas nuevas y mas admirables que el más cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado: y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamas vencido caballero D. Quijote de la Mancha, en cuya busca viene á pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado, cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento: ella queda á la puerta desta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplacito. Dijo. Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque, que fué: ya, buen escudero Trifaldin de la blanca barba, ha muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la Dolorida: bien podéis, estupeundo escudero, decirle esto, y que aqui está el valiente caballero D. Quijote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse toda ayuda: y asimismo lo por de mi parte que si mi favor le fuere necesario no faltar, pues ya me tiene obligado á darselo al señor, á quien es anejo y concerniente favorecer á todas las mujeres, en especial á las dueñas viudas, menoscadoras, en especial á las dueñas viudas, menoscadoras, en especial á las dueñas viudas. Oyendo lo Trifaldin inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al mismo son que tocasen, al mismo son y al mismo tiempo habia entrado se volvió á salir del jardin, dejando admirados de su presencia y compostura. Y volviendo á D. Quijote le dijo: en fin, famoso caballero, en las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia no se puede oscurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, apenas há seis dias que la vuestra bondad está en el mundo, cuando ya os vienen á buscar de lueños y aparras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pie, los tristes, los afligidos, confiados que han de por ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y por la fuerza de vuestras grandes hazañas, que corren y ro-

dean todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor Duque, respondió D. Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo : tocara por lo ménos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas inormes no van á buscar su remedio á las casas de los letrados ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso coñesano, que ántes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas, para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desman y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.

En extremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intencion D. Quijote, y á esta sazón dijo Sancho : no querria yo que esta señora dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oido decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas no podia suceder cosa buena. ¡ Váleme Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario ! de lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condicion que sean, ¿ qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa tres faldas ó tres colas ? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno. Calla, Sancho amigo, dijo D. Quijote, que pues esta señora dueña de tan lueñes terras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número, cuanto mas que esta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas será sirviendo á reinas y á emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondió Doña Rodríguez, que se halló presente : dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas

si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes: y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda, y quien á nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano. Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondió Doña Rodríguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos, y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un mulador con un tapiz en dia de procesion. A fe que si me fuera dado y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender no solo á los presentes, sino á todo el mundo, como no hay virtud que no se encierre en una dueña. Yo creo, dijo la Duquesa, que mi buena Doña Rodríguez tiene razon y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió: despues que tengo humos de gobernador se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo. Adelante pasaran con el coloquio dueñesco si no oyeran que el pífaró y los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque si seria bien ir á recibirla, pues era condesa y persona principal. Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho ántes que el Duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recibirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso. ¿Quién te mete á ti en esto, Sancho? dijo D. Quiote. ¿Quién, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el mas cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de mas como por carta de ménos: y al buen entendedor pocas palabras. Así es como Sancho dice, dijo el Duque, veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores y el pífaró como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la misma aventura, que es una de las mas notables de la historia.

CAPÍTULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Duquesa Dolorida.

Detras de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardín adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas que solo el ribete del monjil descubrían. Tras ellas venia la condesa Trifaldi, á quien traía de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Mártos : la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron que por ella se debia llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las tres faldas : y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llama la condesa Lobuna, á causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la condesa Zorrana, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que mas sus estados abundan ; empero esta condesa por favorecer la novedad de su falda dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi. Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no trasparantes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadron, el Duque, la Duquesa y D. Quijote se pusieron en pié, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó sin dejarla de la mano Trifaldin. Viendo lo cual el Duque, la Duquesa y D. Quijote se adelantaron obra de doce pasos á recibirla. Ella puestas las rodillas en el suelo, con voz ántes basta y ronca que sutil y delicada, dijo : vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo á esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamas vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy léjos, pues cuanto mas le busco, ménos le hallo. Sin él estaria, respondió el Duque, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual, sin mas ver, es merecedor de toda la nata de

la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias. y levantándola de la mano la llevó á sentar en una silla junto á la Duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. D. Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sosegados todos y puestos en silencio estaban esperando quién le habia de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras: confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no ménos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles, y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero ántes que salga á la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero D. Quijote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza. El Panza, ántes que otro respondiese dijo Sancho, aquí está, y el D. Quijotísimo asimismo, y así podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos, y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó D. Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña dijo: si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor ó fuerzas de algun andante caballero, aquí están las mias, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy D. Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos: y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rōdeos decir vuestros males, que oídos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo cual la Dolorida Dueña hizo señal de querer arrojarle á los piés de D. Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos decia: ante estos piés y piernas me arrojó, ó caballero invicto, por ser los que son basas y columnas de la andante caballería: estos piés quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡O valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atras y escurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises! Y dejando á D. Quijote se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dijo: ¡ó tú el mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran D. Quijote sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote por lo que debes á tu

bondad fidelísima me seas buen intercesor co-
para que luego favorezca á esta humilísima y
sima condesa. A lo que respondió Sancho : de
bondad, señora mia, tan larga y grande como
vuestro escudero, á mí me hace muy poco al-
bada y con bigotes tenga yo mi alma cuando des-
que es lo que importa, que de las barbas de acá
me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias yo
amo (que sé que me quiere bien, y mas agora qu-
nester para cierto negocio) que favorezca y ay-
merced en todo lo que pudiere : vuesa merced
su cuita, y cuéntenosla, y deje hacer, que to-los
remos. Reventaban de risa con estas cosas los D-
aquellos que habian tomado el pulso á la tal ave-
baban entre sí la agudeza y disimulacion de la Tri-
volviéndose á sentar dijo : del famoso reino de U-
cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur-
mas allá del cabo Comfórin, fué señora la rei-
guncia, viuda del rey Archipiela, su señor y ma-
matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta A-
heredera del reino, la cual dicha infanta Antonor
y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser
tigua y la mas principal dueña de su madre. Si-
que yendo dias y viniendo dias, la niña Antonor
edad de catorce años, con tan gran perfeccion de-
que no la pudo subir mas de punto la naturaleza
mos ahora que la discrecion era mocosa : así
como bella, y era la mas bella del mundo y lo-
hados envidiosos y las parcas endurecidas no la
la estambre de la vida; pero no habran, que ni-
mitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra
llevarse en agraz el racimo del mas hermoso vedi-
Desta hermosura, y nó como se debe encarecida
lengua, se enamoró un numero infinito de princ-
turales como extranjeros, entre los cuales osó
pensamientos al cielo de tanta belleza un caballe-
que en la corte estaba, confiado en su mocedad
zarria, y en sus muchas habilidades y grácias,
felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestre-
si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitar-
cia hablar, y mas que era poeta y gran bailarín
cer una jaula de pajaros, que solamente á hac-
ganar la vida quando se viera en extrema necesi-
das estas partes y grácias son bastantes á derra-
taña, no que una delicada doncella. Pero toda su
buen donaire, y todas sus grácias y habilidades f-
ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña
desuellacaras no usara del remedio de rendirme :
Primero quiso el melandrin y desalmado vagar

X Disting. o H. 11.
2 Bumb. 5.
+ Flamelin

jearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y bríncos que me dió. Pero lo que mas me hizo postrar y dar conmigo por el suelo fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caía á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo decian :

De la dulce mi enemiga
nace un mal que al alma hiere,
y por mas tormento quiere
que se sienta y no se diga.

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almíbar, y despues acá, digo desde entónces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon, á lo ménos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar los niños y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó :

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el plácer del morir
no me torne á dar la vida.

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. ¿ Pues qué cuando se humillan á componer un género de verso que en Candaya se usaba entónces, á quien ellos llamaban seguidillas ? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores míos, que los tales trovadores con justo titulo los debian desterrar á las islas de los lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen : y si yo fuera la buena dueña que debía, no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad aquel decir : vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quedome, con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. ¿ Pues qué cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya el bálsamo ? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco pro-
eter lo que jamas piensan ni pueden cumplir. ¿ Pero dónde

me divierto? ¡Ay de mí desdichada! ¿qué locura ó qué desatino me lleva á contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mías? ¡Ay de mí otra vez sin ventura! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad; no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad; mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de D. Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y así siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí y no por él engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no, el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio destos que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser D. Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo á mas andar no sé qué hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél que ántes que se saliese á luz el mal recado, D. Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson nó pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesion á la senora, confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. A esta sazón dijo Sancho: ¿tambien en Candaya nay alguaciles de corte, poetas y segundillas? por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dese vuesa merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia. Si haré, respondió la condesa.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

De cualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto como se desesperaba D. Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: en fin al cabo de muchas demandas y respuestas, como la infanta se estaba siempre en sus trece sin salir ni variar de la primera declaracion, el vicario sentenció en favor de D. Clavijo, y se la entregó por su legitima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia,

continúa.
copiada.

que dentro de tres dias la enterrámos. Debió de morir sin duda, dijo Sancho. Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto; y parecíame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse ántes que á morir, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la infanta que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun paje suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentil hombre, y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad que aunque fué necesidad, no fué tan grande como se piensa; porque segun las reglas de mi señor, que está presente, y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros, y mas si son andantes, los reyes y los emperadores. Razon tienes, Sancho, dijo D. Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia. Y cómo si queda lo amargo, respondió la condesa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta pues la reina, y no desmayada, la enterrámos, y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el ultimo vale, cuando, *quis talia fando temperet à lacrymis?* puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de D. Clavijo, y por despecho de la demasia de Antonomasia, los dejó encantados sobre la misma sepultura, á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un padron asimismo de metal, y en él escritas en lengua siríaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: « No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego, venga conmigo á las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura. » Hecho esto sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje, y asiéndome á mí por los cabellos hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercoén la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hi-

cieron suspender la ejecucion de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes, y despues de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo solá tenia, dijo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y continua: y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto sentímos todas que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis; y luego la Dolorida y las demas dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas, y cuáles albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados D. Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes; y la Trifaldi prosiguió: desta manera nos castigó aquel folion y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, qué pluguiera al cielo que ántes con su desmesurado alfanje nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubré: porque si entramos en cuenta, señores míos (y esto que voy á decir ahora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas, y así lo diré sin lágrimas): digo pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿qué padre ó qué madre se dolerá de ella? ¿quién la dará ayuda? pues aun cuando tiené la tez lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas, apenas halla quien bien la quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho en bosque su rostro? ¡O dueñas y compañeras mías! en desdichado punto nacimos, en hora menguado nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto dió muestras de desmayarse.

CAPÍTULO XL.

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

Real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dejar cosa por menuda que fuese que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensa-

Lauro de gracia
O Mier
Comet

mientos, descubre las imaginaciones, responde á las lácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, finalmente los átomos del mas curioso deseo manifiesta. ¡O autor celeberrimo! ¡ó D. Quijote dichoso! ¡ó Dulcinea famosa! ¡ó Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivos.

Dice pues la historia que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida dijo: por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamas he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Válgate mil satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras sino el de barbarlas? Cómo ¿y no fuera mejor, y á ellas les estuviera mas á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Así es la vordad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos, y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra, que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello y á pulir las cejas, y hacer otros menjurjes tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señoría por jamas quisimos admitirlas, porque las mas oliscan á terceras habiendo dejado de ser primas: y si por el señor D. Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaria las mias, dijo D. Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras. A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: el retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo del vuelva y cobre todos mis sentidos; y así de nuevo os suplico, andante inclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa, se convierta en obra. Por mí no quedará, respondió D. Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya si se va por tierra hay cinco mil leguas, dos mas á ménos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber, que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con ménos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Piérres robada á la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el

a, que parece que los mismos diablos le llevan. Esto tal caballo, según es tradición antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele á Piérres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba sino á quien él quería ó mejor se lo pagaba, y desde el gran Piérres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro día en Potosí: y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. A esto dijo Sancho: para andar reposado y llano mi rucio, puesto que no anda por los aires, pero por la tierra yo le cubriré con cuantos portantes hay en el mundo. Rieronse todos, y la Dolorida prosiguió: y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daría por donde yo entendiese que había hallado el caballero que buscaba, sería enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. ¿Y cuantos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió: dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero cuando falta alguna robada doncella. Querría yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo. El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro, ni ménos Bayarte, que fué el de Reinaldos de Montalban, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes, ni Peritos como dicen que se llaman los del sol, ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino. Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno de esos famosos nombres de caballos tan conocidos, que timoroso le habrán dado el de mi amo Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado. Así es, respondió la barbada condesa; pero todavía le cundra mucho, porque se llama *Clavileño el Aligero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina, y así en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante. Ne

me descontenta el nombre, freno ó con qué jaquima se dió la Trifaldi, qué con la él ó á otra el caballero que quiere, ó ya por los aires, ó la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querría ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda mas blanda que la misma seda, y querrían ahora que me tuviese en unas ancas de tabla sin cojin ni almohada alguna: perdies yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie; cada cual se rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuanto mas que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento destas barbas como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. Si sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no haremos nada. Aquí del rey, dijo Sancho, ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¿cuerpo de mi! aun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero ¿que escriban á secas D. Paralipomenon de las tres estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa mi señora, y podría ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo. Con todo eso le habéis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto seria mal caso. Aquí del rey otra vez, replicó Sancho; cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas á dueñas ¡mal año! mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estáis con las dueñas, Sancho amigo, dijo la Duquesa, mucho os vais tras la opinion del boticario toledano; pues á fe que no teneis razon, que dueñas hay en mi casa que pueden ser exemplo de dueñas, que aquí está mi Doña Rodríguez, que no me dejará decir otra cosa. Mas que la diga

vuestra excelencia, dijo Rodríguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie. Ahora bien, señora Rodríguez, dijo D. Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno : que Dios sufre á los malos, pero no para siempre. ¡Ay! dijo á esta sazón la Dolorida, con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de pajes, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña : desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un vos nuestras señoras si pensasen por ello ser reinas. ¡O gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas, envíanos ya el sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrojó los de Sancho; y propuso en su corazon de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPÍTULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á D. Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se detenía en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí cuando á deshora entraron por el jardín cuatro salvajes vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traían un gran

caballo de madera. Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo /suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello. Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero; y el salvaje prosiguió diciendo: y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fuese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires, adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje. Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á D. Quijote: valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas sino en que subas en él con tu escudero, y des felice principio á vuestro nuevo viaje. Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas rasas y mondas. Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires: ¿y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta média docena de años, y ya ni habrá insula ni insulos en el mundo que me conozcan: y pues se dice comunmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdóname las barbas destas señoras, que bien se está S. Pedro en Roma, quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador. A lo que el Duque dijo: Sancho amigo, la insula que yo os he prometido no es movable ni fugitiva, raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones; y pues vos sabéis que sé yo que no hay ningun género de oficio destos de mayor cantia que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cuál mas, cuál ménos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor D. Quijote á dar cima y cabo á esta memorable

aventura: que ahora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, hora la contraria fortuna os y vuelva á pie hecho romero de meson en meson y de venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra insula la dejáis, y á vuestros insulanos con el mismo deseo de biros por su gobernador que siempre han tenido, y luntad será la misma; y no pongáis duda en esta verñor Sancho, que seria hacer notorio agravio al deseo serviros tengo. No mas, señor, dijo Sancho, yo soy un escudero, y no puedo llevar á costas tantas cortesias mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme á avisenme si cuando vamos por esas altanerías podr mendarme á nuestro Señor, ó invocar los ángeles que vorezcan. A lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes, que l bruno, aunque es encantador es cristiano, y hace sus tamentos con mucha sagacidad y con mucho lientor: terse con nadie. En pues, dijo Sancho, Dios mñ ayu santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aver los batanes, dijo D. Quijote, nunca he visto á Sancho c temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destos: os quiero hablar aparte dos palabras; y apartando á entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas las le dijo: ya ves, Sancho hermano, el largo viaje q espera, y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la didad y espacio que nos darán los negocios; y así que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á alguna cosa necesaria para el camino, y en un dca la le dices á buena cuenta de los tres mil y trecientos á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados tendrás, que el comenzar las cosas ex tenerlas med badas. Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe menguado: esto es como aquello que dicen, en pñ ves y doncelles me demandas: ¡ahora que tengo de tado en una tabla rasa, quiere vuesa merced que me las posas? En verdad, en verdad que no tiene vuesa razon: vamos ahora á rapar estas dueñas, que a la vi le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darn pñesa á salir de mi obligacion, que vuesa merced se cc y no le digo mas. Y D. Quijote respondió: pues c promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que l plirás, porque en efecto, aunque tonto eres hombre v No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunqu de mezola cumpliera mi palabra. Y con esto se volv subir en Clavileño, y al subir dijo D. Quijote: tapac cho, y subid, Sancho, que quien de tan lueñas tierra por nosotros no será para engañarnos por la poca

*me he largado
por el camino*

que le puede redundar de engañar á quien del se fia ; y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna. Vamos, señor, dijo Sancho, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Así es la verdad, replicó D. Quijote, y sacando un pañuelo de la faldriquera pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto se volvió á descubrir y dijo : si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del paladion de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron á la diosa Pálas, el cual iba preñado de caballeros armados, que despues fueron la total ruina de Troya, y así será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago. No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor : vuesa merced, señor D. Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi daño si alguno le sucediere. Parecióle á D. Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad seria poner en detrimento su valentía, y así sin mas altercar subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba ; y como no tenia estribos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco pintada ó tejida en algun romano triunfo. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque que si fuese posible lo acomodasen de algun cojin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa, ó del lecho de algun paje, porque las ancas de aquel caballo mas parecian de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi, que ningun jacz ni ningun género de adorno sufria sobre sí Clavileño, que lo que podia hacer era ponerse á mujeriegas, y que así no sentiria tanto la dureza. Hizolo así Sancho, y diciendo á Dios, se dejó vendar los ojos, y ya despues de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin tiernameamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarias, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo D. Quijote : ladron, ¿ estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias ? ¿ No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias ? y yo que voy á tu lado, ¿ no puedo ponerme al del valeroso Piérres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo ? Cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que

tiene, á lo ménos en presencia mia. Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna region de diablos que den con nosotros en Peralvillo? Cubriéronse, y sintiendo D. Quijote que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apénas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo: Dios te guie, valeroso caballero: Dios sea contigo, escudero intrépido: ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con mas velocidad que una saeta, ya comenzáis á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no cayas, que será peor tu caída, que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos, le dijo: señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros? No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterias van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los dias de mi vida he subido en cabalgadura de paso mas lleno: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando: y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiéndose pues soplar D. Quijote, dijo: sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves: los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera region; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse desde léjos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo: que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos. No hagas tal, respondió D. Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas

¹ Lugar junto á Ciudad Real, camino de Toledo, donde la santa Hermandad hacia ajusticiar á los malhechores de los contornos.

x Escudo:

malhechores

por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbon, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que habia visto; el cual asimismo dijo, que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: así que, Sancho no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó nebli sobre la garza, para cogerla por mas que se remonte: y aunque nos parece que no há média hora que nos partimos del jardin, créeme que debemos de haber hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho Panza, solo sé decir, que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oían el Duque y la Duquesa y los del jardin, de que recibian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clávileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con D. Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se habia desaparecido del jardin todo el barbado escuadron de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardin quedaron como desmayados tendidos por el suelo. D. Quijote y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando á todas partes quedaron atónitos de verse en el mismo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció mas su admiracion cuando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente.

» El inclito caballero D. Quijote de la Mancha feneció
 » y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre
 » llamada la Dueña Dolorida y compañía, con solo intentarla.
 » Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su
 » voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y
 » mondas, y los reyes D. Clavijo y Antonomasia en su prís-
 » tino estado; y cuando se cumpliera el escuderil vápulo, la
 » blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que
 » la persiguen, y en brazos de su querido arrullador, que así
 » está ordenado por el sabio Merlin, protoencantador, de los
 » encantadores.

Habiendo pues D. Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban, y

dando muchas gracias al cielo, de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho; reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecían, se fué adonde el Duque y la Duquesa aun no habían vuelto en sí y trabando de la mano al Duque le dijo: ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada, la aventura es ya acabada, sin daño de barras, como lo muestra claro es que en aquel padron está puesto. El Duque poco á poco como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviéndose, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que en el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravillado, que casi se podían dar á entender haberles acontecido lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los abiertos fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole ser el noble caballero que en ningún siglo se hubiese visto. Sancho mirando por la Dolinda, por ver qué rostro tenía sin las cejas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposición metía; pero dijéronle que así como Clavileño bajó por los aires y dió en el suelo, todo el escuadrón de la Trifalda había desaparecido, y que ya iban sin cañones. Preguntó la Duquesa á Sancho que cómo iba ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió: señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, por la región del fuego, y quise descubrirme un ojo; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió: mas yo, que tengo no sé qué brujerías, y de desear saber lo que se me estorba y impedidamente y sin que nadie lo viese por junto á las cejas aparté tanto cuanto el pañuelo que me tapaba las cejas por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda era mayor que un grano de mostaza, y los hombres daban sobre ella poco mayores que avellanas, porqué cuán altos debíamos de ir entónces. A esto dijo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decís, que á lo que yo no veo la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella, y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre había de cubrir toda la tierra. Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso, la descubrí por un lado de la cabeza. Mirad, Sancho, dijo la Duquesa, que por un lado veis el todo de lo que se mira. Yo no sé esas miradas. Sancho, solo sé que será bien que vuestra señoría que pues volábamos por encantamiento, por encanto podía yo ver toda la tierra, y todos los hombres por donde los mirara: y si esto no se me cree, tampoco creerá merced como descubriéndome por junto á las cejas tan junto al cielo, que no había de mí á él palmo y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy gra

mas: y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas; y en Dios y en mi alma, que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi me dio una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, y que hago sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pesadamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelios, y como unas flores, cada tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras, preguntó el Duque ¿en qué se entretenía el señor D. Quijote? A lo que D. Quijote respondió: como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad que senti que pasaba por la region del aire, y aun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire, no podíamos llegar al cielo donde estan las siete cabrillas que Sancho dice sin abrasarnos: y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento, ni sueño, respondió Sancho, si no, preguntame las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no. Dígalas pues, Sancho, dijo la Duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa, dijo el Duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien está eso, dijo Sancho; sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo. Decidme, Sancho, preguntó el Duque, ¿visteis allá entre esas cabras algun cabron? No, señor, respondió Sancho; pero al decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle mas de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho h. lo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion este fue el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos si los viviera; y llegando D. Quijote á Sancho al oído le dijo: Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habeis visto lo, yo quiero que vos me creáis á mí lo que vi en la Montesinos y no os digo mas.

De los consejos que dió D. Quijote á Sancho Panza ántes que fuese á gobernar la insula, con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante viendo el acomodado sugeto que tenían para que se tuviesen por veras; y así habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la insula prometida, otro día, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque á Sancho que se adelantasé y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo. Sancho se le humilló y le dijo: despues que bajé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no había mas en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese mas de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor insula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña que á solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias lo que puedo dar os doy, que es una insula hecha y derecha redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabéis dar maña podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esa insula, que yo pugaré por ser gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo; y es no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni para levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar que sabe el ser gobernador. Si una vez lo probais, Sancho, dijo el Duque, comeréis hechas las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo es sin duda, segun van encaminadas sus cosas, que no se arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar aunque sea á un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo, respondió el Duque; y yo espero que seréis gobernador como vuestro juicio promete, y quedese e-

equi; y advertid que mañana en ese mismo día habéis de ir al gobierno de la insula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vistanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza. Así es verdad, dijo el Duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la insula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A. B. C., pero bastame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieron hasta caer, y Dios delante. Con la buena memoria, dijo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó D. Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir á su gobierno, con licencia del Duque, le tomó por la mano, y se fué con él á su estancia con intencion de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á el, y con reposada voz le dijo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que ántes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á ti á recibir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú ántes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin mas ni mas te ves gobernador de una insula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ó Sancho, para

atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, e des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas despues las darás á la grandeza que en sí encierra la de la caballería andante. Dispuesto pues el corazón lo que te he dicho, está, ó hijo, atento á este tal vez quiere aconsejarte, y ser norte y guía que te enyague á seguro puerto deste mar proceloso donde engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son sino un golfo profundo de confusiones. ramente, ó hijo, has de temer á Dios; porque en el

temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á ti mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; qué si esto haces, vendrá á ser feos piés de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero despues algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó D. Quijote, por lo cual todos no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte, y preciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte cuando estén en tu insula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, ántes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfacerás al cielo, qué gusta qué nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trujeres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias) ensénala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Minister. 71. 11. 11. 11.

instruat. 100. 11.

11. 11. 11. 11.

Hallen en ti mas compasion las lágrimas del pobre; pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasion propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las mas veces serán sin remedio, y si le tuvieren será á costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razon en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu juridicion considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma : escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPÍTULO XLIII.

De los consejos segundos que dió D. Quijote á Sancho Panza.

¡Quién oyera el pasado razonamiento de D. Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada! Pero como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demas discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta destos segundos documentos que dió á Sancho mostró tener gran donaire, y puso su discrecion y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió pues D. Quijote, y dijo:

En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo ántes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazelado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, cómo se juzgó en la de Julio César.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufiere que des librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, mas que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo: y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería: anda despacio, habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas á ti mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dijo Sancho, y D. Quijote le dijo: erutar, Sancho, quiere decir regot-

dor, y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo, y así la gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones : y cuando algunos no entiendan estos terminos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso. En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo D. Quijote. Erutar, dire de aquí adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvido.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates que sentencias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé mas refranes que un libro, y viénense me tantos juntos á la boca cuando hablo, que púen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, sésó ha menester. Eso sí, Sancho, dijo D. Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano: castigame mi nínдре, y yo trómpogelas. Estoyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traído á propósito; pero cargar y ensartar refranes á trochemocho, hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres á caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleses las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo que parezca que vas sobre el rucio, que el andar á unos

hace caballeros, á otros caballerizas. Moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, del día : y advierte, ó Sancho, que la diligencia es la buena ventura, y la pereza su contraria jamas término que pide un buen deseo.

Último consejo que ahora darte quiero, puesto que no ra adorno del cuerpo, quiero que lleses muy en la i, que creo que no te será de menos provecho que los a aquí te he dado, y es : que jamas te pongas á dislinajes, á lo menos comparandolos entre sí, pues se en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y abatieras serás aborrecido, y del que levantes en manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo, gregüescos nī por pienso, que no les están bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte : andará el tiempo, y segun las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; ¿pero de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magin; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará mas dellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me den por escrito, que uesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester, ¡Ah pecador de mí! respondió D. Quijote, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, ó Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas, ó que fué hijo de padres demasiado de humildes y bajos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querria que aprendieses á firmar siquiera. Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho, que cuando fui prioste en mi lugar aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian que decia mi nombre, cuanto mas que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio sino es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere : cuanto mas que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es mas que ser alcalde, llegaos, que la dejan ver, no sino popen, y calónenme, que vendrán por lana, y volverán trasquilados, y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necesidades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca : no sino haceos miel, y paparos han moscas : tanto vales cuanto tienes, decia una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado. ¡O maldito seas de Dios, Sancho! dijo á esta sazón D. Quijote : sesenta mil satanases te lleven á ti y á tus refranes : una hora há que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento, Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia á la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Dime ¿dónde los hallas, ignorante? ¿ó cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo y trabajo come si cavase. Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuesa merced

se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se podrá u-
yo me sirva de mi hacienda; que ninguna otra tengo, ni otro
caudal alguno, sino refranes y mas refranes, y ahora se me
ofrecen cuatro, que venian aqui pintiparados ó como peras en
tabaque; pero no los dire, porque al buen callar llaman
Sancho. Ese Sancho no eres tú, dijo D. Quijote, porque no
solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal portar; y
con todo eso querria saber qué cuatro refranes te ocurrían
ahora á la memoria que venian aqui á propósito, que yo an-
do recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me
ofrece. Qué mejores, dijo Sancho, que, entre dos muelas cor-
dales nunca pongas tus pulgares; y, á idos de mi casa, y que
queréis con mi mujer, no hay responder; y, si da el cántaro
en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro:
todos los cuales vienen á pelo. Que nadie se tome con su go-
bernador ni con el que le manda, porque saldرا lastimado,
como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aun-
que no sean cordales, como sean muelas no importa, y á lo
que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salios
de mi casa, y que queréis con mi muje-
en el cántaro un ciego lo verá. Así que
que ve la mota en el ojo ajeno, vea la
que no se diga por él: espantóse la n-
y vuesa merced sabe bien que mas si-
que el cuerdo en la ajena. Eso no, San-
jote, que el necio en su casa ni en la
que sobre el cimientto de la necesidad
croto edificio; y dejemos esto aquí,
bernares, tuya será la culpa, y mia
sucelome que he hecho lo que debia e-
ras y con la discrecion á mi posible
obligacion y de mi promesa; Dios t-
bierne en tu gobierno, y a mí me si-
queda, que has de dar con toda la
que pudiera yo excusar con descul-
diéndole que toda esa gordura y
no es otra cosa que un costal lleno
Señor, replicó Sancho, si á vues-
soy de pro para este gobierno, de-
quiero un solo negro de la uña de
cuerpo; y así me sustentaré Sanc-
bolla, como gobernador con perd-
mientas se duerme todos son iga-
nores, los pobres y los ricos; y a
verá que solo vuesa merced me l-
nar, que yo no sé mas de gobier-
tre; y si se imagina que por ser
el diablo, mas me quiero ir Sanc-
al infierno. Por Dios, Sancho, di,

estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas : buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga ; encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intencion ; quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre fávorece el cielo los buenos deseos ; y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

CAPÍTULO XLV.

Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á D. Quijote.

Dicen que en el propio original desta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de D. Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos, y decia que el ir siempre atendido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sugeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir de este inconveniente habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente*, y la del *Capitan cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo D. Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de D. Quijote, no la darian á las novelas, y pasarían por ellas ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrará bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de D. Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz : y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos : y pues se contiene y cierra en los estrechos limites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir : y luego prosigue la historia diciendo, que en acabando de comer D. Quijote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió es-

critos para que él buscasse quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron, y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de D. Quijote; y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar, que para él habia de ser insula. Acaeció pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discreción, el cual habia hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido: y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor le dijo: señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró D. Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado dijo á Sancho: no hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaría contradicción muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho, dijo D. Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho, á la jineta, y detras dél, por orden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemaña.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho las recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquello

noche, que si con ello no rieres, por lo ménos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de D. Quijote ó se han de celebrar con admiracion ó con risa. Cuéntase pues que apénas se hubo pártido Sancho, cuando D. Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolia, y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfaccion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió D. Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y ~~en~~ lo demas suplico á vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dijo la Duquesa, señor D. Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mí, respondió D. Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi opósentó, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, ántes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude. No mas, señor D. Quijote, replicó la Duquesa : por mí digo que daré orden que ni aun una mosca éntre en su estancia, no que una doncella : no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor D. Quijote, que segun se me hā traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vistase á sus solas y á su modo, cómo y cuándo quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro gobernador un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo cual dijo D. Quijote : vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala : y mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que

por todas las alabanzas que puedan darle los mas elocuentes de la tierra. Ahora bien, señor D. Quijote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar: venga vuesa merced, y cenemos, y acostaráse temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondió D. Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover á Malandrino para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin mas ni más. A eso se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que mas le traía desasosegado vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel quedá eterno el valor del gran D. Quijote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió D. Quijote á la Duquesa, y en cenando, D. Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse ¡ó desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policia, sino hasta dos docenas de puntos de una média, que quedó hecha zelosia. Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata; digo seda verde porque las médias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: ¡ó pobreza, pobreza! no sé yo con qué razon se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte dádiva santa desagradecida¹: yo, aunque moro, bien sé por la comunicacion que he tenido con cristianos que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos²: tened todas las cosas como si no las tuviédes, y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos mas que con la otra gente? ¿por qué los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los

¹ Juan de Mena, el cual falleció en 1456.

² San Pablo escribiendo á los Corintios.

Extracción de jugo de frutas

Jan 7. 1796

botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidrio? ¿por que sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molle? (y en esto se echara de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al pabillo de dientes con que sale á la calle despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiarselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una lengua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó á D. Quijote en la sultura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho Tó habia dejado unas bolas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho hacia, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos aunqr fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrechez. Mato las velas, hacia calor, y no podia dormir: levántose del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin: puso se á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto que pudo oir estas razones:

No me porfies, ó Emerencia, que canto, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar, cuanto que el sueño de mi señora tiene mas de ligero que de pesado: y no querria que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en v seria mi canto si durmie y no despertara para oirle este nu Enéas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarni. No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin d la Duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, sino e señor de tu corazon y el despertador de tu alma, por ahora senti que abria la ventana de la reja de su estanci n duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, como bajo y suave al son de tu arpa, y cuando la Duqu nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace. No en eso el punto, ó Emerencia, respondió la Altisidora, s en que no querria que mi canto descubries mi corazo: fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas lerosas de amor por doncella antojadiza y liviana; pero ve o que viniere, que mas vale verguenza en cara, que mala en corazon; y en esto comenzó á tocar una arpa suav amente. Oyendo lo cual quedó D. Quijote pasmado, por n aquel instante se le vinieron á la memoria las infin

Siente, capriciosos, heat.

aventuras, semejantes á aquella de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leído. Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que D. Quijote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance.

O tú, que estás en tu lecho
entre sábanas de holanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana;
Caba'llero el mas valiente
que ha producido la Mancha,
mas honesto y mas bendito
que el oro fino de Arabia:
Oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas,
das las feridas, y niegas
el remedio de sanarlas.
Díme, valeroso jóven,
que Dios prospere tus ansias,
¿si te criaste en la Libia
ó en las montañas de Jaca?
¿Si sierpes te dieron leche?
¿si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas?
Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre y fiera brava.
Por esto será famosa
desde Henáres á Jarama,
desde el Tajo á Manzanáres,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.
¿O quién se viera en tus brazos,
ó si no junto á tu cama
rascándote la cabeza
y mñatándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada ;
los piés quisiera traerlo,
que á una humilde esto le basta.

10 qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herruuelos de holanda!

11 Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que á no tener compañeras,
las solas fueran llamadas!

o finies de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
ni le ayives con tu saña.

12 ¡a soy, pulcela tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi alma.

No soy renca ni soy coja,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lirios,
que en pié por el suelo arrastran.

Y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios,
mi belleza al cielo ensalza.

13 Mi voz ya ves, si me escucha,
que á la que es mas dulce iguala
y soy de disposicion
algo ménos que mediana.

Estas y otras gracias mías
son despojos de tu aljaba -
desta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

A qui dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido D. Quijote, el cual dando un gran suspiro dijo entre sí: ¡ que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore ! ¡ que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia ! ¿ que la queréis, reinas ? ¿ á qué la perseguís, emperatrices ? ¿ para qué la acosáis, doncellas de á catorce á quince años ? dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazón, y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfenique, y para todas las demas soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acibar: para mi sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demas las feas, las necias, las livianas y

gracful. 671.
foolish.

las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra; y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.

CAPÍTULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su insula, y del modo que comenzó á gobernar.

¡O perpétuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimplóras! Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesia, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones. A ti digo, ó sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á ti digo, que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza, que sin ti yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia¹. Diéronle á entender que se llamaba la insula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recebirle: tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpétuo gobernador de la insula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenia admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabia, y aun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente en sacándole de la iglesia le llevaron á la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo: es

¹ Tal vez quiso Cervántes designar la villa de Pedrola.

costumbre antigua en esta insula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesion desta famosa insula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y así ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabia leer preguntó que que eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuele respondido: señor, allí está escrito y notado el dia en que V. S. tomó posesion desta insula y dice el epitafio: hoy dió á tantos de tal mes y de tal año tomó la posesion desta insula el señor D. Sancho Panza, que muchos años la goce. Y á quién llaman D. Sancho Panza? preguntó Sancho. A V. S., respondió el mayordomo, que en esta insula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sanchi o Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni dones, y yo imagino que en esta insula debe de haber mas dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro dias yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadear como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo. A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre porque traia unas tijeras en la mano, y el sastre dijo: se gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuestra merced en razon que este buen hombre llegó á mi tie ayer, que yo con perdon de los presentes soy sastre exanado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo paño en las manos me preguntó: señor, ¿habria en el paño harto para hacerme una caperuzas? Yo tanteando el paño le respondi que sí: él debióse de imaginar, á lo yo imagino, á imaginé bien, que sin duda yo le queria hacer alguna parte del paño, fundandose en su malicia y en mala opinion de los sastres, y replicóme que mirase si habria para dos: adivinéle el pensamiento, y díjelo que y él, caballero en su dañada y primera intencion, fué á diendo caperuzas, y yo añadiendo sies, hasta que llegáramos cinco caperuzas: y ahora en este punto acaba de venir ellas, yo se las doy, y no quiere pagar la hechura, antes pide que le pague, ó vuelva su paño. ¿Es todo esto hermano? preguntó Sancho. Si señor, respondió el hombre pero hágale vuestra merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre

*in eding.
dedirte*

sacando encontinente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo : hé aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso á considerar un poco, y dijo : paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya mas. Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero ¹ movió á admiracion á los circunstantes, esta les provó á risa; pero en fin se hizo lo que mandó el gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres ancianos, el uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo : señor, á este buen hombre le presté días há diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese cuando se los pidiese : pasáronse muchos dias sin pedirselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenia cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto : yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto : querria que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios. ¿Qué decís vos á esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho. Á lo que dijo el viejo : yo, señor confieso que me los prestó; y baje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente. Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que él se los habia vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello se los volvía á pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador preguntó al acreedor qué respon-
lia á lo que decia su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debia de haber olvi-

¹ La Academia en sus notas observó la equivocacion que hay en este pasaje, porque la sentencia de la bolsa del ganadero fué la tercera que dió Sancho en la primera mañana de su gobierno. Acaso Cervantes se propuso su imaginacion referir el lance del ganadero ántes que el de las caperuzas, y al tiempo de escribirlas mudó el orden que se habia propuesto.

dado el cómo y cuándo se los habia vuelto, y que desde allí en adelante jamas le pediria nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin mas ni mas se iba, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el indice de la mano derecha sobre las cejas y las narices estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se habia ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo : dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo : héle aquí, señor, y púsosele en la mano : tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo le dijo : andad con Dios, que ya vais pagado. ¿Yo, señor, respondió el viejo; ¿pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Sí, dijo el gobernador, ó si nó yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino, y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hizose así, y en el corazon della hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle de dónde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos; y respondió, que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion que dentro dél estaba la paga de lo que pedian : de donde se podia colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y mas que él habia oido contar otro caso como aquel al cura de su lugar, y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la insula. Finalmente el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendria y pondria por tonto ó por discreto.

Luego acabado este pleito entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venia dando grandes voces diciendo : Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré a buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trāpo mal lava lo, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que

este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Aun eso está por averiguar si tiene limpias ó no las manos este galán, dijo Sancho, y volviéndose al hombre le dijo ¿qué decía y respondía á la querella de aquella mujer? El cual todo turbado respondió : señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía deste lugar de vender (con perdon sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco ménos de lo que ellos valían : volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos : paguéle lo suficiente, y ella mal contenta asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto : dice que la forcé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer ; y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entónces el gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata : él dijo que hasta veinte ducados tenía en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba á la querellante ; él lo hizo temblando ; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iban tras su bolsa : buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella : y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleito, y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer mas asidos y aferrados que la vez primera : ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, mas no era posible segun la mujer la defendía, la cual daba voces diciendo : justicia de Dios y del mundo : mire vuesa merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme. ¿Y háosla quitado? preguntó el gobernador. ¿Cómo quitar? respondió la mujer, ántes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa : bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso : tonazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, ántes el ánima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela, y dejóla. Entónces el gobernador dijo á la mujer : mostrad, honrada y

valiente, esa bolsa : ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada : hermana mia, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa, le mostrádes, y aun la mitad ménos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza : andad con Dios y mucho de enhorabona, y no paréis en toda esta insula, ni en seis leguas á la redonda, sopena de docientos azotes : andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora. Espantóse la mujer, y fué cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre : buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fué, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual notado de su coronista fué luego escrito al Duque, que con gran deseo estaba esperando : y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo alborozado con la música de Altisidora.

CAPÍTULO XLVI.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió D. Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

Dejámos al gran D. Quijote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias ; pero como es ligero el tiempo, no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo cual visto por D. Quijote dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su manton de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde guarnecida de pasamanos de plata ; colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada ; asió un gran rosario que consigo continuo traía, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antecámara, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperando, y al pasar por una galería estaban apostados esperando. Altisidora y la otra doncella su amiga ; y así como Altisidora vió á D. Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. D. Quijote que lo vió, llegándose á ellas dijo : ya sé yo de qué proceden estos accidentes. No sé yo de qué, respondió

la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuánto há que la conozco / que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos : váyase vuesa merced, señor D. Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere. A lo que respondió D. Quijote : haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados : y con esto se fué porque no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora dijo á su compañera : menester será que se le ponga el laúd, que sin duda D. Quijote quiere darnos música, y no será mala siendo suya. Fueron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba y del laúd que pedia D. Quijote, y ella alegre sobre modo concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese mas risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con D. Quijote : y la Duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un paje suyo, que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relacion de todo lo que con ella pasase. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche halló D. Quijote una vihuela en su aposento : templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que el mismo aquel dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio á las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad desquidada.

Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupada,
ser antidoto al veneno
de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote,
y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros,
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

$\therefore \angle A = 90^\circ$

wist
Singing
L.D. = b
Saller
© Hiam
Met.
let for
at 15.
Con = bel
heli.
more on
best me
the 10.
of 10
Cattle
East.
the 10
out on
with
-cliff
1st bla
thron
black

6. 11. 1941

estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea: acudió el Duque á despartirla, y D. Quijote dijo á voces: no me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quién es D. Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas gruñía y apretaba. Mas en fin el Duque se le desarraigó y le echó por la reja: quedó D. Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de aparcio, y lá misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por touo lo herido, y al ponérselas con voz baja le dijo: todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo ménos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió D. Quijote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y cenceruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á D. Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy graciōso en su gobierno.

CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpiísima mesa; y así como Sancho entró en la sala sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamános, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié un personaje, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Le-

vantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un paje puso un babador randado á Sancho : otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante ; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato se le quitaron de delante con grandísima celeridad ; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho ; pero ántes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un paje alzándole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho quedó suspenso, y mirando á todos preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de Maeseccoral¹. A lo cual respondió el de la vara : no se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras insulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta insula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed ; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida. Desá manera aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algun daño. A lo que el médico respondió : esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¿Pues por qué ? dijo Sancho. Y el médico respondió : porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice : *omnis saturatio mala, perdicis autem pessima*. Quiere decir : toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima. Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará mas provecho y cuál ménos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee, porque por vida del gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él mas me diga, ántes será quitarme la vida, que aumentármela. Vuesa merced tiene razon, señor gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer que

¹ Juego de manos, que dicen de *pasa pasa*. Diéronle el nombre de *maeseccoral* porque los charlatanes y embusteros que traen estos juegos, se desnudan de capa y sayo, y quedan en unas jaquetas ó almillas coloradas que parecen troncos de coral.

vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo : de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aún se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sancho dijo : aquel platonazo que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit*, dijo el médico, vaya léjos de nosotros tan mal pensamiento : no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida : allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los retores de colegios, ó para las bodas labradorecas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura ; y la razon es, porque siempre y adó quiera y de quienquiera son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas : mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de canutillos de suplicaciones y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion. Oyendo esto Sancho se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y dónde había estudiado. A lo que él respondió : yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóbar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho todo encendido en cólera : pues, señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante ; si nó voto al sol que tome un garotte, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la insula, á lo ménos de aquellos que yo entienda que son ignorantes ; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas : y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí, si nó tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza ; y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república ; y denme de comer, ó si nó tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas. Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana volvió diciendo : correo viene del Duque mi señor, algun despacho

debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia así : *A D. Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria, en su propia mano, ó en las de su secretario.* Oyendo lo cual Sancho dijo : ¿quién es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban respondió : yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno. Con esa anadidura, dijo Sancho, bien podéis ser secretario del mismo emperador : abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hizolo así el recién nacido secretario, y habiendo leído lo que decia dijo, que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demas y el médico se fueron ; y luego el secretario leyó la carta, que así decia :

« A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que
» unos enemigos míos y desa insula la han de dar un asalto
» furioso, no sé qué noche : conviene velar y estar alerta,
» porque no le tomen desapercibido. Sé tambien por espías
» verdaderas que han entrado en ese lugar cuatro personas
» disfrazadas para quitarnos la vida, porque se temen de vues-
» tro ingenio : abrid el ojo, y mirad quien llega á hablaros,
» y no comáis de cosa que os presentaren. Yo tendré cuidado
» de socorreros si os viéredes en trabajo, y en todo haréis
» como se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar á
» diez y seis de agosto, á las cuatro de la mañana. Vuestro
» amigo el Duque. »

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dijo : lo que ahora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminicula y pésima, como es la de la hambre. Tambien, dijo el maestresala, me parece á mí que vuestra merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detras de la cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer : y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos ; porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas : y vos, secretario, responded al Duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda sin faltar punto ; y daréis de mi parte un besamános á mi señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi mujer Teresa Panza, que en ello recibirá mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren ; y de camino podéis encajar un besamános á mi señor D. Quijote de la

foing a l'ext.
inert.

Mancha, porque vea que soy pan agradecido : y vos comc buen secretario y como buen vizcaíno podéis añadir todo lo que quisiéredes y mas viniere á cuento : y álcense estos manteles, y denme á mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores viniefen sobre mí y sobre mi insula. En esto entró un paje, y dijo : aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia. Extraño caso es este, dije Sancho, destos negociantes : ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno (que no durará segun se me trasluce) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que éntre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mio. No señor, respondió el paje, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco ó él es tan bueno como el buen pan. No hay qué temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos. ¿Seria posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de substancia, aunque fuese un pedazo de pan, y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará V. S. satisfecho y pagado, dijo el maestresala. Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fué : ¿quién es aquí el señor gobernador? Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla. Humíllome pues á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de rodillas le pidió la mano para besársela. Negósela Sancho, y mandó que se levantara y dijese lo que quisiese. Hizolo así el labrador, y luego dijo : yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real ¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho : decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana : tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado : soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera envidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado.

gir
de
13
trinidad
(10 of 92)

De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuéades agora viudo. No señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho: adelante hermano, qué es hora de dormir, mas que de negociar. Digo pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mismo pueblo de una doncella llamanda Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje són perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo, por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo qué decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usaran aspar labios pudieran hacer dellos una madeja; pero cómo tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagroños, porque son jaspeados de azul y verde y aberengado: y perdóneme el señor gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el labrador, pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está anudada, y con todo en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado de los piés á la cabeza: ¿qué es lo que queréis ahora? y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras. Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en

the above.
inheritance.
inheritance.

los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay día que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus; y de haber caído una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condición de un ángel, y sino es que se aporrea y se da de puñadas él mismo á sí mismo, fuera un bendito. ¿Queréis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller; digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si queréis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza. No por cierto, respondió el labrador: y apenas dijo esto, cuando levantándose en pié el gobernador asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: voto á tal, don patán, rústico y mal mirado, que si no os apartáis y ascondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompá y abra la cabeza. Hideputa bellaco, pintor del mismo demonio, ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿y dónde los tengo yo, hediondo? ¿y por qué te los habia de dar aunque los tuviera, socarron y mentecato? ¿y qué se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mí, digo, si nó por vida del Duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no há día y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo, y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á D. Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescás heridas, de las cuales no sanó en ocho días: en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia por mínimas que sean.

Ademas estaba mohino y malencólico el mal ferido D. Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato : desdichas anejas á la andante caballeria. Seis dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales estando despierto y desvelado pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso. No, dijo creyendo á su imaginacion (y esto con voz que pudiera ser oida), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, trasformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesinos dondê ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y adó quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pié sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro por los aruños, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen : en el cual traje parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto que la cubrian y enmantaban desde los piés á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una média vela encendida, y con la derecha se hacia sombra porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes antojos : venia pisando quedito, y movia los piés blandamente. Miróla D. Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño y notó su silencio pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel traje á hacer en él alguna mala fechoria, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la vision, y cuando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces D. Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque así como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que

le desfiguraban, dió una gran voz diciendo : ¡ Jesus ! ¿ qué es lo que veo ? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á escuras volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caída, D. Quijote temeroso comenzó á decir : conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena dímelo, que yo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcanzáren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de D. Quijote, y con voz afligida y baja le respondió : señor D. Quijote (si es que acaso vuesa merced es D. Quijote), yo no soy fantasma ni vision, ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino Doña Rodríguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo. Dígame, señora Doña Rodríguez, dijo D. Quijote, ¿ por ventura viene vuesa merced á hacer alguna tercería ? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie : merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora Doña Rodríguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que mas mandare y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitavo melindre. ¿ Yo recado de nadie, señor mio ? respondió la dueña : mal me conoce vuesa merced : sí que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco, salíré á encender mi vela, y volveré en un instante á contar mis cuitas como á remediador de todas las del mundo : y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó D. Quijote sosegado y pensativo esperándola ; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura ; y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo : ¿ quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas ni condesas ? que yo he oído decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede antes os la dará roma que aguilena ; ¿ y quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado ? y en casos semejantes mejor es

huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo: ¿por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? afuera pues calerva dueñesca, inútil para ningún humano regalo: ¡ó cuán bien hacia aquella señora de quien se dice que tenía dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su o-trado, como que estaban labrando, y tanto le servían para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó del lecho con intencion de cerrar la puerta y no dejar entrar a la señora Rodriguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvía, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vió á D. Quijote de mas cerca envuelto en la colcha, con las vendas gulocha ó becoquin temió de nuevo, y retirándose atrás como dos pasos dijo: ¿estamos seguras, señor caballero? porque no tengo a muy honrada señal haberos vuesa merced levantado de su lecho. Eso mismo es bien que yo pregunte, señora, respondió D. Quijote: y así pregunto si estare yo seguro de ser acometido y forzado. ¿De quién ó á quien pedía, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña. A vos y de vos la pido, replicó D. Quijote, porque ni yo soy de marmol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco mas segun imagino, y en una estancia mas cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó a la hermosa y piadosa C. Pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que o cen esas reverendísimas tocas: y diciendo esto besó derecha mano, y la asió de la suya, que ella le dió con mismas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un parentesis dice que por ahoma que diera por ver ir a los dos asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor alma de dos que tenía. Entróse en fin D. Quijote en su lecho quedóse Doña Rodriguez sentada en una silla algo desv de la cama, no quitándose los antojos ni la vela. D. Qui se acorruco y se cubrió todo, no dejando mas del to descubierto: y habiéndose los dos sossegado, el primoro rompió el silencio fué D. Quijote diciendo: puede vi merced ahora, mi señora Doña Rodriguez, descoserse y buchar todo aquello que tiene dentro de su cintado corazo lastimadas entrañas, que será de mi escuchada con co oídos, y socorrida con piadosas obras. Así lo creo yo, pondió la dueña, que de la gentil y agradable presencia vuesa merced no se podia espeñar sino tan cristiana respue Es pues el caso, señor D. Quijote, que aunque vuesa me

muñe hincóse

revela

me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragón, y en habito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo sin saber cómo ni cómo no, me trujeron á la corte de Madrid, donde por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora: y quiere hacer sabidor á vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca ninguna me ha echado el pié adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran ademas buenos y católicos cristianos. Quédeme huérfana, y atendida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa hombre ya en dias, barbudo y apersonado, y sobre todo hidalgo como el rey, porque era montañés. No tratámos tan secretamente nuestros amores que no viniesen á noticia de mi señora, la cual por excusar dimes y diretes nos casó en paz y en has de la santa madre Iglesia católica romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara: y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: perdóneme vuesa merced, señor D. Quijote, que no va mas en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado se me arrasan los ojos de lagrimas. ¡Valame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entónces no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo ménos no puedo dejar de contarle, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acom-
Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le pregunté: ¿qué hacéis, desventurado, no veis que voy aquí? El le comedido detuvo la rienda al caballo, y díjole: señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi señora Doña Casilda, que así era el nombre de. Todavía porflaba mi marido con la gorra en la mano ir acompañando al alcalde. Viendo lo cual mi señora de cólera y enojo sacó un alfiler gordo, é creó

que un punzon del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo la gente baldía que en ella estaba. Vinose á pié mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada y con hija á cuestras, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labradora, mi señora la Duquesa, que estaba recién casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragon, y á mi hija ni mas ni ménos, adonde yendo dias y viniendo dias creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo : canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una pérdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento : de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas ó ménos. En resolucion, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del Duque mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no se la quiere cumplir : y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quedado á él, no una, sino muchas veces, y pedidole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oirme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo. Querria pues, señor mio, que vuestra merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues segun todo el mundo dice, vuestra merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables : y póngasele á vuestra merced por delante la horfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato : y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija no la llega con dos leguas : porque quiero que sepa vuestra merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene mas de

presuncion que de hermosura, y mas de desenvueita que de recogida : ademas que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento; y aun mi señora la Duquesa... quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oídos. ¿Qué tiene mi señora la Duquesa por vida mia, señora Doña Rodríguez? preguntó D. Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor D. Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena. ¡Santa María! dijo D. Quijote; ¿y es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzós; pero pues la señora Doña Rodríguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apenas acabó D. Quijote de decir esta razon cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á Doña Rodríguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban ganir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion : y aunque D. Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia qué podia ser aquello, y estábanse quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanta y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque en dejando molida á la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron á D. Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha le pellizcaban tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi média hora, salieron las fantasmas, recogió Doña Rodríguez sus faldas, y gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera sin decir palabra á D. Quijote, el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos deseoso de saber quién habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen cor-cierlo de la historia lo pide.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su insu-

Dejámos al gran gobernador enojado y mohino, labrador pintor y socarrón, el cual industriado del domo, y el mayor domo del Duque, se burlaban de él; pero él se las tenía tiesas á todos, magüera lonto, y rollizo, y dijo á los que con él estaban y al doctor Recio, que como se acabó el secreto de la carta de habia vuelto á entrar en la sala: ahora verdaderamente entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos que los escuchen y despachen, atendiendo solo á su venganza lo que viniere; y si el pobre del juez no los despacha, ó porque no puede, ó porque no es el tiempo diputado para darles audiencia, luego le mueren y mueren los huesos, y aun le deslinan. Negociante necio, negociante mentecato, no sures, espera sazon y coyuntura para negociar: no á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, sino es yo, que no le doy de comida, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafués, que está delante, que quiere que muera de hambre, y allí está esta muerte es vida, que así se la dé Dios á él y á todos de su ralea, digo á la de los malos medicos, que los buenos palmas y lauros merecen. Todos los que con Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elmente, y no sabían á qué atribuirlo, sino á que los cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente el doctor Pedro Recio Agüero de Tirt prometió de darle de cenar aquella noche, aunque exceda todos los aforismos de Hipócrates. Con esto que le prometió el gobernador, y esperaba con grande ansia la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al fin, se estaba quedando sin moverse de un lugar, todavía llegó, por el tanto deseado, donde le dieron de cenar un poco de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de algo entrada en dias. Entregóse en todo con mas gusto si le hubieran dado francolines de Milan, faisanes de Lerna de Sorrento, perdices de Moron, ó gansos de Jos, y entre la cena volviéndose al doctor le dijo: señor doctor, de aquí adelante no os curéis de darnos cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque sacar á mi estómago de sus quicios, el cual está ac-

brado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio los recibe con melindre, y algunas veces con asco; lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que he oído que podridas, que mientras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algun dia: y no se burle nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos: vivamos todos y comamos en buena paz y compañía, pues cuando Dios amanece para todos amanece; yo gobernaré esta insula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote¹, porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasion han de ver maravillas: no si nó haceos miel, y comeros han moscas. Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razon en cuanto ha dicho; y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos de esta insula, que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace mas al caso; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intencion limpiar esta insula de todo genero de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana, y mal entretenida: porque quiero que sepáis, amigos, que la gente bálida y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿digo algo, ó quiebrome la cabeza? Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos: cada dia se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche, y cenó el gobernador con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda, salió con el mayordomo,

¹ Es decir, atienda con cuidado y vigilancia á lo que importa ó es propia conveniencia.

secretario y maestresala, y el coronista que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos tantos, que podia formar un mediano escuadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no habia mas que ver, y pocas calles andadas del lugar sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian, los cuales viendo venir á la justicia se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: aquí de Dios y del rey; cómo, ¿y qué se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que salgan á saltear en él en la mitad de las calles? Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador. El otro contrario dijo: señor gobernador, yo la diré con toda brevedad: vuesa merced sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aquí frontero mas de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente juzgué mas de una suer'e dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia: alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me habia de dar algun escudo por lo ménos de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa: yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pèdido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron; y el socarron, que es mas ladron que Caco, y mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de cuatro reales, porque vea vuesa merced, señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia; pero á fe que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con cuántas entraba la romana. ¿Qué decís vos á esto? preguntó Sancho. Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decia, y no habia querido darle mas de cuatro reales porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo qué les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era hombre de bien, y no ladron, como decia, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. Así es, dijo el mayordomo; vea vuesa merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres. Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: vos, ganancioso, bueno ó malo, ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y mas habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel: y vos, que no

tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta insula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el día salid desta insula desterrado por diez años, so pena si lo quebrantáredes los cumpláis en la otra vida colgándoos yo de una picota, ó á lo ménos el verdugo por mi mandado, y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, este se salió de la insula, y aquel se fué á su casa, y el gobernador quedó diciendo: ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo ménos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y mas es sin comparacion lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes: contra otros garitos de menor cantia podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que mas daño hacen y mas insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo y te desuellan vivo. Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un corchete, que traía asido á un mozo, y dijo: señor gobernador, este mancebo venia hácia nosotros, y así como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algun delincuente; yo parti tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamas. ¿Por qué huías, hombre? preguntó Sancho. A lo que el mozo respondió: señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. ¿Qué oficio tienes? Tejedor. ¿Y qué tejes? Hierros de lanzas con licencia buena de vuesa merced. ¿Gracioso me sois? ¿de chocarrero os picáis? Está bien: ¿Y adónde ibades ahora? Señor, á tomar el aire. ¿Y adónde se toma el aire en esta insula? Adonde sopla. Bueno, respondéis muy á propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asilde, hola, y llevalde, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche. Par Dios, dijo el mozo, así me haga vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey. ¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho; ¿no tengo yo poder para prenderte y soltarte ca la y cuando que quisiere? Por mas poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. ¿Cómo que no? replicó Sancho: llevalde luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque mas el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel. Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo: el caso es que

*hacerle
interesarle*

no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven. Dime, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algún ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar? Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razon y vengamos al punto. Prósuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir si yo no quiero? No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dijo Sancho, ¿que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia? No, señor, dijo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconsejoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos. Fuése el mozo, y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vinieron dos corchetes, que traían á un hombre asido, y dijeron: señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces descubieron un rostro de una mujer al parecer de diez y seis ó pocos mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abajo, y vieron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco y rapacejos de oro y aljófar, los gregüescos eran verdes de tela de oro, y una saltambarca ó ropilla de lo mismo suelta, debajo de la cual traía un jubon de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre: no traía espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podian pensar quién fuese, y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venia ordenado por ellos, y así estaban dudosos esperando en qué pararía el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quién era, adónde iba, y qué ocasion le habia movido para vestirse en aquel hábito. Ella puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza respondió: no puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladron ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos zelos ha hecho romper

el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto el mayordomo dijo á Sancho : haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora con ménos empacho püeda decir lo que quisiere. Mandólo así el gobernador, apartáronse todos, sino fueren el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose pues solos, la doncella prosiguió diciéndo : yo, señores, soy hija de Pedro Pérez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas vécès ir en casa de mi padre. Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Pérez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varon ni hembra : y mas, que decís que es vuestro padre, y luego añadís que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Ya yo habia dado en ello, dijo Sancho. Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella ; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuestas mercedes deben de conocer. Aun eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que despues que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada que no da lugar al sol que la vea, y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa. Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo : si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habéis visto, y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo cual el secretario se llegó al oído del maestresala, y le dijo muy paso ; sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No hay dudar en eso, respondió el maestresala, y mas que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le habia sucedido, que todos procurarían remediarlo con muchas véras y por todas las vias posibles. Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años há, que son los mismos que á mi madre come la tierra : en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Pérez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento y este negarme el salir de casa si quiera á la iglesia, há muchos dias y meses que me trae muy desconsolada : quisiera yo ver el mundo, ó á lo ménos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guar-

the fighting. Mat.

Plan 7557-12557

Part II. CAPÍTULO XLIX.

635

dar á sí mismas. Cuando oí decir que corrían toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto : él me lo declaraba por los mejores modos que sabia ; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente por abreviar el cuento de mi perdición digo que yo rogué y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara : y tornó á renovar el llanto. El mayordomo le dijo : prosiga vuesa merced señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados dedos pueden traer consigo otros descuentos que los sem. Habíase sentado en el alma del maestra la belleza doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla de : parecióle que no eran lagrimas las que lloraba, sino ó rocío de los prados, y aun las subia de punto, y las á perlas orientales, y estaba desengando que su desgracia fuese tanta como daban á entender los indicios de su de sus suspiros. Desesperabase el gobernador de la t que tenia la maza en dilatar su historia, y dijole que de tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltaba mu andar del pueblo. Ella entre interrotos sollozos y mul dos suspiros dijo : no es otra mi desgracia, ni mi infor otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese bitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me una noche á ver todo el pueblo cuando nuestro padre miese : el importunado de mis ruegos condescendió mi deseo, y poniendome este vestido, y él vist de otro mio, que le está como nacido, porque él r pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosa esta noche, debe de haber una hora poco mas ó mén salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y d lado discurso hemos rodeado todo el pueblo, y cuan ríamos volver á casa vimos venir un gran tropel de mi hermano me dijo : hermana, esta debe de ser la aligera los pies y pon alas en ellos, y vente tras mí cor porque no nos conozcan, que nos será mal contado ; y esto volvió las espaldas, y comenzó, no digo á corr á volar : yo á ménos de seis pasos caí con el sobre entonces llegó el ministro de la justicia, que me tr vuestas mercedes, adonde por mala y antojaliza me v gonzada ante tanta gente. En efecto, señora, dijo ¿no os ha sucedido otro desman alguno ni celos, com principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de casa ? No me ha sucedido nada, ni me sacaron zel solo el deseo de ver mundo, que no se extendia á mi ver las calles deste lugar : y acabó de confirmar ser

Startling Field.

lo que la doncella decia llegar los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traía sino un faldekin rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana le preguntaron cómo venia en aquel traje, y él con no menos vergüenza y empacho contó lo mismo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo: por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion solo por curiosidad sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle. Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debia. No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, y dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado menos, y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa, y la mujer y la gallina por andar se pierden aina; y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo mas. El mancocho agradeció al gobernador la merced que queria hacerles de volverlos á su casa, y así se encaminaron hacia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados así de su gentileza y heramosura, como del deseo que tenian de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestresala traspasado su corazon, y propuso de luego otro dia pedírsela por mujer á su padre, teniendo por cierto que no se la negaria por ser él criado del Duque; y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos dias el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

CAPÍTULO L.

Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña y pellizcaron y arañaron á D. Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.

Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que Doña Rodríguez salió de su aposento para ir á la estancia de D. Quijote, otra dueña que con ella dormía lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodríguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de D. Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fué á poner en pico á su señora la Duquesa, de como Doña Rodríguez quedaba en el aposento de D. Quijote. La Duquesa se lo dijo al Duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña quería con D. Quijote. El Duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego paso ante paso llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca que oían todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la Duquesa que la Rodríguez habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni ménos Altisidora, y así llenas de cólera y deseosas de venganza entraron de golpe en el aposento, y acrebillaron á D. Quijote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mujeres despiertan en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que habia pasado, de lo que se holgó mucho, y la Duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo con D. Quijote, despachó al paje que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su gobierno, á Teresa Panza su mujer con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados¹. Dice pues la historia, que el paje era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus señores partió de muy buena gana al lugar de Sancho; y ántes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quien preguntó si le sabrian decir si en aquel lugar vivia una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un ca-

¹ Enviados de regalo.

ballero llamado D. Quijote de la Mancha, á cuya pregunta se levantó en pié una mozuela que estaba lavando, y dijo : esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años poco mas á ménos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgrenada, saltó delante de la cabalgadura del paje, y dijo : venga vuesa merced, que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos dias há de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y ántes de entrar en su casa dijo á voces desde la puerta : salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre ; á cuyas voces salió Teresa Panza su madre hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecia, según era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuco asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta ; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija y al paje á caballo le dijo : ¿ qué es esto, niña, qué señor es este ? Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza, respondió el paje, y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa diciendo : déme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la insula Barataria. ¡ Ay señor mio ! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrónes, y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno. Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo : y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente ; y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo : esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuesa merced me envía. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas ni ménos, y la muchacha dijo : que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo D. Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido. Así es la verdad, respondió el paje, que por respeto del señor D. Quijote es ahora el señor Sancho gobernador de la insula Barataria, como se verá por esta carta.

Laamela vuesa merced, señor gentilhombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja. Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el cura mesmo, ó el bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para qué se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí; y luego sacó otra de la Duquesa, que decia desta manera :

« Amiga Teresa : las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro marido Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido el Duque le diese un gobierno de una ínsula de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna como un girifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el Duque mi señor por el consiguiente, por lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido para el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga á mí Dios como Sancho gobierna. Ahí le envío, querida mia, una sarta de corales con extremos de oro : yo me holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da el hueso no te querría ver muerta : tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, y dígale de mi parte que se apareje, que la tengo de casar altamente cuando menos lo piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas gordas, envíeme hasta dos docenas, que las estimaré en mucho por ser de su mano ; y escribame largo, avisándome de su salud y de su bien estar, y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer mas que boquear, que su boca será medida : y Dios me la guarde. Désele lugar, su amiga que bien la quiere,

» LA DUQUESA. »

¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena y qué llana y qué humilde señora : con estas tales señoras me entierrén á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía, como si fuesen las mismas reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora ; y veis aquí donde esta buena señora con ser Duquesa me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su señora un celemin; que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor; pon en orden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta

tocino adunia¹, y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traído, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y á maese Nicolas el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. Si haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo. Yo por tan boba á mi señora la Duquesa que se la habia de enviar á ella toda. Todo es para ti, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el gobernador solo un dia llevó á caza, el cual todo le envía para la señora Sanchica. Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni mas ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrándose acaso con el cura y Sanson Carrasco comenzó á bailar y á decir: á fe, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos; no sino tómese conmigo la mas pintada hidalga, que yo la pondré como nueva. ¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿qué locuras son estas, y qué papeles son esos? No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos, las avemarias y los padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora. De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decís. Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sanson Carrasco; y Sanson y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habian leído; y preguntó el bachiller quién habia traído aquellas cartas. Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente, que valia mas de tanto. Quitóle el cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos tornó á admirarse de nuevo, y dijo: por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destes presentes: por una parte veo y toco la fineza destes corales, y por otra leo que una Duquesa envía á pedir dos docenas de bellotas. Aderézame esas medidas, dijo entonces Carrasco: ahora bien, vámos á ver el portador deste pliego, que de los informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hicieronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y

¹ Adunia es lo mismo que en abundancia.

dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y despues de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le preguntó Sansón les dijese nuevas así de D Quijote como de Sancho Panza, que puesto que habian leído las cartas de Sancho y de la señora Duquesa, todavia estaban confusos y no acababan de atinar qué sería aquello del gobierno de Sancho, y mas de una Insula todas ó las mas que hay en el mar mediterráneo de jestad. A lo que el paje respondió: de que el señor Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de insula ó no la que gobierna, en eso no me entremeta que sea un lugar de mas de mil vecinos; y en lo de las bellotas digo, que mi señora la Duquesa es tan humilde, que no decia el enviar á pedir bellotas labradora, pero que le acontecia enviar á pedir un prestado á una vecina suya: porque quiero que sepan mercedes, que las señoras de Aragon, aunque son principales, no son tan puntuosas y levantadas como las castellanas; con mas llaneza tratan con las gentes. en la mitad destas pláticas salió Sanchica con una l huevos, y preguntó al paje: dígame, señor, ¿mi señor trae por ventura calzas atacadas despues que es gober. No he mirado en ello, respondió el paje; pero si traer. ¡Ay Dios mio! replicó Sanchica, y qué será mi padre con pedorreras: ¿no es bueno sino que de naci tengo deseo de ver á mi padre con calzas al. Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, re el paje. Par Dios, términos lleva de caminar con p con solos dos meses que le dure el gobierno. Bien de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba solamente; pero la fineza de los corales y el vestido de Sancho enviaba lo deshucia todo (que ya Teresa le mostrado el vestido), y no dejaron de reirse del Sanchica, y mas cuando Teresa dijo: señor cura, e por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo que me compre un verdugado redondo hecho y de sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi m cuanto yo pudiere, y aun, que si me enoja me tengo esa corte, y echar un coche como todas; que la que tirido gobernador muy bien le puede traer y suste cómo, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios qu antes hoy que mañana, aunque dijese los que me sentada con mi señora madre en aquel coche: mirad l cual, hija del harto de ajos, y cómo va sentada y te el coche como si fuera una papasa. Pero pisen ellos l y ándeme yo en mi coche levantados los piés del su año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el y ándeme yo caliente, y riase la gente. ¿Digo bien

mia? Y cómo que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas venturas y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa, que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oído decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo lo es de los refranes) cuando te diereñ la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te diereñ un condado, agárrale; y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, envásala: no sino dormios, y no respondáis á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa. ¿Y qué se me da á mi, añadió Sanchica, que diga el que quisiere cuando me vea entonada y fantasiosa: vióse el perro en bragas de cerro, y lo demas? Oyendo lo cual el cura dijo: yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno dellos he visto que ño los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen. Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho. ¿Que todavía se afirma vuesa merced, señor mío, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay Duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de D. Quijote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento: y así estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso. Señores, yo no sé mas de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oído decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento ó no, vuestas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho. Bien podrá ello ser así, replicó el bachiller; pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondió el paje, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua, y si no *operibus credite, et non verbis*: véngase alguno de vuestas mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oídos. Esa ida á mí toca, dijo Sanchica: lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocin, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre. Las hijas de los gober-

¹ Que es y no conoció á su compañero

nadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica, también me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche : hallado lo habéis la melindrosa. Calla muchacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento : cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si digo algo. Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje, y denme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde. A lo que dijo el cura : vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad, que alhajas para servir á tan buen huésped. Rehusólo el paje; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el cura le llevó consigo de buena gana por tener lugar de preguntarle despacio por D. Quijote y sus hazañas. El bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon, y así dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabía escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAPÍTULO LI.

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

Amaneció el dia que se siguió á la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestra sala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio y belleza de la disfrazada doncella, y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacia y decia, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse en fin el gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fria, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era mas fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que mas convenia á las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofisteria padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia el gobierno y aus-

á quien se le habia dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel dia, y lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo estando presentes á todo el mayordomo y los demas acólitos, que fué: señor, un caudaloso rio dividia dos términos de un mismo señorío (y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso); digo pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario habia cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del rio, de la puente y del señorío, que era en esta forma: si alguno pasare por esta puente de una parte á otra ha de jurar primero adónde y á qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra sin remision alguna. Sabida esta ley y la rigurosa condicion della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decian verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídesse á vuesa merced, señor gobernador, ¿qué harán los jueces del tal hombre, que aun hasta agora están dudosos y suspensos? y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: por cierto que esos señores jueces que á mí os envian lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo mas de mostrencó que de agudo; pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda, quizá podria ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero habia dicho, y Sancho dijo: á mi parecer este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: ¿el tal hombre juró que va á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente, y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen? Así es como el señor gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay mas que pedir ni que dudar. Digo yo pues agora, replicó Sancho, que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pié de la letra la condicion del pasaje. Pues, señor gobernador, replicó el preguntador, será necesario, ~~el tal~~ tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza

ha de morir: y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho, este pasajero que decís, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis á esos señores que á mí os enviaron, que pues están en un fil ^{las razones} de condenarle ó asolverle, que le dejen pasar si pues siempre es alabado mas el hacer bien, que no lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar: y caso no he hablado de mio, sino que se me vino á ría un precepto entre otros muchos, que me dió D. Quijote la noche ántes que viniese á ser gobernador insula, que fué que cuando la justicia estuviese en decantase y acogiese á la misericordia; y ha que que agora se me acordase, por venir en este caso molde. Así es, respondió el mayordomo: y tengo por el mismo Licurgo, que dió leyes á los lacedemoni diera dar mejor sentencia que la que el gran Panza y acabase con esto la audiencia desta mañana, y yo como el señor gobernador coma muy á su gusto. y barras derechas, dijo Sancho, denme de comer, casos y dudas sobre mí, que yo las despallabaré. Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole se conciencia matar de hambre á tan discreto gobernas que pensaba concluir con él aquella misma ciéndole la burla última que traía en comision. Sucedió pues, que habiendo comido aquel día con las y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar manteles entró un correo con una carta de D. Quijote gobernador. Mandó Sancho al secretario que la lea si, y que si no viniese en ella alguna cosa digna que la leyese en voz alta. Hizolo así el secretario, y el primero dijo: bien se puede leer en voz alta, que señor D. Quijote escribe á vuesa merced mereced tampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE D. QUIJOTE DE LA MANCHA A SANCHE PANZADOR DE LA INSULA BARATARIA.

- Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos
- nencias, Sancho amigo, las oí de tus discrecion
- di por ello gracias particulares al cielo, el cual
- col sabe levantar los pobres, y de los tontos
- cretos. Dícenme que gobiernas como si fueses
- que eres hombre como si fueses bestia, segun
- mildad con que te tratas: y quiero que advierta

que muchas veces conviene y es necesario por la autoridad del oficio ir contra la humildad del corazón; porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos ha de ser conforme á lo que ellos piden, y no á la medida de lo que su humilde condicion le inclina. Vistete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que mas fatigue el corazón de los pobres que la hambre y carestía.

No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; ántes dan á entender que el príncipe que tuvo discrecion y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen: y las leyes que atemorizan, y no se ejecutan, vienen á ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discrecion. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas; que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha importancia, consuela á los presos que esperan la brevedad de su despacho, es coco á los carniceros, que por entónces igualan los pesos, y es espantajo á las plaseras por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual yo no creo) codicioso, mujeriego ni gloton, porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinacion determinada, por allí te darán batería hasta derribarte en el profundo de la perdicion. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te di por escrito ántes que de aquí partieses á tu gobierno, verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos y dificultades que á cada paso á todos gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores, y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agradecida á los que bien le han hecho, da indicio que tambien lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.

La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente á tu mujer Teresa Panza: por momento.

it just me no concurre.

• esperamos respuesta. Yo he estado un poco mal dispuesto
 • de un cierto gacamiento que me sucedió no muy á cuento
 • de mis narices; pero no fué nada, que si hay escántadores
 • que me maltraten, tambien los hay que me defiendan. Aví-
 • same si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las
 • acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo
 • que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el
 • camino; cuanto mas que yo pienso dejar presto esta vida
 • ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Un negocio se
 • me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia
 • destos señores; pero aunque se me da mucho, no se me da
 • nada, pues en fin en fin tengo de cumplir ántes con mi pro-
 • fesion que con su gusto, conforme á lo que suele decirse:
 • *amicus Plato, sed magis amica veritas*. Dígame este latin,
 • porque me doy á entender que despues que eres goberna-
 • dor lo habrás aprendido. Y á Dios, el cual te guarde de
 • que ninguno te tenga lástima.
 • Tu amigo

• D. QUIJOTE DE LA MANCHA. •

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fué celebrada y
 tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se
 levantó de la mesa, y llamando al secretario se encerró con
 él en su estancia, y sin dilatarlo mas quiso responder luego
 á su señor D. Quijote; y dijo al secretario, que sin añadir ni
 quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dijese, y así
 lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHE PANZA A D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

which mine / Sec. + Secretary.

• La ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo
 • lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las
 • uñas, y así las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie.
 • Digo esto, señor mio de mi alma, porque vuesa merced no
 • se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien ó
 • mal estar en este gobierno, en el cual tengo mas hambre
 • que cuando andábamos los dos por las selvas y por los des-
 • poblados.
 • Escribióme el Duque mi señor el otro dia dándome aviso
 • que habian entrado en esta ínsula ciertas espías para ma-
 • tarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un cierto
 • doctor, que está en este lugar asalariado para matar á
 • cuantos gobernadores aquí vinieren: llámase el doctor Pe-
 • dro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuesa
 • merced qué nombre para no temer que he de morir á sus
 • manos. Este tal doctor dice él mismo de sí mismo, que él
 • no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las pre-

Secret.
dist.
Salary - 1000

» viene para que no vengán, y las medccinas que usa son
 » diēta y mas diēta, hasta poner la persona en los huesos
 » mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la cā-
 » lentura. Finalmente él me va matando dē hambre, y yo me
 » voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir á este
 » gobierno á comer caliente y á beber frio, y á recrear el
 » cuerpo entre sábanas de holanda sobre colchones de pluma,
 » he venido á hacer penitencia como si fuerā ermitaño, y
 » como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al
 » cabo me ha de llevar el diablo.

» Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y
 » no puedo pensar en qué va esto, porque aquí me han dicho
 » que los gobernadores que á esta insula suelen venir, ántes
 » de entrar en ella, ó les han dado, ó les han prestado los
 » del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza
 » en los demas que van á gobiernos, no solamente en este.

» Anoche andando de ronda topé una muy hermosa don-
 » cella en traje de varon, y un hermano suyo en hábito de
 » mujer : de la moza se enamoró mi maestresala, y la esco-
 » gió en su imaginacion para su mujer, segun él ha dicho, y
 » yo escogí al mozo para mi yerno : hoy los dos pondremos
 » en plática nuestros pensamientos con el padre de entram-
 » bos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano
 » viejo quanto se quiere.

» Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo aconseja,
 » y ayer hallé una tendera que vendia avellanas nuevas, y ave-
 » rigüéle que habiā mezclado con una hanega de avellanas
 » nuevas otra de viejas, vanas y podridas : apliquélas todas
 » para los niños de la doctrina, que las sabriā bien distin-
 » guir, y sentenciéla que por quince dias no entrase en la
 » plaza ; hanme dicho que lo hice valerosamente : lo que sé
 » decir á vuesa merced es, que es fama en este pueblo que
 » no hay gente mas mala que las plaseras, porque todas son
 » desvergonzadas, desalmadas y atrévidas, y yo así lo creo
 » por las que he visto en otros pueblos.

» De que mi señora la Duquesa haya escrito á mi mujer
 » Teresa Panza, y enviándole el presente que vuesa merced dice,
 » estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido
 » á su tiempo : bésele vuesa merced las manos de mi parte,
 » diciendo que digo yo, que no lo ha echado en saco roto,
 » como lo verá por la obra. No querria que vuesa mērced tu-
 » viese trabacuentas de disgusto con esos mis señores ;
 » porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que
 » ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se
 » me da á mí por consejo que sea agradecido, que vuesa mer-
 » ced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y
 » con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

» Aquello del gateado no entiendo ; pero imagino que debe
 » de ser alguna de las malas fechorias que con vuesa merced

• suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré cuando
• nos veamos. Quisiera enviarle á vuesa merced alguna cosa;
• pero no sé qué envíe, sino es algunos cañutos de jeringas,
• que para con vejigas los hacen en esta insula muy curiosos;
• aunque si me dura el oficio, yo buscaré qué enviar de hal-
• das ó de mangas. Si me escribiere mi mujer Teresa Fanza.
• pague vuesa merced el porte, y envíeme la carta, que tengo
• grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi
• mujer y de mis hijos. Y con esto Dios libre á vuesa merced
• de mal intencionados encantadores, y á mí me saque con
• bien y en paz deste gobierno; que lo dudo porque le pienso
• dejar con la vida, segun me trata el doctor Pedro Recio.

• Criado de vuesa merced

• SANCHO PANZA el gobernador. •

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo, y jun-
tándose los burladores de Sancho dieron orden entre sí
como despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó San-
cho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno
de la que él imaginaba ser insula, y ordenó que no hubiese
regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen
meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento
que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio
segun su estimacion, bondad y fama, y el que aguase ó le
mudase el nombre perdiese la vida por ello: moderó el pre-
cio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por
parecerle que corria con exorbitancia: puso tasa en los sala-
rios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el
camino del interese: puso gravísimas penas á los que can-
tasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de
dia: ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas si
no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por pare-
cerle que los mas que los ciegos cantan son fingidos en
perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persi-
guiese, sino para que los examinase si lo eran, porque á la
sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los
brazos ladrones y la salud borracha. En resolución él ordenó
cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar,
y se nombran: las constituciones del gran gobernador Sancho
Panza,

CAPÍTULO LII.

—Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodríguez.

Cuenta Cide Hamete, que estando ya D. Quijote sano de sus aruños le pareció que la vida que en aquel castillo tenía era contra toda la orden de caballería que profesaba, y así determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnes, que en las tales fiestas se conquista. Y estando un día á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intención y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como despues pareció, cubiertas de luto de los pies á la cabeza, y la una dellas llegándose á D. Quijote se le echó á los pies tendida de largo á largo, la boca cosida con los pies de D. Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, y tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusión á todos los que la oían y miraban : y aunque los Duques pensaron que seria alguna burla que sus criados querrian hacer á D. Quijote, todavía viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que D. Quijote compasivo la levantó del suelo, y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo que jamas se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de Doña Rodríguez, la dueña de casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques que ninguno, que puesto que la tenían por boba y de buena pasta, no por tanto que viniese á hacer locuras. Finalmente Doña Rodríguez volviéndose á los señores les dijo : vuestras excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor D. Quijote cuanto le viniese en deseo. Ella enderezando la voz y el rostro á D. Quijote dijo : dias há, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella, enderezándole el tuerto que le tienen fecho, y agora ha llegado á mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas venturas que Dios os depare; y así querria que antes que os escurriésedes por esos caminos desafiásedes á este rústico indomito, y le hiciésedes que se casase con mi hija, en cumpli-

miento de la palabra que le dió de ser su esposo ántes y primero que yugase con ella; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya á vuesa merced en puridad tengo declarada: y con esto nuestro señor dé á vuesa merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió D. Quijote con mucha gravedad y prosopopeya: buena dueña, templad vuestras lagrimas, ó por mejor decir, enjugadlas y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan facil en creer promesas de enamorados, las cuales por la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así con licencia del Duque mi señor, yo me parto luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiare, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes, y castigar á los soberbios: quiero decir, acorrer á los miserales, y destruir á los rigurosos. No es menester, respondió el Duque, que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rustico, de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida á mi licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafio, y que le acete, y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos dare campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos principes que dan campo franco á los que se combaten en los terminos de sus señoríos. Pues con ese seguro y con buena licencia de vuesa grandeza, replicó D. Quijote, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguia, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo. y así, aunque ausente, le desafio en razon de que hizo mal en defraudar á esta pòbre, doñicella, y ya por su culpa no lo es, y que le ha de la palabra que le dió de ser su legitimo esposo, ó me la demanda. Y luego descalzándose un guante le arrojó de la sala, y el Duque le alzó, diciendo que, como y dicho, él acetaba el tal desafio en nombre de su vi señalaba el plazo de allí á seis dias, y el campo en de aquel castillo, y las armas las acostumbradas de caballeros, lanza y escudo y arnes tranzado con todas las piezas, sin engaño, supércheria ó supersticion alguna minadas y vistas por los jueces del campo; pero ántes de esas es menester que esta buena dueña y esta mala pongan el derecho de su justicia en manos del señor jote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará á ejecución el tal desafio. Yo sí pongo, respondió la d

acepta,

frus. chateau

Lev. 1. 11
Alainos 1. 11
Armas 1. 11

yo tambien, añadió la hija, toda llorosa, y toda vergonzosa y de mal talante. Tomado pues este apuntamiento, y habiendo imaginado el Duque lo que habia de hacer en el caso, las entitadas se fueron, y ordenó la Duquesa que de allí adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venian á pedir justicia á su casa; y así les dieron cuarto aparte, y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demas criadas, que no sabian en qué habia de parar la sandez y desenvoltura de Doña Rodríguez y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los Duques deseosos de saber lo que le habia sucedido en su viaje; y preguntádoselo, respondió el paje que no lo podia decir tan en público ni con breves palabras, que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entretanto se entretuviesen con aquellas cartas, y sacando dos cartas las puso en manos de la Duquesa: la una decia en el sobrescrito: *Carta para mi señora la Duquesa tal, de no sé donde*; y la otra: *A mi marido Sancho Panza, gobernador de la Insula Barataria, que Dios prospere mas años que á mí*. No se le cocia el pan, como suele decirse, á la Duquesa hasta leer su carta; y abriéndola, y leído para sí, y viendo que la podia leer en voz alta para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA A LA DUQUESA.

« Mucho contento me dió, señora mia, la carta que vuesa
 » grandeza me escribió, que en verdad que la tenia bien de-
 » seada. La sarta de corales es muy buena, y el vestido de
 » caza de mi marido no le va en zaga. De que vuestra señoría
 » haya hecho gobernador á Sancho mi consorte, ha recibido
 » mucho gusto todo este lugar. puesto que no hay quien lo
 » crea, principalmente el cura y maese Nicolas el barbero, y
 » Sanson Carrasco el bachiller; pero á mí no se me da nada,
 » que como ello sea así, como lo es, diga cada uno lo que
 » quisiere; aunque si va á decir verdad, á no venir los cora-
 » les y el vestido, tampoco yo lo creyera, porque en este pue-
 » blo todos tienen á mi marido por un porro, y que sacado de
 » gobernar un hato de cabras, no pueden imaginar para qué
 » gobierno pueda ser bueno: Dios lo haga, y lo encamine
 » como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi
 » alma, estoy determinada, con licencia de vuesa merced, de
 » meter este buen dia en mi casa, yéndome á la corte á ten-
 » derme en un coche, para quebrar los ojos á mil envidiosos
 » que ya tengo: y así suplico á vuestra excelencia mande á

» mi marido me envíe algun dinerillo, y que sea algo qué,
» porque en la corte son los gastos grandes, que el pan vale
» á real, y la carne la libra á treinta maravedís, que es un
» juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con
» tiempo, porque me están bullendo los piés por ponerme en
» camino; que me dicen mis amigas y mis vecinas, que si yo y
» mi hija andamos orondas y pomposas en la corte vendrá á
» ser conocido mi marido por mí mas que yo por él, siendo
» forzoso que pregunten muchos : ¿quién son estas señoras
» deste coche? y un criado mio responderá : la mujer y la
» hija de Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria;
» y desta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y
» á Roma por todo. Pésame cuanto pesarme puede que este
» año no se han cogido bellotas en este pueblo, con todo eso
» envío á vuesa alteza hasta medio celemin, que una á una
» las fuí yo á coger y á escoger al monte, y no las hallé mas
» mayores; yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.
» No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme, que
» yo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y
» de todo lo que hubiere que avisar deste lugar, donde quedo
» rogando á nuestro Señor guarde á vuestra grandeza, y á
» mí no me olvide. Sancha mi hija y mi hijo besan á vuesa
» merced las manos.

» La que tiene mas deseo de ver á V. S.

» que de escribirla,

» Su criada TERESA PANZA. »

Grande fué el gusto que todos recibieron de oír la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques : y la Duquesa pidió parecer á D. Quijote si seria bien abrir la carta que venia para el gobernador, que imaginaba debia de ser bonísima. D. Quijote dijo que él la abriria por darles gusto, y así lo hizo, y vió que decia desta manera :

CARTA DE TERESA PANZA Á SANCHE PANZA SU MARIDO.

« Tu carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo
» y juro como ca'ólica cristiana, que no faltaron dos dedos
» para volverme loca de contento. Mira, hermano, cuando yo
» llegué á oír que eres gobernador, me pensé allí caer muerta
» de puro gozo, que ya sabes tú que dicen, que así mata la
» alegría súbita como el dolor grande. A Sanchica tu hija se
» le fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento. El ves-
» tido que me enviaste tenia delante, y los corales que me
» envió mi señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las
» manos, y el portador dellas allí presente, y con todo eso
» creía y pensaba que era todo sueño lo que veía y lo que

» tocaba; porque ¿quién podía pensar que un pastor de
 » cabras habia de venir á ser gobernador de ínsulas? Ya
 » sabes tú, amigo, que decia mi madre, que era menester
 » vivir mucho para ver mucho: digolo porque pienso ver
 » mas si vivo mas, porque no pienso parar hasta verte ar-
 » rendador ó alcabalero, que son oficios que aunque lleva el
 » diablo á quien mal los usa, en fin en fin siempre tienen y
 » manejan dineros. Mi señora la Duquesa te dirá el deseo que
 » tengo de ir á la corte: mírate en ello, y avisame de tu gusto
 » que yo procuraré honrarte en ella andando en coche.

» El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristán no
 » pueden creer que eres gobernador, y dicen que todo es
 » embeleco, ó cosas de encantamento, como son todas las de
 » D. Quijote tu amo; y dice Sanson que ha de ir á buscarte y
 » á sacarte el gobierno de la cabeza, y á D. Quijote la locura
 » de los cascos: yo no hago sino reirme, y mirar mi sarta, y
 » dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á nuestra
 » hija. Unas bellotas envié á mi señora la Duquesa, yo qui-
 » siera que fueran de oro. Enviame tú algunas sartas de
 » perlas si se usan en esa ínsula. Las nuevas deste lugar
 » son, que la Herrueca casó á su hija con un pintor de
 » mala mano, que llegó á este pueblo á pintar lo que saliese.
 » Mandóle el concejo pintar las armas de Su Majestad sobre
 » las puertas del ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronselos
 » adelantados, trabajó ocho dias, al cabo de los cuales no
 » pintó nada; y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas:
 » volvió el dinero, y con todo eso se casó á título de buen
 » oficial: verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el
 » azada, y va al campo como gentilhombre. El hijo de Pedro
 » de Lobo se ha ordenado de grados y corona con intencion
 » de hacerse clérigo: supolo Minguilla, la nieta de Mingo
 » Silvato, y hale puesto demanda de que la tiene dada palabra
 » de casamiento: malas lenguas quieren decir que ha estado
 » en cinta dél; pero él lo niega á piés juntillas. Ogaño no
 » hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este
 » pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados. lleváronse
 » de camino tres mozas deste pueblo: no te quiero decir
 » quién son, quizá volverán, y no faltará quien las tome por
 » mujeres con sus tachas buenas ó malas. Sanchica hace pun-
 » tas de randas, ganá cada dia ocho maravedís horros, que
 » los va échando en una alcancía para ayuda á su ájuar; pero
 » ahora que es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin
 » que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó: un rayo
 » cayó en la picota, y allí me las den todas. Espero respuesta
 » desta y la resolución de mi ida á la corte: y con esto Dios
 » te me guarde mas años que á mí, ó tantos, porque no quer-
 » riá dejarte sin mí en este mundo.

» Tu mujer

TERESA PANZA. »

Las cartas fueron solenizadas, leídas, estimadas y admiradas; para acabar de echar el sello llegó el correo, el que traía la que Sancho enviaba á D. Quijote, que asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del gobernador. Retiróse la Duquesa para saber del paje lo que le habia sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese: dióle las bellotas, y mas un queso que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon: recibiólo la Duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejaremos, por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.

CAPÍTULO LIII.

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; ántes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. A la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin ligera, mas que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético: porque esto de entender la ligereza é inestabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos sin lumbré de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual estando la séptima noche de los dias de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño á despecho y pesar de la hambre le comenzaba á cerrar los párpabos, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la insula se hundia. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó mas confuso y lleno de temor y espanto, y levantándose en pié se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos,

y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: arma, arma, señor gobernador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la insula, y somos perdidos, si vuestra industria y valor no nos secorre. Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba atónito y embelesado de lo que oía y veía, y cuando llegaron á él uno le dijo: ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta insula se pierda. ¿Qué me tengo de armar? respondió Sancho, ¿ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo D. Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo, pecador fui á Dios, no se me entiende nada destas priesas. Ha, señor gobernador, dijo otro, ¿qué relente es éste? ármese vuesa merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guia y nuestro capitan, pues de derecho le toca el serlo siendo nuestro gobernador. Armenme norabuena, replicó Sancho, y al momento le trujeron dos paveses, que venian proveidos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un paves delante y otro detras, y por unas concavidades que traían hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusieronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pié. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase, y animase á todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. ¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pié en algun postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo. Ande, señor gobernador, dijo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga. Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al traves en la arena: y no por verle caido aquella gente burladora le tuvieron compasion alguna, ántes apagando las antorchas tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual en aquella estrechez

recogido sudaba y trasudaba, y de todo corazón se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropézaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde allí como desde atalaya gobernaba los ejércitos y á grandes voces decía : aquí de los nuestros, que por esta parte cargan mas los enemigos : aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tránquen, vengan alcancias, pez y resina en calderas de aceite ardiendo, trinchéense las calles con colchonés. En fin él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí : ¡ó si mi señor fuese servido que se acabase ya de perder esta insula, y me viese yo ó muerto ó fuera desta grande angustia! Oyó el cielo su peticion, y cuando ménos lo esperaba oyó voces que decían : vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida : ea, señor gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor dese invencible brazo. Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar, y puesto en pié dijo : el enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente : yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjague este sudor, que me hago agua. Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les peñaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó qué hora era : respondiéronle que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa comenzó á vestirse todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué habia de parar la priesa con que se vestia. Vistióse en fin y poco á poco, porque estaba molido y no podia ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo : venid vos acá, compañero mio y amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias : cuando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichas eran mis horas, mis dias y mis años ; pero despues que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado pues el rucio con gran pena y pesar subió

sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á Pedro Recio el doctor, y á otros muchos que allí presentes estaban, dijo: abrid camino, señores míos, y dejadme volver á mi antigua libertad: dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite desta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mi de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está S. Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mi una hoz en la mano, que un cetro de gobernador: mas quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujecion del gobierno entre sábanas de holanda, y vestirme de martas cebollinas. Vuestas mercedes se queden con Dios, y digan al Dñque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas: y apártense, déjenme ir, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas: merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí. No ha de ser así, señor gobernador, dijo el doctor Recio, que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos, que luego le vuelva en su pristina entereza y vigor, y en lo de la comida yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho: así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del tinaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pié llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadie tienda mas la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde. A lo que el mayordomo dijo: señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe que todo gobernador

está obligado ántes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia; déla vuesa merced de los diez dias que há que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi señor: yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde: cuanto mas, que saliendo yo desnudo, como salgō, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel. Par Dios que tiene razón el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor reposteria. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinacion tan resoluta y tan discreta.

CAPÍTULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.

Resolviéronse el Duque y la Duquesa de que el desafio que D. Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flándes, adonde se habia ido huyendo por nō tener por suegra á Doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon; que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el Duque á D. Quijote, como desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. D. Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió á sí mismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habersele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendia el valor de su poderoso brazo; y así con alborozo y contento esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejámos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba mas que ser gobernador de todas las insulas del

Epiloca

Sancho

mundo. Sucedió pues, que no habiéndose alongado mucho de la insula del su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era insula, ciudad, villá ó lugar la que gobernaba) vió que por el caminó por dónde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando, los cuales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fué una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna la que en su canto pedian, y como él, segun dice Cide Hamete, era caritativo ademas, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióselo diciéndoles por señas que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron: güelte, güelte. No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedis, buena gente. Entónces uno dellos sacó una bolsa del seno, y mostróselá á Sancho, por donde entendió que le pedian dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la mano arriba les dió á entender que no tenia ostugo de moneda, y picando al rucio rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetió á él echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana dijo: váleme Dios, ¿qué es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del extranjero peregrino, y despues de haberle estado mirando sin hablar palabra con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension el peregrino le dijo: como ¿y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote, el morisco, tendero de tu lugar? Entónces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo: ¿quién diablos te habia de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime ¿quién te ha hecho franchote, y cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura? Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en este traje no habrá nadie que me conozca: y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, dondē quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba segun oiste. Hizolo así Sancho, y hablando Ricote á los demas peregrinos se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arro-

jaron los bordones, quitáronse las mucetas y esclavinas, y quedaron en pelota, y todos eran mōzōs y muy gentiles-hombres, exēptō Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas. segun pareció, venian bien proveidas, á lo ménos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo y haciendo manteles de las yerbas pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos. nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon que si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huēvos de pescados, gran despertador de la co-
lambre: no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adōbo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que mas campeó en el campo de aquel bāquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se habia trasformado de morisco en aleman ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cūchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en él la puntería; y desta manera meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recibian, se estuvieron un buen espācio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía; ántes por cumplir con el refran que él muy bien sabia, de cuando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demas, y no con ménos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fué posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habian mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decia: español y tudesqui tuto uno bon compañero; y Sancho respondia, bon compañero jura Di, y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entōnces de nada de lo que le habia sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicción suelen tener los cuidados. Finalmente el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habian comido mas y bebido ménos; y apartando Ricote á Sancho se sentaron al pié de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

Bien sabes, ó Sancho Panza, vecino y amigo mio, como el

pregon y bando que su majestad mandó publicar contra los de mi nación puso terror y espanto en todos nosotros: á lo ménos en mi le puso de suerte que me parece que ántes del tiempo que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené pues á mi parecer como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demas salieron; porque bien vi y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se habian de poner en ejecucion á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fué inspiracion divina la que movió á su majestad á poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuésemos culpados, que algunos habia cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la mas terrible que se nos podia dar. Do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berberia y en todas las partes de Africa, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde mas nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los mas de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con mas libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año á visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias y por certísima granjería y conocida ganancia. Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo ménos en dineros, y al

cabo de su viaje salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza como traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo mas de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir: y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija á Berbería que á Franeia, adonde podia vivir como cristiana. A lo que respondió Sancho: mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo el hermano de tu mujer; y como debe de ser fino moro, fuése á lo mas bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vañ en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu enñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algun desman: y así si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada cedicioso, que á serlo un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer ántes de seis meses en platos de plata: y así por esto, como por parecerme haria traicion á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes docientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos. ¿Y qué oficio es el que has déjado, Sancho? preguntó Ricote. He dejado de ser gobernador de una insula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe que no halle otra como ella á tres tirones. ¿Y dónde está esa insula? preguntó Ricote. ¿Adónde? respondió Sancho, dos leguas de aquí, y se llama la insula Barataria. Calla, Sancho, dijo Ricote, que las insulas están allá dentro de la mar, que no hay insulas en la tierra firme. ¿Cómo no? replicó Sancho: digote, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero con todo eso la he dejado por parecerme oficio peligroso el de los

gobernadores. ¿Y qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar sino es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud. Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate: que ¿quién te habia de dar á ti ínsulas que gobernases? ¿faltaban hombres en el mundo mas hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuélve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho. Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño. No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime ¿halláste en nuestro lugar cuando se partió del mi mujer, mi hija y mi cuñado? Sí hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora su madre: y esto con tanto sentimiento, que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron: y á fe que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado D. Pedro Gregorio¹, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensámos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adama á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habrás oido decir, Sancho, que las moriscas pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que á lo^{yo} yo creo atendia á ser mas cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho que á entrambos les estaria mal; y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor D. Quijote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis com-

¹ Así le llama Sancho; pero la mora le nombra en el capítulo LXIII D. Gaspar Gregorio.

CAPÍTULO LV.

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del Duque, puesto que llegó média legua dél, donde le tomó la noche algo escura y cerrada; pero como era verano no le dió mucha pesadumbre, y así se apartó del camino con intencion de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse cayeron él y el rucio en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazon pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque á poco mas de tres estados dió fondo el rucio, y él se halló encima dél sin haber recibido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. ¡Ay, dijo entonces Sancho Panza, y cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos ántes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso: á lo ménos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor D. Quijote de la Mancha cuando descendió y bajó á la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras.

¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mundos, blancos y raidos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quiéu somos, á lo ménos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pensamiento nos cerrara los ojos. ¡O compañero y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día, cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entónce se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pié, que apénas se podia tener; y sacando de las alforjas, que tambien habian corrido la misma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y dijole Sancho, como si lo entendiera: todos los duelos con pan son buenos. En esto descubrió á un lado de la sima un agujero capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por dentro era espacioso y largo, y púdolo ver porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió tambien que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual volvió á salir donde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante por ver si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á oscuras, y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo. ¡Válame Dios topoderoso! decia entre sí: esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo D. Quijote. El sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por pala-

cios de Galiana ¹, y esperara salir desta escuridad y estrechez a algun florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, a cada paso pienso que debajo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas mal si vienes solo. Desta manera y con estos pensamientos le pareció que habria caminado poco mas de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida. Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve a tratar de D. Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodríguez, a quien pensaba enderezar el tuerto y desaguizado, que malamente le tenían fecho. Sucedió pues, que saliéndose una mañana a imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon ó arremetida a Rocicicante llegó a poner los pies tan junto a una cueva, que a no tirarle fuertemente las riendas fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó, y llegándose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo percibir y entender que el que las daba decia: ha de arriba, ¿hay algun cristiano que me escuche? ¿ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿de un desdichado desgobernado gobernador? Parecióle a D. Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo dijo: ¿quién está allá abajo? ¿quién se queja? ¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar? respondieron, sino el asendercado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados, y por su mala andanza, de la insula Barataria, escudero que fué del famoso caballero D. Quijote de la Mancha. Oyendo lo cual D. Quijote se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginacion dijo: conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti, que pues es mi profesion favorecer y acorrer a los necesitados deste mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar a los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios. Desá manera, respondieron, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor D. Quijote de la Mancha, y aun

¹ Galiana es nombre de una princesa mora, a quien su padre Gadalfé edificó unos palacios de gran recreacion en Toledo a la orilla del Tajo. Hasta hoy se conserva el nombre en sus ruinas y en la huerta que llaman del Rey.

en el órgano de voz no es otro sin duda. D. Quijote soy, replicó D. Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos : por eso dime quién eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare : por eso acaba de declararte y dime quién eres. Voto á tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor D. Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester mas espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, y el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por mas señas está aquí conmigo. Y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. Famoso testigo, dijo D. Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mio : espérame, iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Déjole D. Quijote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caído por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podian pensar cómo habia dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante, y dijo : desta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dijo : ocho dias ó diez há, hermano murmurador, que entré á gobernar la insula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera un hora : en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos ; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos : y siendo esto así, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir desta manera ; pero el hombre pone, y Dios dispone ; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno ; y cual el tiempo, tal el tiento ; y nadie diga desta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos

taken data met. gallery.
 answer. other. L. in 4.
 mid. L. of. 10000. CAPTUXO LV. 600

no hay estas cosas: y Dios me entiende y basta, y 'nó digo' mas, aunque pudiera. No te enojas, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren, y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno dicen del que ha sido un ladrón, y si sale pobre, que ha sido un para poco y un montecato. A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladrón. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo adonde en unos corredores estaban ya el Duque y la Duquesa esperando a D. Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada; y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales puesto de rodillas dijo: yo señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio fui á gobernar vuestra insula Barataria, en la cual entré desnudo y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Racio natural de Tirtiafuera, medico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la insula que salieron libres y con victoria por el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas que traigo consigo y las obligaciones el gol y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de jaba: y así antes que diese conmigo al traves el gobierno querido yo dar con el gobierno al traves, y ayer de noche dejé la insula como la hallé, con las mismas calles, tejados que tenia quando entré en ella. No he pedido nada á nadie, ni melidome en granjerías: y aunque puse hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ningun merced que no se habian de guardar, que es lo mas mercedas que no hacerlas. Sali, como digo, de la insula á acompañamiento que el de mi rucio: caí en una cima, por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz de la salida; pero no tan facil, que á no depararme el cielo señor D. Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo, mis señores Duque y Duquesa, aqui está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez dias que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha nada por ser gobernador, no que de una insula, sino de el mundo; y con este presupuesto, besando á vuestras plantas des los pies, imitando al juego de los muchachos, que

Ernie.

salla tú, y dámela tu, doy un salto del gobierno, y me pasó al servicio de mi señor D. Quijote, que en fin en el, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo ménos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre D. Quijote que habia decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos dió en su corazon gracias al cielo, y el Duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su estado otro oficio de ménos carga y de mas provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPÍTULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodríguez.

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y mas, que aquel mismo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y finalmente les encareció el asalto de la insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada; y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se habia de avenir con D. Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á D. Quijote que no permitia la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo concilio que prohíbe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. D. Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado pues el temeroso dia, y habiendo mandado el Duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las dueñas, madre y hija demandantes, habia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habían visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian ni los que habian muerto. El primero

que entró en el campo y estacada fué el maestro monias, que lanteó el campo y le paseó todo, por hubiese algun engaño, ni cosa encubierta donde zase y cayese : luego entraron las dueñas, y se sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los hasta los pechos, con muestras de no pequeño : presente D. Quijote en la estacada. De allí á poco ñado de muchas trompetas, asomó por una parte sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el g Tosilos, calada la visera, y' todo encambronad fuertes y lúcientes armas. El caballo mostraba ancho y de color tordillo : de cada mano y pié le arroba de lana Venia el valeroso combatiente mado del Duque su señor de cómo se habia de p valeroso D. Quijote de la Mancha, advertido que manera le matase, sino que procurasé huir el priro, por excusar el peligro de su muerte, que est de lleno en lleno lo encontrase. Paseó la plaza donde las dueñas estaban se puso algun tanto á m por esposo le pedia : llamó el maese de campo á que ya se habia presentado en la plaza, y junto habló á las dueñas, preguntándoles si consenti viese por su derecho D. Quijote de la Mancha. E que si, y que todo lo que en aquel caso hiciese l bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este ban el Duque y la Duquesa puéstos en una galer sobre la estacada, toda la cual estaba coronada gente, que esperaba ver el riguroso trance nunci condicion de los combatientes que si D. Quijote contrario se habia de casar con la hija de Doña y si él fuese vencido, quedaba libre su contendo bra que se le pedia, sin dar otra satisfacion algun el maestro de las ceremonias el sol, y puso á uno en el puesto donde habian de estar. Sonaro bres, llenó el aire el son de las trompetas, tem de los piés la tierra : estaban suspensos los cor mirante turba, temiendo unos, y esperando otro el mal suceso de aquel caso. Finalmente D. Q mendandose de todo su corazon á Dios nuestro t señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardand diese señal precisa de la arremetida ; empero nu tenia diferentes pensamientos : no pensaba él sin ahora diré. Parece ser que cuando estuvo miranc miga, le pareció la mas hermosa mujer que hal toda su vida ; y el niño ceguezuelo, á quien suel ordinario amor por esas calles, no quiso perder que se le ofreció de triunfar de una alma lacayur en la lista de sus trofeos ; y así llegandose á él sin que nadie le viese ; le envasó al pobre lacay

def. ...
Habla ...

de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazón de parte á parte: y púdolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues, que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad, y así no atendió al son de la trompeta, como hizo D. Quijote, que apenas la hubo oído. cuando arremetió, y á todo el correr que permitía Rocinante partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros: Dios te dé la vitoria, pues llevas la razón de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á D. Quijote no se movió un paso de su puesto; ántes con grandes voces llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que quería, le dijo: señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora? Así es, le fué respondido. Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondriala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose D. Quijote en la mitad de su carrera viendo que su enemigo no le acometía. El Duque no sabía la ocasión por qué no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decia, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde Doña Rodríguez estaba, y dijo á grandes voces: yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso D. Quijote, y dijo: pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora buena, y pues Dios nuestro Señor se la dió. San Pedro se la bendiga. El Duque había bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos le dijo: ¿es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os queréis casar con esta doncella? Sí señor, respondió Tosilos. El hace muy bien, dijo á esta sazón Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur, dálo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podía verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronse la apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual Doña Rodríguez y su hija dando grandes voces, dijeron: este es engaño, engaño es este; á Tosilos el lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: justicia de Dios y del rey

de tanta malicia, por no decir bellaquería. No vos acuitéis señoras, dijo D. Quijote, que ni esta es malicia ni es bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decís que es lacayo del Duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseáis alcanzar por esposo. El Duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor D. Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña: dilatemos el casamiento quince dias si quieren, y tengamos encerrado á este personaje, que nos tiene dudosos, en los cuales podria ser que volviese á su prístina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor D. Quijote, y mas yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones. ¡O señor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora, y así imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. A lo que dijo la hija de la Rodríguez: séase quien fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que mas quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su transformacion. Aclamaron todos la vitoria por D. Quijote, y los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los moachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y D. Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron Doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una via ó por otra aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba ménos.

Cuentos...

Tirad

ant.

m. la

St. i. c. n.

El Sr. n.

lo n. n.

Parti.

CAPÍTULO LVII.

Que trata de como D. Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora doncella de la Duquesa.

Ya le pareció á D. Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacian, y pareciale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un dia licencia á los Duques para partirse. Diéronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dio la Duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo : ¿quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo D. Quijote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es enviando las bellotas á la Duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo de él, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco : desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida ; y saliendo D. Quijote, habiéndose despedido la noche ántes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto contentísimo, porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia D. Quijote. Estando, con lo queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo :

Escucha, mal caballero,
deten un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes
 de alguna serpiente fiera,
 sino de una corderilla,
 que está muy lejos de oveja.
 Tú has burlado, monstruo horrendo,
 la mas hermosa doncella
 que Diana vió en sus montes,
 que Venus miró en sus selvas.
 Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.
 Tú llevas ; llevar impio !
 en las garras de tus cerras
 las entrañas de una humilde,
 como enamorada tierna.
 Llévaste tres tocadores
 y unas ligas de unas piernas,
 que al mármol puro se igualan
 en lisas, blancas y negras.
 Llévaste dos mil suspiros,
 que á ser de fuego, pudieran
 abrasar á dos mil Troyas,
 si dos mil Troyas hubiera.
 Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.
 De ese Sancho tu escudero
 las entrañas sean tan tercas
 y tan duras que no salga
 de su encanto Dulcinea.
 De la culpa que tú tienes,
 lleve la triste la pena :
 que justos por pecadores
 tal vez pagan en mi tierra.
 Tus mas finas aventuras
 en desventuras se vuelvan,
 en sueños tus pasatiempos,
 en ofvidos tus firmezas.
 Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.
 Seas tenido por falso
 desde Sevilla á Marchena,
 desde Granada hasta Loja,
 de Lóndres á Inglaterra.
 Si jugares al reinado,
 los cientos, ó la primera,
 los reyes huyan de ti,
 ases ni sietes no veas.
 Si te cortares los callos,
 sangre las heridas viertan,
 y quédente los raigones,
 si te sacares las muelas.
 Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la

lastimada Altisidora, la estuvo mirando D. Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho le dijo : por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad : dime ¿ llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió : los tres tocadores sí llevo ; pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas ; y como no estaba advertida desta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo : nõ me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayáis atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos, si por lo mas las ligas de mi doncella : indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama : volvedle las ligas, si nõ yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió D. Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido : los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene ; las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni él tampoco ; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamás he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno, dijo la Duquesa, señor D. Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechorías, y andad con Dios, que mientras mas os detenéis, más aumentáis el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. Una no mas quierõ que me escuches, ó valeroso D. Quijote, dijo entõces Altisidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscaba. ¿ No lo dije yo? dijo Sancho ; bonico soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasión en mi gobierno. Abajó la cabeza D. Quijote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CAPÍTULO LVIII.

Que trata de como menudearon sobre D. Quijote aventuras tantas que nó se daban vagar unas á otras.

Cuando D. Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho le dijo: la libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos: que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear el ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quedé sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que como pitima y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero quando vieron, habiendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenían unas como sábanas blancas con que cubrian alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas y de trecho á trecho puestas. Llegó D. Quijote á los que comian, y saludándolos primero cortesmente les preguntó, que qué era lo que aquellos lienzos cubrian. Uno dellos le respondió: señor, debajo destos lienzos están unas imágenes de relieve y entalladura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió D. Qui-

jote, holgaria de verlas, pues imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y cómo si lo son, dijo otro, si no, digalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados: y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos; y levantándose dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de S. Jorge puesto á caballo con una serpiente enroscada á los piés, y la lanza atravesada por la boca, con la siereza que suele pintarse. Toda la imagen parecia una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola D. Quijote dijo: este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse D. San Jorge, y fué además defendedor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de S. Martin presto á caballo, que partia la capa con el pobre; y apenas la hubo visto D. Quijote cuando dijo: este caballero tambien fué de los aventureros cristianos, y creo que fué mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debia de ser entonces invierno, que si nó él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dicen, que para dar y tener, seso es menester. Rióse D. Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del Patron de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas, y en viéndola dijo D. Quijote, este sí que es caballero y de las escuadras de Cristo; este se llama D. San Diego Matamóros, uno de los mas valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caída de S. Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba, y Pablo respondia: este, dijo D. Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamas: caballero andante por la vida, y santo á pié quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo. No había mas imágenes, y así mandó D. Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos, y pelearon á lo divino, y yo soy peador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé

lo que conquistó á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura, y adobandoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dijo lo oiga, y el pecado sea bardo, dijo Sancho á esta ocasion. Admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de D. Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir quería. Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes, y despidiéndose de D. Quijote siguieron su viaje. Quedó Sancho de nuevo como si jamas hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo, ni suceso que no le tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole: en verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos. Tú dices bien, Sancho, dijo D. Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levantase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado S. Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo vuelve las espaldas, y vuélvese á su casa. Derramasele el otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele a él la melancolia por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipion á Africa, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él abrazandose con el suelo dijo: no te me podrás huir, Africa, por tengo salida y entre mis brazos. Así que, Sancho, encontrado con estas imágenes ha sido para mí fe acontecimiento. Yo así lo creo, respondió Sancho, y que vuesa merced me dijese: qué es la causa por que los españoles quando quieren dar alguna batalla, in aquel S. Diego Matamóros: Santiago y cierra España por ventura España abierta y de modo que es menester rarla? ó que ceremonia es esta? Simplicisimo eres, respondió D. Quijote, y mira que este gran caballe cruz hermeja haselo dado Dios á España por patro paro suyo, especialmente en los rigurosos trances. Los moros los españoles han tenido, y así le invocan:

Amos...
{...}
...

como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones : y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan. Mudó Sancho plática, y dijo á su amo : maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora la doncella de la Duquesa : bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oído decir tambien que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas, pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dijo D. Quijote, que el amor ni mira respetos, ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho ántes confusion que lástima. ¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la mas mínima razon amorosa suya. Hidēputa, ¡y qué corazon de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brio, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pié hasta el último cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo tambien oído decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre. Advierte, Sancho, respondió D. Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma, y otra del cuerpo : la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme : y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló D. Quijote enredado entre unas

... Y queriendo pasar adelante y romperlo todo...

p. 682

redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello dijo á Sancho : paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido : pues mándoles yo que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde fueran de durísimos diamantes, ó mas fuertes que aquella con que el zeloso dios de los herreros enredó á Vénus y á Marte, así la rompiera como si fuera de juncos marinos ó de hilachas de algodón, y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo ménos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro : traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas : la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á D. Quijote, hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á D. Quijote : detened, señor caballero, el paso, y no rompáis las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo aquí están tendidas : y porque sé que nos habéis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores : traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camões en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta ahora no hemos representado : ayer fué el primero dia que aquí llegamos : tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el margen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza ; tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido vinieren á dar en ellas. Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortesmente,, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía. Calló, y no dijo mas : á lo que respondió D. Quijote : por cierto, hermosísima señora,

— que no debió de quedar mas suspenso ni admirado Alonzo cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, yo he quedada alónito en ver vuestra belleza. Alabo el asar de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos; agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podéis mandar, porque no es otra la profesion mia sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa: y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas: y porque deis algun crédito á esta mi exaguracion, ved que os lo promete por lo ménos D. Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oídos este nombre. ¡Ay, amiga de mi alma, dijo entónces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? pues hágote saber que es el mas valiente y el mas enamorado y el mas comedido que tiene el mundo, sino es que nos mienta y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leído. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo D. Quijote de la Mancha, historiado y referido. ¡Ay! dijo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que tambien he oído yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho, y sobre todo dicen dél que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe; y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dijo D. Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningun cabo. Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondia: contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso D. Quijote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leído su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder D. Quijote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran D. Quijote y su escudero, de que no poco con-

tento recibieron, porque ya tenían del noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias : honraron á D. Quijote dándole el primer lugar en ellas : mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente alzados los manteles, con gran reposo alzó D. Quijote la voz y dijo : entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras si pudiera ; porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia, y esta estrechez y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha ; y así digo que sustentaré dos dias naturales en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están, son las mas hermosas doncellas y mas corteses que hay en el mundo, excetando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos : con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan. Oyendo lo cual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz dijo : ¿ es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco ? Digan vuestas mercedes, señores pastores, ¿ hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho ? ¿ ni hay caballero andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido ? Volvióse D. Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico le dijo : ¿ es posible, ó Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco ? ¿ Quién te mete á ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero ? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante : vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla : y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podian tener por loco ó por cuerdo.

Finalmente habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian : con todo esto salió D. Quijote con su intención, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no léjos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues D. Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras : ó vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo, que por este camino pasáis, ó habéis de pasar en estos dos dias siguientes, sabed que D. Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender, que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las niñas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso : por eso el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oidas de ningun aventurero ; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con D. Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien léjos del camino, porque conocieron que si esperaban les podia suceder algun peligro : solo D. Quijote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á D. Quijote : apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. Ea canalla, respondió D. Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, si no, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni D. Quijote le tuvo de desviarse aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre D. Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado D. Quijote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante ; pero en fin se levan-taron todos, y D. Quijote á gran priesa, tropezando aquí y

cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces : deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á D. Quijote, y mas enojado que vengado se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contráhecha, y con mas vergüenza que gusto siguieron su camino.

CAPÍTULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso que se puede tener par aventura, que sucedió á D. Quijote.

Al polvo y al cansancio que D. Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando librés, sin jáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio : enjuagóse la boca, lavóse D. Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados : no comía D. Quijote de puro pesado, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva ; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya ¹, y atropellando por todo género de crianza comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dijo D. Quijote, sustenta la vida, que mas que á mi te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo : y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los piés de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes,

¹ Es decir, no habló.

entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer; de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. Des esta manera, dijo Sancho sin dejar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen: muera Marta, y muera harta: yo á lo ménos no pienso matarme á mí mismo; ántes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar dōnde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo: y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced: y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como cuando despierte se halla algo mas aliviado. Hizolo así D. Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo que de mentecato, y díjole: si tú, ó Sancho, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes, y es, que mientras yo duermo obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco léjos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho: durmamos por ahora entrambos, y despues Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando ménos se cate me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo D. Quijote comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío y sin órden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta que al parecer una legua de allí se descubria: digo que era venta, porque D. Quijote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron pues á ella: preguntaron al huésped si habia posada. Fúeles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su reposteria en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que D. Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese pare-

cido castillo aquella venta, Llegóse la hora del cenar, recogieronse á su estancia, preguntó Sancho al huésped que tenía para darles de cenar. A lo que el huésped respondió que su boca sería medida, y así que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasía. Respondióle el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados. Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna. ¡Polla, mi padre! respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas pida vuesa merced lo que quisiere. Desamano, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, ¿y quiere que tenga huevos? discurra si quisiere por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos. Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera, que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: cómeme, cómeme. Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daría nada que fuesen manos como fuesen uñas. Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y repostería. Si por principales va, dijo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nisperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora del cenar, recogióse á su estancia D. Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de D. Quijote estaba, que no le dividía mas que un sutil tabique, oyó decir D. Quijote: por vida de vuesa merced, señor D. Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la se-

esto al...

aprovechamiento de...
Exceso de...
Primer...

gunda parte de D. Quijote de la Mancha ¹. Apénas oyó su nombre D. Quijote, cuando se puso en pié, y con oído alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal D. Jerónimo referido respondió : ¿ para qué quiere vuesa merced, señor D. Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de D. Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dijo el D. Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mi en este mas desplace es que pinta á D. Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo cual D. Quijote, lleno de ira y de despecho alzó la voz y dijo : quienquiera que dijere que D. Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy léjos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en D. Quijote puede caber olvido : su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. ¿ Quién es el que nós responde? respondieron del otro aposento. ¿ Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo D. Quijote de la Mancha que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas? Apénas hubo dicho esto Sancho. cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecían, y uno dellos echando los brazos al cuello de D. Quijote le dijo : ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero D. Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que hà querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego : y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó D. Quijote, y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió diciendo : en este poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehension. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo : la otra, que el lenguaje es aragones, porque tal vez escribe sin artículos ; y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es que yerra y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutiérrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza ; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demas de la historia. A esto dijo Sancho : donosa cosa de historiador por cierto ; bien debe de estar en el cuento de

¹ En este capítulo comienza Cervántes á hablar de la segunda parte del *Quijote* compuesta por Avellaneda, de la cual se hizo mencion en la primera ^a del prólogo de Cervántes de esta su segunda parte del *Quijote*. . .

nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi mujer Mari Gutiérrez : torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oido hablar, amigo, dijo D. Jerónimo, sin duda debéis de ser Sancho Panza el escudero del señor D. Quijote. Si soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra : pintaos comedór y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dijo Sancho ; dejárame en mi rincon sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está S. Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á D. Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. D. Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos : quedóse Sancho con la olla con mero misto imperio, sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no méuos que Sanchō estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó D. Juan á D. Quijote qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor D. Quijote. Á lo que él respondió : Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca : las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradorā trasformada ; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oir contar á D. Quijote los extraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho équis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando dijo : que me maten, señores, si el autor deste libro que vuestas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos : yo querria, que ya que me llama comilon, como vuestas mercedes dicen, no me llamase también borracho. Sí llama, dijo D. Jerónimo ; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y ademas mentirosas, segun yo echó de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente. Créanme vuestas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el D. Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benen-

geli que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado. y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho. Yo así lo creo, dijo D. Juan, y si fuera posible se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran D. Quijote, sino fuese Cid Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apéles. Retrátame el que quisiere, dijo D. Quijote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciència cuando la cargan de injurias. Ninguna, dijo D. Juan, se le puede hacer al señor D. Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciència, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque D. Juan quisiera que D. Quijote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leído, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto mas los ojos. Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje. Respondió, que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole D. Juan que aquella nueva historia contaba como D. Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió D. Quijote, no pondré los piés en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el D. Quijote que él dice. Hará muy bien, dijo D. Jerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor D. Quijote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dijo D. Quijote, y vuestras mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mí tambien, dijo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y D. Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á D. Juan y á D. Jerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos D. Quijote y Sancho y no los que describia su autor aragones. Madrugó D. Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á D. Quijote yendo á Barcelona.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que D. Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el mas derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales yendo fuera de camino le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero D. Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podía pegar sus ojos, ántes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creía solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le fallaban y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro diciendo: tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni mas ni ménos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren. Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: ¿qué es esto, quién me toca y desencinta? Yo soy, respondió D. Quijote, que vengo á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero descando, y así desatá-

cate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad por lo ménos dos mil azotes. Eso no, dijo Sancho, vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos: los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme, basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere. No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo D. Quijote, porque eres duro de corazón, y aunque villano, blando de carnes; y así procuraba y pugnaba por desēnlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza se puso en pié, y arremetiendo á su amo se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. D. Quijote le decia: ¿cómo, traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿con quien te da su pan te atreves? Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no.

X ?
Aquí morirás, traidor,
enemigo de Doña Sancha

Prometióselo D. Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse á otro árbol sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos topó con dos piés de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol, y sucedióle lo mismo: dió voces llamando á D. Quijote que le favoreciese. Hizolo así D. Quijote, y preguntándole qué le habia sucedido, y de qué tenia miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de piés y de piernas humanas. Tentólos D. Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser, y díjole á Sancho: no tienes de qué tener miedo, porque estos piés y piernas que tientes y no ves, sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona: y así era la verdad, como él lo habia imaginado. Al amanecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecia, y si los muertos los habian espantado, no ménos los atribularon mas de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que

estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegase su capitán. Hallóse D. Quijote á pié, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza guardándose para mejor sazón y coyuntura. Acudieron los bandideros á espulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía: y avinole bien á Sancho, que en una ventrera que tenia ceñida venían los escudos del Duque y los que habían sacado de su tierra, y con todo eso aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave y color morena. Venia sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoles, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo y á D. Quijote armado y pensativo, con la mas triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él diciéndole: no estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algun cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivos que de rigurosos. No es mi tristeza, respondió D. Quijote, haber caído en tu poder, ó valeroso Roque, cuya fama no hay limites en la tierra que la encierran, sino por haber sido tal mi descuido que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la orden de la andante caballería que profeso, á vivir continuo alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo: porque te hago saber, ó gran Roque, que si me hallaran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy D. Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció fermedad de D. Quijote tocaba mas en locura que en sanidad, y aunque algunas veces le habia oido nombrar, por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que humor reinase en corazon de hombre; y holgóse de haberle encontrado para tocar de cerca lo que habia oido, y así le dijo: valeroso caballero, no chéis, ni tengais á sinistra fortuna esta en que que podria ser que en estos tropiezos vuestra torse enderezase, que el cielo por extraños y nunca vistos, de los hombres no imaginados, suelo levanta y enriquecer los pobres. Ya le iba á dar las gracias cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cu-

Don Quijote de la Mancha

toda furia un mancebo al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la walona, botas encerradas y justas, espuelas, daga y espada dora las, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual en llegando á él dijo: en tu busca venia, ó valeroso Roque, para hallar en ti, si no remedio, á lo ménos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy: yo soy Claudia Jerónima, hija de Simon Forte tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrèllas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrèllas tiene un hijo, que D. Vicente Torrèllas se llama, ó á lo ménos se llamaba no há dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que olvidado de lo que me debia se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar le tuve yo de ponerme en el traje que ves, y apresurando el paso á este caballo alcancé á D. Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dar quejas ni á oír disculpas le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimismo á rogarte defiendas á mi padre, porque los muchos de D. Vicente no se atrevan á tomar en él desafogada venganza. Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen tallo y suceso de la hermosa Claudia, la dijo: ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que despues veremos lo que mas te importare. D. Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo: no tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora, que lo tomo yo á mi cargo: denme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré á buscar á ese caballero, y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de esto, dijo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no há muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los

encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando á sus escuderos que volbiesen á Sancho todo cuanto le habian quitado del rucio, mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto D. Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debia de ser D. Vicente, á quien sus criados ó muerto ó vivo llevaban ó para curarle ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos, que como iban de espacio con facilidad lo hicieron. Hallaron á D. Vicente en los brazos de sus criados, á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejaran allí morir, porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de D. Vicente: y así entre enternecida y rigurosa se llegó á él, y asiéndole de las manos le dijo: si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia le dijo: bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los cuales ni con mis obras jamas quise ni supe ofenderle. ¿Luego no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro? No por cierto, respondió D. Vicente; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas para que zelosa me quitases la vida, la cual, pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa: y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo si quisieres, que no tengo otra mayor satisfaccion que darte del agravio que piensas que de mí has recibido. Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazon de manera, que sobre la sangre y pecho de D. Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia; pero no de su parasismo D. Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, y con todas las muestras de

dolor y sentimiento, que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. ¡O cruel é inconsiderada mujer! decia, ¡con qué facilidad te moviste á poner en ejecucion tan mal pensamiento! ¡O fuerza rabiosa de los zelos, á qué desesperado fin conducis á quien os da acogida en su pecho! ¡O esposo mio, cuya desdichada suerte por ser prenda mia te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guinart ordenó á los criados de D. Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que queria irse á un monasterio, donde era abadesa una tia suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y mas eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreció de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de D. Vicente, y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió del llorando. Los criados de D. Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos, y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. ¿Pero qué mucho si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y ríguosas de los zelos? Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á D. Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadia dejasen aquel modo de vivir tan peligroso así para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de D. Quijote. Llegado que fué Roque preguntó á Sancho Panza si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habian quitado. Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres ciudades. ¿Qué es lo que dices, hombre? dijo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales. Así es, dijo D. Quijote; pero estimalos mi escudero en lo que ha dicho por habérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última reparticion habian robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á D. Quijote: si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con

ellos. A lo que dijo Sancho : según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mismos ladrones. Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abría la cabeza á Sancho si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno ó algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y este dijo : señor, no léjos de aquí, por el camino que va á Barcelona viene un gran tropel de gente. A lo que respondió Roque : ¿has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aquí luego sin que se os escape ninguno. Hiciéronlo así, y quedándose solos D. Quijote, Sancho y Roque aguardaron á ver lo que los escuderos traían, y en este entretanto dijo Roque á D. Quijote : nueva manera de vida le debe de parecer al señor D. Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos : y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir mas inquieto ni mas sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones : yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado ; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo : y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no solo las miás, pero las ajenas tomo á mi cargo ; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro. Admirado quedó D. Quijote de oír hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear no podia haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle : señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena : vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro : y mas que los pecadores discretos están mas cerca de enmendarse que los simples ; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia : y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el

de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse Roque del consejo de D. Quijote, á quien mudando plática contó el trágico suceso de Claudia Jerónima, de qué le pesó en extremo á Sancho, que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pié, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que á pié y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían. Cogieronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á qué el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran, y adónde iban, y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió : señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras, que dicen están en Barcelona con orden de pasar á Sicilia : llevamos hasta doscientos ó trescientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes : fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podrian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien quién iba en el coche y adónde y el dinero que llevaban : y uno de los de á caballo dijo, mi señora Doña Guimar de Quiñones, mujer del regente de la vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña son las que van en el coche : acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales : mis soldados deben de ser hasta sesenta ; mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores levantaron la voz diciendo : viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los capitanes, entristeciése la señora regenta, y no se holgaron nada los peregrinos viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque ; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los capitanes dijo : vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta, ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconduto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mías, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar á soldados, ni á

mujer alguna, especialmente á las que son principales. Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quinónes se quiso arrojar del coche para besar los piés y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera, ántes le pidió perdon del agravio que le habia hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido, y ya los capitanes habian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y volviéndose á los suyos les dijo: destos escudos dos tocan á cada uno y sobran veinte, los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvoconduto para los mayores de sus escuadrás, y despidiéndose dellos los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion y extraño proceder, teniéndole mas por un Alejandro Magno, que por ladrón conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: este nuestro capitan mas es para frade que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, sêalo con su hacienda, y no con la nuestra. No lo dijo tan paso el desventurado que dejase de oírlo Roque, el cual echando mano á la espada le abrió la cabeza casi en dos partes diciéndole: desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona dándole aviso como estaba consigo el famoso D. Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian; y que le hacia saber que era el mas gracioso y el mas entendido hombre del mundo, y que de allí á cuatro dias, que era el de S. Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto á sus amigos los Niarrós para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells sus contrarios; pero que esto era imposible á causa que las locuras y discreciones de D. Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.

CAPÍTULO LXI.

De lo que le sucedió á D. Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

Tres dias y tres noches estuvo D. Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comían : unas veces huian sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pié, interrumpiendo el sueño mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traían pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el visorey de Barcelona habia echado sobre su vida le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habian de matar ó entregar á la justicia : vida por cierto miserable y enfadosa. En fin por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque, D. Quijote y Sancho con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la vispera de S. Juan en la noche, y abrazando Roque á D. Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entónces no se los habia dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedóse D. Quijote esperando el dia así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oído, aunque al mismo instante alegraron tambien el oído el son de las muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que el de una rodela por el mas bajo horizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron D. Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entónces dellos no visto : parecióles espaciosisimo y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habían visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que treñolaban al viento, y besaban y barrian el agua : dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y léjos llenaban el aire de suaves y belicósos acentos : comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas

libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, á quien respondían los cañones de cruzía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gustosúbito en todas las gentes. No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos piés aquellos bultos que por el mar se movían. En esto llegaron corriendo con grito, lilíes y algazara los de las libreas adonde D. Quijote suspénso y atónito estaba; y uno dellos, que era el aviado de Roque, dijo en alta voz á D. Quijote: bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, dónde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso D. Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cile Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió D. Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguían, comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor de D. Quijote, el cual volviéndose á Sancho dijo: estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del aragones recién impresa. Volvió otra vez el caballero que hablo á D. Quijote, y díjole: vuesa merced, señor D. Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que D. Quijote respondió: si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme do quisieredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la queréis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándose todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la c rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encerrando manojos de alíagas. Sintieron los pobres á las nuevas espuelas, y apretando las colas aument. disgusto de manera, que dando mil corcovos dieron á dueños en tierra. D. Quijote, corrido y afrentado, á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho su rucio. Quisieran los que guiaban á D. Quijote con atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, por encerraron entre mas de otros mil que los seguían, ron á subir D. Quijote y Sancho, y con el mismo apl

música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejaremos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.

CAPITULO LXII.

Que trata de la aventura de la cabeza encantada con otras niñerías que no pueden dejar de contarse.

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de D. Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual viendo en su casa á D. Quijote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á D. Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreras, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo por parecerle que se habia hallado sin saber cómo ni cómo no otras bodas de Camacho, otra casa como la de D. Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con D. Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á D. Quijote como á caballero andante, de lo cual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oían. Estando á la mesa dijo D. Antonio á Sancho : acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si es sobran las guardáis en el seno para el otro dia. No señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso ; y mi señor D. Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias : verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla : quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo ; y quienquiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa. Por cierto, dijo D. Quijote, que si la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él

tiene hambre parece algo tragon, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los grānos de la granada. ¡Cómo! dijo D. Antonio, ¿gobernador ha sido Sancho? Sí, respondió Sancho, y de una insula llamada la Barataria. Diez dias la goberné á pedir de boca en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro. Contó D. Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando D. Antonio por la mano á D. Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no habia otra cosa de adorno que una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pié de lo mismo se sostenia, sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejava ser de bronce. Paseóse D. Antonio con D. Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo cual dijo: ahora, señor D. Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir novedades que imaginarse pueden, con condicion que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto. Así lo juro, respondió D. Quijote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor D. Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oir, no tiene lengua para hablar: así que con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fe desá promesa, respondió D. Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba D. Quijote esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto tomándole la mano D. Antonio se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pié de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo: esta cabeza, señor D. Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion, y discípulo del famoso Escotillo¹, de quien tantas maravillas se cuentan, el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le di labró esta cabeza, que tiene propiedad

¹ Astrólogo de Parma, el cual vivia en Flándes durante el gobierno de Alejandro Farnesio.

y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caractéres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfeccion que veremos mañana, porque los viérnes está muda, y hoy que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde. Admirado quedó D. Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á D. Antonio; pero por ver cuán poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta D. Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á D. Quijote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho de modo que no le dejasen salir de casa. Iba D. Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas sin que lo viese le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes : *este es D. Quijote de la Mancha*. En comenzando el paseo llevaba el rétulo los ojos de cuantos venian á verle, y como leían : *este es D. Quijote de la Mancha*, admirábase D. Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocian; y volviéndose á D. Antonio, que iba á su lado, le dijo : grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor D. Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad sin nunca haberme visto me conocen. Así es, señor D. Quijote, respondió D. Antonio; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras. Acaeció pues que yendo D. Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rétulo de las espaldas alzó la voz diciendo : *válgate el diablo por D. Quijote de la Mancha*; cómo ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes áuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera ménos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican : si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento. Her-

mano, dijo D. Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor D. Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad enhoramala, y no os metáis donde no os llaman. Par diez vuesa merced tiene razon, respondió el castellano, que aconsejar a este buen hombre es dar golpes contra el aguijon; pero con todo eso me da muy lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en cosas este mentecado se le desagüe por la canal de la caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo mi y para todos mis descendientes, si de hoy me viviese mas años que Malusalén, diere consejo á quien me lo pida. Apartóse el consejero, siguió a paseo; pero fué tanta la prisa que los muchachos gente tenía leyendo el relulo, que se le hubo de quitar como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, y ronse á casa, hubo sarao de damas; porque la D. Antonio, que era una señora principal y alegre y discreta, convidó á otras sus amigas á que vinieran á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y con sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honrado algo descompuestas por dar lugar que las burlas sin enfado. Estas dieron tanta prisa en sacar á D. Quijote, que le molieron no sólo el cuerpo, pero Era cosa de ver la figura de D. Quijote, largo, tene amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sob nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damas tambien como á hurto las desdeñaba; pero viendo de requiebros alzó la voz y dijo: *Fugite, partes dejadme en mi sosiego, pensamientos malvenidos, venid, señoras, con vuestros deseos, qué la que a los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no con ningunos otros que los suyos me avesallen y rindiendo esto se sentó en mitad de la sala en el sue y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo D. Antonio llevarse en peso á su lecho, y el primero que a Sancho diciéndole: nora en tal, señor nuestro amo bailado: ¿pensáis que todos los valientes son dan todos los andantes caballeros bailarines? Digo que sí, que estáis engañado: hombre hay que se matar á un gigante ántes que hacer una cabriola rades de zapatear, yo supiera vuestra falta, qu como un girifalte; pero en lo del danzar no doy pu estas y otras razones dió que reir Sancho á los dió con su amo en la cama, arropándole para que frialdad de su baile. Otro día le pareció a D. Anton*

1414

Compromiso

en la

hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con D. Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á D. Quijote en el baile, que aquella propia noche se habian quedado con la mujer de D. Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primero dia donde se había de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y sino eran los dos amigos de D. Antonio, ninguna otra persona sabia el busilis del encanto; y aun si D. Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal órden estaba fabricada. El primero que se llegó al oido de la cabeza fué el mismo D. Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo ahora? Y la cabeza le respondió sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida esta razon: yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y mas viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese. ¿Cuántos estamos aquí? tornó á preguntar D. Antonio, y fuéle respondido por el propio tenor, paso: estáis tú y tu mujer, con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un caballero famoso llamado D. Quijote de la Mancha, y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí que fué el almirarse de nuevo: aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose D. Antonio de la cabeza dijo: esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere: y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de D. Antonio, y lo que le preguntó fué: dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa? y fuéle respondido: sé muy honesta. No te pregunto mas, dijo la preguntanta. Llegó luego la companera y dijo: querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no. Y respondiéronle: mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada diciendo: esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de D. Antonio, y preguntóle: ¿quién soy yo? Y fuéle respondido: tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que medigas si me conoces tú? Si conozco, le respondieron, que eres D. Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ó cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose llegó el otro amigo y preguntóle:

dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayor? yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo, pero con todo eso te sé decir, que los que tu hijo de enterrarte. Eso es, dijo el caballero, lo que ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. mujer de D. Antonio, y dijo: yo no sé, cabeza, que tarte, solo querría saber de ti si gozaré muchos buen marido. Y respondieronla: si gozarás, por que su templanza en el vivir prometen muchos años la cual muchos suelen acortar por su destemplanza. luego D. Quijote, y dijo: dime tú el que respaldarás verdad ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea la cueva, respondieron, hay mucho que decir, de los azotes de Sancho irán despacio: el desencanto nea llegará á debida ejecucion. No quiero saber D. Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada cuenta que vienen de golpe todas las venturas que á desear. El último preguntante fué Sancho, y preguntó fué: por ventura, cabeza, ¿tendré otra mujer? ¿saldré de la estrechez de escudero? ¿volveré á mis hijos? A lo que le respondieron: en tu casa, y si vuelves á ella verás á tu mujer y y dejando de servir dejarás de ser escudero. Buen dijo Sancho Panza; esto yo me lo dijera, no de profeta Perogrullo. Bestia, dijo D. Quijote, ¿qué te respondan? ¿No basta que las respuestas que ha dado correspondan á lo que se le pregunta? Si respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara dijera mas. Con esto se acabaron las preguntas puestas; pero no se acabó la admiracion en que daron, excepto los dos amigos de D. Antonio, que sabian. El cual quiso Cide Hamete Benengeli decir por no tener suspenso al mundo, creyendo que al cero y extraordinario misterio en la tal cabeza se y así dice que D. Antonio Moreno, á imitacion de que vió en Madrid fabricada por un estampero, en su casa para entretenerse y suspender á los igno fabricada era de esta suerte. La tabla de la mesa pintada y barnizada como jaspe, y el pié sobre tenia era de lo mismo, con cuatro garfios de agualian para mayor firmeza del peso. La cabeza, medalla y figura de emperador romano, y de color estaba toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de lo que se encajaba tan justamente, que ninguna se tura se parecia. El pié de la tabla era ansimismo respondia á la garganta y pechos de la cabeza; venia á responder á otro aposento que debajo de

de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pié, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de alta muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponía el que habia de responder, pegada la boca con el mismo cañon, de modo que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y desta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de D. Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual estando avisado de su señor tio de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demas respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que D. Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondia, temiendo no llegase á los oídos de las despiertas sentinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores le mandaron que la deshiciese, y no pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinion de D. Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas á satisfacion de D. Quijote que de Sancho. Los caballeros de la ciudad por complacer á D. Antonio y por agasajar á D. Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis dias, qué no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á D. Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pié, temiendo que si iba á caballo le habian de perseguir los muchachos, y así él y Sancho con otros dos criados que D. Antonio le dió salieron á pasearse. Sucedió pues que yendo por una calle alzó los ojos D. Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entónces no habia visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase D. Quijote á un cajon, y preguntaba qué era aquello que allí se hacia: dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y pasaba adelante. Llegó en otras á uno y preguntóle qué era lo que hacia. El oficial le respondió: señor, este caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoyle yo componiendo para darle á la estampa. ¿Qué título tiene el libro? preguntó D. Quijote. A lo que el autor respondió: señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle*. ¿Y qué responde *Le bagatelle* en nuestro cas-

tellano? preguntó D. Quijote. *Le bagatelle*, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos los juguetes; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales. Yo, dijo D. Quijote, sé algún tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio. (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no mas), ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata*? Sí, muchas veces, respondió el autor. ¿Y cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó D. Quijote. ¿Cómo la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo olla? ¡Cuerpo de tal, dijo D. Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano *place*, y adonde diga *piu*, dice mas y el *su* declara con arriba, y el *giu* con abajo. Sí declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias. Osaré yo jurar, dijo D. Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡qué de ingenios arrinconados! ¡qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el reves, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que ménos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pastor Fido*, y el otro D. Juan de Jáuregui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traduccion, ó cuál el original. Pero dígame vuesa merced, ¿este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo ménos con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió D. Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco avieso y no nada picante. ¿Pues qué, dijo el autor, quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres mara-

vedis, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrin la buena fama. Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió D. Quijote, y pasó adelante á otro cajon, d'onde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*, y en viéndole dijo: estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título le respondieron que se llamaba *la segunda parte del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia deste libro, dijo D. Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su san martin se le llegará como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son mas verdaderas: y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la emprenta, y aquel mismo dia ordenó D. Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó D. Antonio al cuatralvo de las galeras como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso D. Quijote de la Mancha, de quien ya el cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenian noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo

CAPÍTULO LXIII.

De lo mal que le ayino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.

Grandes eran los discursos que D. Quijote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde D. Antonio Moreno su huésped y sus dos amigos, con Quijote y Sancho, fueron á las galeras. El cuatralvo, que

estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apénas llegaron á la marina cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquife al agua cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los pies en él D. Quijote disparó la capitana el cañon de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir D. Quijote por la escala derecha toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano¹: abrazó á D. Quijote diciéndole: este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida habiendo visto al señor D. Quijote de la Mancha: tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no ménos corteses razones le respondió D. Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bándines: pasóse el cómitre en crujía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fuera-popa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder de la mano derecha, el cual ya avisado de lo que habia de hacer asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pié y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le habia. Don Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto se levantó en pié y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios, y venia á dar sobre su cabeza, y agobiándola lleno de miedo la puso

¹ Llamado D. Luis Coloma, conde de Elda.

entre las piernas. No las tuvo todas consigo D. Quijote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amañado, y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho ó rebenque comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y á largarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moverse tantos piés colorados (que tales pensó él que eran los remos) dijo entre sí : estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que así los azotan ? ¿y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente ? Ahora yo digo que este es infierno, ó por lo ménos el purgatorio. D. Quijote, que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo : ¡ah Sancho amigo, y con qué brevedad, y cuán á poca costa os podiades vos si quisiédesdes desnudar de medio cuerpo arriba, y poner os entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea ! pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra : y más, que podría ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar. Preguntar queria el general qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero : señal hace Monjuich de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oído saltó en general el la crujía, y dijo : ea, hijos, no se nos vaya : algun bergantin de cosarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras galeras á la capitana á saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque así el bajel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad ; el cual bajel cuando descubrió las galeras se puso en caza con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza, pero avínole mal, porque la galera capitana era de los mas ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podian escaparse, y así el arracz quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no irritar á enojo al capitan que nuestras galeras regia ; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que podian los del bajel oir las voces que desde ella les decian que se rindiesen, dos Toraquis, que es como decir dos turcos borrachos que en el bergantin venian con otros doce

dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo cual, juró el general de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia se le escapó por debajo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho : los del bajel se vieron perdidos ; hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza ; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento, porque alcanzándoles la capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traían. Vió fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el virey de la ciudad ¹. Mandó echar el esquispe para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arraez y á los demas turcos que en el bajel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros turcos. Preguntó el general quién era el arraez del bergantin, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues pareció ser renegado español) : este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arraez, y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginación. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el general : dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escape ? ¿Este respeto se guarda á las capitanas ? ¿No sabes tú que no es valentia la temeridad ? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el arraez, pero no pudo el general por entonces oír la respuesta por acudir á recibir al virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor general, dijo el virey. Y tan buena respondió el general, cual la verá vuestra excelencia agora colgada desta entena. ¿Cómo así ? replicó el virey. Porque me han muerto, respondió el general, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arraez del bergantin : y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta esperando la muerte. Miróle el virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó : dime, arraez, ¿eres turco, de nacion, ó moro, ó renegado ? A lo

¹ El marqués de Almazan D. Francisco Hurtado de Mendoza.

cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana : ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado. ¿Pues que eres? replicó el virey. Mujer cristiana, respondió el mancebo. ¿Mujer cristiana, y en tal traje y en tales pasos? más es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dijo el mozo, ó señores, la ejecucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto yo os cuente mi vida. ¿Quién fuera el de corazon tan duro que con estas razones no se ablandara, ó á lo ménos hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera : de aquella nacion mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por tios míos llevada á Bérbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, ántes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido, y así por fuerza mas que por grado me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni mas ni ménos : mamé la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres : ni en la lengua ni en ellas jamas, á mi parecer, di señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero llamado D. Gaspar Gregorio¹, hijo mayorazgo de un caballero de junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido por mí, y cómo yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mes en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atrevesar el riguroso cordel que me amenaza, y así solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme D. Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tios míos, que conmigo me traían ; porque mi padre prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro se salió del lugar, y se fué á buscár alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro.

¹ Sancho le llamó D. Pedro Gregorio en el capítulo LIV ; pero la mora le nombra aquí D. Gaspar Gregorio y tambien D. Gregorio.

Mandóme que no tocasse al tesoro que dejaba en ninguna manera si acaso ántes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasámos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traía. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas le llegaron á decir como venia conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego éntendí que lo decian por D. Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atras las mayores que encarecerse pueden. Turbéme considerando el peligro que D. Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros turcos en mas se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una mujer por bellísima que sea. Mandó luego el rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entónces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacia saber que no era varon, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con ménos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buena hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con D. Gaspar, contéle el peligro que corria al mostrar ser hombre: vestíle de mora, y aquella misma tarde le truje á la presencia del rey, el cual en viéndole quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hacer presente della al gran señor; y por huir del peligro que en el serallo de sus mujeres podia tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero) se deje á la consideracion de los que se apartan si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantin, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español, señalando al que habia hablado primero, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de volver á Berbería: la demas chusma del bergantin son moros y turcos, que no sirven de mas que de hogar al remo. Los dos turcos codiciosos é insolentes, sin guárdar el orden que traíamos de que á mí

y á este renegado en la primer parte de España, en hábito de cristianos de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habéis visto. En resolucion, D. Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejéis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban. El virey, tierno y compasivo sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto pues que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el virey; y apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus piés, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros le dijo: ó Ana Félix, desdicha hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvía á buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma. A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al peregrino conoció ser el mismo Ricote, que topó el dia que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual ya desatada abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas: el cual dijo al general y al virey: esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo sali de mi patria á buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania volví en este hábito de peregrino en compañía de otros alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo, y ahora por el extraño rodeo que habéis visto he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido

desterrados. Entonces dijo Sancho: bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo: una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron, y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentía habia sido la suya. Hizo el general lo que el virey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á D. Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenia: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armados de remeros cristianos, porque él sabia dónde, cómo y cuándo podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde D. Gaspar quedaba: dudaron el general y el virey el fiarse del renegado, ni confiar del los cristianos que habian de bogar el remo: fióle Ana Félix, y Ricote su padre dijo que salia á dar el rescate de los cristianos si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer se desembarcó el virey, y D. Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

CAPITULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á D. Quijote de cuantas hasta entonces le habian sucedido.

La mujer de D. Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibiola con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dijo D. Quijote á D. Antonio que el parecer que habian tomado en la libertad de D. Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en

Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaría á pesar de toda la morisma, como habia hecho D. Gayféros á su esposa Melisendra. Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor D. Gayféros sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí si acaso sacamos á D. Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio sino es para la muerte, respondió D. Quijote, pues llegando el barco á la marina nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. D. Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran D. Quijote pasase en Berbería. De allí á dos dias partió el aenegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeas á Levante, habiendo pedido el general al visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de D. Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el visorey de hacerlo así como se lo pedia: y una mañana, saliendo D. Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente, el cual llegándose á trecho que podia ser oído, en altas voces, encaminando sus razones á D. Quijote, dijo: insigné caballero, y jamas como se debe alabado, D. Quijote de la Mancha, yo *el caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quién fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela: y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacion sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma: y si tú me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia traigo de término para despachar este negocio. D. Quijote quedó susponso y atónito, así de la arrogancia del caballero *de la Blanca Luna*, como de la causa por que le desafiaba; y con

reposo y ademan severo le respondió: caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamas habéis visto á la ilus're Dulcinea; que si visto la hubiérades, yo sé que procurárades no ponerlos en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y así no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido aceto vuestro desafio, y luego, porque no se pase el dia que traéis determinado; y solo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mias me contento, tales cuales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, S. Pedro se la bendiga. Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y díchoselo al visorey que estaba hablando con D. Quijote de la Mancha. El visorey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por D. Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con D. Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban á tiempo cuando D. Quijote volvía las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á D. Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el visorey á D. Antonio, y preguntóle paso si sabia quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á D. Quijote. D. Antonio le respondió que ni sabia quién era, ni si era de burlas ni de véras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al visorey en si les dejaria ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor D. Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios y dense. Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al visorey la licencia que se les daba, y D. Quijote hizo lo mismo; el cual encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su contrario hacia lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era mas ligero el de la Blanca Luna, llegó á D. Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan po-

derosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con D. Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera le dijo: vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesáis las condiciones de nuestro desafío. D. Quijote molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa mujer del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran D. Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertámos ántes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el visorey y D. Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que D. Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliría como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo medida con la cabeza al visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el visorey á D. Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á D. Quijote, descubiéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro malparado no se pudo mover por éntonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veía á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrecto Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera por ventura si deslocado quedara. Finalmente con una silla de manos, que mandó traer el visorey, le llevaron á la ciudad, y el visorey se volvió tambien á ella con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á D. Quijote.

CAPÍTULO LXV.

Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de D. Gregorio, y de otros sucesos.

Siguió D. Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad.

Entró en él D. Antonio con deseo de conocerle : salió un escudero á recibirle y á desarmarle : encerróse en una sala baja, y con él D. Antonio, que no se le cocía el pan hasta saber quién fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo : bien sé, señor, á lo que venís, que es á saber quién soy ; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma os lo diré sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sanson Carrasco. Soy del mismo lugar de D. Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo ; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor : y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar, y que no saliese del en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado ; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento : él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caída, que fué ademas peligrosa ; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballeria, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna : suplicoos no me descubráis, ni le digáis á D. Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejan las sandeces de la caballería. ¡ O señor ! dijo D. Antonio, Dios os perdone el agravio que habéis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él. ¿ No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de D. Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos ? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco ; y si no fuese contra caridad diria que nunca sane D. Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El cual respondia que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de

quien esperaba feliz suceso : y habiéndose ofrecido D. Antonio de hacer lo que más le mandase, se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla se salió de la ciudad aquel mismo día, y se volvió á su patria sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó D. Antonio al visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de D. Quijote se perdía el que podían tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis días estuvo D. Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo : señor mío, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra no salió con alguna costilla quebrada ; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos ; y si bien se considera, yo soy aquí el mas perdidioso, aunque es vuesa merced el mas malparado. Yo que dejé con el gobierno los deseos de ser mas gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamas tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algun condado que darte. Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oído decir que mas vale buena esperanza que ruin posesión. En esto estaban cuando entró D. Antonio diciendo con muestras de grandísimo contento : albricias, señor D. Quijote, que D. Gregorio y el renegado que fué por él está en la playa ; ¿ qué digo en la playa ? ya está en casa del visorey, y será aquí al momento. Alegróse algun tanto D. Quijote, y dijo : en verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligará á pasar en Berbería donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo á D. Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿ qué digo, miserable ? ¿ No soy yo el vencido ? ¿ no soy yo el derribado ? ¿ no soy yo el que no puede tomar armas en un año ? Pues ¿ qué prometo ? ¿ de qué me alabo, si ántes me conviene usar de la rueca que de la espada ? Déjese deso, señor, dijo Sancho : viva la gallina aunque con su pepita, que hoy por ti y mañana por mí ; y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, sino es que se quiera estar en la cama, quiero decir

que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pende[n]cias : y levántese vuesa merced agora para recibir á D. Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa. Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta D. Gregorio y el renegado al visorey de su ida y vuelta, deseoso D. Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de D. Antonio ; y aunque D. Gregorio cuando le sacaron de Argel fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo ; pero en cualquiera que viniera mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobre manera, y la edad al parecer de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de D. Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á D. Gregorio. Contó D. Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mujeres con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente Ricote pagó y satisfizo liberalmente así al renegado como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y redujose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos dias trató el visorey con D. Antonio qué modo tendrían para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado. D. Antonio se ofreció venir á la corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella por medio del favor y de las dádivas muchas cosas dificultosas se acaban. No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran D. Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su majestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas ; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él ántes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica ; y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecucion el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos

de Argos, que contino tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raíz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡Heróica resolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal D. Bernardino de Velasco! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dijo D. Antonio : D. Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausenciã : Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio, y yo sé que el señor visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio. El visorey consintió en todo lo propuesto ; pero D. Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podia ni queria dejar á Doña Ana Félix ; pero teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quédóse Ana Félix con la mujer de D. Antonio, y Ricote en casa del visorey. Llegóse el dia de la partida de D. Antonio, y el de D. Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos, que la caída no le concedió que mas presto se pudiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse D. Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á D. Gregorio mil escudos si los queria ; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó D. Antonio, prometiendo la paga dellos en la corte. Con esto se partieron los dos, y D. Quijote y Sancho despues, como se ha dicho : D. Quijote desarmado y de camino. Sancho á pié, por ir el rucio cargado con las armas.

CAPÍTULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

Al salir de Barcelona volvió D. Quijote á mirar el sitio donde habia caido, y dijo : aquí fué Troya, aquí mi desdicha, y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias ; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas ; aquí se escurecieron mis hazañas ; aquí finalmente cayó mi ventura para jamas levantarse. Oyendo lo cual Sancho dijo : tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades : y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pié, no estoy triste : porque he oido decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega, y así no ve lo que

hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza. Muy filósofo estás, Sancho, respondió D. Quijote, muy á lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía, pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora cuando soy escudero pedestre acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pié, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los piés del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pié, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado. Bien has dicho, Sancho, respondió D. Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pié dellas ó al rededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

Nadie las mueva,
que estar no pueda
con Roldan á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado. Pues ni él ni las armas, replicó D. Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio, mal galardón. Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda: y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, cástiguese á sí mismo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis piés, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia y aun otros cuatro sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto dia á la entrada de un lugar hallaron á la

puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos D. Quijote un labrador alzó la voz diciendo: alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha hacer en nuestra apuesta. Sí diré por cierto, respondió D. Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino que no pesa más que cinco. Fué la condicion que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador cómo se habia de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dijo á esta sazón Sancho antes que D. Quijote respondiese: y á mí, que há pocos dias que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleito. Respondé en buen hora, dijo D. Quijote, Sancho amigo; que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores, que estaban muchos al rededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: hermanos, lo que el gordo pide no lléva camino, ni tiene sombra de justicia alguna; porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor: y así es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pulá y atilde^o, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ^o de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente. Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos éstos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva. Yo, señores, respondió D. Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortes, y caminar mas que de paso: y así dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado así su extraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho: y otro de los labradores dijo: ¿si el criado es tan discreto, cuál debe ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcal-

des de corte, que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y cuando ménos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierto, y otro dia siguiendo su camino vieron que hacia ellos venia un hombre de á pié, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano; propio falle de correo de á pié, el cual como llegó junto á D. Quijote adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dijo con muestras de mucha alegría: ¡ó mi señor D. Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavia se está en él con mi señora la Duquesa! No os conozco, amigo, respondió D. Quijote, ni sé quién sois, si vos no me lo decís. Yo, señor D. Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. ¡Válame Dios! dijo D. Quijote; ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos trasformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al reves mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenía dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al virey, que le envía mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito. aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el enívite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancié el buen Tosilos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias. En fin, dijo D. Quijote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas. Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compañía despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas solo porque oía á queso. Dijo Tosilos á Sancho:

sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. ¿Cómo debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas cuando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero ¿qué apróvecha? y mas agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello: y levantándose despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo á Dios dejó á Tosilos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPÍTULO LXVII

De la resolucion que tomó D. Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á D. Quijote ántes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí como moscas á la miel le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos. ¿Es posible, le dijo D. Quijote, que todavía, ó Sancho, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y trasformada en Tabradora, y al caballero de los Espejos en el bachiller Cañascos: obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime ahora, ¿preguntaste á ese Tosilos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! señor, ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos? Mirá, Sancho, dijo D. Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quisome bien, al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldijome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas

que darle ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte, y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse ántes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas: á lo ménos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leído, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por sí ó por no, yo me los daré cuando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió D. Quijote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio. En estas pláticas iban siguiendo su camino cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconoció D. Quijote, y dijo á Sancho: este es el prado donde topámos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia: pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á ti te parece bien, querria, ó Sancho, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demas cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes sino en los venideros siglos. Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida; y mas que no la ha de haber aun bien visto el bachiller Sanson Carrasco y maese Nicolas el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse. Tú has dicho muy bien, dijo D. Quijote, y podrá llamarse el bachiller Sanson

Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon: el barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso: al cura no sé qué nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres, y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y mas que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El cura no será bien que tengā pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma. ¡Válame Dios, dijo D. Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! ¿Pues qué si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales. ¿Qué son albogues? preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida. Albogues son, respondió D. Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco hace un son, si no muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin; y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*: conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alquacil*, *alhuzemā*, *ālmaceñ*, *alcancia*, y otros semejantes, que deben ser pocos mas, y solos tres tiene nuestra lengua, que son moriscos y acaban en *i*, y son *borcegui*, *zaquizamí* y *maravedí*: *alhelí* y *alfaquí*, tanto por el *al* primero como por el *i* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues: y hanos de ayudar mucho á poner en perfeccion este ejercicio el ser yo algun tanto poeta, como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el bachiller Sanson Carrasco. Del cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga tambien maese Nicolaś no dudó en ello, porque todos ó los mas son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascon de desdenado, y el cura Curiambro de lo que él mas puede servirse, y así andará la cosa que no haya mas que desear. A lo que respondió Sancho: yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal ejer-

cicio me vea. ¡O qué polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato. ¡Pero guarda! que es de buen parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querría que fuese por lana, y volviese trasquilada; y tambien suelen andár los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazon que no quiebra, y mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dijo D. Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto: y, castigame mi madre, y yo trompógelas. Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: dijo la sarten á la caldera, quitate allá ojinegra. Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos. Mira, Sancho, respondió D. Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo; pero tráelos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sabios; y el refran que no viene á propósito, ántes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche retirémonos del camino real algun trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechêzas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundacia se mostraba en los castillos y casas así de D. Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de D. Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

CAPÍTULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á D. Quijote.

Era la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y

deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió D. Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados. Los de D. Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro hartó. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántale por tu vida, y desvíate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido dáte trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no yo soy religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni ménos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes. ¡O alma endurecida! ¡ó escudero sin piedad! ¡ó pan mal empleado, mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas mas de cuanto tarde en pasar este año, que yo: *post tenebras spero lucem*¹. No entiendo eso, replicó Sancho, solo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templá el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala el pastor con el rey, y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, segun he oido decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay

¹ El signo de Juan de la Cuesta, impresor del *Quijote*, y amigo de Cervantes, era una grulla, y en la orla las palabras latinas sobredichas.

Para servir a la curiosidad de los lectores que deseen saber más de la vida de Cervantes, véase el tomo I de la obra de D. Quixote, en la que se trata de su vida y de su obra.

PARTE II. CAPITULO LXVIII. *(May 27. 05)* 35

muy poca diferencia. Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo D. Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir: no con quien naces, sino con quien paces. ¡Ah pesia! tal, replicó Sancho, señor nuestro amo! no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los míos á deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendia. Levantóse en pié D. Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado D. Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo ménos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es pues el caso que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de D. Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de D. Quijote ni á la de Sancho pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando no solo á D. Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á D. Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos; que ya habia conocido que lo eran. D. Quijote le dijo: déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que á un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos. Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncan moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amenecerá Dios y medraremos. Duerme tú, Sancho, respondió D. Quijote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas á noche compuse en la memoria. A

mi me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere; y luego tomando en el suelo cuanto quiso se acurrucó, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. D. Quijote arrimado á un tronco de un haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era) al son de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso:
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida.
O condicion no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon tenia traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó, y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habian hecho los puercos en su repostería, y maldijo la pira y aun mas adelante. Finalmente volviéron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hacia ellos venian hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pié. Sobresaltóse el corazon de D. Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traía lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse D. Quijote á Sancho, y díjole: si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera alado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; podria ser fuese otra cosa de la que tenemos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas sin hablar palabra alguna rodearon á D. Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos amenazándole de muerte. Uno de los de á pié, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demas de á pié, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á D. Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querian; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se les iban á cerrar con los hierros

de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pié con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas ni ménos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decian: caminad, trogloditas, callad, bárbaros, pagad, antropófagos, no os quejéis, scitas, ni abráis los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á éstos con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¿nosotros tortolitas, nosotros barberos ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen cita, cita? No me contentan nada. Estos nombres, á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba D. Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacia qué serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció D. Quijote que era el del Duque, donde habia poco que habian estado. ¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia, ¿y qué será esto? Si que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta gran le historia avino á D. Quijote.

Apeáronse los de á caballo, y junto con los de á pié, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á D. Quijote los entraron en el patio, al rededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo oscura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del cual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odori-

feras flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentado dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trujeron los presos sentaron á D. Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señalasen callaran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de D. Quijote, ser el Duque y la Duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian reyes. ¿Quién no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido D. Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túbulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro se levantaron D. Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mismo inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de traves un ministro, y llegando á Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza le puso en la cabeza una coroza, al modo de las que sacan los penitenciados por el santo Oficio, y díjole al oído que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coroza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner diciendo entre sí: aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábale también D. Quijote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túbulo un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al son de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

En tanto que en sí vuela Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quijote,
Y en tanto que en la corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote.

Handwritten note:
- la reina

Cantaré su belleza y su desgracia
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.
Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á ti debida :
Libre mi alma de su estrécha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

No mas, dijo á esta sazon uno de los dos que parecian reyes : no mas, cantor divino, que seria proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente : y así, ó tú Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dílo, y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apénas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pié Radamanto dijo : ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza rompió el silencio y dijo : voto á tal, así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurreccion desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos : encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante : muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus. Morirás, dijo en alta voz Radamanto : ablándate, tigre, humíllate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio : mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento ; si no, por la fe de hombre de bien que habéis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho cuando bramando como un toro dijo : bien podré yo dejarme

manosear de todo el mundo ; pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gateénme el rostro, como hicieron á mi amo en este mismo castillo : traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas : atenázenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, y serviré á estos señores ; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré si me llevase el diablo. Rompió tambien el silencio D. Quijote diciendo á Sancho : ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho cuando él mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Ménos cortesía, ménos mudas, señora dueña, dijo Sancho, que por Dios que traéis las manos oliendo á vingarillo. Finalmente todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron ; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres, y así se levantó de la silla al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos diciendo : afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado : visto lo cual por los circunstantes casi todos á una voz dijeron : viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Así como D. Quijote vió rebullir á Altisidora se fué á poner de rodillas delante de Sancho diciéndole : ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo que es el tiempo donde tienes sazónada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera. A lo que respondió Sancho : esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas : bueno seria que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes : no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaria mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme ; si no por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de fódos, que aclamaban : viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los Duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos con D. Quijote y Sancho fueron á recibir á Altisidora, y á sacarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada se in-

clinó á los Duques y á los reyes, y mirando de traves á D. Quijote le dijo : Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo á mi parecer mas de mil años : y á ti, ó el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para ti, y si no son todas sanas, á lo ménos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la coraza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dejasen la ropa y mitra, que la queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dejarian, que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á D. Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabian.

CAPÍTULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.

Durmió Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de D. Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale mas á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salíole su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho cuando dijo : ¿qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado. Muriérase ella en hora buena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Ahora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me li-

bre, pues yo no me sé librar : con todo esto suplico á vuestra merced me deje dormir, y no me pregunte mas si no quiere que me arroje por una ventana abajo. Duerme, Sancho amigo, respondió D. Quijote, si es que te dan lugar los altilerazos y pellizcos recebidos y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean : y torno á suplicar á vuestra merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertos. Sea así, dijo D. Quijote, y Dios te acompañe. Durmieronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida : y dice, que no habiéndosele olvidado al bachiller Sansón Carrasco cuando el caballero de los Espejos fué vencido y derribado por D. Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano esperando mejor suceso que el pasado : y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adonde D. Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de D. Quijote. Llegó pues al castillo del Duque, que le informó el camino y derrota que D. Quijote llevaba con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Dijole asimismo las burlas que le habia hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y trasformada en labradora, y como la Duquesa su mujer habia dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de D. Quijote. Pidióle el Duque que si le hallase y le venciese ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hizolo así el bachiller : partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contósele todo con las condiciones de la batalla, y que ya D. Quijote volvía á cumplir como buen caballero andante la palabra de retirarse un año en su aldea en el cual tiempo podia ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas trasformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como D. Quijote fuese loco. Con esto se despidió del Duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á D. Quijote, que tras él venia. De aquí tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla : tanto era lo que

gustaba de las cosas de Sancho y de D. Quijote, y haciendo tomar los caminos cerca y léjos del castillo por todas las partes que imaginó que podría volver D. Quijote, con muchos criados suyos de á pié y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen, halláronle, dieron aviso al Duque, el cual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia: y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores, como los burlados y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos, los cuales el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, vencido ni vencedor, jamas dieron gusto á D. Quijote. Altisidora, en la opinion de D. Quijote vuelta de muerta á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arimada á un báculo de negro y finísimo ébano entró en el aposento de D. Quijote, con cuya presencia turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en publico de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor D. Quijote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida y enamorada; pero con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias há que por la consideracion del rigor con que me has tratado, jó mas duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! he estado muerta, ó á lo ménos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor condoliéndose de mí depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí demorir del todo, pues no

entró en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir del aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de rándas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servían de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las cuales tenían unas palas de fuego: y lo que mas me admiró fué que les servían en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñían, todos regañaban y todos se maldecían. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen. Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiero decir me admiró entónces), y fué que al primer boleo no quedaba pelota en pié, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: mirad qué libro es ese, y el diablo le respondió: esta es la *segunda parte de la historia de D. Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino por un aragones, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmelo de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertará. Prosiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por haber oido nombrar á D. Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin duda, dijo D. Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pié. Yo no me he alterado en oir que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de D. Quijote, cuando le dijo D. Quijote: muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayáis colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos ántes pueden ser agradecidos que remedios. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso; y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene,

es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cúesco de dátil, mas terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensáis por ventura, don vencido, y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos habia de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Júdas. Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta, que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual haciendo una gran reverencia á D. Quijote dijo: vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. D. Quijote le respondió: vuesa merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió que era el músico y panegirico de la noche ántes. Por cierto, replicó D. Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito; porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora? No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pego de su intento; y ya no hay necedad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera D. Quijote, pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los Duques, así con su simplicidad, como con su agudeza. D. Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos caballeros como él mas les convenia habitar una zahurda que no reales palacios. Diéronsele de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. Él le respondió: señora mia, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginacion la imágen ó imágenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo. Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida rander

que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oíslo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos. Vos decís muy bien, Sancho, dijo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrín mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dijo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento. Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto y con un corazón de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse D. Quijote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde

CAPÍTULO LXXI

De lo que á D. Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado D. Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto dijo á su amo: en verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que con matar al enfermo que curan quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedula de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátales cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que ántes que le cure me han de untar las mias, que el abad de donde canta yanta; y no

quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis. Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió D. Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos. A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azolarse de buena gana, y dijo á su amo: agora bien, señor, yo quiero disponérme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuánto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió D. Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tanto á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trescientos y tantos: dellos me he dado hasta cinco, quedan los demas: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trescientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré ménos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trescientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trescientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas.... y no digo mas. ¡O Sancho bendito! ¡ó Sancho amable! respondió D. Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la diciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Cuándo? replicó Sancho, esta noche sin falta: procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de D. Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo acostumbrado, bien así

como acontece á los enamorados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejauo vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jaquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. D. Quijote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo: mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento; quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida ántes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de mas ni de ménos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel comenzó á darse, y comenzó D. Quijote á contar los azotes. Hasta seis ó ocho se habria dado Sancho cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo D. Quijote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de D. Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en un hora. Mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan por ahora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí: á dineros pagados brazos quebrados: apártese vuestra merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo D. Quijote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba, y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azoto en una haya, dijo: aquí morirá Sansón, y cuantos con él son. Acudió

D. Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corbacho á Sancho, le dijo: no permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuesa merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querría resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro. Hizolo así D. Quijote, y quedándose en pelota abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entónces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció D. Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza: que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como ahora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servian de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena cuando el atrevido huésped se la llevó á Menecáo, y en otra estaba la historia de Dido y de Enéas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una média sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantin se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual D. Quijote dijo: estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta cudad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya, pues si yo encontrara aquestos señores ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á París se excusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dijo Sancho, que ántes de mucho tiempo no ha de haber bodegon, venia ni meson ó tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á estas. Tienes razon, Sancho, dijo D. Quijote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondia: lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo escribia debajo: *este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia deste nuevo D. Quijote que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la corte de la

mado Mauleon, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban: y preguntándole uno qué queria decir *Deum de Deo*, respondió: dé donde diere. Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto. Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa, que en el campo; pero con todo eso querria que fuese entre árboles, que parece que me acompañan, y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió D. Quijote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo mas tarde llegaremos allá despues de mañana. Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas valia un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que buitre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo D. Quijote, que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento. No sé qué mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no me parezca razon; pero yo me emendaré si pudiere; y con esto cesó por entónces su plática.

CAPÍTULO LXXII.

De como D. Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

Todo aquel dia esperando la noche estuvieron en aquel lugar y meson D. Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistia el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecia: aquí puede vuesa merced, señor D. Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto D. Quijote le dijo á Sancho: mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de D. Alvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apear, que despues se lo preguntaremos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de D. Quijote la huésped le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de D. Quijote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco.

por el cual se paseaba D. Quijote, le preguntó, ¿adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre? Y D. Quijote le respondió: á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural: ¿y vuesa merced dónde camina? Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena patria, replicó D. Quijote: pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo mas de lo que buenamente podré decir. Mi nombre es D. Alvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó D. Quijote: sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel D. Alvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la historia de D. Quijote, de la Mancha, recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno. El mismo soy, respondió el caballero, y el tal D. Quijote, sugeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mio, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo ménos le moví á que viniese á unas justas que se hacian en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido. Y dígame vuesa merced, señor D. Alvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal D. Quijote que vuesa merced dice? No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera. Y ese D. Quijote, dijo el nuestro, ¿traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza? Sí traía, respondió D. Alvaro, y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazón Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas: y si nó haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo ménos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan: y el verdadero D. Quijote de la Mancha, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro D. Quijote y cualquier otro Sancha Panza es burlería y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió D. Alvaro, porque mas gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado, que el otro otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas. Mas tenia de comilon que de bien hablado, y mas de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á D. Quijote el bueno han querido perseguirme á mí con D. Quijote el malo. Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo me-

tido en la casa del Nuncio ¹ en Toledo, para que le curen y ahora remanece aquí otro D. Quijote, aunque bien diferente del mio. Yo, dijo D. Quijote, no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor D. Alvaro Tarfe, que todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza; ántes por haberme dicho que ese D. Quijote fantástico se habia hallado en las justas de esa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira, y así me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella solo por haberla visto. Finalmente, señor D. Alvaro Tarfe, yo soy D. Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado, que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el D. Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió D. Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos D. Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado. Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno. No entiendo eso de azotes dijo D. Alvaro: y Sancho le respondió, que era largo de contar; pero que él se lo contaria si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos D. Quijote y D. Alvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el meson con un escribano, ante el cual alcaaldó pidió D. Quijote por una petición, de que á su derecho convenia de que D. Alvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocia á D. Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda parte de D. Quijote de la Mancha compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas*. Finalmente el alcalde proveyó jurídicamente: la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en

¹ Lllaman así en Toledo el hospital donde recogen y curan los locos.

tales casos debian hacerse; con lo que quedaron D. Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostraraⁿ claro la diferencia de los dos D. Quijotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesias y ofrecimientos pasaron entre D. Alvaro y D. Quijote en las cuales mostró el gran manchego su discrecion, de modo que desengañó á D. Alvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió á entender que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios D. Quijotes. Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de média legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de D. Quijote, y el otro el que habia de llevar D. Alvaro. En este poco espacio le contó D. Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á D. Alvaro, el cual abrazando á D. Quijote y á Sancho siguió su camino, y D. Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de la hayas harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima. No perdió el engañado D. Quijote ni solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de D. Alvaro, y de cuán bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la justicia, y tan auténticamente. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó D. Quijote contento sobre modo, y esperaba el dia por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo: abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe tambien tu hijo D. Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que segun él me ha dicho es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba. Déjate desas sandeces, dijo D. Quijote, y vamos con pié derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuéstras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.

CAPÍTULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo D. Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

Á la entrada del cual, segun dice Cide Hamete, vió D. Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo á otro: no te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo D. Quijote, y dijo á Sancho: ¿no adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho? ¿Qué? replicó D. Quijote, ¿no vestú que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar que no tengo de ver mas á Dulcinea? Queriale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y á agazapar debajo de los piés del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósele á D. Quijote, el cual estaba diciendo: *malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la trasformaron en la labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñian. Y fuéle respondido por el que habia dicho no la verás mas en toda tu vida, que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos á D. Quijote diciendo: hé aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antano: y si no me acuerdo mal, he oido decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer incapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósele D. Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza habia echado sobre el rucio

... de ...

y sobre el lie de las armas, para que sirviese de repostero, la tónica de bocaci pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la coraza en la cabeza, que fué la mas nueva trasformacion y adorno con que se vió jamas jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apoóse D. Quijote, y abrazólos estrechamente; y los mocharrios, que son lincees no excusados, divisaron la coraza del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza mas galan que Mingo, y la bestia de D. Quijote mas flaca hoy que el primer dia. Finalmente rodeados de mochachos, y acompañados del cura y del bachiller entraron en el pueblo, y se fueron á casa de D. Quijote, y hallaron á la puerta della al ama y su sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni mas ni ménos se les habian dado á Teresa Panza mujer de Sancho, la cual desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dijo: ¿cómo ve rido mio, que me parece que venis á pié y mas traéis semejanza de desgobernado que de goberdor? Calla, Teresa, respondió Sancho, que m donde hay estacas no hay tocinos, y vámonos á que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es por ta, ganados por mi industria y sin daño de vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y se por aquí ó por allí, que como quiera que los ha no habréis hecho usanza nueva en el mundo. Abrió á su padre, y preguntóle si traia algo, que le rando como el agua de mayo; y asiéndole de cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija fueron á su casa, dejando á D. Quijote en la su de su sobrina y de su ama, y en compañía del cu chiller. D. Quijote, sin aguardar terminos ni hor mismo punto se apartó á solas con el bachiller y breves razones les contó su vancimiento, y la o que habia quedado de no salir de su aldea en un pensaba guardar al pié de la letra, sin traspas átomo, bien así como caballero andante, obligado tualidad y órden de la andante caballería; y que sado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse e de los campos, donde á rienda suelta podia dar amorosos pensamientos, ejercitándose en el pas tuoso ejercicio: y que les suplicaba, si no tenian hacer, y no estaban impedidos en negocios mas i quisiesen ser sus compañeros, que él comprar (ganado suficiente, que les diese nombre de pasi

les hacia saber que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque los tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde. Dijole el cura que los dijese. Respondió D. Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijotiz y el bachiller el pastor Carrascon, y el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nueva locura de D. Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su buena intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosle por compañeros en su ejercicio: y mas, dijo Sanson Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celeberrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles ó cortesanos, ó como mas me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar: y lo que mas es menester, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol por duro que sea donde no la retule y grave su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores. Eso está de molde, respondió D. Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estiberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea. Así es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sanson Carrasco: y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas de quien está lleno el mundo, Filidas, Amabilis, Dianás, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucía, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina. Rióse D. Quijote de la aplicacion del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron se entraron entrambas con D. Quijote, y la sobrina le dijo: ¿que es esto, señor tío? ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos.

haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastoreico tú que vas : pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas. A lo que añadió el ama : ¿ y podrá vuesa merced pasar ~~en el~~ campo las siestas del verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos ? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas : aun inal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad : estése en su casa, atienda á su hacienda, confíese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si inal le fuere. Callad, hijas, les respondió D. Quijote, que yo sé bien lo que me cumple : llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno ; y tened por cierto que ahora sea caballero andante, ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra : y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

CAPÍTULO LXXIV.

De como D. Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de D. Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él ménos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller, que se animase y levantara para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazaro ¹ habia compuesto ; y que ya tenia comprados de su propio

¹ Autor de muchas églogas italianas, el cual nació en Nápoles en el año de 1452.

dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba D. Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por sí ó por nó atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo D. Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico, que melancolias y desabrimientos le acababan. Rogó D. Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tiron, como dicen, mas de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz dijo: bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordias no tienen limite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tic, y parecióronle mas concertadas que él solia decirlas, á lo ménos en aquella enfermedad, y preguntóle: ¿qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿tenemos algo de nuevo? ¿qué misericordias son estas, ó qué pecados de los hombres? Las misericordias, respondió D. Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte; querria hacerla de tal modo que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el cura, el bachiller Sanson Carrasco, y á maese Nicolas el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero deste trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió D. Quijote cuando dijo: dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy D. Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leído: ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y

Sanson le dijo : ¡ahora, señor D. Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso; y ahora que estamos tan á pique de ser pastores para pasar cantando la vida como unos principes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos. Los de hasta aquí, replicó D. Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda prisa; déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos á otros admirados de las razones de D. Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él, y confesóse. El bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor) hallando á la ama y á la sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el cura diciendo : verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo. Alonso Quijano el Bueno : bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, es que D. Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas tanto que fué D. Quijote de la Mancha, fué siempre de buena condicion y de agradabile trato, y por esto no es bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos conocian. Entró el escribano con los demás y despues haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado á D. Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas requierop, llegando á las mandas dijo : item es voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien mi locura hizo mi escudero, tiene, que porque ha entre él y mi ciertas cuentas, y darés y tomares, que no se le haga cargo dellos ni se le pida cuenta alguna que si sobrare alguno despues de haberse pagado de lo debo, el restante sea suyo, que será bien poco, provecho le haga : y si como estando yo loco, fuí par darle el gobierno de la insula, podrá ahora, estando

darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo mereco : y volviéndose á Sancho le dijo : perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caido de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. ¡ Ay ! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mio, sino tomo mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin mas ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolia. Mire, no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado ; quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora Doña Dulcinea desencantada, que no haya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron : cuanto mas que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana. Así es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos. Señores, dijo D. Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño : yo fui loco, y ya soy cuerdo ; fui D. Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno : pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano. Item mando toda mi hacienda á puerta cerrada, á Antonia Quijana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas ; y la primera satisfacion que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sanson Carrasco, que están presentes. Item es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe qué cosa sean libros de caballerías : y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad. Item suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trujere á conocer el autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de D. Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el

testamento, y tomándole un desmayo se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres días que vivió despues deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; però con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon que deje el muerto. En fin llegó el último de D. Quijote, despues de recibidos todos los sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leído en ningun libro de caballerías que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como D. Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron dió su espíritu : quiero decir que se murió. Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente D. Quijote de la Mancha, habia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grécia por Homero. Déjanse de poner aquí los llentos de Sancho, sobrina y ama de D. Quijote, los nuevos epítafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este :

Yace aquí el hidalgo fuerte,
que á tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco;
fué el espantajo y el coco
del mundo en tal coyuntura,
que acreditó su ventura,
morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma : aquí quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mia, á donde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero ántes que á ti lleguen les puedès advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres :

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen Rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació D. Quijote, y yo para él : él supo obrar, y yo escribir ; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio ; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de D. Quijote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la Tiesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva : que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos : y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien á quien mal te quiere ; y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero D. Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Vale.

FIN.

TABLA DE LOS CAPÍTULOS

PRIMERA PARTE.

VIDA DE CERVANTES.....	1
DEDICATORIA AL DUQUE DE BÉJAR.....	XXXI
PRÓLOGO.....	XXXIII
CAP. I. — Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha.....	1
CAP. II. — Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso D. Quijote.....	5
CAP. III. — Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo D. Quijote en armarse caballero.....	10
CAP. IV. — De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.....	14
CAP. V. — Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.....	19
CAP. VI. — Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.....	23
CAP. VII. — De la segunda salida de nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha.....	28
CAP. VIII. — Del buen suceso que el valeroso D. Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.....	31
CAP. IX. — Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron..	37
CAP. X. — De los graciosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero.....	41
CAP. XI. — De lo que le sucedió á D. Quijote con unos cabreros.....	45
CAP. XII. — De lo que contó un cabrero á los que estaban con D. Quijote...	50
CAP. XIII. — Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.....	55
CAP. XIV. — Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.....	62
CAP. XV. — Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó D. Quijote en topar con unos desalmados yangüeses..	71
CAP. XVI. — De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.....	76

CAP. XVII. — Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era casti- llo.....	81
CAP. XVIII. — Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.....	88
CAP. XIX. — De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.....	95
CAP. XX. — De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha.....	101
CAP. XXI. — Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.....	110
CAP. XXII. — De la libertad que dió D. Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no qu- xieran ir.....	119
CAP. XXIII. — De lo que le aconteció al famoso D. Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.....	126
CAP. XXIV. — Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.....	137
CAP. XXV. — Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Belenebrós...	144
CAP. XXVI. — Donde se prosiguen las finezas que de enamo- rado hizo D. Quijote en Sierra Morena.....	156
CAP. XXVII. — De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.....	162
CAP. XXVIII. — Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra.....	175
CAP. XXIX. — Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la aspe- risima penitencia en que se habia puesto.....	186
CAP. XXX. — Que trata de la discrecion de la hermosa Doro- tea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.....	194
CAP. XXXI. — De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero con otros sucesos.....	202
CAP. XXXII. — Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote.....	209
CAP. XXXIII. — Donde se cuenta la novela del Curioso imper- tiente.....	214
CAP. XXXIV. — Donde se prosigue la novela del Curioso im- pertiente.....	223
CAP. XXXV. — Que trata de la brava y descomunal batalla que D. Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertiente.....	242
CAP. XXXVI. — Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.....	251
CAP. XXXVII. — Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.....	258

CAP. XXXVIII. — Que trata del curioso discurso que hizo D. Quijote de las armas y las letras.....	265
CAP. XXXIX. — Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos...	269
CAP. XL. — Donde se prosigue la historia del cautivo.....	275
CAP. XLI. Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.....	281
CAP. XLII. Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.....	299
CAP. XLIII. — Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.....	304
CAP. XLIV. — Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.....	312
CAP. XLV. — Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.....	318
CAP. XLVI. — De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero D. Quijote...	323
CAP. XLVII. — Del extraño modo con que fué encantado D. Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.....	329
CAP. XLVIII. — Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.	337
CAP. XLIX. — Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor D. Quijote.....	343
CAP. L. — De las discretas altercaciones que D. Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.....	348
CAP. LI. — Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á D. Quijote..	353
CAP. LII. — De la pendencia que D. Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.....	357

PARTE SEGUNDA.

DEDICATORIA AL CONDE DE LÉMOS.....	367
PRÓLOGO AL LECTOR.....	369
CAP. I. — De lo que el cura y el barbero pasaron con D. Quijote cerca de su enfermedad.....	372
CAP. II. — Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de D. Quijote, con otros sucesos graciosos.....	380
CAP. III. — Del ridículo razonamiento que pasó entre D. Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco.....	383
CAP. IV. — Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.....	389
CAP. V. — De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza, y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación.....	391
CAP. VI. — De lo que le pasó á D. Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.....	397
CAP. VII. — De lo que pasó D. Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.....	401

CAP. VIII. — Donde se cuenta lo que le sucedió á D. Quijote yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.....	406
CAP. IX. — Donde se cuenta lo que en él se verá.....	412
CAP. X. — Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.....	415
CAP. XI. — De la extraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.	423
CAP. XII. — De la extraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quijote con el bravo caballero de los Espejos.....	428
CAP. XIII. — Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.....	433
CAP. XIV. — Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque.....	437
CAP. XV. — Donde se cuenta y da noticia de quién era el caballero de los Espejos y su escudero.....	445
CAP. XVI. — De lo que sucedió á D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha....	447
CAP. XVII. — Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de D. Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.....	454
CAP. XVIII. — De lo que sucedió á D. Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes	461
CAP. XIX. — Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.....	468
CAP. XX. — Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.....	473
CAP. XXI. — Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.....	480
CAP. XXII. — Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso D. Quijote de la Mancha..	487
CAP. XXIII. — De las admirables cosas que el extremado D. Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.....	492
CAP. XXIV. — Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.....	500
CAP. XXV. — Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.....	505
CAP. XXVI. — Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero con otras cosas en verdad harto buenas.....	512
CAP. XXVII. — Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que D. Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado...	518
CAP. XXVIII. — De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere si las lee con atencion.....	523
CAP. XXIX. — De la famosa aventura del barco encantado.....	527
CAP. XXX. — De lo que le avino á D. Quijote con una bella cazadora.....	531
CAP. XXXI. — Que trata de muchas y grandes cosas.....	535

CAP. XXXII. — De la respuesta que dió D. Quijote á su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos.....	541
CAP. XXXIII. — De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note	553
CAP. XXXIV. — Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.....	558
CAP. XXXV. — Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos	563
CAP. XXXVI. — Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, álias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza.....	569
CAP. XXXVII. — Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.....	573
CAP. XXXVIII. — Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.....	573
CAP. XXXIX. — Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.....	579
CAP. XL. — De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.....	581
CAP. XLI. — De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.....	585
CAP. XLII. — De los consejos que dió D. Quijote á Sancho Panza ántes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas.....	593
CAP. XLIII. — De los consejos segundos que dió D. Quijote á Sancho Panza.....	597
CAP. XLIV. — Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á D. Quijote	601
CAP. XLV. — De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar.....	608
CAP. XLVI. — Del temeroso espanto concerril y gatuno que recibió D. Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.....	613
CAP. XLVII. Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.....	616
CAP. XLVIII. — De lo que le sucedió á D. Quijote con Doña Rodríguez la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.....	623
CAP. XLIX. — De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula.....	629
CAP. L. — Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña y pellizcaron y arañaron á D. Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.....	637
CAP. LI. — Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.....	643
CAP. LII. — Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodríguez.....	650
CAP. LIII. — Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.....	655

CAP. LIV. — Que trata de cosas locantes á esta historia, y no á otra alguna.....	659
CAP. LV. — De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay mas que ver.....	665
CAP. LVI. — De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodríguez.....	670
CAP. LVII. — Que trata de como D. Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y deservuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.....	674
CAP. LVIII. — Que trata de como menudearon sobre D. Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.....	677
CAP. LIX. — Donde se cuenta el extraordinario suceso que se puede tener por aventura, que sucedió á D. Quijote.....	687
CAP. LX. — De lo que sucedió á D. Quijote yendo á Barcelona.....	693
CAP. LXI. — De lo que le sucedió á D. Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.....	702
CAP. LXII. — Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse.....	704
CAP. LXIII. — De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.....	712
CAP. LXIV. — Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á D. Quijote de cuantas hasta entónces le habian sucedido.....	719
CAP. LXV. — Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de D. Gregorio, y de otros sucesos.....	722
CAP. LXVI. — Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.....	726
CAP. LXVII. — De la resolucion que tomó D. Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.....	730
CAP. LXVIII. — De la cerdosa aventura que le aconteció á D. Quijote.....	733
CAP. LXIX. — Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á D. Quijote.....	737
CAP. LXX. — Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.....	741
CAP. LXXI. — De lo que á D. Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea.....	746
CAP. LXXII. — De como D. Quijote y Sancho llegaron á su aldea.....	750
CAP. LXXIII. — De los agüeros que tuvo D. Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.....	754
CAP. LXXIV. — De como D. Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.....	757

EN LA MISMA LIBRERIA

LIBROS

PARA

LAS ESCUELAS Y COLEGIOS

Amigo (El) de los niños, aumentado con varias fábulas. 1 tomo en 18º con láminas. Pasta de papel con relieves de oro.

Aritmética de niños, por Vallejo. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Aritmética comercial, por Urcullu. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Arte explicado y gramático perfecto, dividido en tres partes, por D. Márcos Márquez de Medina. Nueva edición revista y corregida con esmero. 1 tomo en 12º. Pasta entera.

Atlas de geografía universal, para uso de los colegios y casas de educación, por Monin y Vuillemin. Contiene 34 hermosos mapas de geografía antigua y moderna. 1 tomo en 4º. Pasta de tela inglesa.

Autores selectos, de la mas pura latinidad, anotados para uso de las escuelas. Nueva edición. 3 tomos en 12º. Pasta de tela inglesa.

Catecismo de la doctrina cristiana, por el P. Ripalda. 1 tomo en 18º. Cartones.

Catecismo de la doctrina cristana, por el P. Astete. 1 tomo en 18º. Cartones.

Caton cristiano para uso de las escuelas, con muestras de escribir. 1 tomo en 12º. Cartones.

Concilio de Trento, traducido por D. José López Ayala, en latin y castellano. 1 tomo 8º. Pasta entera.

De viris illustribus urbis Romæ, auctore C. F. Lhomond. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Diccionario latino-español formado sobre el de D. Manuel Valbuena, con muchos aumentos, correcciones y mejoras, por D. V. Salvá. Décimacuarta edición. 1 tomo en 4º. Pasta entera.

Diccionario español-latino compuesto por D. Manuel Valbuena. Nueva edición muy mejorada y aumentada. 1 tomo en 4º de mas de 1000 páginas. Pasta entera.

Diccionario (Nuevo) portátil de la lengua castellana, segun la Academia española, mas completo que los publicados hasta hoy. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Educacion de la infancia, dividida en tres partes, la moral, la virtud y la buena crianza, con el Manual instructivo y curioso para los niños, por D. José Menéndez. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

El libro que antecede se halla adoptado en todas las escuelas de primera educacion de España.

Escribhe. Manual del abogado americano. 1 tomo en 12º. Pasta entera.

Fábulas de Fedro, en latin y castellano, con notas para el uso de los principiantes en las escuelas de gramática. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Fábulas de Iriarte, cotejadas con el borrador original. Nueva edición añadida con seis fábulas originales que faltan en las anteriores, y otras catorce de Fedro, traducidas por el autor. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Fábulas de Samaniego en verso castellano para el uso del real seminario vascongado. Edicion publicada por D. V. Salvá. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Geografia (Nueva) universal, ordenada y extendida considerablemente en la parte de América, por J. M. Royo, con algunas nociones sobre la construccion de las cartas geográficas, etc., etc. 1 tomo en 12º con mapas. Pasta de tela inglesa.

Gramática (Compendio de la) castellana de D. Vicente Salvá para uso de las escuelas. 1 tomo en 12º. Holandesa

Gramática de la lengua castellana por la Academia española. Nueva edición, aumentada con el prontuario de *Ortografía* de la misma. 1 tomo en 12º. Pasta entera.

Gramática de la lengua castellana segun ahora se habla, ordenada por D. Vicente Salvá. Obra propuesta para la enseñanza por la Direccion general de instruccion pública de Madrid.

asignada como libro de texto en el último plan de estudios, y adoptada en las universidades y colegios de España. Novena edición. 1 tomo en 12º. Pasta entera.

Esta Gramática y la de la Academia son las únicas adoptadas en España para la enseñanza.

Gramática castellana (Elementos de) por Quirós. Nueva edición. 1 tomo en 18º. Pasta de tela inglesa.

Gramática francesa para uso de los Españoles, por Chantreau. Nueva edición revista y corregida con esmero por D. Andres Galban, profesor de lenguas española y francesa. 1 tomo en 8º. Media pasta.

Esta Gramática es la mejor de cuantas se han escrito para aprender el francés, y nuestra edición lleva muchas ventajas á las publicadas anteriormente, tanto por su bella impresion, cuanto por los aumentos y correcciones que en ella se han hecho.

Gramática de la lengua inglesa, por Urculla, reducida á 22 lecciones. Nueva edición. 1 tomo en 12º. Pasta de tela inglesa.

Gramática de la lengua italiana formada sobre los mejores autores, por Bórdas. Nueva edición, corregida y aumentada. 1 tomo en 12º. Pasta de tela inglesa.

Gramática latina, por Araújo, escrita con sencillez filosófica. Nueva edición, aumentada con un Epítome de retórica y la reglas para facilitar la traduccion del latin. 1 tomo en 12º. Pasta de tela inglesa.

Gramática latina, escrita con nuevo método por Iriarte. Nueva edición. 1 tomo en 12º. Pasta de tela inglesa.

Gramática latina de Antonio de Nebrija, con la explicacion y notas del P. Agustin de S. Juan Bautista, revisada por el P. Pedro de Santa María Magdalena. Nueva edición corregida y aumentada con las *Observaciones de los modos de las oraciones latinas* por Olarte. 1 tomo en 12º. Pasta de tela inglesa.

Gramática latina, por Nebrija (Nebrissensis). Nueva edición, 1 tomo en 12º. Pasta de tela inglesa.

Heineccio. Elementos del Derecho romano segun el órden de las Instituciones, traducidos y anotados. Tercera edición. 1 tomo en 12º. Pasta entera.

Heineccio. Recitaciones del Derecho civil segun el órden de la *Instituta*. Traduccion de D. Luis Collántes, revisada y corregida con arreglo al texto de Heineccio, por D. Vicente Salvá. 8 tomos en 12º. Pasta entera.

Historia general abreviada, declarada de texto para uso de los institutos y seminarios, por D. Fernando de Castro. 1 tomo en 12º. Pasta entera

Historia de la religion, por el Lic. D. Santiago José García Mayo. 4 tomos en 12º con 120 láminas. Pasta entera.

Iriarte. Lecciones instructivas sobre la historia y la geografía. Obra póstuma dirigida á la enseñanza de los niños. Nueva edicion. 1 tomo en 12º. Pasta de tela dorada.

Juanito (El) por Parravicini. Nueva edicion mejorada con todos los adelantos actuales en todas las ciencias. 1 tomo en 12º. Pasta de tela dorada.

Mapa de Europa, iluminado con mucho esmero y plegado en forma de libro.

Martínez de la Rosa. El libro de los niños. 1 tomo en 18º con láminas. Tela.

Muestras de letra española, por Torío de la Riva, Iturzaeta y otros calígrafos modernos, para uso de las escuelas. 1 tomo en 8º á la rústica con 20 muestras.

Muestras de la letra inglesa para aprender á escribir 2 tomo en 8º á la rústica con 20 muestras.

Muestras de letras inglesa, española, francesa, gótica, etc., para aprender á escribir. 1 tomo en 8º á la rústica con 40 muestras.

Planisferio terrestre, que indica los nuevos descubrimientos, las colonias europeas y las líneas marítimas que recorren los buques de vapor entre los principales puertos de comercio, formado por A. Vuillemin, geógrafo. Gran mapa iluminado y plegado en folio con cartones

Prontuario de ortografía segun la Academia española. 1 tomo en 12º. Cartones.

Silabario enciclopédico, ó el Niño instruido en la religion, artes y ciencias, y en la vida moral y civil. Nueva y bella edicion aumentada con varias fábulas, impresa en papel vitela, y adornada con muchas láminas finas. 1 tomo en 12º. Cartones, con una bonita cubierta de color.

Caton de S. Casiano y Doctrina cristiana para enseñar á leer á los niños. 1 tomo en 12º. Cartones.

Cervantes, Don Quijote, edicion conforme á la última corregida por la Academia española, con notas para la buena inteligencia del texto. 1 tomo en 8º con láminas. Pasta con lomo de tafete, tapas de tela inglesa.

Código de comercio, decretado, sancionado y promulgado en 30 de Mayo de 1830. Nueva edicion aumentada con la ley

de enjuiciamiento sobre los negocios y causas de comercio decretada y promulgada en 24 de julio de 1830. Edición oficial. 1 tomo en 12°. Pasta entera.

Coloquios con Jesucristo en el Santísimo Sacramento. 1 tomo en 18°. Pasta de taflete, cortes dorados.

Combate espiritual por el P. LORENZO ESCUPOLI, 1 tomo en 18°. Pasta entera.

Compendio de matemáticas puras y mistas, por VALLEJO. 2 tomos en 12° con láminas. Pasta entera.

Comulgador general, ó recopilación de oraciones para recibir los santos sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, sacadas de los mejores autores. Obra utilísima á toda clase de personas por contenerse en ella cuanto puede desearse para este objeto. 1 tomo en 18° con lám. Pasta entera.

Corina. ó Italia, por madama de STAËL. Bonita edición 2 tomos en 12°. Tela inglesa.

Cornelia Bororquia, ó la Víctima de la Inquisición. Nueva edición. 1 tomo en 18°. Tela inglesa.

Cortés. Fisonomía y secretos de la naturaleza. 1 tomo en 18°. Pasta de tela dorada.

Covian. Manual de los curas, ó breve compendio del ministerio parroquial, precedido de un discurso sobre la importancia social del ministerio del párroco. Nueva edición. 1 tomo en 18°. Pasta entera.

Crasset. La dulce y santa muerte. Consideraciones para fortalecer á las almas tímidas contra el temor de la muerte. 1 tomo en 18°. Pasta entera.

Cuaresma devota, ó Ejercicios espirituales. 1 tomo en 18° con lám. Pasta de taflete, cortes dorados.

Cuentecitos á mi niña y á mi niño, para entretenerlos y corregirlos de los defectillos propios de su edad, por madama DE RENNEVILLE. Nueva edición. 1 tomo en 18° con láminas. Tela inglesa.

Cuentos de las hadas, 1 tomo en 12° de muy hermosa impresión, ilustrado con muchas láminas. Pasta de tela inglesa con cortes dorados.

Cuentos á mi hija, por BOUILLY. Bella edición ilustrada con grabados. 1 tomo en 8°. Pasta con mosaicos, cortes dorados.

Cuentos del Canónigo Schmid. Nueva edición ilustrada con láminas y viñetas. 2 tomos en 8°. Pasta con mosaicos cortes dorados. Cada tomo se vende separado.

Cuentos que se hallan en el tomo 1º. — Luisito. — La Noche Buena. — El canastillo de flores. — Genoveva. — Rosa de Tanemburgo.

Cuentos que comprende el tomo 2º. — La Patoma. — El Canario. — La Cruz de Madera. — El Niño perdido. — El Niño que ora. — La Luciérnaga. — Los Huevos de Pascua. — Enrique de Eichenfels. — Fernando. — La Capilla del bosque. — La Guirnalda de flores. — El nido del pájaro. — Eustaquio.

Cuentos de Schmid en tomitos en 18º de bella impresión, adornados con láminas. Se venden separados los siguientes: LUISITO, ó el Pequeño emigrado. 1 tomo en 18º. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

EL CORDERITO, ó la Buena hija. 1 tomo en 18º. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

LA NOCHE BUENA. 1 tomo en 18º. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

EL CANASTILLO DE FLORES. 1 tomo en 18º. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

GENOVEVA. 1 tomo en 18º. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

ROSA DE TANEMBURGO. 1 tomo en 18º. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

LA PALOMA. — El canario. 1 tomo en 18º con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

LA CRUZ DE MADERA, seguida del Niño perdido, El Niño que ora y La Luciérnaga. 1 tomo en 18º con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

LOS HUEVOS DE PASCUA, seguidos de la Historia del Niño Enrique de Eichenfels. 1 tomo en 18º con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

FERNANDO. 1 tomo en 18º con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

LA CAPILLA DEL BOSQUE, seguida de La Guirnalda de flores y El Nido del pájaro. 1 tomo en 18º con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

EUSTAQUIO. 1 tomo en 18º con lám. Pasta de papel con relieves de oro y medallón.

Chantreau. Arte de hablar bien francés, ó Gramática francesa para los Españoles, corregida por GALBAN. 1 tomo en 8º. Média pasta.

Delicias (Las) de la religion cristiana, ó el poder de Evangelio para hacernos felices, por el Abate LAMOUETTE. 1 tomo en 12º. Média pasta.

Despertador eucarístico, y dulce convite para que las almas frecuenten la sagrada comunión y asistan con fruto al santo sacrificio de la misa. Nueva edición muy aumentada. 1 tomo en 18°. Pasta de papel con relieves de oro, cortes dorados.

Devoción al sagrado Corazón de Jesús. Edición añadida con el Día feliz, y con los oficios de los sagrados corazones de Jesús y de María. 1 tomo en 18°. Pasta de taflete, cortes dorados.

Devocionario (Novísimo), que comprende cuantas oraciones forman el mas completo ejercicio cotidiano para la mañana, durante el día y la noche, y además las principales misas de las grandes fiestas del año, según el Misal romano. 1 tomo en 18° con láminas. Pasta entera, cortes dorados.

Diccionario (Nuevo) **de la lengua castellana**, que comprende la última edición íntegra, muy mejorada y rectificada, del publicado por la Academia española, y unas veinte y seis mil voces, acepciones, frases y locuciones, entre ellas muchas americanas, por D. Vicente Salvá. Nueva edición, corregida y aumentada con un suplemento de 327 páginas que contiene mas de veintiocho mil voces y acepciones de ciencias, artes y geografía, que no se hallan en el cuerpo de la obra. 1 tomo en 4° de 1600 páginas. Pasta entera.

Diccionario grande frances-español y español-frances, con la pronunciación en ambas lenguas, compuesto con vista de los materiales reunidos por D. Vicente Salvá y los mejores diccionarios antiguos y modernos, por D. J. B. Guzm. Tercera edición muy mejorada. 2 tomos en 4° á tres columnas, reunidos en uno de mas de 1600 páginas. Pasta entera.

Diccionario frances-español y español-frances, portátil, con la pronunciación en ambas lenguas, formado con presencia de los materiales reunidos por D. Vicente Salvá, y el mas completo de los publicados hasta el día. Novena edición, 1 tomo en 18°. Pasta de tela inglesa.

Diccionario razonado de legislación y jurisprudencia, por ESCRICHE. Novísima edición en que van corregidos numerosos yerros de las anteriores, aumentada con multitud de artículos nuevos sobre el derecho vigente en España y en América. Lleva además en un suplemento el Código de comercio, la ley de enjuiciamiento en materias y causas de comercio, la nueva ley de enjuiciamiento civil, la Constitución y el último Concordato con la corte de Roma. 1 tomo en 4°. Encuadernación con lomo de taflete y tapas de tela.

Documentos para tranquilizar á las almas timoratas en sus dudas, por QUADRUPANI. 1 tomo en 32°. Pasta entera, cortes dorados.

Estudio. Instrucción y examen de ordenandos, 1 tomo en 18. Pasta entera.

Ejercicio nuevo cotidiano para la mañana y la noche, y para la confesion y comunión, con un ejercicio para el santo sacrificio de la misa, representado en 36 estampas. Va aumentado con el Quinario de la Pasión y la Novena del Smo. Sacramento, y enriquecido con muchas oraciones y devociones que hacen esta obra la mas completa en su clase. 1 tomo en 32º. Pasta de papel con relieves de oro, cortes dorados.

EL MISMO. Edición de lujo, papel vitela, portada y oraciones impresas en oro y colores. Tafilite superior, cortes dorados, broche y estuche.

Ejercicio espiritual cotidiano, muy completo de oraciones á diversos santos para antes y despues de la comunión y para oír la misa. 1 tomo en 32º. Impreso en letra gorda, con láminas. Pasta entera.

Ejercicios de S. Ignacio de Loyola. por TORRUBIA. 1 tomo en 4º. Pasta entera.

66

137

145

145

455

45

the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Ple

3488327
AUG 10 1977
CANCELED
APR 77 4
5673627